JORGE INOSTROSA

¡SE LAS ECHÓ EL BUIN!

Por sobre su calificación como el primer novelista histórico de Chile, Jorge Inostrosa debe ser señalado como el más destacado cultor de la novela de guerra. Nadie como él sabe describir al hombre, aislado y débil, dentro del marco imponente y latitudinario de las grandes batallas o en la inmensidad de los duros territorios americanos.

En ¡*Se las echó el Buin*! Inostrosa ha vaciado toda la emoción de las caballerescas guerras de antaño, como fue la que libró Chile contra la Confederación Perú-Boliviana, ente 1837 y 1839. «Esta es una historia de soldados —Dice el propio Inostrosa—, de soldados que oyeron retumbar los cañones ya desde las entrañas de sus madres, y que después de sepultados en el seno de la tierra, aún hubieran podido seguir oyéndolos. Porque fue el de ellos un siglo de guerras, en que Sudamérica se debatió continuamente herida, sin alcanzar la paz».

La historia cuenta los acontecimientos previos a la declaración de guerra en contra de la Confederación Perú-Boliviana formada por Andrés de Santa Cruz.

Relata la primera expedición enviada desde Chile al mando de Manuel Blanco Encalada, quien, desde el punto de vista del autor, se comportó tontamente en esa guerra, hasta que se ve obligado a firmar la paz, en lo que se conoce como el Tratado de Paucarpata.

Más tarde se relata la segunda expedición al mando del general Manuel Bulnes, quien triunfa en la Batalla de Yungay.

El personaje en que se centran estos hechos es un antiguo coronel llamado «Manuel García» que sirvió al caudillo Ramón Freire, siendo degradado luego de la derrota de éste.

Viéndose deshonrado, este coronel recibe la tarea de entrenar un regimiento novato, con la oportunidad de recuperar el honor perdido, y de paso, conquistar a la madre de unos de sus soldados.

Inostrosa además intercala pasajes de la participación del notable pintor inglés Charles C. Wood Taylor, autor del Escudo Nacional de Chile, quien por su admirable capacidad para dibujar, sirvió al

Ejército Chileno como espía y consejero del alto mando.

Jorge Inostrosa Cuevas

¡Se las echó el Buin!

ePub r1.0
Titivillus 06.05.2025

Título original: *¡Se las echó el Buin!*
Jorge Inostrosa Cuevas, 1970
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Esta es una historia de soldados, de hombres sin tregua ni paz que vivieron en una época que no les concedió ocasión para prescindir del caballo de batalla ni desprenderse del fusil, la lanza y el sable, semblanza de guerreros curtidos por la ruda vida de las montañas y la selva, magros de cuerpo por las privaciones, violentos de músculos y desapegados de la vida.

Venidos al mundo en los rebases de 1800, forjaron sus caracteres en las batallas por la independencia de su nación, crecieron entre las derrotas y victorias de la Reconquista; prosiguieron combatiendo más tarde en las filas del Ejército de los Andes abatiendo realistas, navegaron hacia el Perú con el Ejército Libertador, y, como si sus vidas estuvieran predestinadas a consumirse en la matanza, soportaron por último las luchas fratricidas en que se desmoronaron muchas figuras gloriosas, en que se desmigajaron las imágenes proceras de Bernardo O'Higgins y Ramón Freire, entre tantas otras. Con la espada siempre caliente en la mano dura, eran ya veteranos en la década comprendida entre 1820 y 1840.

Pero aun entonces el fragor de los cañones y el escalofriante redoblar de la caballería lanzada a la carga seguían oyéndose en el sur de Chile, en la interminable guerra contra los indios mapuches, epopeya que, sostenida durante casi tres siglos, todavía cobraba su tributo de

sangre para mantener lleno el crisol en que se están fundiendo dos razas destinadas a plasmar un pueblo muevo.

Esta es una historia de soldados que oyeron retumbar los cañones ya desde las entrañas de sus madres y que, después de sepultados en el seno de la tierra, aún hubieran podido seguir oyéndolos, porque fue el de ellos un siglo de guerras, en que Sudamérica se debatió continuamente herida, sin alcanzar le paz.

1

Apenas alcanzó a verla venir como un pequeño meteorito, cuando, asomado a la ventana del puesto militar, iba a disparar hacia el río; fue como una brasa que, describiendo una veloz parábola por sobre la empalizada de troncos, creció y se estrelló contra el marco superior de la ventana, reventando en chisperío y briznas de paja ardientes, que se derramaron sobre su raído quepis y su rostro. Sintió cómo se le chamuscaban las cejas, el bigote y la barba y, aunque enceguecido por el fulgor, se apagó el fuego a manotazos. Barbotaba maldiciones cuando uno de sus milicianos lo apartó del hueco con un brusco empellón; la flecha india clavada en el madero superior amenazaba incendiar el techo pajizo del recinto y el hombre la quebró con el cañón de su fusil, haciendo caer al exterior la bola de paja encendida que llevaba ensartada.

El capitán Manuel García seguía viendo candelillas mientras se frotaba los ojos sollamados; eran como diminutas estrellas doradas que se encendían y apagaban en el telón negro de sus retinas. Esa visión interior fue más fuerte que la quemadura y lo hizo olvidar durante unos segundos el ataque de los mapuches y el estampido de los fusiles de sus milicianos. Así, como esas candelillas, había contemplado él sus presillas de teniente coronel arrojadas al polvo. Recordaba las tres estrellas cosidas a la presilla roja tumbadas en el suelo junto a las botas del general que se las arrancó. Le pareció hasta escuchar el sordo redoble del tambor que fue el único ruido que se oyó durante la terrible ceremonia de su degradación. Estaban todas las unidades del Ejército Gobiernista y algunas del Restaurador formadas en rectángulo y él en el centro. Sentía los

tirones con que el general lo iba despojando fríamente de todos los distintivos de su rango militar: primero el quepis aventado al aire, después las presillas con sus estrellas, luego los galones de las mangas, por último, uno tras otro, los botones dorados de la guerrera. Lo más doloroso fue cuando el general le sacó la espada de la vaina y con un golpe seco la partió en dos sobre su rodilla, arrojando los trozos, con ademán de desprecio, sobre la tierra. Pero él seguía con la vista fija en las estrellas de su grado, que parecían ojos vivos mirándolo desde el suelo; y fue entonces cuando su verdugo consumó su obra. No tenía por qué realizarlo, pero lo arrastró el odio. Levantó una bota y con el taco machacó las estrellas en la tierra.

Para Manuel García eso fue más que la degradación, que su expulsión del Ejército de Línea, al que entregara toda su vida; fue como si aquella bota se le incrustara en el pecho y le triturara el corazón.

La voz alterada de su segundo en el mando de aquel deleznable pelotón de milicias colecticias destinadas a la protección de los fuertes del

Bío-Bío

lo arrancó de su deplorable recuerdo.

—¡Son los costinos del cacique Martín Cheuquemilla, capitán García! —le gritó pasando por su lado.

El jefe se caló el quepis chamuscado y requirió su fusil, que había dejado apoyado contra el muro de troncos.

—¡No desperdicien las municiones tirando a mucha distancia! —vociferó a los hombres que defendían la parte exterior del fortín—. ¡Fusílenlos cuando pasen galopando junto a la empalizada!

Corrió enseguida hacia la puerta trasera que se abría sobre la ladera que bajaba al río y tomó posición tras el barandal del corredor. Aquel acceso era el que debían defender a toda costa. Al otro lado del río, cuyo cauce alcanzaba un cuarto de legua en esa parte, se divisaba el fuerte de Santa Juana, «El Recinto», como se lo llamaba, uno de los puestos militares más importantes de la región. Emplazado en ese lugar, contenía los desbordes de los araucanos de la cordillera de Nahuelbuta. También se combatía allá en esos momentos, pero «El Recinto» poseía una numerosa dotación militar y era casi inexpugnable. Formaba parte del estratégico semicírculo

de los siete fuertes que, enclavados en los límites de las impenetrables tierras araucanas, defendían a Concepción. Más próximos o más lejanos del ancho río
Bío-Bío,
se escalonaban Santa Juana, Yumbel, Purén y Tucapel hacia el sur; Nacimiento, Los Ángeles y Quilleco hacia el nororiente. Cada cierto tiempo, como una marea incesante, pehuenches, picunches, araucanos y huilliches hacían retemblar los valles y cerros vecinos al
Bío-Bío
con el «chivateo» escalofriante de sus malones. Era la marejada siempre viva, terca y suicida de los mapuches, pugnando por recuperar y mantener la soberanía sobre sus tierras ancestrales. Y ese día, como tantos otros, los defensores de La Frontera de Arauco enfrentaban su ataque con el fatalismo de hombres acostumbrados a pensar que esa jornada podía ser la última de su existencia.

El capitán García escuchaba el constante galopar de los indios por el otro lado del fuerte, si es que así podía llamarse a aquella casucha de adobes techada con paja ratonera y envuelta en una tosca empalizada de aguzados troncos de álamo. Construida en esa ribera del río, protegía la retirada de la dotación de «El Recinto» de Santa Juana, en caso de una emergencia, como podía ser un ataque masivo de las tribus araucanas que se esparcían desde el golfo de Lebu, por sobre la cordillera de Nahuelbuta, hasta el pueblo de Angol o Los Confines, como se lo llamara primitivamente. Pero el estruendo y el «chivateo» que hacían los aborígenes por el frente del fortín no lo engañaban; conocía perfectamente los ardides del cacique Cheuquemilla. El interés del taimado indio radicaba en apoderarse de los botes y balsas con que los milicianos se comunicaban con la posición de Santa Juana y que, en último caso, les servirían para retirarse navegando por el río en dirección a Concepción. Sabía, como si los estuviera viendo, que los más numerosos atacantes venían agazapados reptando por entre los matorrales ribereños con ese propósito. Sus ojos, asomados al nivel de la baranda del corredor, no tardaron en comprobarlo: las puntas de las flexibles ramas de los mimbres se agitaban sospechosamente en una misma dirección en la parte baja de la ladera que conducía al embarcadero. No era preciso ser adivino para comprender que

por ahí avanzaban los indios apartando los mimbrales cuidadosamente, rama por rama, y escurriéndose uno tras otro, como culebras.

—¡Alerta los artilleros del cañón del río! —ordenó en voz asordinada a los hombres que tenía más cerca, y éstos hicieron correr la voz hasta los que se hallaban en el extremo del corredor junto a una vieja y deforme pieza de bronce, ya cargada por la boca con una redonda masa de hierro, sobre la cual se colocaban, —a modo de tapón, clavos, esquirlas y hasta guijarros—. ¡Si se les pasan los indios hasta el embarcadero les hago cortar las orejas por inútiles! —barbotó a continuación, aunque no podían oírle, pero acompañando su prevención con ademanes amenazantes que sus hombres le conocían muy bien.

—El viejo está más rabioso que nunca —susurró un miliciano al compañero que tenía a su lado, quien hizo ademán de haberlo comprendido. Era la segunda vez en esa quincena que Cheuquemilla trataba de conseguir su intento y en la ocasión pasada logró destrozarles dos botes e incendiar una de las balsas en que trasportaban las vituallas a «El Recinto».

En ese instante se apartaron los mimbrales igual que si fueran una cortina y una masa incontable de araucanos se abalanzó a la carrera hacia el embarcadero.

—¡Fuego! —se oyó gritar al capitán García, que se había erguido tras su parapeto y disparaba su viejo fusil—. ¡Fuego, por mil demonios! —repitió, exasperado, después de su disparo, sin preocuparse de los tiros de los milicianos que se alineaban junto a él, sino atento sólo al esmirriado cañón.

Por fin, la mecha, demasiado larga, incendió la carga de pólvora y la pieza eructó con un estruendo desproporcionado a su tamaño. Esto era lo que buscaba el capitán, el estampido del cañón. Los indios jamás habían podido acostumbrarse a su bronco bramar. El pesado proyectil, generalmente, caía al río levantando un inofensivo turbión de agua y los clavos y esquirlas penetraban como abejas zumbadoras por entre los matorrales, hiriendo en escasas ocasiones a los ofensores, pero en cambio el ruido se multiplicaba en los cañadones del río, repercutía en las montañas de la otra orilla y el corredor del fortín se envolvía en una nube de humo, que le daba un aspecto terrorífico.

Como en otras oportunidades, aquel alarde bastó para contener a los atacantes, que desaparecieron con agilidad, tumbándose entre los pajonales y recuperando la protección de los enmarañados arbustos.

—¡Cargar rápidamente ese condenado cañón! —bramó el capitán a tiempo que hacía lo propio con su fusil y volvía a hincar una rodilla en tierra tras el parapeto del corredor. Aun cuando tenía bajo su mando a quince hombres, siempre parecía estar solo. Actuaba como si los demás no fueran sino simples engranajes, sin iniciativa, sin personalidad, sin nombre ni alma, obedientes a su sola voluntad.

—¡Qué asco de vida! —rezongó un miliciano, sentándose tras el parapeto para recargar su fusil—. ¡Grandísima mierda! «Váyanse ustedes a La Frontera a conquistar gloria y galones», dicen en Santiago, y nosotros, los muy idiotas, les creemos.

—Cuando menos los indios nos dejarán tranquilos por un rato —observó otro, después de otear hacia el río, sentándose sobre unos pellones viejos y secándose el sudor con la bocamanga de su guerrera.

—¡Tranquilos! ¡Eh! ¿Por cuánto tiempo? —volvió a protestar el anterior—. ¿Por cinco minutos?… ¿Por una semana?… ¿Por quince días?… ¿Quién puede decirlo? Y entretanto este viejo carajo nos mantiene todo el tiempo con el ojo alerta, con el fusil pegado a las costillas, de día y de noche, sin darnos tiempo siquiera para cagar de una tirada, como si tuviéramos a los indios espiándonos el culo.

—¡Atención, ahí vienen otra vez! —se oyó gritar de improviso al capitán, y todos reaccionaron sorprendidos. Era inusitado que Cheuquemilla se atreviera a ordenar una segunda carga, a pleno día y sabiendo que el cañón estaba apuntando hacia el río.

No obstante, el capitán no se había equivocado. Los araucanos estaban brotando como pulgones, a saltos, de entre los pajonales y llegaban ya muy cerca de las embarcaciones.

—¡Apunten sobre el embarcadero, pedazos de imbéciles! —se oyó vociferar al capitán, y los milicianos, aunque atentos a disparar sus fusiles sobre los grupos de indios que corrían agazapados, lo sintieron pasar por detrás de ellos en dirección a la pequeña pieza de artillería.

La repetición inesperada de la escaramuza los había

desconcertado y parecía que le ocurría lo mismo al jefe, puesto que, precipitadamente, abrazó la boca del cañón y desvió de un tirón su ángulo de tiro, apuntándolo sobre el embarcadero. Su rostro, chamuscado por la estopa ardiente que le lloviera encima al comienzo de la acción, sucio y sudado, se veía feroz, acentuándose su fealdad. En ese momento odiaba a los indios con toda su alma.

—¡Fuego sobre esos hijos de puta! —rugió sin moverse, expuesto él mismo a la explosión de la incontrolable pieza, que saltaba hacia atrás y a los lados a cada disparo.

El cañón escupió su ensordecedora carga y correteó como un animal epiléptico por el corredor, obligando a sus dos servidores a apartarse a saltos para no ser alcanzados por sus coletazos.

El capitán García manoteaba rabiosamente, aventando el humo para mirar hacia el río, y, cuando logró perforarlo con sus pupilas enrojecidas, prorrumpió en una retahíla de palabrotas que abarcó desde las madres de todos sus subalternos hasta los santos y al mismísimo Dios.

Los araucanos se habían desvanecido entre el ramaje; mimbrales y arbustos habían sido arrasados en un ancho trozo de ribera, era cierto, pero el proyectil de hierro del cañón había dado de lleno en el embarcadero de troncos y tablas abriéndolo por el centro y desprendiéndolo de la orilla. Sus restos flotantes se movilizaban lentamente aguas adentro, y lo grave del caso era que las dos balsas y los cuatro botes que estaban amarrados a ellos eran los que con más facilidad se deslizaban hacia la corriente del
Bío-Bío,
que había de llevárselos.

—¡Cinco hombres al río! —gritó enloquecido el capitán—. ¡Teniente Campos, qué hace usted ahí parado como un imbécil! ¡Al río he dicho, a recuperar esas porquerías de botes! ¡El resto prepare sus fusiles y apréstese a cubrirlos con sus fuegos, por si vuelven esos indios del carajo!

Cubiertos de barro y calados hasta los huesos por el agua fría, regresaron poco más tarde los cinco comisionados. Habían logrado salvar dos de los botes y una de las balsas, pero el embarcadero estaba absolutamente inservible. La furia del capitán García era tan intensa que no encontró manera de expresarla. Encerrado en la habitación principal del fortín, se aferró a una botella de

aguardiente y amenazó con colgar de los pulgares al que se atreviera a hablarle. Así permaneció bebiendo a lentas buchadas, taciturno, torvo y peligroso, hasta que cerró la noche. De cuando en cuando volvía la cabeza y miraba por un ventanuco que se abría hacia el río y observaba las luces vagas de «El Recinto», en la otra ribera. El aire pegajoso de la vega le traía el croar de millares de sapos y el ruido solapado de las aguas que lamían los pajonales y se escurrían en capas delgadas sobre los bancos de arena. El capitán García amaba el paisaje bravío y lo odiaba al mismo tiempo; así como odiaba a los indios, aunque los comprendía y en cuya compañía habría podido vivir pacíficamente en otras circunstancias. Pero había llegado allí como un descastado humillado, despojado de su auténtica personalidad, como un paria. Lo que él juzgaba la injusticia cometida en su contra le mantenía la sangre llena de veneno y el corazón pleno de inquina contra todo el mundo.

Su permanente estado de ánimo se reflejaba en su apariencia. Se abandonó, perdió todo interés en sí mismo. La barba dura le crecía enmarañada, enredada con las patillas y los bigotes; la mirada amarga le surgía agresiva bajo las cejas hirsutas como cortinas de cerdas. Era bajo de estatura, pero ancho, de huesos grandes, y la vida brutal de La Frontera lo mantenía enflaquecido, visibles los músculos correosos bajo la piel ennegrecida por el sol y la suciedad. Era hombre de pocas palabras y gran parte de las que empleaba eran sociedades hijas de su sempiterna inconformidad.

Hacía seis años que apareciera en los fortines de La Frontera, en calidad de sargento; y paulatinamente, por obra de su valor irreflexivo, había ascendido hasta el grado de capitán de las milicias reclutadas en la zona, compuestas en su mayor parte de ladrones, torpes campesinos, facinerosos y vagos de todo orden. Las dotaciones de los fuertes barruntaban que había sido hombre más importante en otras épocas, y algunos oficiales de las tropas de línea, que no se mezclaban con los milicianos, recordaban que fue teniente coronel del Ejército nacional, pero que sufrió la suerte de muchos de los que formaron en los batallones 1.º,7.º y 8.º de Línea, disueltos al término de la revolución de 1830, tras la derrota del capitán general Ramón Freire, en la batalla de Lircay. Fue degradado y, como no sabía hacer otra cosa que guerrear, descendió al sur e ingresó en las milicias de La Frontera. Y ahora, a mediados

de julio de 1837, estaba al frente de la pequeña guarnición del puesto de Talcamávida, ahíto de desilusión y de matar indios, aislado de sus semejantes, sintiendo cómo se barbarizaba cada día más.

Despertó poco después del amanecer, hecho un paquete en su manta, sobre el suelo duro. Hedía a aguardiente y a sudor añejo. Se levantó de mala gana y escupió varias veces para librarse la boca de la saliva espesa. Después se quitó la guerrera, la sacudió con fuerza dos o tres veces para ahuyentarle el mal olor y la colgó en el respaldo de la silla. Salió del cuarto aventándose la camiseta por los sobacos y se encaminó a un barril con agua ubicado en el corredor.

Terminaba de lavarse la cara y el cuello, entre bufidos, y se derramaba deleitosamente agua con un cuenco de calabaza sobre la desgreñada pelambrera, cuando entrevió las botas de su segundo detenidas junto a la base del barril. Las reconoció por los delgados correones de cuero de buey con que el teniente Campos les había sujetado las suelas desprendidas.

—¿Qué hay, teniente? —le inquirió, sin interrumpir su tarea.

—Los indios se retiraron hacia Hualqui durante la noche, capitán —le informó el interrogado—. Les rastreamos las huellas un buen trecho. Cruzaron el río un par de leguas más abajo.

—Está bien —gruñó García—. Eso significa que nos dejarán en paz durante un tiempo.

Pero, como si los hechos hubieran decidido contradecirle, en ese instante oyó el son de la corneta del vigía situado sobre la torreta de troncos delgados levantada junto al portón de entrada.

—¿Qué demonios pasa ahora? —alcanzó a exclamar el jefe, volviéndose hacia donde provenía el sonido, cuando le llegó la voz del centinela:

—¡Un jinete se acerca por el poniente, mi capitán!

García y Campos salieron al patio y el primero preguntó haciendo bocina con las manos:

—¿Un jinete solo?… ¿Qué jinete, indio o soldado?

—¡Soldado, mi capitán!

—Se trata de un estafeta seguramente, mi capitán García —le observó el teniente, tratando de cooperar; pero sólo obtuvo una mirada despectiva de su jefe.

—¿Y qué cree usted que me figuro que es: una visita de

cumplimiento o un paseante que viene a pedirnos un vaso de mistela para el calor?…

—Perdone, mi capitán; he dicho una tontería —se abochornó el oficial; pero García era implacable:

—Ya sabemos que sólo dice tonterías. Haga abrir el portón y que ese soldado se presente ante mí.

Era un recuerdo de tiempos mejores. Aunque el puesto en que se encontrara fuera una pocilga, recibía a los mensajeros o a los relevos en el cuarto principal, con la guerrera y el quepis colocados correctamente. Tal vez esta costumbre estuviera sustentada por una leve chispa de temor. Ninguno de los miembros de la superioridad militar de Concepción ignoraba la dureza con que procedía el capitán García, ya fuera con los mapuches o con sus propios subordinados. No era extraño, en consecuencia, que en cualquier momento hicieran recaer sobre él un castigo. ¿Y cuál podía existir peor que el que ya sufriera por ser leal a su general Freire? Solamente uno acudía a su cabeza recalentada por la vida salvaje que llevaba: el fusilamiento. Era tan fácil matar a un hombre. ¿Acaso él no lo hacía con tanta frecuencia? Indio que pasaba frente a la mira de su fusil era un candidato, y después del estampido, nada, se lo borraba de la mente.

Y estaba aquella maldita estupidez del día anterior: el embarcadero destrozado. Él mismo, con sus propias manos, enfocó el cañón. ¿Por qué no entonces? Los vigías de «El Recinto» tenían que haber observado la operación. No se detenía a pensar que era imposible que el comandante de ese fuerte hubiera dado aviso y rendido el informe a Concepción. ¡Cualquiera podía pensar con claridad en aquel mundo de calor, de mugre, de tábanos, de piojos, de indios ululantes, de comidas apenas sancochadas!

El estafeta venía del poniente, por la ruta que los unía con el Cuartel General de Concepción. Traía un mensaje, como era de esperarse. Manuel García lo recibió sin poder evitar que le temblaran levemente las manos. Tenía estampados en el envoltorio los sellos de la Secretaría de Armas y de la Comandancia General del Ejército del Sur.

—¿Lo relevan, mi capitán? —le inquirió el teniente Campos mientras él leía las breves líneas del mensaje.

García lo miró sin verlo, concentrado en desentrañar el posible

sentido oculto de la nota. Pero era una orden hermética, aparentemente sólo una orden: la de presentarse a la brevedad posible en Concepción. Y la firmaba el propio general Manuel Bulnes. ¡Manuel Bulnes! Ese nombre daba escalofríos al capitán. Lo había apreciado antes, pero estuvo presente en aquella ocasión; pertenecía al partido del general José Joaquín Prieto, el vencedor de Lircay y a la sazón Presidente de la República. Bulnes participó en la disolución de su inolvidable regimiento, el «1.º de Infantería de Chile»; también contempló cuando le pisotearon sus estrellas de teniente coronel en el patio de…

—¿No le explican para qué tiene que presentarse en Concepción? —insistió el teniente, que había leído el comienzo del mensaje por sobre el hombro de su jefe.

García plegó bruscamente el papel y lo escondió entre sus manos.

—¿Desde cuándo los superiores participan a los subalternos sus ideas?

Pero la taladrante duda seguía socavándole el cerebro. ¿Por cuál de sus excesos querían castigarlo? ¿Cómo se habían enterado? Sin darse cuenta, recurrió al mensajero que aguardaba a su lado:

—¿Sabe usted para qué me llaman, soldado?

—No, mi capitán.

—Pero algo…, ¡bueno, algo habrá notado usted cuando le entregaron el mensaje!

El estafeta se rascó la frente y terminó por encogerse de hombros, evidenciando confusión.

—No sé, mi capitán —repitió, vacilante—. En Concepción hay un *revolutis* que no lo entiende *naiden*. Mueven tropas *p'acá* y *p'allá. Paré'que la'estan* mandando *pa'l* norte.

—¿Para el norte?… ¿Y a qué?… —García miró a su teniente, y como éste hiciera ademán de no entender, agregó, por decir algo, casi en tono de broma—: ¿Que acaso hay guerra en el norte?

El mensajero abrió la boca como un bobalicón y dijo con la mayor simpleza:

—*Güeno*…, ¿y *usté* no lo sabía, mi capitán?

Fue como si una lanza india se hubiera clavado de súbito en el muro entre las cabezas de García y del teniente. Ambos se quedaron boquiabiertos. Después, el capitán fue frunciendo poco a poco el

ceño, hasta que explotó:

—¿Y cómo había de saberlo, pedazo de bestia? ¿Quizás los pájaros iban a tener la fineza de comunicármelo? ¿Y contra quién hay guerra?

El soldado volvió a esconder la cabeza entre los hombros, asustado por el tono tremebundo del oficial.

—Contra algo que mentan la Confederación, me creo, mi capitán —le respondió titubeante—. Dicen que el Presidente Prieto le declaró la guerra hace hartazo tiempo, como dos meses.

García no entendió aquello de la Confederación, ni supo ubicar tal Estado en la geografía, pero el hombre había dicho que estaban mandando las tropas hacia el norte y eso le bastó por el momento. Lo que no concebía era que su país pudiera estar en guerra desde hacía tanto tiempo sin que ellos se hubiesen enterado de nada. Eso venía a confirmarle el abandono en que se encontraban.

—¡Maldito sea este pudridero! —exclamó con rabia, y volvió a desplegar el mensaje con la esperanza de encontrar alguna frase o una palabra referente al asunto y que se le hubiera escapado, pero no halló nada aparte de lo que ya había leído—. ¿Entonces para mandarme a esa guerra es que me llaman? —concluyó, indeciso.

—No sé na, mi capitán —volvió a excusarse el mensajero, muy corrido; pero agregó a la aventura—: Desde que se supo que habían *matao* al *Menistro* Portales *too* anda *regüelto*.

La nueva noticia terminó de trastornar a los jefes milicianos. El señor Diego Portales era nada menos que el Ministro de la Guerra y el hombre todopoderoso en el Gobierno del Presidente Prieto.

—Así llegó la novedad, mi capitán —proseguía explicando el estafeta, satisfecho, por fin, de poder aportar una noticia más completa—; que al *Menistro* Portales lo mataron a sablazos en Quillota y dicen que estuvo *güeno* que lo mataran porque quería mandar a *too* el Ejército a la guerra contra la Confederación…

—Pero ¿qué Confederación, por mil diablos? —bramó el capitán, exasperado, remeciéndolo de la botonadura de la guerrera.

—La Confederación Perú-Boliviana, pus, señor.

—¿Y qué diantres es eso?

García soltó al soldado y la interrogación la dirigió más bien al teniente Campos. Pero éste parecía estar tan en ayunas como él sobre el asunto y ambos quedaron en un punto muerto.

—¡Me cago en Dios! —dejó escapar el capitán, siguiendo su costumbre de proferir herejías a cada instante—. Me sacan de los indios para mandarme a pelear a otro lado, quizás contra qué clase de indios. ¡Bien, sea! —concluyó, ajustándose la casaca con un tirón que repetía siempre que se resolvía a realizar algo—. La disciplina del soldado es la disciplina. Sigamos aguantando. ¡Teniente Campos, usted toma el mando de este puesto! La orden dice que lo transfiera a mi segundo, ¿no es así? Usted se aguanta aquí, en Talcamávida, y rehace esa porquería de embarcadero que hicimos pedazos ayer. ¿Entendido?

El oficial se cuadró de malas ganas y apenas rozó con la diestra el ala de su quepis.

—Lo que es yo, me marcho con este soldado a Concepción. Ordene que me ensillen un caballo mientras echo mis tiras en la petaca. Y usted, estafeta —dijo al otro hombre, observándolo de arriba abajo y oliéndolo con manifiesta repugnancia—, métase un rato al río para que se le pase la *sudadura*, remójese bien las patas, que harto mal huelen, y preséntese en media hora más aquí, que ya estaré listo para partir a Concepción.

Galopando sin cesar, dejaban poco después la zona protegida por la tropa miliciana de Talcamávida. Avanzaban con precaución, porque la zona boscosa que orillaba el río era continuamente cruzada por partidas de indios furtivos que merodeaban al acecho de cualquier patrulla desprevenida. Cada cierto tiempo era posible entreverlos disimulados en los sauzales o encumbrados en lo alto de las colinas, jinetes sobre sus veloces caballos de pelaje crespo, batiendo al viento sus ponchos a franjas de colores.

Con la mirada atenta al boscaje y las manos listas para desprender los fusiles de los ganchos de las monturas, cabalgaron hora tras hora en dirección a la «capital del sur». Había cerrado la noche cuando entraron a Concepción, de modo que tuvieron que irse identificando en todos los, puestos de centinelas que acababan de ser establecidos, operación que provocaba la impaciencia de Manuel García. Pero luego tuvo que resignarse a toda clase de retardos, ya que las calles que conducían a la Intendencia estaban repletas de soldados y carretas de bagajes de los diversos cuerpos militares de La Frontera. Igual cosa ocurrió en las antesalas y patios

del Cuartel General, en donde era posible distinguir a los dragones con sus largos dormanes color azul, a los oficiales del «Carampangue», de corta chaquetilla roja y pantalones blancos, y a los «Voluntarios de Colchagua», de guerrera verde con cuello y bocamangas amarillas. Todos estaban expectantes y nerviosos.

El capitán García se introdujo en la antesala mayor, vecina al despacho del Comandante en Jefe de la División, y, sin preocuparse por su uniforme cubierto de polvo, se mezcló con ellos, hendiéndolos con expresión hosca, pero sin perder ni una sola frase de las que se pronunciaban a su alrededor. Todas las conversaciones versaban sobre un mismo tema: la guerra.

—El jefe enemigo es el general Andrés Santa Cruz —oyó que informaba alguien a su lado—. Es algo así como un rey mestizo. Dicen que es hijo de una cacica descendiente directa de los Incas.

—¡Pamplinas! —rebatió al anterior un oficial de marcado tipo británico—. Mi padre lo conoció en Chuquisaca, la capital de Bolivia. No es más que un mestizo de un expósito español y de una india del altiplano. Su madre era la cacica de Guarina, Francisca Calaumana, y su padre, un campesino de la misma aldea, llamado don Andrés Santa Cruz. Claro es que el actual Presidente boliviano explota la fábula que se ha inventado sobre la ascendencia real de su madre y se ha hecho rodear de una pompa primitiva, a imitación de la que imperaba en la corte de los antiguos Incas.

—Sin embargo, teniente O'Carrol —le replicó su interlocutor—, nuestros jefes opinan que ese hombre tiene méritos auténticos. Fue un jefe destacado bajo las órdenes del general Simón Bolívar y también del general Antonio José de Sucre en las guerras de la Independencia del Perú y Bolivia.

—Es cierto —reconoció el denominado O'Carrol—. Es un hombre capaz, sin duda, y peligroso, razón que exige aplastarlo de un golpe o, de lo contrario no tardará en extender sus ambiciones de dominio sobre Chile.

—Pero, en fin de cuentas, ¿qué es lo que ha hecho para despertar los recelos de nuestro Gobierno? —terció un oficial del «Carabineros de La Frontera».

O'Carrol se encogió de hombros y sonrió, complaciente.

—Me pides demasiado, Carrasco —respondió—. No sé más que lo que he logrado oír en los tres días que llevo en este Cuartel

General.

—Tal vez yo pueda resumirles algo de lo que me explicó el comandante Valenzuela —intervino un joven teniente del «Carampangue», asomándose por sobre los hombros de los que conversaban.

Al oír la mención del comandante Valenzuela el capitán García prestó mayor atención. Aquel comandante aludido por un oficial del «Carampangue» no podía ser otro que Jerónimo Valenzuela, uno de los pocos jefes fronterizos a quiénes él apreciaba como auténticos veteranos.

—Dijo mi comandante explicaba el oficial— que el general Santa Cruz invadió el Perú, que estaba en revolución, con sus tropas bolivianas y luego de dividirlo en dos Estados, el del norte y el del sur, formó la Confederación
Perú-Boliviana.
Y, lógicamente, quien manda en ella, con poder absoluto, es él.

El capitán García no pudo contener su lengua. Aquella situación que pintaba el oficial le parecía tan absurda que no resistió intervenir.

—Pero ése no es asunto nuestro —opinó—. ¿Por qué diantres Chile va a entrar en guerra contra esa Confederación?

Los oficiales que conversaban, todos ellos del Ejército de Línea, se volvieron al oír su exclamación, y al observar su uniforme de miliciano, raído y sucio, se quedaron contemplándolo con no disimulado despego. No obstante, el teniente con aspecto británico se avino a responderle, aunque lo hizo con cierta sorna:

—Eso va a tener que preguntárselo al general Manuel Bulnes, que nos ha reunido en este Cuartel General justamente para darnos esa explicación.

García se había puesto cárdeno bajo las miradas despectivas de los militares y parecía expuesto a dar rienda suelta a su mal carácter, cuando escuchó a sus espaldas la voz de un ayudante que pasaba pronunciando su nombre.

—¡El capitán Manuel García! ¿Está aquí el capitán Manuel García?

Rápidamente se apartó del grupo y se encaminó hacia el hombre que lo llamaba. En otras circunstancias le hubiera denotado su presencia en voz alta, pero ahora estaba consciente de su mal

aspecto, de modo que se allegó hasta él, y sólo se identificó cuando estuvo a su lado:

—Yo soy el capitán Manuel García.

Como el ayudante lo observara con perplejidad, terminó de exasperarse.

—¿Qué me mira de ese modo, teniente? —explotó con aspereza —. Vengo del fortín de Talcamávida, que está en el culo del mundo, y no es de esperarse que llegue aquí, a mata caballo, atildado y perfumado como una señorita.

—Perdón, capitán —se defendió el oficial—, yo no he dicho nada en contra suya. Soy un ayudante del general Bulnes, quien me encomendó me cerciorara de su llegada, pues tiene necesidad de hablar a solas con usted, después que termine la conferencia que celebrará con estos jefes y oficiales presentes.

—Ah, si es así, aguardaré —aceptó entre dientes García—. Diga usted al general que esperaré pacientemente. Entretanto, voy a ocupar mi tiempo en asearme un poco y poner en orden mi uniforme.

Giraba para retirarse, pero el ayudante lo retuvo con cortesía de una manga.

—Excúseme, capitán, pero eso no significa que usted esté excluido de esta reunión. El general desea que usted se halle presente, al par que los demás, y que se quede después que ellos se hayan retirado. —Como viera que García examinaba su vestimenta con desaliento, sonrió conciliador—. No se preocupe, capitán; usted sabe que mi general Bulnes es también un soldado de frontera. Comprenderá la razón de su desaliño.

Despreocupándose del jefe miliciano, se dirigió en alta voz a todos los reunidos para invitarlos a entrar al despacho donde los aguardaba el Comandante en Jefe. García dejó pasar a la mayoría ante él y, confundiéndose con los últimos, penetró también.

¡Allí estaba el general de brigada Manuel Bulnes! Seis años hacia que no tenía la oportunidad de verlo de cerca y le era fácil darse cuenta de cuánto había cambiado el otrora esbelto sobrino del Presidente José Joaquín Prieto. Ahora, era un hombre ancho y corpulento, con largas patillas esponjosas cubriéndole la mandíbula, ganchudo de nariz y con la piel intensamente bronceada por la vida de campamento.

Bulnes observaba a todos los jefes que acababan de reunirse en su despacho clavando en ellos sus ojos obscuros y penetrantes. Su aspecto lo mostraba como un típico oficial de La Frontera. Sus ademanes y su voz tenían la dureza propia del hombre habituado al mando indiscutido. Todos sabían que había hecho la guerra desde los dieciséis años de edad en aquella comarca, vecina a los principales «butalmapus» indios, al igual que su madre. Se lo respetaba por experto y se lo temía por riguroso.

Cuando se hubo silenciado el bullicio que hicieron los oficiales al entrar a la amplia sala y tomar asiento en sillas dispuestas para ese objeto, el general apoyó sus anchas manos obscuras sobre el escritorio y empezó a hablar.

—Señores jefes y oficiales —dijo paseando su mirada por todos los rostros, cual si deseara identificar a cada uno de sus oyentes—, los he separado de los cuerpos en que se hallaban ustedes sirviendo porque una poderosa razón de Estado los reclama en el norte. Considero superfluo todo preámbulo cuando todos ustedes ya saben que está declarado el estado de guerra contra la Confederación Perú-Boliviana.

Sin embargo, antes que partan hacia Santiago, deseo, en mi calidad de general del Ejército del Sur, ilustrarlos sobre la razón que nos lleva a esta guerra.

Los militares, que lo observaban en expectante silencio, se removieron un tanto en sus asientos para disponerse a escucharlo sin perder palabra. El general Bulnes era un hombre parco y escueto hasta en sus conversaciones amistosas. En consecuencia, su explicación fue concisa y limitada a dar a conocer a sus subalternos lo que él juzgaba estrictamente necesario, nada más. En resumen, lo que les dijo fue que el general boliviano Andrés Santa Cruz, aprovechando un período de revoluciones producido en el Perú, penetró en el territorio de ese país con el pretexto de pacificarlo y restablecer en el Gobierno al Presidente constitucional. La revolución se había debatido entre dos bandos: el del Presidente don Luis José Orbegoso y el del joven general Salaverry. El primero, mandatario constitucional del Perú, fue quien pidió auxilio al general Santa Cruz, titulado también Gran Mariscal de Zepita, y el que le dio la oportunidad de entrar al territorio peruano al frente de cinco mil soldados, disciplinados y con buen armamento. Tras dos

batallas, las de Yanacocha y Socabaya, Santa Cruz derrotó a los revolucionarios de Salaverry y restableció el orden en el país. No obstante, como premio por sus victorias, exigió que la nación se dividiera en dos Estados, el del norte y el del sur, los que sumados al de Bolivia, pasaron a formar la Confederación Perú-Boliviana, colocada bajo el mandato del propio Santa Cruz, quien lo asumió con el título de Protector. Era el ambicioso sueño que incubaba desde que sirvió bajo las órdenes de Simón Bolívar en la guerra por la independencia del virreinato. Era, según Bulnes, del Libertador de quien había copiado la idea de implantar una monarquía sudamericana.

En ese punto de su exposición, uno de los jefes más antiguos, que participara también en las batallas de Bolívar, se atrevió a rebatirlo.

—Perdone, mi general Bulnes, pero el Libertador pretendía formar una Confederación de Estados —le interpuso.

El jefe del Ejército del Sur aceptó la acotación inclinando un tanto la cabeza.

—Es cierto, en parte. Bolivar posiblemente lo deseaba así. Pero, en cambio, Santa Cruz se siente heredero sanguíneo de los Incas, antiguos soberanos del Perú. Y sus miras van tras las aguas de aquellos presuntos antepasados, es decir, pretende extender sus dominios mediante una guerra de expansión.

—¿Hasta Chile incluso? —le inquirió otro de sus auditores.

—Está probado —afirmó Bulnes con sequedad—. ¿No fue él quien armó las fuerzas expedicionarias con que el hoy desterrado general Ramón Freire pudo volver a Chile, desembarcar en Chiloé e intentar la revolución de nuestro país? ¡Sí, señores! El general Santa Cruz quiso, mediante este hecho, provocar en Chile el mismo caos con que desarticuló al Perú. Desangrados nuestros regimientos en una lucha intestina, le hubiera sido fácil apoderarse en igual forma de nuestro territorio. Afortunadamente, el general Freire, a quien supongo ignorante de esta intriga mayúscula, fue derrotado en el río Lircay en 1830, como ustedes saben, y se frustraron las aviesas esperanzas del Protector de la Confederación.

El capitán García sintió fijos en él los ojos de Bulnes cada vez que mencionó a Freire y tuvo que hacer un esfuerzo por mantener

un semblante impasible. Bien sabían los dos con qué terca obstinación el antiguo comandante del «1.º de Infantería de Chile» había guardado fidelidad a su jefe en aquellas deplorables acciones, sin analizar los móviles que las provocaron. Fue un verdadero alivio para García que un jefe del «Carampangue» inquiriera al general sobre otros posibles motivos, aparte de las ambiciones expansionistas del caudillo boliviano, para entrar en guerra en forma tan precipitada.

—La Confederación ha desahuciado el tratado comercial que nos unía con el Perú —enumeró Bulnes—, humilló y apresó a nuestro encargado de negocios don Ventura Lavalle, sin respeto a su fuero diplomático, y finalmente el general Santa Cruz no ha cejado un instante en su propósito de promover una revolución en Chile, habiendo logrado sus agentes conseguir en parte su objetivo en Quillota, induciendo a amotinarse al regimiento «Maipo» contra las fuerzas del Gobierno. Motín execrable, de resultas del cual fue alevosamente asesinado el Ministro de la Guerra y Marina don Diego Portales.

Manuel Bulnes alzó la voz con indisimulable rencor y su tono se hizo más áspero al agregar:

—El Ministro Portales era un convencido de que sólo las armas podían impedir que las ambiciones de Santa Cruz se extendieran sobre Chile. Por ello fue que éste creyó que, haciéndolo asesinar, eliminaría el riesgo de una guerra y que nuestro Gobierno no se atrevería a buscar una solución armada. Pero se ha equivocado. El 6 de junio fue fusilado y despedazado el Ministro; hoy, 14 de julio, Chile entero está reconociendo cuarteles. Rápidamente se organizan batallones en el centro del país y se traslada a las tropas de línea de La Frontera de Arauco. Por esta causa han sido llamados ustedes. En consecuencia, deben aprestarse para ir a luchar en territorio peruano. Primero, servirán de instructores de reclutas en Santiago y Valparaíso, y, enseguida, partirán por mar hacia el norte. —Todos los militares se habían puesto automáticamente de pie a sus últimas frases y mostraban actitudes vibrantes cuando el general les consultó—: ¿Están dispuestos, señores jefes y oficiales?

—¡Sí, mi general! —le contestaron en coro.

—Gracias, eso es todo —concluyó Bulnes—. En Santiago les darán explicaciones más detalladas sobre la guerra que van a

emprender y les indicarán sus respectivas destinaciones. Pueden retirarse.

Los tacones de la treintena de militares resonaron vigorosamente al entrechocarse y luego el ruido de sus pasos se perdió por la ancha puerta que comunicaba con la antesala. En el despacho, separados por las sillas vacías, sólo quedaban el general Bulnes y el capitán García. Éste se hallaba cercano a un rincón, de pie y manteniendo entre sus manos su viejo quepis de miliciano fronterizo.

Manuel Bulnes giró el torso, lenta y teatralmente, hasta enfrentar la figura desmedrada del antiguo teniente coronel. Después de una larga pausa, le preguntó, como si no encontrara forma de iniciar el diálogo:

—¿Y usted, capitán?…

—Recibí orden suya de quedarme, mi general le respondió García, tragando saliva con dificultad. E irguiéndose se identificó, aunque era innecesario: —Soy el capitán de milicias de La Frontera Manuel García, destacado en el comando del fortín de Talcamávida.

—Ah, sí; es verdad, capitán. Volvemos a encontrarnos y créame que me es difícil de nominarlo con ese grado. En la última oportunidad que nos vimos era usted teniente coronel.

—Sí. Y fui degradado al ser disuelto el «1.º de Infantería de Chile» después de la derrota que sufrimos junto a mi general Freire en Lircay —recitó con monótona amargura el miliciano—. ¿No lo recuerda? En presencia suya me arrancaron las jinetas. Después tuve que empezar de nuevo… y en las milicias. Seis años en esos cochinos fuertes de La Frontera me han hecho capitán.

Los dos hombres guardaron silencio unos segundos. Hasta ese momento habían conversado desde la distancia, por encima de las sillas, y este obstáculo les impedía franquearse. Bulnes lo comprendió y abandonando su sitio, detrás del escritorio, avanzó por entre las sillas vacías, mirando al suelo y reflexionando.

—Comprendo su amargura y su rencor, capitán García —iba diciendo— y desearía volver las cosas a su antiguo estado… si de mí dependiera…; reincorporarlo, quizás, al Ejército de Línea…

—¿Reincorporarme… quizás?… —Las cejas espesas de García se habían erizado adoptando la forma de acentos circunflejos—. ¡Oh, no, mi general! De ese modo, no; categóricamente, no.

Estaban, por fin, frente a frente, separados apenas por un paso.

El rostro de Bulnes quedaba un jeme más alto que el de García, pero este último proyectaba su mentón hacia arriba en un ademán porfiado que los nivelaba.

—Entonces… ¿debo pensar que se negaría usted a ir a la guerra? —le preguntó inquisitivamente el general, entrecerrados los ojos, por el naciente enojo.

—Si de mí depende…, me niego.

—¿Aunque se lo reclame la patria?

—La patria me necesita también en esta frontera —replicó con roncos acentos García.

Ambos hablaban el mismo lenguaje, el de su época; y más aún, el del territorio en que les había tocado en suerte vivir durante la mayor parte de sus existencias, tierra de cuarteles, de estandartes, de fortines, de cornetas, de largas formaciones de hombres casi anónimos, de quienes no se conocían las familias, los hogares ni la procedencia y a los cuales los unía, como único factor común, una palabra: patria. Palabra vaga en los comienzos del siglo, pero que habían incorporado al vocabulario popular los gestores de la Independencia y robustecido, adhiriéndola al concepto de nación, el insigne asesinado, el Ministro Diego Portales. Mencionarla entre aquellos dos militares que se enfrentaban en ese momento era apelar a lo más valioso para sus espíritus, casi como ponerla de testigo de un juramento. Por eso, el capitán García agachó la cabeza avergonzado cuando justificó su argumento con una brutal afirmación:

—Me he hecho experto en la guerra contra los indios. Sólo sé matar indios.

Bulnes infló sus pulmones y el semblante moreno se le enrojeció, apoplético.

—¡No sabe usted lo que dice, capitán! —lo increpó—. Cuando le digo que se lo reclama para ir a la guerra estoy formulándole una orden.

—No debió haberme consultado entonces, mi general —le replicó el miliciano, esbozando el ademán de cuadrarse—. Si es orden, la cumpliré. Iré a la guerra.

—¡Caráspita! —La exclamación escapó involuntariamente de los labios del general. Había olvidado el carácter tozudo e inflexible de García y su reacción lo exasperó. Pero hizo un esfuerzo sobre sí

mismo y se controló a medias—. Partirá usted mañana junto con los demás jefes y oficiales y se presentará en el Cuartel General del almirante Manuel Blanco Encalada, General en Jefe de la expedición sobre el Perú. Allá se le señalarán su destinación y los servicios que prestará. Eso es todo. ¿Tiene algo que objetar?

Manuel García se caló despacio el quepis y llevó con parsimonia su diestra hasta el borde de la visera.

—Nada, mi general. Simplemente, obedezco. Con su permiso.

Entrechocó sus tacones, giró militarmente y abandonó la estancia con pasos pesados. El general Bulnes lo contempló salir y esbozó un ademán de amenaza con un puño crispado hacia él, pero enseguida bajó el brazo con rabia.

—¡Por todos los diablos —maldijo—, uno de los mejores jefes de batallón estropeado por nuestras torpes querellas! ¡Qué majadería!

La apariencia de Santiago en julio de 1837 era la de una ciudadela militar en plena actividad. Aun cuando el Presidente don José Joaquín Prieto y el nuevo Ministro de la Guerra y Marina, coronel Ramón de la Cavareda, no habían resuelto definitivamente el envío de tropas expedicionarias al Perú, se realizaban aprestos acelerados, igual que si la invasión debiera iniciarse de inmediato. En los campos vecinos a la ciudad, como también en los aledaños al puerto de Valparaíso, se ejercitaban los escuadrones de caballería y se adiestraba a centenares de reclutas, que de modo incesante se presentaban a los cuarteles en donde resonaban los tambores de enganche. Largas columnas de infantería maniobraban en el Campo de Marte y en la plazoleta del cerro Santa Lucía, en la capital, en las últimas revistas de preparación de los batallones de línea, que formaban la exigua planta del ejército permanente.

En las cantinas, cafés y merenderos del centro de la ciudad no existía otro tema de conversación que el de la guerra. El fervor bélico subía rápidamente, como pan con buena levadura, en los ánimos de aquellos hombres que, desde generaciones anteriores, no conocieron una función superior en sus vidas que la de guerrear. Esta atmósfera vibrante de exaltación fue la que recibió a los jefes y oficiales de los batallones de La Frontera que enviaba el general Bulnes, para que sirvieran de instructores a los cuerpos de reclutas que habrían de partir hacia el Perú.

Obediente a la orden recibida en Concepción, el capitán García se presentó en el cuartel que le correspondía en su calidad de infante, el ubicado en la calle de San Pablo. El coronel encargado de las destinaciones se encontraba en plena labor de indicar a los que iban llegando los regimientos o batallones a los cuales debían incorporarse. En un muro de su amplio despacho estaban colocadas largas listas en las cuales figuraban también las destinaciones.

—¡Búsquense en las listas, señores! —instruía a los que se iban presentando—. Mi deber es proporcionarles todos los detalles que precisen para asumir cuanto antes sus mandos.

García tuvo que aguardar unos minutos hasta que halló un hueco entre otros militares, desde donde pudo leer las listas escritas con letra menuda por un furriel poco experto en caligrafía. Lentamente fue examinándolas de arriba abajo, mientras escuchaba en su contorno los comentarios, alegres unos, desagradados otros, de los que se iban enterando de sus destinaciones futuras. Unos iban al escuadrón de «Lanceros», otros al «Cazadores»; uno protestaba por su designación en el batallón «Colchagua», de milicias reclutadas en esa provincia; más allá un tercero se felicitaba de haber quedado adscrito al escuadrón «Escolta del Presidente».

Manuel García no podía encontrar su nombre en aquellas interminables listas. Comenzaba a sospechar que no lo habían incluido por su condición de jefe de milicias, cuando se le ocurrió examinar una lista pequeña clavada a un costado, paralela a las demás. Estaba encabezada por el título de «Fuerzas Anexas». Allí, en el primer lugar, estaba estampado claramente su nombre. Pero cuando lo leyó no pudo dar crédito a sus ojos. Decía: «Capitán Manuel García. Instructor de la Columna Peruana».

Abriéndose paso a codazos entre los que se habían colocado detrás de él, se dirigió con gesto torvo al coronel informante.

—Perdone, mi coronel, pero no entiendo la destinación que me han fijado —le expresó.

El encargado examinó de una ojeada su uniforme de oficial de milicias y se limitó a consultarle, sin mayor interés:

—¿Qué dice la lista, capitán?

—Dice: «Instructor de la Columna Peruana».

—Pues, está claro. Irá usted como instructor de la «Columna Peruana» —concluyó el coronel, y se dispuso a enfrascarse en unos

documentos que tenía sobre el escritorio. Pero no pudo hacerlo, porque la mano pesada de García cubrió los papeles que pretendía leer.

—¿Y desde cuándo existe un batallón con ese nombre en Chile? —le inquiría con tono áspero el veterano.

El coronel era un hombre joven; seguramente no alcanzaba todavía a teniente cuando García había sido teniente coronel; y la voz de éste tenía ese tono metálico propio del que está acostumbrado a mandar. El informante no supo escapar a su influjo y respondió con más cortesía:

—¿No sabe usted que acompañarán al ejército expedicionario varios generales peruanos desterrados en Chile?

—No lo sabía. ¿Y por qué van peruanos en el ejército chileno?

—¡Vamos, capitán, no trate usted de hacerme creer que en los puestos de la Araucanía se vive en ayunas de lo que ocurre en el resto del país!

—¡Pues, sí, señor, así es! Le replicó con dureza García. —Porque no acierto a comprender cómo a un jefe chileno, con nutrida hoja de servicios, se le destina a instruir soldados extranjeros.

—Las circunstancias lo exigen, capitán —le contestó el coronel, poniéndose de pie, ya perdida la paciencia—. Además, por lo que veo, usted no es jefe del Ejército de Línea, sino de milicias, lo que lo sitúa en condiciones de obedecer sin réplica.

—¡Siempre fui oficial de línea! —porfió García, exasperado.

—¡Antes lo sería, capitán; ahora no! Y basta de discusiones —lo atajó con ademán categórico el encargado, recuperando su rango superior. Y añadió, de modo impersonal, como quien recita una lección—: Los generales peruanos Lafuente, Vivanco, Castilla y Gamarra han organizado la «Columna Peruana» que acompañará al ejército expedicionario al Perú. Esa columna servirá de base para los futuros batallones que integrarán los ciudadanos peruanos que se pronuncien contra el general Santa Cruz cuando nuestras tropas pisen el territorio dominado por el Protector boliviano. En la hora actual dicha columna está formada por peruanos emigrados que no han tenido instrucción militar alguna. Es preciso proporcionársela. Esa será su misión, capitán García. Es todo lo que debo informarle. Puede retirarse.

No había nada que hacer. Le estaba vedado oponer objeciones;

el novato coronel de intendencia no se las habría permitido. Nunca como entonces odió tanto el deslustrado uniforme de oficial de milicias que llevaba puesto. Humillado abandonó el cuartel de San Pablo y se encaminó al centro de la ciudad. Marchaba sin rumbo, torpemente, como todo hombre habituado a movilizarse a caballo. Sin darse cuenta iba rumiando los argumentos que podía haber expuesto al coronelito que lo tratara con tanto menosprecio: que era humillante para un jefe de su antigüedad el destino que se le imponía, que él había formado en el cuerpo más glorioso del Ejército chileno, en el batallón de «Granaderos», creado nada menos que el 3 de diciembre de 1810 por el coronel Juan de Dios Santelices; que en esa unidad base de la infantería del país había combatido en las batallas de la Independencia, escapando por milagro en el desastre de Rancagua. Podía haberle agregado que, después de diezmado el batallón, emigró a Mendoza con los sobrevivientes y volvió a militar en el nuevo cuerpo que los generales San Martín y
O'Higgins
crearon con sus restos: el «1.º de Infantería de Chile», reorganizado en junio de 1816, siempre bajo el mando del coronel Santelices. Por último, debió haberle recordado que su hoja de servicios certificaba que, como capitán de esa unidad, luchó en las batallas de Chacabuco, Cancha Rayada, Talcahuano y finalmente en la de Maipo, que definió la victoria sobre los realistas.

Pero sospechaba que el coronelito le habría recordado entonces aquello tan grave, de lo que no le gustaba acordarse: la adhesión del «1.º de Infantería» a la causa revolucionaria del general Freire. Era cierto, él no podía negarlo, ni intentó hacerlo cuando lo procesaron. Su batallón luchó contra las fuerzas del Gobierno, comandadas por el general José Joaquín Prieto, en Lircay. Y bien, sí. Pero él, Manuel García, no fue un insurrecto como lo señaló la acusación, sino el jefe de un batallón que combatía obedeciendo ciegamente las órdenes de quien siempre había sido su general, incluso Presidente de la República, el general Ramón Freire.

No obstante, no había nada que hacer, se repitió. Nadie lo quiso entender entonces, durante el desarrollo del proceso sumario por traición y motín. Y el «1.º de Infantería» fue violentamente disuelto, y sus jefes y oficiales degradados y borrados del escalafón militar.

«Fue injusta esa condena —se oyó decir hablando solo—, el "1.º de Infantería" constituyó siempre un modelo de disciplina y de respeto a las leyes».

Había llegado, caminando como un autómata, hasta la Plaza de Armas y se detuvo para ceder el paso a una pieza de artillería ligera que cruzaba por la calle Compañía, posiblemente en dirección al Palacio de Gobierno. Fue entonces, al oír el ruido tan familiar de la pequeña cureña rodando sobre los adoquines y el repicar de los cascos de los caballos, cuando tomó una decisión. Tenía derecho a apelar ante la superioridad militar, a cualquier ciudadano le era permitido hacerlo, si estimaba fundadamente que las condiciones en que se le enviaba a la guerra le eran adversas. Hablaría con el jefe del ejército expedicionario, el almirante y teniente general Manuel Blanco Encalada. Resuelto a hacerlo, echó a andar rápidamente hacia el Ministerio de la Guerra y Marina.

Durante el trayecto seguía debatiendo en su cerebro sus ideas, no muy claras, en verdad. No tenía nada en contra de los peruanos; había sido, por el contrario, uno de los más entusiastas instructores del Ejército Libertador que marchó al Perú bajo las órdenes del general San Martín y celebró con auténtico júbilo la victoria de Ayacucho, con que se consolidó la independencia de esa nación. Pero otra cosa era comandar él una columna compuesta por emigrados peruanos, entre los cuales existían numerosos generales y jefes militares de esa nacionalidad. ¿Qué papel podría jugar al frente de esa fuerza cuando estuvieran ya en territorio peruano? Oh, no. Presentía que no le sería posible mantener su autoridad, equilibrándose entre generales peruanos y subalternos que, por cierto, no ignorarían el hecho de su degradación. Era imposible aceptar. Prefería ir a la guerra como un simple instructor, como sargento, como soldado raso, incluso.

Olvidado de los reglamentos internos del Ministerio de la Guerra, había pensado que le sería fácil entrevistarse con el jefe de la expedición militar, pero pronto se convenció de que no era así. Una y otra vez fue estrellándose, en diversas reparticiones, con negativas a cederle el paso al despacho del almirante Blanco Encalada. Por fin, logró enterarse de que éste se encontraba en el Palacio de la Moneda y que tal vez pudiera hablar con él cuando terminara una conferencia que celebraba en esos momentos con el

Ministro de la Guerra. Hacia allá encaminó sus pasos el obstinado capitán de milicias.

Fue una espera interminable, en la que vio correr todas las horas de la tarde. Paseándose, nervioso, de un muro al opuesto de la sala de armas del palacio colonial, se detenía de vez en cuando en la ventana enrejada que miraba al patio principal y se quedaba observando el mareador trajín que reinaba en la casa de gobierno.

Eran casi las ocho de la noche cuando se oyó el son de una corneta en el zaguán de entrada del palacio, seguido instantáneamente por el estrépito que producía el pelotón de guardia formándose y presentando armas. Desde la ventana que le servía de observatorio, presenció el arribo de un coche con el escudo chileno en las portezuelas y del cual descendieron el propio Presidente de la República, el Ministro Cavareda y el almirante Blanco Encalada, quienes se perdieron por la escalera que conducía al despacho privado del gobernante. García dejó escapar un resoplido de disgusto y se desplomó en uno de los rígidos sillones de la sala de armas. Estaba dispuesto a esperar la audiencia solicitada aunque tuviera que pasar la noche entera allí.

Entretanto, en el despacho presidencial se enfrentaban las figuras dispares de los tres personajes recién llegados: la alta, delgada y avejentada del almirante; la morena y pequeña del Ministro Cavareda, y la fornida, aunque esbelta, del Presidente Prieto. El rostro vivaz y de rasgos atrayentes del mandatario se volvía con expresión preocupada ora hacia el Ministro, ora al General en Jefe, sin poder dar crédito a lo que éstos acababan de revelarle. Según el informe que le transmitían, se había logrado arrestar pocas horas antes a un espía, que no tardó en confesar las razones de su introducción en el territorio chileno. Su declaración hablaba sobre una próxima invasión de Chile a través del desierto de Atacama proyectada por el general Santa Cruz.

—Se me hace imposible creerlo, señores —protestaba el Presidente—. Invadir nuestro país por tierra me parece de una audacia inconcebible.

—No lo es tanto, Excelencia —le repitió el almirante—. ¿No comprobamos acaso que la primera intención del mariscal Santa Cruz fue la de invadir Chile por el mar? ¿No ordenó el difunto Ministro Portales que el capitán de fragata Victorino Garrido se

apoderara de los barcos «Santa Cruz», «Arequipeño» y «Peruviana», surtos en el Callao, justamente para frustrar esa invasión marítima?

—El espía que hemos apresado confesó que vino a Chile con un oficial del Ejército boliviano llamado Esteban Fernández —aportó el Ministro Cavareda—, el cual había recibido personalmente del mariscal Santa Cruz la comisión de estudiar los caminos del desierto, desde la frontera hasta Copiapó, para trazar el recorrido que podrían seguir las tropas bolivianas en su avance sobre nuestro país.

El general Prieto comenzó a pasearse por su despacho con las manos engarfiadas tras su espalda. No conseguía entender el pensamiento del dictador boliviano.

—No es fácil —le aclaró sonriendo con astucia el almirante—. No olvide usted que Santa Cruz tiene una personalidad misteriosa como sus antepasados los Incas. Es mitad indio y mitad español. Y lo que está buscando es precisamente reorganizar el imperio incaico, para lo cual necesitará extender su dominio sobre Ecuador, Perú, Argentina y Chile.

Lo que afirmaba el marino era lastimosamente cierto. El mariscal Santa Cruz había demostrado una habilidad innegable. En primer lugar, consiguió segregar a Bolivia del dominio de las autoridades dejadas allí por Simón Bolívar y Antonio José de Sucre y luego logró poner a su pequeña nación en un pie de guerra admirable. Los informes obtenidos por Chile indicaban que poseía un ejército de más de cinco mil hombres perfectamente armados y disciplinados, el cual lograría elevar hasta la cantidad de once mil hombres con las tropas peruanas que habían colocado bajo su mando al apoderarse del Gobierno del Perú. La amenaza de una invasión no era, en consecuencia, inverosímil. El mariscal Santa Cruz lógicamente sabía que Chile, en esos momentos, no podía oponerle más allá de tres mil hombres, cuando mucho cuatro mil.

—La única determinación que nos cabe adoptar, Excelencia, es apresurar nuestro propio desembarco en tierras peruanas —lo urgió el almirante—. Si conseguimos trasladar siquiera los tres mil y tantos hombres que tenemos adiestrados y los generales emigrados que nos acompañarán consiguen que algunos sectores del Ejército peruano se plieguen a nuestras fuerzas, como ellos aseguran que ocurrirá, aún podremos expulsar a Santa Cruz del Perú y luego

derribarlo de la Presidencia de Bolivia.

—Tiene usted razón, almirante —aceptó el general Prieto—. Por lo tanto, de usted depende ahora el cariz que tomará este asunto. Apresure la salida del ejército expedicionario. Hágalo partir aunque sea compuesto solamente por las tropas de línea. Después nosotros nos encargaremos de enviarle nuevos batallones de reclutas, cuando hayan sido adiestrados.

El almirante Blanco hizo una pequeña venia, como era su cortesana costumbre, denotando su aceptación.

—Activaré los aprestos, Excelencia, y veré modo de que el ejército expedicionario zarpe antes del 1.º de septiembre. Ahora, con su permiso, me trasladaré a mi despacho para convocar a una junta del Estado Mayor.

El capitán García tuvo que regresar nuevamente al Ministerio de la Guerra. No cejaba en su empeño de entrevistarse con el jefe de la expedición, a cualquier precio. Así lo hizo saber al único oficial que quedaba de guardia en la antesala del Comando en Jefe, en tanto se realizaba la junta.

Los informes que iban rindiendo los jefes militares al almirante Blanco se resumían en una conclusión lamentable. Las unidades del Ejército de Línea que estaban en condiciones de partir podían contarse con los dedos de las manos. Ellas eran los cuerpos de caballería «Cazadores», «Lanceros» y «Escolta del Presidente»; un batallón de artillería con seis cañones y la «Columna Peruana». Además se contaba con otros tres batallones, pero de características muy particulares. Se trataba del «Valdivia», el «Valparaíso» y el «Portales». Todos ellos estaban siendo formados a base de las tropas del disuelto regimiento «Maipo», de cuya dotación surgieron los insurrectos que provocaron el motín de Quillota, causante del asesinato del Ministro Portales. Para los dos primeros se había seleccionado a los hombres que aparecían como menos culpables, aunque todos ellos fueron dados de baja y algunos sufrieron prisiones. Pero el «Portales» era un caso más grave. En sus filas sólo se podía alinear a los hombres que intervinieron activamente en la gestación del motín y entre los cuales sobrevivían aún, no identificados, algunos de los que actuaron en el asesinato del Ministro. Gran número de ellos estaba aún en las cárceles, y sólo la extrema peligrosidad de las circunstancias podía ser motivo lo

bastante poderoso como para sacarlos de ellas.

Después de debatir acaloradamente la necesidad de incrementar la expedición con aquellos auténticos veteranos del antiguo Ejército de Línea, se llegó a la resolución de permitir la partida de los batallones «Valdivia» y «Valparaíso», con la condición de colocarlos bajo el mando de oficiales y un comandante en extremo rígidos. Pero el caso del presunto batallón «Portales» quedó sin resolver. Ninguno de los miembros del Estado Mayor se atrevía a aceptar que esos hombres levantiscos, probadamente desleales y, más aún, resentidos por largas semanas de calabozo y castigos, pudieran ser puestos en libertad y agregados a un ejército que partiría a combatir en tierra extranjera.

—Si es usted capaz de descubrir a un jefe que sea al mismo tiempo comandante, carcelero y verdugo —dijo al almirante Blanco uno de los miembros del Estado Mayor, su ayudante el coronel Tomás Sutcliffe—, sólo en ese caso daré mi aprobación para que se utilice ese cuerpo de bandidos.

Fue aquélla la última resolución de la junta. Después sus componentes abandonaron el despacho para ir a poner en marcha, de modo definitivo, los planes de guerra.

—Capitán García, puede usted pasar. El general Blanco Encalada lo recibirá. El ayudante había aparecido en forma sorpresiva junto al jefe miliciano, sobresaltándolo un poco, puesto que estaba semiadormilado en un sillón.

El jefe del ejército expedicionario casi no lo miró cuando se cuadró al otro lado del escritorio, sobre el cual brillaba a la luz de la lámpara un redondo reloj de oro. García comprendió que el marino lo había colocado bien visible para denotarle que su audiencia debía ser breve. Sus minuteros marcaban más de las diez de la noche. Este factor fue suficiente para confundir al capitán y atolondradamente, a tropezones, le expuso su queja. Todos los argumentos que había madurado durante la tarde se le olvidaron por completo y sus frases deshilvanadas giraron en torno a un obcecado propósito: o se lo destinaba a un cuerpo de línea o prefería volverse a los fortines de la Araucanía.

El almirante seguía sin mirarlo, hasta había olvidado invitarlo a tomar asiento en la silla que estaba apegada al escritorio. Con la cabeza gacha parecía enfrascado en analizar la hoja de servicios de

García, que le trajera su ayudante a tiempo de hacer entrar al veterano.

Éste, en cambio, sí lo observaba atentamente y su análisis lo conducía a una curiosa conclusión. Blanco Encalada no le parecía el hombre adecuado para comandar a un ejército chileno. Desde luego sabía que su familia era argentina, pero su tipo se le presentaba más bien como el de un británico. Su cuerpo delgado y alto, un tanto desgarbado, sus pupilas celestes, su cabello rubio, su afilada nariz, apretada en las aletas y un poco abultada en la punta, eran muy propios de un hijo de «la rubia Albión». Este detalle, en verdad, no habría tenido importancia para García en otra época. En su antigua división, bajo el mando de Ramón Freire, militaron tantos extranjeros que llegó a ser llamada «el ejército de los gringos». Recordaba a Rondizzoni, Viel, Tupper, Bell y varios otros. ¿Acaso no los hubo también por montones en los ejércitos de O'Higgins, de José Miguel Carrera, de San Martín y en la Escuadra Libertadora comandada por Lord Cochrane? Pero ahora, por una sutil transformación de su psiquis, al capitán García le parecía que el asunto era diferente. Antes no flotaba en el ambiente concepto alguno de nacionalidad; la única diferencia que dividía a los hombres era la de realistas y criollos, no importaba de qué región fueran estos últimos. Por eso lucharon juntos chilenos argentinos, peruanos, colombianos y hasta venezolanos. Pero, de pronto, por obra del establecimiento de gobiernos nacionales independientes, surgió en los hombres de las diversas latitudes americanas el sentimiento de patria. García no estaba al tanto de cómo pensaban los demás, pero él había sentido metérsele en las entrañas ese sentimiento; de modo especial, en los años en que combatió contra los mapuches. Quizás fue la desesperada resistencia de los altivos indígenas la que lo hizo paladear más acentuadamente el abstracto concepto. Los indios la llamaban «mapu» en su lengua, y ¡caramba, con qué soberbia y amor suicida defendían su tierra! Ella era la que los hermanaba, ya fuesen pehuenches, picunches, araucanos, huilliches o como se llamaran sus tribus. Por eso García los respetaba y, en el fondo de sí mismo, deseaba que la sangre india terminara de incorporarse a la de su propio pueblo. Le hubiera gustado conducir a la guerra a un batallón compuesto por esta

mezcla. Pero al frente suyo estaba aquel hombre delgado, rubio, ojiceleste y, por añadidura, marino, el cual era el jefe máximo de la expedición.

Se hallaba sumido en estas reflexiones cuando el almirante Blanco Encalada le hizo una seña vaga invitándolo a sentarse.

—Realmente, me deja usted abismado, capitán García —fueron las primeras palabras que pronunció—. Me dice cosas que no caben dentro del lenguaje de un militar. ¿De modo que si no se lo destina a un cuerpo de línea, prefiere usted volverse a los fuertes de Arauco?

—Así es, señor. García no supo si llamarlo general o almirante. —Ya le expliqué mi situación. Pertenecí al «1.º de Infantería de Chile», el batallón más antiguo y glorioso que…

Blanco Encalada lo interrumpió alzando la diestra y señalando con el indice la hoja de servicios que tenía sobre el escritorio.

—Capitán —le dijo en cambio—, ¿sabe por qué vamos a la guerra contra la Confederación? —Como el interrogado insinuara un gesto dubitativo prosiguió—: Permítame que yo le dé algunos detalles. Después que los oiga, me responderá si resuelve ir a la guerra del norte o prefiere volverse a la frontera del sur.

—Iré al norte, pero en un cuerpo de línea —insistió con terquedad el miliciano.

Blanco Encalada volvió a acallarlo con un gesto y comenzó a explicarle el ya conocido plan del caudillo boliviano Santa Cruz, explayándose sobre su rara habilidad para la intriga y sus ambiciones.

—Seguro de su fuerza —continuó—, no ha disimulado su desprecio hacia Chile. En enero de 1835 nuestro Gobierno había firmado con el del Perú un tratado de amistad, comercio y navegación, que permitiría a nuestro país vender su trigo y su harina al Perú y, a la inversa, comprar a éste su azúcar. Pero, tan pronto como Santa Cruz descendió con sus tropas desde Bolivia y adquirió el dominio sobre nuestros vecinos del norte, anuló ese tratado e impuso derechos de importación inadmisibles sobre nuestros productos: seis pesos oro por cada fanega de trigo o harina. Posteriormente, ha buscado bloquear nuestro comercio marítimo prohibiendo la entrada al Perú de las mercaderías que se acumulan en los Almacenes Francos de Valparaíso. Pero eso no es todo. Ha

intentado, a toda costa, promover la revolución en Chile. Gestó, amparó y financió la invasión intentada por el general Freire en barcos peruanos. Y como, en represalia y para evitar un inminente ataque por mar, el Ministro Portales ordenara que el comandante Garrido se apoderara de tres barcos peruanos, hizo apresar a nuestro encargado de negocios en Lima, y habría hecho otro tanto con todos los chilenos residentes en esa capital, de no haber intervenido en favor de ellos el general
O'Higgins,
exiliado en el Perú. La prudente previsión del Ministro Portales de preparar un ejército para contener las ambiciones expansionistas del Protector significó su sentencia de muerte. Bien sabemos que su asesinato fue dictado por el general Santa Cruz.

El capitán García escuchaba al almirante, desconcertado, maldiciendo los seis años de aislamiento en Arauco que lo mantuvieron ignorante de sucesos de tanta importancia, lo que le impedía seguir claramente la exposición de su interlocutor. Más perdido se sintió cuando éste le expuso las deudas que Perú tenía con Chile: un préstamo por $ 1 734 000 oro y los gastos de la expedición libertadora comandada por San Martín ascendentes a $ 11 000 000 oro. La cancelación de estos compromisos era de urgencia vital para Chile, pero el general Santa Cruz se negaba a pagarlos. Y no contento con eso, acababa de decretar la prohibición de todo intercambio comercial con los chilenos. En consecuencia, los productos de esta nacionalidad no podían ser transportados a los puertos de la Confederación, ni aun por los barcos neutrales. Pero el ensoberbecido caudillo boliviano había colmado sus medidas represivas imponiendo que todo buque, de cualquier bandera, que tocase tierra chilena, estaría impedido de fondear en puertos peruanos, bajo pena de ser tratado como contrabandista. Y el 17 de junio comenzó a extender patentes de corso a todo buque que deseara atacar a las naves y puertos de Chile.

—Dígame usted, capitán García —concluyó el almirante, inclinándose hacia su interlocutor—, ¿qué actitud debía adoptar nuestro Gobierno?

—¡La guerra, sin duda! —afirmó enfáticamente García.

—Eso es lo que vamos a hacer. Pero somos un país pobre; pobre en armas, en dinero y en hombres —le reveló el almirante con

cierto pesar—. Estamos reclutando gente, es cierto, pero esa gente no sabe combatir. ¿Qué podemos hacer entonces sino recurrir u los jefes y oficiales probados como competentes para que instruyan a esos reclutas? ¿Tienen esos hombres derecho a negarse a prestar a la patria este servicio vital? Respóndame, capitán.

García negó con un movimiento brusco, como un toro enfurruñado, pero agitó sus gruesas manos en el aire en un ademán de débil protesta o de ruego.

—Yo no me niego a luchar por mi país —tartamudeó—, pero necesito que se reconozcan mis antiguos méritos…, deseo que se me permita rehabilitarme y marchar…

—¡Sí, sí, en las fuerzas de linea! —lo interrumpió con fastidio el almirante, y dejó caer sonoramente la diestra sobre un fajo de papeles cubiertos de arriba abajo con listas de nombres—. Está bien, capitán. Me dice usted que desea volver a pertenecer a una unidad de línea. ¿Estaría usted dispuesto a comandar cualquiera que se le encomiende? ¿Sería usted capaz de organizar un batallón con hombres absolutamente desacreditados, manchados por la ignominia, la deslealtad y hasta el crimen?

Manuel García apretó las mandíbulas y se puso de pie, posando enseguida su puño cerrado sobre el escritorio.

—¡Lo haré, mi general!

—Le advierto que se trata de un grupo de hombres de extremada violencia. ¿Se siente con fuerzas suficientes como para organizarlos en un cuerpo de choque útil a la causa?

El jefe miliciano infló el pecho y exhibió su doble hilera de dientes en una sonrisa cruel.

—He convertido en patriotas heroicos a una manada de huasos lerdos, a una cuadrilla de bandidos, a los cuatreros más salvajes que devastan las colonias del sur. Pregunte usted por ellos, mi general, y sabrá cómo están ahora defendiendo, igual que leones, los fuertes de La Frontera contra los indios rebeldes.

—De acuerdo —aceptó Blanco Encalada, girando en torno a su escritorio y acercándose a García—. Pero este batallón no estará formado por huasos lerdos, ni por bandidos ni por cuatreros. No. Se compondrá de auténticos soldados, expertos en el manejo de toda clase de armas, astutos, ladinos, incontrolables…

—¡Respondo por mí! —lo interrumpió el capitán con un orgullo

salvaje—. No hay soldado que se me rebele, no hay soldado que le esquive el cuerpo al peligro estando yo con el ojo alerta. ¿Qué batallón es ése, mi general?

El almirante cogió los pliegos con las listas y se lo extendió al veterano.

—Será un «batallón de castigo», ¿me entiende usted? Estará compuesto por una tercera parte de los hombres que formaron el nefasto regimiento «Maipo». Usted lo recuerda: el que se insurreccionó en Quillota y de cuyas filas salieron los chacales que asesinaron al Ministro Portales. Pues bien, esos chacales serán sus hombres; quinientos en total.

García volvió a sonreír con una mueca que le surcaba de profundas arrugas el rostro agresivo y dio la impresión de que iba a frotarse las manos, satisfecho.

—Recuerde usted —le advirtió Blanco Encalada— que fue preciso fusilar a todos los cabecillas y que al resto de los implicados se le condenó a la cárcel, en donde casi todos ellos purgan penas de varios años. De allí, directamente de allí, saldrán para formar filas bajo su mando. Y aun más, como ellos fueron los asesinos de Portales, para constante peso sobre sus conciencias a ese «batallón de castigo» lo llamaremos «Portales».

—¡Ese es el mío! —proclamó con siniestro entusiasmo el jefe miliciano. ¡El batallón «Portales»! Y le garantizo, bajo mi palabra de honor, general Blanco, que conseguiré no sólo que esos pícaros luchen bien en el Perú, sino también que el difunto Ministro Portales llegue a sentirse orgulloso en su tumba del batallón que llevará su nombre. ¡A culatazos, con látigo, a golpes de sable o con mis propios puños los meteré en vereda y haré que sean tan buenos soldados como eran… —García, que había hablado braceando con los puños crispados, pareció enternecerse al recordar—, como eran mis valientes muchachos del «1.º de Infantería de Chile»!

El almirante Blanco Encalada no pudo evitar contagiarse con el rudo entusiasmo de su subalterno y lo apaciguó posándole una mano sobre un hombro.

—Está bien, capitán García. Desde hoy volverá usted a ser comandante, comandante del batallón de castigo «Portales». Y partirá al Perú con su unidad antes de septiembre.

Manuel García retrocedió un paso y entrechocó vigorosamente

sus tacos a tiempo que se llevaba la diestra extendida hasta la sien.

—¡A su orden, mi general! —exclamó con voz bronca, casi gritando, y girando sobre sus pies abandonó el despacho haciendo crujir el entablado bajo sus pesadas botas.

2

Enfundado en su nuevo uniforme de comandante de infantería, casaca roja de largos faldones, pantalones blancos embutidos en botas altas y quepis de alta copa, Manuel García asomó en el patio del cuartel provisional que se había asignado al batallón «Portales» en Santiago. Era una tétrica construcción gris, con un amplio espacio abierto en el centro rodeado por angostos corredores a los que asomaban diminutas puertas, una al lado de la otra. Había sido un antiguo lazareto y aún parecía sentirse en su atmósfera el aire malsano de los apestados. Todas sus ventanas hacia el exterior estaban protegidas por gruesas rejas y su única entrada la constituía un ancho portón cerrado por gruesos pasadores de fierro y una recia tranca. Lo había escogido el propio comandante por su innegable semejanza con una cárcel.

Había llovido esa mañana y aún soplaba un viento frío, que iba rizando el agua de las amplias charcas que inundaban el patio. Con las piernas abiertas en uno de los pocos lugares secos y balanceándose sobre las botas crujientes por la falta de uso, el comandante García se quedó mirando con sus ojos torvos, brillantes bajo las espesas cejas, a los soldados formados sobre el barro. Luego, paso a paso, fue acercándose a las filas, sintiendo pesar sobre él las miradas solapadas, burlonas o escurridizas de los hombres del nuevo batallón. Componían éstos la tercera parte del disuelto regimiento «Maipo», pero se les había agregado una buena porción de otros presos extraídos de las cárceles, aprovechando que se los tenía a mano. Al observar sus rostros brutales, villanos, mal encarados, de miradas aviesas y de torpes intenciones; sus

miembros desproporcionados, simiescos de brazos algunos, de torsos anchos como toneles otros, desgreñados y sucios todos, el comandante cayó en cuenta de lo difícil que iba a ser su tarea. Pero se empecinó en el propósito de lograr su objetivo. Bastantes cabezas duras había quebrantado en los fuertes de Arauco. Rumiando esta intención se detuvo frente a las filas, justo en el centro del batallón, y examinó lentamente las caras de sus subalternos buscándoles los ojos, como el gato husmea al ratón para tarasquearlo mejor.

—Ya estoy enterado de que son ustedes una manada de miserables, peor que chanchos, vergüenza del Ejército, traidores que matan por la espalda —comenzó diciéndoles con expresión de asco, que acentuó escupiendo de modo insultante frente a la primera fila—. Estoy convencido también —prosiguió— de que a todos debieron haberlos fusilado, como lo hicieron con los cerdos asesinos que fueron sus jefes. Me imagino que ustedes, mugrientos, estarán felicitándose todavía por haber tenido la suerte de no haber sido pasados por las armas. ¡Ah, pero no alegrarse tanto! Porque se les perdonaron sus cochinas vidas por una incalificable debilidad. Y ahora se les concede una aparente libertad, aparente libertad, entiéndanlo bien, sólo porque hace falta carne de cañón para recibir las balas en los caminos por donde tendrán que pasar los verdaderos soldados que van a luchar por el honor de la patria en el Perú. ¡Ésa es la verdad! Y quiero que sepan desde el principio cuál es mi opinión sobre ustedes, para que después no haya quejas inútiles ni disculpas que no admitiré jamás, en caso alguno. Me han comisionado para hacer de esta banda de renegados y mañosos un batallón útil, temible, que cuando yo ordene avanzar salte hacia adelante, aunque sea para precipitarse en un abismo o estrellarse las cabezotas contra un muro de piedra. Y juro ante ustedes que lo voy a conseguir. Habrá que quebrar muchos espinazos, sin duda, y meterle cuatro tiros a más de alguno de ustedes. Pero les aseguro que esos problemas son pelillos de la cola para mí. Si tienen algún conocido que haya estado en La Frontera de Arauco, mándenle preguntar sobre el capitán Manuel García. Así se evitarán ponerme a prueba, arriesgando el pescuezo. ¿Me van comprendiendo? Este cuartel, así como nuestros campamentos futuros, serán recintos decentes y el batallón «Portales», un modelo de disciplina de coraje y de respeto a su comandante. ¿Entendido?… —Se había empinado

sobre las puntas de las botas para elevar su estatura y, como observara algunos semblantes astutos, burlones o huraños, que lo miraban con curiosidad unos, con torva inquina otros, les gritó en forma destemplada—: ¿Me han entendido, mierdas? ¡Cuando el comandante pregunta, responden todos!

No fue inmediata la reacción, pero un grupo primero y otros después, fueron contestando hasta completar la totalidad:

—¡Sí, mi comandante!… —Sin embargo, tras la forzada obediencia, quedó vibrante en las filas un susurro peligroso, semejante al ronroneo de felinos acorralados por el látigo del domador. Pero para el comandante García eso no revestía importancia alguna; lejos de inquietarse, celebró esa primera prueba de dominio exhibiendo la fea sonrisa que le descubría la dentadura animalesca.

—¡Hum, veo que van aprendiendo! ¡Ayudante! —El oficial destinado a cubrir ese cargo, desconocedor de los hábitos de García, se hallaba algo distante y dio un salto cuando lo sacudió éste con un grito furioso—: ¡Ayudante, por todos los diablos! ¿Que no sabe el zopenco que el principal deber de un ayudante es mantenerse siempre alerta apegado a su jefe?

—Sí, mi comandante. Perdone usted —se excusó el oficial, intentando llevarse la diestra al quepis, pero le interrumpió su ademán un violento golpe en el pecho, que lo hizo retroceder varios pasos.

—En este batallón —seguía vociferando el comandante, vuelto hacia los soldados— no sirve la palabra perdón, porque para mí no existe. Aquel que cometa una falta, aun sin cometerla, omita cumplir con un deber, recibirá su castigo, inmediato, riguroso, inapelable; y por ser ustedes una horda de bandidos, siempre el castigo será el que señala la Ordenanza Militar, pero ¡multiplicado por diez! ¿Comprendido? ¡Respondan, mierdas!

—¡Comprendido, mi comandante! —En esta ocasión, la respuesta fue casi a coro, y Manuel García aflojó su actitud resoplando ruidosamente. Vuelto a su ayudante, le consultó—: ¿Su nombre y grado?

—Capitán agregado Juan Manuel Pío Guarda, mi comandante —le respondió éste, cuadrándose con precipitación.

—Capitán Guarda, investigue en las compañías qué hombres han

manejado ovejas. —Como el oficial lo contemplara estupefacto, le aclaró abarcando con un brazo las cabezas de los soldados—: No tolero piojosos en mi unidad. En lo que resta del día se los trasquila a todos, a ras del cuero. Mañana no quiero ver un pelo. ¡Todos a mate pelado! Los jefes de compañías se encargarán de vigilar esto y el baño inmediato. ¡Todos media hora dentro del río y refregados con lejía! No quiero sarnosos, piturrientos ni tiñosos en las filas.

—A su orden, mi comandante.

—Anote ahora la orden del día para mañana. Primera revista a las cinco de la madrugada. Adiestramiento hasta las once. Rancho. Desde la una de la tarde hasta la puesta del sol, tiro de combate en el terreno. Usaremos el cerro Blanco. Practicaremos guerrillas, con tiro de guerra. ¿Saben ustedes cómo practica estas guerrillas el comandante García? —comentó a los más próximos, con una sonrisa maligna—. Pues, de cada cinco balas, tres de fogueo y dos con plomo auténtico. Así aprenderán a no confiarse nunca. El que crea que es un juego, va a sentir de verdad lo que es recibir una bala entre las costillas. —Coronó su comentario con una áspera carcajada, que cortó en seco volviendo a su hurañez de siempre—. Ya me ha oído, ayudante. Diana a las 4.55. Revista a las cinco en punto y con equipo completo.

Las órdenes del comandante se cumplieron entre maldiciones y culatazos. No era fácil volver a la rigidez de las costumbres militares a esos hombres entregados durante meses al relajamiento de las promiscuas cárceles santiaguinas y de Valparaíso. Pero a las seis de la mañana siguiente las tres compañías estaban en pleno ejercicio en un costado del árido cerro Blanco, situado al norponiente de la ciudad. Los soldados ofrecían un aspecto muy diferente al del día anterior, se los veía relativamente limpios dentro de los uniformes de rezago que se les entregaran, pero el implacable corte de pelo que se les practicara provocaba que los quepis se les hundieran hasta las orejas o se les resbalaran sobre los ojos a los movimientos de la marcha. Y no era una marcha corriente a la que los sometía el despiadado comandante. Había escogido una de las laderas más quebradas del cerro, y sobre su plano inclinado, sembrado de cascotes y cardos, era que los hacía desfilar, de un lado a otro, subiendo y bajando, acuciados constantemente por su voz sarcástica:

—¡Er, dos!… ¡Er, dos!… ¡Er, dos!… ¡Más firme el paso! ¡Asienten bien las patas, zopencos!… ¡Er, dos!… ¡Er, dos!… ¡Afuera el pecho! ¡Somos soldados y no margaritas!… ¡Er, dos!… ¡Er, dos!… ¡Ah, pendejos sin «ñeque», debieran haber visto al «1.º de Infantería» desfilando! Ésos sí que eran soldados. Cargaban el fusil como si pesara menos que un coligüe. ¡Pero yo he de hacer que ustedes se porten como los de mi «1.º de Infantería», aunque los quiebre, aunque se les revienten los hígados! ¡Más firme el paso, mierdas!… ¡Er, dos!… ¡Er, dos!… ¡Vivo el paso, carajos!…

A media tarde, todos los hombres del batallón estaban derrengados, incluso los oficiales, pero el comandante García tenía ideas particulares sobre la capacidad de resistencia del ser humano y, habiendo dividido al batallón en dos secciones, las emplazaba alternativamente una en la cumbre y otra en la falda del cerro, obligándolas a atacarse entre sí, desplegadas en guerrillas. Desde los comienzos del adiestramiento los hombres pudieron comprobar que era real el sistema que empleaba el veterano en aquellas prácticas; auténticas balas zumbaban por sobre sus cabezas o levantaban penachos de tierra a los costados de todos ellos. Y como si esto fuese poco, el propio comandante, parapetado tras un risco, disparaba fríamente sobre todo soldado que veía desprevenido.

Los hombres, agobiados por el cansancio, cubiertos de sudor que les formaba costras de barro en las caras, trataban de cumplir las órdenes que les llegaban a gritos, pero en toda ocasión propicia se escondían en las zanjas o en cualquier hoyo del terreno donde cupiera su cuerpo. Era en aquellas ocasiones en donde descargaban todo el odio que experimentaban por el inflexible jefe.

El cabo Isidro Gumera se había apelotonado en el interior de una acequia cuando rodó a su lado el tambor Cruz González, un muchacho de no más de dieciocho años.

—¡Esconde la cabeza, pendejo! —le barbotó el cabo, aplastándolo de la nuca hacia la tierra—. Mira que esa mala bestia del comandante está escondido detrás de aquel risco espiando al que no se cubra bien. Y si te divisa un pedazo así de humanidad, te mete una bala como que hay Dios.

—¡Malhaya la suerte nuestra, mi cabo! —gimió el muchacho—. El comandantito que nos ha tocado, por la vida. Éste es más malo que una suegra.

—Y dele con que somos unos bandidos y con que los de su «1.º de Infantería» sí que eran verdaderos soldados —rezongó rabiosamente el suboficial asomando los ojos hasta el borde de la acequia para no perder de vista al jefe—. De repentito se me va a acabar la paciencia y le voy a encajar una bala como por equivocación.

En ese momento volvía a escucharse la voz tremebunda de Manuel García ordenando a la primera sección lanzarse a la carga.

—¡Salta, ñato, métele palos a tu condenado tambor y vamos adelante! —aconsejó el cabo a su joven compañero, agregando a tiempo que se ponía en acción—: O nos agarra a balazos esa mala bestia.

Como saltamontes surgían los soldados de las depresiones del terreno y avanzaban cerro arriba sintiendo silbar las balas de los de la segunda sección establecidos en la cumbre. Pero menos temían a estos últimos que al comandante García, que los observaba con el ojo tras la mira de su fusil desde su parapeto.

—¡Culebree, mi cabo, culebree; que el viejo está disparando con bala y nos va a meter una en el traste! —exclamaba con acento quejumbroso el tambor, haciendo redoblar disparatadamente su instrumento mientras corría.

Cuando concluyó el día y el comandante practicó su primera ronda nocturna, pues siempre realizaba dos y hasta tres para no descuidar un instante a sus hombres, todos los componentes del batallón «Portales» yacían tumbados en sus mantas como muertos y dos de los centinelas tuvieron oportunidad de conocer la salvaje rigurosidad del jefe, que los despertó a planazos de su sable. Así comenzaron a conocer el calibre del comandante Manuel García los que habrían de ser sus subalternos por un largo tiempo. Y durante las semanas que siguieron otras nuevas manifestaciones del carácter de aquel rudo soldado de la Araucanía sirvieron para inculcarles, de modo inolvidable, un sentimiento de respeto a la disciplina que él exigía y de saludable temor a los bárbaros castigos que era capaz de imponer.

A fines de la primera semana de agosto, el jefe del batallón «Portales» se presentó en el Ministerio de la Guerra y, después de exponer su deseo al primer ayudante del Comandante en Jefe, se sentó a esperar que éste lo recibiera.

El despacho del almirante Blanco Encalada estaba nublado con el humo de los gruesos cigarros que fumaban los generales peruanos emigrados con los cuales discutía planes desde hacía algunas horas. El ayudante, teniente coronel Tomás Sutcliffe, se abrió paso discretamente y se inclinó sobre un hombro de su superior para anunciarle la solicitud del comandante García. Al jefe de la expedición le costó despreocuparse de la discusión que estaba sosteniendo y respondió con fastidio:

—Está bien, Sutcliffe. Que espere ese majadero.

El brevísimo diálogo había interrumpido una exposición que estaba haciendo el general peruano Felipe Pardo, y el almirante, después de excusarse, lo invitó a continuar.

—Decía que el plan de campaña debe basarse en dos hechos fundamentales —repitió el general Pardo—. Primero, que el amago que el general argentino Heredia realiza contra las fuerzas bolivianas desde las provincias del norte de su país distraerá, cuando menos, al cincuenta por ciento de las tropas del mariscal Santa Cruz; y segundo, que tan pronto nuestro ejército expedicionario pise suelo peruano aumentará su dotación al doble, porque se le plegarán al momento millares de exsoldados, que se han visto obligados a desertar del ejército del odioso Protector.

Pero no todos los jefes peruanos estaban de acuerdo en aquellos dos factores que el general Pardo daba por seguros. Por ejemplo, el general Lafuente estimaba que no se debía confiar demasiado en la presión que pudiera ejercer el ataque argentino por el este de Bolivia.

—Por lo tanto —argumentaba—, debemos basar nuestro plan preferentemente en el refuerzo que nos significarán las tropas peruanas del norte del Perú, las que sí podemos estar seguros se plegarán al cuerpo expedicionario chileno, pronunciándose contra la Confederación, que detestan y rechazan.

Por su parte, algunos jefes chilenos, demasiado impetuosos, como el general Aldunate, elevaban la voz para afirmar, con temeraria confianza, que en cualquier región del Perú que desembarcara el ejército expedicionario provocaría de inmediato levantamientos favorables a él, viéndose engrosadas sus filas desde los primeros días.

La larga discusión había acalorado bastante los ánimos y no era

fácil entenderse. El general Lafuente insistía en un desembarco por el norte, disputando acremente con el general Pardo, que lo aconsejaba por el centro. Otros recomendaban, en tono autoritario, que se practicara por el sur. El almirante Blanco los había dejado hablar libremente a fin de conocer a fondo sus puntos de vista, pero llegó un momento en que consideró oportuno pronunciar su propia opinión.

—Señores generales, permítanme que les haga una aclaración —les dijo, alzando los brazos para imponer silencio—. Hace poco recibí un mensaje secreto proveniente del Perú, que confirma mi teoría y me afinca en un plan de campaña que he concebido.

—¿Un mensaje secreto enviado por quién, señor almirante? —desearon saber simultáneamente algunos de los jefes peruanos.

—Del general Francisco López de Quiroga, prefecto del departamento de Moquegua —les reveló el marino.

—El general López ha sido siempre un abierto antagonista del mariscal Santa Cruz —acotó el general Lafuente, recibiendo la aprobación de Blanco Encalada.

—Y sus notas lo confirman —prosiguió éste—. En ellas me urge a apresurar la expedición, comprometiéndose a incorporar en nuestras filas a los novecientos hombres que mantiene bajo su mando en Moquegua y el litoral de Pacocha a Mollendo.

—¡Magnífico! —celebró el general chileno Aldunate, que se jactaba de conocer muy bien la situación interna del Perú—. ¿No aseguraba yo que todo está dispuesto? Como López, habrá una docena más de jefes peruanos que nos sumen sus tropas.

—Este hecho me inclina a adoptar el siguiente plan —insistió Blanco Encalada, un tanto molesto por las frecuentes interrupciones de Aldunate—: Desembarcar en algún punto de la costa, a la altura de Moquegua; engrosar nuestro ejército con las tropas del general López de Quiroga, apoderarnos enseguida de Arequipa y, desde allí, darnos las manos con las fuerzas argentinas del general Heredia, que atacan a Bolivia por el sureste. Estas acciones nos darán rápidamente el control de todo el sur del Perú y permitirán a los jefes o unidades desafectas a Santa Cruz plegarse a nosotros. Mediante esta maniobra, ganaremos la guerra en unas pocas semanas.

El plan parecía sencillo, claro y perfecto, lo que provocó la

entusiasta aprobación de la mayor parte de los jefes reunidos en consejo. Sin embargo, el general Lafuente no se dejaba convencer y, sobreponiendo su voz a las aclamaciones con que se adulaba al almirante, expuso:

—¡Señores, por favor, no se dejen entusiasmar tan cándidamente! El plan del señor almirante Blanco parece ideal, Pero se basa en una presunción de que las fuerzas del Estado
Sur-Perú
se han de plegar a nosotros de inmediato o siquiera nos recibirán con actitud neutral. Pero yo creo, y perdóneme el señor almirante, que ese Estado se halla en forma incondicional de parte del mariscal Santa Cruz.

La observación del jefe peruano causó pésima impresión entre sus propios compatriotas y hubo algunos jefes chilenos que discretamente la juzgaron impropia. Se lo motejó de pesimista y el general Pardo dejó entender que opinaba con una ignorancia incalificable. El almirante Blanco se vio precisado a silenciar a todos los concurrentes a fin de que el debate no concluyera en una desagradable discusión.

—Aún nos queda algún tiempo para decidir sobre este asunto y muchas cartas por extender sobre la mesa —concluyó—. Demos, pues, por terminada nuestra reunión de hoy, y, cuando yo reciba nuevos mensajes que espero del Perú, volveré a convocarlos para redondear nuestro plan.

Cuando los generales emigrados y los jefes chilenos abandonaron el despacho, el almirante Blanco Encalada dejó escapar un suspiro de alivio y con sus propias manos fue abriendo las ventanas para que se renovara el aire. Aspirando, aliviado, el frescor de la tarde, preguntó a su ayudante sin volver el rostro:

—Coronel Sutcliffe, ¿me necesita alguien más?

—Ese estrafalario comandante García sigue esperándolo, señor.

—¡Ah, es verdad! —exclamó con disgusto el jefe—. Hágalo entrar.

El jefe del batallón «Portales» penetró en el despacho, avanzó hasta el centro de él, y, cuadrándose con desmedido vigor, recitó la fórmula de rutina en los fuertes y cuarteles:

—Teniente coronel Manuel García, comandante del batallón «Portales», se presenta.

—Buenas tardes, comandante —le respondió sin fórmula alguna el almirante, y tratando de abreviar la entrevista, le preguntó—: ¿Qué desea usted ahora?

García continuaba en posición firme, la vista al frente por sobre la cabeza de su interlocutor.

—Comunicar a usía que el batallón «Portales» ya está entrando en vereda. Esos badulaques que me entregaron ya han tenido oportunidad de conocer lo que es el puño del comandante García…

—Bien, bien —lo interrumpió el marino haciendo un vago gesto de protesta—. No habrá venido usted para contarme esto.

—Jamás hago perder su tiempo a mis superiores, como no permito que mis subalternos me lo hagan perder a mí —le observó sentenciosamente el jefe del «Portales».

—Al grano, entonces, por favor, comandante —aceptó resignado Blanco Encalada.

García hizo una pausa para escoger sus palabras y luego recitó sin interrupción:

—He venido a pedir al Comandante en Jefe del Ejército que me autorice para aumentar el contingente de mi batallón.

El almirante, que se había dejado caer en su sillón con aire de cansancio, alzó el rostro asombrado.

—¿Cómo? ¿No dispone usted de tres compañías?

—Necesito seis, mi general. No se va a la guerra con un puñado de badulaques. No. Me he permitido estudiar las condiciones del terreno en que habremos de combatir en el Perú y me he trazado un cuadro de lo que debe ser mi batallón, para actuar como le corresponde.

El modo rígido y ceremonioso, sin vacilaciones, con que el comandante exponía su pensamiento, hizo sonreír al almirante.

—A ver, ¿cuál es su idea? —le interrogó.

García levantó sus dos manos y fue marcándose en los dedos la enumeración que hizo.

—El batallón «Portales» debe tener: primero, una compañía de granaderos, indispensable para la vanguardia; segundo, cuatro compañías de infantería fusilera, vitales para mantener posiciones y para las cargas a la bayoneta; y, tercero, una compañía o escuadrón de cazadores a caballo. Total seis compañías. —Expuesta su idea, dejó caer los brazos y volvió a cuadrarse.

Blanco Encalada acentuó su sonrisa, pero trató de ocultarla para no herir al susceptible veterano.

—Pero dígame, ¿no son mucha gente, muchas armas, para ser comandadas por un hombre solo? —le objetó.

—¡Me basto, mi general! —le replicó García sin falso orgullo—. Pido sólo su autorización para enrolar la gente necesaria.

—¿Y de dónde va usted a sacar esa gente, siendo que en Santiago se han agotado las posibilidades?

—Lo sé, mi general. Pero he pensado engancharla en algún pueblo provinciano grande y próximo a Santiago. Tengo echados mis cálculos sobre Quillota. Allí hay huasos y bastante gente de rebase de la costa, todos bien alimentados y robustos.

Blanco Encalada estuvo a punto de lanzar una carcajada al oírle aquello de «bien alimentados y robustos». Ya habían llegado a sus oídos noticias sobre los tremendos esfuerzos que García exigía a su tropa. En lugar de hacerlo, trató de disuadirlo con un argumento más positivo.

—Su proposición llega un poco tarde, comandante —le dijo—. Estamos a comienzos de agosto y la expedición debe zarpar en los primeros días de septiembre.

Pero era inútil tratar de alterar los planes de García cuando una idea se le había arraigado en la cabeza.

—Me basta con este mes para complementar mi batallón y dejarlo afinado como una navaja, mi general —dijo simplemente—. Usía tenga confianza en mí. Deme su autorización, el equipo, el vestuario y las armas y me comprometo a embarcarle en septiembre un cuerpo con seis compañías de lujo.

Blanco Encalada tuvo que rendirse. Además, estaba demasiado fatigado como para entrar en una discusión.

—Está bien —aceptó—. Le daré mi visto bueno y los medios. Traslade su batallón a Quillota y compleméntelo en la forma que desea.

García mostró los dientes bajo el bigote espeso, lo que en él equivalía a una sonrisa, e hizo sonar estrepitosamente sus tacos.

—Gracias, mi general. Con su permiso. —Dio media vuelta y dejó el despacho, derecho como una estaca.

El 4 de agosto, a media tarde, partía el batallón «Portales»

cargando el equipo para mil doscientos soldados, pero con escasa caballada. Estirándose como una culebra, la columna tomó el camino de Tiltil por la cuesta de La Dormida. El comandante García había desplegado el rol de su dotación sobre el borrén de su montura y lo estudiaba minuciosamente. Sus hombres, sin olvidar al tambor y al barbero, sumaban seiscientos cuatro. Tendría que enganchar a otros tantos para cumplir su objetivo, lo que no sería fácil en un pueblo de escasos habitantes como Quillota; pero su cálculo estaba basado en los huasos que vivían aislados y en los campesinos que vagaban de una hacienda a otra buscando trabajos ocasionales. «Haraganes y vagabundos» los denominaba en su fuero interno, para justificar el sistema de enrolamiento que estaba resuelto a aplicar, que no era otro que el enganche por la fuerza, usado tan frecuentemente en La Frontera de Arauco.

«Con lazo, pinchándoles las nalgas con las bayonetas, arreándolos a culatazos, sacándolos a rastras hasta de debajo de sus camastros, los voy a meter a las filas —se decía para su capote—. ¿Qué se han creído? Necesito mil doscientos soldados y los conseguiré, aunque tenga que robárselos del vientre a sus madres».

La fatigosa marcha por el camino encharcado por las lluvias del invierno se prolongó hasta las diez de la noche, hora en que, de súbito, el comandante dio la orden de alto y la columna se inmovilizó en un descampado árido, arenoso y sembrado de pedruscos. Al recientemente nombrado segundo comandante, capitán Manuel Antonio Faer, le pareció el lugar menos adecuado para establecer el vivac, pero no se atrevió a discutir la orden y dejó que las compañías se tumbaran en grupos ordenados sobre sus mantas. Como se había permitido a los hombres venir comiendo charqui durante la última etapa de la marcha, no se les impuso encender fogatas, salvo las cuatro esquineras que demarcaban el campamento; por otra parte, la tropa venía tan cansada que nadie tuvo ánimos para hacerlo por iniciativa propia, pese a que la noche estaba muy fría.

Manuel García pasó una ronda, sorteando los grupos de hombres dormidos, en compañía de su ayudante Guarda, y cuando regresó al lugar donde hiciera clavar su tienda, se dirigió a éste con una mueca maliciosa:

—A estos pícaros hay que enseñarles a cuidar el agua como si

fuera bendita. En el Perú tendremos que atravesar desiertos y descampados. Estos herejes deben aprender cuánto vale un sorbo de agua en ciertos momentos. Mi deber es, pues, habituarlos a soportar la sed desde ahora mismo, a cuidar de su agua, que será factor vital para que sobrevivan y venzan. Mírelos usted —dijo, sarcástico, señalando a los dormidos—. Sueñan con los angelitos, con el fusil abandonado, con las patas abiertas, con la cantimplora caída a un lado, como objeto sin ningún valor. ¡No, capitán, eso no puede ser! Tendremos que darles una lección.

—¿Cuál, mi comandante? —le consultó el ayudante, temeroso de las medidas terribles que acostumbraba adoptar.

—Va a ir usted, hombre por hombre, vaciándoles las cantimploras a todos los que la hayan dejado descuidada. —Como Guarda hiciera un gesto de rechazo, le impidió opinar, de modo amenazante—. Como diga usted una sola objeción, ayudante, le hago atar las manos a la espalda y lo obligo a terminar la marcha con una soga al cuello amarrada a la cola de su caballo. ¿Entendido? Obedezca. Deslícese entre los soldados y vacíeles las cantimploras a los imbéciles que se hayan despreocupado de ellas. ¡De frente, mar!…

Comenzaba a clarear la aurora cuando el comandante García salió de su tienda y dio un brusco remezón al tambor que dormía frente a ella, quien en unos segundos estuvo de pie y sacudiendo el parche de su instrumento con el mayor brío. Simultáneamente, el jefe se metió por entre los grupos de dormidos lanzando gritos y propinando puntapiés a los que no se incorporaban de inmediato.

—¡Basta de haraganear!… ¿Se han creído que están en los lechos con sus mozas?… ¡Arriba todo el mundo! ¡Proseguimos la marcha!… ¡Levantarse, badulaques!… ¡Contaré hasta veinte para que la columna esté en formación, y ay del que quede fuera de las filas! ¡Uno…, dos…, tres…!

Los hombres saltaban de sus mantas, y, sin tiempo ni siquiera para restregarse los ojos, se iban colocando las mochilas, armando los rollos, recogiendo sus fusiles, y con las gorras mal colocadas sobre las cabezas, iban alineándose en las filas que les señalaban los jefes de compañías.

La voz amenazante de Manuel García no alcanzó a contar hasta veinte cuando ya la columna estaba lista e inmóvil esperando sus

órdenes.

—¡Ajá, veo que ya comienza a entrarles en sus cabezotas lo que es la disciplina! —celebró el comandante. Y después de indicar a su ordenanza que le trajera su caballo, mientras revisaba la cincha, dijo a los soldados con aire indiferente:

—Los que tengan sed pueden tomar una ración de agua antes de reanudar la marcha. Desayunaremos en el Alto de Rungue.

El ayudante Guarda se puso pálido y, escondiéndose detrás de su caballo, esperó la escena que iba a producirse, espiando por debajo del cuello de la bestia. Lo que vio al comienzo fueron sólo algunos gestos de incredulidad entre los primeros soldados que sufrían la amarga sorpresa de encontrar sus cantimploras vacías. Pero pronto el estupor se fue transformando en desconfianza de los unos a los otros, traducida en miradas recelosas y furibundas.

—¡Quién fue el carajo que me sacó el agua! —se oyó exclamar a uno remeciendo violentamente a su compañero más próximo.

—¡Mi comandante, alguien me robó el agua de mi cantimplora! —vociferó otro sacudiéndola en alto, en tanto que un tercero, más allá, se precipitaba sobre su vecino intentando arrebatarle la suya.

—¡Tú estabas *tumbao* al *lao* mío! —lo inculpaba—. ¡Tú *tenís* que haber *sío* el *lairón*!

El agredido, que era un subteniente muy joven que se enrolara voluntariamente poco antes de salir de Santiago, repelió a su atacante con los puños, protestando:

—¡Chis, qué te *habís creío* vos, boquiabierta!

Como la batahola comenzara a generalizarse y los puñetazos y puntapiés volaban en todas direcciones, el comandante García montó de un salto en su caballo y lo metió sin consideraciones en medio de la refriega.

—¿Qué significa esto?… ¡A callar todos, pedazos de bestias! ¡A callar, he dicho! ¡Vuelvan todos a las filas!

Los hombres, amagados por los corcovos del caballo y amedrentados por los gritos del jefe, fueron regresando a sus lugares sin dejar de insultarse. Pero el subteniente Ruiz, que fuera el primero en trenzarse en lucha con su vecino, no obedeció, sino que se acercó al comandante exhibiendo su cantimplora vacía.

—Pero, mi comandante, es que este *desgraciao* me robó el agua.

García hizo dar un bote a su cabalgadura y la plantó frente al

pequeño subteniente.

—¡Silencio! Los únicos desgraciados son los que se dejan robar. ¡Ni una palabra más! ¡Ni un susurro! Al que murmure en las filas lo hago pasar por entre una doble hilera de baquetas.

Sin embargo, el subteniente Ruiz estaba histérico y no podía controlar sus nervios, de modo que siguió gritando:

—¿Cómo voy a seguir marchando sin agua? ¡Este mugriento de Luis Barrera me la robó!

El jefe del batallón desenvainó su sable y lo alzó en el aire con ademán amenazador.

—¡Subteniente Ruiz, quieto en su sitio! ¡No se mueva ni una pulgada!

El muchacho obedeció, jadeante por la tensión que lo poseía, y se quedó inmóvil con la cantimplora en la mano crispada. El comandante hizo retroceder su caballo para dejar un espacio despejado, y, contemplando a los contendores con siniestra malicia, les ronroneó:

—¿Conque Luis Barrera le robó el agua de su cantimplora al subteniente Ruiz? ¿Es cierto esa afirmación, soldado Barrera?

—No, mi comandante —le respondió el interrogado, receloso—. El subteniente me robó el agua a mí, me creo.

—¡Ajá, conque los dos se tratan de ladrones! —concluyó García con un acento que hizo presentir a todos sus soldados una calamidad insospechada. En efecto, el veterano prosiguió—: Yo tengo un sistemita especial para dirimir estos conflictos entre miembros de mi batallón. ¡Soldado Barrera y subteniente Ruiz, saquen sus fusiles de banderola! ¡Obedezcan!

Los dos aludidos acataron la orden y se quedaron mirándolo con la mayor perplejidad, cogidos los fusiles con ambas manos.

—Ustedes son soldados hechos y derechos, ¿eh? —les observó García con acento maligno, y agregó una nueva orden— ¡Calar bayonetas! —Como no le obedecieran al punto, volvió a levantar su sable—. ¿Qué es esto? ¿Se atreven a insubordinarse?

El subteniente y el soldado cumplieron la orden con ademanes automáticos y volvieron a inmovilizarse, ahora temblorosos, adivinando el propósito de su jefe. En efecto, sus presentimientos eran acertados y el grito salvaje del comandante se lo confirmó:

—¡En guardia!… ¡Se han tratado de ladrones los dos! ¡Pues, a

lavar el honor! ¡Carguen!… ¡Atáquense, he ordenado! —Como los dos hombres cruzaron sus bayonetas en el aire embistiéndose sin vigor, insistió en sus gritos—: ¡A clavarse, a pincharse en serio o los agarro a sablazos yo!… ¡Carguen como hombres!

Los dos antagonistas comprendieron que no tenían opción a echar pie atrás. Sentían zumbar el sable de García en un frenético molinete. Por otra parte, a los primeros golpes que se dieron con los fusiles se les acaloró la sangre y la lucha se tornó brutal. Las bayonetas se entrechocaron con chasquidos metálicos que les arrancaban chispas y las culatas de sus fusiles los golpeaban inmisericordemente en los hombros, las costillas o el vientre.

A los pocos minutos de combate, el capitán Faer se acercó al comandante y le objetó con cierta rudeza:

—¡Esto es una barbaridad, mi comandante! ¡Se van a matar! Manuel García se limitó a exhibir su fea sonrisa y le replicó con los ojos brillantes de entusiasmo:

—Si han aprendido bien mis instrucciones, no se matarán. —Y giró el rostro hacia los contendores para seguir animándolos—: ¡Más fuerza! ¡Hagan cuenta de que son enemigos! ¡Recuerden que se han tratado de ladrones!… ¡Eso es!… ¡Así se pelea! —Poseído por una exaltación feroz, braceaba en el aire, celebrando cada golpe peligroso con una carcajada.

Pero, de súbito, el soldado Barrera se lanzó a fondo, agazapado para esquivar la bayoneta de Ruiz, y le clavó la suya en un muslo, perforándoselo por un costado. Al observar la filosa arma rasgando la pierna del subteniente, varios soldados se salieron de la fila para interrumpir la lucha, a tiempo para sostener al joven que se tambaleaba a punto de caer al suelo.

—¡Alto! ¡Basta ya! —tronó el comandante, concluyendo con un leve dejo burlón—: Se ha salvado el honor de los dos.

Se veía frío y despectivo, como siempre, y sus hombres lo contemplaban con el horror con que se observa a un monstruo. Muchos de ellos engarfiaron los dedos en los gatillos de sus fusiles con la secreta intención de descerrajarle un tiro. Pero, aunque aparentaba indiferencia, el comandante había envainado el sable y apoyaba ambas manos sobre las culatas de las pistolas que llevaba a los dos costados. Todos sabían que «el viejo» estaba alerta, siempre anticipado a los pensamientos de sus hombres, brujo para hurgar

hasta en lo más recóndito de sus mentes.

—Dos hombres de la compañía del subteniente Ruiz que le revisen y limpien la herida, le apliquen un torniquete y una venda y luego lo echen sobre un caballo —ordenó con su tono perentorio habitual, y dirigiéndose al jefe de esa compañía, le indicó—: Capitán Pedro Silva, usted se queda atrás con su gente esperando a que acomoden al subteniente Ruiz. Lo hago responsable de su estado. Nosotros reanudamos la marcha. Alcáncennos antes de entrar a Quillota.

Al capitán Silva le sonó bronca la voz al responderle acatando la orden. Estaba cegado por la ira, pero se sabía impotente ante el demoniaco veterano, a quien, por otra parte, no le importó un ardite la manifiesta cólera del oficial, ya que torció bridas y encabezó la columna.

—¡Batallón, marcha de camino…, de frente, mar!…

A medida que transcurrían los primeros días de agosto la actividad bélica iba envolviendo a un mayor número de pueblos en el país. El reclutamiento se hacía en forma rigurosa, aun cuando se había expedido una orden severa de no recurrir a la fuerza. Varios comandantes, al igual que el del «Portales», hacían caso omiso de ella y enganchaban hombres sin importarles los medios. Esto provocaba una fuerte reacción por parte de los partidos opositores al Gobierno del general Prieto. Los más afectados por el enganche forzoso eran los dueños de fundos y haciendas, que veían cómo se iban quedando sin peones para trabajar sus campos. Existían muchas otras protestas provenientes de las familias provincianas a las que se les arrebataban sin explicación alguna sus hijos, pero la resistencia que amenazaba transformarse en un conflicto colectivo era, sin duda, la de los propietarios de las tierras. El servicio secreto del Gobierno, rudimentario y formado por espías que se movían dentro de las zonas agrícolas más pobladas, entre Valparaíso y Santiago, había hecho el sorprendente descubrimiento de que los ataques contra las medidas del Gobierno eran sugeridos y azuzados por numerosos chilenos que estaban desterrados en Perú y Bolivia. Violando desconsideradamente la correspondencia, los espías habían encontrado numerosas cartas que esos exiliados enviaban a sus parientes y amigos de Chile, pintándoles como temeraria y

suicida toda expedición destinada a combatir las fuerzas del mariscal Santa Cruz. Los destinatarios de estas cartas, en su mayoría hacendados pipiolos, se encargaban enseguida de sembrar el temor entre sus peones e inquilinos, instándolos a esconderse en las montañas para rehuir el enganche y hacer imposible la futura campaña.

—Estamos rodeados de agentes de Santa Cruz —reconocía, exasperado, el Presidente Prieto—. Y lamentablemente la mayor parte de ellos son compatriotas nuestros. Dígame, almirante Blanco, ¿falta aún mucha gente para completar nuestra fuerza expedicionaria?

Según la opinión del almirante, todavía era preciso reclutar algunos centenares de hombres, lo que hacía imprescindible postergar la partida del Ejército Restaurador.

Como agravante de esta tensa situación, en la penúltima semana de aquel mes se presentaron inesperadamente en el despacho presidencial dos hombres cuya categoría parecía ser de tanta importancia que el general Prieto interrumpió de inmediato una grave conversación que sostenía con el almirante Blanco Encalada. Uno de ellos era el teniente coronel Tomás Sutcliffe, y el otro, un hombre alto, delgado y musculoso, con marcado tipo británico y vestido según la moda de esa nación europea. Se trataba de un personaje anunciado por Sutcliffe como el señor Carlos Wood, pero recibido por el mandatario y el Comandante en Jefe con el tratamiento de coronel.

—Gracias a Dios que llega usted, por fin —le expresó Blanco Encalada con manifiesto alivio, después de saludarlo—. He estado esperando su regreso del Perú con la mayor ansiedad.

Como el Presidente Prieto evidenciara no conocer la importancia de la llegada de aquel señor, el almirante se apresuró a darle una explicación:

—El pasaporte y la documentación ingleses del coronel Wood le facilitan la entrada en cualquier lugar del Perú sin despertar sospechas. Además, como es pintor y viaja en calidad de tal, le he encomendado recoger para nosotros toda clase de diseños sobre las defensas enemigas y las posiciones que ocupan sus regimientos. Es un hombre de una memoria visual tan admirable que lo que ve no lo olvida jamás y puede reproducirlo más tarde con su lápiz y sus

pinceles con extraordinaria fidelidad.

—¡Vaya, es curioso que su primer ayudante, el teniente coronel Sutcliffe, reúna las mismas virtudes! —comentó, sonriente, el general Prieto—. Virtudes que nos serán muy útiles en el futuro, ¿no cree usted así, almirante?

Blanco Encalada asintió con aire misterioso. Ya había pensado en el posible destino que daría a aquellos dos ingleses, ambos exoficiales de la Marina británica, casados con chilenas y colocados voluntariamente al servicio de Chile.

—¿A qué se debió su tardanza, coronel Wood? —inquirió al recién llegado.

Éste le respondió escuetamente, como parecía ser su costumbre. Había embarcado en la corbeta «Orbegoso», encargada de bloquear la costa sur del Perú, después de recorrer gran parte del territorio extendido entre Islay y Arica reuniendo informaciones.

—De la situación interna del Perú les hablaré más tarde —prosiguió—. Primero debo darles las noticias que me proporcionó el general peruano Francisco López de Quiroga, prefecto del departamento de Moquegua. La mención del nombre de aquel discutido personaje acentuó el interés del mandatario.

—¿Consiguió usted hablar con él?

—Viví en su casa durante cuatro días, Excelencia —le respondió sonriendo el inglés.

—¿Qué nos manda decir el general López? —quiso saber el almirante Blanco Encalada.

—Que apresuren el desembarco y lo bagan por el sur, en la costa que enfrenta a Arequipa. Que él plegará al Ejército Restaurador los novecientos hombres que comanda y que usará de sus influencias para que lo imiten los comandantes de las tropas del Cuzco y Puno.

—¡Magnífico! —celebró el Presidente—. Luego, él piensa que la entrada al Perú por el sur será más fácil. El coronel Wood observó al Presidente y al almirante con una chispa traviesa brillándole en los ojos azules y repuso con cautela, escogiendo las palabras:

—Así lo asegura él. Me comentó repetidamente la antipatía que despierta la Confederación entre todos los habitantes del Estado Sur-Perú,
agregándome que los miembros de las familias poderosas se pronunciarían en contra del Protector Santa Cruz tan pronto el

Ejército Restaurador pise suelo peruano.

El general Prieto enarcó las cejas en un gesto de desconfianza y pareció vacilar antes de formular una pregunta:

—¿Y acaso el mariscal Santa Cruz no se da cuenta de ese ambiente que existe en contra suya?

El coronel Wood dejó vagar una leve sonrisa en sus delgados labios y respondió:

—El mariscal Santa Cruz es demasiado hábil para que se le escape el menor detalle de lo que ocurre en los pueblos sometidos a su voluntad, Excelencia.

—¿Y no toma medidas represivas?

—Se considera fuerte para resistir cualquier ataque. Ha decretado las más estrictas economías; rebajó los sueldos en un diez por ciento e impuso préstamos forzosos a los dueños de capitales. También ordenó la reincorporación obligada a las filas de todos los individuos de tropa y marinería que estaban licenciados, elevando de este modo su ejército a más de once mil hombres. —La cifra mencionada por el marino inglés estampó una mueca de espanto en los rostros de sus auditores, pero éste continuó impertérrito—: Ha impuesto la pena de muerte inmediata para todo aquel que promueva una revolución, una sedición o mantenga complicidad con los enemigos exteriores. Y previendo la invasión chilena, ha proclamado que será pasado por las armas todo individuo que preste ayuda, de cualquier especie, a tropas enemigas, dentro o fuera del territorio de la Confederación.

—¿Presiente nuestra invasión? —exclamó el Presidente, estupefacto.

—Conoce los preparativos en todos sus detalles, Excelencia —le apuntó Wood, gozándose un tanto de la candidez del mandatario.

—¿Cómo?… —dejaron escapar al unísono Prieto y Blanco Encalada.

El coronel había estado transmitiéndoles sus informaciones con cierta jocosa negligencia, pero entonces adoptó una expresión seria y se inclinó hacia ellos para que no se les escapara la intención oculta de lo que iba a revelarles:

—Creo que por obra de agentes secretos instalados en Arica, señores, en Arequipa… o quizás en el propio cuartel del general López de Quiroga. —Hizo una leve pausa y concluyó con

espectacular picardía—: Posiblemente dentro del propio despacho del general López.

Ante la actitud alelada de Prieto y del almirante, que lo observaban boquiabiertos, sin penetrar del todo en la gravedad de su afirmación, les aclaró rascándose el arrugado entrecejo:

—Es algo que no pude confirmar…, una sospecha que se me prendió en el cerebro por instinto, simplemente por olfato, como diríamos en Chile.

—Esto es demasiado serio, coronel —lo interrumpió Blanco Encalada, incapaz de aceptar una sospecha—. Háganos usted el favor de concretar su pensamiento.

—Bien, si ustedes lo exigen —acató Wood, y tomó alientos antes de expresar su verdadera opinión—: Creo que, a pesar de sus protestas de amistad y deseos de alianza, el general López de Quiroga lo está engañando, almirante Blanco.

El marino chileno echó el cuerpo hacia atrás como si lo repelieran. Aquello equivalía a acusarlo de ingenuidad, de ceguera, de torpeza, y hería en lo profundo su anacrónico sentido de la caballerosidad.

—Coronel Wood, he recibido cuatro cartas del general López concebidas en el mismo tenor: abierta amistad, alianza incondicional —protestó airadamente. Pero su acento altisonante no pareció afectar en absoluto al británico. Lejos de ello, sus pupilas azules se clavaron con mayor firmeza en el rostro del marino.

—En el mismo tono me habló a mí durante los cuatro días que fui su alojado en Moquegua. Y, sin embargo, no he podido desterrar la casi certidumbre de que está haciendo un doble juego.

—¿Qué lo hace pensar así?

—La aparición demasiado frecuente de bolivianos sigilosos demasiado pulcros para ser hombres comunes, en el cuartel y en la casa del general López. Además, señores, basta con analizar su propio carácter. O yo soy un ciego que no ha sabido ver nada en el mucho mundo que he recorrido o el general López es un hombre, a todas luces, ¡falso!

—¡Protesto contra esa afirmación! —vociferó Blanco Encalada, alterado como si se lo ofendiera a él mismo—. Conozco muchos años al general López de Quiroga y lo sé leal y caballero.

Wood pareció divertido por el exagerado reclamo del almirante.

Miró a hurtadillas a su compañero Sutcliffe, le hizo un guiño y concluyó por inclinarse ante el jefe chileno.

—En ese caso, perdone usted, señor almirante. Comencé advirtiendo que se trataba de meras presunciones mías. Me alegro de haberme equivocado.

La discusión parecía haber terminado allí, pero la sospecha expuesta por el coronel Wood había quedado firmemente grabada en el cerebro del Presidente Prieto, y, aunque sin comentarlo con el almirante Blanco, no dejaría de tenerla en cuenta en sus decisiones futuras.

—Coronel Wood, ¿cuáles son sus planes próximos? —le inquirió con calma.

—Estoy a disposición del Comando en Jefe del Ejército para el destino que se considere conveniente darme.

—Gracias, porque deseo volver a conversar con usted más adelante —finalizó el mandatario—. No se ausente de Santiago, por favor.

Los dos coroneles se inclinaron con rigidez sajona y girando sobre sus talones dejaron el despacho. El Presidente fue a sentarse en su sillón, silencioso y meditabundo; en tanto que el almirante Blanco Encalada se daba a pasear nerviosamente de un lado a otro del despacho.

La mujer apoyada en un costado del ventanillo enrejado de la sala de guardia del cuartel que ocupaba el batallón «Portales» en Quillota creyó al principio que era un piño de ovejas arreado por sus pastores el que se acercaba por la Calle Larga levantando una nube de polvo, pero los reflejos del sol en los herrajes de fusiles, sables y arreos le hicieron percibir que se trataba de un pelotón de saldados que se acercaba custodiando a un grupo de campesinos.

Envuelta en un rebozo carmelita, que apenas le dejaba visible el óvalo del rostro, permanecía allí, silenciosa, desde hacía más de una hora, haciendo sentirse incómodo al capitán Faer. Aunque encubierta por los largos y anchos vestidos, la visitante se adivinaba relativamente joven, no mayor de treinta y cinco años, y era la

primera que se atrevía a poner un pie dentro del recinto donde vivían los fieros soldados del «Portales». A pesar de que el viejo caserón acomodado como cuartel era muy amplio, ya que se trataba de las antiguas bodegas de una viña, el segundo comandante del batallón no podía impedir que los levantiscos soldados se aproximaran a la sala de guardia, con o sin pretextos, para contemplar a la solitaria mujer. Faer tenía, ciertamente, miedo de las reacciones que podía provocar la insólita visita femenina en aquellos bárbaros, privados desde hacía casi tres meses de toda relación sexual. Estaba, pues, muy impaciente por ver aparecer al comandante García, que era a quien venía a visitar la señora. En consecuencia, exhaló un suspiro de alivio cuando observó la aproximación del pelotón de soldados conduciendo a un nuevo grupo de reclutas.

—¡Ahí llega el comandante García, señora! —le comunicó, asomándose a la puerta de la sala de guardia—. Voy a anunciarle su visita.

Rápidamente cruzó el ancho zaguán, por donde antes entraban las carretas cargadas con uvas, y salió al descampado, en donde se le emparejó el corneta Cruz González. El muchacho estaba asombrado y celebraba con risas bobas la nueva hazaña de su comandante.

—*Agora* parece que mi comandante ha *despoblao* un fundo, mi capitán. Mire qué mansa maná de huasos se trae a la cola de su caballo. La de palos y culatazos que habrá repartió *pa* engancharlos.

El capitán Faer lo apartó de su lado de un empellón y siguió avanzando hasta colocarse frente al grupo de soldados y campesinos, que acababa de detenerse.

—¡Que los sargentos se encarguen de entrar a estos reclutas al patio y los registren en el libro del rol! —ordenaba en ese instante Manuel García, desmontando y entregando las bridas de su cabalgadura al corneta.

—Mi comandante —le informó en voz baja Faer—, en la sala de guardia lo está esperando una señora. ¡Y qué señora! ¡Guay, si es una mujer demasiado linda para venir a meterse a estos andurriales de Quillota, y mucho menos en esta guarida de salvajes!

García pasó por alto la calificación que hacía el oficial de sus soldados. La presencia de una mujer en su cuartel era demasiado

sorprendente para él.

—¿Y no ha dicho para qué me quiere esa señora?

—No, mi comandante. Pero es la madre del subteniente Ruiz. Me explicó que había venido desde Santiago, especialmente para hablar con usted. —El capitán Faer volvió a bajar la voz y agregó, mientras se encaminaba hacia el portón de entrada—: Me parece que desea hablarle sobre su hijo. Alguien le informó que está herido y… sobre la forma en que… En fin, usted me entiende, mi comandante.

—¡Ah, qué majadería! —masculló el jefe, comenzando a ponerse nervioso—. Lo único que me faltaba era terminar peleando con mujeres esta mañana. Como si fueran pocas las trifulcas que he tenido en estos campos para reclutar huasos taimados. Vamos allá y terminemos de una vez. —Pero en lugar de apresurar la marcha, se detuvo y apuntó al pecho de Faer con uno de sus gruesos índices—. En cuanto a usted, capitán, le advierto que la próxima vez que deje entrar mujeres al cuartel lo voy a meter en un calabozo por una semana, y a pan y agua. ¡Mujeres, puah! ¡Constituyen el peor factor de relajamiento de la disciplina!

Haciendo resonar agresivamente sus espolines sobre el adoquinado del zaguán, pasó por entre los soldados que le presentaban armas y se detuvo en la puerta de la sala de guardia.

—¿Dónde está la señora que me busca, cabo? —preguntó con seco acento al jefe de guardia, aun cuando era innecesario, ya que la visitante estaba perfectamente visible a un costado de la ventana —. Señora —dijo entonces avanzando unos pasos—, soy el comandante Manuel García. ¿Para qué me necesita usted?

La mujer avanzó también hacia él, con pasos lentos y seguros. No le respondió al instante, sino que lo examinó de arriba abajo, con semblante serio en el que brillaban sus ojos con severidad.

—¿No se lo imagina usted? —le espetó de pronto—. He venido desde Santiago para decirle que es usted un cobarde, un canalla y un loco.

El comandante García abrió desmesuradamente los ojos y la boca, como si le hubiesen disparado un fogonazo frente a la cara. Se quedó unos segundos turulato, sin que le brotara protesta alguna, y sólo después de un esfuerzo para reponerse de la sorpresa dejó escapar, silbante, por entre los dientes apretados:

—¿Ehhh?… ¡Por todos los diablos!

Los epítetos de «cobarde, canalla y loco» aplicados por la mujer al militar crearon un silencio absoluto en la sala de guardia y en el zaguán vecino. Fue como si los testigos de la insólita escena hubieran quedado convertidos en estatuas de piedra. El cabo de guardia y su piquete de soldados, el capitán Faer y el ordenanza Pascual Rojas, así como un corro hombres que atisbaban desde el nacimiento del patio, se pusieron pálidos y contuvieron la respiración al oír insultar, por primera vez, a su temible comandante. Éste, por su parte, se había puesto rojo y el cuello se le hinchó como si se le fueran a reventar las venas.

La señora, en cambio, aunque un tanto demacrada por la nerviosidad, aparentaba una calma inmutable, traicionada sólo por sus pupilas llameantes de enojo. Tenía sus manos pequeñas apretadas una contra la otra frente al pecho, pero su ademán no denotaba debilidad, sino, más bien, un esfuerzo para no seguir insultando al militar.

Todos los presentes imaginaron que García iba a reaccionar con su explosiva violencia habitual, pero su actitud fue inesperada. Roncamente, casi en un susurro, le replicó mordiendo las palabras:

—La que comete una cobardía es usted, señora. Escudada en su condición de mujer, se atreve a insultarme, segura de que no voy a poder responderle como se lo merece.

—¿Tiene usted el descaro de reprocharme a mí? —le replicó la madre del subteniente—. ¿Usted, que dejándose arrastrar por sus instintos de fiera, no respeta la juventud de sus subalternos y comete toda clase de tropelías con ellos, escudado, usted sí, en que la disciplina del Ejército les impedirá reaccionar en contra suya como lo haría cualquier hombre agredido?

—¡Basta! ¡Basta ya, señora, que toda tolerancia tiene su límite! —barbotó García. Pero se lo veía amagado por un flanco débil e incapaz de defenderse con buenos argumentos—. Como yo maneje a mis soldados es cuenta mía.

—No, señor, cuando esos soldados son muchachos que tienen madres que los han ofrecido al Ejército para servir a la patria. Si el difunto Ministro Portales supo despertar en los chilenos un fervor patriótico y nos convenció de que serviríamos a nuestra nación permitiendo que nuestros hijos fueran a esta guerra, usted con su

ferocidad nos hace arrepentimos de haber tomado una determinación que ya en sí misma era dolorosa. Cuánto más dolorosa es ahora, cuando vemos a nuestros muchachos atormentados, maltratados y humillados por un monstruo sin entrañas como usted.

—¡Monstruo sin entrañas! —Manuel García repitió el apostrofe, tartamudeando, alelado. Su rostro, de cárdeno había pasado a una palidez cenicienta—. Calle usted, desventurada, que apenas soy un jefe que conoce su oficio —replicó muy quedo, con un acento atormentado que sus hombres nunca le oyeron antes—; un militar que sabe que sus soldados cuando van a ir a guerrear en una tierra extraña, en donde todo les será adverso, desde el clima mismo, deben estar preparados para toda clase de penalidades y ser poco más que unas simples máquinas de guerra.

Pero la señora Ruiz era implacable y notoriamente más inteligente que García.

—¡Máquinas de guerra! —repitió con cierta repugnancia—. Estropeadas, rotas, gastadas antes de partir, por obra de los caprichos malsanos de un jefe con la mente extraviada.

El comandante ya no sabía cómo defenderse. Su mayor fuerza radicaba en su agresividad contra los hombres, pero ante una mujer hábil como aquélla se convertía en un sujeto inerme.

—No sabe usted lo que dice, señora —intentó oponerle, pero ella siguió abrumándolo:

—Lo está demostrando el caso de mi pobre hijo, que ahora yace en una sucia enfermería, tumbado en un camastro, baldado por una ancha herida, desangrado por el estúpido e insano placer de usted.

—¿Por un insano placer mío? —estalló el veterano, perdiendo la mesura—. ¡Qué majadería dice usted! ¿Cree que voy a partir a la guerra llevando conmigo a señoritos incapaces de defenderse cuando un enemigo se les plante al frente con una bayoneta en la mano? ¿Preferiría usted enterarse de que su hijo ha sido despanzurrado por un adversario por no haber sabido aprender cómo debe defenderse un soldado? ¡Eso! y no otra cosa es lo que pretendo hacer con mis hombres: enseñarles que en esta empresa van a jugarse la vida y que deben conocer todas las argucias y mañas que se necesitan para ser siempre el victimario y jamás la víctima. Esta lección que le ha tocado sufrir a su hijo será útil para

mil doscientos hombres más. Y le aseguro que no sólo me conformaré con haberla puesto en práctica con el subteniente Ruiz, sino que someteré a cuantos sea necesario a pruebas semejantes, hasta tener la certeza de que han aprendido a defenderse. Y basta ya, que hace mucho tiempo me propuse no volver a tener discusiones con señoras. Si usted tiene algún reproche más que hacerme, dígale a su esposo que venga a representarla. A él no le aceptaré ni la mitad de…

La fortaleza de la señora se quebró de súbito y, aunque trató de disimularlas, las lágrimas le humedecieron los ojos.

—Si yo no fuera viuda, esto no habría quedado en simples palabras —le aseguró, y volvió a apostrofarlo igual que al comienzo de la discusión, pero ahora con la voz debilitada—: ¡Cobarde!

El fiero veterano se sintió completamente desarmado. La conciencia de haber estado disputando con una viuda indefensa, él que había sido capaz de desnucar a indios hercúleos a culatazos, que había destripado caballos que pasaban al galope sobre su cuerpo, que había reducido a puñetazos a soldados amotinados, que con sus manos podía torcer el cañón de un fusil, lo llenó de vergüenza, lo desconcertó a tal extremo que, girando el cuerpo, buscó ayuda en sus subalternos más próximos y, como viera en la puerta al segundo comandante, le ordenó, tartamudeando:

—Capitán Faer, hágase cargo de esta señora y que abandone el cuartel… ¡Inmediatamente…, inmediatamente!

El oficial, no menos confundido que su jefe, se acercó a la viuda y, tomándola con timidez de un brazo, la invitó a salir. Ella se envolvió el rostro en el rebozo hasta dejar visibles sólo la frente y los ojos, y se retiró silenciosa.

El comandante García quedó clavado en su sitio, con los gruesos dedos entrelazados con tanta fuerza que los nudillos se le marcaban blancos. De súbito pareció volver en sí y girando una mirada furiosa sobre los hombres que lo contemplaban desde la distancia, idiotizados, los espantó a gritos:

—¿Y ustedes qué hacen ahí, clavados como los postes? ¿Acaso no hay deberes que cumplir en el cuartel? ¡Cada uno a su puesto, grandísimos badulaques! —Los hombres desaparecieron corriendo como liebres, incluso los de la guardia.

Manuel García, al verse solo, abatió la cabeza sobre el pecho con

un ronco resoplido y masculló para sí, cansado y dolido, como si se le hubiera reabierto una vieja herida:

—¡Malditas mujeres! ¡Toda la vida iguales…, siempre las mismas!

Había cerrado la noche cuando el comandante completó su ronda por las cuadras del cuartel. Ya habían sido acomodados en ellas los nuevos reclutas y la calma empezaba a apoderarse del vasto caserón. En las últimas horas de la tarde se había sentido pasar un escuadrón de caballería, que, según supo por un comisionado que envió, se estableció en una de las escuelas conventuales del pueblo. Este hecho lo tenía preocupado. La llegada de nuevas fuerzas no podía señalar sino que el embarco hacia el Perú estaba próximo.

Rumiando estos pensamientos llegó hasta el pajar que se había habilitado para enfermería, y, por hábito nacido de la rutina, entró. El único enfermero, que fuera barbero en Santiago, se cuadró a su paso disimulando un bostezo.

—¿Alguna novedad? —le consultó por fórmula.

—De los enfermos, dos fueron dados de alta esta tarde, mi comandante —le respondió con tono de autómata el enfermero—. En cuanto al herido, sigue con la pierna un poco enconada.

¡El herido! García lo había olvidado, y ahora, al recordarlo, de modo inconsciente hizo volver a su mente la escena que protagonizara con la madre del muchacho aquella mañana, ocasión en que tuviera una actuación tan torpe.

—¿Dónde está el subteniente Ruiz? —pregunto internándose en la obscuridad del pajar.

—En el camastro al lado de la ventana que da al campo, mi comandante —le secreteó el enfermero, acotándole más quedamente aún—: Se encuentra acompañado, señor. —Como García esbozara un gesto de extrañeza, le aclaró—: Con su madre. El capitán Faer la autorizó. Y como el subteniente está con fiebre y deliraba llamándola, yo creí que…, creí que no cometería una falta grave si la dejaba quedarse un ratito más. —Como veía chispear las pupilas del comandante en la oscuridad, se apresuró a justificarse diciendo—: Pero ya estaba pensando en indicarle que se tenía que mandar cambiar ahorita mismo.

García no aceptó la excusa. Sin levantar la voz, pero perentorio,

le ordenó que se presentara a la mañana siguiente en su despacho. Bien comprendía el enfermero lo que eso significaba y se resignó a recibir una docena de palos o cuando menos tres o cuatro días de calabozo a pan y agua.

—Retírese después de dejarme la vela encendida —concluyó el comandante—. Yo seré quien diga a esa señora que debe irse y que este cuartel no es sitio para mujeres, menos de noche.

Segundos más tarde se acercó al camastro donde reposaba el herido. A la luz amarillenta de la candela pudo ver a la madre del muchacho ovillada en el suelo junto a la cabecera. Se había quitado el rebozo para dar más libertad a sus manos y entonces era posible contemplarla en su verdadera imagen. Se veía más joven que en la mañana. Tenía los cabellos castaños recogidos en un moño suelto más abajo de la nuca. Aunque sus facciones no eran propiamente finas, ya que su mandíbula lucía un poco ancha y sólida y los pómulos los tenía pronunciados, el total de sus rasgos la hacía ver atractiva. «Es una chilena buenamoza», pensó Manuel García. Sus ojos eran pardos, claros y con las comisuras exteriores alargadas sobre las sienes. Su mayor atractivo residía, sin embargo, en su boca, de labios carnosos, un poco ancha y con una dentadura fuerte y limpia. El comandante imaginó que debía tener una hermosa sonrisa. Pero ella estaba muy seria, concentrada en su hijo amodorrado por la fiebre; «seria y triste», consideró el veterano, y este pensamiento infiltró en sus nervios rudos una leve corriente de ternura.

—Buenas noches, señora —la saludó con suavidad.

—Buenas noches —le respondió ella sin mirarlo. Pero enseguida alzó el rostro y, al reconocerlo, le señaló al muchacho desfallecido, diciéndole con cansancio, pero sin rencor—: Vea su obra, comandante.

García permaneció exteriormente imperturbable. Pero se inclinó un poco e hizo caer la luz de la vela sobre el herido. Permaneció así unos instantes, examinándolo con ojos experimentados, y, como comprobara que su sueño era profundo y que respiraba regularmente, musitó:

—Se repondrá pronto. Estos mozuelos tienen los mismos recursos que las lagartijas, generan carne nueva, piel nueva. —Calló un momento y continuó, mirando entonces a la mujer—: De todos

modos, lo lamento. No lo podía confesar esta mañana delante de mis hombres. Eso menoscabaría mi autoridad. Reconozco sí que, de haber sabido que era usted viuda, quizás hubiera sometido a su hijo a una lección más suave. Pero ¿es su hijo de verdad?

La mujer arrugó el ceño y lo contempló irritada.

—¿Qué pretende dar a entender?

—Perdóneme. Nada malo —se aturulló el veterano—. Es usted demasiado joven…, no representa… Excúseme, no sé tratar a las señoras —se rindió finalmente, añadiendo a modo de justificación —: Hace mucho tiempo que no converso con señoras. He vivido los últimos siete años en la frontera de los indios, en fortines donde sólo había hombres. ¿Es su único hijo?

—Sí —le contestó ella quedamente—. Estaba casada hacía poco cuando mi marido murió. Fue en la batalla de Maipo.

Al oír la mención de aquella batalla el comandante se sintió sacudido por la sorpresa y tuvo un presentimiento:

—¿A qué cuerpo pertenecía su marido, señora?

—Al «1.º de Infantería de Chile» —fue la respuesta, que confirmó su sospecha y acentuó su interés por la viuda.

—Entonces tiene que haber sido compañero mío —murmuró, extendiendo involuntariamente una mano como si fuera a remecer a la mujer para extraerle mayores datos—. ¿Cómo se llamaba?

—Recaredo Ruiz. Era teniente.

—¡Teniente Recaredo Ruiz! —García no podía dar crédito a esa coincidencia—. Pertenecía a la primera compañía —recordó con vehemencia—. Yo era entonces sargento mayor. Estaba bajo mis órdenes. ¡Por todos los diablos! ¿Cómo no me di cuenta antes? Si este muchacho es casi igual al teniente Ruiz.

La viuda se había alzado sobre las rodillas y lo cogía de uno de los antebrazos con un ademán ansioso.

—¿Lo vio usted morir? Yo nunca supe cómo fue. Jamás recibí nada de lo que le pertenecía; ni su ropa ni mis cartas ni una medalla que le di para que llevara al cuello…, sólo esa terrible nota comunicándome que había muerto en la batalla. No pude saber qué fue de su cadáver, dónde lo sepultaron.

La mujer había vuelto a ovillarse junto a la almohada, doblegada por el triste recuerdo, pero no lloraba; diecinueve años hacía de aquello, ya casi no recordaba las facciones de su muerto.

—Yo también debí haber quedado allí —rememoró, por su parte, García, hablando más bien para sí mismo—. Estuve a punto de ser lanceado por uno de los guerrilleros de Elorreaga. ¡Hum, cuánto más me habría valido morir entonces! —concluyó con amargura, atrayendo sobre sí las pupilas intrigadas de la señora.

—¿Por que dice usted eso, comandante?

Manuel García dejó la vela encajada en una grieta del alféizar de la ventana y arrastrando un banquillo se sentó próximo al camastro.

—El «1.º de Infantería» era hasta entonces el batallón más respetado y glorioso. Después…, después se lo declaró traidor por haber seguido hasta el fin al general Ramón Freire, que era su jefe máximo, que lo había sido siempre. ¿Me comprende usted? Derrotado once años más tarde en la batalla de Lircay…, ¡maldita batalla sin honor, puesto que era por la revolución!…, vencido allí, mi batallón fue disuelto, borrado como una mancha; y todos los que fuimos sus jefes y oficiales, tachados también del escalafón militar. Su esposo, señora, habría sufrido la misma suerte que corrí yo; habría tenido que pasar por aquella insoportable vergüenza. Cada vez que cierro los ojos se me presenta la escena: todo el Ejército formado, los jefes al frente…, contemplándonos con desprecio el general Prieto y el entonces coronel Bulnes…, y ¡zas, a tirones las charreteras, los botones dorados, el quepis, el sable!

—¡Qué penoso debe de haber sido para usted, comandante! —lo compadeció la viuda, realmente impresionada.

—No fue lo peor, señora —siguió franqueándose el veterano, arrastrado por una locuacidad extraña en él—. Lo otro vino como consecuencia. Mi esposa no tuvo temple… Tal vez era muy joven, nos veíamos poco en esos años de continuas campañas… No fue capaz de soportar aquella humillación, se sintió alcanzada por la vergüenza y… ¿para qué recordar esa pesadilla? Es posible que usted le encuentre razón.

—¿Qué pasó? ¿Qué hizo su esposa, comandante?

García tenía los codos apoyados sobre las rodillas y hundió las sienes entre los puños dejando escapar una carcajada sorda.

—Se marchó. Simplemente, se marchó. Me quedé vacío, como una caramayola rota, frío, con el alma seca. —Volvió a reírse de sí mismo y prosiguió como si ya no estuviera refiriendo su propia historia—: Anduve semanas como un imbécil. A veces se me

olvidaba todo y, cuando me preguntaban quién era, se me iba sola la lengua a responder: «Teniente coronel Manuel García». Pero ya no era tal teniente coronel y no me atrevía a pronunciar mi nombre. Ahora me da risa, una risa que tiene una raíz dolorosa aquí, entre medio de las costillas. Por último, me fui a pie hasta Concepción y me enrolé en las milicias de La Frontera, como carne de cañón para atajar a los indios. —Volvió a reír, como si le encontrara chiste al recuerdo, pero era la suya una risa acre, que no engañaba a nadie, y sus frases finales fueron corolario de su intenso drama—: Hacía unos dos años que estaba allá abajo, en los fuertes, cuando supe que mi esposa había muerto, la pobrecilla. Me lo comunicaron los parientes en una nota en que estamparon dos líneas…, nota tan despectiva como la insignificante muerte que me participaban.

Quedaron sumergidos en el silencio y la penumbra, distanciados durante un rato por sus mutuos recuerdos, por las tristes remembranzas que ambos habían hecho y en las cuales aleteaban como hojas sin importancia, escritas fríamente, aquellas dos notas en que se les comunicara la desaparición definitiva de seres que para ellos tuvieron, en alguna época, un valor trascendental. En la escena sólo se sentían la respiración acompasada del herido y el lejano chirriar de los grillos. La vida parecía haberse detenido, y ella, la joven, tuvo la generosidad de ponerla nuevamente en marcha con una frase bondadosa.

—Comandante, perdóneme mi rudeza de esta mañana —dijo suavemente—. Compréndame, estaba desesperada y no tenía cómo saber cuáles son las causa de su carácter.

—Es usted quien tiene que perdonarme. Hacía mucho tiempo que no hablaba con una señora —le replicó García, y volvió a guardar silencio. Pero al cabo de unos instantes agregó, siguiendo el hilo íntimo de sus pensamientos—: De modo que el subteniente Ruiz es hijo de mi antiguo compañero el teniente Recaredo Ruiz. ¡Hum! ¿Cómo es su gracia, señora?

—Magdalena.

—¡Hum! Magdalena… —repitió el militar, sin sentido alguno, y se puso de pie. Después se frotó los brazos como si tuviera frío, lo que resultaba absurdo dado el grosor de su guerrera, pero, en verdad, lo que le ocurría era que estaba madurando una decisión que, por fin, se resolvió a expresar.

—Señora Magdalena —dijo abruptamente—, escúcheme usted un consejo y no se lo revele a nadie. Llévese a su hijo. Se lo entrego. No empareje a dos muertos en su recuerdo.

La señora se fue incorporando lentamente, extrañada y sin comprenderlo. La forma de expresarse del comandante había sido tan tosca que no acertaba a entender aquello de «emparejar a dos muertos en el recuerdo». Ante su expresión interrogante, García prosiguió a tropezones:

—Sé lo que digo. Esta guerra que estamos por emprender es imposible, es un suicidio colectivo. Nosotros vamos a llevar a tierra hostil a poco más de tres mil hombres. Ellos tienen allá sobre once mil, bien armados. Sospecho que muchos no volveremos, señora.

—¿Es verdad lo que afirma, comandante? —Magdalena había girado en torno del camastro e interponía su cuerpo entre el militar y su hijo, en un gesto instintivo de protección.

—Lo he averiguado, he mantenido los oídos muy atentos a todas las informaciones —le aclaró García y, tomándola de un brazo, la apartó un tanto para mostrarle al herido—. ¿Para qué vamos a llevarnos a su hijo? Ya dio usted a su esposo. Es bastante. No arriesgue a este muchacho, que es débil y demasiado joven.

La voz del ordenanza Rojas resonó inesperadamente en el patio, frente a la enfermería, interrumpiendo el tenso diálogo.

—¡Mi comandante García! —llamaba con urgencia—. ¡Mi comandante!

El hombre recuperó de inmediato su apostura de jefe y se dispuso a salir.

—Me necesitan. Con su permiso, señora. —Giró para retirarse, pero volvió el rostro antes de hacerlo y repitió—: Llévese a su hijo tan pronto como él pueda tenerse en pie. Tengo hombres de sobra para formar no sólo un batallón, sino un regimiento. Quédese un momentito más con él, si quiere. Pero no mucho, ¿eh? No es conveniente tener mujeres como usted dentro de este cuartel. Buenas noches, señora Magdalena.

—Buenas noches, comandante, y gracias.

El veterano salió tratando de amortiguar el ruido de sus espolines. Sin poder definir el porqué, ni intentarlo siquiera, se sentía curiosamente aliviado, con el espíritu más ligero, razón por la cual no riñó al ordenanza, que seguía llamándolo a gritos. Por el

contrario, le inquirió en forma serena:

—¿Qué pasa, muchacho? ¿A qué tanta urgencia?

El soldado se quedó pasmado por la insólita suavidad de su jefe y bajó la voz en forma exagerada, casi al tono de secreto, aunque no existía razón para ello:

—Acaban de llegar dos coroneles que necesitan verlo al momento, mi comandante.

—¿Se identificaron?

—Dijeron ser el primer ayudante del General en Jefe, coronel Tomás Sutcliffe, y otro, también de nombre gringo, llamado… Oiga, mi comandante, a ése sí que no le entendí. Me hizo un sonido como el mugido de una vaca. Fíjese, así: ¡Buuu!

—¡Pedazo de imbécil! —rió García—. ¿Dónde has oído que un coronel se llame como un mugido de vaca? Vamos a la sala de guardia.

Los que aguardaban al comandante del «Portales» eran los coroneles Tomás Sutcliffe y Carlos Wood. García estuvo a punto de contar a este último que el ordenanza había confundido su apellido con el mugido de una vaca, pero el respeto a su propia dignidad jerárquica le impedía hacer bromas. Por otra parte, la misión que traían los altos jefes era demasiado urgente y no daba ocasión para chanzas. Estaban recorriendo los diferentes campos de adiestramiento militar para transmitir a sus jefes la orden de suspender el reclutamiento de nuevas tropas y, aun más, de aprestarse para dejar en libertad a los hombres que se hubieran enganchado en los últimos días. Esta medida se adoptaba porque el Gobierno de Bolivia acababa de enviar a Santiago a un plenipotenciario, el señor Casimiro Olañeta, con la misión de entregar al Presidente Prieto una oferta de paz firmada personalmente por el Protector Andrés Santa Cruz.

El comandante García se quedó observando a los dos coroneles con recelo y estupor. Su mente no estaba preparada para entender los altos juegos diplomáticos y exigía una explicación concreta.

—¿Se ha aceptado esa proposición de paz? ¿Se ha decidido que no habrá guerra? —les preguntó con actitud obcecada, lo que, por cierto, fastidió un tanto a los apresurados jefes.

—En definitiva, no se ha aceptado nada —le contestó el coronel Wood—. Pero, cuando menos, el Gobierno está escuchando al señor

Olañeta. Y no es lógico, en consecuencia, que mientras se estudia una oferta de paz se continúen acelerando los preparativos para la guerra. Nuestras instrucciones llegan hasta a ordenar a las autoridades navales de Valparaíso que interrumpan los aprestos del convoy que debía transportar las tropas al Perú.

—Bien, señores coroneles —se rindió García—, esto quiere decir que no habrá guerra. En fin, esta noche no sé por qué me alegro. Mañana quizás me muerda de rabia, pero hoy, es cierto, me produce una especie de alivio. En vista de lo cual, señores, los invito a que tomemos una copa y brindemos por la posibilidad de que se mantenga la paz.

Los coroneles comisionados bebieron con él la copa ofrecida y partieron de inmediato en dirección a Valparaíso.

La noticia de una nueva proposición de paz, aun cuando se estudiaba en secreto entre el plenipotenciario don Casimiro Olañeta y el Ministro de Relaciones Exteriores chileno, señor Joaquín Tocornal, se difundió rápidamente por Santiago. El proyecto de enviar un ejército restaurador al Perú no era popular y los representantes de las principales familias relacionadas con los jefes del Ejército se aglomeraron en los patios y pasillos del Palacio de Gobierno, con la esperanza de ser los primeros en obtener la información de que se descartaba el proyecto bélico. Entretanto, en el despacho del Presidente Prieto se daba lectura a la proposición de paz enviada por el mariscal Santa Cruz. La leía el Ministro Tocornal y la escuchaban el Presidente Prieto, el Ministro Cavareda y el almirante Blanco Encalada. El párrafo principal de la propuesta rezaba lo siguiente:

«Siéndole al Gobierno de Chile imposible sacar ventaja alguna de la actual guerra, que resiste la nación chilena, y no contando con la voluntad nacional para esta empresa, ciertamente temeraria, no hará más que inútiles sacrificios, recogiendo para su patria por todo fruto la guerra civil, que el Jefe de la Confederación vería con honor. Pero el Gobierno Protectoral, deseoso de llegar a un entendimiento, prescinde de los cambios que se han producido después del 8 de diciembre, en que nuestro Ministro pedía a grandes voces la paz, al día en que tengo la orden de proponerla de nuevo, asegurando otra vez que el Jefe Supremo de la

Confederación no exigirá jamás nada humillante, nada indigno de la nación chilena. Y para disuadir al Gobierno chileno de sus proyectos militares, pone delante de sus ojos la imposibilidad material en que ambas naciones están de definir en una guerra su supremacía. La presente administración de Chile se halla en la imposibilidad de ofender al Perú y el Gobierno Protectoral ama la paz, la pide, la reclama como un beneficio recíproco, y no piensa, no intenta y, si se quiere, no puede tampoco llevar la guerra a Chile. No hay campo de batalla para batirnos y decidir esta cuestión; la victoria misma sería estéril…».

En este punto de la lectura el almirante Blanco fue incapaz de contenerse más tiempo e interrumpió al Ministro Tocornal proclamando en alta voz:

—¡Sí hay campo de batalla, señores!: el territorio del Perú. Llevaremos nuestras tropas hasta él y allí doblegaremos a las del general Santa Cruz.

El Presidente Prieto alzó una mano en ademán apaciguador y expresó que, aunque todos pudieran pensar como el almirante, debían estudiar los antecedentes con serenidad.

—¿Serenidad, Excelencia? —saltó por su parte el Ministro de la Guerra—. Llevamos cuatro horas discutiendo esta proposición, hemos leído la nota cinco veces; y tanto el Ministro de Relaciones como el almirante y yo estamos de acuerdo en que la dignidad de nuestra nación nos exige desecharla, por engañosa, por dilatoria.

El Presidente de la República admitió con un gesto la verdad que expresaba el señor Cavareda. Todos ellos conocían perfectamente los procedimientos de que se había valido hasta entonces el mariscal Santa Cruz. Se había comprobado que los oficiales y soldados que asesinaron al Ministro Diego Portales tenían en sus bolsillos dinero peruano. Asimismo, se confirmó que quince mil onzas de oro que se incautaron en el vapor francés «Hudson» eran enviadas por Santa Cruz, sirviendo de intermediario el cónsul inglés Belford Wilson, a los oficiales chilenos que el Protector había sobornado para promover el motín de Quillota. Después de repasar estas informaciones mentalmente, el general Prieto se dirigió al almirante Blanco Encalada:

—¿En qué estado se encuentra hoy el ejército que irá al Perú?

—Casi listo para partir, Excelencia —le respondió el jefe de la

expedición, enumerando enseguida—: Contamos con los siguientes efectivos: los batallones «Valdivia», «Portales» y «Valparaíso», el batallón de milicias «Colchagua», los cuerpos de caballería «Lanceros», «Cazadores» y «Escolta del Presidente», un cuerpo de artillería con seis cañones de campaña y la «Columna Peruana», fuerte en 400 hombres, encabezada por los generales Lafuente, Vivanco y Castilla, la que lleva además 3000 fusiles y 2000 uniformes de repuesto, para equipar a otros tantos hombres tan pronto se plieguen a nosotros los reclutas del Perú. En total: 3194 plazas efectivas con armas y equipo completos.

—¿Y la caballada…? —quiso saber el Presidente.

—Es una impedimenta demasiado difícil de transportar. Excelencia —tuvo que reconocer el almirante—. La conseguiremos en territorio peruano tan pronto desembarquemos. Como usted ve, Excelencia, todo está dispuesto para iniciar la invasión.

Como el Presidente permaneciera meditabundo, el mentón hundido en el pecho, el Ministro Tocornal lo acució con voz tensa:

—¡No vacile, general Prieto! Hay que hacerlo. Mientras exista la Confederación, nuestro país estará en peligro.

—Todo el pueblo de Chile está esperando que usted dé la orden de iniciar la campaña, Excelencia —lo urgió el Ministro Cavareda, contagiado del fervor bélico de sus colegas y olvidando que lo que afirmaba no era efectivo.

El Presidente Prieto también se dejó arrastrar por el ardor que inflamaba a sus consejeros y afincándose en el recuerdo de que el Ministro Diego Portales nunca erró en sus pronósticos y fue quien puso en evidencia los planes expansionistas del Protector Santa Cruz, tomó su resolución definitiva.

—Señores ministros, señor General en Jefe —pronunció solemnemente—, la nueva proposición de paz será rechazada. El Ejército Restaurador embarcará de inmediato y procederá a invadir el Perú.

La iniciación de la campaña estaba resuelta, pero aún quedaban algunos asuntos importantes por resolver antes de embarcar las tropas, especialmente el que se refería a una posible alianza con las provincias argentinas, mandadas en esa época por el tirano Juan Manuel de Rosas. El Presidente Prieto y sus consejeros pesaban cuán valioso sería para Chile concertar dicha alianza, ya que Rosas

tenía destacado en el norte de Argentina a su general Heredia al mando de un numeroso ejército, el que avanzando hacia el oeste podría unirse con las tropas chilenas a la altura de Arequipa. También se contemplaba la posibilidad de que los argentinos cruzaran la cordillera y el desierto de Tarapacá y se les agregaran en Cobija. Cogidas así, entre dos ejércitos, las tropas del general Santa Cruz tendrían que capitular o resignarse a su destrucción.

Pero otro factor, de no menos importancia, pesaba en los cálculos de los jefes chilenos. Este era el precio que exigiría el tirano Rosas a cambio de la alianza. Este era la posesión da la provincia de Tarija, territorio boliviano, y la imposición a Bolivia del pago de todos los gastos ocasionados por las tropas argentinas que estaban luchando en el Alto Perú. Si el propósito de Chile era noble y desinteresado, persiguiendo restituir su independencia al Perú y eliminar el peligro que significaba para las naciones limítrofes de Bolivia el aumento de poderío del general Santa Cruz, aceptar las ambiciosas recompensas que pedía el tirano Rosas representaba mancillar la pureza de la causa defendida.

Por otra parte, arrastrado por su espíritu caballeresco y por la ingenuidad de sus juicios, el almirante Blanco Encalada sostuvo obstinadamente que se podía prescindir de la ayuda argentina, bastando para obtener la victoria el refuerzo de los pobladores del Perú que se plegarían al Ejército Restaurador, como ya se llamó oficialmente a la expedición chilena, tan pronto se toparan con ellos en su territorio. Este juicio, afianzado por la fe desmesurada que el Ministro Cavareda y el propio general Prieto tenían en el empuje del soldado chileno y en su capacidad de resistencia, inclinaron la balanza en contra de la oferta argentina y ésta fue desechada. Desde aquel instante, Chile se disponía a combatir solo contra la Confederación
Perú-Boliviana,
que contaba con un ejército cuatro veces superior al suyo.

Si éste fue un error, fruto de la sobreestimación de la capacidad del hombre chileno, mayor lo fue el designar como Ministro Plenipotenciario para tratar todos los asuntos de la guerra en alto nivel al ciudadano guatemalteco Antonio José de Irisarri, misteriosamente investido con el rango de coronel en las campañas de la Independencia y contra quien existían cargos concretos de

malversación y usurpación de fondos públicos en la época en que fuera plenipotenciario de Chile en Gran Bretaña.

Ante la inminencia de la partida, el Presidente Prieto y sus ministros redactaron las principales instrucciones a que debían ceñirse los conductores de la guerra cuando llegase el momento de la capitulación de las tropas de Santa Cruz, lo que, cándidamente, se suponía iba a exigir sólo unas pocas semanas de campaña. En resumen, ellas establecían que, en caso de firmarse un tratado de rendición o de paz, el Gobierno de Chile se reservaba plena libertad para ratificarlo o no. Y en su última cláusula expresaba a la letra:

«Encargando a VV. SS. que empleen el mayor cuidado y vigilancia para no dejarse deslumbrar con proposiciones pacíficas que pudieran encaminarse a retardar las operaciones militares, VV. SS. conocen bien el carácter del enemigo y saben que las armas principales con que ha contado hasta ahora, y a que debe sus triunfos, han sido la astucia y la perfidia. Por consiguiente, no accederán a que se suspendan las medidas hostiles mientras no tengan las competentes seguridades del cumplimiento religioso de los pactos».

Distribuidas las instrucciones, los jefes de las fuerzas armadas partieron a ocupar sus puestos, llevando grabados en sus mentes que el objetivo de la guerra era la completa aniquilación del poder del mariscal Santa Cruz y la abdicación de todos los cargos que investía, inclusive el de Presidente de Bolivia.

A medida que el coche que lo llevaba hacia la costa lo acercaba a Quillota el almirante Blanco Encalada resumía en una libreta las instrucciones que le había dado el Gobierno. Ellas iban quedando estampadas en el diario del marino con letra insegura por causa de los vaivenes del carruaje. Eran las siguientes:

«Los plenipotenciarios de Chile deben exigir del Protector de los Estados peruanos:

»1.º Una satisfacción honrosa por la violencia cometida en la persona del Encargado de Negocios don Ventura Lavalle.

»2.º La independencia de Bolivia y del Ecuador, que Chile mira como absolutamente necesaria para la seguridad de los demás Estados sudamericanos.

»3.° El reconocimiento de la suma de dinero que el Perú debe a Chile, tanto en razón del empréstito y de los auxilios en la guerra de

la Independencia como de la indemnización a que Chile tiene derecho por los daños que ha causado al país la expedición de Freire.

»4.º Limitación de las fuerzas navales del Perú.

»5.º Reciprocidad en cuanto a comercio y navegación, colocando cada Estado al otro sobre el pie de la nación más favorecida.

»6.° Exención para los chilenos en el Perú, como para los peruanos en Chile, de toda contribución forzosa, a título de empréstito o donación, y del servicio compulsivo en el ejército, milicia y armada».

Habiendo terminado de arreglar toda su documentación, el almirante dio orden al cochero de acelerar la marcha de los caballos para entrar en Quillota junto con los jefes de su Estado Mayor y a tiempo para revistar a los batallones acantonados en ese pueblo. Un oficial de órdenes se encargó de adelantarse para prevenir a los comandantes de dichos cuerpos a fin de que preparasen a sus hombres.

El capitán Faer dio un respingo cuando se enteró de la noticia, y salió precipitadamente al patio para consultar sobre el paradero del comandante García, que había salido del cuartel hacía unas horas. El sargento de guardia no sabía nada sobre el lugar adonde había ido el jefe, pero el capitán ayudante Guarda sí estaba enterado.

—Está donde siempre, mi capitán Faer —le transmitió confidencialmente—, donde va todas las tardes.

—¡Diablos! ¿Está con… ella? —exclamó Faer, temeroso de interrumpir las diarias tertulias de su jefe—. ¡Qué lío! Se va a poner como toro furioso. Pero ¿qué le vamos a hacer? Hay que avisarle. Mande al corneta Cruz González a llamarlo. Es uno de los pocos a quienes les tiene afecto, si es que puede sentir afecto un hombre como ése.

El capitán Faer estaba errado en su juicio sobre su comandante, como lo estaban todos los que lo habían conocido en los ámbitos militares; dentro de los cuales, por otra parte, había transcurrido casi entera la vida del curtido veterano. Pero quizás algunos de sus viejos compañeros, algunos de los que lo conocieron antes del terrible descalabro, como el comandante Jerónimo Valenzuela, por ejemplo, habrían sido capaces de comprender lo que estaba ocurriéndole en esos días. El mismo no se aventuraba a calificar el

curioso sentimiento que comenzaba a invadirlo, que le corría tibiamente por las venas. Cuando se abrochaba la guerrera y se peinaba con un cuidado especial los duros cabellos entrecanos, iba pensando: «Es un gusto», y nada más. No se le habría ocurrido llamarlo de otra manera. Le gustaba pasar frente a la posada donde estaba alojada la señora Magdalena y se le entrecortaba la respiración igual que a un adolescente cuando lograba hacerse el encontradizo. La joven viuda no lo evitaba: «Se tragó el anzuelo», pensó candorosamente cuando ella lo invitó por primera vez a entrar en la sala de recibo de la posada, y en los días siguientes continuó realizando su pueril juego, convencido de que Magdalena creía que sus encuentros eran meramente casuales. Esto le permitió adquirir un poco más de seguridad en sí mismo, ya que en los años vividos en campamentos, cuarteles y fortines había perdido toda desenvoltura para conversar. Con sus compañeros o subalternos sólo sabía gruñir, vociferar o mascullar, en el mejor de los casos, algunas frases. Por eso sus charlas con la viuda le significaron al comienzo un duro esfuerzo. Se sentía asfixiado por la guerrera, no hallaba dónde colocar sus torpes manos. Pero poco a poco la serenidad de la señora y la escasa atención que parecía prestar a sus rudos modales le fueron facilitando el camino. Se arriesgó a mirarla a los ojos, aprendió a sonreír sin que la cicatriz que ocultaba bajo el bigote le descubriera el nacimiento de los dientes. Y sus frases, aunque turbadas y salpicadas de algunas risas tontas, tenían cierta ilación y, a veces, lo hacían entretenido. Cuando menos, la señora celebraba sus ocurrencias con miradas bondadosas.

Aquella tarde el comandante se había arriesgado a pedir al mozo del comedor que les trajera una botella de clarete y, tratando de mantener entre sus dedos gruesos el diminuto vaso en que le escanciara el sirviente, lo ofrecía con una cortesía exagerada a la viuda. Como ésta se resistiera a aceptarlo por no estar acostumbrada a beber, dejó escapar en tono cuartelero:

—¡Vamos, zúmbese un traguito! —y descubriéndose en falta, se excusó turbado—: Perdón…, eh… No sé hablar con señoras, ya se lo he dicho. Pero beba; hace bien para entrar en confianza. Cuando menos, a mí me hace falta —agregó con una carcajada que cortó al punto.

La señora aceptó por fin y bebieron en silencio, mirando cada

uno para distinto lado. García trasegó su vaso de un sorbo y, siguiendo su costumbre de soldado, se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Si yo la hubiera visto pasar por la calle no me habría imaginado nunca que es viuda y con un hijo ya mocetón —comentó, volviendo a escanciarse otro poco de clarete.

—Es que este niño ha ido creciendo con tanta rapidez —discurrió Magdalena, añadiendo con una sonrisa levemente coqueta —: Es como si quisiera hacerme vieja para que nadie se fije en mí.

—¡Vieja usted! Pero si es apenas una niña —protestó con vehemencia el militar y, olvidando una vez más las buenas maneras, le preguntó impulsivamente—: ¿Qué edad tiene usted? —Recordando que era una falta interrogar sobre ese tema a las damas, se escudó tras una risilla de confusión—. ¡Qué tontería le he preguntado, señora Magdalena!

Pero ella no pareció afectada y le reveló su edad con sencillez. Tenía treinta y cuatro años.

—¿Y usted, comandante?

—Cuarenta y ocho. Los cumplo el 28 de diciembre —aclaró García, y, como si tal fecha le pareciera divertida, completó riendo broncamente—: Nací para el día de los Santos Inocentes.

—Cuarenta y ocho —repitió con auténtico asombro la viuda. En verdad ella le había calculado sobre cincuenta y cinco.

—¡Ah, las guerras, señora! —comentó el militar—. Imagínese usted. Vengo guerreando desde que se creó el batallón de «Granaderos», que después pasó a llamarse «1.º de Infantería de Chile». Y eso fue el 3 de diciembre de 1810. Veintisiete años de combates casi continuados —calculó, y añadió, para resumir—: Por eso estoy viejo y tirando a bestia.

Ambos celebraron la chusca salida y volvieron a servirse el delgado vino dulce de la región. Al cabo de unos momentos, la viuda le preguntó con el vaso apoyado en el borde de los labios:

—Y si no hay guerra, ¿qué hará usted? ¿Volverá a los fuertes de la frontera araucana?

El comandante terminó de beber su licor con aire pensativo, vuelto el rostro hacia la ventana, por donde se filtraban los últimos rayos del sol. Una escondida emoción, lejos de ablandar sus facciones, lo hacía verse más ceñudo.

—No lo sé —confesó en voz baja—. Antes…, digamos mejor antes de conocerla a usted, no imaginaba mi vida en otros lugares que en los fuertes de Arauco o en los campos de batalla contra la Confederación. Pero ahora…, ahora pienso que quizás yo también tengo derecho a rehacerme, como un cristiano cualquiera, derecho a tener una casa…, un campito…, una mujer. —Este último deseo lo expresó muy quedo, casi a hurtadillas, y reaccionó como un culpable—: ¡Vamos, no me haga juicio, señora Magdalena! Estoy diciendo majaderías. ¿No le cuento que ya me estoy poniendo viejo?

Pero la viuda no lo siguió en su juego. Parecía estar también un poco emocionada, aunque tal vez sólo fuera compasión. Sin embargo, le replicó en tono igualmente bajo e inclinada la cabeza sobre la carpeta de la mesa.

—No es una tontería lo que desea, comandante. Yo puedo comprender su estado de ánimo. También me he sentido sola durante muchos años.

Manuel García no esperaba una declaración semejante y se atragantó con el vino que bebía.

—¿Puede usted comprender lo que… —tartamudeó grotescamente—, lo que quiero decir, a pesar de que ya ni sé hablar de estas cosas?

—Soy mujer, comandante —fue la simple respuesta—. Fui esposa de un soldado.

El jefe del «Portales» se secó con brusco ademán la transpiración que había comenzado a perlarle la frente, y luego, aferrado con ambas manos al borde de la mesa, se inclinó hacia ella con alegre ansiedad.

—¿Entonces cree usted que tengo derecho a aspirar a una vida tranquila, a poseer una casita y una… —tragó saliva— y una mujer que me quiera?

La viuda no le contestó y permaneció con los ojos obstinadamente bajos. Por otra parte, el estruendo de una masa de caballería que entraba por una de las calles adoquinadas de la plaza hubiese apagado sus palabras.

El comandante, llevado por su instinto militar, se levantó con presteza y fue a mirar por la ventana. El escuadrón que cruzaba frente a la plaza era uno de los del «Cazadores».

—Es el «Cazadores» y sus jinetes vienen con equipo de guerra —comentó regresando a la mesa, y resumió para sí mismo—: ¡Qué malo es esto!

Como la mujer lo contemplara con expresión interrogante, le aclaró el temor que se le acababa de cruzar por la mente:

—Si se hubiera aceptado la proposición de paz, no seguirían mandando tropas hacia el puerto, Magdalena… Perdón, señora Magdalena —se corrigió.

—¿Sospecha usted que las gestiones de paz fracasaron?

—Temo que así ha sido. Ese escuadrón del «Cazadores» viene por el camino de Santiago.

Confirmando su preocupación, en ese momento se sintió el ruido atolondrado de unas botas en el pasillo de entrada de la fonda y casi de inmediato asomó en la puerta del comedor la figura esmirriada del corneta González.

—Perdone, mi comandante —le espetó, con la cara colorada por la carrera que había dado—. Mi capitán Faer me mandó a buscarlo pa decirle que ha llegado un mensaje del Comando en Jefe.

García dio la espalda a la señora para que no observara su expresión fiera y extendió la diestra hacia el joven soldado.

—¡Démelo y retírese!

—Es de palabra no más, mi comandante —le observó éste, y recitó, parpadeando con rapidez—: Manda decir el General en Jefe que viene con su Estado Mayor a pasar revista al batallón.

García se quedó de una pieza. Era la primera revista a que se vería sometido su batallón y, debido a los últimos enganches, no había tenido tiempo de prepararlo como correspondía.

—¿Cuándo llegan esos jefes? —preguntó con urgencia.

—Están ya en camino, mi comandante —le respondió el corneta —. Dice mi capitán Faer que no tardarán más de tres horas en llegar.

—¡Por Cristo! —dejó escapar el jefe, precipitándose sobre su quepis, que había dejado en una mesilla próxima. Pero reconociendo la falta de cortesía que cometía con su invitada, se volvió hacia ella y le hizo una torpe inclinación, a tiempo que se excusaba. Y de inmediato dio un empellón al soldado González impulsándolo a correr ante él.

—Me imagino que el capitán Faer habrá comenzado a tomar las

medidas del caso —iba diciendo—. Jamás, mientras fui oficial del «1.º de Infantería», mis hombres presentaron una mala revista y ahora esos condenados jefes llegan de sorpresa. ¡Vamos, corneta González, córrase al cuartel! ¡Al trote, maaar!

La voz exasperada del jefe del batallón resonó sin cesar durante dos horas en el cuartel de Quillota. Plantado en el centro del patio, como un domador que hace restallar su látigo, ordenaba diversas maniobras a los soldados, los traía de un lado a otro, limpiando herrajes y fusiles, baldeando los corredores, ordenando las vituallas, municiones y uniformes de repuesto en los pañoles y almacenes, igual que un capitán de barco en mitad de una tormenta, y sus hombres se movían aceleradamente azotados por sus palabrotas y maldiciones. Como una colmena en revolución, el cuartel se estremecía con el ajetreo apresurado.

Dos jinetes que habían recibido órdenes de apostarse en la entrada del camino de Santiago, regresaron a todo galope, poco después de las ocho, anunciando que el almirante Blanco Encalada y su comitiva estaban entrando al pueblo. El comandante García lanzó un último grito y el batallón de mil doscientos hombres se inmovilizó en el centro del patio. Abrochándose el cuello de la guerrera y enjugándose la transpiración que le bañaba la frente y le chorreaba por la nuca, el comandante salió a recibir a los altos jefes militares. Blanco Encalada llegó en un coche cerrado, ya que, como buen marino, era un pésimo jinete. El escuadrón «Escolta del Presidente» penetró tras él al caserón y la guardia del «Portales» le rindió los honores de ordenanza.

Apenas el carruaje se hubo detenido y los jefes del Estado Mayor saltaron al suelo, el almirante descendió y, con un parpadeo nervioso, buscó la conocida figura del comandante García, que lo aguardaba en posición firme y con la diestra en el borde del quepis. Éste apenas alcanzó a saludarlo con la fórmula de rigor:

—Teniente coronel Manuel García, comandante del batallón «Portales», se presenta. Todo sin novedad, mi general.

El almirante le hizo un vago saludo rozándose con la mano el borde de la gorra y de inmediato avanzó, con rápidas zancadas, hacia un lugar que escogió a un costado del patio.

—Comandante García, ordene que comience el desfile al instante —iba diciéndole sobre la marcha. Se advertía que estaba

cumpliendo una función de rigor que no le interesaba mucho—. Disponemos apenas de dos horas para la revista general. Después del desfile, haré una visita a los almacenes para constatar los elementos de que dispone este batallón. Pero debo llegar esta noche a Valparaíso para revistar al batallón de ese puerto mañana al alba. Como usted comprenderá, no tengo tiempo para perder. El embarco de las tropas se realizará mañana en la tarde.

García apenas podía seguir las largas zancadas del almirante y perdió el paso al apresurar el compás de los suyos para darle alcance.

—¿El embarco, mi general? —exclamó, alelado, emparejándosele.

—Sí, comandante —le contestó con tono perentorio el superior —. Este batallón, como todos los demás que forman el Ejército Restaurador, partirá hacia el Perú el 15 de septiembre.

El comandante del «Portales» se quedó seco en su sitio.

—¡El 15! ¡No puede ser, mi general! —protestó, sin reparar en su impertinencia.

El almirante, que era un celoso observador de las fórmulas protocolares, se detuvo igualmente y lo encaró con manifiesto enojo.

—¿Cómo se atreve usted? —le objetó con dureza—. ¿Qué es lo que no puede ser?

García estaba tieso como una estaca y la rigidez de sus mandíbulas delataba también su disgusto. Pero trató de controlarse lo mejor que pudo.

—Mi general, he terminado el enrolamiento de tropas hace apenas una semana —le arguyó—. La mitad del contingente es civil, un pelotón de paisanos inexpertos, sin más que unas rudimentarias nociones de la vida de cuartel.

—Partirán como sea —se obstinó el marino. Pero García continuaba terco en su negativa.

—No, mi general —expresó, olvidando el respeto a la jerarquía —. Yo no llevo a la guerra carne de cañón.

Don Manuel Blanco Encalada pareció que iba a sufrir un síncope. Su semblante pálido se tornó rojo de modo visible, aun en la penumbra del anochecer. Inflando los carrillos, expresó su protesta con voz que la ira hacía estridente:

—¿Qué está usted diciendo, insolente?

—Que yo arranqué a la mayor parte de estos hombres de sus casas y campos, a la fuerza; y lo hice para convertirlos en soldados y no para llevarlos al matadero. Considere que apenas tienen una semana de cuartel.

Pese a su desagrado, el almirante tuvo que darse a la razón o posiblemente lo hizo para no prolongar aquella inusitada controversia.

—¡Entonces partirán aquellos que ya están preparados, por todos los diablos!

—La mitad del batallón, mi general —especificó García, y volviéndose hacia su ayudante, que estaba a pocos pasos, le consultó con un grito—: Guarda, ¿cuántos hombres suman las compañías de granaderos, primera, segunda y tercera?

—¡Seiscientos cuarenta hombres, mi comandante! —le informó el oficial, tras una brevísima pausa.

—Seiscientos cuarenta hombres, mi general —repitió García al jefe superior.

—¡Qué insignificancia! —gruñó éste, golpeándose una bota con la fusta; pero siguió avanzando en busca del sitio que había escogido—. En fin, ¿qué le vamos a hacer? Partirán esos seiscientos cuarenta hombres. Sin embargo, el resto quedará instruyéndose al mando del segundo comandante y embarcará en el próximo convoy, que ha de partir dos semanas después.

—Usted ordena, mi general.

Habían llegado a la arcada central del corredor del oriente y allí se detuvo el almirante Blanco y dio frente a las tropas. Los miembros de su comitiva se alinearon un paso tras él.

—Desde aquí presenciaremos el desfile —determinó el marino, y, señalando con su fusta el comienzo de las filas, ordenó a García —: Comandante, vaya a tomar su colocación y comience.

El jefe del «Portales» saludaba acatando la orden, cuando Blanco Encalada lo detuvo, a tiempo que paseaba su mirada por la formación.

—¿Cómo? ¿No tienen ustedes banda de músicos?

García dejó caer los brazos y se desinfló, con ademán de fatiga.

—Recuerdo a mi general que el comando respectivo no nos ha enviado todavía una mala flauta, ni un trombón, ni un bombo, ni

nada que suene.

El almirante volvió a amoscarse ante aquella réplica y se golpeó la bota con ademán impaciente hasta que creyó encontrar una solución.

—Está bien, entonces desfilarán con la banda del escuadrón «Escolta». ¡Coronel Sutcliffe, ordene que tome colocación esa banda y toque una marcha para desfile!

Mientras el coronel transmitía la orden a uno de sus ayudantes, quien salió corriendo a prevenir al tambor mayor de la banda, García intentó oponer una débil resistencia.

—Mi general, por favor, es una banda de caballería —recordó al marino—. Jamás vi desfilar a la infantería con compás de jinetes…

Pero el jefe de la expedición estaba ya harto de objeciones y, en verdad, entendía poco de aquellas diferencias.

—Da lo mismo, comandante, da lo mismo —concluyó, categórico—. Vaya y tome su lugar al frente de sus hombres.

García no tuvo sino que obedecer, pero mientras se trasladaba a la cabeza de la formación iba mascullando con rabia, imitando el tono atiplado del almirante: «Da lo mismo, da lo mismo. ¡Cómo se ve que es marino! ¡Infantería desfilando con música de caballería, eh! Lo que falta es que haga desfilar a mis hombres al galope».

El capitán Faer lo aguardaba al comienzo de la columna y se cuadró ante él, ignorante de las condiciones en que se iba a practicar el desfile.

—¡Batallón «Portales» listo para iniciar la revista, mi comandante!

García giró los ojos y, como viera cerca a su ordenanza teniéndole el caballo del diestro, lo llamó:

—¡Soldado Rojas, traiga acá ese animal! —Y comentó para sí: «Si me tocan una marcha de caballería, desfilo montado, ¡qué diantre!».

En ese momento la banda del escuadrón «Escolta» rompía con los compases de la marcha «Dragones de la Reina» y los clarines y tambores marcaban el aire saltarín de los caballos al trote. García, ya montado, se mordió el mostacho y gruñó a Faer:

—Comencemos la revista y termine tanta majadería. ¡Batallón…, desfile de honores!… ¡Con compás…, marrr!

Las cuatro compañías se pusieron en movimiento con mucho

brío, pero a los pocos pasos se advirtió claramente la dificultad con que trataban de regular sus zancadas con los compases cadenciosos y rápidos que ejecutaba la banda. García observaba de reojo, con desolación e ira, cómo iban enredándose los soldados y perdiendo la uniformidad de la marcha. Ladeando apenas la cabeza, para no perder su propia apostura, les gruñía por uno de los rabillos de la boca:

—¡El paso, mierdas, el paso!… ¡Er, dos!… ¡Er, dos!… ¡Er, dos!… ¡Muevan las patas a compás, pendejos!…

Pocas veces había estado tan furibundo. Durante el corto rato que duró el cruce frente a las autoridades militares fue maldiciendo ininterrumpidamente: por la anticipación de la fecha de embarco que lo obligaba a dejar a la mitad de su batallón en Chile, por aquel grotesco desfile que lo colmaba de ridículo y por todos los errores que había podido constatar en los aprestos del ejército. Culpaba de todo al General en Jefe Blanco Encalada, por ser artillero de Marina y no militar. Y maldiciéndose también a sí mismo por su mala suerte, llegó por fin al otro extremo del patio y con alivio oyó extinguirse aquella condenada marcha de caballería.

Concluido el desfile, el almirante revistó los elementos, bagajes y armas del batallón. Su actitud distraída e indiferente dio al comandante García una idea sobre la desorientación con que el jefe de la expedición iba a comenzar su campaña, y, mientras los miembros del Estado Mayor terminaban de examinar el vestuario y calzado de la tropa, murmuró en el oído de su ayudante:

—¿Por qué demonios no entregaron el comando a un general? El general Prieto o el general Bulnes debieran conducir esta expedición.

—El Presidente Prieto no puede abandonar el país, mi comandante —le susurró del mismo modo Guarda—. Y no hay nadie que reemplace al general Bulnes en el Ejército del Sur.

—Es verdad. Pero ir mandados por un marino…, ¡hum, vamos de cabeza a la catástrofe!

El capitán Faer, entretanto, terminaba de leer la lista del vestuario y resumía:

—Cuatrocientos uniformes de paño grueso y el resto de brin; además, un poncho por cabeza.

—¿Éstos son todos los que dispone el batallón? —inquiría

Blanco Encalada.

—Todos, mi general.

—¿Y calamorros?…

—Un par por soldado y un saldo de ciento veinte pares para remuda.

—Lo que significa que, al mes de campaña, mi tropa andará descalza —acotó García con mala intención.

—Quite usted el calzado a los reclutas que no irán a la campaña —se limitó a responderle el almirante—. La intendencia del Ejército les enviará otros, cuando pueda. No podemos elegir los recursos, comandante. Debemos embarcar el 15 de septiembre y estamos a 2. El 13 se trasladará usted con su tropa a Valparaíso y se presentará a la Comandancia del Puerto para que se le indique en qué buque embarcará.

—A su orden, mi general.

El resto de la revista fue realizado casi a la carrera. El almirante y los miembros del Estado Mayor se limitaron a pasar por los almacenes hurgando un poco por aquí, otro poco por allá, pero sin detenerse. Se aprestaban ya para abandonar el cuartel y retomar el camino hacia Valparaíso, cuando se presentó una numerosa tropa encabezada por un grupo de jefes, con brillantes charreteras y entorchados. Era la «Columna Peruana», con sus cinco generales, que también se dirigía al puerto.

—Recíbala usted en su cuartel y alójela hasta mañana, en que reanudarán su viaje —ordenó Blanco Encalada a García, y éste se encogió de hombros, sometido ya a cualquier indicación.

Los componentes de la «Columna Peruana» sumaban cuatrocientos siete. Esa noche el cuartel parecía un hormiguero; no había sitio ni para tumbarse. En la confusión de cuerpos y equipos, los múltiples ladrones que pertenecían al «Portales» hicieron una buena cosecha de caramayolas, cuchillos, cinturones y botas; además de camisas, calzoncillos y monederos de los incautos que se despreocuparon de ellos durante el sueño.

El comandante García evitó toda protesta sacando su batallón a terreno muy de alba y no regresó al cuartel sino después de informarse de que la «Columna Peruana» se había marchado. Pensaba efectuar una pesquisa entre su tropa, pero se sentía demasiado desilusionado con lo que estaba ocurriendo y prefirió

irse a platicar con la viuda Ruiz en su posada.

—¡Es un desastre, mi amiga, un desastre! —le repitió varias veces—. En fin, este desorden ya lo veía venir desde los primeros días. Y para colmo, se produjo la pasada de esa «Columna Peruana». Cuatrocientos dos hombres, doscientos diez caballos y cinco generales. Todos bajo el mando del general Antonio Lafuente, un caudillo
político-militar
cubierto de charreteras. Los hubiera oído usted conversar anoche. ¡Qué cándido es nuestro almirante, que les cree a pie juntillas cuanto dicen!

—¿Por qué tiene tanta desconfianza? —quiso saber Magdalena.

—¡Narices nada más, olfato, mi amiga! Prometen demasiado. Según ellos la expedición va a ser un paseo triunfal. Tan pronto lleguemos a territorio peruano, las ciudades se van a despoblar, pugnando todos los hombres por incorporarse a nuestras filas. Y nos proclamarán redentores, salvadores de la libertad. ¡Puah, a mí con cuentos de esa especie! Estuve con el Ejército Libertador que llevó el general San Martín al Perú. ¡Redentores…, hermanos!… ¡Bah!… ¿Y el orgullo, eh? ¿Y el nacionalismo?… Bueno, señora, regreso a mi cuartel. Ahora sí que tendré que acelerar los preparativos. Me quedan nueve días. Tenemos que estar en Valparaíso el 11. Pero ¿me permitirá usted venir a platicarle un ratito mañana al mediodía? Ya sé que soy muy tonto para conversar, pero… concédale esa gracia a un soldado que está por partir a la guerra, ¿quiere?…

—Venga, comandante; venga cuando quiera —asintió ella, estrechándole la mano.

—Hasta mañana entonces, Magdalena.

—Hasta mañana…, Manuel.

El fiero comandante parpadeó encandilado y, con el rostro resplandeciente de alegría, se inclinó ante ella, pero no se atrevió a besarle la mano como era su intención.

—Gracias por llamarme Manuel —musitó, en cambio. Y salió tarareando algo, muy quedito, una cantinela tonta que le iba brotando sobre la marcha: «Un soldado va a partir y se llama Manuel. Ella es una morena, una lindísima mujer». ¡Je, je!… ¡Je, je!, reía para su capote.

Esa tarde trabajó contento con la mitad del batallón que se había asignado, la de los hombres ya adiestrados, dejando la otra mitad, la de los reclutas, al mando del capitán Faer. Previendo un dificultoso desembarco en las costas peruanas, maniobra que jamás practicó en su carrera militar, discurrió un tremendo plan de trabajo, como su magín se lo dio a entender. Hizo colgar cuerdas de las ramas más altas de unos altos nogales que existían detrás del cuartel y por ellas obligaba a subir y bajar incesantemente a los soldados, a riesgo de que a alguno le fallaran las muñecas y se desnucara. Ordenó construir una empalizada de troncos aguzados en las puntas, de más de cuatro varas de altura, iguales a las que rodeaban los fuertes de la Araucanía. ¡Cuántas veces había contemplado a los indios llegar hasta ellas a la carrera, treparlas igual que arañas y saltar por encima! Lo mismo obligó a realizar a sus hombres: carrera desenfrenada, el fusil a la banderola sobre la marcha, salto hasta agarrarse de las puntas de los troncos, un balanceo del cuerpo para encajar un calamorro entre otras dos puntas y, luego, el envión para caer al otro lado. Improvisó pasarelas angostas tendidas de un techo al otro del edificio y por ellas debieron pasar los hombres equilibrándose con el fusil en alto agarrado con ambas manos. A falta de rocas marinas que debieran escalar en un desembarco, los obligó a trepar por abruptas canteras, en las que varios hombres resbalaron y rodaron como pelotas, ocasionándose dolorosas desolladuras y contusiones.

Pero el comandante estaba satisfecho de los principales resultados y en las noches se recogía a su cuarto, molido, pero contento. Había hecho colocar su catre de campaña en una habitación vecina a la sala de guardia, y su pieza estaba comunicada, a su vez, por el costado opuesto, con un obscuro recinto que en otras épocas debió de servir al dueño de la viña para almacenar botellas. La puerta que las separaba era apenas un batiente viejo y desvencijado, con múltiples rendijas. Una noche estaba comenzando a quitarse las botas, cuando oyó un ruido de voces apagadas en aquel lugar y, desagradablemente sorprendido, se acercó a la puerta y observó por una hendija. Al otro lado, tendidos en sus mantas y alumbrados por una vela embutida en el cuello de una botella, conversaban los coroneles Sutcliffe y Wood.

«¡Condenación! —pensó—. Estos fregados gringos otra vez».

Pero eran jefes superiores, tenían derecho a hospedarse en el cuartel. Seguramente solicitaron el alojamiento mientras él se encontraba trabajando con sus hombres en el terreno. Y ya no era hora de entrar a preguntárselo; además, estaba demasiado cansado. Barbotando una palabrota, regresó a su catre, se quitó las botas y se tumbó vestido.

Pero si él pensó que iba a dormirse al momento, estaba engañado. Los dos coroneles seguían conversando y hasta parecía que, intencionadamente, subían el tono para que él pudiera oír lo que hablaban. García volvió a maldecir por lo bajo, pero no pudo evitar prestar atención a lo que decían. —No, no, Tomás —protestaba en ese momento el coronel Wood con su inconfundible acento inglés—. Podría explicarme que hubieran designado como plenipotenciario y asesor del General en Jefe a cualquier hombre de Chile, pero a Antonio José de Irisarri, no.

—Estoy de acuerdo contigo, Carlos —le respondió Sutcliffe—. Sabiendo que Irisarri se apropió de una gran parte del empréstito que el Gobierno de Chile le mandó pedir a Inglaterra y del cual rindió después «las cuentas del gran capitán», resulta increíble.

—No sólo ese antecedente obra en su contra —acotó Wood—. Todos saben que fue realista y luego patriota; que Guatemala, su patria, lo despojó de su nacionalidad por sus turbios manejos en América.

—Todo eso se lo he recordado al almirante Blanco Encalada, pero no ha querido escucharme. Sus principios románticos sobre el honor y la hidalguía le impiden comprender que está criando a su lado a la peor de las serpientes y deposita en él toda su confianza.

—Dicho en pocas palabras —resumió Wood con voz deliberadamente clara, sin duda para que García entendiera bien sus frases—, el coronel Irisarri podrá decidir en todo lo referente a la guerra o la paz en esta campaña que se inicia, y como tú y yo, Sutcliffe, lo hemos podido averiguar de modo fehaciente, él es un fervoroso partidario del mariscal Santa Cruz.

El comandante del «Portales» dio un salto en su catre de campaña al escuchar la impresionante aseveración, y se quedó semiincorporado, conteniendo la respiración.

—Es fácil comprender que así sea. Irisarri realizó la campaña por la independencia del Perú junto al general San Martín y en ella

se hizo amigo íntimo de Santa Cruz y se convirtió en admirador de sus métodos y aspiraciones. El Protector absorbió las ideas de Simón Bolívar, pero las adaptó a sus propias ambiciones: formar una Confederación de Estados y sobre ella implantar, resucitar el Imperio de los Incas.

—E Irisarri, el traidor, sin duda está en relaciones secretas con él —concluyó Sutcliffe y el comandante García tuvo la certeza de que hablaba vuelto hacia la puerta que los separaba.

«¿Adónde pretenden llegar estos gringos? —se preguntaba a sí mismo—. ¿En qué momento me van a meter a mí en su plancito?».

Como si hubiera adivinado su pensamiento, el coronel Wood consultaba a su compañero en ese instante:

—¿Qué podemos hacer, Tomás? ¿Cómo impedir que se consume esta traición?

—Cuando menos, tratemos de atenuar sus consecuencias —respondió Sutcliffe—. Como nosotros no podremos estar presentes en todos los campamentos durante la campaña, ya que nuestras funciones las ejerceremos detrás de las líneas enemigas, tenemos que elegir a un militar íntegro, a un hombre leal y que no se doblegue fácilmente, a un comandante fuerte, capaz de analizar las órdenes que dé el General en Jefe por instigación de Irisarri e impedir astutamente que el Ejército Restaurador se embarque en alguna aventura dudosa o temeraria.

Manuel García se sentó en el borde de su camastro resoplando como si lo ahogara el calor. Ahí había aparecido él. El comandante que buscaban esos gringos ladinos era él, no cabía duda; y la revelación de sus investigaciones era justamente la que estaban haciéndole. Pero no. No se prestaría para jugar el peligroso papel que le estaban encajando. Por un momento pensó en abrir la puerta y pasar a la otra habitación para decírselo a ellos en forma clara y categórica. Pero los coroneles seguían hablando como si estuvieran solos.

—En esta campaña hay muchas cosas ocultas y que deben ser vigiladas —exponía Sutcliffe—. Por ejemplo, ¿alguien sabe que Francia e Inglaterra apoyan secretamente al mariscal Santa Cruz? ¿Que el rey de Francia lo condecoró con la cinta de Gran Oficial de la Legión de Honor, calificándolo de «Redentor de la anarquía sudamericana»? ¿Que Inglaterra lo considera «el primer hombre de

América Hispana» y, lo que es más grave, que todos sus cónsules y encargados de negocios lo ayudan?

—Puedo certificarlo —aseguró Wood—. El cónsul general de Gran Bretaña en Perú, Belford Wilson, es su amigo íntimo; y el cónsul de la misma nacionalidad en Tacna no sólo es su amigo, sino que también le sirve como agente secreto.

—Ahora bien, ¿quiénes secundan al Ejército chileno? —analizó Sutcliffe; y la enumeración que hizo iba dirigida abiertamente a García—: Los generales que encabezan la «Columna Peruana», Antonio Lafuente, más caudillo político que militar. El general Ramón Castilla, que, como exrealista, adora la pompa dictatorial. Don Felipe Pardo y Aliaga, un aristócrata, abogado, poeta satírico y estupendo intrigante. El coronel Manuel Ignacio Vivanco, encubierto rival del general Lafuente. Y el comandante de Marina Carlos García del Postigo, cuñado del general Manuel Bulnes y, por lo tanto, poco afecto al almirante Blanco Encalada.

—Y todos ellos, Tomás, se detestan entre sí —le acotó Wood con acento burlón—; forman dos bandos. Uno, que desea destruir a la Confederación para colocar en el poder al general Agustín Gamarra, actualmente refugiado en Ecuador, y el otro, que busca desintegrarla para elevar al mando al general Lafuente. Entonces yo me pregunto: ¿Adónde conducirán al Ejército Restaurador esos dos bandos rivales, en completa libertad de acción, por obra de la blandura y ceguera del almirante Blanco Encalada?

Callaron durante unos instantes, agotado el tema, y fue Sutcliffe el que culminó la astuta peroración diciendo:

—Confiemos en que encontraremos a ese hombre que buscamos, al militar inteligente y resuelto que vigile, que desbarate los planes torcidos y que nos vaya informando de los hechos sospechosos a medida que se vayan presentando. Buenas noches, Carlos.

—Buenas noches, Tomás.

García escuchó el soplido con que uno apagó la vela y se quedó acezando, cubierto de sudor, sentado en el borde de su catre de campaña, alelado por la gravísima revelación que acababa de escuchar. Su cerebro era un torbellino en que se debatían todos los irrefutables argumentos expuestos por los dos coroneles. Ya no podía pensar en plantárseles al frente y gritarles: «¡Me opongo, me opongo! ¡A mí no me meterán en el jueguito!». Lo habían atrapado

con sus astutas razones, sabía que lo habían enganchado a la fuerza, como él lo hacía con sus reclutas.

3

Un creciente nerviosismo fue apoderándose de la población de Valparaíso a medida que avanzaba la primera quincena de septiembre. El 10 ya estaban en el puerto los escuadrones de caballería, que comenzaron a embarcar sus animales en algunos de los dieciséis transportes que esperaban anclados en la bahía. Asimismo llegó la «Columna Peruana», que subió a bordo de la goleta «Carmen». El batallón «Valparaíso» empezó a embarcarse el día 11 y su último destile por las calles del puerto fue el que provocó el estallido del patriotismo. Por decenas primero, por centenares después, los porteños se apretujaron en las puertas de los cuarteles disputándose acaloradamente puestos en la expedición. Fue preciso reforzar las guardias para impedir que los hombres exaltados se colaran a escondidas. También se estableció vigilancia en la bahía para evitar los embarcos clandestinos.

Ese mismo día 11 se hizo a la mar el primer núcleo del Ejército Restaurador. Fue un destacamento bajo el mando del sargento mayor Frigolet, el cual partió en el transporte «Napoleón», escoltado por la goleta «Peruviana». Iba a Copiapó para recoger una compañía de cien hombres, formada por mineros y presos sacados de la cárcel. Esta fuerza debía apoderarse de Cobija y tratar de promover en las provincias del sur de Bolivia un pronunciamiento en contra del Protector Santa Cruz.

El 13 de septiembre ya estaban a bordo todos los batallones, faltando sólo el «Portales». En la madrugada de ese día, el comandante García comprobó que todo el material estaba listo y dispuso la partida.

Con estruendo de carros, herrajes y voces, las tres compañías veteranas del batallón formaron en la plaza de Quillota. Los ayudantes, capitán Juan Manuel Pío Guarda, teniente 2.º Nicolás Sánchez y subteniente Inocencio San Martín, recorrían las filas revisando los últimos detalles. El comandante García esperaba junto a su caballo, cuando una mano se posó suavemente sobre su hombro.

—Comandante García.

El militar se volvió de inmediato al reconocer la voz de doña Magdalena y la alegría que reflejó su rostro se tornó en asombro al ver que junto a la señora se hallaba su hijo, el subteniente Ruiz, vestido con su uniforme de campaña.

—¿Cómo es esto? —exclamó—. ¿No habíamos quedado en que…?

La viuda lo acalló con un gesto discreto, participándole en voz baja:

—El subteniente Ruiz va también con su batallón. Fue inútil cuanto hice por disuadirlo. Además, hemos sabido que usted sólo podrá llevar a la mitad de sus hombres.

Por su parte, el joven se cuadró con ademán vigoroso a tiempo que afirmaba:

—Pertenezco al batallón «Portales», mi comandante.

Manuel García adoptó entonces su severa actitud de jefe y lo examinó de arriba abajo girando en torno de él.

—¿Está usted bien recuperado de su herida, subteniente? —le inquirió con acento áspero.

—Perfectamente, mi comandante.

García volvió los ojos hacia la señora, igual que si la consultara, y como ella asintiera inclinando la cabeza, señaló al joven la formación y le ordenó:

—Ocupe su lugar en la fila, subteniente.

El muchacho volvió a cuadrarse e inclinándose hacia su madre, que lo tomó amorosamente de los hombros, la besó en la mejilla.

—Cuídate, cuídate, hijo —le recomendó ella con emoción—. Hasta la vuelta.

No bien el joven se alejó para incorporarse a la formación, el comandante García se inclinó hacia la señora y le susurró con acento de reproche:

—¿Por qué hizo usted esto? Pudo haber evitado mandarlo a la guerra.

—Mi hijo no es menos chileno que los otros —le respondió orgullosamente la señora. Pero enseguida bajó la voz y agregó, envolviendo al veterano en una mirada coqueta—: Además, por medio de sus cartas podré ir sabiendo de… del batallón, Manuel.

García acató la resolución con una leve sonrisa emocionada y, como en ese instante comenzara a redoblar el tambor en la cabeza de la columna, la tomó de ambas manos y le musitó con apasionamiento:

—Magdalena, ¿me permitiría usted que yo también le escribiera?

—Se lo ruego, Manuel —le respondió ella escondiendo la mirada.

El capitán Guarda le gritaba ya desde unas veinte varas de distancia que el batallón estaba listo para partir. García oprimió más intensamente las manos de la señora en un mudo adiós y, por lo bajo, le expresó:

—No tema por su hijo. Yo se lo cuidaré.

—Vuelvan los dos —fue lo único qué atinó a murmurar la señora—. Vuelvan pronto. Y que Dios los bendiga. Buena suerte, Manuel.

El comandante le soltó las manos con brusquedad, única forma de disimular su fuerte emoción. Con presteza montó a caballo y, aplicándole las espuelas, lo condujo al galope hasta la cabeza de la columna. Allí, vista al frente, sin atreverse a volver ni un jeme la cabeza, dio la orden de partida:

—¡Batallón «Portales», atención…, marcha de camino…, de frente… maaar!

El 14 de septiembre la bahía de Valparaíso era un hormiguero de lanchas, botes y buques. El Ejército Restaurador estaba por fin embarcado. En los dieciséis transportes, escoltados por siete barcos de guerra, se habían distribuido todos los batallones: el «Portales», con 640 hombres; el «Valdivia», con 680; el «Colchagua», con 510; el «Valparaíso», con 680; los escuadrones de caballería «Lanceros», «Cazadores» y «Escolta del Presidente», con 480 jinetes; una compañía de artillería ligera, con 60 sirvientes y seis cañones; dos compañías de cívicos, con 180 reclutas; la escolta del General en

Jefe, compuesta de 70 soldados escogidos, y la «Columna Peruana», con 407 voluntarios. En suma, el Ejército Restaurador contaba con 3707 plazas.

Todos los componentes de la expedición, junto con sus bagajes, carros y caballería, se hacinaban en los pequeños transportes mandados por el capitán de navio Carlos García del Postigo, en tanto que en torno a ellos voltejeaban los buques de guerra que les servirían de escolta: la «Libertad», el «Aquiles», el «Orbegoso», el «Monteagudo», el «Valparaíso», el «Arequipeño» y la «Santa Cruz», todos ellos comandados por el capitán de fragata Roberto Simpson.

Repartidos en las bodegas, pasillos y cubiertas, casi inmovilizados por la estrechez del espacio, los soldados esperaron impacientes la hora de la partida. En realidad, nada permitía suponer que cuando los buques comenzaran a navegar estarían más cómodos, pero la inercia en las naves ancladas los excitaba e irritaba peligrosamente. El comandante García, que quedara con las tres compañías de su batallón a bordo de la fragata «Libertad», se iba enfureciendo cada vez más a medida que pasaban las horas.

—Con cinco días que nos mantengan encerrados en este cajón de madera como pescados en una escabechera, no queda ni la mitad de los soldados en estado de mantenerse en pie. ¿Cómo es posible que crean que se puede vivir así, apretados unos contra los otros, sin disponer de espacio para estirar una pata porque se la entierran en las costillas al compañero del lado? ¿Cómo vamos a dormir? ¿Cómo vamos a hacer nuestras necesidades, por mil diablos?

—¡Por turnos, pus, mi comandante! —dejó escapar el corneta González, creyendo que el jefe no lo oiría. Pero éste tenía «orejas de tísico», como aseguraban todos, y se volvió con el ceño apretado en un nudo sobre la nariz.

—Pues, a usted lo voy a poner a administrar esos turnos, corneta. Cada vez que alguno de los soldados tenga una necesidad, se le va a acercar y le va a decir: «Permiso, mi corneta, para cagar o echar una meada». Y usted va a tener que salir con el soldado de la mano hasta la borda para ayudarlo a limpiarse el culo.

Algunas carcajadas a escondidas estallaron ante la amenaza del jefe, pero cesaron al momento porque sabían que éste no estaba para bromas y era capaz de pasarlos con una cuerda por debajo del casco de la nave.

—¿Y a qué se deberá este retardo en zarpar, mi comandante? —se arriesgó a preguntarle Guarda, cuando lo vio más tranquilo.

—¿Y qué sé yo? ¿Para qué me pregunta tonterías? Seguramente el marino que nos manda debe estar peinándose todavía —le replicó García entre dientes. Y paseando la mirada por la cubierta repleta de soldados, le comentó—: Vamos a tener que discutir una solución para que no se nos tullan. Calculo que este viaje va a durar, cuando menos, quince días. Imagínese qué va a llegar de nosotros al Perú si tenemos que estarnos todo ese tiempo sentados en la punta de la rabadilla.

—Vamos a tener que movernos por turnos también, mi comandante —le observó otra vez el incorregible corneta, apresurándose a esconder la cabeza entre los hombros de sus compañeros.

Pero la idea no le pareció mala al jefe y, después de cavilar un instante, resolvió organizar grupos que irían girando por la cubierta hasta dar una vuelta completa al buque siguiendo las bordas. La mitad de los hombres se mantendrían tendidos o sentados en el centro, en torno a los palos, y la otra, en correcto orden, caminaría hasta enterar una vuelta. Enseguida cambiarían sus papeles, y así, sucesivamente, durante todo el viaje.

—Bien, vamos a hacer una prueba —dispuso el comandante, y alzó la voz—: ¡La primera y segunda compañía, sentarse apegadas a los palos! ¡La tercera, alinearse junto a la borda y con compás…, maaar!

En tanto los pasajeros de la fragata «Libertad» se entregaban a tan insólita maniobraˆ provocando las carcajadas y cuchufletas de los tripulantes de los demás buques, en la Intendencia de Valparaíso se desarrollaba un acalorado debate entre el General en Jefe, los miembros de su Estado Mayor y los generales peruanos, los cuales habían pedido un segundo Consejo de Guerra por no estar de acuerdo con el plan del almirante Blanco. En un conciliábulo privado que estos últimos habían sostenido la noche anterior llegaron a la conclusión de que el desembarco del Ejército Restaurador debía practicarse en la costa del norte del Perú, considerando que los departamentos del sur eran los más afectos al Protector Santa Cruz.

Esta era la causa de la demora, agravada por el hecho de que, a

su vez, el almirante Blanco Encalada había alterado también su plan inicial. En esa oportunidad se obstinaba en desembarcar en la playa de Islay, para entrar al territorio del Estado
Sur-Perú
y apoderarse de Arequipa.

—Dos factores contemplo como primordiales para esta campaña —sostenía en su nuevo proyecto—. Primero, conseguir la colaboración de tropas y habitantes peruanos. Segundo, establecer contacto con las tropas argentinas del general Heredia, que luchan contra Bolivia en la provincia de Tarija. Ya he enviado notas al Presidente argentino, don Juan Manuel de Rosas, proponiéndole que ordene que nuevos batallones crucen la cordillera y se den la mano con los del sargento mayor Frigolet en Tarapacá. Y en una de ellas le he pedido que las fuerzas del general Heredia flanqueen Tarija y se plieguen a las nuestras en Arequipa.

La aceptación de la alianza con tropas argentinas, que en el último Consejo de Guerra el almirante rechazara airadamente, dejó pasmados a todos los que lo escuchaban. Y el propósito de juntarse con ellas en Arequipa hizo estremecerse a los generales peruanos, que recordaron que esa ciudad había sido la cuna de la Confederación y que muy cerca de ella, en Socabaya, fue derrotado el aspirante a la Presidencia del Perú, general Salaverry, a quien Santa Cruz hizo fusilar en Arequipa. Pero el almirante Blanco parecía haber olvidado esos detalles y proseguía sin vacilaciones:

—Además, tengo otra carta que me he reservado y que será nuestro as de triunfo, señores. Mi alianza con el prefecto de Moquegua, coronel López de Quiroga. Él se ha comprometido a proporcionarme los novecientos soldados que están bajo su mando. Me los entregará en Arica, tan pronto arribemos a ese puerto. Hermanados con ellos, marcharemos sobre Arequipa y nada podrá detenernos.

Pero el poeta-abogado don Felipe Pardo no compartió su exaltación. Y, lejos de aprobarla, le acotó con acento sarcástico:

—Recuerdo al señor almirante que el coronel López de Quiroga es boliviano. Para él debe ser una aspiración muy sentida que su patria crezca. Y por muy enemigo que sea del general Santa Cruz, no ha de serlo tanto, ya que éste lo ha mantenido como prefecto del departamento de Moquegua.

Blanco Encalada le dirigió una mirada de franca reprobación, pese a que todos los demás se manifestaban de acuerdo con el señor Pardo, quien, envalentonado, agregó:

—¿Cumplirá su promesa de ayudarnos con sus tropas? Siendo él boliviano el hacerlo significaría traicionar a su gobierno y a su patria. En caso de fracasar, su único camino seria el del patíbulo.

Un silencio helado acompañó a las frases finales del aristócrata peruano, pero el orgulloso almirante Blanco Encalada no podía aceptar que ese grupo de emigrados fuera la última palabra en el asunto. Había aceptado a la «Columna Peruana» solamente por compromiso de Estado, pero no tenía ninguna fe en ella, consideraba a sus generales como simples acompañantes y espectadores. Con este marco impuesto a su cerebro, prohibió que se siguiera la discusión, empecinándose en que el coronel López de Quiroga le proporcionaría novecientos hombres y que con ellos caería sobre Arequipa.

Finalmente, y gracias a una fina dialéctica, el general Lafuente consiguió que admitiera lo que él llamó «una derivación del plan». Aceptaba el desembarco frente a Arequipa, el amago sobre aquella ciudad y el intento de conseguir que se les incorporaran los pueblos vecinos. Pero la derivación consistía en que, en caso de que el proyecto mostrase la menor falla, se echaría de inmediato pie atrás, se reembarcarían las tropas para trasladarlas al norte, en donde se buscaría la alianza con los efectivos del general Nieto, que dominaba el Estado

Nor-Perú.

Esta complementación del plan fue aprobada, por fin, con gran alivio para los miembros del Estado Mayor chileno, que no acertaban a comprender la ciega obcecación del almirante Blanco Encalada. Pero éste, en los momentos en que daban por terminada la deliberación, había de causarles aún una última sorpresa.

—No habiendo ya nada más por discutir —les dijo—, quiero participarles que he escrito al coronel López de Quiroga anunciándole nuestra partida y fijándole nuestra llegada a Arica para los días 23 o 24 de septiembre.

La revelación dejó estupefactos a todos los concurrentes y el general Lafuente no pudo menos que protestar indignado:

—General Blanco, ha cometido usted la imprudencia mayor al

comunicar a un jefe boliviano la partida de nuestro ejército.

Y el general chileno Santiago Aldunate tampoco resistió a objetarle:

—Don Manuel, me parece muy desacertada su medida.

—No, general —le replicó Blanco Encalada, molesto—. Había que hacerlo. Ya verán ustedes cómo resulta una medida muy atinada. Y ahora, señores, se cierra el debate. No podemos retardar más el zarpe. Dirijámonos a los buques y partiremos mañana al alba.

El 15 de septiembre levó anclas la escuadra que conducía al Ejército Restaurador. Los fuertes de la bahía la despidieron con el retumbar de sus cañones y el pueblo de Valparaíso se aglomeró en la playa agitando pañuelos y aclamando a los soldados. Aquélla fue la última impresión grata de esos hombres, porque desde entonces en adelante, todo fue contratiempos. Una mar muy gruesa batió a los buques despiadadamente. Casi todos los soldados, hombres de campo o de ciudad que jamás habían navegado, sufrieron el constante tormento del mareo. Durante siete días consecutivos, el hacinamiento, la falta de espacio, los vómitos y la mala alimentación fueron minando la resistencia de los más débiles, llevando a muchos a un estado de enfermedad grave. Cuando por fin, el 22 de septiembre, la flota echó anclas en Iquique, los comandantes exhalaron sinceros suspiros de alivio. Todos se dispusieron a desembarcar sus tropas al momento, aun cuando tuvieran que hacerlo luchando contra una poderosa guarnición. Pero, al enfocar los anteojos marinos sobre la playa y el puerto, se llevaron una gran sorpresa. El caserío estaba vacío, no se veía a nadie en el embarcadero ni en las calles ni en el acantilado del fondo.

—¡Diantre, qué mal síntoma! —exclamó el comandante García sin dar crédito a sus ojos—. ¿Éste era el entusiasta recibimiento que nos harían las poblaciones peruanas?

No tuvo tiempo para mayores comentarios porque entonces se le acercó el coronel Sutcliffe trayéndole una orden del almirante Blanco, que navegaba en el mismo buque. Esta era la de aprestar la compañía de granaderos de su batallón para un desembarco inmediato con equipo de guerra.

La medida condujo a un resultado que era evidente: el puerto

estaba totalmente abandonado. En vano los granaderos del «Portales» recorrieron todas las calles y revisaron casa por casa. Pero hubo un detalle que no escapó a las pupilas astutas del comandante García, que encabezó el desembarco junto con el coronel Sutcliffe. Todas las casas estaban intactas, como si sus pobladores acabaran de marcharse con precipitación, y en algunas de ellas hasta se mantenían los fuegos encendidos y las ollas sobre las brasas.

—Esto nos lo va a aclarar más adelante Carlos Wood —comentó en voz baja Sutcliffe, contemplando las calles solitarias.

—¿Cómo así?… le inquirió García.

—Wood va siempre adelante. Se embarcó en el transporte «Napoleón», que se anticipó con la compañía del mayor Frigolet. Tenían que recoger reclutas en Copiapó y seguir luego hasta Cobija. Después Wood continuaría su viaje por tierra, solo, hacia territorio peruano. Tiene que haber estado en Iquique.

Despertando los ecos de los cerros espaldares y sobresaltando a los soldados, se oyeron de pronto dos disparos. Y cuando los hombres empezaban a parapetarse en los quicios de las puertas, se vio descender por la calle central al corneta Cruz González, que arreaba a un hombre amenazándolo con su fusil.

—¡Zambomba, ha conseguido un prisionero ese badulaque! —exclamó con jubilo García, e hizo señas urgentes al muchacho para que se aproximara con su cautivo.

—¡Carrera, maaar, soldado! —le gritó enseguida—. ¡Piquete los riñones a ese bribón!

—¡Andale, mañoso, ándale! —se oyó azuzar al corneta, picoteando con su bayoneta las nalgas del iquiqueño.

Éste era un pobre hombre, harapiento y desgarbado. Hedía fuertemente a aguardiente y estaba sucio como si viniera saliendo de un basural. Con los ojos enrojecidos por el alcohol y el miedo, se detuvo frente a los militares y juntó sus manos con ademán implorante.

—¡No me maten, mis señoritos! —gimió—. No soy más que un pobre pescador, un hombre que nada sabe de milicias.

—Me fui por ahí por detrás de una tapia —participaba, entretanto, vanidosamente, el corneta González a sus compañeros —, bueno, a hacer algo que *naiden* puede hacer por mí. Y ¡zas que

no oigo resollar a este cholo! Por poco no lo ensarto como a un picarón.

—¡No me maten, por la Virgencita santa, señores generales! —seguía suplicando el prisionero, pugnando por arrodillarse.

—Nadie te va a hacer daño si respondes a mis preguntas —le aseguró Sutcliffe, alzándolo de un brazo—. Dinos qué se ha hecho la gente de este puerto. ¿Dónde están las autoridades?

—Se fueron, mi señor; se fueron hace una horita.

—¿Adónde se fueron?

—A la pampa, mi señorcito.

—¿Y por qué se marcharon?

—Esta mañana llegó un jinete metiendo muchísimo ruido y provocando alboroto entre la gente. Después salió el subprefecto a la plaza y se puso a leer un bando, y la gente comenzó a gritar como si se le anunciara el fin del mundo. Yo andaba con unas copitas de más, pues, y no entendí nadita de lo que pasaba, ¿sabe? Y más tarde, por mi desgracia, me quedé dormido, tumbado allá, detrás de una tapia. Eso es todito lo que sé, mi señor.

—Dices que no entendiste nada, pero recuerdas con bastante precisión lo que pasó —le observó Sutcliffe con dureza, y agarrándolo del cabello le alzó la cabeza para que no les hurtara más el rostro—. ¡Míranos! —le ordenó—. ¿Sabes quiénes somos nosotros?

El hombre hizo una angustiada mueca de asentimiento y comenzó a hipar entrecortadamente, implorando que no le dieran muerte.

—No te mataremos si nos confiesas todo lo que oíste, sin guardarte nada. ¿Qué decía el bando que leyó el subprefecto en la plaza? —como el prisionero vacilara aún, le levantó más la cabeza y le propinó dos vigorosas palmadas en el rostro, con la mano que tenía libre.

—¡Ay, no, mi señor! —se quejó el cautivo, y le reveló, entre sollozos—: El bando decía que iban a llegar los chilenos, que eran una pandilla de bandidos que nos matarían a todos, que se robarían cuanto hay en el pueblo y prenderían fuego a las casas.

Los oficiales y soldados que rodeaban a Sutcliffe se miraron unos a otros con asombro y desagrado. Todos creían venir como aliados de ese pueblo, a ayudarlo, a liberarlo de una dictadura oprobiosa.

Sólo el comandante García dejó escapar una de sus ásperas carcajadas.

—¿Y de dónde enviaban ese bando que anunciaba la llegada de nuestros buques? —quiso saber, y el interrogado, al contemplar su catadura agresiva, se apresuró a responderle:

—De Tacna, señor militar… De la Prefectura de Moquegua.

Sutcliffe y García, que eran los únicos que conocían las sospechas existentes sobre el prefecto de Moquegua, se quedaron de una pieza al verlas confirmadas tan rápidamente.

—Coronel Sutcliffe —secreteó el jefe del «Portales» a su acompañante—, ¿cree usted que el que envió el bando puede haber sido el coronel…?

El ayudante del General en Jefe afirmó antes que pronunciara el nombre del sospechoso y, cogiendo al prisionero del cuello con ambas manos, se lo oprimió amenazadoramente.

—Tú tienes que saber quién envió ese bando. ¡Vamos, habla o aprieto hasta cortarte el aliento!

El hombre se debatió desesperado luchando por sacarse del cuello los dedos del coronel que, cerrándose como tenazas, comenzaban a estrangularlo.

—¡Diosito santo, déjeme la vida y se lo digo! —gimió articulando a duras penas, y cuando Sutcliffe aflojó la presión, aspiró ansiosamente el aire y dijo—: Lo mandó el señor prefecto de Moquegua, coronel López de Quiroga.

La evacuación de Iquique fue el primer presagio sombrío para los jefes de la expedición y muchos de ellos comenzaron a mirar con desconfianza a los emigrados peruanos que con tanto énfasis les aseguraran que sus compatriotas los recibirían como aliados y hermanos tan pronto llegaran a sus puertos y ciudades. Una nueva decepción hubieron de sufrir al constatar la actitud con que el almirante Blanco Encalada acogió la información. Lejos de hacer pesar el hecho en sus determinaciones futuras, pareció no aquilatar su importancia o simplemente no darle crédito. Su fe en el coronel López de Quiroga siguió siendo la misma y nadie lo hizo dudar de que el prefecto lo estaría esperando en Arica al frente de sus novecientos soldados, como era su compromiso.

Los jefes chilenos estaban deprimidos e iracundos cuando sus batallones volvieron a hacerse a la mar; malestar que contribuyó a

acentuar un inesperado cese del viento que inmovilizó a la escuadra durante dos días. Sólo el 23 de septiembre una leve ventolina volvió a hinchar las velas y los buques pudieron enfilar hacia Arica, cuya bahía enfrentaron a media tarde del 24. Por medio de una bocina, el almirante ordenó al comandante de la guarnición del navío «Orbegoso» que desembarcara dos compañías del «Cazadores» por el sur del puerto para posesionarse de él y, mientras esta orden se cumplía, dispuso que la fragata «Libertad» y el bergantín «Aquiles» avanzaran al interior de la bahía para batir las fortificaciones costeras con sus cañones, en caso de una inesperada resistencia. Pero éstos no se habían aproximado a un cuarto de milla cuando les saltó a la vista la misma sorpresa que en Iquique: el puerto estaba abandonado. Cuando menos, el embarcadero, las bodegas y las calles se veían solitarios.

El capitán Simpson, desde el puente de mando de la «Libertad», descubrió minutos más tarde, cuando revisaba todo el panorama con sus prismáticos, algo que le arrancó una palabrota y lo movió a pasar sus anteojos al almirante Blanco Encalada. Hacia el norte, por la extensa faja arenosa que contorneaba la costa, se divisaba/una columna militar en retirada, y enfocando más cuidadosamente, era posible distinguir también que, encabezando dicha columna, rodaban tres carruajes protegidos por una fuerte guardia.

Sin querer todavía dar crédito a lo que era evidente, el General en Jefe consultó a Simpson, sin quitarse los prismáticos de los ojos:

—Capitán, ¿adónde conduce ése camino de la pampilla por el que se retira esa gente?

—A Tacna, señor almirante.

Blanco Encalada bajó lentamente los anteojos y su semblante reflejaba una perplejidad que molestó a Sutcliffe y a Simpson.

—Entonces… —balbuceó como si recién cayera en cuenta de lo que estaba ocurriendo— la guarnición y las autoridades de Arica han huido hacia Tacna…

—Y Tacna es la capital del departamento de Moquegua, mi general —le recordó con mordacidad su ayudante.

—Y de ese departamento es prefecto mi amigo… López de Quiroga —reconoció amargamente decepcionado el marino, y comenzó a pasearse por el puente, cabizbajo, sin poder aceptar el engaño evidente.

Entretanto, en el puerto se observaba cierto movimiento, algunas personas comenzaban a asomarse con timidez en las puertas de sus casas, lo que impelió al jefe de la expedición a ordenar que el batallón «Valdivia» desembarcara de inmediato y tomara posesión de Arica. Enseguida lo hizo él acompañado por los miembros de su Estado Mayor.

El recorrido por la calle principal del mísero caserío sumió al almirante en una confusión mayor. La gente, toda de muy pobre condición y entre la cual primaban los mulatos y zambos, los observaba pasar encerrada en absoluto silencio. Sólo en algunos pocos hombres se alcanzaban a sorprender furtivas miradas hostiles; todos los demás se veían aterrados, con el pánico pintado en las pupilas, igual que si esperasen que, en cualquier momento, los chilenos fueran a degollarlos. No era preciso ser muy penetrante para comprender que para esos seres, aislados en un puerto tan remoto, los chilenos no constituían sino un ejército invasor. ¿Qué podían saber de alianzas internacionales? Para ellos Tacna y Arica eran todo su mundo y seguramente desconocían y no les importaba que el Perú estuviera bajo el régimen despótico del mariscal Santa Cruz. Estos factores psíquicos eran los que no consideraba el almirante Blanco cuando preguntaba:

—Pero ¿por qué nos miran como a enemigos?

—Porque alguien se ha encargado mañosamente de inculcarles que venimos en son de conquista y que los chilenos somos bárbaros y criminales —le explicó el general Aldunate.

Pero esa explicación era inconcebible para el almirante. Había confiado en que el coronel López de Quiroga, que estaba en Tacna, apenas a diez leguas de distancia, realizaría una campaña en favor de los chilenos. Desde hacía muchas semanas se venía entendiendo con él por intermedio del señor Mariano Vidal, un caballero peruano intachable, miembro de la misma logia masónica a la cual él pertenecía. El coronel López de Quiroga era también masón, estaban ligados por un juramento de lealtad empeñado bajo mallete. No, ciertamente no lo concebía. Pero este argumento no podía exponérselo a sus jefes subalternos.

Analizando estos pensamientos, llegó hasta la Subprefectura y se dio a la tarea de revisar los archivos con la esperanza de encontrar algún documenta que lo sacara de su desorientación.

Entretanto, el comandante Sessé, jefe del batallón «Valdivia», recorría el caserío distribuyendo tropas en todos los puntos vitales: cuarteles, plaza y entradas del valle de Azapa y del camino al norte. Cumplida su misión, regresaba a la Subprefectura, donde había dejado una guardia de infantes, cuando vio pasar a uno de sus capitanes que arreaba a empellones a un vendedor ambulante, una de esos característicos andarines llamados faltes, que recorren los poblados vendiendo telas y baratijas a los indios. Rápido se acercó a la pareja y examinó al personaje retenido. Éste era evidentemente un europeo, pese a la piel atezada por el sol del desierto y a su raída y sucia vestimenta. Tenía los ojos azules y por un costado del viejo sombrero alón se le escapaba un mechón rubio ceniciento. Los soldados lo habían sorprendido cuando intentaba colarse de modo subrepticio por la parte trasera de la Subprefectura.

—Se niega a revelarme qué intentaba y quién es —informó el oficial—. Insiste en que sólo hablará ante el General en Jefe y reclama que se respete su calidad de británico.

—¿Ah, sí, eh? Conque quieres reclamarle al propio General en Jefe —ronroneó amenazadoramente el comandante Sessé—. Pues, cuando te haga dar una veintena de culatazos veremos si todavía tienes ánimos de presentar reclamos o prefieres decirnos qué pretendías hacer en la Subprefectura. ¡Capitán Masías, haga venir a dos soldados!

Aprovechando que el oficial se volvía para llamar a dos de los hombres que guardaban el edificio, el vendedor se inclinó hacia el jefe del «Valdivia» y le susurró en forma autoritaria:

—¡No haga disparates, comandante Sessé! Llame al momento al coronel Sutcliffe.

Al oírse llamar por su nombre y en aquel tono, Sessé abrió en forma desmesurada los ojos y examinó atónito al supuesto vendedor.

—¿Usted me conoce?

—Naturalmente, hombre. Suspenda su bárbara orden de apalearme y lléveme donde Sutcliffe.

El comandante del «Valdivia» no intentó penetrar el misterio y con un ademán contuvo a los soldados que se acercaban y dijo al capitán Masías:

—Capitán, deje sin efecto la orden. Yo mismo me encargaré de

este hombre. —Y bajando el tono indicó al falte—: Venga conmigo, el coronel Sutcliffe está en la Aduana.

Su sorpresa fue mayor cuando el sucio negociante se enfrentó con el ayudante del General en Jefe. Sutcliffe abrió los brazos al prisionero y lo palmoteo afectuosamente.

—El comandante Sessé por poco me hace apalear, Tomás —le contó ;éste, riendo—. Hazme el favor de conseguir mi libertad y de acompañarme cuanto antes a ver al almirante Blanco Encalada.

Sessé tuvo que quedarse con la intriga adentro, más aún cuando el coronel Sutcliffe le ordenó guardar absoluta reserva sobre el incidente, que calificó de «secreto militar». Y los dos británicos partieron a paso vivo hacia la Subprefectura.

No menor fue la sorpresa del almirante Blanco cuando el falte se quitó el viejo sombrero ante el y se cuadró militarmente.

—¡Coronel Wood! —exclamó al reconocerlo—. Pero ¿cómo es que aparece usted acá?

—Vengo de Tacna, señor almirante —le informó el aludido con cierta urgencia—. Desembarqué con la columna del sargento mayor Frigolet en Cobija y tan pronto éste tomó sus medidas para penetrar en esa plaza, me deslicé por los senderos del interior hacia Iquique, Arica y Tacna. Y ahora he vuelto para traer a usted noticias importantísimas sobre la situación que se ha producido en esa última ciudad.

—Por qué huyó la guarnición de Arica, es lo que me interesa saber —lo interrumpió Blanco Encalada—. ¿Cuál fue la causa del pánico de las autoridades?

—El pánico reina en toda la región, señor. La gente huye por los caminos pregonando que han llegado los bandidos chilenos.

—Pero ¿de dónde ha surgido esa estupidez? —protestó el almirante—. ¿Quién anunció nuestra llegada y por qué se nos desacredita en esa forma?

Sutcliffe miró a Wood y entre los dos intercambiaron una mirada socarrona. Ambos recordaban la imprudente nota que enviara el propio Blanco Encalada al prefecto de Moquegua.

—Todo ha brotado de Tacna, señor almirante —le respondió Wood—; del propio cuartel del coronel López de Quiroga.

—¡No es posible! —replicó, abismado, el jefe del Ejército. A lo que el coronel informante opuso con hastío notorio:

—Ya tuve ocasión de comunicar a usted mis sospechas sobre el coronel López de Quiroga. Es cierto que no puedo confirmarlas todavía, pero creo que esta reacción de los pueblos del litoral es promovida por él mismo o por personajes incógnitos, pero de mucha importancia, que están dentro de su Cuartel General en Tacna. Por eso insisto en que usted no debe confiar en él.

Pareció que Wood iba a proporcionarle mayores informaciones sobre el mismo asunto, pero en ese instante irrumpió en el despacho el general Santiago Aldunate con actitud bastante descarada.

—¡General, acaba de llegar un emisario enviado por el coronel López de Quiroga! —le espetó.

Blanco Encalada se quedó alelado. Esperaba cualquier cosa menos eso y en aquel preciso momento.

—¡Escúchelo, señor! —le susurró Wood—. Enseguida confrontaremos lo que le diga a usted con lo que yo he averiguado.

—Asista a la conferencia, coronel Wood —lo instó el almirante, pero el general Aldunate intervino para especificar que el mensajero había impuesto como condición hablar absolutamente a solas con el jefe del Ejército.

—Háganme el favor de esperar en la sala vecina, señores coroneles, y de mantenerse atentos —dijo el almirante, y los aludidos desaparecieron por la puerta del fondo.

Segundos más larde, se hacía presente en el despacho el enviado del coronel López. Era un hombre joven y de expresión recelosa. Examinó la habitación para cerciorarse de que efectivamente estaban solos y después se presentó:

—Teniente coronel del Ejército del Sur-Perú José Ponce.

—Bienvenido, comandante Ponce. —El almirante no podía olvidar sus modales cortesanos y ofreció un asiento al emisario, que no lo aceptó.

—Tengo el agrado de saludar a usted, señor almirante, en nombre de mi jefe, el señor coronel Francisco López de Quiroga, prefecto de este departamento de Moquegua —recitó con actitud rígida.

—Gracias, comandante. Hágame el favor de retribuir sus saludos al señor coronel López. Tenga la bondad de sentarse —le insistió. Pero el comisionado volvió a rehusar.

—Lamentablemente, no podré disfrutar mucho de su compañía,

señor, porque tengo órdenes estrictas de informar a Vuestra Señoría de los propósitos de mi mandante y de retirarme enseguida, a fin de evitar sospechas.

—¿Evitar sospechas?… ¿De quién, comandante?

El emisario sonrió de modo astuto y bajó la voz:

—El coronel López de Quiroga, pese a ser la máxima autoridad en esta región, debe vivir con mucha cautela, señor, porque está rodeado de espías.

Blanco Encalada frunció el entrecejo, perdido en la maraña de triquiñuelas que adivinaba estaban tendiendo en torno de él.

—¿Espías de quién?… —preguntó, sin embargo, haciéndole el juego. Y el comandante Ponce dejó caer la revelación que se trajo bien aprendida:

—Del general Andrés Santa Cruz, por supuesto.

El preámbulo había sido demasiado burdo como para confundir del todo al almirante y éste resolvió puntualizar las cosas de inmediato y de manera terminante.

—Vamos al grano, comandante —lo emplazó—. Por cartas enviadas por intermedio de nuestro mutuo amigo el señor Mariano Vidal, su coronel López de Quiroga tomó el compromiso de pronunciarse en favor de la causa que sustenta Chile y que he venido a defender yo, al mando del Ejército Restaurador. Lo esencial de su compromiso era sumar a nuestras fuerzas los novecientos soldados que él tiene bajo su mando en este departamento. Ya se encuentra nuestro ejército en Arica, punto en que habíamos acordado se realizaría nuestra fusión. ¿Qué piensa hacer el coronel López para cumplir su promesa?

Pero si Blanco Encalada confiaba en obtener una respuesta directa a su categórico planteamiento, se equivocó. La contestación del emisario fue deliberadamente evasiva:

—Que nuestro coronel López de Quiroga tiene las mejores intenciones hacia el ejército que usted comanda, señor general, queda demostrado por el hecho de que, a pesar de haber recibido órdenes terminantes de arrasar todos los recursos del departamento, parea privar a ustedes de cuanto precisen para sobrevivir en esta zona, ha eludido cumplir tan bárbaras instrucciones, exponiéndose a duras consecuencias, arrastrado por su simpatía hacia el ejército chileno.

—Agradezco la simpatía del coronel López —dijo secamente Blanco Encalada—, pero insisto en que se responda a la esencia de mi interrogación, —y puntualizó—: ¿Traerá el coronel sus tropas, para sumarlas a las nuestras?

El comisionado hizo una pausa antes de contestar, y al realizarlo su mirada vagaba por sobre la cabeza de su interlocutor y en sus palabras se advertía un levísimo dejo burlón:

—Desgraciadamente no está en disposición de hacerlo, señor. Unir sus tropas a la de este ejército sería aceptar de modo ostensible el papel de traidor a su patria; y eso no cabe dentro de un oficial de honor. —La cínica declaración encendió de cólera las pupilas del marino chileno, pero el emisario le impidió intervenir añadiendo a toda prisa—: En cambio, puede ayudar a esta causa por otro medio, tal vez más eficaz. La Asamblea de la Paz acaba de pronunciarse en contra de la Constitución aprobada en Tacna el año pasado y esta actitud revolucionaria ha hecho nacer dos bandos en Bolivia. Pues bien, el coronel López de Quiroga se propone marchar con sus tropas sobre La Paz, resuelto a combatir al general Santa Cruz y apresarlo, poniendo fin, de esta forma, a la Confederación. Pero, para conseguir este objetivo, el coronel López precisa obtener el apoyo del batallón «Arequipa», acantonado en Puno, y esto podrá lograrlo sólo si el ejército chileno avanza sobre Tacna y, con amenazadora presencia, hace presión sobre los oficiales del «Arequipa».

—Bien —aceptó Blanco Encalada—. ¿Quiere mostrarme el documento en que el coronel López me explica esta maniobra?

El emisario hizo un gesto evasivo y concluyó sonriendo con la mayor desfachatez:

—No he traído documento alguno, señor general. Usted comprenderá que estando mi coronel rodeado de espías, no puede confiar sus planes al papel. Equivaldría a colocar voluntariamente el cuello en la cuchilla.

El almirante estaba a punto de estallar de indignación. Hubiera deseado apresar al emisario y someterlo a castigo por su cinismo y por la notoria falsedad que encerraban sus mensajes, pero su sentido del honor se lo impedía. Por otra parte, el comandante Ponce terminó por hacerle una proposición que una vez más volvió a desorientarlo:

—En tal circunstancia, dado que usted no confía de un mensaje verbal estoy autorizado para sugerirle que envíe a un hombre de su confianza a fin de que conferencie con el coronel López y le traiga una respuesta más digna de fe.

Concluida su oferta, continuando en el papel que estaba destinado a desempeñar, el emisario adoptó una actitud de hombre ofendido y se excusó de prolongar la entrevista, en consideración a la desconfianza con que había sido recibido su mensaje. Cuadrándose ante el almirante con exagerada cortesía se dispuso a partir. Pero había dejado sembrada la duda en el ánimo del jefe chileno y éste lo retuvo un instante.

—¿Cómo deberá proceder un emisario mío para entrar al cuartel general del coronel López sin ser molestado? —le preguntó.

—Bastará con que se presente preguntando por mí. Yo le serviré de guía a pesar de todo —le respondió el comisionado secamente—. Pero será preferible que su mensajero sea peruano para que no despierte sospechas.

Blanco Encalada echó una mirada sobre la lista de los miembros de la «Columna Peruana» y apuntó un nombre con el índice.

—Enviaré al coronel Juan Antonio Ugarteche —resolvió, olvidando una vez más la más elemental prudencia al delatar el nombre de uno de sus aliados.

—Se lo atenderá como lo merece —concluyó el comandante Ponce con una sonrisa ambigua Y, sin más, dio media vuelta y se retiró.

No bien la puerta principal se cerró tras el emisario se abrió la otra más pequeña que daba a la habitación vecina y por ella entraron, rojos de indignación, el general Aldunate y los coroneles Sutcliffe y Wood, que no habían perdido palabra de la conferencia.

—¿Ha visto usted, almirante, cuánta razón teníamos para desconfiar del coronel López? —le espetó con violencia el primero.

Blanco Encalada estaba más confundido que nunca. Comprendía que había sido juguete de un engaño, pero, al mismo tiempo, trataba de aferrarse a una última esperanza de estar equivocado.

—Me deja aturdido esta situación, señores —exclamaba paseándose de un lado a otro—. ¡Gran Dios, es posible tamaña deslealtad!… ¿Y si el coronel López tuviera una buena intención…?

—Por favor, señor almirante —lo interrumpió Wood, exasperado —. Escúcheme a mí, que acabo de recorrer esta zona. Permítame que le aconseje algo en pocas palabras. Marche de inmediato sobre Tacna, sin esperar alianza de nadie. Avance militarmente, con resolución, apodérese de ella y siga enseguida hasta Puno. Es la ruta segura y éste es el momento preciso. Si procede usted así, de un tajo corta toda conexión entre el Estado
Sur-Perú
y Bolivia. Tiene la mitad de la guerra ganada, se lo aseguro. Atiéndame con serenidad, que voy a explicarle por qué me atrevo a sugerirle este avance tan audaz.

El coronel Wood fue hacia la puerta principal, corrió el grueso pasador de fierro para que nadie pudiera entrar y regresó junto al escritorio que se había apropiado el almirante. Todos sus movimientos eran rápidos, exactos, adivinándose bajo su raído disfraz de vendedor ambulante un cuerpo elástico y fuerte. De un bolsillo interior extrajo un papel muy delgado, casi transparente, plegado en múltiples dobleces que reducían su tamaño a una insignificancia. Desplegándolo con cuidado lo extendió sobre la superficie lisa del escritorio. Era un plano del extremo sur del Perú, en cuya confección se delataba su extraordinaria calidad de dibujante. En él estaban estampados hasta los más increíbles detalles. Hablando como un experto conocedor, fue explicando la distribución de las fuerzas militares del Protector. A través de su exposición resaltaban la astucia y el profundo sentido estratégico del mariscal Santa Cruz.

—Procediendo en forma totalmente contraria a la que imaginó nuestro Estado Mayor, el caudillo boliviano ha abandonado la defensa de las costas, sabedor de que no posee una escuadra capaz de oponerse a la chilena —expresó en la parte medular de su información—. Y ha concentrado las tropas de que dispone en tres núcleos independientes, pero que puede concentrar en un solo punto cuando lo necesite. Estos núcleos son: el Ejército del Norte, acantonado en Lima, pero con un campo de operaciones que abarca todo el centro del país; el Ejército del Centro, distribuido en los departamentos del sur y que puede concentrarse con facilidad en Arequipa; y el Ejército boliviano propiamente tal, al que mantiene aún en su país.

Los planes bélicos de Santa Cruz eran simples, según Wood. Primero, atraer al Ejército Restaurador hacia el interior del territorio y cortarle de inmediato todas sus conexiones con la costa, la escuadra y los posibles refuerzos que le llegaran de Chile. Y segundo, entretenerlo y gastarlo con falsos movimientos, con amagos amenazantes que nunca llegarían a resolverse en batallas, hasta llevarlo a algún paraje determinado, bien escogido por el Protector, donde le fuera fácil inmovilizarlo y rodearlo con las tropas que, entretanto, haría acudir desde sus tres núcleos básicos. Era la vieja táctica del torero: cansar a la fiera, enceguecerla, desconcertarla hasta conseguir inmovilizarla y entonces clavarle el estoque en el testuz, casi sin riesgo.

—Mi general —enfatizó Wood en ese punto de su exposición—, éste es el momento oportuno para demostrarle al mariscal Santa Cruz que el Ejército Restaurador no es tan torpe como un toro.

—¿Qué es lo que sugiere usted que hagamos, coronel? —le inquirió Blanco Encalada.

Wood se inclinó sobre el mapa y fue señalando diversos puntos.

—La distribución actual de las fuerzas del mariscal es la siguiente: tiene en Tacna 900 hombres; entre Torata, Lampa y Puno, 1000; en el Cuzco, 200, y en Arequipa, 300. Es decir, que ahora no podría oponernos más de 2400 soldados. Es, pues, el instante preciso para atacar una tras otra sus guarniciones, batiéndolas en forma aislada. Sin darles la posibilidad de concentrarse, están irremediablemente perdidas.

—Para eso nos sería preciso iniciar un avance desde Arica, por tierra —le observó el almirante.

—Exacto —afirmó con calor el informante—. Vamos sobre Tacna ahora mismo y cogeremos de sorpresa a las tropas del coronel López de Quiroga.

—Pero ya he acordado con su emisario que le enviaré como comisionado al coronel Ugarteche —intentó oponerle el jefe; mas Wood lo rebatió sin concederle importancia:

—Olvídese de eso, mi general. Ya hemos sabido que López no nos proporcionará sus soldados. Lance al ejército sobre Tacna y la tomaremos sin disparar un tiro. Entonces sí será posible que dispongamos de los novecientos hombres de López. Luego, dueños de Tacna, se nos presentarán dos caminos a elegir. Uno, con menos

riesgos, pero más largo: avanzar sobre Arequipa por los valles de la costa, rechazando al enemigo hacia la cordillera, obligándolo a una retirada por senderos fragosos que los aniquilarán. Después de refrescar las tropas en Arequipa, las lanzaremos sobre Puno y ya estaremos a orillas del lago Titicaca, casi en la frontera de Bolivia y con la retaguardia limpia. La otra vía es más corta, pero más peligrosa: marchar directamente desde Tacna a Puno, aprovechando los medios de movilización que existen en la primera ciudad. Por esta ruta, en pocos días y con unos atinados zarpazos, eliminaremos las guarniciones escalonadas en ellas y nos encontraremos, antes que San Cruz alcance a darse cuenta, interpuestos entre el Estado Sur-Perú y Bolivia. Cuando los peruanos del sur nos vean incrustados allí como una cuña, considerarán lo más saludable aliarse con nosotros para combatir juntos al Ejército boliviano aislado en su altiplanicie. Pero, aun en el caso de no conseguir esto, nuestra posición será muy ventajosa para atacar a las fuerzas de Santa Cruz en su propio territorio. Así, señor almirante, en un mes habremos ganado la guerra.

Las dos posibilidades discurridas por el coronel Wood coincidían exactamente con lo que pensaban el general Santiago Aldunate y el coronel Sutcliffe; golpes de audacia, rápidos y contundentes, como los propuestos, eran los más adecuados para oponer a las tácticas astutas y escurridizas del mariscal Santa Cruz, al sistema indio, de interminables guerrillas a que se inclinaba por naturaleza. El almirante Blanco Encalada estuvo de acuerdo en aquella ocasión, aunque seguía siéndole violento faltar al compromiso de enviar un delegado ante el coronel López de Quiroga. No obstante, habría terminado por ceder, de no haber hecho en ese momento su aparición el ambiguo representante del Gobierno de Chile, el coronel Antonio José de Irisarri. Sus golpes a la puerta del despacho interrumpieron la conferencia en el momento menos esperado, ya que se lo suponía enfermo de mareo a bordo de la fragata «Libertad».

—¿Qué ocurre? —preguntó con acento cauteloso, después de saludar a todo en conjunto y al observar la actitud reconcentrada con que lo recibían los subalternos del almirante.

—Algo importante —le expresó éste con una prontitud que hizo

apretar las mandíbulas a los militares—. El general Aldunate y estos coroneles me han presentado dos tentadores planes de campaña y me siento muy inclinado a poner en práctica uno de ellos. Me disponía justamente a consultarlo a usted.

—¡Señor almirante! —intentó atajarlo Sutcliffe, alarmado; pero cuando el jefe se volvió hacia él con expresión interrogante, comprendió que no le era dable oponerse—. No, no es nada de importancia —se evadió.

Las pupilas ladinas de Irisarri espiaban de reojo a los tres militares presintiendo su animadversión, pero su rostro moreno obscuro permanecía inmutable y sonrió blandamente cuando el almirante lo tomó de un brazo y lo condujo a la puerta.

—Regresemos a la «Libertad», don Antonio José, y por el camino lo iré enterando de los planes que me han propuesto.

Carlos Wood hizo un último intento para desviar la atención de Blanco Encalada hacia otros asuntos y evitar la confidencia que estaba a punto de hacerle a Irisarri.

—¡Ah, señor almirante, le tengo otra información!

Blanco Encalada se detuvo al llegar a la puerta.

—Diga, coronel Wood.

—Me he enterado de que en la Aduana se ha descubierto una cantidad de armas y municiones destinadas a los batallones de Tacna.

El jefe pensó un instante y resolvió finalmente:

—De ellas podemos incautarnos sin pecar de deslealtad hacia el coronel López. Coronel Sutcliffe, encárguese de hacer retirar esas armas y de que sean trasladadas a la fragata «Libertad».

—Es que aún hay más —insistió Wood—. También se hallan en la Aduana algunos bultos con mercaderías consignadas a comerciantes de Tacna.

—¡Caramba, me hace usted preocuparme de pequeñeces, coronel! —le reprochó Blanco Encalada—. Encárguense ustedes de que un oficial y algunos soldados queden custodiando la Aduana. Y basta, por favor, que tengo que hablar con el señor Irisarri.

Los personajes abandonaron el despacho ante las miradas consternadas de Sutcliffe y Wood. El general Aldunate iba a salir tras ellos cuando el primero de los coroneles se le interpuso.

—Por favor, mi general, quédese un momento y perdone mi

actitud.

El viejo general, que tenía gran fe en el tino de esos británicos asimilados a la expedición, comprendió que no lo interceptaban sin alguna poderosa razón y cerró la puerta cuidadosamente.

—¿Qué hay, señores? —preguntó enfrentándolos.

Los coroneles se miraron uno a otro consultándose sobre la forma de exponerle sus temores y fue Sutcliffe quien se resolvió a hablar:

—Mi general, le va a parecer temerario lo que vamos a decirle, pero le rogamos que nos escuche con calma. Tenemos la certeza de que el señor Irisarri va a impedir con cualquier pretexto que el almirante Blanco Encalada adopte alguno de los planes que le acabamos de proponer. Trate usted de estar presente en todas sus conversaciones, por favor.

La abrupta declaración del coronel dejó estupefacto a Aldunate y, siendo propenso a irritarse, le replicó con dureza:

—No le comprendo qué quiere dar a entender.

—Mi general, créanos —intervino de modo apremiante Wood—. Sutcliffe y yo tenemos la casi certeza de que Irisarri está vendido a Santa Cruz.

Fue como si le hubiera estallado una granada en las manos al viejo general. Su rostro se puso rojo de indignación y las pupilas le chispearon amenazantes.

—¿Está usted loco? ¡Coronel Wood, no puedo tolerarle que…!

Pero Sutcliffe no lo dejó continuar, e interponiéndose entre ambos, agitó las manos frente al exasperado general, a tiempo que le decía con tono apaciguador:

—Don Santiago, usted nos conoce; sabe que somos hombres íntegros y de lealtad probada en numerosas ocasiones. Mi compañero le ha revelado lo que pensamos con fundados antecedentes. Es cierto. Tememos que el señor Irisarri va a retorcer las cosas de mil modos para impedir que el Ejército Restaurador caiga sorpresivamente sobre las fuerzas de la Confederación.

El general no pudo evadirse a la sinceridad que emanaba de la resuelta actitud de los coroneles y depuso su enojo, disponiéndose a escucharles.

—Señores, lo que ustedes aseveran es muy grave —murmuró.

—Después, cuando dispongamos de tiempo, le expondremos nuestras razones, mi general —lo urgió Sutcliffe—. Por ahora, tenga fe en nosotros y cuide que el almirante Blanco no sea manejado a su arbitrio por el señor Irisarri. Este intentará, por todos los medios posibles, retardar el avance chileno; arrastrará al almirante a conferencias, parlamentos y pactos, hasta dar tiempo al mariscal Santa Cruz para que concentre sus tropas. Usted puede impedirlo, mi general. Piénselo. Reúnaseles ahora mismo y trate de que no puedan conferenciar a solas.

—Me dejan ustedes atónito, coroneles —les confesó Aldunate, hondamente afectado por la revelación—. Pero les haré caso, me mantendré vigilante.

Cuando el general abandonó el recinto, los coroneles dejaron escapar sendos suspiros de cansancio; los agotaba comprobar, casi inermes, cómo se iba entretejiendo la trama destinada a llevar al ejército al fracaso o a ser despedazado en una trampa.

—Hasta los traidores más sagaces cometen algún error —concluyó de modo sentencioso Wood—. Confiemos en que éste también lo hará; y entonces tendremos la ocasión de llevarlo al muro de fusilamiento, antes que haya embaucado irremediablemente al almirante Blanco.

—Voy a ordenar que retiren las armas de la Aduana y a colocar guardias —dijo Sutcliffe—. ¿Me acompañas, Carlos?

Wood lanzó una carcajada y mostró con una cómica reverencia sus vestiduras.

—¿En esta facha?… ¿Qué pensarían los ariqueños al ver a un gringo vendedor de pomadas y porquerías del bracete con el ayudante del General en Jefe chileno?

—Tienes razón —rió a su turno Sutcliffe—. Cada uno por su lado entonces. Hasta pronto.

—Hasta la vista, Tomás.

Al día siguiente el almirante Blanco impuso premiosas actividades a sus ayudantes, sin preocuparse, al parecer, de los nuevos planes de campaña. Les ordenó quemar los parapetos de las fortificaciones del puerto y desmontar los cañones, al mismo tiempo que algunos soldados del «Portales» bajaban a tierra para transportar la bordo las armas y municiones que estaban en la Aduana.

Al señor Antonio José de Irisarri se lo vio cruzar por la calle principal y encerrarse en la Subprefectura, en donde estuvo dedicado a interrogar a algunos pobladores de Arica.

Cerca de las diez de la mañana, el almirante Blanco se encontraba en la plaza conversando con algunos arrieros del valle de Azapa sobre la posibilidad de comprarles algún ganado para la alimentación de la tropa, cuando se vio salir de la Aduana a un individuo de ciertos años, que corrió torpemente hacia el grupo. Sutcliffe, que se hallaba detrás del almirante, se apresuró a interponerse, a tiempo que preguntaba a uno de los ariqueños:

—¿Quién es ese señor que viene corriendo tan alterado?

—Es el señor Elias Carreño, jefe de los almacenes de la Aduana —le contestó el interrogado.

El hombre llegó jadeante y agitando los brazos con ademanes desesperados.

—Señor general, ¿usted es el jefe de las tropas chilenas? —dijo al almirante, guiándose por su vistoso uniforme azul.

—Yo soy. ¿Qué le ocurre a usted?

—Señor general… —tartamudeó el jefe de la Aduana, alentando con dificultad—, anoche sus soldados han saqueado los almacenes.

Blanco Encalada se puso pálido de impresión y una rabia súbita lo fue invadiendo.

—¿Cómo se atreve a acusar a mis soldados, miserable? —estalló —. ¡Coronel Sutcliffe, ordene que se arreste a este hombre!

Pero el encargado de la Aduana retrocedió un paso, sin dejar de hablar atolondradamente:

—Digo la verdad, señor. Anoche o esta madrugada han sido substraídos de la Aduana valiosos paquetes consignados a una tienda de Tacna.

—Esta es una trama urdida para desacreditar a nuestras tropas, mi general —intervino Sutcliffe, intentando echar mano al individuo—. Estos mentecatos son capaces de ocultar ellos mismos los bultos para culpar a nuestros hombres.

Pero el jefe de los almacenes se debatía y gemía, atrapado por Sutcliffe, insistiendo en que los soldados se habían robado cinco bultos de mercadería fina. Y varios de los ariqueños que asistían a la escena salieron en defensa suya, certificando que era uno de los vecinos más respetables del puerto, cuyas palabras no podían

ponerse en duda.

—Pues, yo las pondré en duda mientras no me confirme por completo lo que afirma —declaró agresivamente el almirante—. ¡Y ay de él si ha mentido porque lo haré fusilar de inmediato en medio de la plaza! Coronel Sutcliffe ¿quiénes quedaron resguardando la Aduana anoche?

—El capitán Carrillo y una compañía del batallón «Valdivia», señor.

—Bien, vamos a la Aduana entonces. Tome usted personalmente el mando de esa compañía y proceda a arrestar, en forma preventiva, al capitán Carrillo, hasta que se esclarezca este asunto.

Contra todo lo que imaginaba el jefe chileno, la investigación que se practicó en el acto vino a confirmar la acusación hecha por el jefe de la Aduana. El capitán Carrillo se había confabulado con dos de sus soldados para sustraer los cinco bultos desaparecidos.

—Los sacaron a medianoche y los ocultaron entre unas rocas en la playa —tuvo que informar el comandante Sessé, hondamente afectado por el delito cometido por sus hombres—. Los bultos fueron recuperados.

—¿Y el capitán Carrillo, comandante? —insistió Blanco Encalada, demudado.

—Confesó su culpa, mi general.

—¿Registra malos antecedentes en su hoja de servicios?

Sessé se limitó a extenderle el pliego con los antecedentes del oficial. Había sido uno de los oficiales del batallón «Valdivia» comprometidos, al igual que los del «Maipo», en el complot de Quillota en que fuera asesinado el Ministro Portales. Por una casualidad no participó en el crimen, razón por la cual sólo se le separó en forma temporal de las filas.

Blanco Encalada aspiró profundamente el aire antes de resolverse a expresar su decisión. Por fin, dijo con acento que trataba de mantener firme:

—¡Se le someterá a Consejo de Guerra inmediato! Que desembarquen los comandantes de todos los batallones y se reúnan en la Subprefectura. Dentro de diez horas debe estar concluido este denigrante asunto.

Ninguno de los jefes de batallón dudó de la culpabilidad del capitán Carrillo, pero varios de ellos sí de la magnitud de la pena,

entre ellos, el comandante García. También sus hombres eran de la misma calaña o peores, porque habían pertenecido al propio batallón «Maipo», de cuyas filas surgieron los asesinos. Pero robarse unos bultos de mercadería en un puerto ocupado le parecía una insignificancia. ¡Cuántas veces sus soldados en la Araucanía se robaban el ganado, los caballos y aperos de los colonos, y hasta sus mujeres! Y no por ello se les condenaba a muerte. Verdad era que él mismo ordenó un fusilamiento, en cierta oportunidad, pero se trataba de un soldado, malo como Satanás, que hirió a un colono viejo para violarle a su hija, una muchachita ce poco más de doce años. Pero aun así, en esa ocasión se estaba en plena guerra, combatiendo todos los días. En cambio, ahora… «No es la oportunidad ni el sitio adecuados», se decía, mientras, sentados todos frente a la larga mesa que presidía el almirante, iban pronunciando su veredicto.

—General José Santiago Aldunate, su dictamen.

—¡Culpable!

—Coronel Antonio José de Irisarri, su dictamen.

—¡Culpable!

Todos los comandantes iban respondiendo lo mismo, de modo inexorable. Y García se devanaba estérilmente los sesos. «¿Qué haría yo si alguno de los perdularios de mi batallón hubiera cometido esta falta? La disciplina, sí, la más estricta disciplina. Pero todo debe ser aplicado a su hora y en su lugar. ¿Qué impresión se formarán los ariqueños sobre el Ejército chileno? ¿A qué hemos venido sino a granjearnos las voluntades de los peruanos, a convencerlos de que venimos en apoyo de ellos, para liberarlos de la dictadura de un déspota boliviano? Si hasta ahora los portavoces del Protectorado no han hecho otra cosa que gritar que los soldados chilenos son una pandilla de bandidos, ladrones y asesinos, que vienen al Perú tras el pillaje, ¿en qué forma explotarán el fusilamiento del capitán Carrillo? ¿Qué fe podrán tener los pobladores de las demás ciudades peruanas en soldados que comienzan robando en el primer punto en que ponen pie en tierra? Por lo demás, el robo ya está cometido y se ha recuperado le mercadería. Con devolver lo robado y aplicar un castigo severo a los comprometidos el asunto se diluiría fácilmente. Pero ¡fusilar a un capitán!… Es encender la mecha del escándalo, desprestigiar a todo

el Ejército».

Vanas reflexiones del comandante García. Cuando le llegó el turno de formular su veredicto, nadie esperaba de él una argumentación de ese tipo. Era el hombre duro del Ejército. Lo habían reincorporado para que metiera en cintura a una pandilla de bárbaros; el suyo era un «batallón de castigo». ¿Podía decir: «Culpable, pero me opongo a su fusilamiento»? Lo devolverían a Chile, sin duda, y todos sus planes y proyectos quedarían frustrados.

—Comandante Manuel García, su dictamen —repitió, conminatoria, la voz del almirante Blanco, arrancándolo de su impotente abstracción.

—Culpable —respondió en voz baja, y no dijo más.

Era el último en pronunciarse y el jefe del Ejército se puso solemnemente de pie, declarando:

—Todos los miembros de este Consejo de Guerra han estado de acuerdo en juzgar culpable al capitán Carrillo. Mi voto también señala su culpabilidad. En consecuencia, considerando que el robo cometido por el oficial mencionado menoscaba la dignidad del Ejército Restaurador y mancilla sus nobles propósitos, para escarmiento de todos y como una demostración ante los pueblos del Perú de la justicia inflexible que guía los pasos del Ejército de Chile, el capitán Juan José Carrillo es sentenciado a morir y debe ser pasado por las armas en la plaza de este puerto de Arica en el plazo de dos horas después de ser pronunciada esta sentencia. ¡Cúmplase!

Los preparativos de la ejecución se realizaron con una siniestra espectacularidad, que hacía menear las cabezas y apretar los puños a los soldados que se hallaban en tierra. Mientras unos carpinteros clavaban en un costado de la plaza tres postes, cercanos a un muro desnudo de la Subprefecturía, y al pie del que se levantaba en el centro colocaban un banquillo improvisado con tres tablas, dos sargentos iban leyendo en alta voz, en las principales esquinas del pueblo, un bando escrito por el propio almirante, en el que presentaba excusas a los ariqueños por el vergonzoso suceso, prometía indemnizaciones a los comerciantes afectados e invitaba al pueblo a presenciar el ejemplar castigo. Pero hubo algo más que redactó esa misma tarde el jefe chileno: la orden del reembarco de todas las tropas apenas concluida la ejecución y el zarpe de la escuadra rumbo al norte.

Tomás Sutcliffe se quedó anodadado al recibir el pliego que la contenía, pero el estado de ánimo del almirante era de tal nerviosismo que no daba cabida a observación ni comentario algunos. No obstante, mientras las tropas seleccionadas para formar en la plaza y dar mayor solemnidad a la terrible ceremonia iban desembarcando, trató inútilmente de encontrar a su compañero Wood, para participarle la nueva resolución, que significaba el rechazo de los planes que se habían propuesto. Sólo cuando ya las tropas estaban formadas en hileras paralelas a tres costados de la plaza, lo divisó confundido con el pueblo que asistía al siniestro acto en enigmático silencio. Imposibilitado de acercarse a él, se encaminó, pesaroso, al lugar que le correspondía y al cual estaban llegando ya los miembros del Estado Mayor. Deslizándose por entre ellos, se colocó junto al general Aldunate y le confió con sigilo:

—Mi general, el almirante me ha entregado la orden de que todas las tropas deben reembarcarse apenas terminada la ejecución.

—¿Cómo?… —Aldunate recordó al momento la prevención que le hicieran los coroneles sobre la posible intromisión del ministro Irisarri para frustrar los planes sugeridos a Blanco Encalada—. ¡Esto es inaceptable! —ˆprotestó en voz baja—. El almirante no me ha consultado para nada y yo soy el jefe del Estado Mayor, ¡qué diablos! ¿Dónde está ahora?

Sutcliffe se lo señaló con un gesto. Blanco Encalada llegaba en ese preciso momento y un grupo de tambores comenzó a redoblar fúnebremente.

—Lo veré tan pronto termine esta odiosa escena —resolvió el general, apretando los labios con desagrado.

Entretanto, el capitán Carrillo y los dos soldados que le sirvieran de cómplices eran sacados de la Subprefectura, acompañados por un capellán y custodiados por un piquete de guardias, y avanzaban encandilados por el sol hasta los tres postes del patíbulo. El oficial fue sentado en el banquillo del centro y los soldados atados en los postes de los costados, distantes apenas unas cuatro varas del principal culpable. Era una medida de refinada e inútil crueldad hacerlos sentir la muerte tan cerca.

El capitán Carrillo estaba tranquilo, atontado, como si no comprendiera que iba a ser él la víctima de la macabra ceremonia. Con mirada atónita contemplaba a sus compañeros de expedición,

al populacho de rostros pétreos, a las frondosas palmeras que le ocultaban la visión del mar. Así permaneció, girando la cabeza de un lado a otro, hasta que el jefe de la custodia se le acercó por detrás y le cubrió los ojos con una gruesa venda. Casi en forma simultánea, se desprendió de las filas del «Valdivia» una escuadra de ocho soldados, descalzos, que se acercó en silencio hasta situarse a una veintena de pasos del patíbulo. Los otros dos presos, atados de pie a los postes, temblaban visiblemente, desencajadas las mandíbulas, desorbitados los ojos, contribuyendo a hacer más escalofriante el espectáculo.

El teniente que comandaba al pelotón de fusileros desnudó su sable y lo alzó en el aire. Era la señal de apuntar y los ocho hombres se echaron sus fusiles a la cara. Como si adivinara esta maniobra, el capitán Carrillo se debatió en el banquillo y lanzó un grito desgarrador.

—¡No, por Dios, mi general! ¡Perdón, perdón!…

Pero el sable del teniente tajaba en ese segundo el aire, desprendiendo un relumbrón de sol, y los ocho fusiles hicieron fuego. El cuerpo del ajusticiado dio un bote en el precario asiento, se retorció igual que si le enroscaran el cuello y quedó laxo, caído de lado hasta donde se lo permitían las ligaduras. El soldado amarrado a su derecha lanzó un grito sofocado y rompió a llorar convulsivamente; el otro, a la izquierda, se deslizó a lo largo del poste, blando como si fuera de masa, y quedó hecho un ovillo en tierra, desmayado.

Después de las detonaciones no se escuchó ni un rumor, ni una sola voz. Los soldados parecían estatuas de piedra, los rostros cenicientos, las miradas turbias. Los pobladores de Arica se iban retirando, retrocediendo, inmutables los semblantes, caminando sigilosos, como si temieran hacer ruido al pisar.

El almirante Blanco, notoriamente incómodo, se caló el quepis, que mantuvo entre sus manos mientras duró el fusilamiento, y se dispuso a alejarse del sitio. Pero al pasar junto a su ayudante le dijo:

—Que el comandante del «Valdivia» se encargue de dar sepultura al ajusticiado y reembarque su tropa de inmediato. Transmita usted igual orden a los comandantes de los demás cuerpos y haga llegar a los capitanes de la escuadra instrucciones a fin de que apresten sus buques para navegar hacia el norte tan

pronto todo el ejército esté embarcado.

Sutcliffe acató llevándose la diestra a la visera del quepis; fue incapaz de hacerlo con palabras.

El general Aldunate pasó también por su lado y le susurró muy quedo:

—Voy a tratar de disuadir al almirante —y marchó tras él.

Después de ir comunicando la orden del reembarco a los comandantes y de hacer llegar las instrucciones al comodoro de la escuadra, Sutcliffe regresó al centro de Arica. Sabía que Wood lo estaría esperando en cualquier parte y, en efecto, lo divisó cerca de una de las puertas de servicio de la Subprefectura. Con un guiño lo invitó a seguirlo y entró, encaminándose directamente a un pequeño pañol donde se guardaban cuerdas y banderolas para uso de los buques peruanos.

El coronel Wood estaba enfurecido y, encerrados en el pañol, olvidó por completo su flema británica.

—¡Es una doble tontería! —repetía, exasperado—. No deseo mandar al diablo el respeto que debo al General en Jefe, pero no puedo dejar de protestar porque lo que ha consumado esta tarde es una estupidez por partida doble.

—¿El fusilamiento de Carrillo?

—Es una imbecilidad. Tomás, tú y yo hemos sido hombres de armas en Europa y luego participamos en las campañas del general San Martín y en las de Lord Cochrane. Sabemos perfectamente hasta dónde debe llegar la caballerosidad en la guerra. Pero el almirante Blanco Encalada tiene un concepto medieval de la hidalguía guerrera e inspirándose en él es que acaba de hacer fusilar a un oficial de su ejército. Ha sido la medida más contraproducente. Se difundirá por todo el Perú con la rapidez del viento, y después de esto, nadie, ningún poblador de esta tierra, pensará sino que los chilenos son unos salvajes que se matan entre ellos mismos.

—¿Y el segundo error?…

—Es abandonar el plan de avance sobre Tacna y Puno y pretender desembarcar más al norte. ¡Es un disparate!

—¡Qué lástima que no podamos hacer nada, mi amigo Wood! —suspiró cansadamente Sutcliffe—. Ojalá el general Aldunate, que está conferenciando en estos momentos con el jefe, consiga persuadirlo de no reembarcar las tropas y llevarlas al norte.

—Comunícame la última decisión, a fin de saber qué debo hacer. Te esperaré en el embarcadero abandonado que está al pie del morro.

Pero las argumentaciones del general Aldunate se estrellaron contra la testarudez del almirante Blanco. Éste afincaba su rechazo a un avance por tierra en el desprestigio con que el delito del capitán Carrillo había cubierto al Ejército. Según él, penetrar hasta Tacna significaría abrirse paso a fuerza de bayonetas y que ésa no era la misión del Ejército Restaurador.

—Hemos venido a disolver la Confederación y a derrocar a Santa Cruz, no a combatir con los peruanos. De modo que eludiremos esa posibilidad reembarcándonos y navegando hacia el norte.

El plan del almirante consistía en desembarcar en Islay, penetrar al interior y llegar a Arequipa. Según se lo habían informado los generales de la «Columna Peruana», en esa región serían recibidos como aliados y se les incorporarían tropas locales, con las cuales podría combatir, en plan de igualdad, contra el ejército boliviano de Santa Cruz.

Como el general Aldunate le rogara recapacitar sobre las complicaciones de su nuevo proyecto, lo acalló con autoridad:

—No hay nada más que pensar, general. Realizaremos mi plan primitivo. Navegaremos hasta Islay y penetraremos en Arequipa.

El zarpe de la escuadra desde Arica provocó en la tropa una sensación de estupor, que luego se fue transformando en una sorda irritación. Sólo habían bajado a tierra los soldados del «Valdivia» y los que fueron seleccionados para asistir al fusilamiento, en cambio todos los demás debieron seguir soportando las penalidades de la vida en los buques. Tullidos por la estrechez, enfermos por la suciedad y el mareo, la perspectiva de tener que soportar más días de navegación los exasperaba. Esta iracundia se hacía particularmente peligrosa en el batallón «Portales», y sólo la temida rigurosidad del comandante García lograba mantener a los soldados dentro de una aparente calma. Pero en los demás batallones las faltas a la disciplina menudeaban y los castigos eran cada vez más severos. Eran muchos los hombres que estaban engrilletados en las bodegas de los dieciséis buques y otros tantos exhibían las marcas azulencas que les habían dejado los latigazos en las espaldas. Se

comentaba, aun cuando jamás se pudo comprobar, que el comandante del «Valparaíso» había hecho pasar a un rebelde, atado del cuello con una cuerda, por debajo del casco del buque en que navegaba, sacándolo por la otra borda semiahogado.

Cuando la escuadra avistó, por fin, el puerto de Islay, un soldado del «Colchagua» era sometido al látigo, atado al palo trinquete de la fragata «Libertad». La sangre saltaba a cada golpe, pero el comandante seguía contando, implacable, los latigazos.

El coronel Sutcliffe llegó a comunicar al almirante Blanco que se encontraban a la cuadra de Islay, mientras éste presenciaba el castigo desde el alto puente de mando. El comandante Simpson dispuso entonces que se comunicara por banderas a los buques de guerra que le servían de escolta, que se prepararan a entrar a la bahía.

Impelido por su calidad de marino, Blanco Encalada se dispuso con entusiasmo a presenciar la maniobra, pero a poco andar, al igual que en Iquique y Arica, tuvo la sorpresa de comprobar que el puerto de Islay estaba desierto.

—¡Condenación! —dejó escapar—. Pero ¿en todas partes han de huirnos?

En torno de él se habían agrupado los generales de la «Columna Peruana» y uno de ellos le confió entonces una información que lograra obtener en Arica. Esta se refería a un decreto emitido por el mariscal Santa Cruz ordenando a los pobladores de todo el litoral destruir cuantos elementos pudieran ser útiles al Ejército Restaurador y estableciendo, al mismo tiempo, la pena de muerte para todo peruano o boliviano que prestara ayuda a sus tropas. Era, pues, el temor lo que movía a los habitantes de la costa a retirarse al interior destruyendo todos sus bienes.

Barbotando maldiciones y protestando por la barbaridad que, según él, ejercía el Protector contra los indefensos peruanos, dispuso que bajara a tierra, en calidad de exploradora, una compañía del «Portales» encabezada por el comandante García. E inmediatamente después que las lanchas que conducían a los soldados se inmovilizaron en la playa, desembarcó él mismo acompañado por los jefes peruanos Lafuente, Castilla, Vi vaneo y Lopera.

El comandante García maniobró con la misma celeridad con que

asaltaba los pueblos araucanos en su vida anterior. En pocos minutos sus hombres habían rodeado el caserío y custodiaban los caminos que iban al interior. Enseguida, calle por calle, fueron derribando a culatazos las puertas de las casas y sacando afuera a los pocos pobladores que encontraron. Éstos eran solamente algunos indios viejos y sus mujeres. No obstante, arreó ante él a los dos que le parecieron más importantes y los condujo a la playa, a tiempo que enviaba al sargento Severo Martínez y al cabo Romualdo Serra, arrieros en otra época, para que exploraran el territorio que se extendía más allá del pueblo.

Su informe al almirante Blanco fue conciso y evidente. El puerto había sido evacuado por todos los hombres en estado de cargar armas, y éstos, antes de retirarse, habían destruido los frutos de las chacras, incendiado los graneros, segado los pastizales y transportado al interior los víveres de todos los almacenes. Pero el descubrimiento que más preocupó al veterano fue que igualmente habían cegado los pozos que abastecían de agua a la población.

—Si nuestro ejército desembarca aquí, no encontrará ni un pedazo de pan ni un animal para carnear ni una gota de agua para beber —fue su alarmante informe, al que agregó además—: Y, por lo que veo, la conformación de la bahía hace imposible bajar a tierra la caballada y nuestra artillería. La resaca es muy fuerte, la costa es demasiado empinada y los senderos que trepan al pueblo son en extremo angostos.

Mientras el almirante confirmaba sus aseveraciones por medio de sus prismáticos, regresaron a saltos los exploradores, sargento Martínez y cabo Sierra, señalando que detrás de Islay se extendía un ancho desierto de arena suelta, totalmente impracticable para el paso de las cureñas de la artillería y de los carros de bagajes.

El almirante Blanco se volvió entonces hacia los jefes peruanos, conteniendo el aliento para no dejar que estallara su enojo.

—¿Y cómo no me informaron ustedes de estos obstáculos? —les inquirió, tratando de controlarse—. ¿Acaso no conocían la conformación topográfica de esta zona?

Los generales, confundidos, trataron de disculparse argumentando que hacía tiempo que no visitaban la región, pero el almirante desoyó sus excusas y les volvió la espalda para pedir al comandante García que aproximara a los prisioneros.

—Nosotros no somos gente de guerra, señor general —comenzó a defenderse uno de ellos; mas el marino no lo dejó continuar.

—Limítese a responder a lo que voy a preguntarle. ¿Todos los pueblos de este litoral recibieron la orden de destruir los elementos que pudieran servirnos?

El interrogado vaciló un tanto, consultando al otro prisionero con la mirada. Y fue este último quien contestó:

—Creo que Aranta y Quilca, algo más al norte, no alcanzaron a recibir la orden. Se sabía que ustedes venían a desembarcar en Islay.

—¿Se sabía?… —El almirante se mordió los labios, desconcertado al comprobar cómo el enemigo iba siguiendo todos sus pasos.

—Estamos rodeados de espías —le recordó impulsivamente Sutcliffe—. El coronel Wood ya se lo advirtió.

Blanco Encalada lo acalló con un gesto perentorio y siguió interrogando a los prisioneros:

—¿Esas caletas de Aranta y Quilca están mucho más al norte?

—No, señor general —terció el general Lafuente—, a dos o tres millas nada más. Yo las conozco.

—Gracias —le respondió Blanco Encalada sin mirarlo, y volvió a dirigirse al prisionero—: ¿Y cuál de las dos bahías es la que tiene, mayor profundidad y aguas más tranquilas?

—La de Aranta, señor. Quilca es más ancha, pero la mar la azota fuerte.

—¿En Aranta se pueden desembarcar caballos?

—Sí, señor general.

—¿Y en Quilca también?

—No, señor. Quilca es muy honda para los caballos, se ahogan.

Blanco Encalada se despreocupó de los prisioneros. Su mente atolondrada ya había descartado su plan sobre Islay y forjaba uno nuevo, que expresó hablando consigo mismo:

—Bien, entonces la caballada la desembarcaremos en Aranta y el resto del ejército en Quilca. Volvamos a bordo.

Mientras cruzaban la playa en dirección a los botes preguntó a su ayudante Sutcliffe en qué buques venía el ganado.

—En las fragatas «Colcura» y «Carmen», mi general; y en esta

última viaja también la «Columna Peruana».

Al almirante no le importó un ardite este detalle; pensaba sólo en la caballada y al llegar al puente de mando del buque insignia dispuso que las fragatas «Colcura» y «Carmen» siguieran las aguas de éste, a fin de desembarcar a la caballería y al batallón «Portales» en la caleta de Aranta. El resto de los buques se guiaría por el bergantín «Aquiles» y dejaría en tierra al resto de las tropas en la playa de Quilca. Esta sería, al mismo tiempo, el punto de concentración de todo el ejército.

Pero la precipitación que guiaba los actos del General en Jefe del Ejército Restaurador debía cosechar consecuencias imprevisibles. La bahía de Aranta era como una ancha botella de cuello angosto. Y en esta angostura el agua parecía tranquila, pero nadie advirtió, ni se preocupó de averiguarlo, que bajo la superficie se deslizaba una corriente subterránea de enorme fuerza. El capitán Simpson, comandante de la «Libertad», vino a comprobar este peligro cuando la proa de su nave embocó el cuello de botella. El buque saltó hacia adelante como arrastrado por una zarpa invisible y se abalanzó contra las rocas de la costa. Sólo gracias a una rapidísima maniobra del timón, pudo ser salvado de estrellarse de frente contra ellas, pero al virar casi en redondo pasó rozándolas con una de sus bandas.

El apremio en que se vieron impidió que los encargados de hacerlo advirtieran el riesgo al capitán de la «Carmen», que venía sobre la estela de la «Libertad». Simpson sólo vino a percatarse de ello cuando la segunda nave entraba como una catapulta, impulsada por la poderosa corriente.

—¡Alerta a la marejada, capitán Banyon! —gritó desesperado con su bocina—. ¡Cierra a estribor!

Pero el ruido de las aguas asaltando las rocas hizo ininteligible su voz y la fragata que conducía a los caballos y a la «Columna Peruana» venía directamente en contra de la amura de popa de la «Libertad».

—¡Nos va a espolonear!… ¡Se nos viene encima!… —se oyó gritar a los que presenciaban la escena. Pero Simpson se daba cuenta de que no era ése el peligro. Su buque alcanzaría a esquivar la embestida. En cambio, la «Carmen», si no viraba al instante, se estrellaría contra el roquerío.

—¡Capitán Banyon, orce! —volvió a gritarle a todo pulmón con su bocina—. ¡Orce, por Dios!

Al mismo tiempo, uno de sus oficiales hacía angustiosas señales de banderas a la «Colcura» para que no penetrara en la caleta.

La «Carmen» pasó rozando la popa del buque insignia, y su capitán, desconcertado por la sorpresa, no alteró a tiempo el vertiginoso rumbo que llevaba. Desde la cubierta de la «Libertad», muy escorada por el giro en redondo, pudieron observar cómo la vieja fragata se lanzaba de proa contra las rocas y se ensartaba en ellas. La fuerza de la embestida fue tanta que el casco quedó en gran parte levantado fuera del agua y, por espacio de unos segundos, se pensó que lograría mantenerse en esa posición. Pero el poder de la corriente comenzó a actuar contra su popa haciéndola balancearse primero y tumbarse de costado enseguida.

Al comandante García, que no había perdido un detalle de la catástrofe, sólo le importaban los caballos que iban en las bodegas del infortunado buque, a los cuales oía relinchar desesperadamente, apagando el griterío de los reclutas y oficiales de la «Columna Peruana». A gritos movilizó a todos los hombres de su batallón y los hizo lanzarse al agua para ir en salvamento de las valiosas bestias. Poco después, todos los botes de la «Libertad» fueron bajados a las olas y acudieron en auxilio de los náufragos que nadaban huyendo del barco condenado.

El comandante García nadó esforzadamente hasta llegar al casco atrapado en las rocas por las aguas arremolinadas. Este parecía asentado en las aristas, mas se iba desmantelando a cada golpe de las olas. El jefe del «Portales» trepó como pudo por la inclinada cubierta, seguido por el ayudante Guarda, el subteniente Lorenzo Ruiz y el tambor mayor Luis Barrera. Valiéndose de sus bayonetas violentaron los cerrojos de las escotillas y dejaron expedita la salida a las bestias. Estas, malheridas, enloquecidas de pánico, asomaban resoplando a la cubierta inclinada y resbalaban hacia el mar. Los hombres del «Portales» que nadaban en torno trataban de encauzarlas hacia la playa cercana. Sin embargo, fueron muchos los caballos que perecieron ahogados. En cambio, todos los hombres de la «Columna Peruana» lograron salvarse y una hora más tarde se amontonaban en la playa, ateridos, alrededor de improvisadas fogatas.

Poco después, el General en Jefe echó pie a tierra junto con sus ayudantes y el Estado Mayor. Estaba demudado y observaba con tristeza a la fragata «Carmen», tumbada sobre una banda y dejando asomar apenas una parte de su arboladura.

—Haré someter a sumario militar al capitán Banyon por su impericia —fue su único y rencoroso comentario. Pero el capitán Simpson no pudo admitírselo y protestó con energía:

—Él no tiene culpa alguna. Nadie nos indicó que la caleta de Aranta encerraba este peligro y quienes lo conocían lo callaron. Además, la «Libertad» entró primero y no le ocurrió nada por un milagro.

—No es éste el momento de discutir el asunto —lo acalló Blanco Encalada—. Lo primero es tomar las disposiciones para reunirnos con el grueso del ejército que debe estar desembarcando en Quilca. En fin de cuentas, no es tanto lo que hemos perdido. El buque era viejo y el cargamento que transportaba, aparte de los hombres, no era valioso.

Su frívolo comentario hizo estallar al comandante García. No pudo evitarlo. Estaba empapado, al igual que todos sus hombres, por su intento de salvar al ganado.

—¡Era el más valioso de todo, señor! —protestó enfurecido—. En una campaña como la que estamos iniciando, los caballos representan lo más precioso. Y mire usted, vea cuántos flotan ahogados.

—¡Bah, comandante! —se entrometió el general Lafuente con tono despectivo—. Caballos como ésos conseguiremos cuantos sean precisos en estos valles.

García se volvió hacia él con tal brusquedad, que dio la impresión de que lo iba a golpear. Y posiblemente ésa fue su intención, pero se contuvo.

—Una cosa igual dijo usted respecto a los voluntarios, señor —le replicó, despojándolo del título de «general»—. Además, aseguró que tan pronto pisáramos tierra peruana, todo nos sería facilitado. Y hasta ahora, sólo hemos sabido de gente que huye ante nuestra presencia y de pueblos arrasados para privarnos de todo recurso.

—¡Comandante García! ¿Cómo se atreve usted a usar un tono semejante con un general? —le reprochó Lafuente, ofendido. Pero García le replicó, con un franco ademán de desprecio:

—Para mí no hay más generales que los que llevan las charreteras de mi patria.

La actitud del jefe del «Portales» denotaba tal agresividad, que sus hombres se prepararon, gozosos, para presenciar una de las explosiones de furia que le eran características; y es posible que hubiese atacado al jefe peruano de no haberlo inmovilizado el almirante con un grito perentorio:

—¡Silencio, comandante García! Como vuelva a usar un tono tan insolente con los jefes peruanos, lo someto a Consejo de Guerra.

El amenazado tuvo que hacer un enorme esfuerzo para sofrenar sus impulsos y durante varios segundos se lo oyó resoplar como una fiera acorralada. Cuando logró dominarse, masculló, sin embargo:

—Mi general Blanco, hay cosas que ningún soldado profesional puede soportar tranquilo. Aquí se han ahogado decenas de buenos caballos, bestias indispensables para el transporte del ejército a través de las montañas y desiertos que existen hacia el interior. ¿Con qué transportaremos los cañones, la impedimenta, las municiones, las cocinas?…

—En este valle hallaremos acémilas sobradas —intervino, desdeñoso, Lafuente, haciendo enrojecer de nuevo el rostro de García.

—¿Y también encontraremos todo el material de guerra que se perdió con la fragata?

—¿Cuál era ese material de guerra, comandante García? —le inquirió el almirante.

—Todas las cantimploras del ejército, mi general. ¿Le parece poco grave? Eso significa que desde este momento nuestras tropas estarán sometidas a la sed.

El general Lafuente se encogió de hombros con aire indiferente, señalando que el valle de Aranta estaba surcado por numerosos ríos y esteros.

—Sí —le comentó García, lanzando una de sus ásperas carcajadas—. Cuando los soldados avanzan combatiendo contra enemigos cuya posición se desconoce, seguramente van a llevar un estero pegado a los riñones. —Y volviendo a usar su tono cortante, afirmó—: Jamás tendrán tiempo, en las marchas o en los combates, para dedicarse a buscar ríos o pozos. Además, por lo que he alcanzado a mirar, esta zona es una infame extensión de desiertos y

páramos que se extienden hasta donde alcanza la vista.

Antes que el general Lafuente pudiera replicar a la dura calificación que García hizo de su tierra, intervino el coronel Sutcliffe, asaltado por una súbita preocupación:

—Dígame, general Lafuente, ¿en la «Carmen» no venían también las armas para dotar a los batallones que ustedes piensan reclutar en este territorio?

La actitud desdeñosa y fiera del jefe peruano se abatió de golpe. El semblante se le demudó como si sólo entonces recordara algo terrible.

—¡Es verdad! —reconoció, abochornado—. Las armas y los uniformes para dotar a tres mil hombres.

—Y algo más valioso que esos uniformes, mi general Blanco —recordó a su turno García, y lo expresó con inquina—; venían también las herraduras para toda la caballería de nuestro ejército.

—¿Las herraduras? —repitió el jefe, sin entender su valor—. Pero si todos nuestros animales vienen ya herrados.

—¡Ah, cómo se advierte que es usted marino! —dejó escapar el veterano, sin darse cuenta.

A Blanco Encalada se le infló el rostro al oír el comentario. Sabía que sus subalternos no le concedían plena fe por eso, por ser marino.

—¡Comandante García —lo increpó, enronquecido—, se expone usted a una pena demasiado grave por su insolencia!

—Tal vez, mi general —insistió el terco veterano—. Pero lo que puedo asegurarle es que nuestra caballería se expone mucho más ciertamente a quedarse sin poder caminar más allá de las primeras montañas. Antes de tres días, el ganado estará sin herraduras y no habrá con qué remudarlas. El almirante llamó con un gesto violento a Sutcliffe, poniéndolo de testigo, y apuntó con la diestra al pecho de García.

—¡Una palabra más y lo privo del mando de su batallón, lo dejo arrestado en la bodega de un buque y lo devuelvo a Chile!

Manuel García se cuadró en silencio, pero sus ojos tardaron en dejar de relampaguearle.

Blanco Encalada, igualmente alterado, prefirió volverle la espalda y se alejó con Sutcliffe ordenándole que dispusiera el desembarco de las tropas y equipos que venían en la «Libertad».

La noche del 30 de septiembre al 1.º de octubre fue penosa para la fracción del ejército desembarcada en Aranta. El viento del mar, colándose por el embudo que formaba la bahía, penetraba en la quebrada con un hálito frío. Los soldados, humedecidos por la neblina de las olas levantada por la ventisca, tuvieron que dormir apretujados unos contra otros, dado que el almirante Blanco prohibió encender fuegos por temor a los riesgos que podía ofrecer una región inexplorada como ésa. Las compañías del «Portales» velaron por turnos, manteniendo una gran guardia en derredor al campamento apiñado en la playa.

Recién había clareado la aurora, cuando el corneta González lanzó un toque de atención desde lo alto de una duna adentrada en tierra. El comandante García se desprendió de un manotón de la manta en que yacía envuelto y en un segundo estuvo de pie y con su fusil en la diestra. Con un gesto apremió al subteniente Ruiz, que despertaba también, y ambos echaron a correr a lo ancho de la playa, para trepar enseguida por la ladera arenosa. Estaban ya a media altura cuando en el horizonte superior de las dunas apareció el sargento Venancio Silva, jefe del puesto de centinelas más avanzado. Se lo veía en silueta, recortado contra el cielo pálido, esgrimiendo su fusil en contra de alguien todavía no visible.

—Ojalá no sean muchos los enemigos —reflexionó en voz alta García, y volvió el rostro hacia el campamento chileno. La forma desordenada con que jefes y oficiales corrían de un lado a otro tratando de organizar a los soldados adormilados lo hizo exclamar con desprecio—: ¡Puah, qué laya de jefes! En caso de una sorpresa, los hacen picadillo a todos antes que atinen a reconocer sus rifles.

El sargento Silva agitaba en el aire su fusil, en ese momento, gritando algo que no se le entendía por la distancia y el ruido del mar. Parecía tranquilo, lo que hizo pensar a García que lo descubierto no podía ser una avanzada enemiga. Además, los centinelas de los puestos laterales se dejaban ver plenamente en el filo de las dunas. El comandante del «Portales» se plantó en la pendiente en que se encontraba y esperó que el sargento comenzara a descender. Entonces pudo ver que éste traía consigo a un solo hombre vestido como un jinete civil.

—¿Qué ocurre, sargento Silva, por la condenación de su alma? —le consultó, fastidiado.

—Vimos una caballada que se acercaba levantando polvo, mi comandante, y creímos que era un escuadrón enemigo —le respondió el suboficial llegando con su prisionero.

—¿Y qué eran, badulaque?

Silva señaló con el cañón de su arma al prisionero y rió.

—Este sujeto, que dice ser hacendado de la región, y un grupo de mulas encabestradas, mi comandante.

—¡Grandísimos idiotas! —masculló García, entre dientes, examinando de reojo al cautivo—. Conque éste es el enemigo que provocó la alarma.

—No soy enemigo, señor —terció el presunto hacendado gravemente—, sino todo lo contrario.

—Mientras no le vea las manos abiertas y sin armas, todo el que se acerque al campamento es para mí un enemigo.

Pero el comandante tenía la impresión de que el hombre no mentía. Su aspecto era decente y su actitud sincera. Vestía pantalón de dril embutido en botas castañas y una casaca de cuero de guanaco bien curtido. Se cubría la cabeza con un amplio sombrero de pita y de su cinturón no colgaba sino una pequeña cantimplora. Con esos elementos no podía venir de muy lejos, dedujo García, ni menos con intenciones agresivas.

—Soy Terencio Saldes, propietario de la hacienda que está detrás de estos montes costeros —informó el hombre, corroborando la deducción del militar—. Algunos de mis peones me enteraron anoche de que ustedes habían desembarcado en mala forma, perdiendo un buque y varios caballos. Eso me decidió a venir a prestarles ayuda, si es que la precisan.

Esa inesperada generosidad, después de las decepciones sufridas en territorio peruano, despertó las siempre latentes sospechas del comandante y resolvió llevar al prisionero ante el General en Jefe.

—¿Cuántas mulas trae este hombre? —consultó al sargento Silva.

—Catorce, mi comandante. Ya las arrean mis hombres.

—Bien, bajemos al campamento, señor —dijo, y comenzó a descender manteniendo al cautivo entre él y Lorenzo Ruiz.

El interrogatorio se practicó a un lado de la playa, a cierta distancia de los soldados. Intervinieron en él Blanco Encalada, el general Lafuente y García. Se trataba de restarle importancia al

asunto, pese a que el almirante estaba muy desconfiado. No obstante, el hacendado habló con tal serenidad y franqueza que consiguió desvanecer las dudas con que fue recibido.

—Deseo que me entiendan bien —recalcó en medio de su declaración—. No me mueve ningún interés personal. Me he educado en Europa y soy un hombre humanitario que desea lo mejor para su patria, sin detrimento de las vecinas. Sé que ustedes forman parte del Ejército chileno que ha venido a restablecer la libertad en el Perú, derrocando al ambicioso Santa Cruz, y me he dicho que el más elemental deber de patriotismo y de gratitud me compromete a prestarles mi ayuda. Eso es todo.

—¿No dije a usted, señor almirante —terció, entusiasmado, el general Lafuente—, que llegando a territorio peruano encontraríamos compatriotas que nos ofrecerían su concurso?

Pero Blanco Encalada seguía enojado con él y se resistía a prestar atención a sus indicaciones. En cambio, preguntó cortésmente al prisionero:

—¿Considera usted entonces que los hacendados de esta zona nos prestarán su apoyo?

El personaje meneó con lentitud la cabeza y repuso sin vacilar:

—No, señor. Temo que usted me ha entendido mal —y como el general Lafuente esbozara un gesto de protesta, aclaró—: Les estoy ofreciendo mi colaboración personal, pero ello no significa que los demás pobladores de estos valles piensen como yo.

—Le ruego que se explique mejor —le solicitó el almirante.

El hacendado buscó en uno de los bolsillos de su casaca y extrajo un papel doblado en cuatro, que fue extendiendo a medida que hablaba.

—Permítame que le lea algunos párrafos de esta proclama, que ha sido profusamente repartida en la región —dijo, y comenzó a leer—: «Vuestros enemigos, que tanto se han anunciado, están a la vista de nuestras costas. Ellos vienen repletos de odio contra vuestras personas, de la más criminal envidia por nuestra organización y devorados de una codicia infernal; dispuestos a destruir vuestros hogares, a saquear vuestras propiedades, a talar vuestros campos, a robar vuestros rebaños y a imponeros un yugo tan feroz como humillante. Pero su ejército y sus elementos no son proporcionados a sus pasiones: una turba de bandoleros, reunidos

entre la plebe más soez del Mapocho, un tropel de hombres sin honor, sin disciplina…».

—¡Basta! —La mano del almirante cayó como un azote sobre la proclama y la estrujó entre sus dedos. Sus pupilas semejaban dos punzones azules clavados en el hacendado—. ¿Es que ha venido a insultarnos so capa de ayudarnos?

—No, señor general —le respondió éste con sosiego—. Me he permitido leerle algunos trozos de ese bando del mariscal Santa Cruz para que comprenda por qué los hacendados de esta región no piensan como yo.

—¿Cómo han reaccionado ellos? —quiso saber Manuel García.

—Organizando una montonera —fue la escueta contestación—. Si pueden, van a aniquilarlos en el tránsito de Aranta a Quilca. Eso es lo que deseo evitar, la matanza inútil.

Era una actitud noble la del hacendado; todo en él lo confirmaba, su faz, su acento, su inalterable serenidad; imponía respeto.

—¿Esa montonera es numerosa, tiene armas? —quiso saber García.

—Entiendo que es muy numerosa y con buenas armas. Usted entiende: las plantaciones de esta zona tienen muchos siervos.

Pero el General en Jefe de la expedición no podía dejar de adoptar una actitud rimbombante, por muy caballerosa que fuese la actitud del peruano que lo informaba.

—¡Condenados! —dejó escapar—. Conque, en lugar de compenetrarse de nuestras hidalgas intenciones, nos desafían y nos provocan. Pues bien, les saldremos al encuentro y sobre sus cadáveres demostraremos a estos desdichados pueblos que, aunque nuestros propósitos son de concordia, sabemos defender nuestro honor. ¡Comandante García, coloque a su batallón de vanguardia! Vamos a marchar de inmediato hacia Quilca, para ver si tenemos la ocasión de toparnos con esa montonera.

García se alejó al paso vivo gritando órdenes y pronto la corneta del soldado González, ubicado en el nacimiento del camino al norte, comenzó a llamar estridentemente a las compañías.

El hacendado observó con amargura los preparativos y se dirigió por última vez al almirante:

—Señor, permítame que le proporcione trescientas cabezas de

ganado para la mantención de sus hombres. Así no tendrá que buscar recursos en otras haciendas y se evitará un posible entrevero con las gentes del lugar.

—Gracias, pero no tenemos tiempo para ir a recogerlas. Me basta con el valioso presente de estas catorce mulas que usted nos ha traído.

—Perdóneme que insista, general, pero más al norte no encontrarán nada que les sirva; los campos están talados, las reses escondidas, los pozos cegados.

—Ya nos ocuparemos de eso sobre la marcha. No se comprometa usted más, señor. Regrese a su hacienda y olvídese de nosotros.

—No será fácil, general —pronosticó el peruano, inclinando la cabeza, apesadumbrado—. Presiento que seguiré sabiendo de ustedes durante mucho tiempo. Adiós.

Blanco Encalada lo siguió con la mirada mientras se alejaba. No lo comprendía del todo. «Es un humanista», terminó por pensar, y se despreocupó de él al oír detenerse un caballo a su lado.

—¡El batallón «Portales» está listo para romper la marcha, mi general!

—Pues, parta usted, comandante García. Los demás cuerpos van a su zaga. —Y en cuanto el jefe de batallón se alejó, requirió a su lado al ayudante Sutcliffe y le ordenó que dispusiera que la «Columna Peruana» ocupara el segundo lugar en la marcha. Prefería llevarla delante de él, bien a la vista, no era que temiera una traición, sino algún torpe arrebato de sus jefes.

Manuel García encabezó bizarramente a su batallón. Respiraba hondo, con deleite, como en los tiempos lejanos de sus avances frente a su siempre recordado «1.º de Infantería de Chile». Hasta el ruido monocorde de los calamorros golpeando briosos el suelo disparejo le producía placer; era la seguridad de saber a todos sus hombres tras él, resueltos, fuertes, máquinas de pelea, que a la voz de «¡A la carga!» irían hacia adelante, hasta la muerte, sin pestañear.

Había dispuesto que se adelantara una patrulla de doce cazadores a caballo bajo el mando del sargento mayor Rafael Tocornal y del subteniente Juan de Dios Goñi, y el resto del batallón serpenteaba por las quebradas abiertas entre cerros bajos y por bosques de matorrales espinosos. De vez en cuando se paraba

en los estribos y miraba hacia atrás, con orgullo, la larga columna de soldados jalonada por sus oficiales.

—¡Hum, son todavía mediocres comparados con mis infantes del «1.º de Infantería», pero ya maniobrarán como veteranos! —lo hizo reflexionar a media voz el eterno inconforme que llevaba dentro de sí. Y su ayudante Guarda, que se mantenía siempre apegado a él, como carne al hueso, adelantó la cabeza.

—¿Decía, mi comandante?

—Nada, hijo, nada —sonrió bonachonamente—. Pensaba en voz alta. ¡Ah, cosas de viejo! Pensaba en que es posible que Dios me reserve la satisfacción de ver a estos hombres convertidos en verdaderos soldados.

—¿Acaso ya no lo son, mi comandante?

—¡Bah, no diga tonterías, capitán! Son apenas cachorros y malandrines. Sin embargo, algunos me gustan, en especial los sargentos. Ahí hay buena madera. Estoy impaciente por verlos conducir sus escuadras en una escaramuza. El capitán Domingo Rodríguez Moraga también es hombre de «ñeque», un poco bruto, pero maneja a la segunda compañía como a un cuerpo de baile. Lo vamos a destinar siempre a la vanguardia, de fuerza de choque. En su compañía tiene varios salteadores y hasta asesinos, pero ni le chistan. Allá los quiero ver cuando tengan que lanzarse de cabeza contra la masa enemiga. Lo malo es esta escasez de caballos. Pero cuando nos familiaricemos con la comarca, va a ver usted cómo nos conseguimos unas cuantas bestias buenas.

El son de una corneta en la delantera les interrumpió la charla. García se alzó sobre los estribos y miró atentamente. Uno de los cazadores de la vanguardia regresaba al galope.

—¡Batallón…, alto!

—Si los batidores hubieran sido atacados, se oirían disparos —manifestó el ayudante, y en el acto sintió caer sobre él la mirada socarrona de su jefe.

—Es lo menos que puede pedirse de un ataque que se respete, ayudante ¿no lo cree usted así? Porque no sería propio que los cazadores se defendieran a patadas, ¿no?

El capitán Guarda se encogió, avergonzado. No podía acostumbrarse a las cuchufletas de su comandante.

El cazador que regresaba frenó su caballo junto al de Guarda y

se rozó el quepis.

—Mi comandante, me envía mi mayor Tocornal para comunicarle que hemos tomado contacto con la montonera.

—¿Dónde está? ¿Cuántos la componen?

—No lo sabemos de fijo, mi comandante. Los hemos estado viendo aparecer por *toos laos*, pero no se acercan. Oímos los galopes de sus caballos dentro de los bosques y a ratos los vemos desfilar en grupos por las crestas de los cerros.

—Pero alguna impresión se habrá usted formado sobre su número; usted es soldado viejo.

—Calculo que… —el cazador se rascó la cabeza por debajo del quepis— que son lo menos unos quinientos montoneros.

¡Quinientos! García hizo una mueca de disgusto. En terreno conocido no hubieran significado nada, pero entre aquellos cañadones, quebradas, desfiladeros, en esos bosques achaparrados, podían hacerles bastante daño acosándolos durante la marcha, escondidos igual que lagartos.

—Soldado, vuelva a la vanguardia y comunique al mayor Tocornal que siga avanzando muy alerta. Nosotros estrecharemos la distancia. ¡Batallón, en marcha…, mar!

Volvieron a redoblar los gruesos zapatos herrados sobre los cascotes del terreno hirsuto de espinas y resquebrajado por la sequedad.

—¡Todos los capitanes atentos a desplegar sus compañías en guerrilla y los soldados listos para cubrirse en los repliegues del terreno, en caso de un ataque sorpresivo! —volvió a ordenar—. Y ahora, ¡más vivo el paso! Tenemos que acercarnos a los batidores.

La columna apresuró la marcha, desordenándose un poco a causa de las quebraduras de la tierra que obligaban a los hombres a escoger el sitio donde asentar los pies. Los batidores se habían perdido dentro de un feo bosque de árboles retorcidos y negruzcos, en cuyo ámbito reinaba un pesado hedor a miasmas. «¡Coño, la malaria!», recordó García, y urgió aún más a sus soldados. Esa sí que era una enemiga contra la cual ningún valiente podía combatir. Cubriéndose la nariz con su pañuelo, siguió penetrando en la penumbrosa arboleda.

—Mi comandante —se le acercó el sargento Venancio Silva, deseoso de salir pronto de aquel hediondo criadero de sabandijas—.

¿Quiere que me adelante en exploración? Esos montoneros pueden estar esperándonos a la salida del bosque para recibirnos a balazos.

—Ya nos habrían prevenido los batidores, sargento. Además, ¡mire, ya salimos! Se ve más claro entre los árboles.

Los hombres abandonaron, resoplando con alivio, la maraña donde habían estado metidos. Pero apenas asomaban al descampado, se tumbaban apresuradamente entre las malezas. Y no era para menos. Ante ellos se abría un estrecho valle enmarcado por cerros continuados, sin otra salida que un angosto desfiladero que se divisaba al frente, a no menos de mil varas de distancia. Pero lo impresionante era la visión que ofrecían los lomos de los cerros. Sobre todos ellos, a derecha e izquierda, ubicados a una veintena de pasos uno del siguiente, se enfilaban centenares de montoneros. Parecían estatuas de barro recortados contra el cielo, pero estatuas muy poco apacibles, ya que cada uno de ellos estaba armado de fusil y a la distancia se advertían las bandas de tiros que les cruzaban el pecho. Sin embargo, ninguno disparó, pese a que los del «Portales» debían ser perfectamente visibles para ellos.

—Mi comandante —secreteó el sargento Gumera, arrastrándose hasta García—, yo soy capaz de irme cargando a unos cuantos de esos espantapájaros desde aquí mesmo. *Usté* sabe que fui del «Dragones de la Frontera».

—¡Quieto, sargento! —García retorció su cuerpo y gritó hacia atrás—: ¡Que nadie dispare! Vamos a seguir marchando. Continuemos como si nada ocurriera.

Se puso de pie y sus hombres lo imitaron por disciplina, pero sin entenderlo. Era que ellos no habían visto, como lo hizo García, que la vanguardia de batidores seguía avanzando, al fondo del valle, en dirección al desfiladero. Alguna razón debía existir para que los montoneros no los hubieran fusilado. Había que exponerse para averiguarlo.

—¡Adelante la marcha! —ordenó el comandante, y la reanudó llevando a su caballo de la brida.

Aunque aparentemente despreocupados, los soldados cruzaron el valle como si fueran andando sobre vidrio o pisando huevos. Paso a paso, con las filas algo raleadas para tener más libertad de acción, en caso de una descarga repentina. Llevaban los fusiles entre las dos manos y caminaban como los cangrejos, un tanto de lado,

observando con los rabillos de los ojos a las inquietantes siluetas inmovilizadas sobre los cerros.

García sentía que la sangre le corría por dentro igual que aguardiente. Hubiera deseado batir un brazo y armar la balacera. Hacía demasiado tiempo que no sentía zumbar las balas. Pero el almirante le había dado, al partir, una orden especial: «Nadie dispare mientras no sean atacados. Estamos en Perú en son de paz». ¡Mierda! ¡Son de paz! ¿Y aquella ristra de montoneros armados hasta los dientes que los observaban desde arriba igual que si ellos fueran liebres? Pero existía la disciplina, ¡ah, la disciplina!

Al aproximarse a la boca del desfiladero estuvo a punto de mandarla al carajo. El pasadizo era angosto, los paredones de los cerros que lo formaban, lisos como pizarras, y arriba, a ambos lados, las hileras de montoneros eran continuas, codo a codo; en resumen, un erizamiento de fusiles encañonados hacia abajo.

—Tenemos que espantarlos a balazos, mi comandante —le cuchicheó el ayudante Guarda, algo trémulo por los nervios—. Otra cosa es suicidio.

García no le hizo caso, sino que se volvió al sargento Gumera, que continuaba a su zaga.

—Sargento, corra la voz de que todos marchen con los fusiles apuntados hacia arriba y con el dedo en el gatillo. Pero que nadie dispare si ellos no lo hacen primero.

El suboficial fue deslizándose en sentido contrario a la columna y los cañones se enfocaron hacia lo alto. Llegaban al nacimiento del desfiladero y el comandante se detuvo una fracción de segundo, pasándose la lengua por los labios resecos. Después montó cautelosamente en su caballo y lo impulsó hacia la angostura.

—¡Adelante todos!… ¡Sacar pecho!… ¡Firme el paso! —ordenó en sordina—. Que no se imaginen esos carachos que nos asustan con sus mironeos.

El caballo del comandante comenzó a pisar difícilmente en las piedras punzantes acumuladas por los aluviones en el fondo del desfiladero y detrás de él los calamorros de los soldados fueron triturándolas. Eran los únicos ruidos que se oían en aquel tenso ambiente. Lejos, en lo alto, se divisaban los rostros pétreos de los montoneros, todos iguales, todos obscuros, inclinados por sobre las bocas de sus fusiles.

—Voy sintiendo como si me fuera a caer una bala en la nuca, mi comandante —comentó con acento tiritón el capitán Guarda.

—Catéelos con el rabo del ojo y mantenga el dedo en el gatillo —le recomendó García, pero él también llevaba los nervios del cuello tiesos por la tensión.

—¿Por qué no hacemos una descarga *pa'l* cielo, mi comandante? —le sugirió el sargento Venancio Silva, que había venido a reemplazar a Gumera.

García negó con la cabeza. Si no habían disparado antes era más que imprudente hacerlo en ese momento en que estaban a merced de los montoneros.

—Estoy pensando que estos pajarracos no se van a atrever a hacer fuego —reflexionó a media voz—. Lo habrían hecho cuando pasaron nuestros batidores. Y ya pueden ustedes comprobarlo: ellos nos esperan al otro lado del desfiladero.

En efecto, la vanguardia mandada por el mayor Tocornal se había dispersado en campo abierto y, parapetados sus hombres tras las rocas sueltas, apuntaban hacia lo alto de los paredones.

La cabeza de la columna estaba ya por terminar el cruce del angosto portezuelo cuando, de súbito, uno de los montoneros se adelantó impulsivamente y enristró su fusil apuntándolo de modo notorio a García. El sargento Silva se echó el suyo a la cara e iba a apretar el gatillo, cuando arriba un brazo arrebató el arma al montonero.

—¡Ah, ya está visto, no dispararán! —comentó burlonamente García—. Tienen orden de no hacerlo o no se atreven. ¡Muchachos, podemos proseguir tranquilos, nadie nos va a molestar más! —y en un alarde propio de su naturaleza lanzó una carcajada y se volvió hacia el pequeño grupo que constituía la rudimentaria banda de músicos del batallón—. ¡A ver, los pitos y tambores que toquen algún airecito marcial! ¡Tambor mayor Luis Barrera, eso que a mí me gusta, usted sabe, eso de «para pam pam, para pam pam»!

Los ocho músicos de la banda se cruzaron los fusiles en bandolera y sacaron sus instrumentos. En la oquedad del desfiladero, sus redobles y pitazos resonaron como si hubieran sido cien los ejecutantes.

—¡Sacar pecho, mis niños! —iba vociferando García, entusiasmado—. ¡A desfilar como mis antiguos infantes del «1.º de

Infantería»!

El 4 de octubre entró el batallón «Portales» a Quilca. Al día siguiente lo hizo la «Columna Peruana», cuyos componentes venían visiblemente enervados, y por último lo hizo el General en Jefe escoltado por su Estado Mayor. Desde las cimas de las lomas rojas por donde descendía el camino se divisaba el puerto erizado con los mástiles de los transportes y buques de guerra que habían traído al Ejército Restaurador hasta el Perú. Y escalonados a lo largo de la huella de carretas que se empinaba hacia el interior se observaban grupos de soldados de caballería e infantería hasta perderse en el horizonte que delineaban las cumbres de los cerros.

Esta diseminación de hombres llamó la atención del almirante Blanco y fue el tema de conversación que sostuvo con el capitán Simpson, que había quedado a cargo del puerto transitoriamente. Éste le informó que la penetración de tropas tierra adentro obedecía a una orden del general Santiago Aldunate. Poco después de desembarcar las tropas en Quilca, el jefe del Estado Mayor había comprobado que los pobladores acababan de huir llevándose todos los recursos del puerto, en víveres y animales. La responsabilidad de alimentar a los miles de hombres que habían bajado a tierra impelió al general Aldunate a lanzarse de inmediato en pos de los fugitivos con el propósito de arrebatarles esos elementos absolutamente indispensables para la supervivencia de los soldados. Por esa razón, había hecho marchar hacia el interior al batallón «Valdivia» y al escuadrón del «Cazadores», bajo su propio mando, escalonando al «Colchagua» y al «Valparaíso» en el comienzo del camino que conducía a Arequipa.

—¿Acaso el general Aldunate piensa perseguir a los pobladores hasta esa ciudad? —exclamó el almirante, estupefacto.

El capitán Simpson negó escondiendo una sonrisilla. El general Aldunate se dirigía solamente hasta el valle de Sihuas. Tenía informes de que en él encontraría huertas con abundantes frutos. Su intención era la de detener a los fugitivos de Quilca antes que alcanzaran a sembrar la alarma en Sihuas, pero de no conseguirlo, se posesionaría de ese valle.

En esos momentos, calculaba Simpson, iba siguiendo la ribera del río de ese mismo nombre, en busca de las granjas y haciendas ganaderas.

Confiado en que el general Aldunate regresaría con alimentos suficientes para el ejército, Blanco Encalada resolvió dar un descanso a las tropas que llegaban desde Aranta. Pero cuando, después de dar las órdenes correspondientes, entraba a la casa que le escogiera Simpson para su alojamiento, no pudo dejar de expresar el pensamiento que lo había mantenido alarmado durante todo el trayecto desde Aranta.

—¿Ha visto usted, capitán Simpson, qué manera tan desleal de recibirnos han tenido los peruanos?

El jefe de la escuadra fingió ocuparse en cerrar los postigos de una ventana para que el almirante no observara su rostro desencantado.

—No podíamos esperar otra actitud, señor —dijo en voz baja—. Ellos están atizados por los agentes de Santa Cruz. Y, por miedo o por convicción, nos rehúyen igual que si fuéramos sus más acérrimos enemigos.

—¿Pero por qué pueden tenernos miedo? —reflexionó el almirante—. No hemos disparado un solo tiro contra ellos.

—Al hablar de miedo, no quiero expresar que sea de nosotros, señor, sino del general Santa Cruz —le explicó Simpson—. Éste, el 29 de septiembre, seguro ya de nuestro desembarco, reimplantó la Ley Marcial establecida por la Asamblea Constituyente de Bolivia en 1831.

—¿Y cuáles son las disposiciones de esa Ley Marcial? —quiso saber el superior.

—Que todo ciudadano de la Confederación, es decir, peruano o boliviano, entre diez y cincuenta años, está obligado a tomar las armas, debiendo ser considerados y castigados como traidores los que, sin causa justificada, rehúsen su persona o sus bienes para el servicio del Protectorado. En consecuencia, la pena de muerte se aplica ahora en forma sumaria contra todo individuo que despierte sospechas de ayudar a nuestro ejército. Y puedo asegurar a usted que la comarca entera está llena de agentes secretos de Santa Cruz encargados de vigilar la conducta de los peruanos.

—¡Por Dios santo, ese caudillo boliviano es un demonio! —resumió Blanco Encalada, consternado, lo que forzó a Simpson a ocultarle de nuevo el rostro. Las disposiciones de Santa Cruz iban más lejos aún.

Por informes obtenidos de los prisioneros que hizo el general Aldunate, se había sabido que estableció una serie de premios honoríficos para los que causaran daños a la expedición chilena. Estos decrecían desde un sable con puño y vaina de oro e incrustaciones de brillantes al que contribuyera a la derrota completa del ejército o de la escuadra chilenos, a un sable con empuñadura y vaina de oro al que lograra la destrucción de una división o de la mitad de la escuadra, hasta un sable con sólo pomo de oro para el que obtuviera el aniquilamiento de un batallón o de un buque chilenos. Igualmente, había ofrecido condecoraciones de la Legión de Honor a quienes respondieran por la muerte de cincuenta o más soldados y se guardaban cuarenta de ellas para los que lograran impedir el avance del Ejército Restaurador sobre Arequipa.

Estas jactancias del mariscal Santa Cruz sacaron de sí al almirante Blanco, quien, olvidado de su propósito de dar unos días de descanso a las tropas, ordenó que el ejército se movilizara al día siguiente mismo sobre Arequipa, en tanto que ordenaba al capitán Simpson que, con la escuadra, tomara posesión de todo el litoral y del mar circundante, manteniéndose en esa latitud, a toda costa, hasta que el ejército regresara del interior.

Acuciados por la febril impaciencia del General en Jefe, los comandantes comenzaron a preparar la marcha del ejército hacia los valles del interior en donde se esperaba encontrar recursos. Todos, por su parte, al observar la esterilidad del puerto de Quilca, habían comprendido que permanecer allí acarreaba comerse las escasas reservas en pocos días. Impulsados por esa inquietud más que por la orden del almirante, activaron los aprestos y se dispusieron a alejarse de la costa en la madrugada del 5 de octubre. Pero los inconvenientes que ya les habían hecho notar el coronel Wood en Arica y el comandante García en Aranta, se presentaron con relieves irremediables al clarear el día dispuesto para la marcha. Los batallones estaban formándose en la calle central del puerto cuando se apersonó ante el coronel Sutcliffe el jefe de las baterías de campaña.

—Mi coronel —le dijo con aire reticente—, mis baterías de artilleros ya están listas para partir, pero todavía no vemos los caballos que han de arrastrar los seis cañones.

Sutcliffe se quedó paralizado. Los cadáveres de los caballos flotando en la bahía de Aranta se le hicieron presentes de golpe en la memoria.

—¿Es posible que ustedes no dispongan de acémilas propias para arrastrar los cañones? —preguntó, temeroso de la respuesta—. ¿No se proveyó el número de animales de arrastre necesarios al zarpar de Valparaíso?

El artillero negó con un movimiento de cabeza.

—Cuando dejamos Arica insistí ante el almirante Blanco sobre ese particular y, al igual que en Valparaíso, me respondió que en territorio peruano se me proporcionarían.

Sutcliffe profirió, en inglés, una grosería intraducible. Una imprevisión de tal magnitud le parecía inaudita. Había llegado el momento de movilizar los cañones y los únicos caballos disponibles habían sido ocupados por los del «Cazadores» que penetraban en el valle de Sihuas con el general Aldunate; las catorce mulas que les regalara el hacendado de Aranta llevarían los carros de municiones de fusil y las cocinas, y los escasos caballos que se veían atados en el puerto eran los de silla de los jefes del Estado Mayor y de los comandantes de batallones.

—Entonces, los cañones tendrán que quedar botados en esta playa, mi coronel —le expresó de mal modo el artillero—. No se pretenderá que mis setenta hombres los arrastren a mano a través del Perú.

Sutcliffe anotó el problema en su libreta, aunque sin esperanza alguna de encontrarle solución. Pero éste no era el único asunto irremediable. El siguiente se lo presentó el comandante del batallón de milicias «Colchagua». Todos sus hombres, reclutas sin experiencia, no poseían ni siquiera una sola cantimplora.

—¿Cómo van a soportar las jornadas a través del desierto y de la sierra?

El ayudante del General en Jefe dejó caer los brazos laxos, sintiendo un torbellino en la cabeza. Todo el mundo sabía que las caramayolas del ejército entero se habían perdido en el naufragio de la «Carmen».

—¡Ya comienzan las dificultades! —exclamó para sí, luego de desprenderse del comandante del «Colchagua» con una vaga promesa. Pero no contaba con el oído agudo del comandante

García, que se le acercaba con torva expresión.

—Y se avecinan otras mucho más gordas, mi coronel —refunfuñó—. No quisiera meterme a criticar al comando, pero la manera en que vamos a penetrar en territorio enemigo es de una imprudencia irritante: sin cabalgaduras para arrastrar los cañones, sin caramayolas para el agua de los soldados, sin uniformes apropiados para el clima en que tendremos que maniobrar…

—¿Qué es eso de los uniformes? —le inquirió Sutcliffe, más alarmado.

—Que todos los de paño grueso, indispensables para soportar el frío de las tierras altas, también se perdieron en el naufragio de la «Carmen». De modo que a medida que los soldados vayan subiendo a Arequipa y luego a Puno, comenzarán a padecer el tormento del frío. Y vendrán las enfermedades, la puna, el hambre y el diezmo de la expedición. ¿Y todo esto por qué?, me pregunto yo.

La interrogante no tenía respuesta, al menos no la encontró Sutcliffe, quien, desesperado, postergó la partida de la columna por una hora, en tanto tomaba el parecer del General en Jefe.

El oficial sajón había terminado por perder la paciencia definitivamente, y el tono en que expuso esos problemas al almirante Blanco fue imprecatorio; una dura protesta por no haber previsto tales trastornos con sentido lógico y militar, a fin de ponerles remedio, lo que hubiera sido posible enviando con anticipación a conocedores de la zona para que acopiaran los elementos necesarios.

—Fue mi intención mandar desde Arica a varios jefes peruanos para que entraran en esta comarca y se posesionaran de los valles de Camaná y Chuquibamba —intentó defenderse Blanco Encalada, también trastornado por esos problemas—. Pero temí debilitar nuestro ejército. Además —pareció recordar, volviéndose al delegado Irisarri, que presenciaba la escena desde un rincón, como si no fuera sino un espectador—, usted mismo me recomendó no hacerlo, ¿no es verdad?

—¿Yo?… —se evadió Irisarri, alzándose de hombros—. No lo recuerdo, pero es posible. Como los generales peruanos nos habían garantizado que los pobladores de este departamento nos proporcionarían todo, tal vez hiciera esa recomendación.

El problema estaba planteado descarnadamente. No había con

qué alimentarse en Quilca, no poseían medios de arrastre para llevarse los cañones, ni cantimploras para los soldados, ni uniformes para el frío de la alta montaña, y tampoco, este inconveniente ya debían estarlo sufriendo los jinetes de las avanzadas, tampoco tenían herraduras de repuesto.

—¿Qué hacemos, mi general? —inquirió Sutcliffe, apremiante—. Piense usted también, señor Irisarri, ya que fue el culpable de que no enviaran avanzadas a ese departamento.

El guatemalteco sintió el pinchazo acusatorio del coronel e irguió el cuerpo dispuesto a recriminarlo violentamente por su insolencia, pero Blanco Encalada no paró mientes en la querella, preocupado de resolver el conflicto del ejército cuanto antes.

—Vamos solucionando este asunto por partes —dijo—. ¿Cuántos caballos tenemos?

—Me parece que unos veinte, incluidos los de todos los oficiales.

—Con ellos se pueden arrastrar dos cañones con sus correspondientes armones y carros de munición —calculó—. Así se hará.

—¿Y los cuatro restantes, mi general? —le preguntó Sutcliffe con sorna.

—Tendrán que quedar en esta playa hasta que podamos recolectar las acémilas para mandarlos buscar —expresó el superior con una mueca de fastidio—. Disponga que un jefe artillero se quede aquí, con cien hombres, cuidándolos.

—Me imagino que pesa usted el hecho —le observó Sutcliffe—. Nuestro ejército es de por sí demasiado reducido. Restándole cuatro cañones, disminuye usted su poderío a una tercera parte.

—¿Y qué quiere que haga? —estalló el almirante, encubriendo con su furia el reconocimiento de su culpa—. ¿Milagros?…

El coronel aspiró ruidosamente el aire para controlar sus nervios y se cuadró dispuesto a acatar cualquier orden, por torpe que fuese.

—Usted es el responsable, mi general. Disponga.

Blanco Encalada se hallaba en situación tan embarazosa que la voz le brotaba con estridencia metálica:

—En cuanto al problema del agua, los soldados serán premunidos de botellas, cacharros de greda o de barro, odres o lo que sirva para contenerla. Que se busquen en el pueblo esos elementos. Y, por último, en lo que se refiere a la falta de uniformes

de paño…, ¡pues, que los soldados aguanten el frío o se cubran con sus ponchos! ¡Para eso son soldados! Y terminemos de una vez, no demoremos más la partida. Coronel Sutcliffe, transmita usted estas órdenes y ¡en marcha!

Los oficiales profesionales y los sargentos envejecidos en el Ejército soportaron con sarcasmo y disgusto aquel comienzo de la marcha, pero lo soportaron. Para ellos era incomprensible que se sometiera a los soldados a condiciones tan aniquilantes. La columna parecía un convoy de gitanos antes que un cuerpo militar. Los hombres iban cargados hasta encima de las cabezas. Llevaban sus armas, su mochila, ración de víveres para tres días, seis saquetes de municiones, el plato de aluminio y el jarro para el rancho, y, todos sin excepción, una botella o un cántaro con agua azotándoles las nalgas.

Entre regaños y refunfuños, dejaron atrás el puerto de Quilca y se internaron en la ondulación arenosa de las dunas, precedidos por los caballos que arrastraban los dos cañones y los carros de municiones gruesas, que los envolvían en polvillo reseco. Inevitablemente, el descontento iba aumentando a medida que se acrecentaba el calor.

El comandante García miraba al cielo, en donde seguía subiendo el sol igual que enemigo implacable, y le lanzaba groserías entre dientes. ¡Ya se había vaticinado él mismo cómo iba a ser esa guerra, mandada por un marino! ¡Ah, si hubiera sido en el mar, pase y bueno! Pero entre riscos y montañas era el desastre.

—Mi comandante —le comentó el corneta González, chorreando sudor y jadeando como perro conejero—, ¿sabe *usté* cómo nos bautizaron los tripulantes de la escuadra al vernos partir? «El ejército de las mamaderas». Como todos llevamos nuestra buena mamadera pegada al traste…

No concluyó la chirigota e hizo un esguince hacia el costado para evitar un indudable bofetón del comandante. Éste se sentía ya demasiado en ridículo como para tolerar que se lo recordaran. Volvía a mirar al sol con rabia y bajaba luego los ojos hacia el horizonte, tratando de distinguir el término del panorama a través de las pestañas blanquecinas de polvo. El desierto parecía no tener final, se empinaba ante ellos como una playa reseca ondulada por el calor. Escuchaba los rezongos y maldiciones de sus soldados y

comenzaba a sentir temor de que se amotinaran. Pese al esfuerzo que le exigía el jadeo, los acallaba a gritos, amenazándolos con los más salvajes castigos. Pero en su fuero interno se decía, fatalista: «Ya nada sacamos con discutir. La mazamorra está hecha, no hay más que tragarla, por indigesta que sea».

Al mediodía las filas comenzaron a desordenarse; era un indicio claro para cualquier jefe experimentado de que los hombres estaban llegando al límite de su resistencia. Ya no controlaban bien las piernas y caminaban como borrachos, con los tobillos reblandecidos. El comandante estaba seguro de que su gente era la más dura del Ejército; sus antecedentes de saltamuros, cuatreros y hombres sin ley, respondían por ellos. Pero después de cinco horas de aquella marcha infernal comenzaban a tropezar y a caerse de rodillas. Sin embargo, estaba empecinado en no aceptarles debilidad alguna en aquella primera prueba y, cuando su ayudante se le emparejó, caminando a duras penas, encorvado hacia el suelo, para sugerirle que diera un descanso al batallón, le respondió por entre los dientes apretados:

—Capitán Guarda, como comience usted a alarmarme a la tropa, lo separo de las filas y lo hago marchar solo cargado con tres mochilas.

Era una bravata su excesiva confianza en la resistencia de sus hombres, bien lo sabía, pero no podía mostrarse blando. Por otra parte, su experiencia le indicaba que detener al batallón en medio de aquel arenal quemante era condenarlo al aniquilamiento definitivo. Pese a que él lo había prohibido, se daba cuenta de que casi todos los soldados se habían bebido a escondidas la mayor parte de su agua. No quiso ceder ni cuando fue el capitán Domingo Rodríguez Moraga, el hombre más recio del batallón, el que se acercó a pedirle que suspendiera la marcha unos minutos.

—¡No, señor, continuaremos hasta cruzar este arenal de mierda, aunque tengamos que llevar a nuestros soldados a cuestas!

El capitán Rodríguez Moraga tuvo ánimos para mostrarle los dientes bajo su espeso bigote cubierto de arena. Equivalía a una sonrisa. Eran hombres hechos con el mismo cuño. Sin embargo, le señaló con un brazo hacia la primera compañía, que venía a continuación de ellos. García volvió la cabeza y los ojos se le achicaron levemente al observar lo que el otro le señalaba. Era el

subteniente Ruiz, hijo de doña Magdalena. Caminaba a tropezones, con los ojos cerrados, bamboleándose de atrás a adelante, movido sólo por la inercia.

Manuel García no dejó traslucir impresión alguna, pero disminuyó el ritmo de su marcha hasta que el joven quedó a su lado.

—¿Qué tienes, muchacho? —le preguntó en voz baja.

—Estoy…, estoy enfermo —mintió el subteniente para no reconocer su agotamiento—. No puedo andar más.

—Pues, tendrás que hacerlo, Lorenzo —le cuchicheó García, autoritario. Y tomándole la diestra al muchacho se la trenzó en la correa de que pendía su propio sable—. Afórrate de ahí y no te largues por nada. Yo te sacaré del desierto. No temas ponerte pesado. Soy lo bastante fuerte como para llevarte en hombros, si es preciso. Se lo prometí a tu madre. Y ahora, sigue andando…, andando…, así. Ya no debe faltar mucho.

Envueltos en un viento húmedo, vaho espeso que hacía más agobiante el calor, los soldados seguían su penosa marcha hacia el interior del departamento de Arequipa. Las arenas sueltas encrespadas por la ventolina hacían también difícil asentar los pies. A media tarde, los que estaban menos enceguecidos pudieron darse cuenta de que el arenal estaba ahora sumido entre montañas, lo que lo convertía en un horno infernal. Fue entonces cuando, pese a las protestas de los oficiales, los hombres comenzaron a arrojar sus mochilas, sus raciones de víveres, los ridículos cántaros y botellas, todo lo que les significara un peso.

El comandante García, semejando el pastor de un rebaño de reses extraviadas, iba de una compañía a otra, animando a los soldados, levantándoles el espíritu con palabras paternales, con maldiciones y hasta con golpes, empecinado en impedir que se desbandaran o se quedaran rezagados.

Por fin, luego de vagar hasta el anochecer por el arenal que parecía un rescoldo de brasas, los batidores divisaron la mancha verde del valle de Sihuas. Poco después, les vino al encuentro un jinete, cuya figura se fue agrandando sobre la alfombra amarilla de la arena.

Sólo entonces García dio el alto. No lo pronunció, porque la voz no le brotaba de la garganta reseca. Pero su brazo levantado

significaba lo mismo. Sustentando al subteniente Ruiz por las axilas, para que no rodara al suelo se quedó mirando al cazador que se acercaba y más allá de éste. La lejana mancha verde denunciaba un río o cuando menos un estero con agua fresca y animales, comida, verduras. Respirando hondo se hizo un rabioso juramento: olvidar las disposiciones del General en Jefe y proceder como lo había hecho tantas veces en la guerra de Arauco. «¿Qué faltaba agua? Pues, a quitársela a los indios. ¿Que no había comida? A apoderarse de los pueblos y conseguir toda la que se necesitara. ¿Que nos han traído a un infierno? Pues, a portarse más diablos que todos los demonios que lo habitan».

El jinete se había detenido frente a él y lo saludaba desde lo alto de su caballo:

—Mensajero del Estado Mayor, comisionado por mi general Aldunate.

—Comandante del batallón «Portales». ¿Cuál es su mensaje?

—El campamento está establecido en la hacienda Pachiqui, en el valle de Sihuas, mi comandante. Ahí hay de todo. Mi general Aldunate les ordena apretar el paso para acampar antes de obscurecido.

«Apretar el paso», escuchó el comandante, sintiendo que la bilis le envenenaba la boca. «¡Mierda sobre mierda! Si ya apenas podemos dar un tranco». Pero no lo dijo, sólo preguntó:

—¿Cuánto falta para llegar a esa hacienda?

—Un cuarto de legua, mi comandante. No hay cómo perderse. ¿El batallón «Colchagua» viene muy distante?

García se encogió de hombros de mal modo. Hacía varias horas que lo dejaron atrás.

—Quizás algunos colchagüinos se arrastren todavía —refunfuñó —. A lo mejor están todos tumbados en la arena.

El jinete lo contempló asombrado. Tal vez pensó que el sol lo había vuelto loco. Pero no era asunto suyo. Llevándose la diestra al quepis, partió al galope hacia la retaguardia.

El comandante aferró con más fuerza al subteniente Ruiz, y volviéndose a los soldados les hizo una vaga señal de reanudar la marcha.

—Un esfuercito más, muchachos. En esa hacienda Pachiqui, o como se llame, vamos a instalarnos a lo príncipes aunque protesten

todos los jefazos del Estado Mayor. ¡Qué porquería! Vamos, niños, andando.

La columna fue moviéndose poco a poco, lentamente, igual que una culebra golpeada en la cabeza.

Si aquella noche las montoneras peruanas o la guarnición de Arequipa se hubieran descolgado sobre la hacienda Pachiqui, no habría quedado ni un chileno vivo. Los soldados yacían por todas partes, tumbados como costales, desarticulados igual que marionetas sin uso; muchos no habían tenido fuerzas ni para quitarse las mochilas. Lo que necesitaban era agua y ésa sí que la bebieron en la alberca de la hacienda hasta que se les hincharon las barrigas. Después se dejaron caer en tierra como muertos. Fue difícil escoger centinelas y los pocos que se colocaron en las entradas de las casas, agrupados formando un cuadrilátero, se desprendieron de los sirvientes de los dos cañones, que habían tenido la suerte de viajar montados. Gracias a ellos fue que no logró colarse al interior del campamento un hombre que llegó caminando sigilosamente desde el lado de Arequipa. Lo atraparon cuando intentaba penetrar saltando una tapia de adobes y lo molieron a culatazos antes de preguntarle quién era. Les bastó con verlo vestido con una manta a rayas y un casquete tejido con lana de colorines, como los que usan los indios de esa campiña. Luego lo llevaron al portón de la guardia principal y lo volvieron en sí arrojándole encima un balde de agua. Sólo entonces pudo pedir que lo dejaran hablar con el coronel Sutcliffe.

El ayudante del General en Jefe llegó poco después, enfurruñado y dispuesto a castigar a toda la guardia por arrancarlo del sueño, que era lo que más apetecía en ese momento. Pero cuando vio al merodeador caído en un rincón del cuarto y alumbrado por la luz de una lámpara a carburo, su somnolencia y su rabia desaparecieron al instante. El prisionero era el coronel Wood.

Rápidamente, y sin dar explicación alguna a los atónitos guardias, lo ayudó a caminar hasta la habitación donde estaba alojado.

—*My God*! —se quejó el maltratado coronel cuando estuvieron a solas, sobándose con una mano las costillas y con la otra la cabeza —. A poco más me matan a culatazos esas bestias.

Sutcliffe no pudo menos que reír por lo bajo ante la desventura

de su compañero.

—Tienes que comprender que cumplían con su deber —los justificó—. Llegas vestido de mamarracho, solapadamente, y no podías esperar que te tratasen de otra manera.

—No te imaginarás que iba a andar detrás de las líneas peruanas con uniforme de coronel chileno —razonó Wood, también en tono de broma. Pero alteró de inmediato su actitud y se levantó como pudo—. Es necesario que vea lo antes posible al almirante Blanco Encalada —dijo con apremio.

Su compañero frunció los labios e hizo un gesto negativo. Tendría que esperar hasta la mañana. El almirante había soportado muy mal la penosa travesía y sería imposible despertarlo. Wood aceptó el razonamiento y se sentó, adolorido, en el catre de Sutcliffe.

—En fin de cuentas —reflexionó—, las tropas peruanas no se moverán a esta hora, ni los traidores alcanzarán a cometer más felonías durante la noche. Además, debo confesártelo, mi viejo amigo: estoy deshecho. —Bostezó largamente y fue derrumbándose de a poco, de espaldas en el lecho, a medida que trataba de explicarse con voz que se le iba apagando—: Viajé de Tacna a Moquegua, a Ornate, a Puquina, a Arequipa, y de ahí hasta acá, casi sin detenerme…, a lomo de mula… o a pie. —Lo último casi no se le oyó. Se le habían cerrado los ojos y dormía como un fardo.

Sutcliffe lo contempló con afecto y levantándole las piernas se las colocó a lo largo de la cama. Después buscó los pellones de su montura, los extendió en el suelo y se tumbó a su vez.

A la mañana siguiente, el coronel Wood era otro hombre. Lucía aún algunos moretones visibles en las mandíbulas y el testuz, adivinándose que bajo el uniforme, que le había prestado su compañero Sutcliffe, debían existir otros mayores. Pero estaba enérgico y dinámico, vivaces sus ojos azules. El almirante Blanco Encalada, en cambio, se paseaba inquieto y sombrío por la vasta sala principal de la hacienda Pachiqui, mientras escuchaba sus informaciones. Afirmado en el marco de una ventana, el coronel Sutcliffe observaba a los soldados preparándose el rancho caliente de la mañana en los patios y jardines de la señorial hacienda. Sin embargo, no perdía una sola de las frases concisas y exactas que iba pronunciando el recién llegado.

—Todos los movimientos del Ejército Restaurador son conocidos por las autoridades militares de Arequipa y de los pueblos vecinos, mi general —decía éste—. En el ejército hay hombres infiltrados que se mantienen en contacto continuo con el Estado Mayor de Santa Cruz o con sus intermediarios. De eso no cabe duda. Sabedores, pues, los enemigos de que la meta nuestra es Arequipa, están arrasando todo cuanto existe en la ruta que conduce a esa ciudad. Las peonadas de las haciendas fueron obligadas a evacuarlas hace pocos días y partidas de soldados bolivianos van destruyendo los campos e incendiando los graneros.

—¡Es increíble! —protestó Blanco Encalada, oprimiéndose las sienes con las manos, y repitió su porfiada cantinela—: Nos hemos esforzado en demostrarles que venimos en calidad de amigos, que nuestro propósito es devolver la independencia al Perú, la libertad a sus pobladores y derrocar al tirano Santa Cruz.

—Ahí está el error básico, señor almirante —lo interrumpió Wood, espetándole enseguida una revelación estremecedora—: A los peruanos del sur no les interesa derrocar al mariscal Santa Cruz, la mayor parte de ellos son sus partidarios. Es en el norte donde existe resistencia contra su política avasalladora.

El almirante reanudó sus inquietos paseos, aturdido por esa explicación, que hasta entonces no pasara por su mente.

—¿Y quién es el que ordena el arrasamiento de la región? —le inquirió después de una pausa de silencio.

—El general Blas Cerdeña, prefecto de Arequipa, quien tiene a su mando unos setecientos hombres. Y su resolución es aprobada por todos los habitantes de ese departamento —lo ilustró con certeza el coronel. Después, él también hizo una pausa antes de añadir con acento decepcionado—: En verdad, a mi paso por todo el sur, desde Tacna hasta Arequipa, no he encontrado todavía ningún peruano que simpatice con la expedición chilena.

—¡No puede usted decir eso! —lo increpó el marino con marcada irritación—. No me explico por qué motivos se empeña continuamente en negar la lealtad del coronel López de Quiroga, prefecto de Tacna.

—¿Por qué la niego? —Wood echó mano a uno de sus bolsillos y sacó una página de periódico—. Primero, porque ese coronel acaba de ser ascendido a general, ¿y entiende usted por quién? Y segundo,

¿recuerda el mensaje que envió usted a López de Quiroga con el coronel Ugarteche antes de abandonar Arica? ¿Obtuvo usted respuesta? —Como el almirante negara con la cabeza, esgrimió la página de periódico ante su rostro—. Pues, yo se la traigo.

—¿Cómo podría usted haberla recibido, coronel? —exclamó, incrédulo, el almirante.

—Pues, tomándola simplemente del periódico «El Eco del Protectorado», en donde el general López la hizo publicar después de recibir la nota suya. Aquí está. Sírvase leerla —y le entregó el pliego impreso.

Blanco Encalada fue leyéndola moviendo imperceptiblemente los labios, pero a medida que avanzaba, sus gestos se exageraban, sin que pudiera evitarlo. La publicación decía:

«Prefectura y Comandancia General del Departamento del Litoral. Al señor general, almirante de la escuadra chilena, don Manuel Blanco Encalada.

»Señor general: Me ha sido altamente sorprendente la descomedida nota de esta fecha con que V. E. se avanza a probar mi fidelidad y patriotismo, solicitando cooperación por mi parte a las injustas aspiraciones de su Gobierno. Desconoce sin duda V. E. el carácter del general López. Como soldado y como caballero sabe que sus deberes le imponen ser incorruptible a toda prueba: Jamás manchará su nombre y el de Bolivia, su patria, traicionándola».

Blanco Encalada había dado un paso atrás, igual que si lo golpearan, y permanecía con los ojos desorbitados.

—No quiero irritarlo leyéndole la carta entera —se compadeció Wood—. Pero, cuando menos, escuche usted este párrafo decisivo. —Y tomando el periódico de manos del almirante, buscó el trozo a que se refería y lo leyó en voz alta:

—«Si V. E. ha tenido la desgracia, bastante sensible para los que lo conocen, de haberse alucinado con la falsa y escandalosa política de su Gobierno, el general que subscribe no ve en su armada y tropa más que a unos invasores, agresores injustos, enemigos declarados del sosiego de estos pueblos, que habiendo implorado la protección del jefe de Bolivia, el Excelentísimo señor general Santa Cruz, para que restableciese el orden que espíritus turbulentos y ambiciosos trastornaron, con mengua del honor peruano, agradecidos a su condescendencia y sacrificios, lo colocaron a la cabeza de sus

destinos, fincando en él todos sus esfuerzos y prosperidad…».

—¡Canalla, falso, traidor!… —vociferó el almirante. Pero Wood siguió sin interrumpirse:

—«Los pueblos, señor general, claman todos contra Chile, que no tiene otro objeto en su invasión que obstruirles el camino en que se han puesto para su felicidad…».

—¡Basta! ¡Basta ya, coronel Wood! —Blanco Encalada le arrebató el pliego de un zarpazo y se quedó con él estrujado entre las manos, la expresión desolada—. Esto es más de lo que pude temer —dijo con voz cansada—. Partí de Chile confiado en que el general López era un soldado de honor, dispuesto a sacrificarse por el bien de su patria y del Perú, y que aportaría todos sus esfuerzos para derrocar al tirano que oprime a esas dos naciones. Por eso, a pesar de todo lo que se produjo en Arica, seguí creyendo que López marcharía con sus tropas y las nuestras hacia Bolivia para destruir a Santa Cruz.

Carlos Wood meneó la cabeza pesarosamente. Él sabía que, aunque lo hubiera deseado, no habría podido hacerlo. Ningún oficial, ningún soldado lo seguiría. Todos eran partidarios del general Santa Cruz.

—El sur del Perú en su totalidad está de parte del Protector Supremo —resumió.

—En consecuencia…, ¿no podemos contar con ayuda alguna?

Wood afirmó de modo categórico:

—Ni del ejército ni del pueblo del sur del Perú, señor almirante. La campaña tendrán que realizarla las fuerzas chilenas solas.

Blanco Encalada dejó colgar los brazos y pareció decrecer de estatura. Estaba desolado.

—Somos demasiado pocos —reflexionó sin ánimos—. Apenas 3194 hombres.

Los coroneles dejaron escapar, cada uno por su lado, una sorda exclamación. El espíritu irresoluto del almirante los llevaba ya al colmo de la exasperación. Con un hombre así al mando de la expedición, tan blando y sin audacia, era estéril continuar la campaña. Pero tampoco se podía echar pie atrás estando casi en las goteras de Arequipa. Imaginando las enormes carcajadas de burla con que el mariscal Santa Cruz pregonaría la retirada de la expedición restauradora, Carlos Wood dejó de lado toda mesura, e

incluso su respeto a la jerarquía, proclamando con voz airada y tajante:

—¡Bastan, señor! ¡Esos 3194 hombres, comandados con coraje, son suficientes para obtener una victoria! Las fuerzas de que puede disponer el Protector en este momento están diseminadas. Yo le aseguro que ni en un mes alcanza a concentrar en Arequipa tropas capaces de resistirnos. Escúcheme bien y retenga este cálculo. El general Blas Cerdeña tiene en esta ciudad apenas setecientos hombres. No intentará oponérsenos con ellos; entregará Arequipa sin lucha. Esto es lo básico, almirante. Posesionados de esta región y de sus recursos, tendremos las puertas abiertas para apoderarnos de todo el sur del Perú. Se nos entregarán Puno y Ayacucho y, por último, el Cuzco. Será entonces llegado el instante de establecer, de imponer, mejor dicho, un gobierno provisional, colocando al frente de él a un personaje peruano adicto a nuestra causa. Dados estos pasos, no hay duda de que el Estado

Nor-Perú

se pronunciará contra el mariscal Santa Cruz y la Confederación se vendrá al suelo. En estas circunstancias, la derrota definitiva del Protector en su propia Bolivia será cosa de semanas nada más.

El decaído espíritu del almirante Blanco no le permitía advertir el tono atrevido y conminatorio en que le hiciera su exposición el coronel, pero tampoco vencía su innata irresolución.

—¿Está usted seguro de que Santa Cruz no puede reunir gran número de tropas en torno a Arequipa con la rapidez necesaria como para encerrarnos?

—¡Doy a usted las mayores garantías, almirante! —porfió Wood, propinando un golpe de puño sobre el alféizar de la ventana a través de la cual miraba al patio de la hacienda—. He expuesto el pellejo averiguándolo. Santa Cruz tendría que hacerlas bajar de Bolivia, trasladar otras desde Lima y llamar apresuradamente a las que reserva en Tacna. Ya se lo digo: tardarían mínimo un mes en concentrarse aquí. Recapacite en esto, por favor, ¡y decídase de una vez, por mil diablos!

Sutcliffe contempló espantado a su compañero y esperó oír brotar de los labios del almirante la orden de arrestarlo en el acto. Pero no fue así. El jefe no se percataba de la forma en que se le presentaban los hechos, su mente vagaba ya por otras esferas.

—Nos apoderaremos de Arequipa —monologó, como si la idea le naciera generada por su propia iniciativa—, y haremos una guerra vertiginosa. No les daremos tiempo ni para pensar. Daremos un zarpazo por aquí, otro por acá y otro por allá. ¡Coronel Sutcliffe —exclamó súbitamente vigorizado—, disponga que el ejército se apreste a reanudar la marcha al momento! ¡Nuestro objetivo es Arequipa y no admito tardanzas!

El 9 de octubre el Ejército Restaurador prosiguió su marcha ascendente rumbo a Arequipa. Algunos hombres de la vanguardia comenzaban a sufrir los efectos de la altura al trasmontar las primeros cordones de la sierra, los que se agravaron en la noche por la carencia de uniformes gruesos que los preservaran del frío.

Encabezando el cuerpo central del ejército iba el batallón «Portales», alertado para proteger a la vanguardia en caso de cualquier ataque sorpresivo. Nuevamente tuvieron que penetrar en un desierto y marchar por él a lo largo de unas diez leguas. Los víveres, acopiados en escasa cantidad en la hacienda Pachiqui, se concluyeron al segundo día y la tropa se vio reducida a alimentarse con unas míseras raciones de maíz cocido.

Al crepúsculo del 11 de octubre, el «Portales» trepaba serpenteando la empinadísima cuesta de Vítor, cuando le dio alcance el General en Jefe acompañado de su escolta. Emparejado a la cabeza del batallón, contempló el valle de Vítor, antesala de la campiña, más amplia y verde, donde se asienta la ciudad de Arequipa. Al fondo del horizonte, dominando los cordones cordilleranos más bajos, se erguían majestuosos los conos nevados de los volcanes Misti, Chachani y
Pichu-Pichu.
Pero cuando los expedicionarios dejaron de observar la impresionante belleza del panorama superior y bajaron la mirada al inmediato valle de Vitor, se quedaron con la respiración en suspenso. Abajo de ellos, negras columnas de humo señalaban donde habían existido una gran hacienda y sus dependencias. Acababan de ser incendiadas, con bárbara resolución, sin respetar siquiera los campos de mieses a punto de ser cosechadas ni las arboledas. Y a lo lejos, sobre el camino a Arequipa, se divisaban aún los jinetes bolivianos que habían consumado la devastadora acción.

El almirante Blanco no encontraba palabras para expresar su

reprobación. No pensaba en aquella rica hacienda destruida, sino en la demostración que ello significaba de los extremos inexorables a que era capaz de llegar el Protector para imposibilitarles el avance.

El general Lafuente, a su lado, contemplaba las ruinas de la plantación con ojos desorbitados. Era la hacienda Chorongos, según explicó en balbuceos; le había servido de refugio hacía algunos años, cuando una revolución lo obligó a huir de Lima.

—¡Dios santo, cómo se han atrevido a reducirla a ruinas! —lamentó—. Era una de las empresas agrícolas más progresistas del país.

En tanto que el general peruano seguía deplorando aquel desastre y el almirante protestando que los civiles del Perú culparían al Ejército Restaurador de tales depredaciones, el comandante García los escuchaba con desdeñosa iracundia. ¡Qué tanto quejarse como caballeros en un salón! La guerra era así y la única forma de poner término a esos destrozos radicaba en eliminar a los que trataban de cerrarles el paso en esa forma. Una orden y ¡zas, paso de carga y entrar en Arequipa! Después, con plantar a unos cuatro o cinco frente a un muro y darles su merecida cuota de plomo, se acababa el problema. Pero no, el almirante seguía acartonado por sus principios caballerescos.

—El general Aldunate proseguirá cautelosamente con el ejército hacia Arequipa y yo me detendré unos minutos en esta hacienda para escribir una nota al prefecto de esa ciudad. Tengo que convencerlo de que, si hemos de hacernos la guerra, nos sujetemos a las normas de los soldados civilizados, descartando los procedimientos inhumanos.

El comandante García agachó la cabeza y se cubrió la boca con las dos manos para que no se le escapara una estentórea carcajada. «Desde ahora voy a combatir con guantes», discurrió para sí.

En tanto que el almirante Blanco Encalada iba dejando estampadas, con su elegante caligrafía, sus protestas de horror y de condenación por el atropello que las montoneras y las tropas bolivianas hacían de las leyes de la humanidad y de los sagrados principios del derecho de gentes, el batallón «Portales» asomaba, por fin, sobre la verdegueante campiña arequipeña. Desde un altozano, García y Sutcliffe podían distinguir la «Ciudad Blanca», con sus casas y viejos palacios construidos con piedras sillares

extraídas del volcán Misti. Era un espectáculo hermoso el que ofrecía la antigua y señorial ciudad. No cabía duda de ello, pero los dos jefes militares no estaban allí para recrearse con el panorama; en especial los ojos del comandante del batallón analizaban los obstáculos que tendrían que salvar sus soldados para penetrar en la ciudad. El único que le provocaba alguna inquietud era el río Chili, que se le interponía cortando la campiña en dos. No obstante, no constituía una barrera insuperable y esto ya lo estaba demostrando la vanguardia mandada por el general Aldunate, que se disponía a cruzarlo.

El coronel Sutcliffe había desenfundado sus anteojos de campaña y examinaba el mismo punto. De súbito, tocó a García en un brazo y le alargó los prismáticos.

—Comandante, observe más allá del puente y va a ver usted algo muy interesante. Preste atención a unos bultos que se agazapan entre los matorrales de la orilla opuesta.

Manuel García prefería mirar a ojo desnudo, él nunca había poseído esos modernos artefactos, pero obedeció, y apenas hubo enfocado los anteojos sobre el cabezal opuesto del puente, lanzó su exclamación favorita:

—¡Mierda sobre mierda! ¡Ésos son soldados peruanos que están esperando sorprender a nuestras avanzadas cuando entren al puente!

—¿No hay forma de prevenir al general Aldunate? —le inquirió nerviosamente Sutcliffe.

García se volvió hacia la columna para ver si estaba cerca uno de los dos cañoncitos de los artilleros. Un cañonazo serviría para alertar a Aldunate. Pero no hubo tiempo. Los estampidos de la fusilería estallaron abajo antes que pudiera tomar determinación alguna. Los emboscados habían abierto fuego contra la vanguardia chilena justo cuando ésta embocaba el puente.

Manuel García profirió un grito salvaje. Sin darse cuenta, al son de los disparos volvía a ser el mismo bárbaro de las campañas de la Araucanía. Sus hombres reaccionaron galvanizados por el penetrante alarido y, antes que su comandante hubiera emitido la orden, ya estaban en movimiento cerro abajo.

—¡Batallón «Portales», bota rollo y a la carga, carrera…, maaar!

Las mantas o rollos de los soldados iban saltando de sobre sus

mochilas y quedaban esparcidas en la ladera. Los soldados, automáticamente, sobre su enloquecida carrera, desenvainaban las bayonetas y las ajustaban en los cañones de los fusiles.

Los seiscientos hombres se derramaron por el cerro como una marejada.

Era por fin la guerra. Los primeros tiros entre las fuerzas expedicionarias chilenas y los montoneros y tropas de la Confederación se entrecruzaban aquella tarde del 12 de octubre, en el puente de Uchumayo, sobre el río Chili, apocas leguas de Arequipa. Durante los primeros minutos los jinetes del «Cazadores» y los infantes del batallón «Valdivia», que constituían la vanguardia, se habían detenido perplejos. Eran los primeros estampidos que oían. Pero una voz estentórea del general Aldunate los despabiló al instante. Agazapándose, se desplegaron en guerrillas y tomaron posiciones en las grietas del terreno. Apuntando y disparando, avanzaron de regreso al puente y se protegieron tras los pretiles.

Entretanto, el «Portales» se precipitaba como un alud en su apoyo. Era aquélla una fiesta para los soldados, después de tantas marchas estériles. Corrían como zorros cuesta abajo ululando inconscientemente al igual que sus enemigos ancestrales los araucanos, que eran también sus ascendientes.

Los montoneros, en apuros ya con la balacera de la vanguardia, al oír aquel torrente de alaridos que desbordaba por la ladera y al contemplar la impresionante masa de soldados que se les venía encima, huyeron despavoridos, disimulándose entre los cañaverales del río o escabulléndose por entre el crecido pastizal de los potreros.

En pocos minutos, los soldados chilenos cruzaban el puente de Uchumayo y se esparcían por la campiña arequipeña con la fiereza de una jauría de lebreles tratando de alcanzar a sus huidizas presas.

El general Aldunate, contagiado con el frenesí de los soldados, hubiera deseado dejarlos proseguir su avance. Estaba cierto de que podían tomarse Arequipa sin que hubiese fuerza capaz de resistirles. Pero las órdenes del Comando en Jefe eran diferentes y, con cierta desilusión, galopó e hizo galopar a sus ayudantes hasta adelantarse a los primeros hombres del «Valdivia» y del «Portales», a los cuales tuvieron que detener a gritos y caballazos. Por último, para impedir un nuevo rebrote de los ímpetus de aquellos hombres, ya calientes

con la gueiru, hizo adelantarse al batallón de milicias «Colchagua» y lo distribuyó en un semicírculo avanzado más al este, con la orden estricta de no dejar pasar a nadie en dirección a Arequipa.

En aquellos mismos momentos el general Blanco Encalada entregaba a uno de los miembros de su Estado Mayor, el comandante Espinoza, el mensaje que había escrito al prefecto de Arequipa, para conminarlo a cesar en la destrucción de los campos. Se hallaban junto a las ruinas aún humeantes de la hacienda Chorongos, que el general Lafuente no podía dejar de contemplar sin que se le humedecieran los ojos.

—Comandante Espinoza —decía el almirante—, su misión ostensible como parlamentario será la de entregar este mensaje en las manos del prefecto de Arequipa, general Blas Cerdeña, o en las del gobernador, que es don José Rivero, en caso de que el primero haya abandonado la ciudad. Pero su verdadera función será la de observar los efectivos militares de Arequipa. Mi ordenanza Domingo Bastías, que es un hombre muy ladino, irá acompañándolo. Trate usted de ver todo cuanto pueda sernos valioso, pero tráigame datos concretos sobre las defensas de la ciudad.

El comandante Espinoza era un individuo bajo de estatura, menguado de cuerpo y de una timidez enfermiza. Nadie podía justificar que estuviese incorporado al Estado Mayor, de no ser por su notable habilidad para conservar los archivos y mantener en orden los documentos relativos a la intendencia. Se advertía a simple vista que la misión que se le encomendaba lo tenía desazonado.

—Trataré de cumplir en la mejor forma, mi general —dijo honestamente—; aunque he de confesarle que misiones como ésta se hallan lejos de mis conocimientos. Soy un poco corto de vista, usted sabe. —¡Lo sé, lo sé, comandante! —lo interrumpió Blanco Encalada—. Pero ¿qué he de hacer? Ya todos los batallones pasaron hacia Vitor y no dispongo de otro oficial. Tendrá que ir usted.

El comandante Espinoza se llevó la mano al borde del quepis tratando de aparentar bríos y fue a montar en el caballo que le tenía dispuesto el ordenanza Bastías.

Apenas lo vio partir, el general Lafuente se inclinó hacia el jefe chileno y le dijo con desconfianza:

—¿Realmente no era posible enviar a cualquier otro hombre,

general?

—No tengo ninguno otro a mano —le respondió Blanco Encalada—. Lo ideal hubiera sido mandar a mi ayudante Sutcliffe o al coronel Wood. Pero el primero va en las avanzadas, y el otro de seguro ya se ha infiltrado en el campo enemigo, como es su costumbre. Tendremos que atenernos a las escasas habilidades del comandante Espinoza. A lo mejor nos da una sorpresa.

No le gustó nada al almirante discutir las cualidades de uno de sus jefes ante un general de la «Columna Peruana», de modo que puso término a la conversación y se dedicó a dar algunas últimas órdenes para las avanzadas antes de montar a caballo y emprender la marcha junto con la escolta y el batallón de retaguardia.

Aquellas órdenes que dio el General en Jefe del ejército alteraron el humor de los comandantes de los batallones «Portales» y «Valdivia», así como hicieron menear con disgusto la cabeza al general Aldunate. Ellas indicaban desviar el curso de la marcha de esos cuerpos hacia Tiabaya y Challapampa, siguiendo la ribera del río Chili. En el caserío de Challapampa se establecería un nuevo cuartel general, en donde todos los batallones se concentrarían antes de ocupar Arequipa.

Era una desviación inútil, según lo comprendieron los comandantes afectados, pero no les quedaba la opción de discutirla, ya que el General en Jefe y su Estado Mayor venían muy atrás. De modo que rompieron la marcha con sus tropas, mascullando protestas por aquella nueva prueba sin sentido que se imponía a los soldados.

El coronel Sutcliffe, que se había retrasado un tanto con el propósito de aguardar a los miembros del Estado Mayor, vio de súbito aparecer por entre la arboleda a su compañero Wood, vestido esta vez como un poblador de la zona.

—Necesito entrar a Arequipa por el camino directo —le dijo cuando estuvo a su lado—. ¿Puedes hacerme proporcionar una mula?

Sutcliffe hizo una mueca expresando sus dudas, pero cedió uno de sus estribos a su amigo para que trepara a la grupa de su caballo.

—Lo intentaré. Los carros con los bagajes acaban de pasar, detrás de las dos piezas de artillería. Tal vez consigamos que nos presten una bestia.

Sin prisa y describiendo un arco, el Ejército Restaurador se iba aproximando a la ciudad, distribuido en largos eslabones, separados uno del otro, que culebreaban siguiendo los meandros del río Chili. El 13 de octubre, al mediodía, el general Aldunate ocupaba el caserío de Challapampa, a escasa media legua de la «Ciudad Blanca». Los conos nevados del Misti, el Chachani y el
Pichu-Pichu
estaban ya encima de los impacientes soldados.

Tanta era su ansiedad por penetrar en Arequipa, que recibieron al almirante Blanco y a su escolta con un prolongado clamoreo. Éste saludó sonriendo a las tropas y entró en la escuela parroquial, en donde tomó conocimiento de la acción desarrollada en el puente de Uchumayo y recibió una hora más tarde al comandante Espinoza, que regresaba de Arequipa enarbolando la bandera blanca de parlamentario.

Pero si la aclamación de las tropas, junto con llenarlo de satisfacción, hizo renacer en su espíritu una sensación de seguridad que se le debilitara bastante en los días anteriores, su entrevista con el comandante Espinoza le produjo el efecto de un balde de agua fría.

—Cumplida la misión, mi general —le expresó el accidental parlamentario, pestañeando con notoria nerviosidad—. Ayer en la tarde entregué su mensaje al general Cerdeña, jefe de armas de Arequipa.

—¿Y cuál es la respuesta?

Espinoza se mordió los labios y carraspeó, incapacitado de sacar la voz para relatar lo ocurrido. Por fin balbuceó:

—Ninguna, mi general. —Como las pupilas de Blanco Encalada se encendieran igual que brasas, se apresuró a clarificar con acento compungido—: El general Cerdeña leyó su mensaje en presencia mía y se rió, señor…, ¡se rió, se lo juro! Y como yo le solicitara una respuesta…, que se la exigí, puedo asegurárselo…, me dijo que le contestaría a usted públicamente. Así mismo. Volvió a reírse y repitió: «Le daré una respuesta pública. Puede usted retirarse. Eso es todo».

El almirante hubiera deseado prorrumpir en denuestos, vaciar a torrentes la cólera que lo dominaba, pero comprendió que no podía hacerlo. Espinoza había tenido la honestidad de declararle que no

era un hombre adecuado para la misión que se le encomendaba y todos conocían su irremediable timidez.

—¡Caramba, qué laya tan particular de parlamentario me ha resultado usted! —comentó con los dientes apretados—. Espero que, cuando menos, se habrá preocupado de informarse sobre las defensas de Arequipa, como se lo encomendé.

Espinoza doblegó la cabeza, meneándola de un lado a otro. Tampoco había podido hacerlo. Los oficiales que lo recibieron lo mantuvieron rodeado todo el tiempo y, concluida la brevísima conferencia, lo escoltaron en igual forma hasta las líneas exteriores.

—Cuando menos mi ordenanza Domingo Bastías podría observar algo —comentó, exasperado, el almirante.

Pero era una esperanza vana. A Bastías se le había prohibido la entrada a la ciudad.

—¡Total: un perfecto fracaso! —estalló el jefe.

—Entregué su mensaje, mi general —se defendió débilmente Espinoza.

—¡El mensaje me importaba un rábano, comandante! ¡Retírese! ¡Desaparézcase de mi vista antes que cometa un desaguisado!

El comandante Espinoza quería que se le diera de baja de inmediato, que se le autorizara para regresar solo a la costa; lloraba de vergüenza ante sus iguales de grado. Pero éstos le impidieron tomar cualquier iniciativa en ese sentido. No era a él a quien culpaban, no. Y si no ardieron entonces las primeras chispas de una insurrección fue exclusivamente por la férrea disciplina que sabían que debían mantener estando tan adentrados en un territorio extraño, donde el enemigo se mantenía invisible y la reacción del pueblo constituía un enigma indescifrable. Tanto así, que esa misma tarde se supo, por boca del escurridizo coronel Wood, que había logrado introducirse en Arequipa, que el desdeñoso general Cerdeña, inexplicablemente, acababa de abandonar esa ciudad llevándose a todas sus tropas, al obispo, a los canónigos de la catedral y a los principales vecinos.

Arequipa estaba franca para que la ocupara el Ejército Restaurador y nadie acertaba a comprender la razón de tan inesperada medida.

—Hubiera preferido una batalla que decidiera de una vez por todas esta absurda majadería —fue el comentario del almirante.

—La batalla vendrá después, de todos modos, señor —le aseguró Wood—. Las fuerzas de Cerdeña se han retirado a Puquina y en ese punto será donde Santa Cruz concentre todas sus fuerzas.

—¿Cómo es eso? ¿Abandonan la ciudad para concentrarse en contra de nosotros?

—¿Y qué otra cosa podía esperarse, señor almirante? Es la medida más elemental. Desde luego, ya puedo informarle que dos batallones han recibido orden urgente de contramarchar desde Juliaca, en el departamento de Puno, y que un escuadrón de caballería que el general Santa Cruz mandó llamar desde Bolivia, para amedrentar al Congreso, regresa a todo galope hacia Puquina.

La urgente convergencia de tantas tropas sobre un punto situado apenas a catorce leguas de Arequipa hubiera impelido a cualquier otro jefe militar a adoptar medidas aceleradas para frustrar el evidente propósito del enemigo, pero a Blanco Encalada, incorregible en su inclinación a lo espectacular, lo entusiasmó la idea de una sola y gran batalla, con muchas banderolas y pendones batiéndose al viento. Ufano ante esta perspectiva, determinó ocupar Arequipa y resolvió que fuera su propio batallón «Escolta» el primero en penetrar en la ciudad. Pero no alcanzó a dar la orden correspondiente, porque el coronel Wood aún tenía una información más que darle. Era la respuesta del general Cerdeña al mensaje que le entregara el comandante Espinoza.

—¿Cómo pudo recibirla usted, coronel? —le observó el almirante, con extrañeza.

—No la recibí. Simplemente, la tomé del periódico de Arequipa. Cerdeña le ha respondido en forma pública, como se lo anunció. Y prepárese a oírla con serenidad, señor almirante, porque…, porque es una burla.

Blanco Encalada aspiró profundo el aire y apretó las mandíbulas, aprestándose para recibir el impacto.

—Léala, coronel —dijo con voz ronca.

—«Ese candor singular con que el señor Blanco profiere sus quejas contra nuestras hostilidades, si bien puede manifestar una nobleza exagerada de sentimientos, unos principios propios de los siglos de la caballería andante, poco aplicables en verdad a las reglas que dirigen largos años a la conducta de los generales que entienden su oficio, sólo se presta a comentarios cómicos o jocosos.

Hasta que el señor Blanco nos ha dado las lecciones que encierra su nota, ignorábamos este nuevo método de hacer la guerra, brindando galantemente al enemigo todas las atenciones de la cortesanía, todas las abundancias de los banquetes y todos los goces de la paz. Parece que el general que discurre de esta manera no tiene la menor idea de los horribles males que la guerra produce, ni de los hondos y penetrantes gemidos que arranca a la triste humanidad…».

El almirante no tuvo fuerzas para seguir escuchando. La vejatoria respuesta del general Cerdeña, dentro de su estilo hilarante, lo calaba medio a medio, lo retrataba con una certeza tan emponzoñada, que le hizo imposible ignorar el golpe.

—¡Patán miserable! —profirió, herido en sus fibras más sensibles—. ¿De modo que con tanta grosería ha interpretado mi mensaje de humanidad? Pues bien, le voy a hacer la guerra como él la entiende. ¡Se acabaron las contemplaciones! Si ellos desean la inhumanidad, la van a tener. ¡Coronel Sutcliffe! —El ayudante penetró precipitadamente a la sala, extrañado del tono alteradísimo de su jefe—. ¡Disponga que el más temido de nuestros batallones, el «Portales», por ejemplo, avance de inmediato y se apodere de Arequipa como sea, a sangre y fuego, si alguien opone la menor resistencia!

El «Portales» había hecho una agotadora jornada desde la cuesta de Vítor, pero en cortos minutos estuvo dispuesto para entrar en acción. Si se trataba, por fin, de hacer la guerra en serio, ninguno de sus componentes se acordaba del cansancio. Vertiginosamente, se desprendieron de toda la impedimenta, dejándola a cargo de los músicos, y, cargando sólo la mochila, el fusil y sus cartucheras con municiones, formaron en la callejuela del caserío.

—Son las tres de la tarde —les expresó el comandante García, jinete en su caballo—. Dentro de cuatro horas debemos ser dueños de la ciudad. Allá nos procuraremos víveres, alojamiento y todo lo que haga falta.

Aquella expresión «todo lo que haga falta» encerraba muchas condescendencias a que los díscolos soldados del batallón estaban aspirando desde hacía semanas y, al pronunciarla, el comandante García, estaba consciente de que les estaba ofreciendo una recompensa a cambio de su ímpetu.

El puente de cal y ladrillos que daba entrada a la ciudad se

divisaba a una media legua, y ése fue el objetivo que se fijaron. El general Santiago Aldunate a última hora resolvió acompañarlos hasta ese punto, temeroso tal vez de que los soldados, ávidos de entrar a una ciudad en donde había de todo, en especial víveres, aguardiente y lindas mujeres, se desbandara atolondradamente durante la aproximación. Por eso se plantó a caballo en la cabeza de la columna y fue marcándoles un rápido pero ordenado ritmo de marcha.

Entretanto, en el breve lapso que transcurrió desde la partida del batallón, el almirante Blanco estuvo a punto de ser envuelto en un nuevo ardid con que los invisibles conductores de la guerra por el lado de la Confederación pretendieron confundirlo y desorientar sus determinaciones. Cuatro respetables vecinos de Arequipa, que acudieron con el pretexto de protestarle lealtad y ayuda, se dieron mafia para deslizarle dos asombrosas noticias. La primera, que el ejército boliviano mandado por el general Brown, y que había estado conteniendo el avance de las tropas argentinas en la provincia de Tarija, acababa de ser derrotado totalmente por las fuerzas del general Heredia. Eso significaba la eliminación de la amenaza del Ejército del Sur y, en consecuencia, el jefe chileno no tenía razón para seguir preocupándose de él. La segunda información era de tanta magnitud como la anterior: el Congreso de Bolivia se había pronunciado en contra de la Confederación
Perú-Boliviana
y destituía del Gobierno al general Santa Cruz.

Incomunicado del resto del mundo y crédulo por naturaleza, el almirante habría terminado por tragarse y celebrar aquellas fabulosas noticias, de no haber sido porque uno de sus informantes, dejándose llevar de su afán de dar mayor verosimilitud a lo que estaban afirmando, no hubiera agregado irreflexivamente:

—No nos queda, pues, sino congratularnos por la destitución del general Santa Cruz y la designación, en su reemplazo, del señor Ventura Blanco Encalada.

Fue un desliz irreparable, propio de gente sin adiestramiento que repetía una lección mal aprendida. Ventura Blanco Encalada era nada menos que el hermano del almirante y, aunque nacido en Bolivia, era poco conocido allí por haber residido desde niño en Argentina, en donde sí figuraba como personaje destacado.

La estratagema para hacer creer al almirante que el Ejército del Sur estaba destruido y Santa Cruz derrocado quedaba develada como una burda falsedad por la torpeza de uno de los encargados de ponerla en práctica.

—¡Basta, señores embusteros! —los acalló Blanco Encalada, y llamando a un grupo de guardias, los hizo arrestar con el propósito de juzgarlos severamente en Arequipa.

El sol comenzaba a oblicuar, prestando mayor grandiosidad a las cumbres de los tres volcanes que señorean Arequipa, cuando el general Aldunate sacó su caballo del centro del camino y lo detuvo a un costado para dejar paso libre al batallón «Portales».

—Comandante García, hasta aquí los acompaño —dijo al jefe del batallón cuando éste pasaba frente a él—. Estamos a las puertas de Arequipa. Ya sabe la consigna: entre a la ciudad y apodérese de ella como sea.

—¡A sus órdenes, mi general!

Manuel García se apoyó en los estribos y se volvió a sus hombres agitando su sable desnudo.

—¡Batallón «Portales», desplegado en guerrillas, adelante!

La masa de soldados pareció cobrar bríos especiales al verse ya liberados de la férula del general Aldunate y entregada a la sola dirección de su fiero comandante. Sin que mediara orden alguna, comenzaron a trotar con el fusil en ristre y la bayoneta calada.

El general Aldunate no podía ocultar un gesto de alarma al verlos progresar saltando zanjas y aplastando los cañaverales que brotaban en la orilla del río Chili, que los separaba del poblado. A las seis de la tarde todo el batallón estaba emplazado al borde de la lenta corriente, oteando hacia la,, ciudad. En ésta reinaba un silencio absoluto e inquietante. Cuatro exploradores reptaron hasta el puente, en previsión de una emboscada, y regresaron pronto informando que no había peligro visible. Fue la última precaución. Después García levantó su sable y todos sus hombres, movidos por un impulso simultáneo, se lanzaron a la carrera a cruzar el río, unos por el puente, la mayoría vadeando las aguas con los fusiles en alto. Sin aminorar su velocidad lo cruzaron y se diseminaron por distintas calles, todos con las miradas atentas a los balcones y tejados, desde donde podían fusilarlos tiradores escondidos. Fue su avance como una marea silenciosa que abarcaba un ancho espacio,

inundando la ciudad por todas las calles tendidas de poniente a oriente.

El comandante García avanzaba al frente de la primera compañía por la calle principal, cuando divisó en el centro de ella a tres hombres viejos y decentemente vestidos, que los contenían con los brazos en alto. El jefe del «Portales» los contempló con las cejas alzadas, atisbando al mismo tiempo hacia las casas de ambos costados. Como viera que todas las celosías estaban cerradas y los techos despejados, dio la orden de alto.

—No disparen, señor oficial —le imploró uno de los viejos—. Somos gente de paz.

—Identifíquense y digan qué desean —los conminó García secamente.

—Soy el gobernador de Arequipa, José Rivero, y mis acompañantes son los secretarios de la Gobernación —le respondió el personaje con acento plañidero—. Detenga usted a sus tropas, señor comandante. No es necesario que entren a la ciudad en son de guerra. Arequipa se rinde.

García parecía no escucharle. Empinado en los estribos, observaba a lo largo de la calle hasta el fondo de ella. Pero al mismo tiempo sus oídos estaban atentos a los ruidos de las calles laterales. Trataba de adivinar la forma en que irían penetrando sus demás compañías por los barrios vecinos, aunque hasta ese instante no se oía ni un grito, ni un disparo.

—¿Dónde está la guarnición militar de Arequipa? —inquirió.

—En Puquina, a catorce leguas de aquí —le informó otro de los parlamentarios—. No hay soldados en la ciudad y nadie opondrá resistencia. Por el contrario, el pueblo se ha reunido en la plaza para recibir a ustedes.

—¿Para recibirnos? ¡Ah!… —García exhibió la sonrisa que, por causa de la cicatriz de su labio superior, se veía siniestra—. Señor gobernador, yo tengo mis principios propios y unas grandes narices. Le aseguro que jamás nadie me ha llevado a una emboscada. De modo que si no veo que su pueblo está con las manos desnudas y sin armas, procederé como acostumbro. Además, si desean evitar que los soldados míos, que avanzan por otras calles, caigan sobre esas gentes, apresúrense a trotar delante de nosotros para que alcancemos a llegar los primeros e impedir alguna escena

desagradable.

Los tres personajes se miraron asustados y girando sobre sus talones echaron a andar lo más aprisa que podían. Pero la medida era tardía. No habían andado muchos pasos cuando, casi simultáneamente, en las calles paralelas de ambos lados comenzaron a oírse estridentes gritos de mujeres y feroces carcajadas, que más parecían aullidos de fieras. Eran los soldados del «Portales» que comenzaban a cobrar sus presas.

El comandante García tuvo el propósito de espolear su caballo, pero se contuvo. La guerra era la guerra, según sus conceptos. Y demasiadas penalidades habían sufrido sus hombres para privarlos siquiera de unos minutos de entretención. En cambio, los personajes que lo guiaban volvieron a él sus rostros espantados y uno de ellos clamó con desesperación:

—¡Por caridad, señor comandante, apresúrese a aplacar a sus soldados!

Pero el áspero veterano prosiguió impertérrito, igual que si no oyera el griterío femenil en aumento. En lugar de apresurar la marcha, se volvió a su ayudante y le ordenó, de modo que la mayor parte de sus hombres lo oyera:

—Nadie quite el dedo del gatillo y a la primera manifestación sospechosa, todos cargamos sobre los que se nos pongan por delante.

La columna seguía marchando a compás, a pesar de que los rostros de los soldados mostraban muecas y rictus que delataban cómo los gritos de las mujeres los estaban trastornando. Con grandes dificultades, el mayor Tocornal, el capitán Guarda y los sargentos conseguían mantenerlos en la formación, detrás del caballo del comandante. Pero resoplaban, bufaban, entrechocaban los dientes y los ojos les relampagueaban. Seguir manteniendo la disciplina en esas condiciones iba a ser imposible a corto plazo, de modo que García picó a su caballo para hacerlo trotar. Ya faltaba sólo una cuadra para llegar a la plaza y en ella se veía una densa muchedumbre, la mayor parte envuelta en mantas obscuras, hombres y mujeres. Era una multitud quieta y silenciosa, indudablemente aterrada.

—Casi todos son mujeres y niños —cuchicheó el mayor Tocornal a su comandante—. Tenemos que protegerlos.

—Los soldados disfrazados con mantas pueden parecer mujeres mirados desde lejos —le respondió García.

—Pero los niños no, mi comandante.

García lanzó una carcajada.

—Salvo que fueran soldados enanos —comentó—. Tiene usted razón por primera vez, mayor. Es puro pueblo y lleno de miedo. Vamos a tratar de que no sufran demasiadas calamidades. ¡Corneta González y tambor Rojas, comiencen a tocar un compás de marcha!

Los aludidos principiaron a hacer sonar sus instrumentos al instante, disparatadamente por obra de la sorpresiva orden. Pero el ruido de los instrumentos apagaba en parte el griterío de hombres y mujeres que brotaba de las calles vecinas.

—¡Compañía, atención!… ¡Paso de desfile…, de frente…, maaar!

La voz tajante de García volvió a someter a la disciplina a sus hombres, a punto de desbandarse. Y aunque todos sus instintos los inclinaban a arrancarse de las filas y correr hacia los sitios en donde se oían los chillidos de mujer, siguieron la marcha acompasando sus trancos a los redobles del tambor.

En cambio, el comandante García disfrutaba del sádico placer del mando indiscutido.

—¡Firme el paso, sereno el rostro!… ¡Marciales y dignos, como mis antiguos soldados del «1.º de Infantería de Chile»!… Así, ¡altivamente! ¡Er, dos!… ¡Er, dos!… ¡Er, dos!…

La posesión de Arequipa se completó en menos de una hora. Pero lo difícil fue restablecer la calma en la ciudad dominada. Durante la noche entera los capitanes, tenientes y sargentos, al frente de pequeñas patrullas, tuvieron que ir sacando a la fuerza a los soldados del batallón, que se habían apoderado de casas, de mujeres, de cantinas y almacenes. Sin embargo, en las primeras horas de la mañana el batallón estaba reunido en su totalidad en el centro de la plaza. Manuel García les pasó severa revista, contándolos uno a uno y propinando numerosos puntapiés y planazos con su sable a los que llegaron demasiado descompuestos. Su ayudante iba al lado suyo anotando futuros y terribles castigos, pero cuando terminó la revisión el comandante le reclamó la lista y con disimulo hizo una pelotilla con ella y la arrojó a una acequia. Trataba de mantener su apariencia temible, pero estaba contento y

se le notaba en el brillo de sus ojos sarcásticos.

Después no hubo más contratiempos. La población se sometió, sumida en un amedrentado silencio. No tardó en saber el comandante García que aquella pobre gente estaba entre dos fuegos. Por órdenes emanadas del propio general Santa Cruz debían entregarse sin resistencia y, por otro lado, las armas de los soldados chilenos eran una amenaza cierta.

Entretanto, el general Cerdeña, retirado hasta Puquina con sus tropas, enviaba un mensajero tras otro a todos los cantones donde acuartelaban fuerzas bolivianas y peruanas, ordenándoles converger rápidamente sobre ese pueblo. Estos mensajes fueron conocidos por el almirante Blanco, gracias al arresto de algunos de los emisarios, pero no les dio la importancia que tenían. Ocupada Arequipa por el batallón «Portales», mantuvo al resto del ejército en Challapampa y autorizó a los generales emigrados de la «Columna Peruana» para que establecieran un gobierno provisional en la «Ciudad Blanca».

Estos reunieron un comicio público en la Plaza Mayor y procedieron a realizar una elección simbólica. Fue, en verdad, una farsa sin base alguna. Se eligió Presidente Provisional del Perú al general Antonio Lafuente, quien nombró Ministro de Gobierno al señor Felipe Pardo y prefecto de Arequipa al general Ramón Castilla.

Inmediatamente después, el general Lafuente promulgó un edicto exigiendo a todos los funcionarios del departamento retornar a sus labores, bajo pena de perder sus empleos. Pero pocos o ninguno hizo caso de dicho edicto. El pueblo se sometía, era cierto, mas envolvía al Gobierno Provisional y al Ejército Restaurador en una atmósfera de frialdad impenetrable. Obviamente, esa actitud obedecía a órdenes emanadas del caudillo de la sierra, ya que sólo una mente astuta como la suya podía calcular las consecuencias irremediables que esa resistencia pasiva iba a acarrear al Ejército Restaurador.

Estas no tardaron en hacerse presentes. El nuevo prefecto de Arequipa, general Castilla, se vio forzado a comunicar a Blanco Encalada que la ciudad no podría alimentar a la tropa más de veinte días. Parecía un absurdo que una población de cerca de treinta mil almas, situada en una zona de generosa agricultura, no pudiera sustentar a poco más de tres mil hombres. Pero era la verdad. Los

almacenes habían sido vaciados misteriosamente y los frutos de las granjas arrancados en verde.

—La conclusión se desprende por sí misma, señor almirante —remató el prefecto—. Hay que continuar el avance más allá de Arequipa, apoderarse rápido de Puno, Juliaca o el Cuzco, y en especial de Puquina.

Pero esa maniobra se hacía igualmente imposible. No se disponía de caballería suficiente para emprender el ascenso a la alta sierra. Consultado el general Aldunate, respondió con una malhumorada negativa. Aunque había enviado al comandante Mayo a Camaná en busca de caballos, no era dable pensar en una movilización acelerada, ya que esos caballos, así como los escasos que poseía el ejército, estaban sin herrar. Era cierto que en Arequipa existían cuarenta y ocho herreros y mariscales, que podrían fabricar las herraduras suficientes en pocos días, pero para ello sería preciso acuartelarlos y requisarles sus fraguas y yunques, coacción que fue rechazada por el almirante.

—Eso equivaldría a aprisionar a esos cuarenta y ocho hombres.

—Estamos en guerra, señor —le recordó hoscamente Aldunate.

—No, general —le rebatió Blanco Encalada, obstinándose en no ver la evidencia—. Estamos en guerra contra la Confederación, mas no con el pueblo peruano.

—Pero, general Blanco, comprenda que estamos sentados sobre el cráter de un volcán —intentó hacerle entender el jefe del Estado Mayor, en el colmo de la impaciencia—. El general Cerdeña está concentrando tropas con toda urgencia en Puquina. Si nos demoramos en actuar, cuando intentemos hacerlo, ya estaremos rodeados por un ejército mucho más poderoso que el nuestro.

Pero todo razonamiento se estrellaba contra la idea fija del almirante: una sola gran batalla en que se decidiera la guerra. No podía desprenderse de su mentalidad de marino y veía la concentración de los dos ejércitos, con todos sus elementos, enfrentados al igual que dos escuadras enemigas en alta mar. Y guiado por esa idea, se disponía a abastecer al Ejército Restaurador con la caballería suficiente, sin importarle el tiempo que eso exigiera, ya que estaba resuelto a provocar la gran batalla en Arequipa o sus alrededores.

Todos los jefes del Estado Mayor y también los de la «Columna

Peruana» estaban aturdidos por el desconcierto. Siempre habían creído que la guerra sería ofensiva, una persecución de Santa Cruz hasta sus más altos bastiones en Bolivia, y la descabellada idea de Blanco Encalada de convocarlo, ilusamente, a un enfrentamiento en la campiña arequipeña se les representaba como un desastre seguro. Más aún cuando el enemigo se burlaba abiertamente de todos ellos.

Una mañana, un personaje invisible se atrevió a deslizar una carta del general Cerdeña por entre los barrotes del Cuartel General. Eran apenas unos renglones que decían:

«Señor General en Jefe del ejército invasor: Como tengo fundados motivos para suponer que usted y su ejército no gozarán de todas las comodidades que se merecen en Arequipa, me permito ofrecer a usted que ocupe para su vivienda mi casa habitación ubicada en la Plaza Mayor de la ciudad. Allí encontrará todo lo que su dignidad se merece».

La mencionada residencia estaba vacía, sin un mueble y con los suelos cubiertos de inmundicias.

Fue inútil tratar de encontrar al ser que se había arriesgado a deslizar la sarcástica nota dentro del cuartel. Era evidente que todos los pobladores, hombres y mujeres, eran espías en potencia, que consideraban a los chilenos unos enemigos a los que había que perjudicar por todos los medios.

En cambio, el almirante Blanco, enterado de que la esposa del general Cerdeña estaba asilada en el Consulado de Inglaterra, envió al coronel Sutcliffe a ofrecerle que, si lo deseaba, podía abandonar su refugio y vivir en su propia casa en completa libertad.

La vida del Ejército Restaurador prosiguió en una irritante inactividad, acampado en Challapampa, a media legua de Arequipa. Tan sólo la escolta del General en Jefe y el batallón «Portales» montaban guardia en la ciudad. Incesantes rumores sobre movimientos de tropas en los lugares más opuestos de la región llegaban todos los días al cuartel donde se reunía el comando chileno, pero el almirante no se preocupaba de investigarlos, convencido *a priori* de que todos eran falsos. Cierto era que los arequipeños, haciendo causa común con el general Cerdeña, que obedecía instrucciones directas del mariscal Santa Cruz, echaban a correr noticias falsas todos los días, pero eso se ceñía a la sagaz estrategia de aturdir a los chilenos y de ocultar los verdaderos

movimientos de las fuerzas confederadas.

Los coroneles Wood y Sutcliffe, más duchos que sus compañeros en realizar indagatorias, se desesperaban ante la flema del almirante Blanco, llegando a dudar del buen funcionamiento de su cerebro.

—Esta mañana le informé que es absolutamente cierto que llegaron al campamento de Cerdeña dos escuadrones de caballería y un batallón de infantería venidos desde Juli, en el lago Titicaca. Asimismo, le comuniqué que pude enterarme por arrieros peruanos, que nada tienen que ver con la guerra, de que el batallón que el general López de Quiroga tenía en Tacna ha comenzado a movilizarse sobre Arequipa. Pero parece que no le inquietan estas noticias, sino que más bien lo alegran.

Siempre empecinado en resolver la contienda con una sola y gran batalla, el almirante sólo se preocupaba del herraje de los caballos, habiendo dejado entrever a Sutcliffe, en un momento de confianza, que lo hacía para no tener inconvenientes, en caso de verse obligado a ordenar la retirada a Quilca si se veía atacado por fuerzas superiores. Ahí radicaba lo paradojal y contradictorio de su actitud. Pudiendo aplastar fácilmente a los enemigos diseminados, les daba tiempo para aglomerarse en un solo bloque al dedicarse a preparar una retirada, en ese momento innecesaria.

Presintiendo el comandante García, al igual que los coroneles, cómo se iban cerrando en torno a Arequipa las hábiles mallas que tejía cual sigilosa araña el mariscal Santa Cruz, en tanto que pasaban los días sin que las fuerzas de ocupación tuvieran otra actividad que tocar retretas en la plaza para granjearse las simpatías de las jovencitas arequipeñas, decidió hablar francamente, en lenguaje de soldado, con el General en Jefe. Escogió la hora de la siesta, en que tenía mayor seguridad de encontrarlo desocupado, y se encaminó hacia la casa que ocupaba, a media cuadra de la plaza. Caminaba apegado a los muros, amparándose en la angosta franja de sombra que dejaba proyectarse el fuerte sol, cuando se percató de que la puerta estaba cerrada. Sin duda el general se hallaba en alguna de las herrerías comprobando el herraje de los caballos que comenzaban a traer de Camaná. Sin embargo, se llegó hasta la ancha puerta y tiró del agarradero que hacía sonar una campanilla en el interior. Repetía por segunda vez la maniobra, condenando la

imprudencia del almirante de no tener guardias en su alojamiento, cuando advirtió que dos cholos, que estaban a horcajadas sobre las bardas de la muralla, a unas cincuenta varas más allá, sin reparar en él, se dejaban caer al interior de la casa. Fue su instinto de soldado el que lo movilizó al instante. Sujetando la vaina de su sable con la mano izquierda, para no hacer ruido, corrió a lo largo del muro y llegando a un punto en que los adobes gastados le ofrecían un hueco a modo de pisadera trepó por él y se dejó caer al patio interior. Este era un huerto de tupida vegetación y cruzado por numerosas acequias bulliciosas, que apagaban el ruido de los pasos. Cuando se enderezó, alcanzó a divisar a los dos hombres que pasaban bajo un arco de adobes que comunicaba con el jardín principal. La osadía de aquellos ladrones o espías, que se atrevían a penetrar en pleno día en la casa del General en Jefe del Ejército chileno, prestaba una rabiosa agilidad a los movimientos del comandante. Saltando una tras otra las acequias, cruzó el huerto y pasó al jardín, en cuyo corredor se detuvo unos segundos para amartillar su pistola y buscar con la mirada, por entre los arbustos y macetas de flores, a sus perseguidos. Éstos iban directamente al despacho del almirante, denotando tener un conocimiento cabal de la casa.

El comandante pensó en dispararles desde allí mismo, pero la distancia era larga y no podía lanzar sino un tiro por cada vez. Además, creyó conveniente conocer las intenciones de los dos intrusos. Siguiendo los senderillos del jardín, agazapado entre las matas, cruzó por el centro y llegó hasta la habitación que Blanco Encalada usaba como escritorio. Pero los incursores habían cerrado la puerta tras sus espaldas, corriendo el cerrojo. Afortunadamente, ésta tenía un ventanillo enrejado, que permitió a García observar sus movimientos. Los dos hombres estaban inclinados sobre la mesa de trabajo del almirante y a manotones iban arrojando dentro de un saco todos los documentos que estaban sobre ella y en el interior de los cajones.

La confirmación de que se trataba de dos espías enfureció al fiero veterano, quien, sin pensarlo dos veces, arrojó todo el peso de su cuerpo contra la puerta. Pero ésta no cedió. Cuando, por fin, a puntapiés logró hacer saltar el pasador interior y penetró en el despacho, los intrusos se lanzaban a la calle por una ventana que

habían abierto precipitadamente, arrojando al suelo la bolsa llena de documentos.

García cruzó a la carrera la amplia habitación y saltó sobre el bajo alféizar con la agilidad de un potrillo.

Afuera, los cholos, descalzos y con escasas ropas, huían a tal velocidad, que tuvo que resignarse a la idea de que jamás podría darles alcance. Por lo tanto se inmovilizó rígidamente y apuntando con toda frialdad disparó sobre el más rezagado. Éste, herido en el centro de la espalda, abrió los brazos y rodó por el suelo. Aunque el comandante lo veía retorcerse con movimientos agónicos, recordando por instinto los ardides de los indios araucanos, desenvainó su sable y se acercó a él con precaución, dispuesto a rematarlo. Pero el espía estaba de veras malherido. Además, el estampido del disparo había despertado de su siesta a muchos de los vecinos, que comenzaban a asomarse a las ventanas y observaban la escena, algunos con horror, otros con rostros amenazantes. García comprendió la indefensión en que se hallaba y, cogiendo bruscamente al herido de las axilas, lo arrastró por la vereda hasta la ventana del despacho del almirante y, luego de arrojarlo hacia dentro y de penetrar él mismo, la cerró y atrancó.

—No me mate, señor general —gemía el hombre, hipando sangre. Estaba tumbado de lado, con una mejilla apegada a los ladrillos del suelo, y respiraba con gran dificultad. El militar le desgarró de un tirón la camisa por la espalda y le observó la herida. La bala le había abierto un amplia perforación por la cual le brotaba la sangre a borbotones; no cabía duda de que tenía un pulmón destrozado y estaba destinado a morir. Pero Manuel García había visto morir a muchos hombres en forma semejante y no se dejó perturbar. Para él, lo importante era saber qué propósito perseguían aquellos espías.

—¿Qué viniste a robar a esta casa? —le preguntó rudamente, levantándole la cabeza por los cabellos. Y como el moribundo no respondiera al punto, se la remeció hasta que abrió los ojos.

—Los documentos del ejército invasor —respondió el herido.

—¿Quién te envió?

—El general Herrera —balbuceó el hombre, casi sin voz, suplicando enseguida—: Un doctor, por caridad.

—¿El general Herrera, Presidente del Estado

Sur-Perú?
—insistió García, implacable.

El moribundo afirmó con un pestañeo, agregando:

—Sí, por orden del Supremo Protector Santa Cruz.

El comandante se dio cuenta de que el espía estaba ya al borde de la muerte y, como precisara hacerle aún algunas preguntas, confeccionó un moño con un extremo de la camisa ensangrentada y se lo embutió a modo de tapón dentro de la herida.

—¿Hay muchos espías bolivianos en Arequipa? —le inquirió, levantándole un poco más la cabeza para que respirara mejor. El herido apenas pudo responder con un signo afirmativo—. ¿Cuál era tu misión principal?

El hombre ya casi no podía articular palabra, pero García estaba rabiosamente resuelto a obtener una respuesta y le repitió varias veces su interrogación. Por fin, el moribundo abrió la boca y fue dejando caer sus palabras con pausas dolorosas:

—Matar al jefe… del ejército invasor.

—¿Los demás espías tienen misiones parecidas?

El agónico afirmó. Como se le cerraran los ojos y la respiración empezara a resonarle dentro del pecho como ramas quebradas, el comandante apresuró sus preguntas:

—Dime, ¿hay espías bolivianos mezclados con nuestras tropas?

La extraña pregunta dio fuerzas al moribundo para entreabrir sus párpados, y sus pupilas, que se iban opacando, tuvieron un leve tinte de maligno goce.

—Chilenos —declaró con un hilo de voz.

García se quedó rígido ante la revelación. Siempre lo había sospechado. Su olfato de viejo soldado no se engañaba.

—¡Dame siquiera el nombre de uno! —le exigió, aferrándolo de los hombros y levantándole el torso—. ¡Respóndeme, por todos los diablos! ¡Nombra a uno, siquiera al más importante!

El agonizante tenía ya los ojos cerrados definitivamente, pero el labio inferior le temblaba de modo convulsivo. Escurriéndole sangre por las comisuras de la boca, intentó hablar. El comandante se agachó hasta rozarle los labios con la oreja y alcanzó a oírle pronunciar unas palabras:

—El coronel… Antonio José… —la voz se le extinguió en un estertor doloroso y la cabeza le cayó hacia atrás igual que si se le

hubiese quebrado la columna.

García lo dejó con lentitud en el suelo y le cruzó las manos sobre el pecho. Luego, puesto de pie a su lado, lo contempló de modo compasivo.

—Pobre diablo —musitó sordamente—, ¡cuántos como tú tendrán que correr esta triste suerte por culpa de ese villano coronel Antonio José cuyo apellido no alcanzaste a darme! Pero ¡ay de él el día en que lo descubra y llegue a tenerlo entre mis manos!

Embargado por la terrible escena de que acababa de ser uno de los protagonistas, no se había percatado de que el zaguán de la casa se estaba llenando de jefes y oficiales chilenos, que acudían atraídos por los comentarios que habían echado a correr a gritos los vecinos. Ahí estaban el prefecto, general Castilla; el Presidente Provisional, general Lafuente; el general Aldunate y algunos de los oficiales de menor graduación, entre ellos Sutcliffe y Wood. El último en llegar fue el propio almirante Blanco Encalada.

Cuando todos ellos penetraron en el despacho donde yacía el muerto, el comandante del «Portales» les narró en breves palabras las confesiones que le hiciera, pero omitiendo la referente al nombre del principal espía introducido en el Ejército Restaurador. No obstante, cuando algunos soldados retiraron al muerto y se aquietó el ambiente, pidió a Blanco Encalada hablar a solas con él e hizo señas a Sutcliffe y Wood para que los acompañaran. En la habitación vecina les confió la última frase dicha por el moribundo. El General en Jefe no podía dar crédito a lo que oía, se negaba tercamente a hacerlo.

—Que pretendan matarme a mí y a los principales jefes no me parece inconcebible —aceptaba—, pero que existan entre nosotros mismos espías al servicio de Santa Cruz, se me hace inadmisible. Y mucho más, que el principal de ellos sea un coronel.

—Y un coronel cuyos nombres de pila son Antonio José —le recalcó con marcada intención el coronel Wood. Y observando que el almirante repetía esos nombres sin que pareciera asociarlos a un apellido, le espetó agresivamente—: ¿Pero no le salta a la vista de quién se trata, señor? Escuche usted: ¡Coronel Antonio José… de Irisarri!

El almirante, que estaba absorto repasando otros nombres, dio un respingo y se volvió hacia Wood con las pupilas desencajadas

por el estupor y la cólera.

—¡Calle usted!… ¿Está loco?… ¿Cómo se atreve a suponer que el plenipotenciario chileno…?

—¡Chileno no, mi general; guatemalteco! Y ni aun eso, porque su patria le retiró su nacionalidad por falso, por…

El almirante estaba completamente fuera de sí.

—¡Coronel Wood, le prohíbo en forma perentoria volver a repetir lo que ha dicho! —le expresó manejando con dificultad su voz—. El coronel Irisarri es mi asesor y el plenipotenciario de Chile. Está fuera de toda morbosa sospecha.

Carlos Wood estaba semiagachado, con los brazos tensos, igual que alguien que se dispone a luchar. Pero su control era tan poderoso como su ira y, después de una pausa que pareció interminable, fue aflojando sus músculos y adoptó una actitud digna, aunque no del todo respetuosa.

—Usted ordena, mi general —se limitó a expresar con ronco acento, e inclinó la cabeza. Luego giró sobre sus talones y se retiró.

La certeza de que se hallaban rodeados de espías y de que éstos tenían la misión de intentar eliminar a los principales conductores del Ejército Restaurador, movió al almirante Blanco Encalada a rodear al comando de las fuerzas con todas las tropas, levantando un campamento estrictamente vigilado en las vecindades de Arequipa. Por consejo de los jefes de la «Columna Peruana» resolvió establecerse en una pampilla cercana denominada Campiña de Miraflores. Pero antes de movilizar al ejército a ese sitio, hizo acudir a su presencia a los coroneles Sutcliffe y Wood. Aparentaba calma, pero a lo largo de toda la conferencia sólo se dirigió a Sutcliffe:

—Ustedes son conocidos como buenos dibujantes y expertos reconocedores de terrenos —les dijo—. Me han indicado que al nordeste de Arequipa, a un cuarto de legua, está la Campiña de Miraflores, la que me aseguraron es el lugar más aparente para acampar a nuestro ejército. Quiero que ustedes, acompañados por cuarenta hombres, vayan a ese lugar y levanten planos detallados.

—¡A su orden, mi general! —acató Sutcliffe, consultándole enseguida—: ¿De qué batallón solicitaremos esos hombres?

—De ninguno —le respondió, indiferente, el general—. Serán cuarenta hombres de las milicias que ha organizado el general

Castilla para mantener el orden en la ciudad.

Los dos coroneles volvieron a poner en duda la salud mental del almirante. Enviarlos acompañados por cuarenta civiles de Arequipa, la mayoría de los cuales debían ser espías enemigos, equivalía a mandarlos a un desastre inmerecido. Pero, después de la borrascosa escena de la tarde, ninguno quiso oponerle objeciones, a fin de no aparecer como cobardes. Además, el almirante les ofrecía una explicación que a él le parecía justa y lógica:

—No puedo distraer un número tan considerable de soldados. Por otra parte, una patrulla armada despertaría odiosidades entre los pobladores cercanos a la Campiña de Miraflores, y no deseo incidentes. Así, pues, ustedes irán al mando de esos cuarenta milicianos, que son probadamente fieles al Gobierno Provisional del general Lafuente. Hagan planos de la región, levanten los croquis necesarios y regresen antes de tres días.

Los dos coroneles se cuadraron militarmente y abandonaron el despacho sin decir una sola palabra. Pero, igual que si estuvieran unidos por una comunicación telepática, se dirigieron sin vacilaciones al cuartel del «Portales».

El comandante García los escuchó con sus peludas manos apoyadas sobre un escritorio, que había sacado de la casa cural para su uso, y su opinión sobre la orden del almirante se resumió en escasas palabras:

—Es como exigirles que se mantengan tres días con la cabeza metida dentro del hocico de un león. Pero, aunque órdenes son órdenes, siempre existe alguna triquiñuela para disminuir el peligro, cuando constituyen un disparate.

—Exacto. Por eso hemos acudido a usted —reconoció Sutcliffe.

—¿Desean que les mande todos los días algunos hombres míos vestidos de civil para que vean si necesitan ayuda? Pues, se los mando y se acabó. Y si puedo, iré yo mismo con ellos. Partan tranquilos, que el «Portales» los estará protegiendo.

El trabajo de los dos coroneles en la Campiña de Miraflores fue una dura prueba para sus nervios. Prácticamente, dibujaban con un solo ojo, mientras que con el otro espiaban las acciones de los cuarenta hombres «leales» encargados de protegerlos. Estos, el primer día sólo se preocuparon de comer. En alguna de las granjas de las cercanías consiguieron o requisaron una ternera y la asaron

en el centro de la pampilla, sin preocuparse de colocar centinelas en las colinas circundantes, como hubiera correspondido a su misión.

Sutcliffe y Wood se dividieron el área de la Campiña en dos mitades y trabajaron aceleradamente en mensurar su extensión y levantar perfiles de su topografía. La habilidad de ambos como dibujantes les permitía avanzar con extrema rapidez en su labor. En la tarde del segundo día se hallaban enfrascados en su tarea, ya más próximos uno del otro, cuando ambos al mismo tiempo descubrieron la aparición de grupos de jinetes armados sobre el filo de las colinas. Fingiendo consultarse detalles relativos a su actividad, se reunieron junto al caballete de Wood.

—Carlos, temo que nos van a dar una sorpresa —le cuchicheó Sutcliffe—. Es la tercera vez que los veo asomarse sobre la pampilla. Y son soldados bolivianos, sin duda, a pesar de los ponchos con que se encubren.

—Esta noche concluiremos nuestro trabajo dentro de las tiendas, de memoria y a la luz de las lámparas. El instinto me avisa que vamos a desembocar en una aventura peligrosa. Mantón siempre tu pistola y tu fusil cargados, hasta durmiendo.

—Así lo hago —afirmó Sutcliffe, y se rascó la patilla rizosa, pensativo—. No me explico por qué el comandante García no nos cumplió.

—Tal vez lo ha hecho y nosotros no nos hemos percatado —le rebatió Wood, más confiado—. Bien sabes qué viejo zorro es García.

De súbito, un sonido prolongado, bronco y armónico, los interrumpió. Lo habían oído ya varias veces durante el día y en la noche anterior. Pero ahora pudieron percatarse de dónde provenía. Uno de los jinetes perfilados sobre una colina soplaba, a modo de corneta, en una gran caracola marina. Eran los famosos «pututus» con que se comunicaban los guerreros del altiplano desde tiempos ancestrales.

—Es un llamado a otras patrullas —dedujo Wood— o una orden para los cuarenta hombres que nos acompañan.

En efecto, los milicianos de Arequipa se mantenían inmóviles contemplando a los misteriosos jinetes y, luego que éstos desaparecieron, se entregaron a sigilosos comentarios entre ellos.

—Sigamos dibujando como si no nos hubiéramos percatado de nada —discurrió Sutcliffe—. Parece que el golpe no va a ser

todavía. Pero esta noche terminaremos nuestro trabajo y nos escurriremos de la tienda como culebras.

Era poco menos de la medianoche cuando Sutcliffe concluyó su parte de la faena. El coronel Wood trabajaba afanosamente en la suya bajo la luz de la lámpara. Con el tablero de dibujo apoyado en las rodillas, iba aplicando acuarela a los croquis que había levantado. Su alma de artista le impedía hacer una labor a medias y su mano fina trazaba hábiles pinceladas, indiferente al peligro. Estaba ya dando los últimos toques, cuando volvió a sonar la trompa boliviana, pero esta vez a muy corta distancia.

—Están rodeándonos, Carlos —musitó nerviosamente Sutcliffe —. Deben hallarse emboscados en el bosquecillo que existe a la derecha de la tienda.

No terminaba de hablar cuando se oyeron vagos crujidos de yerbas aplastadas por las ojotas de numerosos hombres que se iban acercando con sigilo.

—¡Apaga la lámpara! —chistó Wood, dejando sus dibujos en tierra y cogiendo el fusil que tenía apoyado en el puntal de la carpa.

Su compañero lo hizo de un soplido y en el mayor silencio separó la juntura de la entrada y miró al exterior.

—¡Por todos los diablos! —susurró a Wood—. Estos macacos nos tienen rodeados. Están formados en círculo en torno a la tienda y con los fusiles en ristre, como esperando la orden de disparar.

—¡Prepara tu rifle, Tomás! ¡Vamos a anticiparnos a ellos!

De un salto, los coroneles se lanzaron fuera de la tienda y apuntaron a las cabezas de los hombres que parecían dirigir a los acosadores. Eran los propios cuarenta milicianos del general Castilla y no bolivianos los que intentaban matarlos. Pero una cosa era disparar a ciegas, protegidos por el anonimato del grupo, contra dos hombres invisibles dentro de una carpa y otra mucho más difícil hacerlo fríamente contra dos coroneles del ejército chileno, armados y resueltos. Su brusca aparición los desconcertó y varios retrocedieron.

Sutcliffe captó aquella vacilación y la aprovechó al punto. Apuntando su fusil casi hasta tocar el rostro del que tenía al frente, le ordenó tajante:

—¡Al suelo ese rifle o te vuelo la cabeza!

Wood hizo lo mismo con el más cercano, gritando al mismo

tiempo a los demás:

—¿Que no han oído, manada de traidores? ¡Arrojen los rifles!

—No somos traidores —protestó el amenazado por Sutcliffe, sin arriesgar un movimiento, pero reteniendo su arma—. Sólo nos volvemos contra los invasores de nuestra patria. Luchamos por expulsarlos y lo conseguiremos con la ayuda del Protector.

—¿Van a pasarse a las líneas de Santa Cruz?

—Sí. Y ustedes vendrán con nosotros, como prisioneros, o los mataremos aquí mismo.

—¿Tú eres el jefe de esta partida? —le inquirió Sutcliffe, silbándole la voz entre los dientes.

—Sí —le respondió el hombre en tono desafiante.

Casi simultáneo con la afirmación se oyó el disparo. Sutcliffe había apretado el gatillo destrozándole la cabeza. La acción fue tan inesperada y brutal, que los acosadores no tuvieron sino una reacción de espanto. Sangre, carne, masa encefálica, se habían derramado como una lluvia atroz sobre los más próximos, que retrocedieron atropellando a los de más atrás. Y antes que alguno pudiera abrirse paso entre la confusión para disparar sobre los chilenos, Wood había derribado de un culatazo en el cráneo al que enfocaba con su fusil y ahora tenía frente a su mira a un tercero.

—¡El que haga el menor movimiento correrá la misma suerte que estos traidores!

Era una bravata absurda que no habría podido mantenerse más allá de unos segundos, pero en ese instante preciso, denotando que estaban al acecho, se oyeron unos tiros en la colina que los separaba de Arequipa y el vibrante son de una corneta.

—¡La caballería chilena! —gritó Sutcliffe, triunfalmente, aunque no tenía seguridad alguna de que lo fuera. Pero su afirmación bastó para colmar el pánico de los que acababan de ver caer a sus jefes. Repitiendo, aterrados, «¡La caballería chilena!», huyeron de estampida a ocultarse en el obscuro bosquecillo situado detrás de la carpa.

—¡Al suelo, Tomás! —dijo precipitadamente Wood, arrastrando a su compañero, y ambos se hundieron entre las yerbas con los rostros apegados a la tierra—. Esos condenados pueden disparar al bulto en su huida o los que llegan tomarnos a nosotros como enemigos.

—Gritemos para que nos ubiquen los nuestros —le propuso Sutcliffe, pero su amigo le cubrió la boca antes que lo hiciera.

—Dije que era la caballería chilena, pero no estoy seguro —le susurró—. Pueden ser jinetes bolivianos. Esperemos a que pasen y nos escabulliremos hasta el estero.

El rumor de los cascos de los caballos se acercaba en medio de la obscuridad y de pronto cesó. No existía señal alguna de orientación y se habían extinguido todos los ruidos. Después de unos segundos interminables, se oyó una voz llamando con discreción:

—¡Coronel Sutcliffe!… ¡Coronel Wood!… ¿Dónde demonios se han metido?

Era el inconfundible vozarrón del comandante García.

—¿Los habrán matado, mi comandante? —acotó el corneta González.

Los dos jefes se pusieron de pie entonces y avanzaron hacia donde oían el pataleo de los caballos.

—¡Aquí, comandante! ¡Aquí! —señaló Sutcliffe, agitando los brazos, y como viera avanzar las sombras hacia ellos, agregó—: Por poco nos encuentran hechos cribas.

—¿Qué les pasó? —Manuel García estaba frente a ellos escoltado por una media docena de soldados—. Oímos un disparo y nos descolgamos al galope. Estábamos, como las noches anteriores, sobre la colina.

Sutcliffe le narró en breves frases el incidente del que acababan de librarse y le señaló la dirección en que huyeron sus atacantes.

—Podríamos alcanzarlos en pocos minutos, comandante —le sugirió, a lo que García respondió con una risa seca:

—No sabe usted el avispero en que estamos metidos, mi coronel. Estos campos están repletos de soldados bolivianos y de montoneros peruanos. Hemos divisado, cuando menos, a cinco patrullas de jinetes entre esta pampilla y el camino a Pocsi. Lo mejor que podemos hacer es desaparecer cuanto antes de aquí. Recojan sus inútiles croquis, coroneles, y ¡a caballo! No hay tiempo que perder. En el camino de regreso les iré contando las novedades que se han producido en el tiempo que estuvieron fuera. ¡Vamos!

Las informaciones que les proporcionó el comandante García no podían ser más desalentadoras. La tropa estaba resentida y a punto de amotinarse. Los comandantes del «Valdivia» y del «Colchagua»

habían acudido dos veces a Arequipa para hacer ver al almirante cuán perniciosa era la inmovilidad en que se la mantenía. Pero el General en Jefe, según García, estaba procediendo como un subteniente.

—¡Cómo lo está haciendo leso el enemigo! Le ha mandado dos parlamentarios a decirle vaciedades y él escucha que te escucha con santa paciencia. ¿Es posible que no se dé cuenta de que le está emborrachando la perdiz, para dar tiempo a que lleguen las tropas que tiene en distintos puntos del Perú y de Bolivia?

—¿Han tenido informaciones sobre los movimientos de esas tropas enemigas, comandante? —quiso saber Wood.

García prorrumpió en carcajadas que, aunque asordinadas, se amplificaron en la noche.

—Los espías que manda a informarse el Gobierno Provisional del general Lafuente son tan leales a nuestro ejército como esos cuarenta bellacos que les dieron de escolta a ustedes. Imagínense la de infundios y mentiras que cuentan. Y, como consecuencia, nuestras patrullas corren de un lado a otro, como perros con pulgas, sin encontrar nunca las concentraciones enemigas. Lo único que sabemos de cierto, porque le conviene a Santa Cruz que lo sepamos, es que una montonera nos cortó el camino de retirada hacia la costa.

Era lo más grave que podía suceder y Sutcliffe no pudo menos que expresar su protesta por la incalificable imprevisión del comando chileno.

—Hay que estar malo de la cabeza para suponer que el enemigo es tan idiota como para no hacer lo que es elemental —opinó García —. Nos cortaron el camino a la costa, sí, señores. Y el almirante Blanco no ha discurrido nada mejor que mandar al comandante Espinoza, con noventa reclutas de la «Columna Peruana», a despejar el paso a Quilca y hacer, de pasada, unas entradas a Chuquibamba y Majes para recolectar caballos.

Cabalgaron unos instantes en silencio y de pronto Wood resumió su pensamiento en una frase amarga:

—Todo esto es un desastre, ¿no es así, comandante?

—¡Hum! —gruñó el veterano—. En mi opinión, parece que el almirante sabe tanto de conducir un ejército en tierra como yo de pilotear un buque en el mar.

Se acercaban a Arequipa envueltos en la noche obscura y aún tuvieron oportunidad de oír una vez más el son bronco de las trompas bolivianas.

—Ya lo comprueban ustedes —comentó García—. Las patrullas enemigas ahora se arriesgan hasta las goteras de la ciudad. ¿Y nuestro comando? Muy bien, gracias. Señores coroneles —sonrió con mordacidad—, Arequipa se está convirtiendo en una linda marmita, que va a hervir muy pronto…, porque le atracarán fuego por los cuatro costados.

Por fin, el 20 de octubre, el Ejército Restaurador abandonó Challapampa y estableció su campamento en la Campiña de Miraflores, a la vista de Arequipa. El descontento en el ejército crecía, sin embargo, y las buenas relaciones mantenidas hasta entonces entre el comando chileno y los generales peruanos que constituían el Gobierno Provisional instalado en la ciudad se deterioraban a simple vista. Agravando la situación, los pobladores de la zona comenzaban a juzgar la inactividad de las tropas de ocupación como un signo de incapacidad o de cobardía.

Pero el almirante Blanco se mantenía sordo a toda advertencia, afirmándose en las opiniones del coronel Irisarri, con quien permanecía encerrado la mayor parte del tiempo y en cuya compañía había recibido a los tres parlamentarios que le enviara el general Cerdeña desde Puquina.

Sólo un hecho, inesperado, vino a romper la tensa monotonía imperante durante las últimas semanas. Fue la llegada del borrascoso batallón de presidiarios y mineros coquimbanos mandado por el sargento mayor Frigolet, un gigante flaco y pelirrojo, al cual se le atribuían las más atrabiliarias aventuras. Habiendo cumplido la misión que se le encomendara de apoderarse de Cobija, aunque fracasando en su intento de soliviantar a las tropas del litoral contra el mariscal Santa Cruz, realizó enseguida la marcha más inverosímil a través de los desiertos de Tarapacá y de Locumba y por sobre las montañas inhóspitas de Moquegua y del sur del departamento de Arequipa. Llegaba con su tropa en harapos, desgreñados y barbudos desde el jefe hasta el último soldado, pero en buen pie de fortaleza, lo que permitía adivinar los procedimientos que debieron emplear para subsistir a su paso por los poblados que hallaron en su ruta. Parecían una cuadrilla de

vándalos y hasta el fogueado comandante García esbozó una mueca de alarma al verlos incorporarse al campamento. No obstante, fuese cual fuere la condición del contingente del mayor Frigolet, venía a elevar el número del ejército a 3374 soldados. Era un motivo de relativo alivio.

—Cuando nos toque atacar, me gustaría llevar paralelo a mi batallón al de Frigolet —comentó García a su ayudante—. A esos demonios no los detiene ni Cristo.

Pero el ligero alivio se vio anulado, casi inmediatamente, por una noticia que trajo a mata caballo el propio ordenanza del almirante Blanco, el soldado Pascual Rojas, que partiera acompañando al destacamento del comandante Espinoza en su incursión sobre Camaná y Majes. Era un mensaje verbal y secreto, que obligó a Blanco Encalada a interrumpir una conferencia que realizaba con su Estado Mayor.

—¿Cómo es que Espinoza me envía un informe verbal? —regañó el almirante a su extenuado ordenanza—. ¿Acaso no logró batir a los montoneros que nos interceptan el paso a la costa?

—A los montoneros sí, mi general —le explicó con aspecto atribulado el mensajero—, pero a los otros no, no había caso.

—¿A los otros? ¿A quiénes te refieres, por mil diablos?

El ordenanza tomó aliento, temeroso de la reacción de su jefe al enterarse del mensaje. Pero tuvo que resolverse a revelarlo.

—Los otros son las avanzadas del ejército del general Vigil, que partieron de Lima y fueron reforzadas en Ica, señor.

Si un polvorazo hubiese estallado a los pies del almirante no le habría causado un efecto más impresionante. La aparición del ejército del centro del Perú era lo que menos esperaba y lo que más temía. Eso significaba la conflagración total, la suma de todas las fuerzas de la Confederación establecidas en territorio peruano. Si a ellas llegaban a unirse también las que el mariscal Santa Cruz tenía bajo su propio mando en Bolivia… No se atrevía ni a imaginar las consecuencias.

—Chocamos con esa vanguardia en Chuquibamba —seguía informándole el ordenanza—. Pero, por fortuna, los enemigos venían agotados por las marchas forzadas desde Lima y no pudieron perseguirnos. De no ser así, nos exterminan. Mi comandante Espinoza quedó soportándolos a la desesperada y replegándose

lentamente, mientras yo venía a traerle la noticia.

Antes de media hora, el General en Jefe había reunido a todos los comandantes de batallones y a los miembros de su Estado Mayor y les transmitió la comunicación que acababa de recibir, tratando de restarle gravedad. Pero los militares que lo escuchaban hacía ya bastantes semanas que observaban cómo se iba cerrando en torno de ellos un anillo de acero del cual no podrían escapar, y la batahola que se produjo en el despacho traspasó todos los límites de la disciplina. Las recriminaciones y reproches que los jefes no se atrevieran a formular anteriormente a los conductores de la guerra se vaciaron entonces en los tonos más descomedidos y violentos sobre los miembros del Estado Mayor y también sobre el almirante. Quizás a qué extremos de insurrección pudo haberse llegado en esa oportunidad, de no haber impuesto su jerarquía, a gritos, el general José Santiago Aldunate.

—¡Silencio, comandantes, silencio! —vociferaba—. ¡Este relajamiento de la disciplina sólo nos conduce a la anarquía y al desastre! Este aún no se ha producido y podemos evitarlo si pensamos con cabezas frías, sin resentimientos ni protestas. —Y dirigiéndose al almirante Blanco, que aparecía despojado de toda autoridad, le dijo en tono conminatorio—: General, tenemos que romper este cerco antes que las fuerzas que nos acosan lleguen a ser superiores a las nuestras.

—¿Romperlo en cuál dirección, general Aldunate?

—Hacia el núcleo principal del enemigo: Puquina. Todos sabemos que las órdenes de Santa Cruz señalan ese punto como centro de convergencia de todas las tropas confederadas. Ataquemos, pues, Puquina y destrocemos esa primera fracción enemiga, antes que se complete la concentración.

Un clamoreo ensordecedor aprobó la proposición del general Aldunate, apagando las objeciones que intentaba hacer oír el almirante. Sólo cuando los comandantes se desfogaron apoyando el ataque inmediato a Puquina y se restableció un tanto la calma, el coronel Wood logró intercalar una leve modificación que facilitaba el plan.

—Avancemos sobre Puquina —acordó—, pero comencemos por destruir el núcleo enemigo más cercano, el que más nos molesta, que es Pocsi. Está apenas a seis leguas de aquí. Sé de modo concreto

que el general Cerdeña mantiene en ese punto una vanguardia de trescientos soldados. Caigamos sorpresivamente sobre ella, posesionémonos de Pocsi y luego, rápido, prosigamos sobre Puquina, Puno, Cuzco y, por fin, el río Desaguadero, frontera de Bolivia.

Era el plan completo, el que todos los jefes esperaban ver expuesto, el que sabían más practicable y definitivo. Sus voces alteradas e impositivas no dejaron oportunidad al almirante para eludir aceptarlo. Y en aquel mismo instante quedó acordado que el comandante Necochea, al mando de su escuadrón «Lanceros» y de cuatro compañías del «Cazadores», partiría de inmediato a atacar a la guarnición de Pocsi, debiendo fortalecerse en esa plaza y aguardar al resto del ejército para avanzar en masa sobre Puquina.

Pero apenas habían comenzado los aprestos en el campamento, se presentó el mayor Frigolet, que regresaba de practicar un reconocimiento por los contornos, y dejó caer otra información que terminó de exaltar a los soldados.

—Mi general —dijo en medio del vivac al almirante Blanco y sin bajarse de su caballo—, acabamos de sorprender a una nutrida partida de caballería enemiga en los altos de Cangallo, a un cuarto de legua del campamento. —Y con la diestra señalaba unos cerros cercanos que dominaban la Campiña de Miraflores—. Vea usted hasta dónde llega el atrevimiento de los enemigos. Ya no temen asomarse en nuestro propio campamento.

La exasperación de los oficiales y soldados en torno de él contagió al General en Jefe. Tratando de escoger entre todos los que ofrecían sus unidades para ir a combatir a esos adversarios, se fijó en el comandante del «Cazadores» que estaba a pocos pasos y le hizo señas de acercarse.

—Mayor Frigolet —preguntó al arriesgado jefe de los coquimbanos—, ¿cuántos hombres calcula usted que lleva la partida que divisó en Cangallo?

—Unos doscientos, mi general.

—Bien. —Blanco Encalada se volvió al jefe del «Cazadores» y le ordenó—: Tome usted las dos compañías que le restan libres de su escuadrón y persiga a esos jinetes hasta aniquilarlos.

—¡A su orden, mi general!

Todo el Ejército Restaurador creyó que en ese momento

comenzaba, por fin, la guerra verdadera. Mientras lanceros y cazadores se abalanzaban a gran galope hacia Pocsi y Cangallo, la infantería comenzó sus preparativos para levantar el campamento. La energía con que el almirante impartió las órdenes les hizo presumir que se iba a dar principio a un ataque general. Y vino a confirmar su creencia una última orden que éste dio al comandante García al anochecer del 21 de octubre. El batallón «Portales» debía ponerse en marcha hacia el sur para atacar a un fuerte destacamento enemigo que se acercaba a Arequipa, con el propósito de introducirse como una cuña entre los pueblos de Mollebaya y Sabandía.

Este despliegue de fuerzas fue vertiginoso. Los cazadores cayeron como una tromba sobre las alturas de Cangallo, ahuyentando a los jinetes adversarios y sableándoles las espaldas. Los lanceros del teniente coronel Necochea entraron a Pocsi a galope tendido, sorprendieron a la caballería enemiga, la envolvieron dentro del pueblo, y, tras una sangrienta escaramuza, lograron causarle numerosas bajas y capturarle veinticuatro prisioneros, además de un coronel, un capitán y un teniente. Y las cuatro compañías del «Cazadores» continuaron en persecución de los sobrevivientes que galopaban con desesperación buscando refugiarse en Puquina.

Por su parte, el comandante García entraba con dos compañías de su batallón al pueblo de Sabandía, en ruta a Mollebaya, donde esperaba encontrar una concentración de infantería enemiga. Sus batidores de avanzada lo habían recorrido a lo largo y ancho sin encontrar a poblador alguno, pero el desconfiado veterano prefirió adelantarse a su tropa una cincuentena de pasos y cerciorarse por sus propios ojos de la ausencia de enemigos. Marchando al paso lento de su caballo, acompañado solamente por su ayudante Guarda y llevando ambos los fusiles cruzados sobre el arzón de la montura, fueron penetrando por la calle silenciosa.

—Los exploradores suelen equivocarse, ayudante —iba diciendo a Guarda mientras registraba con su mirada recelosa puertas, ventanas, tejados y cuanto resquicio existía en las viejas murallas por donde pudieran descerrajarles un tiro sorpresivo—. Muchas veces me encontré en situaciones parecidas cuando teníamos que cruzar por el centro de los «rehues» indios en nuestras campeadas

por las tierras de Arauco: tranquilidad absoluta, silencio, las casas aparentemente vacías, pero…, hum…

—Cuando menos no hay tropas enemigas, mi comandante. Gente de esa clase no habría escapado al registro de nuestros batidores.

—Ojalá así sea, capitán. Pero yo tengo unas narices…, unas narices que huelen la chamusquina antes que empiece a arder. Y estas casas con puertas provistas de mirillas y con ventanas cubiertas de celosías no me inspiran ninguna confianza.

Los caballos seguían marchando, paso a paso, volteando nerviosamente los cuellos de un lado a otro, como si también ventearan el peligro.

—Sabandía —rumió, chancero, el comandante—. Pueblo de sabandijas.

Y como si aquel concepto despectivo hubiera sido el fulminante de un explosivo, en ese segundo exacto sonó una detonación, seguida por el zumbido de una bala y el chasquido seco al rebotar en una piedra esquinera, junto a las patas del caballo del comandante. Éste lo único que hizo fue apegarse al cuello del animal y observar por entre las orejas el sitio de donde había surgido el tiro. Una nubecilla blanquecina flotaba sobre el techo de barro de una casa.

—¡Uno!… —murmuró, entre dientes. Era una práctica personal, una especie de burda filosofía que aplicaba siempre antes de tomar sus grandes decisiones.

Un segundo balazo no tardó en brotar de otra casa situada en la vereda del frente y el proyectil levantó un turbión de polvo muy cerca del capitán Guarda.

—¡Dos! —exclamó en voz alta García, y agregó con un ademán rotundo—: ¡Justificado!

Sólo entonces levantó su fusil y disparó contra la ventana de donde surgiera el segundo tiro. A su acción, las dos compañías que lo seguían avanzaron a la carrera, apegándose a los frontis de las casas y distribuyéndose en los quicios de las puertas. El comandante se volvió hacia ellas y las azuzó con un grito destemplado:

—¡Soldados, el pueblo es vuestro! ¡Ataque independiente! ¡Libertad de acción!

Los doscientos hombres profirieron salvajes gritos de alegría y

desbordaron por la calle central, a saltos, disparando contra las ventanas, derribando las puertas a culatazos, penetrando a las casas ululando como posesos. Había sido como dar rienda suelta a una jauría de mastines contenidos durante demasiado tiempo.

—¡Capitán Domingo Rodríguez, ataque las calles transversales de la derecha!… ¡Capitán Pedro Silva, haga usted lo mismo con las de la izquierda!

Fueron las últimas órdenes que alcanzó a dar García; después ya no pudo ser oído, ni le interesaba estaba poseído también por la fiebre bélica. Desmontando de un salto, avanzaba buscando presas, igual que si volviera a estar en las selvas de Nahuelbuta persiguiendo a los indios emboscados. Sus ojos tenían la rapidez de los del lince para captar el lugar de donde partía un balazo y disparaba casi simultáneamente. Un pedazo de cabeza asomado en una rendija, el atisbo de un hombro en el marco de una ventana le bastaban para ajustar su impacto.

El estruendo era ensordecedor y los proyectiles silbaban en todos sentidos, alternados con gritos de espanto o de muerte surgidos del interior de las casas. Esto no alcanzó a durar más allá de veinte minutos. Después cesaron los estampidos y sólo se oyeron gritos, golpes y lamentos. Los soldados comenzaban a salir a las calles, mientras por sobre las tapias circundantes del pueblo se veía saltar a unos pocos fugitivos que huían alocadamente a campo traviesa.

García recuperó su caballo y se plantó en el centro de la calle. Parecía un observador tranquilo y sin prisa. Los capitanes y sargentos iban trayendo a los primeros prisioneros; cuando menos así lo pensó el comandante, pero no eran más, sólo cuatro hombres. En cambio, invisibles dentro de sus hogares, se oían chillar algunas mujeres.

Aprovechando la autorización que les diera su comandante, los soldados salían cargados de botín: objetos absurdos, en su mayor parte: colchas viejas, cortinas, ollas. El enorme sargento 2.º Tránsito Moscoso renqueaba herido en una pierna, pero traía en sus manos una amplia prenda de lana roja, que provocó las carcajadas de quienes lo observaron.

—¿Y esos calzones de mujer? —le preguntó riendo el sargento Silva.

—Tuve que poner patas *p'arriba* a la gorda pa sacárselos sin que se rompieran —comentó seriamente Moscoso—. Y no te *riái* tanto, que ya van a envidiármelos cuando subamos a la sierra y sepan cómo me van a calentar el culo estos calzoncitos.

El comandante García no quiso seguir mirando; era una forma de no hacerse cómplice del saqueo que habían realizado sus hombres. Además, el capitán Guarda ya estaba a su lado rindiéndole cuentas de la acción.

—Limpia la plaza, mi comandante. Los atacantes fueron reducidos, salvo algunos que huyeron al campo.

—¿Cuántos prisioneros tenemos?

—Cuatro nada más, mi comandante. Es decir, cuatro vivos.

—¿Cuántos muertos?

—Dieciséis, mi comandante.

—¿Tenemos bajas entre nuestra gente?

—El sargento 2.º Moscoso recibió una bala en una pierna y el cabo Esteban Mascareño sufrió un puntazo de bayoneta.

—¿No eran milicianos los atacantes? ¿Cómo podían tener bayonetas?

El capitán ayudante, que jamás se atrevía a bromearse con su jefe, no pudo disimular una sonrisa al responderle:

—No tenían, mi comandante. El caso es que el cabo Cabrales ensartó a un boliviano y detrás estaba el cabo Mascareño; la bayoneta pasó de largo y pinchó también a éste.

García se cubrió la boca y la barba para ocultar la carcajada que estuvo a punto de escapársele. Se sentía en su elemento, por fin estaba entre hombres como los que habían sido sus soldados del recordado «1.º de Infantería de Chile». Hasta sus voces se parecían: broncas, aguardentosas, provocativas. Detrás de él uno seguía tomándole el pelo al sargento Moscoso por los calzones que le arrancara a la mujer.

—Y son hasta coloraos, como los que usan las monjas *pa'l* reumatismo. Va a volverse maricón si se los pone, mi sargento.

Tránsito Moscoso era un gigante copiapino, alto como una puerta; debía pesar unas doscientas treinta libras, hablaba poco y se

movía lento, pero en algunas ocasiones, como ésa, sus brazos tenían la velocidad de unas zarpas. Con una sola mano había atrapado al bromista de un tobillo e, invirtiéndolo, lo sostenía en el aire como a una lagartija sujeta de la cola. Sin recordar la herida de bala que tenía en una pierna, caminó unos pasos con el hombre en suspenso y lo dejó caer de cabeza en un charco formado por el derrame de aguas de un abrevadero y por orines y bostas de caballos.

La proeza hacía reír a la gente de un extremo al otro del poblacho y, relajada así la tensión de la reciente refriega, los soldados fueron alineándose, por fuerza de la costumbre, en una doble hilera, no muy pareja, por causa de los bultos que cargaban, además de su equipo.

García hizo traer ante él a uno de los prisioneros y le habló con un ronroneo presagiador de las peores torturas:

—Oye, cholito. Yo tengo muy mal carácter, ¿sabes? Y me gusta que me respondan rapidito a lo que pregunto. ¿Me entiendes?

El miliciano afirmó tímidamente. Lo que acababa de presenciar le dejaría una huella imborrable de terror hacia los chilenos.

—¿De dónde vienen ustedes?

—De Puquina, señor.

—¿Los mandó el general Cerdeña?

El prisionero volvió a afirmar inclinando la cabeza varias veces.

—¡Ahá! ¿Hay muchos pelotones de milicianos por estos contornos?

—Muchos, señor. El general Cerdeña mandó grupos por todos los alrededores de Arequipa.

—¡Ah, me lo imaginaba! Dime, ¿has oído en Puquina que el general Santa Cruz viene de Bolivia con más soldados? —Por primera vez el prisionero se cerró. El miedo supersticioso al Protector Santa Cruz, Gran Mariscal de Zepita, era tan intenso como el terror a sus captores—. ¡Vaya vaya, se te trabó la lengua! —comentó García con una sonrisilla jocosa, y extendiendo una mano hacia el capitán Guarda le pidió con tranquilidad—: Ayudante, deme su bayoneta. A ver si con ella le sacó la lengua del hocico a este mudo.

El cautivo no esperó a ver relucir el acero. Juntando las manos ante el pecho en ademán implorante, expresó, próximo al llanto:

—¿Usted desea saber si viene el Supremo Protector? Pues, sí,

señor oficial. El general Santa Cruz viene bajando ya de Bolivia.

García apretó los dientes y se golpeó un puño contra el otro.

—¡Era lo que faltaba! —exclamó con rabia—. Se cierra la trampa en torno a Arequipa. ¿Y en dónde se establecerá el general Santa Cruz?

—En Puquina, señor oficial.

—¡Maldita sea, ése si que sabe hacer la guerra! —barbotó el comandante, repasando mentalmente los movimientos estratégicos dictados por el Protector: el general Vigil avanzando con las tropas de Lima por el norte y la costa; el general Cerdeña por el sur, y él personalmente por el lado de la cordillera—. Un cerco perfecto —dijo—. Es digno de ser felicitado. Le ha dorado la píldora al almirante, lo ha emborrachado mandándole informes disparatados por medio de falsos espías, ha concentrado a marchas forzadas a las tropas peruanas y, cuando ya lo tiene todo listo, el escenario preparado, se descuelga desde Bolivia y tapa la última abertura de la trampa. ¡Es colosal! ¿Y nosotros?… ¡Mierda sobre mierda, estamos fregados!

Un inesperado toque de cometa surgido de un promontorio desde donde los centinelas vigilaban el camino a Puquina puso término al interrogatorio. Poco después, uno de los vigías regresó a la carrera para informar al comandante que se acercaba un piquete de caballería enarbolando bandera blanca.

—¡Parlamentarios, eh! —refunfuñó García—. Detesto a los parlamentarios; todos son falsos.

Y aunque el centinela le informó que se trataba sólo de una escuadra comandada por dos jefes, distribuyó al batallón en dos hileras apegadas a ambos lados de la calle y en actitud de combate.

—Los araucanos solían mandarnos parlamentarios —recordó a su ayudante—, y cuando estábamos perdiendo el tiempo en pláticas, ¡zas se nos venían encima oleadas de indios armados de lanzas!

Los parlamentarios anunciados no tardaron en hacerse presentes en la iniciación de la calle y allí pusieron sus caballos al paso. Avanzaban recelosos; seguramente habían alcanzado a oír los disparos de la escaramuza anterior y trataban de formarse una idea de los daños ocurridos. Pero García había tomado la precaución de hacer retirar a los muertos y a los prisioneros.

Cuando los recién llegados comenzaron a introducirse entre la doble hilera de soldados chilenos, el que se evidenciaba como jefe detuvo con un movimiento de su brazo a su escolta y avanzó solo, seguido unas varas más atrás por el portador de la bandera blanca.

—¡Alto! —lo conminó el comandante García, tomando el centro de la calle y yendo a situarse a pocos pasos del parlamentario—. ¿Quién es usted y qué desea?

El parlamentario se irguió en los estribos y lo observó con altivez. Era un hombre maduro, de rasgos finos, vestido con un deslumbrante uniforme azul cuya pechera estaba cubierta de alamares dorados; lucía en los hombros charreteras de general con flecos de oro y se cubría con un bicornio apuntado decorado con un festón de plumas.

—Soy el general Ramón Herrera, Presidente Provisional del Estado
Sur-Perú
—se identificó con severa solemnidad—. Vengo desde el Cuzco en calidad de plenipotenciario mediador del Supremo Protector, general Andrés Santa Cruz.

«Caramba —pensó García con cierto regocijo—, por fin comenzamos a verles las caras a los verdaderos adversarios. Porque éste sí que es un militar, del espolín hasta las cejas. Quiere decir que las cosas van a andar ahora como se debe, nada de andar a patadas con montoneros, sino bala y bala contra verdaderos veteranos».

Mientras se hacía estas reflexiones, giraba en semicírculo ante el alto comisionado, examinándolo con intencionada impertinencia.

—¿Y adónde va el parlamentario? —le preguntó.

—A Arequipa, por supuesto. Necesito conferenciar con el General en Jefe del Ejército chileno, almirante Blanco Encalada.

García mostró un poquito los dientes bajo su espeso bigote. Suponiendo la caballerosidad y cortesía con que iba a atenderlo el almirante, consideró necesario demostrarle que no todos eran tan blandos y se aferró a una disposición que había recibido, pero que lógicamente no abarcaba la personajes importantes como el que lo enfrentaba.

—¡Hum, tendrá usted que esperar, Excelencia, hasta que mi jefe superior responda si desea recibirlo!

El general Ramón Herrera se echó para atrás en la montura, enrojecido de despecho, y los ojos le brillaban amenazadores al contemplar al oficial cubierto de polvo y sudor que se atrevía a interponérsele.

—¿Está usted sordo? Le he dicho que soy el Presidente Provisional del Estado
Sur-Perú
—le repitió, autoritario.

—Yo soy apenas un comandante de batallón, pero tengo orden de no dejar pasar a ningún enemigo hacia nuestras líneas —le opuso García sin inmutarse—. Disponga que uno de los oficiales que lo acompañan se adelante, custodiado por oficiales míos, para que solicite al General en Jefe que lo atienda.

El Presidente Provisional se volvió a su escolta y pronunció un nombre en voz alta. Luego se volvió a García.

—Dejo constancia de que éste es un atropello, comandante, pero me someto con la certeza de que pronto nuestros papeles se van a invertir. El capitán Cerecera irá a Arequipa.

El jefe del «Portales» hizo caso omiso de la amenaza, prometiéndose suicidarse antes de caer en manos de aquel hombre, y designó al capitán Rodríguez para que acompañara al delegado del parlamentario hasta Arequipa. Y con el propósito antipático de hacer sentir más intensamente a ese personaje cargado de entorchados que en ese momento él era el dueño de la situación, determinó:

—Usted y su comitiva, señor, tendrán que asilarse en esta casa —y señaló una al azar, la más próxima—, y sin salir de ella, aguardar la respuesta del General en Jefe del Ejército Restaurador.

—Es una humillación de la que va a arrepentirse, comandante —protestó el Presidente Provisional, pero la diestra extendida seguía señalándole con ademán perentorio la casa escogida y los soldados más cercanos lo apuntaban sin disimulo. Tuvo que obedecer.

García comprendía que la suya no era más que una jactancia, el gusto vanidoso de mostrarse inflexible ante un alto personaje enemigo, pero nada más. El almirante Blanco recibiría, por cierto, al Presidente Provisional del
Sur-Perú
y era muy posible que a él le aplicara un severo castigo. Pero ¡qué

diantres!, se había dado un gusto.

En efecto, la conferencia entre el almirante Blanco Encalada y el general Herrera se celebró en la Quinta de Tristán, en Arequipa, el 23 de octubre. Por razones ignoradas o por simple argucia, el general Herrera no encontró alojamiento en la ciudad y su anfitrión lo recibió en su propia casa, en la que permaneció durante dos días. Se comentó entonces que el Presidente Provisional del
Sur-Perú
era de origen chileno, aunque militaba en el bando de Santa Cruz. El caso fue que, durante esos dos días, el parlamentario tuvo amplia libertad para moverse dentro de Arequipa y confirmar con sus propios ojos los informes que los espías habían hecho llegar al Supremo Protector. Por fin, en la tarde del 25 de octubre concluyeron las deliberaciones de ambos personajes. Sólo el coronel Sutcliffe, que actuó de secretario, tuvo conocimiento de ellas y, muy contra su gusto, debió dejar estampadas las conclusiones a que arribaron. Estas eran dos. La primera comprendía los puntos de vista y las condiciones del Gobierno de Chile para poner término a la guerra. Y la segunda, una peregrina solución, de exclusiva inspiración del almirante Blanco, que reemplazaría a la anterior, en caso de que ésta no fuera aceptada por el mariscal Santa Cruz. En el borrador del acta correspondiente, Sutcliffe las estampó así:

1.º «Usía propondrá al general Santa Cruz que ambos ejércitos, el Restaurador y el de Bolivia, abandonen definitivamente el territorio peruano. Las fuerzas chilenas embarcarán de regreso a Chile y las de Bolivia se retirarán al este del río Desaguadero. Pero, para hacer valedera esta solución, es imprescindible que el mariscal Santa Cruz deje en absoluta independencia al Perú y no vuelva a intervenir en la designación de sus gobernantes. De lo contrario, las acciones de guerra proseguirán».

A Sutcliffe no se le olvidaría jamás la expresión burlona que se reflejó en el rostro del Presidente Provisional al aceptar dicha proposición.

—Recuerde que yo también soy chileno —dijo entonces—, aunque ocupe un alto rango en el escalafón militar boliviano y haya hecho mi vida en ese país. No voy, pues, a engañar a Usía. El Supremo Protector de la Confederación no desea la guerra. Por el contrario, es el gobernante más afecto a la paz y un gran

simpatizante de Chile.

—Perfectamente —aceptó Blanco Encalada—. Mas, de todos modos, recuérdele usted mi segunda proposición, en caso de que no acepte la primera.

—No lo olvido, señor general —repuso el plenipotenciario—. Y me parece de verdad fascinante.

Sutcliffe hubiera deseado arrojar lejos la pluma con la que escribía las observaciones de los deliberantes. La expresión burlona del general Herrera se acentuaba de modo exasperante. Y no era para menos. La proposición de Blanco Encalada era la siguiente:

2.º «Dirimir las diferencias existentes entre el Ejército Restaurador y las fuerzas de la Confederación en una batalla campal, en una sola gran batalla, realizada entre dos cuerpos de ejército seleccionados, en un sitio escogido por expertos de ambos mandos».

—Propongo una lucha entre dos batallones de infantería, con seiscientos hombres por cada lado —había expresado caballerescamente el jefe chileno—. Ahora bien, si el mariscal Santa Cruz desea incluir caballería y artillería, también podemos agregarla. Pero la condición esencial radica en que ambas fuerzas irán mandadas personalmente por él y por mí.

Cuando el almirante Blanco expuso este punto, el general Herrera se volvió con disimulo hacia una ventana. Sutcliffe advirtió que le era casi imposible ocultar su hilaridad. Y en esta actitud, conteniéndose como un perfecto actor, comentó la oferta del jefe chileno:

—Perfecto, general Blanco. Como en los antiguos tiempos de la hidalguía guerrera, ¿eh? Como en la época de la caballería andante. ¡Bravo! Presumo que el Supremo Protector va la acoger vuestra proposición como se lo merece.

El almirante Blanco se veía sinceramente embelesado. Puesto de pie y con ambas manos apoyadas en el escritorio, proclamó de modo solemne:

—Y el ganador en este encuentro será el vencedor definitivo, sin disputa, e impondrá las compensaciones de la guerra al vencido, quien habrá de retirarse con el resto de su ejército, comprometiéndose a no intervenir más en los asuntos motivos de este pleito internacional.

—¡Magnífico, señor! —volvió a aprobar el plenipotenciario—. Transmitiré sus dos proposiciones al Supremo Protector, pero, eso sí, en el entendido de que Usía ordenará la paralización de las acciones de sus tropas hasta que el mariscal Santa Cruz le envíe una respuesta.

—De acuerdo, señor Presidente Provisional. Se paralizarán las acciones y mis fuerzas se mantendrán inmóviles en los sitios en que se encuentran hasta que Usía me haga llegar dicha contestación.

Las deliberaciones entre ambos jefes no habían tenido el carácter de secretas ni tampoco el almirante Blanco juzgó necesario guardar reserva sobre las conclusiones a que llegaron, de modo que todo cuanto se discutió entre los jefes adversarios se supo cuando todavía se levantaba polvo en el camino tras el general Herrera y su escolta. Fue como la explosión de una granada en los sitios de reunión de los jefes y oficiales del Ejército Restaurador, pero de una granada que, en lugar de proyectar fuerzas destructoras, dimanara gases hilarantes. Durante toda aquella noche una gran carcajada estremeció el campamento de Miraflores. En especial, los oficiales jóvenes comentaban lo del duelo entre dos cuerpos de ejército seleccionados con risotadas incontenibles, Pero, en cambio, entre los jefes superiores había algunos que exclamaban:

—Es lo más absurdo que he oído.

Otros, por su parte, protestaban en el colmo de la irritación:

—¡Es estúpido!… ¡Es denigrante para nuestro comando!… ¿Acaso el general Blanco no se da cuenta de que esta burla, la aceptación de su pueril oferta, no tiene otro objetivo que el de seguir ganando tiempo para que alcancen a llegar las tropas enemigas que vienen a rodearnos?

Y los de más alta graduación meneaban las cabezas, aturdidos, sin acertar a concebir la locura que se le había metido en la cabeza al almirante.

—¡Un duelo al estilo de la caballería andante! —musitábanse unos a otros—. ¡Cómo se reirán de nosotros todos los militares de América!

Pero el general Aldunate era el más afectado de todos. Adivinaba que en Chile la solución propuesta no iba a causar gracia alguna. Especialmente, si a raíz de ella sobrevenía la derrota. Y estaba seguro de que, a ese paso, ella debía pronunciarse de modo

inevitable. Cuando los ejércitos de Lima, Moquegua y Bolivia se concentraran en torno a Arequipa, no habría salida posible. El Ejército Restaurador se encontraría cercado, cazado en una trampa.

—¿No se puede hacer nada para espantar las moscas del cerebro del jefe, mi general? —le preguntó en un susurro el comandante García. Y Aldunate meneó la cabeza con ademán fatalista.

En cambio, el almirante Blanco esperaba confiado, sordo a toda sugerencia, y la única sensación que lo conmovía era la de su extrañeza porque fueran corriendo los días sin recibir la respuesta que le prometiera el general Herrera. El 2 de noviembre aún mantenía a todas sus tropas inmovilizadas en el sitio en que se encontraban cuando celebró su conferencia con el plenipotenciario. Pero la tensión crecía en tal forma a medida que transcurrían aquellos dilas de insoportable inercia, que algunos jefes, en secreto, violaron la orden de paralización. Uno de ellos fue el coronel Necochea, jefe del «Lanceros». Éste comenzó a despachar jinetes en parejas por las cumbres de las montañas que rodeaban a Miraflores, con la instrucción estricta de ocultarse de los propios centinelas chilenos.

Así fue como el 3 de noviembre una de estas partidas penetró hasta los cerros que dominaban el caserío de Ubinas, más hacia el este del pueblo de Pocsi, en donde se encontraba su escuadrón. Cumplían su comisión con fatiga, y demasiado afectados por el soroche se disponían a regresar a Pocsi, cuando uno de ellos tiró las riendas de su caballo y se quedó mirando hacia el oriente, con una mano a modo de visera sobre los ojos. Durante unos segundos permaneció en tensa observación y, de súbito, dejó escapar un grito de alarma, a tiempo que señalaba con un brazo hacia un lejano portezuelo. Los ojos de los expertos exploradores no podían engañarse. Los que comenzaban a entrar al valle de Pocsi, bajando del altiplano, eran regimientos, una columna cada vez más larga de tropas, encabezadas por numerosas banderas y estandartes.

—¡Es el Ejército boliviano! —exclamó uno de ellos con voz trémula—. Observa. Aquellos jinetes que vienen adelante con las banderas a franjas son los de la escolta del propio mariscal Santa Cruz. ¿Te das cuenta? ¡Es nada menos que el caudillo con todo su ejército el que viene bajando desde Puquina!

—¡Estamos embromados, compañeros! —dejó escapar el otro,

exhalando un silbido de impresión—. ¡Volvamos a todo galope al campamento! ¡Ahora sí que se va a armar la grande!… ¡Llegó el Ejército boliviano!

Al galope desbocado de sus caballos, los dos lanceros regresaron al campamento en Pocsi, de donde partieron otros dos llevando la noticia hasta el de Miraflores. La información conmovió a todos los soldados del Ejército Restaurador. Una ola de cólera y decepción cundió en las filas, alcanzando a oficiales, jefes y miembros del Estado Mayor. De todos los cantones que ocupaban las tropas en la Campiña de Miraflores brotaban voces de protesta y los oficiales tuvieron que realizar una ardua labor para contener a los soldados y restablecer la disciplina.

En ausencia del almirante Blanco, que continuaba en Arequipa, el general Aldunate organizó de inmediato la defensa, temeroso de que aquellas fuerzas bolivianas marcharan directamente contra el campamento chileno. En forma simultánea, un ayudante corrió a llevar la noticia al General en Jefe.

Éste se quedó alelado al escucharla. En todo momento había confiado en que se paralizaría la movilización de tropas como él lo había ordenado a las suyas. En realidad, ilusionado por su quijotesca manera de juzgar los asuntos de la guerra, había creído que el mariscal Santa Cruz aceptaría el duelo de tropas escogidas que él concibiera. Por tanto, la noticia de aquel avance de tropas bolivianas hasta tan corta distancia del principal campamento chileno lo desorientó y su reacción posterior tuvo la típica violencia de los hombres que se ven defraudados en sus afanes conciliadores.

—¡Me han engañado, eh! —estalló—. ¡Pues, los aniquilaré! ¡Esta misma noche vaciaré sobre ellos todo el poder de mi ejército! ¿Dónde fueron vistas las fuerzas del general Santa Cruz?

—En Ubinas, mi general —le precisó el oficial informante—, siete leguas al oriente de Arequipa.

—No hay duda de que el Protector desciende con sus tropas desde el altiplano para unirlas al ejército que el general Cerdeña tiene concentrado en Puquina, mi general —le acotó Sutcliffe.

—Pues, le interceptaremos el paso. ¡Coronel Sutcliffe, disponga usted que todo nuestro ejército se apreste a partir hacia el oriente!

—¿Esta misma noche, mi general?

—Al momento. Todo el ejército debe estar formado con equipo

de campaña cuando yo llegue a encabezarlo. Que los exploradores que divisaron a las fuerzas de Santa Cruz se pongan bajo mis órdenes. Cabalgarán a mi lado para llevarme al sitio exacto por donde va marchando el ejército enemigo. Antes de salir el sol debemos tener planteado este asunto sobre el campo de batalla.

Pero, aunque las órdenes del almirante, transmitidas a los diversos batallones por medio de la ayudantía, eran terminantes, no resultó fácil poner en pie de guerra a las tropas de los diversos campamentos. Por ejemplo, el batallón «Portales», acampado en Sabandía, logró formarse en la calle principal y, en la penumbra de la noche, el comandante García le practicó la revista indispensable. Cada soldado llevaba seis cartucheras que contenían ciento ochenta balas, pero en su morral no fue posible echar sino víveres secos para un solo día.

—¿Cómo que para un solo día? —objetó el comandante—. ¿Es que se han creído que vamos a definir en un día la guerra?

El capitán Guarda reconoció, abochornado, que no se disponía de mayor cantidad de alimentos. La intendencia del ejército no había tenido tiempo de proporcionarles más.

—¡El comando está loco! —vociferó García—. ¡No, señor; yo no llevo mi batallón a territorio enemigo sin contar con alimentos y agua suficientes para mantenerlo cuando menos una semana!

Su ayudante Guarda se cuadró ante él con actitud pesarosa. Uno de los miembros de la ayudantía del Comando en Jefe acababa de pasar diciendo que había que partir en esas condiciones y que el resto de los víveres lo cargarían los jinetes de la escolta del general.

—Porque, además… —agregó con desaliento—, no tenemos burros ni mulas para cargarlos nosotros.

El comandante García se quedó con la boca abierta, el labio inferior colgante, igual que si viera fantasmas increíbles. Eso involucraba que tampoco la expedición podría llevar los cañones.

—¡Por los clavos de Cristo, a lo que hemos llegado! —profirió, quitándose el quepis y azotándolo contra uno de sus muslos—. Rodeados enteramente por una cantidad de tropas cuyo número no conocemos y sin víveres, sin caballería, sin cañones. ¡Maldita la hora en que vine a meterme en esta porquería!

El son de una corneta en el comienzo del pueblo, con la respuesta de otra lejana soplada hacia el oeste, les advirtió la

llegada del grueso del ejército, que partiera una hora antes de la Campiña de Miraflores.

—¡Llega el General en Jefe, mi comandante! —previno a García el capitán Guarda.

El jefe del cuerpo hizo una mueca fatalista y espoleó a su caballo.

—¡Vamos a colocarnos a la cabeza del batallón, ayudante! Y las ánimas de los tontos nos socorran.

El almirante Blanco cabalgaba, incómodo, ya que el caballo no era su medio de transporte predilecto, al frente de la columna, llevando a ambos costados a los lanceros que descubrieran la presencia del ejército del Protector. La noche estaba negra como la tinta y la marcha se hacía sumamente lenta e insegura, ya que apenas era posible distinguir las siluetas de los árboles o los grandes riscos cuando se estaba a punto de estrellarse contra ellos. Pero, aunque los exploradores manifestaban inquietud, el General en Jefe se obstinaba en seguir adelante, pese a la obscuridad. Su propósito no era llegar hasta el portezuelo en donde los lanceros habían visto a las fuerzas enemigas, sino cortar el sendero que unía ese punto con Pocsi. Informado de que hacía cuatro horas que las fuerzas bolivianas fueran avistadas, calculaba interceptarlas una legua y media más al poniente.

—Tomaremos entonces por Characato y Mollebaya —le propuso uno de los guías—. Así les cortaremos el paso en mitad del camino a Pocsi. Pero para esto, mi general, será preciso apurarse un poco. Calculo que los encontraremos al amanecer.

—¡Coronel Sutcliffe, que el ejército avive el paso! —ordenó el almirante, y la voz fue corriendo hacia atrás, batallón tras batallón.

El «Portales» marchaba, como de costumbre, inmediatamente después de la caballería y los hombres se resentían por aquel caminar a ciegas, tropezando y pisando cascotes que les torcían los tobillos.

—La tropa viene extenuada, mi comandante —le participó Guarda cuando como una línea sutil comenzaban a marcarse en el cielo los perfiles de la montaña—. Han marchado sin descanso durante toda la noche y acompasándose al paso más rápido de la caballería.

—Ordenes son órdenes, por disparatadas que sean —le replicó

García, pero volvió los ojos y observó con compasión a sus soldados —. El general Blanco aseguró que chocaríamos contra los enemigos al amanecer. Pues, lo haremos. Claro es que cuando amanezca los soldados estarán tan rendidos que difícilmente podrán levantar el fusil. Pero ¿qué vamos a hacerle? ¡Ordenes son órdenes!

La silueta de los cerros fue contrastándose rápidamente sobre la palidez del amanecer. Corría el mes de noviembre y el comandante calculó, en consecuencia, que debían ser las cinco de la mañana. Sintiéndose él mismo extenuado por la agobiante marcha que acababan de realizar, compadecía cada vez más a sus hombres y estaba a punto de darles un descanso por iniciativa propia, cuando en la cabeza de la columna se oyó sonar una corneta en el toque de «Alto la marcha».

Fue con un alivio inmenso que la tropa se detuvo y esperó a discreción. Se veía que los soldados se bamboleaban, apenas capaces de mantenerse de pie. Como no se oyera nada anormal hacia adelante, el comandante García profirió una orden sorda:

—Batallón, autorizado para tumbarse, pero sin abandonar la impedimenta ni soltar el fusil.

Los soldados se desplomaron como fardos sobre la tierra cubierta de piedrecillas, cascotes y ramas espinosas. Se encontraban en el interior de una ancha quebrada abierta como un cañadón entre dos cordones montañosos paralelos. Lejos, dominaba el paisaje el nevado de
Pichu-Pichu.
Estaban a mucha altura y el aire enrarecido hacía aun más penosa la fatiga de los hombres. Casi todos ellos se quejaban de dolor de cabeza y muchos habían tenido hemorragias nasales durante la marcha nocturna. Era el soroche, el temible mal de altura que afectaba a los soldados chilenos más que ningún otro enemigo.

El comandante García se dejó deslizar por un costado de su caballo y se quedó de pie apoyado en el anca de éste. Sentía el aire frío e insubstancial congelándole el interior de la nariz y se veía obligado a respirar con la boca abierta para satisfacer las exigencias de sus pulmones. Con un gesto, autorizó a su ayudante para que descabalgara y le señaló la tierra en una muda sugerencia de que imitara a los soldados, tumbándose también.

—Ya pronto estará claro —reflexionó—. Esperemos a ver qué

nueva curiosidad se le ocurre al general.

Pero al General en Jefe en ese momento no se le ocurría nada. Estaba frenético y los guías que lo habían venido aconsejando durante la marcha soportaban sus imprecaciones avergonzados. Junto con el amanecer, como estaba calculado, cruzaron el camino que bajaba desde el portezuelo de Totorani hacia Pocsi. Pero en el inmenso valle extendido en esa zona no se divisaba alma viviente, ni siquiera las huellas del paso de tropas. Numerosos exploradores habían partido en todas las direcciones en que era posible que se hallase el ejército de Santa Cruz y, a su regreso, sus respuestas eran igualmente desalentadoras. Ni por el norte, ni por el sur, ni siquiera por el este, hacia donde corría el camino de Puquina, se descubría a soldado alguno. Era increíble, pero aquel ejército numeroso, con vistosas banderas, que los lanceros juraban y rejuraban haber visto la tarde anterior, se había hecho humo.

—¡Maldición de todos los diablos! —clamaba el almirante—. ¡Esto es lo más estúpido que puede ocurrimos! ¡Marchar toda la noche como unos galeotes para no encontrar ni una huella de los enemigos, ni su polvareda, ni las sombras!

El general Aldunate se había sentado sobre una piedra, olvidado de la compostura que le exigía su rango. Estaba deshecho y avergonzado por el estéril sacrificio impuesto al ejército.

—Vamos de engaño en engaño, almirante —razonó con profundo desaliento—. El mariscal Santa Cruz se está divirtiendo a costillas nuestras. Tiene que estar por aquí, en la sierra de Chiguata, por el norte, o en las de Yarabamba, por el sur…, o quizás dónde demonios. Así, por mucho que lo persigamos, siempre se nos escabullirá como un espectro. Conoce estas sierras y tiene la mejor infantería montañesa. Usted sabe: con una bola de coca los hombres del altiplano pueden mantenerse indefinidamente.

—Pues, ya es hora de que se le acabe la diversión —protestó Blanco Encalada, y volviéndose a uno de los miembros de su Estado Mayor, le ordenó—: Coronel Errázuriz, quede usted al frente del ejército y manténgalo en esta posición aun cuando se le vengan encima todas las fuerzas enemigas. Y nosotros, general Aldunate, con todo el Estado Mayor y los lanceros de mi escolta, iremos al galope hasta el portezuelo de Totorani, donde fue avistado el Ejército boliviano. Así sabremos si logró reunirse con las tropas del

general Cerdeña.

El portezuelo de Totorani les ofreció una nueva sorpresa. Allí estaban marcadas claramente las huellas de un numeroso ejército, pero por mucho que observaron hacia todos los puntos cardinales, no distinguieron ni la silueta de un hombre. La decepción del almirante al comprobar su impotencia fue abrumadora, más aún cuando una de sus partidas de exploradores consiguió capturar a un campesino, único y solitario, en el camino hacia Puquina, y el cual, a fuerza de amenazas y golpes, les recitó una sarta de informaciones contradictorias: que el Ejército boliviano no había pasado por allí, que en los cerros que dominan a Puquina se encontraba el general Herrera esperando a los chilenos y que el general Cerdeña, fortificado en este último pueblo, aguardaba la llegada del general Santa Cruz. Arrastrado hasta el sitio donde se veían las huellas de la caballería, infantería y artillería del ejército del mariscal, se encerró en un mutismo del cual fue imposible sacarlo.

Exasperado por su desorientación, el almirante Blanco pensó en trasladar todo su ejército hacia Pocsi, pero sus ayudantes lo convencieron de que el pueblecillo y su valle no podrían mantener a tantos hombres. En consecuencia, debió resignarse a regresar a Arequipa fracasado y con las manos vacías.

En los momentos en que los comandantes de los batallones daban la orden de romper la marcha a sus respectivos cuerpos, el coronel Wood se acercó hasta el estribo del almirante y le solicitó su autorización para quedarse en ese lugar.

—Es preciso desentrañar estos misterios, mi general —le explicó —. Temo que se esté empleando con nuestro ejército la estratagema de desgastarlo con falsas marchas y aturdir al comando, lo que facilitaría la unión de las fuerzas del mariscal Santa Cruz con las del general Cerdeña.

—¿Y qué puede hacer usted, coronel?

—Introducirme en el propio campamento de Cerdeña.

—¿Sabe a lo que se arriesga?

El pintor sonrió con malicia e hizo una mueca afirmativa, pero agregó, restándole importancia al peligro:

—Me he mezclado muchas veces con la soldadesca enemiga. Me consideran un gringo estrafalario, que les vende baratijas y les puede conseguir algunos cigarros y unas botellitas de pisco.

—Está bien, coronel. Pero recuerde que su misión es voluntaria. ¿Necesita algo especial?

Wood señaló al prisionero, mantenido custodiado a pocos pasos de distancia.

—Las ropas de ese hombre, mi general.

En pocos minutos el cautivo fue despojado de sus humildes atuendos y echado sobre la grupa de un caballo envuelto en una manta. Y el coronel Wood se quedó solitario en medio del dilatado valle, el que comenzó a cruzar sin prisa, en dirección a la serranía, cargando al hombro su saco con mercancías.

El retorno del ejército hacia el campamento de Miraflores se realizó bajo un sol de fuego y con una ración de apenas un pan para cada soldado. Aquella marcha estéril terminó de provocar el total relajamiento de la disciplina en los batallones. Para colmo de males, la intendencia había desarmado las cocinas e iniciaba su traslado a Pocsi, en donde se pensaba encontrar al ejército, de modo que no hubo rancho hasta las ocho de la noche.

El almirante Blanco estaba perdiendo de tal manera la comunicación con sus jefes subalternos que no tenía ocasión de reparar en las peligrosas grietas que se iban abriendo entre los diversos cuerpos. Además, las falsas alarmas eran tan frecuentes que no daban tiempo a que los jefes reflexionaran, y las compañías, destacamentos y hasta batallones enteros se mantenían continuamente en marchas y contramarchas estériles. El 7 de noviembre dos hombres dijeron haber visto bajar a quinientos soldados bolivianos por las termas de Tingo y hacia allá partió el batallón «Valdivia», sin encontrar a nadie. Una hora después de su regreso, otro baqueano de la región afirmó haber avistado a esa misma fuerza en los molinos de Gutiérrez, sobre la ruta a Tingo. El almirante Blanco llamó a su presencia al jefe del «Valdivia», comandante Sessé, y lo increpó con excesiva severidad:

—¡Qué manera de explorar la suya, comandante! ¿Dónde tiene usted los ojos?

—Mi general —le respondió, amoscado, el veterano—, si le aseguro que no había tales tropas enemigas en Tingo, es porque no han pensado en pasar por allí.

—Pues, voy a demostrarle que no sabe explorar, comandante.

—Mi general, permítame que le diga que está usted

excesivamente nervioso —trató de apaciguarlo Sessé, pero Blanco Encalada lo acalló con un grito.

—¡Estoy como me da la gana! Y mis nervios son provocados por la ineptitud de algunos jefes.

—¡Mi general, yo no puedo admitir que…!

—¡Basta! No me obligue a aplicarle una medida represiva.

El comandante Sessé estaba ceniciento bajo la piel curtida por el sol. Jamás en su larga vida de militar había sido tratado de ese modo vejatorio. Pero el almirante ya no tocaba límites. Sin suavizar su tono, se dirigió al general Aldunate y le ordenó:

—General, todo el ejército se moverá de inmediato sobre Tingo. Por allí está merodeando una fuerte avanzada enemiga y creo que detrás de ella debe venir el ejército del mariscal Santa Cruz.

—Mi general —intentó disuadirlo Aldunate, viendo aproximarse la crisis entre los jefes—, no disponemos de informes fehacientes que justifiquen…

—¡Me basta con lo que yo sé, general! —lo interrumpió Blanco Encalada—. Y ya estoy cansado de que se discutan todas mis órdenes. Disponga que se levante el campamento y se marche sobre Tingo. Sólo el «Portales» quedará en Miraflores vigilando a Arequipa.

El mal trato dado al comandante del «Valdivia» hizo un intenso impacto entre los oficiales y soldados, que lo respetaban como a uno de los jefes más experimentados, y el comandante García escuchó, de labios de su ayudante, con notoria preocupación, el relato de cómo reaccionara Sessé ante la injusta recriminación:

—Se arrancó las presillas y los galones y los pateó en el suelo en presencia de todos sus oficiales, jurando que continuaría la campaña sin ellos, como si fuera un soldado raso, ya que como a tal lo había reprendido el General en Jefe.

García estaba sentado junto a la hoguera encendida frente a su tienda y sentenció, revolviendo las brasas con un tizón:

—El almirante va a terminar mal si se niega a oír la voz de la experiencia. Me imagino qué humillación va a ser para él llegar a Tingo y no encontrar a nadie.

—Comandante García —le preguntó su ayudante, con cierta angustia—, ¿entonces usted tampoco cree que los enemigos están en Tingo?

El jefe del «Portales» levantó lentamente el rostro y esbozó un gesto de aburrimiento.

—Por supuesto que no están, mocito. Si el jefe del «Valdivia» dijo que no están, es porque no están. Serví siete años en Arauco codo a codo con Sessé. No pasaba un indio a diez leguas a la redonda sin que se enterara.

Las detonaciones de varios fusiles a la distancia lo hicieron ponerse bruscamente de pie. En el mismo instante, la corneta de González dio el toque de alarma en el linde del campamento y los soldados saltaron sobre sus armas corriendo a desplegarse por el costado del este, dirección en que se oyeron los tiros. Luego fueron los propios centinelas los que rompieron el fuego. Pero, de súbito, todo quedó en silencio.

—¡Otra falsa alarma! —rezongó García en el colmo del fastidio.

Pero esta vez estaba en un error. Los vigías acababan de detener a un jinete, vestido como indio serrano, y después de desmontarlo a tirones, lo aproximaban manteniéndolo bajo la amenaza de sus rifles.

—¡Comandante García! —gritó el hombre desde lejos, al reconocer al jefe del «Portales», y éste creyó recordar esa voz que lo llamaba, pero no vino a identificarlo hasta que lo tuvo al frente y se quitó el sombrero de paja que lo cubría. Era el coronel Wood.

—¿Dónde está el grueso del ejército? —preguntó ansiosamente, sin preocuparse del asombro que provocaba entre sus captores. Y como García lo informara de que se lo había llevado el General en Jefe hacia Tingo, en persecución de posibles concentraciones enemigas, exclamó exasperado:

—¡Por todos los santos, lo han engañado otra vez! El general Cerdeña echó a correr esa falsa noticia justamente para distraer al ejército chileno en tanto que el mariscal Santa Cruz entraba con sus fuerzas en Puquina.

García dejó colgar los brazos con ademán fastidiado. Estaba cansado de tanto embrollo.

—Nos ganaron otra partida. Ese mariscal es, de verdad, un gran militar. ¿De modo que entró a Puquina?

—Hace unas diez horas —le confió Wood—. Y junto con entrar lanzó una proclama advirtiendo al pueblo que su llegada significaba el comienzo de la guerra contra los invasores chilenos. Apenas tuve

tiempo de robarme un caballo y salir a todo escape para traer el aviso. Pero en la prisa olvidé las precauciones y me han venido siguiendo varios jinetes bolivianos hasta las propias líneas de centinelas.

—Esos eran los disparos entonces —razonó García—. ¿Quiere que haga perseguir a…?

—No, hombre, eso no tiene importancia. Lo que hay que hacer ahora es prevenir al General en Jefe y hacer regresar el ejército para que venga a mantener esta posición.

—¿Defenderla? ¿Quiere decir usted que el general Santa Cruz viene sobre Arequipa?

—Y ahora sí con todo su ejército.

No terminaba el coronel Wood de hablar y ya estaba el comandante García dando órdenes al subteniente Juan de Dios Goñi y al sargento Lucas Pizarro, ambos de la compañía de cazadores, para que salieran a todo galope hacia Tingo portando el mensaje, y al mismo tiempo disponía que todas las compañías se redujeran a un círculo estrecho en el centro del campamento, parapetadas tras los carros de bagajes, para poder ofrecer resistencia durante algunas horas con cierta posibilidad de éxito. Así permanecieron sobre las armas todo el resto del día.

Por fin, a las nueve de la noche, retornó el ejército con sus hombres derrengados por la doble marcha inútil.

El almirante Blanco, humillado y huraño por la burla de que había sido objeto, recibió al coronel Wood y lo escuchó en silencio. Sólo cuando éste terminó de informarle que el Supremo Protector habíase establecido con sus tropas en Puquina, lo interrumpió para inquirirle el número total de soldados de que podía disponer el caudillo serrano en ese momento.

—Hasta ayer, tenía dos mil cuatrocientos, mi general. Pero esta mañana llegó procedente de Tacna el batallón que comandaba el general López de Quiroga, lo que hace subir la dotación a tres mil quinientos hombres.

—¿López de Quiroga se plegó, por fin, a Santa Cruz?

—El no, señor, sólo el batallón. El general López tuvo que huir de Tacna, acompañado por su yerno, el capitán Montes. Las relaciones secretas que sostuvo con usted, mi general, fueron descubiertas a la postre por los agentes de Santa Cruz, lo que lo

obligó a buscar la salvación refugiándose en Chuquisaca, donde existe un núcleo que rechaza a Santa Cruz.

—Hasta ese recurso se pierde, coronel —lamentó el almirante con un suspiro de cansancio, lo que estampó una mueca de disgusto en el rostro tostado de Wood.

—Ese recurso no existió jamás, mi general —le replicó—. Más vale que no lo recuerde. Ahora lo que importa es proceder con la rapidez y decisión que exigen las circunstancias. El enemigo tiene tres mil quinientos hombres en camino hacia acá y confía en que se le unirán otros mil cien, que se acercan por el noroeste, procedentes de Lima.

—¿Los del general Vigil, que estaban en Chuquibamba?

—Los batallones 2.º y 5.º, que ya deben estar muy cerca. Le aseguro, mi general, que ambas fuerzas se vienen cerrando sobre Arequipa, como los rodillos de dos apisonadoras, e inexorablemente pasarán sobre nosotros, si no buscamos una salida inmediata.

—No puedo creerlo… No puedo creerlo… —El almirante se paseaba desazonado por la amplia carpa en que sostenía su entrevista. Monologaba igual que si, expresando en sordina su pensamiento, pudiese descubrir dónde estaba lo que había fallado. Recordaba la tregua pactada con el general Herrera, las dos proposiciones que estudiaran juntos para presentar al general Santa Cruz y en especial la de la batalla campal entre dos destacamentos escogidos.

—Se me hace imposible creer que haya fingido aceptarlas para ganar tiempo. Deseo seguir confiando en la caballerosidad…

La paciencia del coronel Wood llegó a su límite. Ya eran demasiadas las ocasiones en que había oído divagar al almirante sobre su descabellada idea.

—Perdón, mi general, pero me niego a seguir escuchándolo discurrir sobre ese tema —lo interrumpió secamente—. Solicito su autorización para retirarme y me hago responsable de mi actitud.

Se cuadraba para abandonar la tienda, pero el General en Jefe lo retuvo de un brazo. Se sentía cada vez más solo y abandonado por sus consejeros militares. Y éste, Wood, era uno de los que juzgaba más juicioso. Conocía su carácter altivo y terco, fruto de su origen sajón, pero sabía también el profundo sentimiento patriótico que lo animaba. Había combatido en las batallas de la reconquista de Chile

junto a San Martín y
O'Higgins,
luego adoptó la nacionalidad chilena y casó con una dama de Talca, con la cual tenía varios hijos. Era un militar confiable y penetrante.

—Necesito su colaboración, coronel —le expresó, conciliador—. Si, como usted afirma, el enemigo trae tres mil quinientos hombres, nosotros no podemos oponerle sino unos dos mil setecientos cincuenta. —Wood se dio cuenta por la cifra mencionada de que acababa de descartar a la «Columna Peruana»—. En un combate en llanura abierta nos arrollarían —siguió razonando el almirante—. En consecuencia, no nos queda sino fortificarnos dentro de la ciudad de Arequipa. Sírvase usted dar las órdenes correspondientes.

Wood se inclinó levemente y entrechocó sus tacones. Luego salió con el semblante preocupado. Sabía cómo estaba creciendo el descontento entre la tropa y que ese repliegue sobre Arequipa iba a ser interpretado como una vergonzosa retirada ante el enemigo. Pero, cuando menos, era una solución practicable.

Con lo que no contó Wood fue con que el almirante no había abandonado su idea fija de dirimir la suerte de la guerra en una batalla campal y que intentaría una vez más llegar a realizarla. Minutos más tarde, cuando el ejército se aprestaba para trasladarse a Arequipa, Sutcliffe fue llamado a la tienda del General en Jefe, quien le expuso brevemente:

—Parta al instante con una pequeña escolta y preséntese como parlamentario en el Cuartel General del mariscal Santa Cruz. —Como Sutcliffe lo observara, receloso y cejijunto, le aclaró—: Usted se presentará pidiendo conferenciar con el general Herrera y sólo le recordará nuestro pacto. Las proposiciones que le hice siguen en pie: o nuestros dos ejércitos se retiran del Perú restableciéndose la independencia de esta nación… o resolveremos el asunto en una batalla entre dos cuerpos seleccionados.

—¡No, mi general! —La voz de Sutcliffe sonó tajante e inflexible —. Perdóneme, pero no cuente usted conmigo para esa misión. Y como entiendo que mi negativa encierra una falta titulada insubordinación en tiempo de guerra, me someto a las consecuencias.

La sorpresa sobrecogió a Blanco Encalada y no tuvo la serenidad suficiente para adoptar una resolución en ese momento. Sólo se

limitó a decir a su ayudante:

—Retírese a Arequipa y manténgase dentro del Cuartel General hasta que un Consejo de Guerra resuelva sobre su caso.

Pero ya no hubo tiempo para convocar a dicho Consejo de Guerra y es dudoso que los altos jefes del Estado Mayor se prestaran a conformarlo, dadas las apremiantes circunstancias. Por otra parte, apenas el almirante Blanco se había trasladado a Arequipa, se presentó en el Cuartel General un nuevo parlamentario, representante esta vez del propio general Santa Cruz. Llegó envuelto en un gran despliegue de banderas y luciendo el lujoso uniforme rojo de coronel de la escolta protectoral. Pese a la forma cortés de sus frases, en la exposición que hizo al jefe chileno vibraba un leve tono de superioridad.

—El Supremo Protector de la Confederación Perú-Boliviana rechaza la guerra, señor general —comenzó diciendo—. Y por tanto insiste en pugnar por un arreglo amistoso que evite el derramamiento de sangre. Con este pensamiento, me ha comisionado para presentar a Usía una cordial proposición.

—¿Cuál es ella, señor coronel?

—Que se realice una conferencia entre personeros de ambos bandos, para que busquen un acuerdo equitativo que evite el conflicto. Entretanto, se establecerá un armisticio general, durante el cual los dos ejércitos permanecerán quietos, pudiendo designarse veedores de ambos partidos para que cautelen la inmovilidad de las tropas.

El almirante Blanco aceptó y se fijó para la realización de la conferencia el día siguiente, en el vecino poblado de Sabandía. Representaría a Chile el asesor y plenipotenciario Antonio José de Irisarri, y al Protector Santa Cruz, el general Ramón Herrera. Los veedores de la Confederación serían el subprefecto de Arequipa, señor Rivera, y el coronel Guilarte, y el de Chile sería el capitán Joaquín Murillo, secretario del Estado Mayor. Este arreglo fue estampado en un acta que firmaron y sellaron Blanco Encalada y Herrera.

Los escasos jefes chilenos que estaban al tanto de las dudosas intenciones del plenipotenciario Irisarri quedaron aterrados. Pero ya no tenían forma alguna de impedirlo. Y muy de mañana el coronel

guatemalteco, acompañado de una pequeña escolta, se trasladó a Sabandía para debatir las condiciones de la tregua y buscar una solución que impidiera que el conflicto se dirimiera por las armas.

En esta ocasión, el general Herrera actuó con la prepotente autoridad que le prestaba la ventajosa posición de su ejército. Después de asegurarse de que Irisarri estaba dispuesto a aceptar las condiciones que el mariscal Santa Cruz juzgaba indispensables para tratar sobre la paz, dijo de modo categórico:

—No se ha de hacer mutación alguna en el orden político existente entre Bolivia y el Perú. Es decir, la Confederación será respetada como inamovible. Si usted acepta esta cláusula como base, podemos seguir con el debate; de lo contrario, no.

Antonio José de Irisarri asintió con una inclinación de cabeza y el general Herrera tomó un pliego de su escritorio y se dispuso a leerlo.

—He aquí cuatro de los artículos que estimamos deben ser incluidos ineludiblemente. —Y les dio lectura—: «El Supremo Protector de la Confederación
Perú-Boliviana
declara solemnemente, como lo hace ahora, ante Dios y los hombres, que ni directa ni indirectamente ha procurado ofender la gloria de la nación chilena, que no tuvo parte alguna en la expedición que hizo don Ramón Freire con el objeto de introducir la guerra civil en aquel país, ni menos ha procurado fomentar las disensiones intestinas de aquella república, y finalmente declara que, en el caso de haber tenido parte alguno de sus ministros en dichas disensiones, el Gobierno de Chile hará su reclamo en forma para que el Supremo Protector desapruebe la conducta de tal ministro o ministros y se les someta al juicio que previenen las leyes».

—Aceptado —pronunció Irisarri.

Enseguida, entre ambos fueron discutiendo y redactando los siguientes artículos del futuro tratado, los cuales quedaron escritos en la siguiente forma:

«El Supremo Protector de la Confederación
Perú-Boliviana
protesta solemnemente que jamás ha intentado atacar directa o indirectamente la independencia de la República de Chile, y, para

disipar toda duda ulterior sobre este objeto, ofrece por garante al gobierno de la nación británica, cuya aquiescencia será interpelada por los dos gobiernos contratantes.

»El Gobierno Protectoral se obliga a reducir todo el ejército de la Confederación a la fuerza total de cinco mil hombres en los Estados de Bolivia y el norte y sur del Perú; lo que tendrá efecto cuarenta día después de que reciba el Supremo Protector la ratificación de este tratado por el Gobierno de Chile».

En otro de los artículos, igualmente discurridos por ambos conferenciantes, se expresaba:

«Del mismo modo, el Gobierno de la Confederación se compromete a no tener más marina que la que tenga la República de Chile; y en caso que alguno de los gobiernos contratantes tenga necesidad de aumentar la suya, no podrá hacerlo sin dar aviso al otro y sin obtener su consentimiento».

Pero además de estas cláusulas, en que, torpe o innoblemente, Irisarri traicionaba todas las instrucciones que recibiera del Gobierno de Chile, aún hubo otras que impuso el general Herrera:

«Que los barcos de guerra apresados por la armada chilena frente al Callao sean devueltos inmediatamente de firmado este tratado y que el ejército de Chile se retire en ocho días de plazo después de realizada esta ceremonia de pacto. Que los Tratados de Comercio y los arreglos de deudas pendientes se regulen posteriormente por la vía diplomática; así como también la paz con las provincias argentinas».

Este borrador fue aceptado por el plenipotenciario Irisarri, así como otros detalles que se estudiaron a continuación. Pero ninguno de los conferenciantes lo firmó, en espera de someterlo a la aprobación de sus respectivos mandantes.

Entretanto, la nerviosidad del almirante Blanco había crecido minuto a minuto, mientras transcurrían las horas de ausencia del coronel Irisarri. La conferencia se prolongó todo el 9 de noviembre y en la mañana del 10 el plenipotenciario aún no regresaba. No pudiendo soportar la tensión que lo poseía, el almirante salió de su alojamiento y fue a la plaza de Arequipa buscando distraerse con la revisión de las tropas distribuidas por la ciudad.

Se encontraba en esa tarea cuando los centinelas alertaron en las calles que empalmaban con el camino al sur. Minutos más tarde,

dos jinetes penetraron a todo escape y se dirigieron a la plaza. Venían cubiertos de polvo y sus caballos jadeaban penosamente, en el máximo de la extenuación. Fáciles de ser reconocidos por sus uniformes, se los identificó como soldados del destacamento del «Cazadores» que llevara el comandante Espinoza hacia la costa. En efecto, tan pronto desmontaron ante el general, uno de ellos le explicó con precipitación:

—¡Somos mensajeros del comandante Espinoza, mi general!

—¿Qué ocurre en la costa que llegan ustedes tan urgidos, soldado? —quiso saber, con alarma, el almirante. Y ésta quedó al momento justificada.

—¡Hemos sido atacados, mi general! ¡Nuestros destacamentos en Islay y Vítor fueron sorprendidos ayer por tropas bolivianas mandadas por un coronel de apellido Grueso!

Los jefes del Estado Mayor se apelotonaron en torno de los mensajeros.

El informe que acababan de dar echaba por tierra la tregua de tres días recién pactada. Sobreponiéndose a las voces de airada protesta, el emisario que expresaba la comunicación les informó de cómo habían sido sorprendidos en Islay por una gran partida de caballería, desprendida del ejército del general Vigil, venido desde Lima. Batidos inesperadamente, dejaron varios muertos en el campo y tuvieron que retirarse hacia el interior abandonando el ganado que el general Lopera había recolectado en la costa. Siempre perseguidos, llegaron al campamento de Vitor, en donde estaba el comandante Espinoza. Pero éste había sido atacado en igual forma por otra partida del ejército del general Vigil y se vio obligado a treparse en unos cerros, donde se fortificó.

—¡Han roto el armisticio! —dejó escapar, alelado, el almirante —. Hasta en estas prácticas, que todo militar respeta, se han burlado de nosotros.

La exaltación de los jefes chilenos que lo rodeaban era incontenible. A gritos exigían dar un escarmiento a los enemigos. Y uno de ellos propuso caer sobre Sabandía, donde estaba el general Herrera haciendo la farsa de un tratado de paz con el coronel Irisarri, para tomar venganza.

—¡Basta ya de contemplaciones estúpidas! —exigió el comandante García—. ¡Tenemos que atacarlos a traición, como

hacen ellos, o estamos perdidos!

Pero el almirante Blanco no podía desterrar de su mente los nobles principios de la guerra y, antes de adoptar una resolución violenta, se propuso presentar su protesta a los veedores del bando adversario, el subprefecto Rivera y el coronel Guilarte.

No obstante, esta reunión no alcanzó a realizarse, porque antes que los veedores se presentaran en el Cuartel General chileno, lo hizo el plenipotenciario Antonio José de Irisarri con su escolta.

La información que Irisarri rindió al almirante Blanco fue un nuevo golpe para el desazonado jefe expedicionario. Al terminar de leer el borrador del pacto que redactaron los plenipotenciarios en Sabandía le temblaban las manos y el rostro se le había demacrado por la impresión que le causaban los conceptos allí vertidos.

—Coronel Irisarri —le expresó con una voz que la tensión hacía tartamudeante—, se ha excedido usted de manera imperdonable en las concesiones que ha hecho a nombre de nuestro Gobierno. Y se ha quedado corto, pero terriblemente corto, en nuestras exigencias. Jamás nuestro Gobierno ratificará este tratado que ha discurrido usted con el general Herrera.

Antonio José de Irisarri lo contempló con una expresión venenosa, de feroz menosprecio, y le replicó de modo altisonante:

—¿Qué otra actitud podía asumir yo sino la de tratar de obtener las máximas ventajas en el terreno de absurda desventaja en que usted nos ha colocado?

El almirante se irguió furioso y haciendo una pelotilla con el documento lo arrojó violentamente a los pies del guatemalteco.

—¿Fue usted acaso a suplicar clemencia o a imponer condiciones? —le espetó. Pero su soberbio ademán sólo incitó una mueca sardónica de Irisarri.

—Fui a evitar que se consume el desastre de nuestras tropas, lo que a la postre, usted lo sabe, acarreará el derrumbe del gobierno del general Prieto en Chile.

—¡Eso es asunto que debo aquilatar y resolver yo, no usted! Rechazo rotundamente este tratado. Esos juramentos ante Dios que hace el tirano Santa Cruz, asegurando que jamás ha querido empañar la gloria de Chile, que nunca ha intentado privarlo de su independencia, no son sino zarandajas. Lo principal es que su tratado de paz se afinca en una base falsa. Comienza aceptando que

se mantenga la Confederación
Perú-Boliviana.
¡Y nuestro ejército ha venido al Perú precisamente para eliminar ese orden político y restituir la independencia a este país! Además, vinimos a cobrar un millón y medio de pesos oro que el Perú tomó de nuestro empréstito de Londres; y usted ha aceptado que esa cobranza se realice después. Igualmente, ha aceptado que el Tratado de Comercio firmado por Chile y Perú sea estudiado más tarde. ¡No, señor Irisarri! Regresará usted a Sabandía y expresará de modo categórico al general Herrera que el tratado de paz, si ha de firmarse, debe contener artículos que estipulen que la marina de guerra de la Confederación no tendrá más buques que los que necesite para guardacostas, sin ofrecer nada con respecto a Chile; que el Protector se obligará a pagar la deuda de un millón y medio de pesos al momento y que derogará del Tratado de Comercio aquella disposición que dice: «Los efectos y frutos que vengan de Europa, Asia, Brasil, Buenos Aires y Norteamérica, que hayan tocado antes en cualquier puerto del Pacífico, que no sea de los pertenecientes a aquellos Estados que componen la Confederación
Perú-Boliviana,
serán gravados con derechos especiales», y, por último, exigirá usted que se incluya en dicho tratado una amnistía general para todos los peruanos que militan en nuestro ejército expedicionario.

El plenipotenciario Irisarri había escuchado las exasperadas imposiciones del almirante con los brazos cruzados sobre el pecho y las mandíbulas apretadas. Su respuesta fue fría y maligna:

—Señor Blanco Encalada, esas condiciones no las aceptará jamás el Protector Santa Cruz. No tendría por qué aceptarlas, ya que tiene en su mano las cartas de la victoria. El ejército chileno está totalmente rodeado por fuerzas muy superiores.

—Pues, si no acepta la paz como yo la exijo, será la guerra —dijo el almirante con una estridencia que denotaba su inseguridad íntima—. Nos defenderemos en Arequipa y sacrificaremos hasta el último hombre defendiendo el honor de nuestras armas. Pero ¡usted obedezca! Regrese a Sabandía y transmita esto mismo al general Herrera, para que lo haga saber al mariscal Santa Cruz.

Ya era casi imposible contener la rebeldía de los soldados cuando el ofendido plenipotenciario debió cruzar Arequipa para

dirigirse de nuevo al campamento de Herrera, en Sabandía. Y la entrevista que sostuvo con el boliviano fue áspera y muy breve. El general Herrera comenzaba a expresar sus amenazas contra las fuerzas chilenas encerradas en Arequipa, cuando llegó a interrumpirlo un ayudante. Uno de los numerosos espías que tenía infiltrados en la ciudad acababa de llegar con la noticia de que las tropas chilenas, enfurecidas porque sus batallones destacados en el litoral habían sido diezmados por el general Grueso, se disponían a caer sobre Sabandía para tomar represalias en el jefe boliviano y los oficiales de su escolta.

El general Herrera abandonó precipitadamente la casa en que se encontraban y, luego de montar a caballo y de hacerse rodear por su comitiva, se inclinó hacia Irisarri y le espetó en tono amenazante:

—Sepa usted que todas las proposiciones que me ha traído serán rechazadas de plano por el Supremo Protector. Y advierta a su general que los chilenos se han labrado su propia ruina. Le informaré por carta lo que el general Santa Cruz determine, pero prepárese usted a vivir una situación realmente angustiosa.

En efecto, desde aquel día las condiciones de existencia en Arequipa se hicieron intolerables. Las fuerzas del mariscal Santa Cruz estrecharon el cerco de la ciudad de tal manera que era posible distinguir sus hileras de soldados en los perfiles de todos los cerros que dominaban la campiña. La población, aterrada, huyó de la ciudad y ya no hubo nadie que se atreviera a encaminarse a las chacras vecinas en busca de verduras, frutos y animales para carnear. Se llegó al extremo de no poder proporcionar sino una ración de alimento por día a la tropa.

Sin embargo, cuando ya los jefes de batallones, por iniciativa propia, se disponían a romper el cerco a cualquier precio, la situación se alteró en forma sorpresiva. El plenipotenciario Irisarri recibió la carta que le prometiera el general Herrera, la que nunca creyó llegaría a ser escrita. Sinceramente impresionado, la leyó en voz alta ante el almirante Blanco y sus principales jefes. Ella decía:

> *«Pocsi, noviembre 12 de 1837. Mi amigo: Tan pronto llegué a este punto, sometí al conocimiento de S. E. el Supremo Protector las últimas proposiciones que usted se sirvió presentarme, y no le han parecido a S. E. algunas de*

ellas inadmisibles; y con respecto a las demás, ha hecho algunas observaciones que no destruyen la substancia y que al oírme usted mismo será el juez imparcial y estoy seguro que se inclinará a adoptarlas. Si, pues, la constante intención de S. E. es evitar la guerra y fraternizar con la República de Chile, sin mengua de la reputación e intereses de ambas naciones, podemos todavía reunirnos a conferenciar en el punto y a la hora que usted me indique para la reunión».

No alcanzó a dar término a la lectura de la nota, porque una voz imperiosa se alzó entre el grupo de jefes.

—¡No, mi general! Esto traspasa todos los límites de la tolerancia.

El almirante buscó con la mirada al que había hablado. Era el coronel Wood que, abriéndose paso entre sus compañeros, se adelantaba hasta enfrentar a Irisarri.

—Esta nueva conferencia que proponen no tiene otro objeto que ganar los dos o tres días que necesita Santa Cruz para que lleguen a esta región los batallones 2.º y 5.º, que vienen de Tupiza y Huancayo. En el fondo, no es sino una nueva treta con que se pretende engañarnos.

Irisarri infló el pecho y contempló al coronel con despectivo enojo.

—Mi general —se dirigió al almirante—, no debe usted permitir que jefes de menor graduación opinen en lo que…

—¡Cállese usted, vendido! —le escupió Wood en el rostro.

Los jefes se agitaron como si hubiera sonado un disparo y varios de ellos se colocaron a espaldas del coronel.

—General —clamó Irisarri, apoplético—, exijo el castigo inmediato de este jefe que se atreve a insultar a un plenipotenciario de Chile.

—¡Usted no es chileno y todos conocemos bien la estrecha amistad que lo une con el general enemigo! —le replicó Wood, amenazante.

La escena tocaba ya los lindes de una reyerta a golpes, cuyas consecuencias eran impredecibles. Blanco Encalada lo captó de inmediato y usó de todo su coraje para impedirla.

—¡Basta, coronel, una palabra más y lo hago reducir a prisión!

¡Retírese de inmediato y reléguese en su alojamiento! Pronto le haré saber las medidas que adoptaré en su caso.

El coronel Wood dio media vuelta y abandonó la sala sin el saludo de rigor. Pero nadie reparaba ya en eso. La mayoría de los jefes simpatizaba con él y aisló notoriamente a Irisarri. El coronel Errázuriz dejó pasar un instante y luego declaró, tratando de controlarse:

—El coronel Wood tiene razón al asegurar que esta propuesta de conferencia no tiende sino a dilatar las cosas para que alcancen a llegar los batallones enemigos que le faltan a Santa Cruz.

—Lo comprendo —le aceptó a disgusto el almirante. E hinchando el pecho se volvió con expresión severísima hacia Irisarri y le dijo en tono que no admitía discusión—: Coronel, no habrá nueva conferencia ni seguiremos perdiendo tiempo en un tira y afloja que sólo nos lleva al desastre. Respondía usted al general Herrera que no proseguiremos en negociaciones que no presenten una inmediata conclusión; que acepten nuestras proposiciones como las he indicado o no habrá tratado de paz. Y que, en caso de no convenir el general Santa Cruz en las propuestas tal como se hallan redactadas, responda categóricamente sobre la aceptación o el rechazo del combate parcial que ya le hice conocer en oportunidad anterior. Agréguele usted que el sitio que he escogido para esa batalla campal será el llano de Socabaya, y la fecha, el jueves 16 de noviembre en la mañana. ¡Eso es todo!

—Pero ese combate es absurdo, mi general —intentó oponerle el plenipotenciario.

—¡Eso es todo, coronel Irisarri! —lo acalló Blanco Encalada.

Dos días más ganó el astuto general Santa Cruz en el intercambio de correspondencia que exigió la reiteración de la propuesta de combate parcial del almirante Blanco; dos días durante los cuales llegaron a la zona los batallones 2.º y 5.º de Tupiza y Huancayo; dos días que el jefe chileno perdió en escoger los seiscientos soldados y oficiales y los doscientos jinetes que habrían de batirse paladinamente en el llano de Socabaya. El 14 de noviembre, en la mañana, en los momentos en que el almirante desayunaba en la casa que ocupaba en Arequipa, entró el señor Irisarri portando un pliego con los sellos y cintas del Supremo Protector Santa Cruz. Bastaba con observarle el rostro abatido y

sombrío, para comprender que las noticias que traía no eran buenas.

—Es una nota del Supremo Protector enviada por intermedio de su jefe de Estado Mayor, el general
O'Connor
—dijo, entregándosela.

—¿Es la respuesta a mi proposición? —quiso saber el almirante mientras rompía los sellos y desplegaba el documento.

Irisarri asintió con aire cansado.

—¿Y qué dice?

—Prefiero no leérsela, general —rehusó, abatido, el diplomático —. En resumen, responde el general
O'Connor
que el Supremo Protector reprueba tal combate, argumentando que ése no es modo de demostrar la ciencia militar, sino la fuerza bruta.

Era un sarcasmo cruel. Daba la impresión de que el mariscal Santa Cruz había calado tan hondo en la psiquis del marino, que se permitía herirlo en su fibra más sensible.

—Jamás habrían podido tomarlo en serio —apuntó Irisarri en voz baja, entre sarcástico y compadecido.

Fue una mala mañana para el General en Jefe. Se sentía engañado como un chicuelo, burlado, humillado. Y su agotamiento nervioso era tan extremado que, al salir a la plaza, ya no le impresionó de modo notorio ver cómo el ejército boliviano desfilaba ostensiblemente por el lomo de los cerros en dirección a Cangallo y de qué manera insolente la caballería galopaba por las faldas de los mismos acercándose a los puestos avanzados chilenos en el llano de Miraflores. El mariscal Santa Cruz ya no consideraba necesario tomar precauciones. Pronto las avanzadas de infantería comenzaron a disparar contra los jinetes enemigos, pero su inferioridad era evidente.

—Que salga nuestra caballería a reforzarlas —dijo Blanco Encalada a su nuevo ayudante, y acentuó su desánimo el darse cuenta de que no era el coronel Sutcliffe, en quien confiaba como en su mano derecha. En ese instante mismo decidió levantarle el castigo.

Segundos después, el comandante Necochea, al frente de sus lanceros, galopaba hacia la Campiña de Miraflores para proteger a

los infantes.

Pero la caballería protectoral no siguió atacando a los puestos avanzados chilenos ni trató de penetrar en Arequipa. Galopando en línea tangente al círculo de las defensas, remontó los cerros y fue a juntarse con la infantería boliviana, que sin duda alguna se dirigía a un lugar estratégico desde el cual pudiera dominar mejor a Arequipa.

—Van a tomar posiciones en los altos inexpugnables del pueblo de Paucarpata —dedujo el coronel Wood, que conocía a la perfección el territorio—. Lo lógico sería impedirles que se fortifiquen en esas alturas, mi general.

Blanco Encalada movió dubitativamente la cabeza. Según él, ya era tarde para impedir la hábil maniobra realizada por el ejército de Santa Cruz.

—Lo único que podemos hacer es retirarnos hacia la costa, mientras nos sea posible —reflexionó, desanimado. Pero el general Aldunate, que observaba los movimientos del enemigo, se quitó bruscamente los prismáticos de los ojos y miró al almirante con expresión incrédula y reprobatoria.

—¡No, general, eso no! —le rebatió—. ¿Huir hacia la costa? No habrá soldado que quiera seguirlo. Vinimos al Perú a combatir, a vencer, no a permanecer dos meses inertes en esta ciudad, para después huir ante el primer peligro.

—¿Y qué quiere usted que haga? —clamó el almirante, desesperado—.

Estamos envueltos, definitivamente rodeados por fuerzas muy superiores.

Aldunate se limitó a señalarle con un brazo a los lanceros de Necochea galopando a media ladera de los cerros del oeste y disparando sobre la retaguardia de la caballería protectoral.

—Imitemos a los lanceros. Véalos usted cómo buscan el combate, llenos de ímpetu, resueltos a todo.

El General en Jefe no se resolvió a comprometer a su ejército en la desesperada acción que le proponía Aldunate. Confiaba en que al día siguiente podría encontrar un lugar más adecuado para atraer a los enemigos a un combate. Y esa noche concentró a todos sus hombres, salvo los centinelas, en la estrecha plaza de Arequipa. Sucio de sudor, se retiró a su alojamiento para mudarse el uniforme

por otro de campaña y tuvo la sorpresa de encontrar, afirmado en uno de los horcones del corredor, al coronel Sutcliffe, liberado de su castigo, según su orden.

—Buenas noches, Tomás —lo saludó, deteniéndose unos segundos a su lado—. Intente descansar.

—No es fácil, mi general —le respondió el coronel, mostrándole una profusión de luces esparcidas en las cumbres de unos cerros lejanos—. Las tropas confederadas ya acamparon en Paucarpata.

—Lo sé —gruñó el almirante, y se volvió para entrar—. Vamos a dejar esta casa, ayudante. Dé usted quinientos pesos al propietario por el tiempo que la hemos usado y reúnaseme en la plaza. Velaremos todos juntos durante esta noche.

—¿Teme usted un ataque nocturno, señor?

—Debemos estar alerta. El combate tiene que producirse de todos modos mañana. Ojalá no se nos anticipen.

Pero la noche transcurrió sin novedades y al amanecer los soldados trataban de espantarse la modorra que les dejara la vigilia empapándose las cabezas en el pilón central de la plaza y en los bebederos de los caballos. Nadie quitaba la mirada de los lejanos cerros de Paucarpata, en donde se veían movimientos de tropas enemigas y gran despliegue de banderas. Sin embargo, no fue por ese punto que surgieron las novedades. El silencio en que había quedado el pueblo al huir sus habitantes se rompió por el lado contrario, donde estaban los puestos de centinelas que vigilaban el camino hacia el mar. Fue un resonar de cornetas en alarma y luego el estrépito de una gran masa de caballos acercándose al galope.

—Si los centinelas no han disparado es porque se trata de jinetes nuestros —razonó el general Aldunate—, y la única caballería que tenemos en el oeste es la que comanda el sargento mayor Espinoza.

En efecto, en brevísimos instantes los recién llegados habían sofrenado sus caballos en un costado de la plaza y el comandante Espinoza saltaba de su caballo frente al almirante.

—Comandante Espinoza se presenta, mi general —lo saludó, agitado por la galopada.

—Pero ¿cómo es que se encuentra usted en Arequipa, siendo que debía estar resguardando el camino hacia la costa? —le inquirió el General en Jefe, temeroso de la respuesta, que no podía ser sino una.

—Me fue imposible seguir guardando ese camino, mi general. Una enorme masa militar se presentó sorpresivamente delante de mi campamento y hacerle frente habría sido sacrificar en vano a mis soldados. Los atacantes constituyen el ejército completo del general Vigil, que ha llegado desde Lima y avanza sobre esta ciudad. —Hizo una pausa para tomar aliento, y como todos, enmudecidos por la impresión, permanecieran expectantes, prosiguió—: Me he venido replegando con el mayor orden posible, mi general, conteniéndolos a tiros en cada ocasión propicia. Pero era inútil tratar de impedirles que se posesionaran del camino a la costa en toda su longitud.

—¿De modo que… —el almirante tragó saliva antes de formularle la difícil pregunta— no tenemos salida al mar, ninguna posibilidad de retirarnos hacia la costa?

—¡Ninguna, mi general! —reconoció el atribulado comandante, y agachó la cabeza.

Era el fin, el jaque mate magistralmente jugado por el general Santa Cruz; la partida estaba terminada. Cuando menos para el almirante Blanco Encalada. Porque, aun cuando la mayoría de sus jefes estaba resuelta a ofrecer una resistencia heroica dentro de Arequipa o emprender una embestida suicida, él sólo sentía resonar campanadas fúnebres dentro de su cerebro. El Ejército Restaurador estaba irremediablemente acorralado.

Ya no valía la pena pensar en batallas, que no se producirían. El Protector no era un guerrero ávido de sangre, sino un estratega consumado que los había derrotado sin que le fuera preciso ni siquiera un enfrentamiento de los ejércitos. El jefe chileno tuvo la certeza de que no bajaría a atacarlos. ¿Para qué? No le era necesario. Con esta convicción, ordenó aflojar la rigidez de la vigilancia y se retiró a la casa que ocupaba. Y allí esperó, a solas, sin más compañía que la del coronel Sutcliffe, que recibió instrucciones de aguardar en el recibidor. Sabía que alguien iba a llegar y éste se presentó a media tarde. Fue el mismo coronel con el uniforme de la escolta protectoral y el cordón dorado de la ayudantía colgándole de un hombro. Hablaron en el despacho, que en la mañana el almirante hiciera vaciar de planos y documentos, de pie los dos y con extrema gravedad en los semblantes.

—Su Excelencia, el Supremo Protector, general don Andrés

Santa Cruz, protesta por una última vez no desear la guerra ni el exterminio de miles de soldados de ambos bandos —recitó el coronel con acento solemne—. Por ello me ha ordenado invite a Su Señoría a una entrevista en Paucarpata, a fin de estudiar una fórmula equitativa que permita llegar a un arreglo evitando muertes.

Blanco Encalada hizo una larga pausa antes de responderle, con la mirada vaga:

—Diga a su general que acepto su invitación a una conferencia sobre dicha base y que me dirigiré de inmediato a su campamento en Paucarpata.

—Gracias, señor. Así lo comunicaré al Supremo Protector. Y si usted me lo permite, será un honor para mí servirle de guía.

Al galope corto, igual que si buscara inconscientemente retardar el momento de la decisión, el General en Jefe del Ejército Restaurador ascendía con su escolta de ocho cazadores y su ayudante Sutcliffe hacia las alturas donde se enclava el pueblo de Paucarpata. Avanzando unas doscientas varas galopaba el emisario que le enviara el general Santa Cruz para convidarlo a una conferencia en la cual decidir la suerte de la contienda. No iba a ser, pues, un campo de batalla el lugar donde se resolvería la guerra, sino un escritorio alfombrado con vistosos tapetes indios. ¿Era la magnanimidad desdeñosa del Protector hacia el jefe del ejército que sabía rodeado completamente por sus tropas o la hábil estratagema del caudillo que, habiendo visto combatir a soldados chilenos en las batallas por la independencia del Perú, conocía su natural combatividad? Ambos factores pesaron, sin duda, en su resolución de ofrecer un arreglo sin sangre, cuando todos sus jefes esperaban su orden de aniquilar al ejército chileno. Aquella victoria, aunque segura, costaría a las tropas de la Confederación entre un 20 y un 30 por ciento de bajas y no pondría término a la guerra. Después tendría que devolver batallones a la frontera argentina y oponer otros a los rebeldes del Estado
Nor-Perú.
Además, la derrota y destrucción del ejército del general Blanco Encalada provocaría en Chile una reacción de ira fervorosa, que posiblemente diera origen a una nueva expedición tal vez más numerosa y de seguro mejor comandada. Estos pudieron ser los

razonamientos que impulsaron al ladino caudillo a buscar una solución que, remachando la derrota de Chile, no encendiera la hoguera de la revancha.

Pero el almirante Blanco no tenía cómo adivinarlos, y en su cabeza, mientras galopaba hacia Paucarpata, cabía un solo pensamiento, aherrojado por los siguientes factores: su ejército de 2750 soldados estaba encerrado por 4500 a 5000 enemigos; la retirada hacia la costa le estaba impedida y en Arequipa sus tropas ya apenas comían. La única salvación para el Ejército Restaurador radicaba, en consecuencia, en obtener la firma de un tratado de paz.

Así en el momento en que desmontó frente a la casa cural de Paucarpata donde lo esperaba el Supremo Protector, el almirante estaba ya doblegado.

El coronel Sutcliffe avanzó antes que él. En el corredor esperaban los generales Herrera, Cerdeña y
O'Connor,
con el poeta y político José Joaquín de Mora, don Manuel de la Cruz Méndez y el cura Valdivia. En torno a la casa de cimientos de piedra y muros de adobes, insolentemente proyectada hacia el interior de la humilde plaza, había unas seiscientas personas congregadas; jefes militares, poderosos hacendados de la siena y numerosos clérigos.

Cuando los generales de la Confederación terminaban de saludar en forma ceremoniosa al jefe chileno, hizo su espectacular aparición en el pórtico de la casa parroquial el Mariscal de Zepita, general Santa Cruz. Bajo de estatura, delgado y obscuro de tez, el hijo de la cacica de Guarina, doña Juana Basilia Calaumana, tenía, sin embargo, una majestuosidad primitiva impresionante. Su rostro, de pómulos pronunciados, mejillas anchas y labios gruesos, mostraba una inmovilidad pétrea; pero sus ojos oblicuos, intensamente negros y brillantes, iban de un lado a otro, observándolo todo con desconfianza, bajo su frente estrecha y fruncida en múltiples arrugas. Los cabellos, gruesos y opacos, los usaba deliberadamente largos, al estilo de los antiguos incas. En cambio, vestía un rico uniforme, con el pecho cubierto de condecoraciones, y cuya suntuosidad era acentuada por una amplia capa azul con el cuello decorado por guarniciones doradas. Sus ademanes y movimientos, untuosos y suaves, ejercían el curioso efecto de transportar a

quienes lo observaban a los remotos tiempos de la pompa incaica.

Al asomar al corredor, todos los allí reunidos, como obedeciendo a una consigna severamente impuesta, gritaron a coro:

—¡Viva el Supremo Protector de la Confederación!

Santa Cruz abrió los brazos como alas y saludó, manteniendo el rostro inmóvil como el de un ídolo de madera. El general Herrera se inclinó ante él y luego se volvió a Blanco Encalada, para hacer las presentaciones.

—El señor general don Andrés Santa Cruz, Mariscal de Zepita, Capitán General y Presidente de Bolivia, Supremo Protector de la Confederación
Perú-Boliviana.

Luego, vuelto al caudillo, señaló al jefe chileno.

—Su Señoría don Manuel Blanco Encalada, General en Jefe del Ejército de la República de Chile y plenipotenciario de la misma.

El general Santa Cruz avanzó un paso y extendió el brazo derecho, como cediéndole la entrada a su invitado, a tiempo que le decía con voz suave:

—Excelentísimo señor general Blanco Encalada, sea usted bien venido. Ruego a usted aceptar mi hospitalidad, modesta en esta ocasión, pero indispensable, ya que debemos tratar sobre la suerte de nuestros respectivos ejércitos y velar por el mantenimiento de la paz a todo trance.

El almirante se inclinó ante él y le respondió con sencillez:

—Gracias, señor. Me complace encontrarme ante usted y tener la ocasión de debatir nuestros asuntos.

—Sírvase usted entrar —lo invitó el caudillo, cediéndole el paso — y discutamos como serenos hombres de Estado, hasta agotar los medios que nos conduzcan a un arreglo aceptable.

La casa, el panorama exterior de cumbres extrañas, el ambiente interior de piedras seculares, la decoración de la sala en que se reunieron, con muros desnudos, cortinados indios y un crucifijo gigantesco tallado en madera presidiendo la escena, todo conspiró para opacar la debilitada personalidad de Manuel Blanco Encalada. Además, sus argumentos de defensa fueron inconsistentes ante los hechos ciertos, implacablemente esgrimidos por el sagaz Protector. Tras sus palabras suaves y su correctísimo lenguaje, vibraba, si no una amenaza, una fría resolución paciente mas inexorable: o la

aceptación de todas sus condiciones o el aniquilamiento inmisericorde de todos los soldados chilenos y peruanos que militaban en el Ejército Restaurador. El almirante fue derrotado allí, en la mesa cural de Paucarpata, sobre la cual los respectivos ayudantes, llamados después de adoptadas las resoluciones, redactaron el borrador del tratado de paz. Documento extenso, tedioso y abrumador para Blanco Encalada, que podía resumirse en dos cláusulas principales, que el general Santa Cruz se gozó en repetir, con la pluma en alto, antes de estampar su firma en él:

—Queda entendido que las tropas del ejército bajo vuestro mando se retirarán al momento hacia la costa y aguardarán en el puerto de Quilca. —El almirante Blanco asintió con un gesto grave —. Y seis días exactamente después que el tratado de paz sea ratificado por el pleno del Gobierno de la Confederación Perú-Boliviana, esas tropas embarcarán hacia Chile en forma definitiva.

—Así será, señor.

Firmado por ambos personajes el pliego borrador en el cual se establecían las condiciones en que se basaría el tratado de paz, se descorrió teatralmente un cortinaje dejando al descubierto el comedor de la casona. Allí estaban los altos jefes militares confederados y la comitiva civil y religiosa del Protector.

—Excelentísimo señor general Blanco Encalada, señores — proclamó Santa Cruz en voz alta, tomando al jefe chileno de un brazo y guiándolo hacia el recinto vecino—, brindaremos por el venturoso acuerdo al que hemos conseguido llegar y congratulémonos por los millares de vidas que, mediante él, ahorraremos a nuestras respectivas naciones.

A la medianoche del 15 de noviembre regresó el almirante a la plaza de Arequipa. El Ejército Restaurador se mantenía en vigilia y sobre las armas. Agotado y sombrío, el marino ordenó al general Aldunate que pusiera término al estado de alerta de las tropas y, sin mayores explicaciones, se dirigió a la casa donde alojaba, desde la cual envió con el coronel Sutcliffe una convocatoria para una Junta de Guerra, a realizarse al día siguiente a las nueve de la mañana, a todos los jefes superiores y comandantes de batallones.

La mencionada Junta se desarrolló dentro del ambiente más caótico, anarquizada por completo la disciplina, como reacción ante

las actuaciones del General en Jefe. Éste trató de justificar su fracaso atribuyéndolo al incumplimiento de todas las promesas que se hicieran al Gobierno de Chile para decidirlo a enviar al ejército expedicionario.

—Se nos garantizó entonces que los pueblos peruanos nos prestarían el máximo apoyo y ayuda tanto en hombres como en provisiones. Pero no fue así —argumentó, tratando de hacerse oír —. También se nos afirmó que el Ejército argentino acentuaría sus ataques contra las fuerzas protectorales en la frontera del Alto Perú. Tampoco fue así. Por consecuencia, ahora nos encontramos ante el dilema de librar una serie de combates desesperados, con todas las probabilidades en contra, o aceptar un tratado de paz.

La sola mención de un tratado de paz, que todos sabían que había ido a discutir el almirante en Paucarpata, exaltó hasta el grado máximo a los jefes chilenos. Para ellos, tal hecho equivalía a una capitulación. Y rendirse sin luchar no cabía en sus mentes.

—¡Partimos a combatir aplaudidos por nuestro pueblo — vociferó el comandante García—; juramos que derrocaríamos al tirano que avasalla la libertad del Perú, prometimos a todos nuestros compatriotas que destruiríamos el peligro que representa el creciente poderío del general Santa Cruz… y regresamos sin haber disparado un tiro, sin haber cumplido nada de lo que ofrecimos a nuestro Gobierno!

En medio de la batahola, en que todos opinaban a gritos, el general Aldunate logró aproximarse al almirante y le preguntó a quemarropa.

—¿Ese tratado de paz termina con el régimen de la Confederación
Perú-Boliviana?

Un brusco silencio se hizo ante la trascendental interrogación. Y el jefe del ejército tuvo que hacer acopio de todas sus energías para responder:

—No —pero agregó apresuradamente—: Esos no son asuntos que atañen a la oficialidad del ejército; son resortes de los diplomáticos que nos acompañan. Hoy será redactado, en su forma definitiva, el Tratado de Paz de Paucarpata entre el señor coronel Antonio José de Irisarri, en calidad de plenipotenciario de Chile, y los generales Herrera y Quiroz, como plenipotenciarios de la

Confederación. Mañana lo firmaremos el general Santa Cruz y yo. E inmediatamente después nuestro ejército emprenderá marcha a la costa, para regresar a Chile.

La enfática revelación iba más allá de lo que habían podido concebir los jefes del ejército y la impresión que les causó fue tan profunda que sus anteriores protestas se convirtieron en un silencio helado, tan agresivo que hizo exclamar al almirante:

—¿No tienen nada que objetar, señores, nada que sugerir?

En el salón no se escuchó respuesta alguna, pero las pupilas inflamadas de los militares dejaban traslucir su inmensa irritación y su inexpresable decepción.

—La reunión de los plenipotenciarios para redactar el texto del Tratado de Paucarpata se verificará esta tarde en la quinta de Tristán —dijo Blanco Encalada en voz apenas audible, y, sin mirarlo, ordenó al general Aldunate—: Apreste al ejército para retirarse al puerto de Quilca y avise a los comandantes de la flota a fin de que estén listos para recogerlos en sus buques.

La masa de jefes y oficiales abandonó el recinto en el mutismo más absoluto, evitando mirarse los unos a los otros. La vergüenza los aniquilaba.

El Tratado de Paz de Paucarpata, que contrariaba todos los principios que habían impelido al Gobierno de Chile a enviar una expedición restauradora al Perú, quedó redactado esa tarde en Arequipa y fue firmado al día siguiente, 18 de noviembre de 1837, en la casa cural de Paucarpata por el general Andrés Santa Cruz y el general Manuel Blanco Encalada. Ese mismo día, en la tarde, mientras el ejército chileno se alejaba hacia la costa, hizo su entrada triunfal en Arequipa el Supremo Protector al frente de su poderoso ejército. El general Blanco, que había permanecido en la ciudad en compañía del general Aldunate y de los batallones «Portales» y «Valdivia», revistó a las tropas bolivianas en la Campiña de Miraflores, en donde éstas realizaron un brillante desfile. Pero a los dos batallones chilenos que habían recibido orden de quedarse en la retaguardia para escoltar a los jefes superiores les estaba reservada una ceremonia aún más difícil de cumplir: rendir honores al Supremo Protector y a los altos jefes de su ejército.

—¡Es la mayor vergüenza de mi vida! —barbotaba el comandante García, mientras aguardaba con su batallón formado en

un costado de la plaza de Arequipa—. Después de esto, me retiro del Ejército. Le juro, ayudante Guarda, que no vuelvo a cargar galones nunca más. ¡Haber venido a esta tierra para ser vejado como ahora! Tener que regresar sin combatir, como unos cobardes, era ya bastante; pero estar obligados a rendir honores al enemigo que se ha burlado todo el tiempo de nosotros, eso es ya intolerable. No sé cómo no tuve el valor de pegarme un tiro antes de acatar esta orden. Pero la disciplina que he remachado siempre a mis hombres se venga ahora de mí. Ordenes son órdenes, aunque nos arranquen lágrimas.

El general Santa Cruz asomaba en esos momentos en una de las esquinas de la plaza, acompañado por el almirante Blanco, el general Aldunate y su vistosa comitiva militar, civil y religiosa. Jinete en un caballo ricamente enjaezado, batiéndole sobre la espalda la capa azul y luciendo sobre su cabeza un bicornio emplumado, se destacaba como un personaje real y, en verdad, la escolta que lo acompañaba, con portaestandartes batiendo sus banderas en el aire y con clérigos que incensaban en todas direcciones, tenía la apariencia o era la caricatura de una procesión imperial.

El comandante García al verlos acercarse hizo una seña a su corneta de órdenes y éste lanzó con su instrumento el toque de atención y luego el de honores. El fiero veterano se estiró la guerrera con un gesto violento y, cuadrando los hombros, se volvió a sus oficiales y les murmuró con sorda ira:

—¡A cumplir nuestro endemoniado deber, señores! —Luego hinchó el pecho y ordenó en voz alta—: ¡Atención, soldados del batallón «Portales»!

El general Santa Cruz y su comitiva habían tomado colocación en mitad de la cuadra, frente a la catedral, y esperaban la iniciación del desfile.

García desenvainó su sable, lo alzó frente a su rostro y lo besó en la cruz de la empuñadura. «A tragarse la hiel», murmuró para sí, y enseguida elevó la voz, bronca y quebrada:

—¡Batallón «Portales», de frente…, maar!

Los soldados rompieron la marcha al son de los tambores y comenzaron a recorrer la cuadra por la que debían desfilar. Llevaban los dientes apretados y sus rostros parecían de piedra,

pero marchaban inflando el pecho, erguido el cuerpo, y al pasar frente a los personajes rendían honores, obedeciendo a una consigna que cada uno se había impuesto: al volver el rostro hacia ellos, miraban hacia lo alto, por sobre las cabezas, por encima de las torres de la iglesia. Cuando terminaron de recorrer aquella penosa cuadra, en muchos de los rostros de aquellos hombres fieros, curtidos por las penalidades, levantiscos y borrascosos, se escurrían chorrillos de lágrimas. El comandante García había envainado su sable y, con la cabeza gacha, se apoyaba con ambas manos en el arzón de su montura, igual que si la impresión sufrida le restara las fuerzas suficientes para mantenerse sobre su caballo. Con los ojos cerrados, se empeñaba en incrustarse una sola idea consoladora en el cerebro:

«¡A Chile de nuevo!… ¡Esa es la única alegría de toda esta farsa: regresamos a la patria!… Aquí terminó la "gloriosa campaña" de 1837. Perdónenme, mis niños, no fue mía la culpa. Yo los adiestré y los traje a esta tierra para ganar gloria de soldados. ¡No lo quiso mi mala suerte! ¡En fin, cuando menos, vamos hacia Chile!… ¡Más vivo el paso, más vivo, mis muchachos!… ¡Er, dos!… ¡Er, dos!… ¡Er, dos!».

4

Había terminado la campaña que se pretendió fuera «restauradora de los derechos del Perú». El 25 de noviembre de 1837 los batallones chilenos embarcaron silenciosamente en los buques que los aguardaban en el puerto de Quilca, observados en igual silencio por largas hileras de soldados bolivianos, que desde los cerros de la costa cumplían con el deber de constatar la efectividad de la partida.

Como un manto espeso, la vergüenza envolvía a las tropas chilenas, imprimiendo en sus rostros expresiones hurañas y esquivas. Habían partido desde Valparaíso el 15 de septiembre y regresaban el 25 de noviembre. Setenta días había durado la campaña; setenta días de impaciencia, de exasperación, de privaciones e inutilidad. El almirante Blanco Encalada se había dejado engañar como un alférez, pensaban todos. No sólo no había logrado abatir el poderío del Supremo Protector Santa Cruz, sino que la Confederación
Perú-Boliviana
quedaba en pie y fortalecida.

La columna de generales y voluntarios peruanos que acompañara al ejército, ciertamente convencida de la falsedad de la amnistía general que ofrecía a todos sus componentes el Tratado de Paz de Paucarpata, prefirió embarcarse junto a las tropas chilenas y retornar al exilio. Confiar en la magnanimidad del general Santa Cruz, según ellos, les representaba una muerte segura. En cambio, el ambiguo coronel Antonio José de Irisarri, plenipotenciario del Gobierno de Chile y principal redactor del Tratado de Paucarpata,

eligió quedarse en el Perú, con el astuto pretexto de vender al Protector la caballada. Pero nadie podía ignorar que el motivo que lo impulsaba a tomar tan extraña determinación no era otro que su temor a enfrentar la reprobación del pueblo chileno y las peligrosas consecuencias que le acarrearía un posible rechazo del tratado ajustado. Con esta agobiadora carga espiritual, el convoy de transportes dejó la costa peruana y enfiló sus proas rumbo a Valparaíso.

En Chile nadie tenía ni una remota información de los hechos que habían envuelto vertiginosamente al Ejército Restaurador y mucho menos de la consecuencia final. El primero en enterarse fue un oficial de la Comandancia del Puerto de Valparaíso, que, cumpliendo una función rutinaria, acompañó al práctico de la bahía a la corbeta inglesa «Rover», que acababa de arribar. Y en ella llegaba el teniente coronel Carlos Olavarrieta portando el original del Tratado de Paz de Paucarpata.

El oficial no podía dar crédito a la información que le rendía el comandante Olavarrieta y, en tanto que éste esperaba que se le visaran sus documentos para bajar a tierra, se hizo conducir apresuradamente al embarcadero y corrió enseguida al despacho del gobernador militar, que era el coronel Victorino Garrido.

—¿Un tratado de paz? ¡Está usted loco! —fue lo primero que exclamó el gobernador al escuchar su atolondrada información—. Si aún no ha comenzado la guerra, que yo sepa; si no ha habido una sola batalla entre las tropas nuestras y las de la Confederación. ¿Dónde está ese comandante Olavarrieta?

—No tardará en llegar a este despacho, señor gobernador.

—¡Oh, es inaudito…, es inaudito! —repetía una y otra vez el coronel Garrido, esperando, impaciente, la aparición del comandante Olavarrieta; y comprendiendo, de súbito, la explosiva reacción que ese hecho podía provocaren la opinión pública, ordenó perentoriamente al oficial—: Prohíbo a usted comentar esta noticia hasta que la conozca el Gobierno. ¿Me ha entendido? ¡Ni una palabra a nadie! Si el pueblo se entera de este… Pero ¡qué precipitados somos! Si no sabemos que se trate de un fracaso. Usted me informa de un tratado de paz, pero no de una derrota. Es posible que, en último momento, el Ejército Restaurador, en una acción brillante…

El oficial lo interrumpió con un ademán negativo. ¿A qué tratar de engañarse? El comandante Carlos Olavarrieta se lo había dicho bien claro.

—El tratado de paz representa una humillación para todos los chilenos. Nuestro ejército regresa cubierto de vergüenza.

—Pues, tenemos que informar al instante al Gobierno.

—La flota con nuestras tropas entrará mañana a Valparaíso, señor gobernador. Viene veinticuatro horas detrás de la corbeta «Rover».

El coronel Garrido calculó en un segundo la responsabilidad que le caía encima. Al día siguiente estarían desembarcando cerca de tres mil hombres cansados y maltrechos. Había que informar al Gobierno, organizar un servicio de postas con Santiago, prevenir a todas las autoridades locales, disponer cuarteles, víveres y, sobre todo, estar alerta para sofocar las manifestaciones populares, si es que las multitudes que inevitablemente saldrían a recibir al ejército, comprendían que la expedición había sido un fracaso. Abalanzándose a su escritorio, golpeó con la mano abierta una, dos, tres, innumerables veces su timbre de resorte hasta que todos sus ayudantes y subalternos estuvieron en su despacho.

La llegada de la flota de transportes con el ejército no alcanzó a ser una sorpresa total, porque el periódico «El Mercurio», informado por los pasajeros de la corbeta «Rover» y luego por el propio gobernador militar del puerto, publicó la noticia en las primeras horas de la mañana. Pero, aunque en su crónica trató de justificar el tratado de paz, relatando que el Ejército Restaurador estaba acorralado y que mediante ese pacto se evitó una mortandad enorme, no ocultó los hechos reales, las causas que condujeron a las tropas chilenas a quedar encerradas e inermes en las cercanías de Arequipa. La bochornosa verdad fue haciéndose pública y adquiriendo caracteres de escándalo a medida que los botes fueron dejando en tierra a los diversos batallones.

La multitud fue aglomerándose en la calle central que conducía al puerto, aumentada continuamente por los hombres y mujeres que se descolgaban a la carrera por las laderas que descendían de los cerros. Era un sentimiento frenético de ver a sus parientes, amigos o conocidos, y una ansiedad de escuchar de sus propios labios todo lo ocurrido.

Pero los soldados no hicieron revelaciones. Se los formó con rapidez en la playa y comenzaron a desfilar en orden hacia el centro de la ciudad; no obstante, la actitud de la mayoría hablaba por ellos: marchaban cabizbajos y hoscos, las miradas ausentes.

—¡Les fallaron los jefes! —gritó un hombre de la multitud, amenazando a los oficiales con un puño—. ¡El comando no tuvo hígados!…

Y las voces fueron alzándose, cada vez con mayor frecuencia e irritación.

—Partieron orgullosos y ahora vuelven humillados. ¿Quiénes son los culpables?

—¡Ahí pasa el batallón «Valparaíso»! ¡En él está mi hijo! ¡Florencio, Florencio!…

—¡Humberto!… ¡Humbertito mío!…

Las voces de las mujeres llamando a sus hijos y esposos, a medida que pasaban los batallones en que militaban, ponían una nota de histerismo en el ya tenso desfile. Y los soldados agachaban las cabezas, no respondían; ninguno sonreía siquiera al reconocer a sus parientes.

—¡Qué calamidad, Dios mío! —protestó un hombre anciano, echándose al medio de la calle y enarbolando su bastón—. ¡Humillar de este modo a nuestros muchachos!

La guardia policial, de por sí escasa, se vio forzada a actuar impidiendo que la multitud formara grupos y que las mujeres se abalanzaran sobre los soldados para tocarlos y abrazarlos.

—¡Vámonos todos a la Intendencia, donde se están reuniendo los jefes, y les gritamos que son todos unos maricones! —gritó de súbito un hombretón, eximido del servicio militar por faltarle un brazo, pero que exhibía en su modesta chaqueta una condecoración ganada en la guerra por la independencia. Y en torno de él fueron apretujándose otros enfurecidos espectadores que vociferaban con igual exaltación.

—¡Se han burlado de nuestros soldados, los han hecho quedar en ridículo!

—¡Es cierto, es cierto!… ¡Han cubierto de vergüenza a las tropas de Chile!

—¡Los jefes tuvieron miedo, no se atrevieron a luchar! ¡Prefirieron firmar un humillante tratado de paz!

La batahola crecía y la multitud alborotada hacía difícil el paso de los soldados. Era apenas una muestra de la indignación general que iba a provocar en toda la nación el Tratado de Paucarpata.

El batallón «Portales» tuvo que abrirse paso poco menos que a empellones para salir de la calle central y dirigirse al cuartel que se le había asignado y cuyos portones fueron cerrados herméticamente por orden del comandante García.

Éste entró poco después a la sala-comandancia con su ayudante y en el acto de quitarse el quepis e ir a colgarlo en una percha se volvió hacia el joven capitán y le dijo:

—Las que le he dado, tómelas como mis últimas órdenes, ayudante Guarda. Ahora cuelgo el quepis, decididamente lo cuelgo y me convierto en paisano. ¡Se acabó!

—Si usted lo hace, mi comandante —le respondió el oficial, esbozando el ademán de imitarlo—, yo también lo cuelgo.

Pero García lo contuvo con un ademán de su brazo.

—¡Oh, no! Usted es un cachorro apenas. Se tragará la vergüenza…, es amarga, lo sé, pero la digerirá. Y ya tendrá otras oportunidades para rehabilitarse.

Guarda meneó la cabeza expresando sus dudas:

—No. Después de esto, nos licenciarán a todos y el asunto se habrá terminado.

—Lo que es yo me licencio solo —monologó tercamente García —. Pediré la baja tan pronto estemos en Santiago. Y espero que eso no demorará mucho. Permaneceremos sólo esta noche en Valparaíso. Mañana nos trasladaremos a Quillota y ocuparemos el mismo cuartel en que estuvimos antes de partir al Perú. Allí esperaremos la decisión final. Pero, sea como sea, dejaré la milicia. Ya está visto que no volveré a comandar otro cuerpo de soldados como el «1.º de Infantería», con el que combatí en la independencia, ni habrá guerras leales como aquélla ni generales como los de entonces.

Se había sentado ante el tosco escritorio y relajaba sus nervios dejando reposar ambos brazos sobre la superficie vacía y algo sucia de polvo. Así permaneció un largo rato, aparentemente sin pensar en nada o tal vez rumiando en forma vaga proyectos para el futuro. El capitán Guarda, concentrado también en sí mismo, se apoyaba en el marco de la ventana y miraba hacia el patio en donde los

soldados ordenaban sus escasos enseres que habían constituido su patrimonio esencial durante los últimos meses: el fusil, la bayoneta, la cantimplora, el rollo, la jarra de aluminio, todas aquellas cosas inútiles ya, pero tan valiosas antes, objetos a los que el soldado llega a amar como si fueran preciosos.

Ni el comandante ni el capitán se percataron de que se había entreabierto la puerta que comunicaba con la sala de guardia y que por la angosta abertura se deslizó, de perfil, el corneta Cruz González. Sólo supieron de su presencia cuando oyeron su voz:

—Mi comandante, en la guardia hay un periodista que quiere hablar con usted.

—¡Pero yo no quiero hablar con nadie! —respondió García, levantando la cabeza con aburrimiento. El corneta lo observaba con una sonrisa ligera, infantil casi. Había crecido durante la campaña. Se lo veía más corpulento y más hombre—. ¿Quién dijiste que era?

—Un periodista, mi comandante. Me dijo que del periódico «El Mercurio».

—¡Un periodista, hum! —gruñó el jefe, volviendo a inclinar la cabeza sobre sus brazos—. Dile que estoy haciendo revista de comisario y que no puedo atenderlo.

El sonido de otra voz, desenvuelta y juvenil, lo hizo erguirse con extrañeza.

—¡Oh, no, mi comandante; no me haga usted eso a mí! —decía el recién aparecido en la puerta que daba a la guardia.

—¿Quién demonios es usted y cómo diablos entró al cuartel? —le preguntó García con gesto acre, pero sin enojarse.

—Tengo amigos entre sus oficiales, comandante García —le confesó el joven, avanzando ágilmente a través de la sala. Vestía una acinturada levita gris y pantalones a cuadros. Caminaba con la liviandad de un bailarín y tenía una sonrisa fresca, que denotaba la costumbre de hacerse simpático, que le exigía su profesión—. Además, usted sabe que los periodistas tenemos que pasar a través de las murallas.

—Jovencito, le advierto que tengo mucho que hacer —le dijo García, observando que su visitante había sacado un cuadernillo y un lápiz y que, con todo desparpajo, se disponía a escribir en su propio escritorio—. Mi batallón parte mañana hacia Quillota, así es que debo preocuparme de revisar todo el equipo, los carros, la

caballada…

—Si a usted le parece mejor, podemos conversar mientras recorre el cuartel —le sugirió el periodista—. Por lo demás, lo que deseo que me cuente se dice en cuatro palabras.

—No tengo nada que decirle, señor —lo atajó García, poniéndose de pie—. Que le informe lo que sea preciso el General en Jefe. Vamos, ayudante.

Se dirigía con rostro insobornable hacia la puerta, cuando lo sorprendió una risilla picaresca del reportero.

—Es que el hecho sobre el que necesito preguntarle, comandante García, no me lo puede aclarar el almirante Blanco, porque quien lo realizó fue usted.

García se paró en seco y giró el cuerpo con rostro de pocos amigos.

—Yo no hice nada —declaró, desafiante.

—Sí, señor. Usted hizo algo que no se le olvidará en toda su vida. —El periodista estaba serio esta vez y la frase que agregó enseguida tenía una punzante intención—: Y como me han contado que lo hizo usted con muy buena voluntad, deseo que me lo confirme.

—Yo no hice nada de buena voluntad.

—¿No? ¿Ni siquiera rendirle honores al general enemigo?

El comandante del «Portales» sintió como si le propinaran un mazazo en la nuca y un pito agudísimo le resonó dentro de los oídos. Con los dientes apretados y los puños crispados avanzó hacia el periodista, pero éste, con gran agilidad, ya se había colocado detrás del escritorio.

—¡Maldita sea! —profirió García, descargando un puñetazo sobre la mesa—. ¡Vuelva a repetir eso y le rompo la cara, badulaque atrevido!

Pero el periodista seguía contemplándolo con su inmutable sonrisa.

—No se me ponga así, mi querido comandante. Más vale que me cuente la verdad de la historia. Es conveniente que se sepa. Como por ahí andan diciendo que los batallones «Portales» y «Valdivia» rindieron honores al Supremo Protector Santa Cruz de muy buena gana…

Manuel García dejó caer ambos puños sobre el escritorio y luego

lo asió por el borde igual que si fuera a volcarlo sobre su interlocutor.

—¡Cállese, el maldito imbécil! —tronó con el rostro congestionado por el furor—. ¿Cree usted que un buen soldado chileno, uno solo siquiera, se habría prestado a presentar armas al jefe enemigo si no se lo hubieran impuesto mediante una orden rígida?

—¿Quién dio la orden? —intercaló el periodista, sin darle tiempo a pensar.

—¿Quién podía darla? ¡El General en Jefe y nadie más!

El representante de la prensa se echó hacia atrás y relajó su actitud inquisitiva, suspirando, satisfecho.

—¡Ahá, entonces era verdad! Perdóneme si lo he enfurecido, comandante García. Pero era la única manera de hacerlo hablar.

El jefe del «Portales» se dio cuenta de que había caído en una trampa, como un niño, y tuvo que reconocer que la astucia del periodista era buena.

—Me ha hecho cometer una falta, jovencito —lo reprendió suavemente—. Yo no soy más que un comandante de batallón; no estoy facultado para hacer declaraciones sobre la campaña. Trate de no ponerme en mayores aprietos.

El periodista asintió gravemente y, yendo a colocarse frente al viejo guerrero, le expresó con cierta emoción:

—No, comandante; usted es algo más que un jefe de batallón. Es un soldado veterano de Chile, a quien se le impuso la humillación de rendir honores al enemigo que se había burlado del Ejército chileno.

—Así fue —reconoció García con amargura—. Será difícil borrar ese recuerdo. Tendré que abandonar la milicia para olvidarlo.

—Gracias, comandante García. Eso era todo lo que quería saber. Lea usted «El Mercurio» de mañana. Ya verá cómo nuestro periódico sale en defensa del honor de todos los que tuvieron que sufrir esa vergüenza. No de los que la provocaron, por supuesto. Ellos tendrán su castigo. La opinión pública les caerá encima como un látigo.

«El Mercurio» de Valparaíso se convirtió en el órgano de la indignación popular. Su primer artículo del 17 de diciembre, dos días después del desembarco de las tropas expedicionarias, fue un

golpe asestado directamente al almirante Blanco Encalada y al plenipotenciario Irisarri. Su versión de cómo dos batallones chilenos habían sido obligados a inclinar las banderas de la patria ante el jefe enemigo fue explotada con ardorosa cólera. Después, sus patrióticas protestas hallaron un eco inmediato en el pueblo de Valparaíso, que con tanta ansiedad había pugnado por embarcarse en el convoy cuando éste partió al Perú. La ola de irritación fue creciendo hora tras hora y en la tarde de aquel día la Brigada Cívica del puerto, vistiendo uniformes de parada, se presentó al compás de tambores frente a la Gobernación Militar, donde se hallaba el almirante Blanco con otros jefes. Éste la observó a través de una ventana del segundo piso, durante un buen espacio de tiempo, y cuando se volvió hacia los que lo acompañaban, estaba demudado.

—¿Qué es lo que pretenden? ¿Es otra manifestación en contra mía, gobernador?

El coronel Garrido dio unos pasos por la sala, con el rostro gacho y la actitud de quien lucha consigo mismo.

—Me temo que sí, general —reconoció, por fin—. Son las consecuencias de la campaña periodística emprendida por «El Mercurio».

—¿Pero es que voy a tener que soportar estos ultrajes del pueblo y también de las milicias? —clamó, iracundo, el marino.

El general José Santiago Aldunate se le acercó con ademán conciliador y le aconsejó que se marchara a Santiago y se entrevistara cuanto antes con el Presidente José Joaquín Prieto.

—Vaya a la capital y aclare los hechos —concluyó—. Se lo digo por su conveniencia.

—¡Mi conveniencia! —Blanco Encalada estaba trémulo—. Nada me conviene ni deja de convenirme. Me es igual. He procedido como debía. Y al firmar el Tratado de Paz de Paucarpata, no sólo salvé al Ejército Restaurador, sino también al régimen del Presidente Prieto, que habría caído si nuestro ejército se pierde.

El gobernador Garrido hizo un gesto de duda y se alejó unos pasos, igual que si deseara denotar que no participaba de la opinión del general.

—Tal vez… —musitó—. Pero marche cuanto antes a Santiago. Ya las noticias han trascendido y puedo asegurarle que la efervescencia es allá tanta como en Valparaíso.

—¿Y también se me ataca?…

El gobernador hizo una pausa, miró a Aldunate y a los otros jefes como si les consultara antes de revelar lo que sabía y luego afirmó con la cabeza:

—A usted y al señor Antonio José de Irisarri. En especial a este último, que al quedarse en el Perú ha confirmado la acusación de traidor que le formula el pueblo.

—¿Traidor?… —El almirante había presentido que se le harían toda clase de acusaciones, de reproches, de protestas, pero jamás pensó que alguien se atreviera a envolverlo en una acusación de tal magnitud—. ¿También se atreverán a hacerme un cargo semejante a mí? —preguntó, temblándole la barbilla y con los ojos desorbitados. Como nadie le respondiera, sino que más bien le hurtaran la mirada, repitió en un grito—: ¡Díganmelo! ¿También a mí me acusarán de traidor? —Un silencio frío y aplastante fue lo único que obtuvo y, después de contemplar a uno y a otro con mirada que traducía su angustia, cogió su gorra y se dispuso a salir —. Me marcho ahora mismo a Santiago.

Llegaba a la puerta de la sala en el preciso momento en que ésta se abrió para dar paso al secretario de la Gobernación, y el oficial, al verse a boca de jarro frente al almirante, le extendió, de modo automático, un pliego que traía entre las manos.

—El comandante de la Brigada Cívica de Valparaíso se lo envía, mi general.

Éste lo recogió en forma igualmente automática y lo desplegó con rudeza.

—¡Reproches, protestas, pliegos de indignación! —mascullaba—. Yo hubiera querido ver a estos generales de cartón encerrados en Arequipa. ¿Cómo habrían procedido ellos? ¿Habrían sacrificado al ejército? Tome usted, gobernador, a mí no me interesa.

Pero no se movió de su sitio, en tanto que el coronel Garrido leía de prisa la nota y, como observara que el rostro de éste se iba tornando más sombrío, lo interrumpió con impaciencia:

—¿Qué dice ese pliego, por mil diablos?

—Expresa justamente lo que todos en el puerto vienen proponiendo —le respondió, devolviéndole el papel—. Una segunda expedición al Perú, para ir a limpiar la mancha caída sobre el honor del pueblo chileno. El almirante Blanco sintió que se le cortaba la

respiración y varios de los jefes allí presentes se le acercaron, temerosos de que sufriera un síncope. El gobernador prosiguió:

—El comandante de la Brigada Cívica de Valparaíso ofrece esa unidad como base para formar el nuevo ejército expedicionario que ha de volver al Perú a reivindicar el honor nacional.

—¡Bellacos! —dejó escapar el almirante. Pero el gobernador lo fulminó con una mirada durísima.

—¡Eso no, general; eso no puedo permitírselo! Esta Brigada y el pueblo entero comprenden que han sido deshonrados.

—¿Usted lo afirma también? —Blanco Encalada vibraba como una hoja de acero a punto de quebrarse. Pero el coronel Garrido se había tornado implacable y su espíritu conciliador se transformaba en una actitud abiertamente agresiva.

—¡Vaya usted a Santiago y compruébelo: no sólo yo, todo el mundo afirma lo mismo!

—¡Pues, me oirá todo el mundo! —clamó el almirante, encaminándose hacia la puerta—. Me defenderé, dejaré a salvo mi honor y obligaré al Gobierno a que explique al pueblo que procedí en bien de la nación. —El portazo que dio tras de su salida hizo estremecer la sala de la Gobernación. Los jefes allí reunidos se contemplaron entre ellos y no hicieron comentarios. ¿Para qué? Todos eran inútiles.

La reacción había sido semejante en Chile entero. La vergüenza de sus soldados alcanzó a todo el país; no hubo hombre que no sintiera la humillación. La llegada del almirante Blanco Encalada a Santiago provocó disturbios callejeros, pese al respeto que se guardaba al antiguo soldado, lustre de la patria en otras jornadas. Pero sus entrevistas con el Presidente de la República no consiguieron alterar la determinación que éste se había formado tan pronto tuvo en sus manos el Tratado de Paucarpata.

El 18 de diciembre, apenas tres días después del regreso del ejército expedicionario, el Gabinete ministerial resumía el pensamiento del general José Joaquín Prieto en el siguiente decreto:

«Considerando:

»1.º Que el Tratado celebrado en el pueblo de Paucarpata a 17 de noviembre del presente año, entre el General en Jefe del Ejército chileno don Manuel Blanco Encalada y don Antonio José de Irisarri

como plenipotenciarios del Gobierno de Chile y los generales don Ramón Herrera y don Anselmo Quiroz, plenipotenciarios del general don Andrés Santa Cruz, no satisface las justas reclamaciones de la nación chilena ni repara debidamente los agravios que se le han inferido, ni, lo que es más, precave los males a que se ven expuestos los pueblos vecinos al Perú y Bolivia, cuya independencia y seguridad permanecen amenazadas;

»2.º Que aun en los mismos artículos de este Tratado que son favorables a Chile, se encuentran cláusulas dudosas y faltas de explicación, que harían del todo inútiles las estipulaciones en su actual estado, y que sólo darían lugar, como debe temerse, a que después de dilatadas e infructuosas negociaciones se reanudase la guerra;

»3.º Que los plenipotenciarios del Gobierno de Chile se han excedido en el otorgamiento del Tratado de las instrucciones que recibieron, como ellos mismos lo hicieron presente al general Santa Cruz al entrar en la negociación, arreglándose a los principios de honor y de lealtad con que el Gobierno chileno les había hecho esta especial prevención,

»Declaro: que el Gobierno de Chile desaprueba el antedicho Tratado y que, después de ponerse esta resolución en noticia del Gobierno del general Santa Cruz, deben continuar las hostilidades contra el expresado Gobierno y sus sostenedores en la misma forma que antes de su celebración…».

El resto del decreto se refería a los deseos de la nación chilena de preservar la paz, pero a su resolución de obtenerla de un modo justo y honroso. Aquel mismo día fue firmado por el Ministro Tocornal y el Presidente Prieto, determinándose su promulgación para el día siguiente. Era la reanudación de la guerra.

El decreto mencionado, que desaprobaba y desautorizaba el Tratado de Paz de Paucarpata, equivalió al primer disparo de la segunda campaña del Ejército Restaurador y, al mismo tiempo, fue el tiro de gracia para el almirante Blanco Encalada, porque representó la expresión oficial del pensamiento de toda la nación y el rechazo pleno de su actuación como General en Jefe de las fuerzas expedicionarias.

Blanco Encalada se revolvió como un león herido y pregonó en todos los círculos y por medio de los periódicos las causas y

propósitos que lo llevaron a firmar el Tratado de Paucarpata. Pero el Gobierno, frío e implacable, resuelto a lavar la afrenta inferida a la dignidad nacional, junto con disponer la organización de una segunda campaña sobre el Perú, ordenó el sometimiento del general Manuel Blanco Encalada a un Consejo de Guerra. Este se reunió el 17 de enero de 1838 y en su seno el fiscal militar alegó la culpabilidad del almirante en su actuación durante la campaña de 1837 contra la Confederación
Perú-Boliviana.

Afincado ya en su resolución de reanudar la guerra, el Gobierno procedía aceleradamente, igual que si el dejar correr los días ahondara la afrenta sufrida por las armas nacionales. Así, el 31 de diciembre ordenaba al capitán de fragata Roberto Simpson zarpar al frente de una escuadrilla compuesta por los buques «Aquiles», «Arequipeño», «Libertad», «Valparaíso» y «Monteagudo», llevando dos misiones por cumplir: una, personal, la de entregar a las autoridades de Arica el oficio gubernamental que rechazaba el tratado y anunciaba la continuación del estado de guerra; y la segunda, atacar a los buques confederados que navegaban frente al mar del Perú.

Mientras tanto, se organizaba un nuevo ejército sobre las bases del que había regresado y, especialmente, se buscaba un nuevo General en Jefe.

Pero existía una herida secreta que el Presidente Prieto no deseaba quedara impune y encomendó a su Ministro de Relaciones Exteriores, don Joaquín Tocornal, que se encargara del asunto. Este se ventiló en el hermetismo del despacho privado de ese secretario de Estado ante un pequeño grupo de hombres anónimos encargados de infiltrarse en el Perú. Las instrucciones del Ministro Tocornal fueron claras y precisas:

—Lo primero es encontrar al traidor Irisarri —les dijo—. Presumimos que se halla en la propia capital boliviana junto al general Santa Cruz. Ese hombre, al enterarse del rechazo del tratado y del Consejo de Guerra al que se ha sometido al almirante Blanco Encalada, se ha colocado abiertamente del lado del Protector de la Confederación y está cubriendo de groseros insultos a nuestro país. Este Ministerio le ordenó en momento oportuno regresar a Chile para rendir cuentas de la venta de la caballada, pero es demasiado

sagaz para no comprender que esto no es sino un pretexto para tenerlo en nuestro poder y se ha negado a obedecer.

Los agentes secretos asintieron en silencio y el Ministro prosiguió:

—La segunda misión de ustedes será acompañar y proteger al periodista peruano José Antolín Rodulfo, que viaja de incógnito, con el propósito secreto de entrevistarse con el general Orbegoso, Presidente del Estado
Nor-Perú.
Nuestra intención es que dicho personaje se pronuncie contra la Confederación, apoyado en el ejército de esa región, que comandan los generales peruanos Vidal y Nieto.

—Comprendido, señoría.

—Partan, señores. Y adviertan con claridad al señor Irisarri, si es que pueden llegar hasta él, que si demora más de dos meses en retornar a Chile con los fondos que recibió por la venta de la caballada de la primera expedición, será acusado públicamente por el fiscal de la Corte Suprema, don Manuel Montt, y condenado en rebeldía.

En tanto que los agentes buscaban al traidor con todo sigilo en los territorios de Perú y Bolivia, el fiscal de la Corte Suprema preparaba su acusación, que en sus partes principales expresaba:

«Acúsase al señor Antonio José de Irisarri, excoronel y explenipotenciario de Chile, de haber procedido contra las órdenes del Gobierno, de haberse pasado a los enemigos, auxiliándolos de todos modos, y de haber retenido gruesas sumas pertenecientes al Fisco, constituyéndose reo de un execrable peculado. […]. En mérito de estos cargos, pídese para el acusado Antonio José de Irisarri las penas de infamia e inhabilidad para desempeñar cargos públicos, por el primero y tercer delito; y por el segundo, pídese para él la pena de muerte».

Y como transcurriese el plazo que se le había fijado para presentarse ante el Gobierno y la justicia chilenos, la Corte Suprema dictó sentencia en contra suya:

«… y no habiendo sido habido el acusado Antonio José de Irisarri, por encontrarse asilado en territorio enemigo, esta Ilustre Corte Suprema de Justicia de Chile lo condena, en rebeldía, a las penas de la ley».

Al mismo tiempo, otras informaciones irrefutables venían a demostrar cómo el general Santa Cruz afianzaba su poder practicando una purga entre sus propios colaboradores. El primero en desaparecer, misteriosamente envenenado en un calabozo, en La Paz, fue el general López de Quiroga, el antiguo prefecto de Moquegua, que ofreciera su alianza al almirante Blanco Encalada al comienzo de la primera campaña. Aun cuando se negó a prestarle su colaboración en fecha posterior y se esforzó en disipar toda sospecha sobre sus relaciones con el jefe chileno, ya había despertado los recelos del general Santa Cruz y eso le equivalió a dictar su propia sentencia de muerte.

Este siniestro hecho movió al Presidente Prieto a consultar al coronel Wood, a quien sabía en correspondencia con personalidades peruanas, sobre la suerte que podría correr el periodista Rodulfo en su intento de entrevistarse con el general Orbegoso, en el norte del Perú.

—Es un riesgo inútil al que lo exponen, Excelencia —le respondió el coronel meneando la cabeza con preocupación—. Aunque el general Orbegoso tuviera intenciones de pronunciarse contra la Confederación, no lo haría secundado por las fuerzas chilenas. Esto es algo que debemos comprender de una vez por todas: en las presentes circunstancias, una entrada de tropas chilenas al Perú es considerada como una invasión, como un deseo de conquista de territorio. Los peruanos no pueden dejar de considerarnos enemigos.

—Pues, tendremos que derrocar a Santa Cruz y anular su plan expansionista solos, con nuestras propias armas —reflexionó el Presidente; pero se lo veía irresoluto, inseguro, y el motivo de su indecisión quedó de manifiesto en la frase que agregó—: Lo difícil es encontrar al general que conduzca a un segundo ejército.

El coronel Wood sonrió maliciosamente; comprendía que el Presidente sólo estaba sondeándolo con astucia para conocer su opinión al respecto, ya que hacía pocos días, el 8 de febrero, la Junta General de Guerra había formulado el nombramiento correspondiente. No fue fácil. Según todos los jefes de la Junta, el más adecuado para comandar la nueva expedición era el propio general Prieto, pero éste no podía abandonar la Presidencia de la República. Sólo existía otro general con la capacidad suficiente para

asumir mando de tanta responsabilidad y éste era sobrino del Presidente, el general Manuel Bulnes, jefe del Ejército del Sur. El nombramiento no sólo estaba oficializado, sino que ya el famoso veterano venía en marcha desde Concepción, escoltado por el no menos famoso batallón «Carampangue», centinela de La Frontera de Arauco.

—El general Bulnes es el hombre de la victoria —se limitó a expresar Wood—. Él no se enreda en argucias diplomáticas ni en blandos escrúpulos, Excelencia.

—Justamente es a eso a lo que temo —razonó, meditabundo, el Presidente—. Manuel es demasiado impetuoso, un guerrero habituado a la acción. Desde los catorce años no ha hecho otra cosa que combatir. Pasará al galope sobre las posiciones bolivianas, es posible. Pero también es posible que lo haga sobre las peruanas y eso no lo deseo.

El edecán militar del mandatario entró en ese momento con algunos pliegos complementarios del despacho y se los extendió, excusándose por interrumpirlo, debido a que venían desde el Ministerio de la Guerra y Marina con carácter de urgentes.

—¿De qué tratan, edecán?

—De la solicitud de retiro de las filas de varios oficiales y de dos comandantes, Excelencia.

El general Prieto tomó los documentos con disgusto y se dispuso a leerlos.

—En estos momentos, nadie puede retirarse de las filas —expresó. A lo que el coronel Wood le acotó con discreción:

—Muchos jefes quedaron humillados, Excelencia; en especial los dos jefes cuyos batallones tuvieron que rendir honores a los mandos enemigos.

El Presidente buscó las solicitudes correspondientes y leyó los nombres en voz baja:

—Teniente coronel Eduardo Sessé, comandante del «Valdivia», y teniente coronel Manuel García, comandante del «Portales».

—Precisamente los dos de que le hablaba, Excelencia.

El general Prieto lanzó los pliegos sobre su escritorio y dio repetidos golpes con los dedos sobre ellos.

—No hay retiro para nadie —repitió—, menos para estos dos. Tienen que rehabilitarse y les vamos a dar la oportunidad.

¡Rechazadas las solicitudes, edecán! Concédase a esos jefes una licencia de quince días, para que vengan a la capital y se presenten ante mí. Eso es todo.

El comandante García se sentía empaquetado dentro del traje de civil, que en su prisa por despojarse del uniforme había comprado algo estrecho, en la única «tienda de artículos para caballeros» existente en Quillota. También le molestaban los botines nuevos, que chirriaban igual que puerta mal aceitada, a cada paso que daba por la calle de San Pablo buscando un alojamiento. Se sentía incómodo en Santiago, siempre había detestado la capital, sobre todo ese día en que, siendo febrero, hacía un calor endemoniado y sudaba como una bestia bajo un grueso sombrero de pelo de castor. Por la falta de costumbre de hacerlo, consideraba ridículo verse obligado a cargar una petaca de franjas de cuero, en la cual llevaba sus viejos uniformes, de parada y de fatiga, y sus escasos efectos personales. Maldecía por lo bajo, pero se conformaba pensando en que éste iba a ser su último viaje. Encontrando un albergue, podría lavarse y tumbarse en cueros hasta que le diera la gana.

Iba llegando a la esquina de la calle del Puente, donde se abría la plaza de la Recova, cuando, de súbito, le llegó una voz que lo llamaba con alborozo desde la vereda opuesta:

—¡Comandante García!… ¡Comandante!…

Lanzó una mirada hosca por debajo del ala del sombrero y la expresión se le iluminó al reconocer a quien pronunciaba su nombre. Era la viuda de Ruiz, doña Magdalena, que cargada con un talego con frutas agitaba un brazo para atraer su atención. Esquivando a un carretón repleto de zanahorias, matas de apio y otras verduras, cruzó la calle polvorienta y fue a depositar su petaca a los pies de la señora.

—¡Qué alegría verlo por Santiago, comandante! —celebró doña Magdalena, sin disimular la sorpresa de verlo vestido de esa manera, por lo que lo examinaba de arriba abajo con pupilas risueñas.

—¡Qué alegría puede ser ver a un mono viejo, como yo, en esta facha! —rió García, turbado como un campesino—. En cambio, usted… ¡Oh, si parece una chiquilla! Déjeme que la mire de nuevo.

En verdad, ella aparecía rejuvenecida. Se la veía fresca y tersa

como los duraznos que asomaban por entre las mallas de su talego.

—¡Una chiquilla!… ¡Una chiquilla! —era lo único que acertaba a exclamar el militar en su regocijo.

—Gracias, comandante. No imagina usted cuánto lo recordé en los meses que anduvo fuera. Y cuando mi hijo llegó con licencia, hace unos días, hablamos mucho de usted.

—¡Oh, su hijo, el subteniente Ruiz! ¡Un buen muchacho, señora; se portó bien en las marchas!

—Le agradezco que se haya preocupado siempre de él, comandante.

García esbozó un gesto vago, restando importancia al asunto; no fuera cosa que ella creyera que andaba con el muchacho tomado de la mano.

—Tanto como de mis otros soldados, señora… ¿Y usted cómo está? ¿La salud buena?

—Muy buena, gracias. Pero ¿adónde va caminando ahora con esa petaca?

El militar volvió a sentirse ridículo con su vieja maleta de cuero crudo y hubiera deseado lanzarla a la calle de un puntapié.

—Bueno…, busco alojamiento, señora —gruñó por lo bajo—. Pero hace mucho tiempo que no vivo en Santiago y como no tengo parientes… Es decir… ¡Caramba, el caso es que ya no sé quién soy: ni civil ni militar! ¿Me entiende usted? Porque voy a dejar el Ejército. Ya está bueno de andar zarandeando mis huesos por esas tierras de Dios.

—¿Va a dejar el Ejército ahora? —La señora lo observaba extrañada y sospechosa de que una razón oculta lo impelía a adoptar una resolución tan poco adecuada a su carácter.

—Sí, ahora —afirmó García tras cierta vacilación—. Ya elevé mi solicitud de retiro y espero que me la aprueben. Entretanto, me han dado licencia para que venga a trajinarla.

La señora parecía contrita; daba la impresión de no aprobar el cambio de vida que se había propuesto el militar, pero no dijo nada al respecto, sino que le preguntó cuántos días iba a permanecer en Santiago.

—No lo sé. La licencia es por quince días, pero creo que mi retiro saldrá antes. Total, es cuestión de una firma y nada más. Y enseguida me marcho al sur. Eso sí lo conozco. Aquí, en Santiago,

me siento como perdido. Me marea tanto coche, tanta carreta, el trajín de la gente. Además, en el sur me quedan algunos conocidos; amigos no, pero cuando menos conocidos. Aquí no tengo a nadie.

—¿A nadie?… —La señora hizo un mohín de reproche—. ¿Y nosotros?… —García la contempló confuso, como un niño sorprendido en una falta; y su turbación aumentó al oír la propuesta que ella le hizo enseguida, con reticencia que iba entrecortando sus frases—: Comandante, yo… tengo una casa grande, cerca de La Cañada…, la que ahora llaman Alameda…, en la calle de las Claras, ¿se ubica usted?…, juntito al cerro Santa Lucía… Pues nosotros, mi hijo y yo, podríamos…, tendríamos un verdadero gusto si usted quisiera ser… nuestro alojado… Durante su licencia, se entiende.

—Eh, bueno… —Tampoco el comandante podía expresarse con mayor fluidez. Era igual que una charla entre tartamudos—, me sacarían de un atolladero, porque…, a decir verdad, la idea de meterme en alguno de los albergues de por aquí…

La alegría de la mujer se manifestó espontánea; había dicho ya lo más difícil y el asunto estaba arreglado.

—Entonces no hay más que hablar, Manuel —concluyó, rota la timidez inicial—. Venga usted conmigo. Bajaremos por la calle de la Nevería y en un momento estamos en mi casa.

Y como el comandante intentara comprar algo en uno de los tenderetes de abastos, para no llegar con las manos vacías, que, según él, «era mal visto», Magdalena lo tomó de una manga y lo obligó a caminar.

—Déjese de tonterías. Desde este momento usted es mi invitado y yo comienzo a mandar. Vamos caminando, que aún tengo que disponer el almuerzo y arreglarle una pieza. Camine, hombre, camine. Mi hijo Lorenzo se va a sentir muy honrado de tener en su casa a su comandante.

García rió, mientras cuidaba de no golpear a los transeúntes, en su mayoría mujeres, con las aristas de su petaca y maravillado de la agilidad con que su amiga avanzaba por entre los canastos, rumas de sacos y montones de frutos esparcidos por la vereda.

—Su comandante por unos pocos días más solamente —iba diciendo—. Porque, Dios mediante, me concederán el retiro y no volveré a cargar sable en los días de mi vida.

García casi llegó a olvidarse de su expediente de retiro. La vida que se le brindó en la casa de la viuda Ruiz era tan placentera que no recordaba haberla soñado siquiera. ¿Cómo? Si nunca pasó por algo que se le asemejara, ni en aquellos años que él se esforzó en olvidar, antes que disolvieran su regimiento «1.º de Infantería de Chile», antes de la ceremonia siniestra de su degradación y que su esposa… ¡Oh, no, no podía compararse! Magdalena era suave, comprensiva, adivinaba sus gustos; sí, estaba seguro de que leía sus pensamientos. Cuando él quería estar en silencio, ella sabía callar; y con qué encanto fresco y maduro reía al escucharlo narrar sus recuerdos, sus torpezas, las innumerables anécdotas de su asendereada existencia.

Una tarde, estaba sentada en el alféizar de la ventana mostrándole que también sabía tocar un poco la guitarra, cuando, jugando con los dedos en las cuerdas, se lo quedo mirando y le hizo una pregunta inesperada:

—Manuel, ¿por qué no se recorta usted la barba?

Se quedó de una pieza. Nunca había pensado en su apariencia y se avergonzó de que ella pudiera considerarlo un descuidado.

—Siempre la he llevado así, Magdalena —reconoció, palpándosela y comprobando hasta qué extremo era desordenada.

—Se me ocurre que se vería más joven —insistió la señora, dejando la guitarra y acercándosele—. Esa barba tan espesa lo avejenta sin razón.

Jamás la había sentido tan cerca. Él estaba sentado en una silla, rígido como un jinete, y ella de pie a su lado. Podía oír su respiración y sentir el aroma agradable de sus vestidos. Habló con un nudo atravesado en la garganta:

—La…, la solución es simple: me la recortaré. Ahora, si usted fuera tan gentil de… ¡Oh, no, es mucho pedir quizás!…

La señora dejó escapar una alegre carcajada y, haciendo revolotear sus polleras, fue a un armario y regresó con un canastillo de costura.

—En verdad que es simple. Yo se la recortaré, de modo que deje de parecer un bandido.

García dejaba escapar un gorgoreo jubiloso, ruborizado como un colegial, mientras ella hacía los preparativos. Le envolvió el cuello con un trapo blanco y comenzó a recortar a tijeretazos las púas

sobresalientes. Después, con sus propias manos le enjabonó de las orejas abajo y sobó y sobó hasta que aquellas verdaderas cerdas se ablandaron y tornaron dóciles. García había terminado por cerrar los ojos y estaba en éxtasis, igual que soñando. Aquellas manos suaves y vigorosas comprimiéndole el rostro, hábiles, cariñosas y autoritarias al mismo tiempo, le estaban desatando adentro, en el centro del pecho, un nudo que siempre había estado allí y que ahora, al dejar de sentirlo, le permitía darse cuenta de cuán amarga había sido su existencia.

Perdió la noción del tiempo y hasta la sensación de su propio cuerpo. Sin darse cuenta, había ido aflojando la rigidez de sus músculos y, con la cabeza apoyada en el respaldo de la silla, le parecía estar flotando sobre las aguas de una quieta y fresca laguna. No tenía peso ni pensamiento, sólo sentía. Ausente de todo, podía haberse muerto en ese instante sin que se percatara. Sus percepciones estaban reducidas sólo al roce ligero de aquellas manos, al leve chasquido de las tijeras y al aroma femenino que lo envolvía en una atmósfera sutil, de pureza ignorada.

No cambiaron una sola palabra durante aquella doméstica operación, que debió haber sido larga, porque las manos y las tijeras anduvieron por su barba, por sus patillas y luego por su cabeza toda. Hubo un momento en que García pensó para sus adentros: «Me está trasquilando como a un cordero», pero fue apenas un chispazo de pensamiento; después volvió a dejarse sumergir en aquel sereno remanso en que se sentía flotando. Tan lejos de la realidad se encontraba, que fue preciso que los sonidos que venían de la calle se hicieran intensamente audibles para penetrar en su cerebro. Eran los compases de un himno militar, ejecutado por una banda de músicos que se acercaba desde el poniente por La Cañada. Cuando los percibió no hizo intento de interpretar por qué sonaban. Su cerebro no comenzó a despertar sino cuando aquellos sones le resultaron familiares. Era una de las marchas de la caballería más ejecutadas durante el largo período comprendido entre la guerra por la independencia y las campañas del sur. Centenares de veces la había escuchado en las retretas de los campamentos o en las fragorosas cargas de los jinetes de La Frontera.

—Es curioso —musitó, comenzando a volver a la realidad—.

¿Esa marcha?… Se llama «Los Dragones de la Reina». La he oído tantas veces.

—Parece que un cuerpo de caballería viene entrando a Santiago por La Cañada —comentó Magdalena, sin interrumpir su tarea—. Debe de venir del sur, porque se lo oye avanzar desde el camino de Santa Rosa.

Sólo entonces volvió a producirse el estado de alerta del soldado en el comandante García. Un cuerpo de caballería viniendo del sur era inusitado, incomprensible una vez terminada la campaña. Intentó levantarse, pero la presión de una mano de Magdalena sobre su pecho lo inmovilizó.

—Sólo un momento más, Manuel, ya estoy terminando.

Aguantó sintiendo crecer su impaciencia a medida que se hacían más claros los sones de los clarines y el redoblar de los cascos de los caballos y aun tuvo la continencia suficiente como para esperar que la señora le quitara el jabón del rostro con el trapo que le había colocado al cuello. Pero una vez que ella terminó de hacerlo, se levantó nerviosamente y fue hasta la ventana. Desde ahí se veía un trozo de la Alameda, desde la iglesia de San Juan de Dios hasta el término de la calle del Estado. Y justamente por ese sector iba pasando la jinetería.

Manuel García se quedó contemplándola boquiabierto por la sorpresa. La unidad que desfilaba ante sus ojos era inconfundible para él. Se trataba del escuadrón «Dragones de La Frontera».

—¿Pero qué demonios pueden venir a hacer aquí? —exclamó para sí mismo—. Siempre han estado de guarnición en Concepción.

Atraída por la curiosidad, Magdalena se había colocado a su lado y observaba también el desfile. Detrás del escuadrón de caballería comenzaba a verse asomar un batallón de infantería, precedido por su estandarte y los correspondientes escoltas. Como se lo hiciera notar a su alojado, éste dejó escapar una intensa exclamación de asombro.

—¡Ese estandarte! ¡Por todos los santos, Magdalena, es increíble! ¡El batallón que viene pasando es nada menos que el «Carampangue», que también está de guarnición permanente en la frontera del sur! ¿Qué diantres vienen a hacer a Santiago?

—Los habrá mandado llamar el Gobierno para la segunda expedición al Perú —le aclaró, con simpleza, Magdalena.

—Pero ¿cree usted en eso? No, no habrá segunda expedición al Perú.

La señora sonrió con picardía. Deliberadamente, y para que García olvidara los problemas de la guerra, le había ocultado el periódico que traía su hijo dos veces a la semana. Sin embargo, comprendió que no era leal seguir manteniéndolo en la ignorancia y le reveló que esa mañana misma se había publicado que se preparaba activamente al segundo contingente que partiría al Perú bajo el mando del general Manuel Bulnes.

—¿El general Manuel Bulnes?… —repitió con hondo acento el comandante—. Eso lo explica todo. Si mi general estaba también en Concepción, esos dragones y el batallón «Carampangue» son, sin duda, su escolta. ¡Caramba! Si le han entregado el mando a mi general Bulnes, la guerra va a ser en serio. Él no se entretiene en pequeñeces. Pero, en fin, ¿a qué me preocupo, cuando mi retiro debe salir mucho antes?

Pero estaba equivocado y Magdalena lo sabía. Durante los dos días que siguieron estuvo constantemente alerta, con el oído tendido hacia la campanilla de la entrada. Y cuando en la mañana del tercero se presentó allí un soldado, supo a qué venía.

—¿Vive aquí el comandante Manuel García?

—Sí —asintió con pesar y, sin darse cuenta, musitó—: Pensé que no lo iban a encontrar.

El soldado la contempló con extrañeza y le mostró una lista de nombres en la cual figuraban el del comandante y la dirección de la casa.

—El comandante García dejó dicho que se le comunicara aquí el resultado sobre su solicitud de retiro.

—¿Se la aprobaron, soldado? —le inquirió con ansias la señora. Pero el hombre se encogió de hombros con mayor extrañeza que antes.

—Mi única misión es traer al comandante García la orden del Cuartel General para que se presente esta tarde misma ante el general Manuel Bulnes.

—¿Y para qué, soldado? —Magdalena sabía que era una pregunta inútil, pero la formuló impulsivamente.

—¿Y cómo quiere usted que lo sepa? —rió el mensajero—. Pero me imagino que será para lo mismo que se ha llamado a los

comandantes de todas las unidades: para confirmarlos en sus cargos y ordenarles que vayan a ponerse al frente de sus batallones, disponiéndose a partir.

—¡Partir!… —susurró Magdalena con profunda tristeza—. Partir, así, de repente.

—Estamos en guerra, señora —le observó el joven recluta con ojos brillantes de entusiasmo—. Todo el mundo sabe que el ejército va al Perú.

—Pero ¿cuándo?… ¿Cuándo partirá?

—Antes de quince días, señora —le respondió el soldado, sin darle importancia.

El llamado del general Bulnes no sorprendió al comandante García tanto como lo temiera Magdalena. Desde el día en que presenciaron la entrada a la capital de las fuerzas del sur había visto agitarse a la población de toda la ciudad, como quien ahuyenta la pereza y se dispone para una actividad bélica. Demasiado bien conocía él esos síntomas: las multitudes estacionadas desde la aurora frente a los cuarteles, ofreciéndose a gritos para ser enroladas; los corrillos callejeros en que se debatía con entusiasmo la próxima partida hacia el Perú para lavar la afrenta que representó el fracaso de la expedición anterior. Nadie podía escaparse al contagio guerrero, mucho menos cuando el general Bulnes se esmeraba en hacer desfilar todos los días a sus batallones por las calles principales, para despertar el sentimiento patriótico del pueblo con el son de las bandas de músicos y el rítmico resonar de los pasos de los soldados. El instinto andaluz y aventurero del pueblo chileno se encabritaba ante estas manifestaciones y los cuarteles se llenaban de voluntarios que deseaban participar en la campaña. Pero no eran reclutas los que buscaba el general Bulnes. No, ensoberbecía al pueblo sólo para que sus protestas presionaran al Gobierno y lo resolvieran a dejar de lado la prudencia y la diplomacia, dando la orden de iniciar la nueva campaña. El jefe de las fuerzas sureñas creía tener soldados de sobra para hacerla, por eso desdeñaba a los novatos que irían a servir sólo de carne de cañón. Esa misma razón lo había hecho traer consigo a los batallones veteranos de la frontera araucana para sumarlos a los que habían participado en la primera expedición. Y ciñéndose a su plan de llevar al Perú sólo a soldados aguerridos y fogueados, iba

seleccionando uno por uno a los jefes que debían guiar las unidades.

Esto fue lo que lo movió a llamar a su presencia al comandante García, pese a tener en su escritorio su solicitud de retiro de las filas. Fue a mediados de marzo cuando celebraron la primera entrevista. Manuel García deliberadamente se presentó vestido de civil y Bulnes lo miró de arriba abajo cuando se introdujo en su despacho.

—¿Quién es usted…, paisano? —le preguntó con aspereza.

—Teniente coronel Manuel García —le respondió el interrogado, esmerándose en no cuadrarse y saludándolo con una reverencia—. Estoy acogiéndome a retiro.

El general Bulnes enderezó su voluminoso corpachón y le clavó una mirada dura, fruncido amenazadoramente el ceño.

—¿Recibió usted el despacho correspondiente concediéndosele el retiro?

—Aún no, mi general; pero espero que…

El jefe del sur no lo dejó continuar. Su puño cayó con fiereza sobre el escritorio y su voz tronó de modo brutal:

—Si no se le ha concedido el retiro, es usted un militar, y cuando a un comandante lo cita su general, debe presentarse de uniforme. ¿Lo dispone así la Ordenanza Militar? ¿Sí o no?

—Sí, mi general. —Arrastrado por la costumbre, García se había cuadrado y estaba rígido como una tabla.

—Pues, en media hora más debe usted presentarse en este mismo sitio con el uniforme y distintivos que le corresponden. ¡Ni una palabra más!

—¡A su orden, mi general! —Todos los propósitos, ansiedades y anhelos de Manuel García forjados en la dulce compañía de Magdalena durante esos días, se desvanecieron de golpe en el momento mismo en que entrechocó sus tacos y se llevó la mano a la sien. Volvía a ser militar. No podía evitarlo, lo llevaba en la sangre.

La carrera que tuvo que dar para llegar hasta la casa de Magdalena, la forma en que abrió su petaca y sacó su uniforme, arrojando lejos cuanto no le era imprescindible, lo dejaron de manifiesto. Magdalena y su hijo lo ayudaban con presteza. La vida placentera lo había hecho aumentar varias libras y no le cerraba el cuello de la guerrera, el terciado se le incrustaba en el pecho, hasta

el quepis parecía quedarle chico.

—Este general Bulnes sigue tan bruto como antes —mascullaba mientras luchaba con su equipo—. Media hora para venir desde el Ministerio, cambiarme ropa y volver a presentarme. Y estoy seguro de que ha puesto su reloj sobre el escritorio y me está contando los minutos. Si no llego en la hora exacta es capaz de acusarme de desertor. ¡Maldita sea mi suerte! Pero no podrá impedirme que me acoja a retiro. Yo no vuelvo a hacer el ridículo al Perú.

No obstante, cuando ya estuvo vestido y listo para partir, Magdalena se plantó ante él y lo contempló con orgullo.

—Así me da gusto verlo —le dijo cariñosamente—. Se ve mucho más joven y más delgado, Manuel.

—Pues no, señora, no me convencerá usted tampoco —porfió el veterano—. He dicho que me retiro de la milicia y me retiro.

No obstante, a los treinta minutos exactos abría la puerta del despacho del General en Jefe y se cuadraba estrepitosamente.

—¡Teniente coronel Manuel García se presenta, mi general!

Bulnes miró al centro del escritorio. Allí estaba su reloj de bolsillo.

—Con dos minutos de atraso, comandante.

García hurgó en el bolsillo superior de su guerrera y sacó el suyo.

—No, mi general, con uno de adelanto.

Bulnes echó hacia atrás su ancho torso y prorrumpió en una estruendosa carcajada y, sin dejar de reírse, sentenció:

—Sigue usted tan porfiado como antes, mi amigo García.

—Lo mismo digo, don Manuel —le replicó García, lanzándose a reír con tanto ímpetu como su general.

Después, ambos militares parecieron desinflarse y se miraron con rostros amistosos, como amigos hechos de la misma madera. Bulnes le señaló una silla frente a él y ambos se sentaron.

—Siempre he deseado tenerlo bajo mis órdenes, comandante García, pero no he podido cumplir mi anhelo —comenzó Bulnes—. Y ahora que se me presenta la oportunidad de manifestarle cuánto lo aprecio como soldado, me quiere negar esta satisfacción. ¿Por qué eleva su expediente de retiro precisamente en estos momentos?

García se inclinó sobre el escritorio y apoyó ambos brazos sobre él con familiaridad. El general casi lo desconoció al observar la

serena franqueza con que le dio su explicación.

—Porque la última campaña colmó mi paciencia, don Manuel —le dijo—. Decididamente no he tenido suerte en el Ejército. Pertenezco a él desde 1810, en que ingresé en el batallón de «Dragones N.º 1 de Chile», pero en 1831 fui degradado, como usted tiene que recordar, ya que estuvo presente.

—No lo recuerde —le aconsejó Bulnes.

—No puedo olvidarlo. Ingresé más tarde en las milicias de La Frontera y formé en ellas durante siete años, a disgusto, sintiéndome no rehabilitado. Cuando se llamó a las filas para partir en la expedición al Perú, bajo el mando del almirante Blanco Encalada, creí que llegaba mi oportunidad de reivindicarme. Me esforcé en adiestrar un batallón que llegara a ser tan bueno como lo fuera mi «1.º de Infantería». Pero la campaña sólo sirvió para ponernos en ridículo ante los ojos del mundo. En consecuencia, ya no espero mi rehabilitación y me retiro.

El general Bulnes se quedó un largo rato sobándose las manos y pensando en la muy aceptable explicación que acababa de darle García. Pero él no podía aceptarla. Lo necesitaba e insistió:

—En concreto, ¿qué era lo que usted consideraba su rehabilitación?

García tenía la respuesta en la punta de la lengua; no había hecho otra cosa que pensar en ella durante muchos años y la espetó de corrido y con vehemencia, más aún, con emoción:

—Que se reconociera que sé comandar un batallón, que se me diera la oportunidad de lucirlo, de que se raleara en batallas esforzadas, y que, al término de la campaña, se lo recompensara incorporándolo a las tropas de línea con el N.º 1, ya que no ha vuelto a crearse el batallón «1.º de Infantería de Línea».

—¡Ajá!…

El general Bulnes se levantó de su asiento y comenzó a pasearse por el despacho haciendo crujir las tablas bajo su peso. De pronto se volvió a García y le preguntó desde cierta distancia:

—Comandante, ¿tiene usted fe en mí, como militar?

García también se puso de pie y observó a su jefe, receloso por su insólita pregunta y temeroso de sus estratagemas.

—En La Frontera de Arauco usted fue considerado siempre como un ejemplo —le respondió, evadiendo una respuesta directa.

El general Bulnes sonrió bajo su espeso bigote e hizo un gesto negativo con la mano. Después se le acercó con aire amistoso.

—Si yo le prometiera concederle lo que me ha expuesto, ¿insistiría en pedir su retiro?

—¿Concederme un batallón de línea? —le inquirió García, levantando una ceja.

—No, darle la oportunidad de destacar a su batallón de tal modo que se haga merecedor a ser designado el «1.º de Línea» de la Infantería.

García experimentó una sensación extraña, igual que si se le debilitara todo el cuerpo. Siempre había ansiado oír esa oferta y ahora que la escuchaba se sentía sin fuerzas, demasiado viejo para aceptarla.

—Es un poco tarde quizás —balbuceó—. Además, la campaña contra la Confederación no se va a realizar o, si se practica, será una contienda diplomática, a base de componendas y de argucias cobardes.

—¡No, comandante! —Bulnes había tomado a García de los hombros y lo remeció como si ese tratamiento lo ayudara a convencerlo—. Si yo parto a esta guerra, la haré como nosotros dos estamos acostumbrados a vivirla. ¡Se lo juro! De lo contrario, no me muevo de aquí.

—Mi general, no me amarre —le rogó García, debilitándose.

Pero Bulnes, pese a su amistad, no estaba dispuesto a ceder.

—Su participación tiene que ser voluntaria —le reconoció—. Lleva usted suficientes años dedicados al Ejército, que le dan derecho para insistir en su retiro.

—Estoy comenzando a vivir en paz —intentó explicarle el comandante, en tono compungido—. He conocido a una mujer y…

—No podrá usted gozar mucho tiempo de esa paz, si todos no hacemos un esfuerzo para evitar que el enemigo nos caiga sorpresivamente sobre la espalda, dentro de nuestro propio territorio.

—¿Cree usted que el general Santa Cruz se atrevería a invadir Chile?

El general Bulnes adquirió un tono vertiginoso y tajante, que era característico de su naturaleza impetuosa y dinámica. Desde aquel momento habló casi sin dejar a García la oportunidad de

interrumpirlo:

—Tenemos la certeza de que lo intentará, si lo dejamos seguir creciendo. Va a apoderarse del Ecuador, a incrementar su armamento y, cuando se sienta fuerte, caerá indefectiblemente sobre Chile. Porque su sueño es reconstruir el antiguo Virreinato del Perú o el Imperio de los Incas, y hacerse rey. Chile en ambos casos es un territorio que necesita para su expansión monárquica.

—Los chilenos no estamos durmiendo.

—¡Pero nos negamos a luchar, cuando todavía es posible nuestra victoria! Después sería imposible y tendríamos que doblegar el cuello para que nos ponga el yugo. El Tratado de Paucarpata ha robustecido el régimen de Santa Cruz. Todos los posibles enemigos del caudillo dentro del Perú, habiendo comprobado que el Ejército chileno no fue capaz de dominarlo, ya no se atreven a enfrentársele y se han resignado a prestarle su apoyo. Esto lo va envalentonando día a día. Pronto los límites del Perú, Bolivia y Ecuador le parecerán estrechos para su ambición y saltará sobre Chile.

—Hay que impedirlo antes.

—Eso es lo que nuestro Gobierno sabe, comandante García. Pero la empresa es dura. Usted que viene llegando del Perú lo sabe mejor que yo. Y esta tarea sólo la pueden realizar soldados de verdad, veteranos fogueados, hombres de temple…

—Y jefes decididos, no cortesanos ingenuos y caballerosos.

—¡Jefes como usted y yo, comandante! Como el general José María de la Cruz, que será mi jefe de Estado Mayor; como el coronel Pedro Godoy, que será el segundo jefe de Estado Mayor…

—¡El coronel Godoy fue degradado como yo, en Lircay! —interpuso García.

—Pues, le he pedido que se reincorpore y ha aceptado. Lo mismo el comandante Sessé, que también había elevado su expediente de retiro.

—¿Sessé vuelve al Perú, mi general?

—Todos ellos han sabido comprender y se sacrifican unos meses más por la patria —concluyó Bulnes.

—¡Unos meses!… —García estaba cierto de que se precisarían años para vencer a la Confederación, pero no se atrevió a expresar su pesimismo. Además, el general Bulnes seguía hablando para sí, ya no lo oiría. Exponía su plan de ataque. Estaba resuelto a

comenzar la campaña por el norte del Perú. En esa zona, pensaba, era donde existían efectivamente rencores contra el Protector y un deseo real de devolver la independencia al Perú. Los informes recibidos indicaban que el Presidente del Estado del Norte, general Luis José Orbegoso, incubaba la intención de alzarse contra el tirano y romper la Confederación. Y con él estaban sus jefes, los generales Vidal y Nieto, resueltos a secundarlo. Por esos mismos días se encontraba con ellos el periodista José Antolín Rodulfo, enviado en forma secreta para conseguir el concurso del general Orbegoso.

La sonrisa sarcástica con que García acogió esta parte de la exposición desconcertó al general Bulnes, interrumpiéndolo.

—Ese concurso será tan poco efectivo como el que prestó el general López de Quiroga al almirante Blanco Encalada —dijo García, y le repitió lo que casi todos los jefes de la primera campaña habían aprendido en el terreno mismo—: Los peruanos, tanto del sur como del norte, nos consideran simplemente unos invasores, unos enemigos que pretenden apoderarse de sus riquezas. Nos atribuyen el mismo afán expansionista de Santa Cruz.

—He considerado ese factor, comandante —le replicó Bulnes— y he echado mis cálculos de modo de derrotar a Santa Cruz aunque tenga que vencer primero al Ejército peruano, si es que, en lugar de apoyarnos, se nos cruza en el camino. No iré soñando como el almirante Blanco, ni me deslumbraré por las promesas que me hacen los generales peruanos emigrados, que se han incorporado de nuevo a la expedición.

García hizo un gesto de marcada decepción y agitó la cabeza negativamente.

—¿Volveremos a llevarlos con nosotros?

—Sí. Con el agregado del general Agustín Gamarra, ex Presidente del Perú, el más poderoso enemigo de Santa Cruz. Estaba exiliado en el Ecuador y ha venido secretamente a Chile. Irá con nosotros, formará en su tierra, si puede, un ejército compuesto por peruanos, pero subordinado a mí. Y mientras no hayamos derrotado a Santa Cruz y restablecido un gobierno legal en el Perú, no levantará la voz más alto que la mía.

El comandante García se sentía vencido, pero el recuerdo de los días plácidos vividos junto a Magdalena y el sueño de una casa de

campo en el sur de Chile volvían a hacerse oír en su espíritu.

—Mi general —dijo con la cabeza gacha—, desearía rogarle que no me incluyera. —Pero Bulnes no quiso prestar atención a su súplica.

—Irán conmigo todos los cuerpos veteranos —afirmó categóricamente y, con ademán resuelto, le extendió un pliego en que estaban señaladas todas las unidades que formarían en la expedición. García leyó la lista con cierta ansiedad. Allí figuraban: la artillería, a cargo del coronel Marcos Maturana; la caballería, mandada por el coronel Fernando Baquedano; el regimiento «Granaderos», bajo las órdenes del coronel Manuel Jarpa; el «Lanceros», mandado por Erasmo Jofré; el «Carabineros de La Frontera», conducido por el comandante José Ignacio García. En la infantería, el «Carampangue», mandado por Jerónimo Valenzuela; el «Colchagua», por Urriola; el «Valdivia», por Gómez; el «Valparaíso», por VidaurreLeal; el «Aconcagua», por Silva, y el «Santiago», por Eduardo Sessé. El «Portales» no aparecía en la lista.

—¿Y mi batallón?… —preguntó, anhelante, García.

—No tomará parte en la expedición si no lo manda usted —fue la terminante respuesta.

García quedó trémulo. Pensó en todos sus antiguos compañeros que iban a la guerra con sus batallones y también pensó en sus propios oficiales, en sus soldados, incluso en los reclutas que dejara instruyéndose bajo las órdenes del capitán Faer. A todos ellos los iba a defraudar con su negativa y no se sintió con fuerzas para herirlos de ese modo.

—Está bien, mi general, lo comandaré —aceptó con resignación —. Iré de nuevo al Perú con mis muchachos. Iré, sí. Pero usted nos dará la oportunidad de combatir siempre en la primera línea y luego, cuando el «Portales» demuestre lo que vale, le conferirá el honor de quedar incorporado al Ejército con el título de «1.º de Infantería de Línea de Chile».

—¡Prometido, comandante García! —El general Bulnes volvió a oprimir con sus grandes manos los hombros del teniente coronel y lo sacudió fraternalmente. Pero enseguida retornó a la rigidez—: ¿Listo para ir a ponerse al frente de su batallón en Quillota, comandante?

García se cuadró con suavidad y afirmó con un movimiento de

cabeza.

—Deme sólo dos días más de licencia, mi general —le rogó, agregando con timidez—: Quiero… casarme antes de partir.

El General en Jefe lo contempló atónito. Cierto era que el aspecto del comandante había mejorado mucho y que se lo veía pulcro, posiblemente atractivo para una mujer madura, pero estaba cerca de la cincuentena.

—¿Casarse…, como un subteniente? —exclamó Bulnes, sin darse cuenta de que podía herirlo. Pero, lejos de eso, García sonrió.

—Los comandantes, aunque viejos, también solemos tener corazón, mi general.

Bulnes lanzó una de sus fuertes carcajadas y le palmeó la espalda.

—Concedida la licencia, comandante, y considéreme uno de sus invitados el día de la boda.

Riendo afectuosamente, ambos veteranos se estrecharon las manos y el jefe del «Portales» abandonó el despacho haciendo tintinear sus espolines, alegre como un subteniente.

Cruzaba el amplio vestíbulo del Ministerio, resonante de voces que consultaban, respondían y daban lacónicas órdenes, de taconazos de botas y de pasos apresurados que entraban y salían por numerosas puertas, cuando por ambos costados lo agarraron de los brazos y casi lo levantaron en vilo, al mismo tiempo que le ensordecían los oídos las carcajadas alegres de dos hombres. Sorprendido, y un tanto azorado por la falta de respeto que el hecho implicaba, volteó la cabeza a derecha e izquierda y se encontró con los rostros rubicundos de los coroneles Wood y Sutcliffe, que lo palmeteaban y manoseaban como a un muñeco, celebrando verlo otra vez de uniforme. Según bromeaba Sutcliffe, lo había descubierto entrando al Teatro República muy solemnemente embutido en una levita gris.

—¡Y del bracete con una señora muy hermosa, morena y de ojos como fanales!

García experimentaba unos «acholos» propios de una damisela oyéndolos comentar el incidente y sentía la cara roja como un pimentón. Tuvo que contarles que se iba a casar, que en ese momento mismo se dirigía a formular la petición de matrimonio, que Magdalena era una mujer soñada, la más a propósito para un

viejo gruñón como él, serena, dulce, hacendosa, en fin…, no encontró suficientes adjetivos para describirla.

—Es el amor, sólo el amor —dijo Wood ensoñadoramente, con los párpados entornados y una suave sonrisa en los labios. Él acababa de despedirse de su esposa, una aristocrática joven de Talca, con la cual tenía tres hijos.

—¡Enhorabuena, comandante! —lo felicitó a su turno Sutcliffe, que no hacía todavía dos años había contraído matrimonio con una señorita de Valparaíso—. Cásese a toda prisa, ahora que estamos en el último momento; que así el amor tiene un sabor de ilusión y la guerra se convierte en una aventura romántica, en la que hay que vencer para que esa ilusión se haga realidad.

Se marcharon a toda prisa, con la misma agilidad con que habían aparecido. El general Bulnes los esperaba para entregarles misiones especiales que debían cumplir tras las líneas enemigas. Y Manuel García se encaminó, paso a paso, por la Alameda, en dirección a la casa de Magdalena, paladeando con curiosidad la última frase de Tomás Sutcliffe: «que así el amor tiene un sabor de ilusión y la guerra se convierte en una aventura romántica…».

Nunca había sentido el amor, el verdadero amor, aquel que es fusión de ternura y de pasión, de comprensión y de mutua necesidad; y esa tarde, sorprendido de sí mismo, de encontrar palabras con las cuales traducir el sentimiento que le llenaba el alma y el cuerpo entero, que le embargaba de tal manera todos los sentidos que transformaba su ser y sobrepasaba en poder a su pensamiento, habló ante Magdalena con voz que la emoción tornaba suave y convincente, vació ante ella la profunda humanidad que había mantenido encarcelada dentro de sí mismo, la pureza que había defendido instintivamente en medio de las borrascas de su vida. Y manteniendo las manos de la señora sobre las propias, como si fueran frágiles adornos de cristal, le pidió que fuera su esposa.

Magdalena, que lo escuchara sin pronunciar palabras e intentando en varias ocasiones contener su vehemencia, terminó con la cabeza baja, doblegada igual que si sufriera. El comandante, extrañado y temeroso, le alzó la barbilla con delicadeza y le inquirió ansiosamente:

—¿No me responde usted? ¿No he sabido, tal vez, expresarme?

Ya sé que no soy un jovenzuelo, pero tampoco estoy demasiado viejo. Y la amo. No me habría atrevido a decírselo si fuera usted una chiquilla, pero tiene usted un hijo de veinte años…

La señora le selló los labios con la punta de sus dedos y de paso le acarició una mejilla. Fue apenas un roce sutil, la insinuación de una terneza, que contrastaba con la opacidad de sus ojos entristecidos.

—Ya sé que no soy una chiquilla, Manuel, y que usted no es un viejo —musitó, pero movió la cabeza con desaliento.

—¿Qué se opone entonces? —inquirió, desazonado, el comandante—. ¿No es honesta mi proposición? Deseo que sea mi esposa. ¿Acaso no presentía usted que era inevitable que se lo pidiera?

Magdalena asintió con la cabeza y durante unos segundos sus manos oprimieron las del militar; sin embargo, después las fue dejando laxas sobre las de él.

—Sabía que iba a proponérmelo y lo ansiaba muy de veras —murmuró, y las comisuras de sus labios acentuaron su expresión de tristeza. Era el suyo un rechazo velado, incomprensible para una mente simple como la de García.

—Si declara que lo ansiaba, ¿por qué no me dice entonces lisa y llanamente que sí y me evita esta angustia que me corta la respiración? ¿No podrá con el tiempo tomarme algún cariño?

La actitud de la joven se alteró de inmediato; los ojos le brillaron y su semblante reflejó una reprobación.

—No sea injusto, Manuel —le reprochó—. Usted sabe y siente que le tengo un profundo afecto. ¿No se ha dado cuenta de que lo atiendo y lo cuido como si fuera mi esposo?

—Sí, Magdalena, lo he sentido —reconoció García con ternura —. Por eso me atrevo a insistirle que me acepte como tal en realidad. Voy a partir al Perú, pero deseo llevármela prendida a mí definitivamente. La mujer zafó sus manos y se puso de pie con inexplicable presteza. Se la veía debatirse ante un angustioso dilema.

—No sea usted cruel —le dijo con doloroso acento—. Comprenda que ya una vez sufrí el tormento de perder a un hombre en la guerra. Usted sabe que mi marido murió en la batalla de Maipo y que ni siquiera llegué a enterarme del lugar en que quedó

sepultado. Sólo recibí una nota comunicándome su defunción. Creí morir de dolor. Nunca podré olvidar las semanas y meses de tristeza y vacío que siguieron. Y antes había vivido torturada por la ansiedad, por la aflicción de imaginármelo combatiendo en quizás qué tierras. ¿Por qué busca usted revivirme aquellos días negros? Entonces yo no era sino una jovenzuela y mi matrimonio apenas una ilusión débil, sin raíces profundas. ¿Comprende cuánto más intensa sería ahora mi ansiedad? No, siendo capaz de sentir como mujer madura, no puedo exponerme a convertir mi existencia en un calvario. No, no.

—La guerra durará sólo unos meses y volveré —trató de argumentarle el comandante.

—O durará años y acaso no regrese —le opuso ella, y durante largo rato permaneció en silencio junto a la ventana, sobándose una contra otra las palmas húmedas. Después se volvió hacia el militar y su serenidad de siempre le apaciguaba el rostro—. Manuel, yo lo quiero mucho y me habría sentido feliz de casarme con usted —le declaró—. Pero no en estas condiciones, en el momento mismo en que usted va a partir a la guerra. No, querido mío, ya no soy una joven a quien arrebaten las ilusiones haciéndola olvidar la cordura. Me resigno a ser cobarde; rehúso sufrir.

García estaba demudado. Se le había hecho un nudo en la garganta y apenas podía hablar. No obstante, hizo un último intento para convencerla.

—¿Realmente, no quieres ser mi mujer? —le suplicó, tuteándola por la primera vez.

—Sí quiero, pero no en estas circunstancias —le respondió ella con firmeza, aunque le temblaba la barbilla—. Si la guerra ha de durar sólo unos meses, podemos esperar. Cuando regreses, búscame, y entonces, con toda el alma, te diré que *sí*. Pero, ahora, por caridad, Manuel, no hablemos más del asunto. —Se había acercado a él y sus dos manos se engarfiaban en la pechera de su casaca, en un gesto que expresaba todo lo contrario de lo que acababa de decir.

—Pero, Magdalena, considera que ésta puede ser la última vez… —insistió el comandante, asiéndole las muñecas con desesperado apasionamiento.

—Manuel, por favor, no me atormentes —lo interrumpió la

señora, retrocediendo unos pasos y oprimiéndose las sienes con las puntas de los dedos. Así permaneció un largo rato, el rostro escondido. Y cuando volvió a descubrirlo, su expresión era resuelta y su voz había recuperado el aplomo—. ¿Cuándo se irá usted a Quillota para tomar el mando de su batallón?

Deliberadamente había roto la atmósfera de intimidad que los envolviera durante el apasionado diálogo. El comandante comprendió que ya no volvería a producirse y, respirando hondo, se resignó al inesperado rechazo.

—Dije al general Bulnes que lo haría dentro de dos días —expresó roncamente—, pero me iré mañana.

—Sí, es mejor —acordó la señora con los ojos de nuevo húmedos —. Un día más podría llevarme a la insensatez de cerrar los ojos y entregarme al destino. Y eso no puede ser. Márchese mañana, comandante.

Manuel García inclinó la cabeza en señal de acatamiento y se dirigió a la puerta. Caminaba pesadamente, igual que aplastado por un enorme infortunio. Sólo en el momento de salir, se acordó de despedirse:

—Con su permiso, señora, voy a recoger mi petaca. Muchas gracias por su hospitalidad y adiós.

Otra vez el comandante García estaba sobre su caballo y en marcha, al frente del batallón «Portales». Los hechos se habían sucedido con vertiginosa celeridad. El Gobierno del general Prieto, presionado por la opinión pública, no había podido seguir manteniéndose inerte esperando el regreso del delegado José Antolín Rodulfo y ordenó la partida de la segunda expedición.

A comienzos de junio de 1838, todos los batallones y escuadrones estaban convergiendo sobre Valparaíso desde sus diversos cantones y el Gobierno se trasladaba también al puerto, para que la distancia no retardara los últimos preparativos.

El batallón «Portales» ya no era el mismo, su dotación estaba duplicada. Los reclutas que no pudieron marchar en la primera expedición y quedaron adiestrándose bajo el mando del segundo comandante Faer, formaban ya en las filas y la unidad contaba con más de mil doscientos hombres. Era, pues, un regimiento. Volviendo de vez en cuando la cabeza hacia atrás, el comandante

García se sentía orgulloso, aunque en el fondo de su alma predominara todavía la tristeza. Por primera vez en su vida de soldado experimentaba aquella sensación que describiera el coronel Sutcliffe diciendo que «la guerra se convierte en una aventura romántica» cuando se deja atrás a una mujer. García se ruborizaba por sentirse romántico a sus años, pero la imagen de Magdalena se le había enroscado más fuertemente al corazón desde el momento en que, con lágrimas en los ojos, se negó a ser su esposa.

El 11 de junio, el batallón llegó a Valparaíso y fue acuartelado en los patios del fuerte San José. El 16 terminaron de aprestarse los transportes que conducirían al ejército por mar y las unidades empezaron a embarcarse ordenadamente. Al «Portales» le correspondió hacerlo el 2 de julio, junto con el escuadrón «Carabineros de La Frontera». Al día siguiente, García tuvo que bajar a tierra de nuevo, con algunos soldados, para recoger una parte de la impedimenta que se les había quedado rezagada en el fuerte San José. Cuando pisó el embarcadero, comenzaban a subir a los botes los hombres del «Colchagua» y esperaban hacerlo también los del «Carampangue». Era una gran confusión de soldados la que se movía dentro del espacio alambrado, para impedir la entrada de curiosos, que cercaba al embarcadero. Abriéndose paso con dificultad, el jefe del «Portales» fue con sus hombres al fuerte y regresó con el equipo rezagado.

Esperaba que le franquearan el paso en el pórtico de la alambrada, por el que entonces cruzaba la «Columna Peruana», compuesta de sesenta y seis hombres, pero entorpecida por una masa de cerca de setecientos caballos y medio centenar de mulas, cuando oyó que uno de los ayudantes de la intendencia del ejército pronunciaba su nombre, dirigiéndose al coronel que disponía los embarcos.

—Mi coronel, ¿no sería posible enviarle un mensaje al comandante Manuel García con alguno de los que van en los botes? —consultaba el ayudante.

Como el interpelado, demasiado preocupado de encauzar el paso de los animales, le hiciera un gesto de rechazo, García intervino desde la distancia.

—Yo soy el comandante que usted busca, teniente —lo llamó con un gesto desde afuera de la alambrada. Y cuando el oficial

estuvo a su lado, extendió la diestra para recibir el mensaje, que suponía escrito.

—No, mi comandante —le dijo el oficial—. Se trata de una señora que está en la sala de guardia del fuerte San José y que, desde hace más de una hora, insiste en que debe hablarle.

El comandante tuvo un presentimiento que le cortó la respiración. Volviéndose a su ayudante Guarda le ordenó que embarcara solo con los soldados y partió a paso vivo en dirección al fuerte, cuya planchada ascendente se divisaba a no más de una cuadra. La subió casi a la carrera, seguro de no llamar la atención, ya que oficiales y soldados se movían a toda prisa en la premura del embarco. Jadeando ansiosamente, asomó a la gran sala de guardia, enmarcada por altos muros de piedra, y allá, en un rincón a la luz que penetraba por uno de los ventanales de arco, la divisó. Su presentimiento no era errado. Se trataba de Magdalena. A largas zancadas cruzó el recinto y se detuvo frente a la señora, acezando tanto por la carrera como por la impresión de verla.

—¡Magdalena, al fin llega usted! —dejó escapar espontáneamente.

La mujer se le aproximó y lo tomó de los antebrazos, mirándolo a los ojos con su rostro muy próximo.

—¿Esperaba usted que viniera?

—Sí, tenía la certeza de que lo haría —repuso el militar—. Esta confianza me fue naciendo a medida que corrían los días y me desesperaba al ver que se iba terminando el plazo sin que usted apareciera.

—No pude resistir, Manuel —confesó, rendida, la joven—. Me he sentido culpable todos estos días. Por un egoísmo mío, por miedo de volver a sufrir, lo he hecho sufrir a usted. Y no era eso lo que yo buscaba; todo lo contrario, se lo juro.

Estaban frente a frente, muy próximos uno del otro, y sin darse cuenta habían trenzado sus brazos. Aunque las escenas de amorosas despedidas eran muy frecuentes en esos días, no podía dejar de llamar la atención la escena de un veterano comandante y de una hermosa señora sosteniendo un tierno coloquio dentro de la austera sala de guardia del fuerte San José, donde todo era movimiento, órdenes dadas a gritos y arrastrar de pesados equipos.

—Venga, Magdalena, salgamos de aquí —le dijo el jefe del

«Portales», tomándola con suavidad de un codo y encaminándola hacia la salida.

Afuera había tanto o más ruido y movimiento que en el interior. Los soldados y sus familiares, los curiosos y la chiquillería llenaban toda la calle que cruzaba frente a la planchada del fuerte. García miró hacia todos lados buscando un lugar de quietud y su mirada cayó sobre la vieja Iglesia Matriz, alzada sobre una ancha gradería a una cuadra de distancia.

—Vamos allá —indicó a la señora, y comenzó a abrirse paso a empellones, hendiendo la multitud con su pecho a modo de proa. En un momento sintió que la mano de Magdalena se prendía de su brazo y que su voz le gritaba junto a un oído:

—¡Permíteme, mi amor; de lo contrario nos separará la multitud!

García puso su mano sobre la de ella, para afianzársela mejor, e inundado de una indescriptible emoción la condujo hasta el interior del viejo templo.

Adentro reinaba el sosiego y el aire estaba fresco y limpio. Los ruidos que provocaba la iniciación de la campaña llegaban amortiguados y lejanos, casi irreales.

—Hasta ayer esta iglesia estaba también llena de soldados que venían a recibir bendiciones antes de partir —le observó el comandante, cruzando el corredor central y yendo a sentarse junto a ella en una de las naves laterales.

—¿Tan inminente es la partida? —quiso saber ella.

—Mañana o pasado mañana —le respondió García, pero su pensamiento no estaba puesto en eso—. ¿Por qué resolviste venir, querida? —le inquirió con suavidad.

—Ya te lo dije: porque me sentía atrozmente culpable de hacerte sufrir. Me pediste que fuera tu esposa y me negué. Pensaba entonces sólo en mí. Pero después de tu partida tuve que enfrentarme a la verdad. Y tú eres mi verdad. Tu soledad, tus peligros, tus penas, me hicieron ver la hondura de mi egoísmo. Por eso vine, para pedirte perdón.

El recio militar la contempló agradecido, pero también desconcertado.

—Por el solo hecho de venir y permitirme verte, estás perdonada, mi vida —le dijo enternecido—. Pero no era necesario

que…

La señora se arrodilló de súbito sobre la tabla que corría frente al escaño y con un gesto lo invitó a imitarla. Así, juntos, hombro con hombro, inclinó la cabeza hacia él y le preguntó:

—Manuel, ¿todavía quieres casarte conmigo?

El comandante medio volvió el cuerpo con un movimiento de sobresalto y se quedó mirándola, deslumbrado. Sólo atinó a balbucear:

—¡Magdalena!… ¡Magdalena! ¿Puede ser verdad?…

—Sí, mi comandante gruñón, sí —afirmó ella con una dulce sonrisa.

—¿Lo quieres, a pesar de que mañana mismo deberé partir?

—Sé que tu alma y tu pensamiento estarán acompañándome, mi vida.

Manuel García cruzó ambas manos sobre el borde del reclinatorio y hundiendo la boca entre ellas comenzó a musitar palabras ininteligibles. Su impresión era tan honda que, sin pensarlo, daba gracias al ser invisible que desde las altas arcadas del templo parecía presidir la escena. La señora, emocionada, posó una de sus manos sobre la cabeza del militar y lo acarició unos segundos. Pero éste, recuperado, se volvió hacia ella e inclinando su rostro sobre las palmas de Magdalena se las besó larga y apasionadamente. Pero de pronto volvió a la realidad y, puesto de pie, espió hacia todos los rincones del templo.

—Si queremos casarnos, tenemos que darnos prisa, Magdalena. ¿Estás dispuesta a hacerlo ahora mismo? —Como la mujer afirmara con actitud risueña, la tomó de una mano y salió con ella al pasillo central de la iglesia—. Busquemos al párroco.

El templo estaba vacío y ya desesperaban de encontrar a quién dirigirse, cuando tras el arco del presbiterio divisaron a un sacristán que despabilaba unas velas.

—¿El señor cura? —le preguntó García.

El sacristán señaló hacia la puerta de la sacristía, preguntándoles para qué lo necesitaban.

—Deseamos casarnos, pero ahora, al momento —le dijo Magdalena.

El hombrecillo los observó sin mayor sorpresa. Sin duda escenas semejantes debían de haber sido frecuentes en aquellos días. Con

simpleza, les consultó:

—¿Traen su fe de bautismo?… ¿El permiso de la superioridad?

García se golpeó un costado del pecho con la diestra extendida, impaciente por las preguntas.

—Todo soldado lleva sus papeles como cosidos a la piel, sacristán. Yo no necesito permiso de nadie; soy comandante de batallón.

—De acuerdo, pero necesitan padrinos.

Eso no entraba en los cálculos del impaciente militar y estuvo a punto de lanzar una de sus habituales maldiciones, pero se contuvo.

—¿Cuántos padrinos?

—Dos por lo menos. Para que sirvan de testigos y firmen el libro parroquial.

—¡Caramba, todos mis amigos están embarcados ya!

—Es indispensable —insistió con respetuosa firmeza el sacristán —. De lo contrario, aunque lamentándolo…

—¡Ya, ya, no diga nada! —lo atajó el comandante—. Me conseguiré los padrinos. Magdalena, conversa mientras tanto con el señor cura para que se ponga los paramentos del caso y dile que regreso enseguida.

La señora no pudo contener una suave carcajada ante la precipitación de su flamante novio.

—Anda tranquilo, Manuel, no te atarantes, que todo se hará como deseamos.

El comandante cruzó el templo a grandes zancadas, olvidado por completo de que era un recinto sagrado. Lo único que cabía en su mente era la lista de sus escasos compañeros de grado que aún pudieran estar al alcance de su mano. A paso vivo y trotando a ratos, descendió hasta el embarcadero y trató de distinguir gorras galoneadas u hombros con charreteras entre la movediza masa de soldados que estaban fuera y dentro de la alambrada. En esos momentos terminaba de entrar a la zona prohibida la tropa del «Carampangue» y al término de la fila se hallaba el comandante Jerónimo Valenzuela. Su figura alta, flaca y caballuna le fue perfectamente visible. Poco menos que a saltos, como quien se abalanza sobre un enemigo, se dejó caer sobre su viejo camarada de La Frontera de Arauco y atolondradamente le expuso su petición.

Valenzuela, que iba abriendo cada vez más los ojos a medida

que lo escuchaba, terminó por prorrumpir en una estruendosa carcajada.

—Pero tú estás loco, mi viejo cascarrabias —le observó, sin disimular su hilaridad—. ¿Como se te ocurre que voy a abandonar el embarco de mi batallón para ir a hacer la ridiculez de servirte de padrino? No, no, hijo. ¿Dejarías tú tus deberes de jefe por un asunto…, una cosa sentimental, digamos, como es un matrimonio de guerra?

—Es que tú no comprendes —lo urgió García, aturullándose cada vez más—. Tú eres casado desde joven y…, ¡bah, qué mierda estoy diciendo! ¿Cómo voy a meter en tu cabeza de mono algo así?

La mano huesuda del comandante Valenzuela cayó, fraterna, sobre uno de los hombros de su compañero.

—Escucha, mi viejo —le aconsejó—, si deseas encontrar padrinos, no te va a quedar otra solución que buscarlos entre los oficiales del Estado Mayor. Son los únicos que permanecen en tierra todavía. —García emprendió la carrera hacia la Intendencia, donde estaban reunidos, y desde lejos le llegó la voz burlona de su amigo, gritándole—: ¡Felicidades, pollo!

Se filtró de perfil por la puerta entreabierta de la sala en donde se encontraban el general Bulnes, el Presidente Prieto y los jefes del Estado Mayor. El General en Jefe hablaba en voz alta en esos momentos, de modo que no fue apercibido.

—Con permiso —dijo bajito al edecán situado en la puerta—. ¿Dónde está el coronel Pedro Godoy?

El edecán lo silenció llevándose un dedo a los labios y le señaló al personaje que buscaba junto al general José María de la Cruz. García comenzó a deslizarse en esa dirección en la punta de los pies, apegado al muro, para no interrumpir las palabras de Bulnes. Este decía en ese momento:

—Como ya les he explicado en términos generales, las instrucciones principales del Gobierno son las siguientes. La guerra de Chile tiene por objeto: «1.º Buscar su propia seguridad y la de las demás Repúblicas limítrofes en la destitución del poder colosal que ha adquirido el general Santa Cruz con la usurpación del Perú. 2.º Restituir a esta última República su independencia, para que sus habitantes se constituyan y organicen del modo que mejor convenga a sus intereses». Esto es en lo principal. Como factores de detalle,

estas instrucciones agregan condiciones que ustedes encontrarán escritas en las circulares que se les repartirán a la salida. Esto es todo, señores jefes. Ahora pueden ir a ocuparse de los asuntos que les corresponden, cuidando que nada quede sin hacer antes del 9 de julio, ya que el convoy partirá el 10 de este mes. Pueden retirarse.

Ya el comandante García había llegado casi al lado del coronel Godoy cuando comenzó a disolverse la reunión y le fue fácil emparejársele y retenerlo de un brazo.

—Mi coronel, deseo pedirle un gran favor —le dijo.

—Hola, mi amigo García. Diga lo que quiere.

El jefe del «Portales» iba a formularle su petición, cuando vio que el general Bulnes se les había colocado a un paso de distancia.

—Buenos días, mi general —tuvo que saludarlo.

—¿Usted todavía en tierra? —le preguntó Bulnes, extrañado—. Lo hacía a bordo con el batallón «Portales».

—Desembarqué porque tenía que recoger alguna impedimenta que se nos quedó en el fuerte. Pero ya está todo a bordo, mi general —se justificó el comandante.

El General en Jefe enarcó las cejas con su habitual expresión inquisitiva y agregó:

—¿Y usted por qué está todavía en tierra?

García tragó saliva, embarazado por la pregunta, y vaciló antes de hacer su confesión:

—Porque…, porque debo realizar cierta ceremonia antes de embarcar, mi general. Voy…, voy a casarme.

El coronel Godoy y el general Bulnes no disimularon su asombro, y, pasados unos segundos, el último exclamó, posando una mano sobre el hombro de García:

—¡Caramba, comandante, es algo extraordinario! Lo felicito de todo corazón. Un matrimonio de guerra, ¿eh?; como un subteniente.

García agachó la cabeza y estrujó un poco su quepis entre las manos.

—Sí, mi general —respondió, turbado—. Y necesito dos padrinos. Lo malo es que no los encuentro.

Magdalena rezaba suavemente de rodillas en la gradería que ascendía al presbiterio. El párroco, cubierto ya con sus paramentos para oficiar la ceremonia nupcial, ordenaba los objetos sagrados sobre el altar. Y el sacristán, que estaba en la puerta de la Iglesia

Matriz, entró anunciando casi a gritos:

—¡Allí vienen, señor cura! Es el comandante que quiere casarse y dos altos jefes, que deben de ser muy importantes por las charreteras que usan.

El párroco se quedó con una vinajera, que estaba limpiando con un paño, inmovilizada en el aire al ver la categoría de los padrinos que se había traído el comandante García. Eran el coronel Pedro Godoy y el propio General en Jefe Manuel Bulnes.

El jefe del «Portales» avanzó ufano, radiante, y levantando de una mano, con extrema delicadeza, a la señora, la presentó a los altos jefes. Luego añadió:

—Querida mía…, señor cura…, aquí están los padrinos. Ya puede celebrarse la boda.

De rodillas al pie mismo del altar mayor y manteniendo unos pasos tras de ellos a los antiguos compañeros de la guerra de la Araucanía, que ahora ocupaban los más altos puestos del ejército que partía a la guerra, se celebró la boda del comandante García con Magdalena. Y en el instante en que el sacerdote los proclamaba marido y mujer y trazaba sobre sus cabezas el signo sacramental, el coronel Godoy y el general Bulnes desenvainaron sus espadas y, uniendo sus puntas en lo alto, formaron un arco de acero bajo el cual pasaron los recién casados.

El 10 de julio, al amanecer, levaban anclas los buques que conducían al nuevo Ejército Restaurador hacia el Perú. Al frente iba la corbeta «Confederación» llevando a su bordo al general Manuel Bulnes, su Estado Mayor y el batallón «Carampangue». Luego enfilaban veintiséis transportes llevando a los soldados, cañones, bagajes y una impedimenta suficiente para seis meses de campaña. Y en torno de ellos, voltejeaban tres naves de guerra: la «Monteagudo», la «Santa Cruz» y la «Janequeo».

Con entusiasmo delirante mezclado con lágrimas, el pueblo de Valparaíso y numerosísimas personalidades venidas especialmente de Santiago, de Quillota y San Felipe, los despidieron en forma emocionada y optimista. A pesar de la amarga decepción que les produjera la primera expedición, la animosidad de las tropas, su disciplina y marcialidad infundían a todo el mundo una renovada fe en la victoria. Todos presentían que, guiados por la mano férrea del

general Bulnes, irían conquistando un triunfo tras otro, hasta cumplir con su generoso objetivo de restablecer la constitucionalidad en el Perú y extinguir la amenaza que representaba el general Santa Cruz para los países limítrofes de Bolivia. Y escrito estaba en el libro del destino que aquel 10 de julio iba a comenzar, en verdad, la guerra.

5

Como un bosque de banderas blancas se desplegaron las velas de los treinta buques en que navegaba el segundo Ejército Restaurador hacia el Perú. Este contaba ahora con cinco mil cuatrocientos hombres y numerosa caballada. Nada se había dejado al azar. Los generales Bulnes y José María de la Cruz se habían encargado personalmente de estudiar todas las medidas necesarias para que el desembarco y penetración de las naves en territorio peruano fuesen rápidos y seguros, no dependiendo el ejército, en ninguna circunstancia, nada más que de sus propios recursos.

El 12 de julio, para asegurar aun más el buen desempeño de la expedición, el convoy ancló en Coquimbo y los batallones bajaron a tierra para ensayarse en prácticas de desembarco. Allí se aprovechó para que se repusieran los hombres afectados por el mareo, a tiempo que se los sometía a instrucciones especiales de combate en playas. Completado este plan de adiestramiento, el ejército fue fraccionado en tres divisiones que podrían accionar independientemente, si se presentaba la exigencia.

El 16 de julio la tropa volvía a embarcar y la flota reanudaba su navegación rumbo a la costa peruana. El 20, los treinta buques asomaban frente a las islas Hormigas, veinte millas al sur del Callao, y arriaban sus velas en espera de nuevas órdenes. La fragata «Hermosa Chilena», en que viajaba el batallón «Portales», avistó en esas horas a una goleta que surgía de detrás de las islas y, transmitida la alarma por banderas, los cuatro buques de guerra de la escolta se abalanzaron a capturarla, pero era una maniobra innecesaria, ya que ella misma se aproximó, desplegando sobre su

trinquete el tricolor chileno. Era la goleta «Fama», la cual desprendió una lancha que atracó al costado de la fragata «Confederación», que conducía al general Bulnes y a su Estado Mayor. La embarcación traía a un civil y a dos jefes con uniformes del Ejército peruano.

Habiendo identificado al primero de ellos, a través de sus prismáticos, el general fue a recibirlos personalmente en la plataforma superior de la escalerilla real y, sin explicar a nadie el motivo de la aparición de esos personajes en el buque insignia, se encerró con ellos en su cámara, sólo acompañado por su ayudante. Cuando éste cerró la puerta del recinto tras los visitantes, el general se decidió por fin a hablarles.

—Bienvenidos, señores —saludó en conjunto a los tres, dirigiéndose enseguida al que vestía de civil, a quien estrechó calurosamente la diestra—: Mi estimado don José Antolín Rodulfo, menos mal que da usted señales de vida. Su Excelencia el general Prieto y yo hemos estado esperando noticias suyas durante semanas, para enterarnos del resultado de la misión confidencial que le encomendamos ante el Presidente del Estado Nor-Perú.

—Oh general Bulnes —se excusó el periodista peruano—, tiene usted que creerme que si no regresé a Chile fue porque me resultó imposible. Antes que le explique la razón, permítame que le presente a dos distinguidos jefes del Ejército del Norte del Perú, que han resuelto acompañarme para ofrecer sus servicios a la fuerza que usted manda. Son los coroneles Antonio Plasencia y José Mendiburu.

Bulnes, que los estaba observando de reojo mientras conversaba con el periodista Rodulfo, los examinó más atentamente cuando ellos se inclinaron saludándolo y le causaron la impresión de ser hombres francos y resueltos. No obstante, se propuso mantenerlos bajo observación durante un tiempo.

—Mi amigo Mendiburu y yo —le explicó el coronel Plasencia— hemos servido en el Ejército del Norte del Perú desde la época de la Independencia. Y tuvimos la suerte de participar en las campañas del Libertador Simón Bolívar y del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre. Por eso, habiendo servido bajo las órdenes de esos dos grandes generales, no hemos podido tolerar la despótica

dominación del mariscal Santa Cruz. Sabedores, por otra parte, de los móviles nobilísimos que traen a este ejército a nuestra patria, hemos resuelto venir a ofrecerle nuestros servicios, en la calidad que usted lo estime conveniente, señor general.

Como el periodista Rodulfo avalara la calidad moral y los méritos militares de los dos jefes, Bulnes decidió aceptarlos con las prerrogativas de sus rangos de coroneles, pero sin desprenderse de sus reservas. Dirigiéndose a su ayudante, le indicó que les buscara una ubicación adecuada en el buque insignia. Y cuando se quedó a solas con Rodulfo, le señaló un asiento y le inquirió escuetamente:

—¿Cuál fue el resultado de su gestión ante el general Orbegoso?

—Nulo, señor —le declaró el periodista con ruda franqueza—. El general Orbegoso es, en mi opinión, partidario secreto del mariscal Santa Cruz. Pero lo disimula, porque le duele pensar en el papel desmedrado que tendría que jugar junto al caudillo boliviano y porque sus generales son resueltamente contrarios a éste.

—¿Quiénes son esos generales contrarios a Santa Cruz? —quiso saber Bulnes.

—El General en Jefe del Ejército del Norte, Domingo Nieto, acantonado con dos divisiones entre Ancón y Lima, y el general Francisco Vidal, que manda una tercera división un poco más al norte, en Pativilca.

—¿Y quién manda las tropas bolivianas acantonadas en ese sector del país?

—Los generales Moran y Otero, que mantienen dos batallones de Bolivia acuartelados en Lima.

—¿Cómo son las relaciones entre estos jefes bolivianos y los dos generales peruanos mencionadas antes?

—Muy tensas, señor; aunque hipócritamente corteses —le informó Rodulfo.

—Bien —concluyó el general—. Partamos de la base de que no podemos contar con Orbegoso.

—Cuando menos, me parece que no debe usted confiar en él, si es que le ofrece ayuda militar. Es un hombre que jamás tiene la mente serena, bebe en forma desenfrenada y bien puede considerarse que, en muchas ocasiones, procede como un alienado.

—Pues, descartado el general Orbegoso. Pensemos entonces en alguno de sus dos generales: Nieto o Vidal. ¿Qué cantidad de tropas

maneja cada uno?

Rodulfo sacó una pequeña libreta y la abrió en una página en que se veían unas cifras anotadas frente a meras iniciales.

—Estos son informes del coronel Plasencia —explicó, y los tradujo enseguida—: El general Nieto tiene bajo sus órdenes 2036 hombres repartidos entre Lima y Ancón. El general Vidal, 1200 en Pativilca. Y el general Orbegoso mantiene 900 en el Callao, bajo su mando directo. En total, suman 4136 soldados.

Manuel Bulnes se encaminó a un mapa del Perú, que tenía clavado en un tabique de su cámara, y confirmó la ubicación de las tropas enumeradas por el periodista, llegando a la conclusión de que los 1200 combatientes de que disponía Vidal estaban veinte leguas más al norte que las de Nieto, las que a su vez se extendían en una línea bastante prolongada desde Ancón al Callao. Calculó que, con sus 5400 soldados, le sería fácil cortar esa sucesión de posiciones defensivas y batirlas después, una tras otra.

—¿Cuál es el mejor sitio de desembarco ubicado más o menos en el centro de esta línea, señor Rodulfo? —consultó a su informante.

El periodista se acercó al mapa y, tras un breve análisis, señaló con un dedo la bahía de Ancón.

—Observe usted —explicó—. Está a escasas leguas al norte de Lima, es una bahía segura y de ella nacen buenos caminos hacia el sur y el norte. Además, en ella apoya uno de sus extremos la línea defensiva del general Nieto.

—Hum —aprobó Bulnes con un gruñido. No dijo más porque era naturalmente desconfiado y no juzgó prudente comunicar a Rodulfo que ya había contemplado, en acuerdo con el comodoro de la escuadra que bloqueaba el Callao, desembarcar en Ancón o en Chancay. Pero en ese instante mismo resolvió enviar un mensaje al capitán de navío García del Postigo indicándole que situara la escuadra en torno a Ancón, para proteger el desembarco.

—En esa zona del litoral espero tener noticias de algunos agentes míos, que nos aportarán mayores antecedentes para facilitar nuestro avance sobre Lima —advirtió.

A lo que Rodulfo apuntó que estaba enterado, por los agentes que lo protegieron a él en su viaje y también por el capitán de la goleta «Fama», que dos chilenos habían sido desembarcados

secretamente en Pasamayo, al sur de Chancay, hacía unos diez días.

—¡Hum! —volvió a afirmar lacónicamente el general, sin delatar que esos hombres eran los coroneles Sutcliffe y Wood, a quienes enviara a averiguar la suerte que había corrido Rodulfo y a tomar informaciones sobre las fuerzas defensivas de Lima. Suponía que a los avezados coroneles no les iba a faltar forma de enterarse del desembarco del Ejército Restaurador y que se presentarían ante él en el momento oportuno—. Le agradezco sus datos, señor Rodulfo —le dijo, poniendo término a la entrevista—. Recurra al ayudante que acaba de salir con sus recomendados para que le proporcione un lugar en este buque y espere por si necesito de nuevo sus servicios.

El 21 de julio, sin embargo, la flota de transportes continuaba inmovilizada frente a las islas Hormigas, aunque la «Janequeo» había partido la tarde anterior hacia el norte, dando la impresión de que el convoy iba a seguirla horas más tarde.

El comandante Manuel García, a bordo de la «Hermosa Chilena», comentaba ese inexplicable retraso con el capitán Faer, cuando desde la fragata «Confederación» se le llamó por bocina para que se presentara ante el General en Jefe. Media hora más tarde estaba en la cámara del general Bulnes, que se hallaba enfrascado estudiando los papeles de los diferentes cuerpos que componían el ejército expedicionario. Creyó entonces barruntar cuál era la razón de la demora y su presunción le fue confirmada a las primeras frases.

—Necesito conocer exactamente cuál es el poder de cada batallón, comandante García —le expresó el general—. ¿Cuál es la conformación del suyo?

—Ha variado bastante desde nuestro anterior viaje al Perú, mi general. Ahora tiene el doble de dotación: mil doscientos hombres.

—¿A qué se debe ese aumento?

—A que en la expedición anterior dejé una mitad de reclutas adiestrándose bajo las instrucciones del capitán Faer. Éste tuvo tiempo sobrado para instruirlos, razón por la cual los incorporé al batallón y organicé nuevas compañías.

—¿Cuántas tiene ahora?

—Una de granaderos, cuatro de infantes y una de cazadores a caballo. En total, seis compañías perfectamente equipadas, mi general.

—¡Magnífico! —aprobó Bulnes, y subrayó con un trazo azul el nombre del «Portales» en la lista que tenía al frente—. Su batallón y el «Carampangue» serán los que inicien el desembarco. Le prometí oportunidades de acción, ¿no es así? Bien. Como mi batallón predilecto es el «Carampangue», irán los dos siempre en la vanguardia.

—Gracias, mi general —dijo García, pero no pudo evitar añadir con una sonrisilla maliciosa—: Vamos a ver si el «Carampangue» le corre al «Portales».

Pareció que el general iba a formularle un reproche por su jactancia, pero no alcanzó a hacerlo, ya que en ese instante entró uno de sus ayudantes a participarle que regresaba la «Janequeo» a toda vela, aclarando ante el gesto de inquietud de Bulnes:

—Y viene empavesada con banderolas desde los masteleros hasta la punta del bauprés, mi general. Parece niña bonita llegando a una fiesta.

—Pues, vamos a ver cuál es el motivo de esa fiesta —manifestó Bulnes, encaminándose a la cubierta.

En efecto, la veloz corbeta llegaba empavesada de popa a proa y no tardaba en colocarse al pairo de la fragata «Confederación». Minutos más tarde, trasbordaba el teniente 1.º Nicolás Sánchez, segundo comandante del «Aquiles», quien era portador de una comunicación del comodoro García del Postigo.

—Dígame primero, ¿por qué viene tan adornada la «Janequeo», teniente? —quiso saber el general Bulnes.

—Porque traemos muy buenas noticias, mi general —le respondió el marino, sonriendo ampliamente, espetándole a tiempo que le entregaba un voluminoso sobre—: El general Luis José Orbegoso ha proclamado la independencia del Estado
Nor-Perú,
rompiendo la Confederación y pronunciándose, de ese modo, en contra del mariscal Santa Cruz.

Como la revelación había sido formulada en la cubierta, junto a la escalerilla real, provocó las más entusiastas exclamaciones entre los numerosos jefes y oficiales que se encontraban próximos, contagiando también a Bulnes, que por unos momentos olvidó la prevención que le hiciera el periodista Rodulfo sobre la volubilidad del Presidente Orbegoso.

—¡Caramba, hombre, vaya qué noticia! —profirió en alta voz—. Esto hay que celebrarlo como corresponde. Es como si hubiéramos obtenido ya una primera victoria. ¡Qué primera: ésta vale más que tres batallas ganadas! ¡Comandante Simpson, ordene que se empavesen también nuestros buques y que se celebre el acontecimiento con una fanfarria!

Y mientras la marinería comenzaba a poner en práctica la orden, con grandes manifestaciones de alborozo, el general murmuró, ya más reflexivo y como pesando las palabras:

—Se ha roto la Confederación. El Estado

Nor-Perú

se manifiesta como nuestro aliado.

—¿Nuestro aliado? —repitió al lado suyo el comandante García, con entonación tan dubitativa que Bulnes no pudo menos que mirarlo con extrañeza.

—Todo hace pensar que así debe ser.

—¿No será anticiparse mucho, mi general?

La expresión desconfiada de García era demasiado decidora y tuvo la virtud de traer de inmediato a la memoria del general la advertencia de Rodulfo, lo que apagó su espontáneo entusiasmo anterior. Ya no podía dar contraorden respecto al empavesamiento de las naves, pero se juró ser menos vehemente en el futuro. Haciendo señas al teniente Sánchez de seguirlo a su cámara, se retiró de la cubierta. Poco después escuchaba mayores detalles del suceso por boca del oficial y leía el informe que le enviaba el comodoro García del Postigo. Todo contribuía a confirmarle que el Presidente Orbegoso había roto la Confederación y que se pronunciaba como aliado del ejército expedicionario chileno. Según García del Postigo, le envió a un alto emisario hasta su buque para comunicarle su decisión y hacerle toda clase de protestas de amistad. Después de meditarlo largamente y de calcular las consecuencias favorables o contrarias que podía acarrear su decisión, resolvió alterar sus planes. Postergando su desconfianza, hizo acudir ante él al comandante Simpson y le ordenó:

—Alteramos nuestro rumbo, comandante. No desembarcaremos en Ancón.

Simpson lo contempló con asombro. Ya las naves navegaban hacia el norte.

—¿Cuál será nuestro nuevo rumbo, mi general? —le inquirió respetuosamente.

—¡El Callao! —dijo Bulnes con vigor—. Iremos directo al Callao y nos presentaremos a las autoridades del puerto. ¿Para qué buscar un lugar distante de desembarco, si contamos con la alianza del general que domina Lima? En consecuencia, desembarcaremos en el muelle principal del Callao.

Simpson era un marino habituado a regirse por la disciplina más estricta, de modo que no le hizo objeción alguna, pero la determinación le parecía de una temeridad extremada. Y sin faltar a la orden recibida, se escudó, sin embargo, en la rápida caída de la noche para alterar en forma mínima su ruta y, en lugar de aproar hacia la poza del Callao, dirigió a la flota a la bahía de la isla San Lorenzo, situada frente al principal puerto peruano, y allí echó sus anclas.

El general Bulnes, nervioso por la inminencia del encuentro con las autoridades limeñas, se había acostado a medio vestir, pasada la medianoche, y, al amanecer, dormía agitadamente cuando uno de sus ayudantes lo despertó remeciéndolo con suavidad de un hombro.

—¿Qué pasa, capitán? —le preguntó, comprendiendo que debía existir una razón poderosa para que turbaran su reposo.

—Ha llegado sorpresivamente una lancha en que viene un hombre que insiste de modo apremiante en hablar con usted, mi general —se justificó el oficial.

—¿Averiguó usted quién es?

—Lo único que logré sacarle fueron tres palabras, mi general: Wood, servicio secreto.

El general se incorporó con presteza. El coronel Wood no se arriesgaría a cruzar el brazo de mar a medianoche por una bagatela.

—Hágalo venir al momento, capitán —dijo a su ayudante, comenzando a colocarse las botas y la guerrera. Y cuando el recién llegado estuvo dentro de su cámara, indicó al oficial—: Cierre la puerta y quédese de guardia afuera, cuidando de que no entre nadie.

—A su orden, mi general.

Carlos Wood estaba de pie ante él, encubierto bajo su disfraz de vendedor ambulante, pero ahora más sucio y bastante mojado por

la camanchaca del mar.

—No esperaba verlo tan pronto, coronel —le expresó Bulnes, sin disimular la inquietud que le causaba su súbita aparición.

—Era forzoso que me viera antes de ponerse en contacto con la gente de tierra, mi general —le respondió el agente—. De lo contrario, iba usted a ser involucrado en una farsa descomunal.

—¿Una farsa?… —El general tembló, pese a su reciedumbre. Nadie ignoraba en el Ejército que el fracaso del almirante Blanco se había debido en gran parte por desoír los informes de Wood y de Sutcliffe—. ¿Cuál farsa, coronel?

—La de la ruptura de la Confederación y del pronunciamiento del general Orbegoso contra el mariscal Santa Cruz —le repuso escuetamente el interrogado.

—¿Por qué es una farsa?

—Porque el Presidente del Estado
Nor-Perú
no proclamó la independencia de la zona bajo su jurisdicción movido por una iniciativa propia de antagonizar con el mariscal Santa Cruz, ni mucho menos con el propósito de ayudar a los chilenos, no, señor. Lo hizo porque no le quedaba otro camino: se lo impusieron sus generales Nieto y Vidal.

—¿Es efectivo eso, Wood?

El coronel asintió con un gesto grave. Hacía semanas que se movía en torno a los personajes que protagonizaban lo que él denominó «una comedia de títeres».

—El general Nieto gestó la independencia del Estado
Nor-Perú
aprovechando la ausencia de Orbegoso, que había ido a dirimir una disputa que tenía con el general boliviano Moran. Y cuando el Presidente regresó a Lima, se encontró con el hecho consumado. Se vio entonces ante el dilema de defender el sistema de la Confederación a balazos, apoyándose en las tropas bolivianas acuarteladas en Lima, o firmar el Acta de Independencia redactada por Nieto. Prefirió esto último, que era lo menos peligroso. Ya ve usted, general, cuán poco voluntario fue su acto.

El general Bulnes lo escuchaba paseándose meditabundo por la estrecha cámara, tratando de descubrir el fondo de aquel turbio asunto. Por fin, creyó encontrarlo.

—Quienquiera que haya sido el que gestó este pronunciamiento contra Santa Cruz, tiene que haberlo hecho pensando en apoyarnos, coronel.

Wood esbozó una sonrisa, mas se tornó serio enseguida; conocía el genio explosivo del general. Pero meneó la cabeza de un lado a otro, lentamente.

—Nieto tramó independizar el norte del Perú, como tiene también pensado hacerlo con el sur. Pero para unir los dos Estados, reintegrar el territorio peruano y reconquistar la soberanía del país. Todo ello justamente para defender su tierra de un desembarco chileno.

—Eso es absurdo, coronel —le objetó Bulnes—. Nosotros venimos con el propósito de ayudarlos a derrocar a Santa Cruz y recuperar la soberanía de su nación.

—Y ellos han proclamado una independencia rápida, para que no exista la razón que justifique un desembarco de tropas chilenas —le aclaró Wood—. Eliminada esa razón, ellos podrán juzgar este acto como una invasión armada y combatirnos.

El General en Jefe no podía dar crédito a lo que oía, se le hacía inconcebible una ingratitud semejante, y sus objeciones comenzaron a mellar la actitud respetuosa del exmarino británico.

—¿No puede usted creerlo, eh? —le replicó, sacando de un bolsillo un burdo papel impreso que traía enrollado—. Pues, lea el bando que hizo público el general Orbegoso para explicar al pueblo limeño por qué se proclamaba la independencia del Estado Nor-Perú.

Bulnes tomó el papel y lo leyó con el ceño fruncido. Decía:

«Yo proclamo hoy, en nombre de vosotros, la independencia de este Estado de toda dominación extranjera. Convoco una representación nacional que arregle nuestros destinos. Me preparo a defenderos contra la invasión chilena si es que no cesa, como debe esperarse, habiendo cesado el motivo… Estos son los compromisos que tomo con vosotros. Tomad conmigo el de guardar el mayor orden y tranquilidad y el de ayudar con vuestros esfuerzos el del Ejército peruano, si es preciso que pelee defendiéndoos…».

Pero el coronel Wood traía también otro documento que confirmaba el bando y que mostraba la verdadera gravedad de la situación. Era un decreto supremo firmado por el Presidente

Orbegoso y sus generales junto con declarar la independencia. Este rezaba en su párrafo principal:

> *«El Estado existe en guerra contra la República de Chile entre tanto no se haga la paz, lo que debe esperarse, supuesto que ha cesado el motivo alegado para la guerra».*

El general Bulnes alisó prolijamente los dos documentos y los guardó con extremada parsimonia dentro de una carpeta de cuero. Todos actos maquinales que encubrían su ardua actividad mental.

—¿De manera que el Perú se considera oficialmente en guerra con Chile en la actualidad? —resumió al fin. Y Wood se lo confirmó inclinando la cabeza.

—Así es, mi general. Habiendo sido rechazado el Tratado de Paucarpata, según ellos, Chile y Perú siguen en guerra. Y no aceptarán relación alguna con nosotros mientras usted o plenipotenciarios chilenos no les ofrezcan condiciones de paz que ellos estimen convenientes y honrosas.

Era la verdad, escueta y encandilante. Tarde venía a descubrirla el general Bulnes y sintió vergüenza de haber sido tan ciego.

—¡Por todos los diablos! —barbotó, golpeando la mesa—. Y yo que pensaba desembarcar mañana mansamente en el muelle del Callao para proponerles una vez más nuestra alianza para combatir juntos al mariscal Santa Cruz.

El coronel Wood no pudo evitar que se le escapara una carcajada, de la que se excusó al momento, aunque conservó una expresión maliciosa.

—Perdone que me ría, mi general. Pero, para los que hemos visto cómo se han hilado estas tramas en el campo peruano, su actitud nos habría parecido de una candidez muy risible. Por favor, no se enoje. Escúcheme, primero, y compruebe mañana lo que voy a vaticinarle. A primera hora tendrá usted a bordo de este buque a un emisario del Presidente Orbegoso, se lo apuesto, y empezará a darse cuenta de cómo es el juego. Entonces tendrá que decidir: o comportarse caballerosamente como el almirante Blanco Encalada y ser objeto de burla de Orbegoso y Santa Cruz…, o desembarcar sorpresivamente, mostrar una actitud fuerte, abrirse paso a través del Perú, arrollando a los ejércitos peruanos, y aplastar al Supremo Protector en su propio territorio.

—¡Pues, así lo haremos, coronel Wood! —afirmó con violencia Bulnes—. Yo no soy hombre para servir de juguete a falsos e intrigantes. Si no llego a un acuerdo claro y preciso con las autoridades de Lima, lanzaré mis tropas a paso de carga sobre el Perú y buscaré al burlesco Santa Cruz en su propia madriguera. Pero esta guerra se resolverá al galope, en el mínimo de tiempo. No he venido a conferenciar, sino a pelear. Y pelearé desde el momento de poner pie en tierra.

Faltaba poco para que saliera el sol y fue inútil que el general se tumbara de nuevo en su litera, después de autorizar al agotado coronel Wood para que se fuera a reposar en la cámara de los ayudantes. Su cerebro seguía debatiendo los informes que le acababan de ser proporcionados y, especialmente, los pronósticos formulados por el coronel. Durante un momento pensó en que, si la expedición no tuviera como objetivo principal eliminar la amenaza que significaba para Chile la ambición expansionista del mariscal Santa Cruz, lo más cuerdo habría sido dejar al Perú entregado al dominio del Protector. Pero considerando la seguridad de su propia patria, se fijó una meta invariable: cruzar sobre el territorio peruano, con o sin la autorización de sus autoridades, y penetrar en Bolivia. Habiendo llegado a esta conclusión, se dedicó a esperar tranquilamente el cumplimiento del vaticinio previsto por Wood. Y éste se cumplió al pie de la letra. Poco después de las ocho de la mañana se perfiló viniendo desde el Callao a la isla San Lorenzo una lancha empavesada con una gran bandera blanca. Bulnes no pudo menos que sonreír al comprobar el acierto del astuto coronel, quien, antes que el parlamentario abordara el buque, asomó la cabeza por la puerta entreabierta y le anunció, con un guiño de complicidad:

—Como se lo previne, mi general: ahí llega un emisario.

—Gracias. Ya sé cómo voy a recibirlo. He pensado mucho desde que hablé con usted.

—Recuerde, mi general: a ellos lo que les interesa es ganar tiempo para que alcancen a llegar las tropas que el general Vidal tiene en Pativilca o las bolivianas que acampan en Taima y Jauja bajo las órdenes del general Morán.

—¿Cree usted que recurrirán a los bolivianos, coronel?

—Si se sienten más débiles que nosotros, sin duda lo harán, mi general.

Se interrumpió de súbito y desapareció casi sin hacer ruido. La razón de su fuga era que en ese instante llegaba un ayudante a anunciar la presencia del parlamentario peruano a bordo.

—Se trata de un coronel de apellido Castro, ayudante del general don Luis José Orbegoso, Presidente Provisional del Estado Nor-Perú,
quien pide ser recibido por usted, mi general.

—Está bien —aceptó Bulnes—. Llame al general José María de la Cruz y al coronel Pedro Godoy, ayudante. Deseo que ambos asistan a mi entrevista con el parlamentario, en representación del Estado Mayor.

La conferencia entre el jefe chileno y el emisario peruano tuvo exactamente las características predichas por el coronel Wood. Desde las primeras frases que se intercambiaron, Bulnes se dio cuenta del estado de ánimo y de las intenciones que movían a los gobernantes del Perú. Pero como, antes de realizar cualquier acción, él también necesitaba ganar algo de tiempo para dar descanso a su tropa, siguió la corriente al parlamentario sin dejar traslucir en momento alguno su propio pensamiento. El coronel Castro le solicitó, a nombre del Presidente Orbegoso, que formulara oficialmente una proposición de paz. Manuel Bulnes aceptó, indicando que enviaría al coronel Victorino Garrido en calidad de delegado suyo y con facultades para sostener conversaciones en ese sentido con el Presidente del Estado Nor-Perú.

En efecto, poco después de la partida del parlamentario, el coronel Garrido desembarcó también y se dirigió a Lima llevando una carta en que el general Bulnes felicitaba al Presidente Orbegoso por la proclamación de la independencia. Pero inmediatamente después, el jefe chileno reunió a todas las autoridades de su ejército dentro de la cámara de oficiales de la fragata «Confederación».

—Señores jefes —les dijo con gravedad—, he llegado al convencimiento de que debemos descartar la posibilidad de una alianza con el Ejército peruano para nuestra empresa. Esto nos obliga a proceder por cuenta propia, con rapidez y alterando nuestro plan primitivo. No desembarcaremos en el Callao. Presiento que allá nos esperaría una sorpresa desagradable.

—Perdón, mi general —lo interrumpió el general De la Cruz con

extrañeza—. ¿Acaso no ha ido a Lima el coronel Garrido para tratar con el Presidente Orbegoso sobre una proposición de paz, que una vez aceptada nos conduciría a una alianza?

—Sí, mi amigo —asintió sonriendo Bulnes—. Pero tengo la certeza de que nuestro emisario perderá de modo lamentable su tiempo. Y como no deseo que nos ocurra lo mismo con nuestro ejército, he resuelto desembarcarlo de inmediato y por otro punto del litoral, que nos sea más provechoso tácticamente. Tomen nota, señores: navegaremos ahora mismo hacia la bahía de Ancón y desembarcaremos en ella esta noche.

Ninguno de los jefes se atrevió a indagarle mayores detalles; sólo el general De la Cruz volvió a insistir sobre el asunto que le consultara anteriormente:

—¿Sin esperar a conocer los resultados de la conferencia de Garrido con el general Orbegoso?

Manuel Bulnes se encogió de hombros restando importancia al tema que preocupaba a su interlocutor.

—Ya le he dicho, general De la Cruz, que presiento los resultados. Repito que desembarcaremos esta noche y nos pondremos en marcha hacia el interior tan pronto nuestras tropas hayan tomado un ligero descanso y los animales se recuperen de los efectos de la navegación. Eso es todo, señores. Trasládense a sus buques y apresten a sus respectivas unidades para proceder al desembarco.

La operación se realizó rigurosamente como la había dispuesto el general Bulnes. Poco después de la medianoche tomaban tierra en Ancón los batallones «Portales» y «Carampangue», los cuales se distribuyeron con toda celeridad formando una gran guardia en torno a la playa. Enseguida desembarcaron los del «Cazadores» con su caballada y tres compañías del «Santiago». Luego lo hizo la artillería, que emplazó dos piezas livianas en la coronación de los cerros más próximos.

Tomadas estas medidas precautorias, fueron bajando a tierra las tropas restantes.

Dirigía la maniobra el general De la Cruz, quien poco antes de amanecer se acercó al comandante García y le preguntó:

—¿No ha tenido usted noticias de que haya hombres rondando esta playa?

—Sí, mi general. Mis centinelas divisaron a algunos, pero situados a respetable distancia.

—Me preocupa que no nos ataquen por sorpresa con grandes fuerzas antes que nuestro ejército esté en su totalidad en tierra.

—No lo creo posible, mi general —lo tranquilizó García—. He destacado jinetes de mi batallón hasta una legua a la redonda, y tengo coronados los cerros con fusileros. En caso de un ataque, nos enteraremos de él como mínimo con una hora de ventaja. Pero no creo que se atrevan.

No obstante las frases alentadoras del jefe del «Portales», los comandantes de los batallones vivieron horas de suspenso hasta que despuntó la aurora y el ejército terminó de desembarcar. Igual expectación sufrió el general Bulnes, que se había quedado en la isla San Lorenzo para esperar allí los acontecimientos.

A las ocho de la mañana atracó junto a la fragata «Confederación» una nueva lancha conduciendo al mismo parlamentario que visitara al general la mañana anterior. Antes de recibirlo, Bulnes consultó su reloj y mentalmente hizo un nervioso cálculo. Si sus órdenes se habían cumplido en forma estricta, ya todo su ejército debía estar emplazado en la bahía de Ancón. En consecuencia, lo único que necesitaba era un poco más de tiempo para que sus hombres descansaran. Con este ansioso anhelo recibió al emisario del Presidente Orbegoso.

—Me imagino que el general Orbegoso habrá tenido ya conversaciones con mi enviado, el coronel Victorino Garrido, ¿no es así, coronel Castro?

El parlamentario peruano pareció poseído por el mayor asombro y negó moviendo lentamente la cabeza.

—Lo lamento, Señoría, pero no estoy enterado de que esas conversaciones se hayan llevado a cabo —repuso—. Sólo supimos que el señor Garrido bajaría a tierra.

El general Bulnes arrugó el entrecejo presintiendo un nuevo ardid de sus antagonistas. Sin embargo, decidió seguir ocultando sus cartas y continuar la entrevista, que de no haber estado necesitado de tiempo habría interrumpido de inmediato expulsando al parlamentario. En cambio, manifestó:

—El coronel Garrido se dirigió ayer a Lima con el fin de

conferenciar con el Presidente Orbegoso. En la carta que le entregué a usted mismo se lo advertí así al señor Presidente.

El emisario exageró aún más su estupor.

—¡Caramba, qué contratiempo! —exclamó—. Su Excelencia el general se encuentra en la plaza fuerte del Callao. Allí le entregué la carta de usted.

—¡Ah, qué mala suerte! —se limitó a lamentar Manuel Bulnes.

—Pero de seguro su emisario será instruido en Lima del sitio en que se encuentra el Presidente —aclaró el coronel Castro—, y esta mañana será conducido al Callao.

—Bien, ¿qué le vamos a hacer? —dijo calmosamente Bulnes—. Quizás su misión podría haberse evitado si el coronel Garrido hubiese encontrado al general Orbegoso ayer.

—Quizás… —admitió el parlamentario—. Aunque es posible que no, porque mi nueva visita tiene por objeto entregar a usted esta misiva del Presidente Orbegoso. Sírvase, general.

Manuel Bulnes recibió la carta de manos del comisionado y, sin el menor apresuramiento, se dedicó a leerla. Esta decía:

Lima, agosto 7 de 1838.

Muy señor mío, de mi mayor aprecio:

Contesto su estimada carta de hoy, diciéndole que he recibido la que se sirve usted remitirme del Excelentísimo señor Presidente de Chile en que me trata de una anterior, que no ha llegado a mis manos. El señor Garrido aún no ha venido y como usted se sirve decirme que va a verificar su desembarco en Ancón, he creído de mi deber manifestarle que la circunspección con que estoy obligado a mirar este delicado asunto no me permite darle mi consentimiento, mientras, por los resultados de la entrevista con el señor Garrido, no se arreglen los términos. Agradezco mucho la enhorabuena de usted por los acontecimientos que últimamente han tenido lugar. Y siéndome muy grata esta ocasión para ofrecerme de usted, me suscribo su atento S. S., que besa sus manos.

LUIS JOSÉ ORBEGOSO.

Cuando el general Bulnes terminó de leer y depositó la carta sobre su escritorio, alcanzó a ver la expresión burlona con que lo espiaba el parlamentario, quien comentó con acento untuoso:

—Como usted bien comprenderá, señor general, el proyectado desembarco en Ancón no puede realizarse, sin correr el riesgo de trizar la buena armonía que debe…

Unos golpes presurosos en la puerta de la cámara interrumpieron su comentario. El general Bulnes, presintiendo que le traían noticias de su ejército, se apresuró a abrir la puerta e interrogar de inmediato a su ayudante de órdenes, que era quien se presentaba.

—Mi general, la «Janequeo» acaba de regresar —le informó escuetamente el oficial.

—Gracias. Diga usted al jefe de la guarnición de ella que trasborde de inmediato a este buque.

Aun cuando el breve diálogo había sido sostenido a media voz, el parlamentario pudo captarlo por entero y su rostro reflejaba una mal disimulada desconfianza.

—Coronel Castro —le dijo Bulnes, regresando junto a él—, le ruego que me permita retenerlo unos minutos más. De ciertos informes que deben traerme en el buque que me acaban de anunciar depende la respuesta que usted llevará a su Presidente.

—Perfectamente, señor general; aguardaré —le respondió el militar peruano con acrecentado recelo. Y se sentó a esperar en una silla que le indicó Bulnes.

La retención que le imponía el jefe chileno no fue larga. La «Janequeo» había fondeado muy próxima a la «Confederación» y fue su propio comandante, el capitán Banyon, quien trasbordó y se hizo presente en la cámara del jefe de la expedición.

—Buenos días, capitán —lo saludó Bulnes, y volviéndose al parlamentario le expresó—: La información que me trae el capitán Banyon servirá de respuesta a la nota del Presidente Orbegoso. Capitán, sírvase decirme qué noticias me trae.

Banyon, con la gorra bajo el brazo y cuadrado rígidamente, le respondió con frases exactas:

—El desembarco en Ancón se completó con absoluta fortuna esta madrugada a las siete, mi general.

El parlamentario se puso de pie con brusquedad y dejó escapar

con rabioso estupor:

—¿Es posible?… ¿Se procedió a desembarcar el ejército chileno sin la autorización de nuestro Gobierno?

El general Bulnes lo ignoró por completo y prosiguió interrogando a Banyon, impertérrito:

—¿Está todo el ejército en tierra, capitán?

—Hasta el último hombre, mi general. Y ya los batallones se han emplazado en los caminos y avenidas que conducen a Lima.

Claramente se advirtió el alivio que experimentaba el jefe chileno al escuchar el informe. Sus músculos se distendieron y se volvió con expresión serena hacia el parlamentario, que en forma contraria manifestaba una intensa alteración.

—General Bulnes, usted comprende cuáles pueden ser las consecuencias de este hecho, ¿verdad? —le recriminó—. El desembarco debe entenderse como una invasión armada del territorio peruano.

—Coronel Castro —le advirtió, inmutable, el general—, sírvase usted advertir al Presidente Orbegoso que no es mi propósito que se interprete de esa manera mi determinación. Transmítale que me he visto obligado a desembarcar a mi gente, porque no podía mantenerla más tiempo a bordo de los buques, exponiéndola a enfermedades y perjuicios. Ahora está en tierra, pero en son de paz con los peruanos. En estos mismos términos lo hará saber también el coronel Garrido al Presidente Orbegoso, agregándole que todo lo que puedo y debo hacer con el Gobierno de Su Excelencia es combinar el modo de llevar a cabo la independencia del Perú, que él proclama y yo defiendo, no por arrogarme la custodia y defensa del pueblo peruano, sino por poner a cubierto la seguridad de Chile.

Pero las serenas expresiones del general Bulnes no convencían al parlamentario, quien, en su exasperación, delataba una autoridad muy superior que la de un simple emisario.

—General, esta precipitación con que usted ha llevado las cosas puede traer consecuencias imprevisibles —le expresó con voz ronca —. Nuestro general Domingo Nieto se encuentra en estas horas acampado en Chacra de Cerro, al lado de Ancón, en el camino a Lima, y cuenta con un numeroso ejército. Si sus tropas avanzan un paso hacia la capital…

No quiso o no se atrevió a terminar su argumentación. La

mirada durísima del general Bulnes lo desarmó.

—Coronel Castro, ¿no estima usted que sobrepasa sus funciones al amenazarme? —le replicó, recalcando enfáticamente cada palabra. Pero hizo una pausa y controló su ímpetu—. Por lo demás, puede usted estar tranquilo; mis tropas no avanzarán sobre Lima sin antes haber agotado los medios de avenimiento. Nosotros buscamos la alianza del Ejército peruano para aplastar al general Santa Cruz. Ahora, con mis fuerzas en tierra, enviaré nuevos emisarios para que se entrevisten con el general Orbegoso y discutan lo conveniente. Eso es todo, coronel. Hemos terminado.

El emisario tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para guardar la compostura y limitarse a la calidad en que se había presentado, la de un simple parlamentario.

—Transmitiré textualmente sus opiniones al Presidente Orbegoso —le dijo, pero agregó sin poder dominar del todo su disgusto—: Ojalá los hechos no culminen de un modo violento. Buenos días, señor general.

Manuel Bulnes se despidió con una leve inclinación y, apenas el militar peruano abandonó la cámara, se dirigió nerviosamente al capitán Banyon:

—Tan pronto baje el coronel Castro a la lancha que lo trajo, la «Janequeo» y la «Confederación» izarán sus velas y navegarán hasta la bahía de Ancón. Debo estar lo antes posible con el ejército, para tenerlo listo a defenderse de un posible ataque o a avanzar sobre Lima, si es que no llegamos a un acuerdo con el Gobierno del general Orbegoso.

Tres días enervantes tuvo que soportar el ejército expedicionario en la inhospitalaria playa de Ancón. No había allí pasto para los caballos ni víveres para los soldados; el agua corría por dos esterillos barrosos y pestilentes. Pero, cuando menos, la libertad de movimiento en tierra firme permitía a los soldados recuperarse del embotamiento que les produjera la prolongada navegación.

Entretanto, el general Bulnes, obediente a su plan, enviaba emisarios a las líneas peruanas con la misión de lograr un avenimiento con las autoridades de Lima y una alianza contra Santa Cruz. Antes que regresara Garrido, salió el general Castilla a entrevistarse con el general Nieto en sus posiciones sobre el camino a Lima. Volvieron ambos con la decepcionante certeza de que sólo

existía hostilidad hacia el ejército chileno. El general Nieto manifestó, en esa ocasión, que se mantendría exactamente a la misma distancia de las fuerzas de Santa Cruz que las de Bulnes. Este último, que no podía estacionar por más tiempo a sus soldados en la insalubre playa de Ancón, insistió, enviando de nuevo al general Castilla, acompañado ahora por el coronel Plasencia, ante el general Nieto, por sobre cuyas tropas tenía necesariamente que pasar su ejército para salir de su insoportable campamento; pero el jefe peruano se obstinó en su actitud de absoluta neutralidad. No obstante, en forma solapada, ordenó que agentes suyos cegaran los esteros que surtían de agua a los chilenos. Fue una medida contraproducente y propia de las escasas luces del general Nieto, ya que ella obligaba perentoriamente a Bulnes a adelantar su ejército en busca de agua.

Esta maniobra se practicó el 8 de agosto y los chilenos avanzaron hasta el valle de Copacabana, donde encontraron agua y forraje, pero posición que los colocaba a muy escasa distancia de las fuerzas de Nieto. Los comandantes y la oficialidad joven hubieran querido proseguir la marcha y abrirse paso de una vez, despreciando los tratos diplomáticos, pero el General en Jefe se esforzaba todavía por evitar el rompimiento de las hostilidades. Sin embargo, al cabo de dos días, nuevos hechos hicieron más difícil la situación de los expedicionarios. Numerosos indios del valle, aparentemente inofensivos, penetraron en el campamento de Copacabana con canastos llenos de frutas que comenzaron a vender a los soldados. Éstos, sedientos y a medio rancho, se apresuraron a comprarles su mercancía. Pero, apenas se habían retirado los indios, aquellos imprudentes que habían comido las frutas cayeron al suelo presas de atroces dolores al vientre. Pronto el hospital de campaña recibió a más de diez hombres enfermos de envenenamiento y disentería.

El comandante García, que tuvo cuatro bajas en sus filas, estaba resuelto a mandar a un destacamento para dar muerte a todos los indios que descubrieran en los alrededores, pero el general se lo prohibió. Habría sido, según él, la chispa necesaria para encender una batalla con los dos mil seiscientos soldados que tenía Nieto en su alta posición de Chacra de Cerro. Y siguió prohibiendo a sus hombres tomar represalias, aunque manos invisibles incendiaron los

potreros que rodeaban al campamento, provocando una estampida de numerosos caballos, la que difícilmente pudo ser controlada.

Nadie acertaba a explicarse qué esperaba el General en Jefe. Su impasibilidad fue sometida a pruebas tan duras como la de introducir de modo subrepticio cadáveres putrefactos, muertos de viruela, fiebre amarilla y otras plagas, dentro de las líneas chilenas; cadáveres a los cuales se acribillaba previamente a bayonetazos para dar la impresión de que habían sido asesinados por los expedicionarios.

—¡Qué procedimiento tan sucio! —reprobó Bulnes, cuando el coronel Wood hizo arrastrar hasta su presencia a cuatro de esos cuerpos—. Se me hace imposible creer que militares civilizados caigan en estas villanías.

—Esos mismos escrúpulos fueron los que perdieron al almirante Blanco Encalada —le recordó Wood—. Y por no decidirse a creer lo que sus ojos veían, permitió que se burlaran de él.

—No imagine usted que voy a consentirlo —protestó Bulnes—. Estoy violentando mi carácter para evitar el estallido de una guerra contra los peruanos. Pero no voy a soportar mucho más. Me he fijado un plazo. Estamos a 11 de agosto. Aguantaré hasta el 14. Si en esa fecha no he conseguido convencer a Orbegoso de que vengo en plan de aliado, daré la orden de pasar sobre el ejército de Nieto y apoderarnos de Lima. Ni un día más, coronel.

Pero aun cuando su resolución estaba tomada, realizó un nuevo intento de acuerdo con las autoridades limeñas, enviando una nota al coronel Porras, jefe del Estado Mayor del Ejército del Estado Nor-Perú, en la que le reiteraba que su misión no era la de entablar una guerra con los peruanos, sino la de abatir al dictador Santa Cruz, para beneficio del Perú y seguridad de Chile.

La respuesta del coronel Porras fue de una altivez digna de encomio, mirada desde el punto de vista peruano, pero incomprensible si se consideraba que el Estado Nor-Perú acababa de proclamar su independencia de Santa Cruz; y temeraria, por ser dirigida al jefe de una fuerza superior a cinco mil soldados. Ella expresaba en su párrafo principal:

«Grábese Vuestra Señoría claramente estas condiciones. Primero,

que la retirada y reembarco del ejército de su mando sobre la villa de Chancay será la condición indispensable de todo pacto posterior, y, segundo, que una vez retirado el ejército, podrá permanecer seis días en aquel cantón, donde el Gobierno cuidará de suministrarle todos los refrescos que necesite, en el caso de que V. S. continúe, como es de esperar, manifestándonos las disposiciones amistosas y benévolas que ha protestado hasta aquí».

La altiva nota del coronel Porras colmó la paciencia de Manuel Bulnes. Exigirle el retiro de sus tropas a Chancay encerraba la intención oculta de que fueran exterminadas por la malaria imperante en ese lugar, en donde todo el mundo sabía que era una plaga endémica. Pero como aún le quedaba un día dentro del plazo que se había fijado, envió a los coroneles Garrido y Godoy con la misión de conferenciar con el general Nieto para expresarle francamente que se le acababa la paciencia y que le daba una última oportunidad de avenimiento; de lo contrario, avanzaría de inmediato sobre Lima.

Esa noche esperaba en tensión el regreso de sus emisarios, cuando los centinelas trajeron a su presencia a un hombre que se había acercado a las líneas jinete sobre un burro. Era el coronel Sutcliffe que, al igual que Wood, cumplía misiones secretas en el campo enemigo.

—¿Qué noticias me trae, coronel? —le inquirió ansiosamente Bulnes, cuando lo tuvo dentro de su tienda de campaña.

—Una de tal magnitud, mi general, que le impondrá caer enseguida sobre las fuerzas de Nieto.

—¿Por qué esa urgencia, coronel?

—Porque ese general lo está engañando en la forma más ruin —le espetó Sutcliffe con acento rotundo—. Mientras usted pierde el tiempo en conferencias tendientes a conseguir un arreglo pacífico, él ha echado por la borda todo escrúpulo, traiciona los propósitos que manifestó al independizar al Perú de Santa Cruz y acaba de acordar un pacto de alianza defensiva con los jefes militares bolivianos. Prefiere volver a someterse a Santa Cruz antes que celebrar pacto alguno con los chilenos.

—No puede ser —protestó Bulnes, en el colmo de la incredulidad—. Tiene que estar usted equivocado.

Pero no lo estaba. Sutcliffe había logrado granjearse la amistad

de uno de los ayudantes del general Nieto y, aprovechando una noche en que se celebraba una Junta de Guerra, se introdujo en la casa que ocupaba dicho general en Chacra de Cerro. Allí encontró la confirmación de lo que se comentaba en las líneas peruanas. Era el borrador de un pacto celebrado entre el general Nieto y el señor Casimiro Olañeta, Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia. En el mentado pacto se ponía a disposición de Nieto las tropas bolivianas acantonadas en Jauja y Tarma y se consideraban también planes de defensa conjunta en contra del ejército chileno. Sutcliffe había copiado rápidamente las cláusulas esenciales y se las dio la leer a su superior. Decían:

«1.º Habrá un armisticio entre las armas de la Confederación y las que manda el señor general Nieto por todo el tiempo que sea necesario para reunir un congreso en el norte y otro en el sur del Perú, que expresen libre y espontáneamente la voluntad nacional.

»2.º Si en ese tiempo invadiese el norte la expedición chilena, irá en su auxilio una división de dos a tres mil hombres a las órdenes del general Morán, mientras dure la guerra, que terminada regresarán a sus cantones…».

El resto se refería a una posible cesión de los territorios de Tacna y Arica a Bolivia, como compensación por su ayuda militar. Y la última cláusula establecía que el general Orbegoso sería privado del gobierno del Estado
Nor-Perú,
el que pasaría a manos del general Nieto.

—Es el precio de la traición —comentó Bulnes con repugnancia.

—Prescinda usted de los juicios, mi general —le recomendó Sutcliffe— y aboqúese a considerar que las tropas bolivianas del general Moran están en Tarma y Jauja, en la cuenca del Oroya, sobre Lima, en la sierra y a pocas jornadas de la capital. Unidas esas fuerzas a las de Nieto y a las de Vidal, que deben de estar por llegar de Pativilca, sumarán más de seis mil hombres.

Había sonado la hora culminante y Bulnes lo comprendió con alarma. Sólo la prisa con que actuara podía salvarlo de quedar encerrado en la misma trampa que lo fue el almirante Blanco Encalada. Por ello fue que recibió casi de mal modo a los coroneles Garrido y Godoy, que regresaron a medianoche del campo peruano, para informarle que la conferencia con Nieto se había diluido en

vaguedades y que estaban citados para una nueva entrevista al día siguiente.

—¡No habrá tal entrevista! ¡Basta ya! —estalló Bulnes—. Aquí terminan las gestiones amistosas. Mañana nuestro ejército avanzará sobre Lima. Pueden ustedes tomarse unas horas de reposo. Se tocará diana a las cinco y nuestras fuerzas totales se pondrán en marcha a las seis.

A la hora prevista, el Ejército Restaurador estaba formado en el valle de Copacabana dispuesto a emprender el camino hacia Lima. El general Bulnes lo revistaba en compañía de sus ayudantes, cuando del fondo del sendero que conducía hacia Chacra de Cerro se vio aparecer una patrulla de jinetes que portaba una bandera blanca y otra del Perú. Escoltada por los centinelas del «Cazadores», se acercó hasta el lugar donde la esperaba el general Bulnes. El oficial que la comandaba, provisto de los distintivos del Estado Mayor, descabalgó a poca distancia y saludó con marcial cortesía al jefe chileno.

—Soy el sargento mayor Noriega, del Estado Mayor del Generalísimo señor Luis José Orbegoso, y vengo ante Vuestra Señoría en calidad de emisario del señor coronel Porras, jefe del mencionado Estado Mayor del Ejército del Norte —se presentó.

—¿Cuál es su misión, mayor Noriega? —le consultó con cierta impaciencia Bulnes.

—Notificar a Vuestra Señoría, en nombre de Su Excelencia, el señor general Orbegoso, que las condiciones de paz propuestas por vuestros parlamentarios son inadmisibles, por onerosas y humillantes para el Perú; y que ellas mismas, así como el desembarco realizado por el ejército chileno, constituyen un ataque a la soberanía de nuestra nación. Por tanto, en su carácter de Presidente Provisional del Estado
Nor-Perú,
el Generalísimo señor Orbegoso declara que quedan rotas las hostilidades entre el Ejército peruano y el de Chile.

La proclamación del estado de guerra, pronunciada en forma tan solemne y atrevida, dejó estupefactos durante unos instantes a todos los jefes y tropas que estaban en situación de oírla, y todas sus miradas convergieron sobre la figura del general Bulnes. Éste permanecía inmutable, sin que su rostro reflejara impresión alguna.

Y cuando respondió al reto, su voz conservaba la serenidad, igual que si discurriera sobre un asunto ya previsto:

—Mayor Noriega, responda usted al señor Presidente Orbegoso que, habiendo agotado el general que habla todos los medios para llegar a un arreglo pacífico, que permitiera al Ejército de Chile ayudar al del Perú a romper la tiranía y dominación del mariscal Santa Cruz, y siendo indispensable para el Gobierno de mi país destruir el poder de la Confederación, a fin de salvaguardar su propia integridad territorial, se acepta la ruptura de las hostilidades. Y advierta usted también al señor Presidente Orbegoso que el Ejército chileno no se retirará de territorio peruano hasta haber derrotado a las fuerzas bolivianas y hasta haber asentado en el Perú a un Gobierno afecto al de Chile. Y para conseguir este objetivo, combatirá hasta obtener la victoria o ser derrotado completamente. Caiga sobre el señor Orbegoso la responsabilidad de la sangre que se vierta en tierras de su nación. Eso es todo, señor mayor.

El parlamentario volvió a inclinarse con extremada cortesía y montó en su caballo.

—Transmitiré a Su Excelencia vuestra declaración en forma textual, Señoría —dijo—. Y ahora pido permiso para retirarme.

—Puede usted hacerlo. Uno de mis ayudantes y un pelotón de cazadores lo escoltarán hasta más allá de nuestras líneas —lo autorizó Bulnes, pero volviéndose a las tropas más próximas, les indicó en voz alta—: Este señor parlamentario ha de ser el último de nuestros recién declarados enemigos que cruce nuestras líneas impunemente. Puede retirarse, mayor.

—Con su venia, señor general.

El general y sus jefes inmediatos dejaron escapar un suspiro de satisfacción. Por fin iba a cesar aquel juego que los mantenía tensos. Ya no habría más conferencias, esperas, irresoluciones. Ahora se trataba ya de la guerra declarada, definitiva. La situación se aclaraba. Los hombres tendrían que pensar y vivir como guerreros; avanzar, esquivar a la muerte y apoderarse de las posiciones enemigas, por la astucia o por la fuerza.

Aquel 15 de agosto el Ejército Restaurador se puso en marcha distribuido ya en despliegue de batalla por el camino del valle de Copacabana. Pero la dilación lograda por los peruanos mediante conferencias y parlamentos había permitido que los batallones del

general Vidal se unieran a los de Nieto sobre un alto paredón de monte, bajo el cual debían pasar los expedicionarios. Mas el general Bulnes, prevenido por sus batidores, apreció prestamente el peligro y, flanqueando la posición por la derecha, desvió a sus tropas hacia la hacienda de Collico, donde les concedió un breve descanso.

Los generales Nieto y Vidal, viéndose burlados y advirtiendo que los chilenos se escurrían en dirección a Lima, hicieron retrogradar velozmente a su infantería y la situaron, junto con algunas piezas de artillería, en las inexpugnables alturas de Aznapuquio, frente a las cuales se estrechaba el valle, permitiéndoles cerrar de nuevo el paso hacia la capital.

Bulnes midió el campo de una ojeada y estuvo a punto de detener su avance, pero la vergüenza de arredrarse ante el primer obstáculo lo impelió a intentar una estratagema temeraria, que podía ser suicida para su ejército. No obstante, como en su larga vida de guerrero se había visto forzado a usar de ardides tan riesgosos como el que ideaba en ese momento, se resolvió a ponerlo en práctica, costase lo que costare. Sin interrumpir la marcha de la tropa, fue reteniendo a su lado a los comandantes de los batallones y escuadrones de la primera línea y se lo participó.

—El general Nieto quiere provocarnos a un ataque frontal de sus posiciones —les dijo—, lo que sería desastroso para nosotros. Ya una vez el general José de San Martín, en la guerra de la Independencia, ocupó las alturas de Aznapuquio y demostró que son imbatibles. Conociendo este antecedente, sería de incautos darle en el gusto, ¿no les parece, comandantes? —Como sus subalternos aprobaran, atentos a sus conclusiones, prosiguió—: No obstante, este valle es el único por donde podemos pasar a Lima y es tan estrecho que, en todo momento, nuestros hombres estarán al alcance del brazo de sus cañones y fusiles.

—Pues, entonces, ¿cómo vamos a proceder, mi general? —quiso saber el comandante Sessé.

—Vamos a intentar una táctica aparentemente absurda —explicó el superior, meditabundo—. No sé por qué, tal vez por instinto, he pensado que los peruanos no se decidirán a ser ellos los que disparen los primeros tiros. Saben que no veníamos a hacer la guerra contra ellos y no querrán ser quienes la desencadenen. En esa presunción se basa mi plan. Escuchen, señores, y si tienen

reparos háganlos ahora, mientras sea tiempo, porque…, porque mi proyecto es enfilar nuestro ejército directamente contra Aznapuquio, como si fuéramos a dar un ataque de frente. Ellos, sin duda, se aprestarán para fusilarnos cuando estemos a la mínima distancia. Pero si todo ocurre como pienso, no serán los que lancen el primer disparo. Eso nos permitirá acercarnos hasta unas cinco cuadras del farellón. Allí el valle hace un quiebro hacia la derecha y vuelve a abrirse convirtiéndose en una llanada. Mi plan es llegar hasta ese ángulo, a cinco cuadras de sus primeras líneas, y allí ordenar la conversión a la derecha para retomar el camino a Lima.

—¡Eso es endiabladamente temerario, mi general! —le previno el jefe del «Colchagua»—. Un ejército que presenta su flanco a un enemigo parapetado puede darse por perdido. Mediante una sola carga resuelta nos parten en dos y difícilmente salvará alguno de nosotros.

—Pero ¿se atreverán a dar esa carga? —observó Bulnes—. Yo creo que no. Y si mi presunción se confirma, haremos frente a ellos sin que nos toquen un pelo.

—¡Hum! —gruñó Manuel García, rascándose la pelambrera por un costado del quepis—. Un solo tiro bastará para desencadenar el baleo más espantoso, mi general.

—De acuerdo. Por eso, nuestros hombres recibirán la orden más terminante de no disparar hasta que nos sea imposible evitar defendernos. Pero antes de eso, nadie se dejará arrastrar por la tentación de apretar el gatillo, mientras estemos pasando frente a ellos y mirándoles las caras.

Los comandantes no estaban convencidos de que la argucia surtiera efecto; no concebían que los soldados adversarios, profesionales como ellos, tuvieran la blandura de dejarlos pasar, o que la estupefacción los paralizara. Pero no había tiempo para discutir el asunto y no se veía otra salida decorosa. Bulnes resumió entonces el debate en una orden:

—Avanzaremos de frente hasta cinco cuadras de la primera línea establecida en Aznapuquio. Allí, a un toque de corneta, los batallones girarán hacia la derecha y flanquearán la posición enemiga sin disparar un tiro. Si ellos cargan, el ejército entero se protegerá formando el cuadro y soportará la carga hasta cuando pueda. En caso desesperado, romperá el cuadro y cada unidad,

actuando independientemente, se lanzará al ataque de la posición de Aznapuquio.

—Pueden eliminarnos a todos de un golpe, mi general, y terminar la guerra —le advirtió Manuel García.

—Pueden hacerlo. Lo comprendo —admitió Bulnes—. Pero debemos intentar nuestro plan. Comandantes, vuelvan frente a sus batallones y cumplan mis órdenes al pie de la letra.

—¡A su orden, mi general!

El comandante García estaba tranquilo cuando asumió su puesto adelantado unos treinta pasos a las nueve filas en que marchaban desplegadas las diversas compañías de su batallón, las que formaban una masa ordenadamente dispersa de una cuadra de ancho y unas cien varas de profundidad. A la izquierda del suyo marchaba el «Carampangue», desplegado en igual forma, y el comandante Valenzuela parecía también tranquilo. Pero ambos jefes se conocían demasiado como para ignorar qué sentían en sus fueros íntimos.

Con un leve ademán de sus dos brazos, el comandante del «Portales» llamó a sus capitanes de compañías y éstos se colocaron a sus costados sin aminorar la marcha. En breves frases les participó el audaz plan y concluyó con severidad:

—Comprendan que va a ser lo mismo que ir marchando sobre un volcán que puede hacer erupción en cualquier momento, pero eso no significa que vamos a cruzar esa faja de terreno corriendo como conejos asustados. Todo lo contrario. Marcharemos con paso sereno y firme, como si no diéramos la menor importancia a los enemigos, pero sin hacer el menor ademán que pueda alarmarlos; nada de desenvainar sables ni de apuntar con los fusiles hacia el frente. Pausadamente, ahora reduzcan la separación entre hombre y hombre, para que el batallón pueda formar el cuadro en pocos segundos, en caso necesario. Vuelvan a sus puestos y graben en las cabezotas de los soldados que ninguno, aunque le saquen la madre desde la línea enemiga, tiene derecho a disparar un tiro, ni siquiera a hacer un mal gesto, antes que lo haga yo. ¿Comprendido?

Los capitanes de compañías volvieron junto a sus soldados y minutos después, de modo casi imperceptible, la masa del batallón se encogió, haciéndose más compacta. Al mismo tiempo, la distancia a las alturas de Aznapuquio se acortaba, se acortaba en

forma notoria. Cuando las avanzadas chilenas estaban ya a unas siete cuadras, los ojos avezados de los comandantes y de los exploradores que llevaban a sus costados podían observar perfectamente cómo empezaba a producirse la nerviosidad en el campo enemigo. Los oficiales corrían por detrás de las líneas, parapetadas en zanjas y riscos, dando órdenes, y se iban agregando cañones de fusiles a la prolongada ristra que asomaba a ras del perfil montañoso.

—Dentro de unos minutos vamos a estar bajo el alcance de sus fusiles —comentó en sordina García al sargento Tránsito Moscoso, que llevaba como su batidor.

—Y ellos también van a estar bajo el brazo de los nuestros, mi comandante —le observó el gigante, sonriendo con ferocidad.

—Si se le ocurre disparar, sargento, lo descabezo de un sablazo —le aseguró García, especialmente preocupado por la irreflexiva impetuosidad de sus hombres, cuyos rostros veía tensos, gozosos, podría decir, cada vez que volteaba la cabeza.

—Vamos entonces hasta allá mesmo, mi comandante, y los carneamos a tajos, pa no hacer ruido —le sugirió Moscoso.

García se despreocupó de su batidor, disgustado al ver con el rabillo del ojo izquierdo cómo el «Carampangue» se les iba adelantando.

—¡Más vivo el paso! —ordenó sin alzar mucho la voz—. ¡Que esos carajos del «Carampangue» no lleguen antes que nosotros! ¡Más vivo el paso, silencio y atentos al toque de «conversión»!

Los millares de calamorros golpeaban rítmicamente sobre la tierra pastosa, sin levantar polvo que impidiera la visión. El avance del ejército era nítido en aquella mañana de cielo azul y sol radiante. Pero del mismo modo se veían crecer de tamaño las alturas de Aznapuquio frente a él, y arriba, en el filo sinuoso del monte, un friso de fusiles, a una vara uno del otro, como una ristra de alfileres de cabezas negras.

—Ya estamos casi debajo de ellos, mi comandante —le susurró el capitán Guarda, arrimándose a un estribo de García—. Si seguimos avanzando nos van a barrer a balazos.

El jefe del batallón no respondió, pero sentía encogidos los dedos de los pies dentro de las botas y las piernas se le habían endurecido como varas de luma. Tenía las pupilas fijas hacia el

frente, pero los oídos tendidos hacia atrás en espera del toque de corneta ordenando la conversión. Mas no sonaba: «¡Por la condenación de mi alma! —pensaba—, ¿acaso se han muerto todos los cornetas?».

En ese instante asomaron solapadamente sobre el lomo de Aznapuquio las bocas de dos, tres, cuatro cañones, y todas se enfocaron sobre el «Carampangue» y el «Portales». Los soldados sentían que les chirriaban los nervios como millares de grillos, pero no alteraban el ritmo monocorde de sus pasos y su insoportable tensión era delatada sólo por la desorbitación de sus ojos. Estaban ya a cinco cuadras…, a menos de cinco cuadras. Bastaba un estornudo para que reventara la balacera. Y esa maldita corneta que no sonaba. Habían avanzado unas cuarenta varas más y ya las manos de los soldados crujían sobre los cubregatillos de sus fusiles, cuando, suave, casi dulcemente, para no trizar la atmósfera, se oyó atrás, en la segunda división, el toque de la corneta, de una sola. Era la orden de conversión.

El comandante sintió que se desinflaba, que el cuerpo se le ablandaba sobre la montura. Sin hacer un ademán, controlando al máximo la voz, expresó la orden:

—¡Batallón «Portales», atención! ¡Manteniendo el despliegue, conversión a la derecha…, maaar!

El ala derecha acortó sus pasos y el ala izquierda alargó los suyos girando en forma impecable sobre el eje central. Fue una maniobra digna de una presentación en el Campo de Marte de Santiago. Pero los soldados, desde aquel momento, parecieron bizcos, tenían clavadas las pupilas en las comisuras de los párpados, espiando a las alturas de Aznapuquio sin volver las cabezas ni una pulgada. En esos instantes interminables, el batallón ofrecía su angosto flanco, indefenso, a las bocas de fuego enemigas; y al cambiar de posición, el «Carampangue» había quedado distanciado en casi doscientas varas.

—Si no disparan ahora y nos avientan como a pajas de trigo, quiere decir que no tienen la menor idea de lo que es la guerra —comentó el capitán Guarda a su comandante, en un susurro nervioso.

—¡Silencio! —lo acalló García—. Ahora empieza lo grave. Me imagino con qué caras nos estarán observando los jefes peruanos.

Esperaban que los atacáramos y, de repente, giramos y comenzamos a escurrirnos por un flanco.

—Deben de estar con la boca abierta, totalmente desconcertados. O quizás piensen que nos entró miedo, mi comandante.

—Sea como fuere, a callar —dijo el comandante, y repitió para los más cercanos—: ¡Silencio todos! Y ya saben: pena de muerte para el que dispare antes que yo. ¡Firme el paso! ¡A desfilar como si no estuviéramos pasando como patos delante de los fusiles enemigos! ¡Adelante el batallón! ¡Sin apresurarse! ¡Er, dos!…

La temeraria maniobra del ejército chileno sorprendió de tal manera a los defensores de Aznapuquio que nadie pensó en dar la orden de fuego. Sus jefes declararon más tarde que «no entendieron tales movimientos ni la táctica nueva que traían los miserables chilenos». Paralizados por la estupefacción, contemplaron a los batallones hacer una conversión frente a sus parapetos y deslizarse por el costado derecho del valle. Cuando volvieron a pensar en sus armas, en sus cañones y en su caballería, el Ejército Restaurador había salido ya de la angosta faja de terreno y se alejaba rápidamente hacia el oeste, en dirección al pueblo El Naranjal.

—¡Ya pasamos, muchachos! —bufó aliviado el comandante García—. Hicimos lesos a los enemigos. Pueden marchar tranquilos y fumarse un puchito si quieren. ¡Batallón, marcha de camino y viva Chile!

Todo el resto del día avanzaron las tropas, sin descanso, y al crepúsculo avistaban el caserío de la hacienda El Naranjal. Fue entonces, cuando ya el ejército completo estaba acampado allí, que los sorprendió el ruido lejano de un nutrido cañoneo que sonaba por el lado de la costa. Pero el cansancio era extremado y la tropa, confiada en sus exploradores, se tumbó a dormir sin hacer caso del apagado estruendo.

Al amanecer del 18 de agosto volvieron a ponerse en marcha, esta vez en dirección a la costa. Al mediodía ocupaban el pueblecito de Oquendo y al atardecer pisaban la playa de Bocanegra, en la desembocadura del río Rímac. Frente a ella, en el mar inmediato, se veían voltejeando dos buques con banderas chilenas. Pertenecían a la escuadra que bloqueaba el Callao. Mientras los batallones caminaban orillando la playa, dos lanchas se desprendieron de los

costados de los buques y arribaron a tierra. El general Bulnes delegó el mando del ejército en el general De la Cruz, para que lo hicieran cruzar el río y proseguir hacia el sur, y se reunió con el capitán Simpson, que bajara a tierra con otros marinos.

—El contraalmirante García del Postigo estaba nervioso por la suerte que podían haber corrido ustedes, mi general —dijo Simpson al General en Jefe—. Se alegrará cuando sepa que lograron llegar a este punto.

—Vamos rápido hacia La Legua, capitán —le informó Bulnes—. Allí acamparemos, lo que nos pondrá en situación de cortar todo contacto entre las tropas de Lima y las del Callao.

—Podrían ustedes tomarse el Callao ahora mismo, mi general. Ayer tarde nuestra escuadra cañoneó las fortalezas de ese puerto.

—¡Ah, entonces ustedes fueron los autores del concierto de cañonazos que oímos! —celebró el general.

—Fue una hermosa acción —se jactó Simpson—. Conseguimos hacer salir de la bahía a la corbeta «Socabaya» y a cuatro lanchas cañoneras. Por último, hundimos en la rada al bergantín «Congreso» y dimos a los fuertes chalacos una demostración de nuestro poderío.

—¡Magnífico! —aplaudió Bulnes—. Lleve usted mis congratulaciones al contraalmirante García y dígale que mantenga el bloqueo del Callao, pero que mantenga siempre dos buques en esta ensenada. Me dispongo a asaltar Lima y, si me encontrara en algún apremio, la única vía por donde podría sacar mis tropas del territorio peruano sería esta playa. Si el contraalmirante necesita comunicarse conmigo, esta noche estaré ya acampado en La Legua, a una hora de marcha de Lima. Hasta la vista, capitán Simpson.

—Hasta la vista, mi general, y buena suerte.

El primero en entrar en el pueblecillo La Legua fue el «Portales», cuyos batidores lo habían explorado ya y declarado desierto, antes de proseguir su exploración hacia el oeste y el norte de Lima. Era un mísero caserío de no más de treinta casuchas de bahareque, de cuyos muros de cañas se había desprendido en gran parte el barro, reseco por el sol y la camanchaca salitrosa que llegaba desde el mar, situado más allá de las dunas.

El comandante García lo examinó con ojo experto y pensó en ordenar que se prendiera fuego a las cabañas, que no ofrecían protección alguna y podían estar cuajadas de garrapatas y bichos

perjudiciales para la tropa. Pero después desechó la idea al observar que a la salida del pueblo por el oriente se abría una ancha explanada amarilla cercana a un corrida de lomas bajas, tras las cuales debía estar Lima.

—Estableceremos el campamento allá —dijo a su ayudante, señalándosela con un brazo—. Preocúpese de la instalación de las tiendas esenciales, nada más, y deje hueco para nuestros amigos del «Carampangue», que vienen detrás.

Mientras el capitán Guarda trotaba al lugar indicado llevándose a los sargentos, el comandante llamó a su lado a los jefes de compañías para inquirirles sobre el estado en que llegaban las tropas. Se encontraba en el centro del caserío recibiendo los informes, cuando sorpresivamente se oyó un tiro por el lado del oriente. Todos los jefes volvieron las cabezas y distinguieron a un jinete solitario que, recortado sobre el perfil de las colinas, agitaba en el aire su fusil y se descolgaba al galope en dirección al campamento. La guardia de cazadores que iban a tomar sus puestos de centinelas en esos instantes, convergieron rápidamente en dirección a él para interceptarle el paso, pero el hombre avanzaba gritando el nombre del comandante García, razón por la cual no le dispararon, sino que sólo le cerraron la pasada.

—¡Centinelas, déjenlo pasar! —gritó García al oírlo vociferar su nombre, y esperó tratando de identificar al jinete, cubierto con una amplia manta y un sombrero de paja de anchas alas.

Pero tuvo que esperar a que el recién llegado frenara bruscamente su caballo ante él para reconocerlo. Era el coronel Wood, vestido con viejas prendas de campesino. Venía jadeante por la excitación y el esfuerzo.

—Mi coronel Wood —lo saludó García—. Usted siempre apareciéndose como un fantasma. ¿Qué lo hace correr en esa forma?

—¡Comandante —lo urgió con ansiedad el coronel—, ordene que su batallón forme el cuadro al momento! ¡Por detrás de esas colinas viene una numerosísima montonera a caballo, con el propósito de emplazarse en este caserío antes que lo haga nuestro ejército! Y poco más atrás viene el grueso del ejército enemigo, mandado por el propio general Orbegoso.

—¿Cuántos hombres forman en esa montonera, mi coronel? —le

consultó apresuradamente García.

—No puedo precisar su número, mas calculo que son unos seiscientos. Pero ¡apúrese en preparar la defensa, comandante!

García no perdía la cachaza, como no la perdió jamás ante los malones indios. Calculaba sus posibilidades. Los montoneros eran seiscientos jinetes; él disponía de mil doscientos infantes.

—Los vamos a hacer morder el polvo —reflexionó con placer—. Siempre que usted, que tiene más grado, me autorice para romper la orden de mi general de no disparar.

—¿No disparar? ¿Está usted loco? Si no disparan ahora y a matar, en cinco minutos esa caballería ha pasado por encima de todos nosotros.

Confirmado el temor expresado por el coronel, sobre una suave abra tendida entre dos colinas asomó la masa ruidosa de una densa caballería de montoneros, que apenas divisó al «Portales» comenzó a disparar sin control sobre la carrera.

—¡Batallón, formar el cuadro, carrera, maar! —gritó con voz estentórea el comandante García, y plantó a saltos su caballo en el centro de la planicie, para servir de punto de referencia. Los soldados, que automáticamente se aproximaban a su jefe al ver surgir a los jinetes enemigos, fueron compactándose a la carrera en sus compañías y tomando la colocación que García les indicaba a gritos, con la certeza de su larga experiencia en ese tipo de escaramuzas:

—¡Primera compañía, vista al norte!… ¡Segunda compañía, vista al este!… ¡Tercera compañía, vista al sur!… ¡Cuarta compañía, vista al oeste!… ¡Compañía de granaderos, arrodillada delante de la primera!… ¡Compañía de cazadores, arrodillada delante de la segunda!

Los pelotones de soldados iban tomando sus posiciones con precisión geométrica, denotando las bondades de la rigurosa escuela que les impusiera el comandante García. En un par de minutos el batallón formaba un cuadrado impecable, con un ángulo de doble hilera proyectado justamente hacia el camino por donde se abalanzaba la montonera. Los oficiales y sargentos, colocados dentro del cuadro, corrían por detrás de sus compañías dando las últimas órdenes. Cuando los fusiles estuvieron apuntados y las bayonetas caladas, el «Portales» ofrecía un espectáculo feroz, como

un quirquincho con las púas erizadas.

—Esta será la primera batalla de verdad, comandante —expresó Wood, revisando la baqueta de su fusil—. El general Orbegoso, burlado en Aznapuquio, replegó a todo el ejército sobre Lima y lo apostó en las Portadas del Callao y de Guías, como se llaman las entradas a la ciudad que se abren a este lado. Y su tropa está rabiosa por combatir.

—Pues, se les dará en el gusto, mi coronel.

Ya no pudieron seguir hablando. La montonera llegaba a la planicie como una ola avasalladora disparando sin cesar.

—¡Batallón, no desperdiciar balas! —tronó el veterano comandante—. ¡Nadie dispara hasta que estén a doscientas varas! ¡Firme el pulso y nada de precipitaciones; cárguese cada uno a un enemigo por tiro! ¡Atención ahora!… —Hizo una pausa y extendió su pistola por sobre las cabezas de sus hombres, apuntando con frialdad al jinete más avanzado. De súbito, gritó, a tiempo de disparar—: ¡Fuego!… ¡Fuego a discreción!

Fue cual si el bloque compacto del «Portales» hubiera estallado como una carga de dinamita. Después, los hombres dejaron de verse por obra del humo que los envolvió permanentemente. Pero García, galopando como un indio, en redondo, por el interior del cuadro, podía comprobar cómo las filas iban disparando con calma y sangre fría. Las primeras descargas cogieron de lleno a la columna de jinetes que se les venía encima. Docenas de caballos se encabritaron, heridos en las cabezas y los pechos, y muchos, al rodar por el suelo, formaron una barrera confusa contra la cual se estrellaban las bestias que venían más atrás. Las descargas posteriores produjeron mayor efecto todavía y la turbulencia de los que caían y de los que avanzaban impedía que los montoneros contestaran a los disparos con mediano éxito. Algunos de sus jefes comprendieron que avanzar de ese modo los conducía al desastre y abrieron a los jinetes en dos alas que, desplegándose al galope tendido, pretendieron envolver a los soldados. Pero entonces fueron los flancos del cuadro chileno los que rompieron fuego y sus ráfagas de fusilería iban abatiendo jinetes igual que si estuviesen atados uno al otro con hilos invisibles. Caían en sucesión a medida que iban pasando frente a las bocas de los fusiles. Ninguno logró acercarse a menos de veinte varas. El «Portales», como una máquina

perfecta, vomitaba plomo hacia los cuatro costados, invulnerable a todo intento de penetración.

Muy pronto, el caos se produjo en la masa montonera y, aturdidos los atacantes por los relinchos de los caballos y el griterío de sus compañeros triturados por las patas del ganado enloquecido, terminaron por torcer bridas y se alejaron en desordenada fuga.

La acción no había durado más de veinte minutos y en el campo abierto al oriente del caserío quedaba una veintena de muertos, medio centenar de heridos y algunos hombres desmontados que alzaban los brazos en señal de rendición.

—¡Corneta, alto el fuego! —gritó el comandante, y el son vibrante del bronce apagó el estruendo de la fusilería. García esperó a que el viento se llevara el humo de las últimas descargas y examinó a su batallón. Estaba incólume, sin que ni un lugar vacío denotara una baja, aun cuando algunos hombres estaban heridos.

—Mayor Tocornal, desprenda su compañía y rodee a los heridos y rezagados que dejaron los enemigos —dispuso el veterano con perfecta tranquilidad, dominando el cuadro desde su caballo, que aún piafaba nervioso—. Segundo comandante Faer, deshaga el cuadro y que las compañías se formen por separado para atender a los heridos, si los hay.

—No hay ninguna baja de importancia, mi comandante —le respondió el segundo, que terminaba de dar una vuelta al galope en torno al batallón—. Unos pocos sufrieron algunos chirlos que no les impiden caminar.

—Mejor así. Deshaga el cuadro y que la tropa instale de inmediato el campamento. Podemos tener la certeza de que esos montoneros no vuelven por otra lección —rió con fuerte aspereza, a tiempo que descabalgaba y entregaba las bridas a su ordenanza.

—Comandante García —lo previno el coronel Wood, señalándole hacia las colinas del este—, le recuerdo que detrás de esa montonera venía el ejército de Lima.

—No le haga caso, mi coronel —rió jactanciosamente el veterano, y su brazo se estiraba hacia el lado opuesto indicándole sucesivas masas de soldados que se acercaban a la carrera—. Allá viene el «Carampangue» a todo lo que le dan las verijas. Ese mono feo de Valenzuela, que se cree que su batallón es el hermano mayor, vuela a socorrernos. Y más atrás asoma la caballería. Vea cómo

galopan esos cazadores y esos lanceros para llegar cuanto antes. Buenos muchachos. Sintieron los disparos y nos creen en apuros. ¡Puah, no conocen al «Portales»! —rió con salvaje orgullo—. ¡No corran tanto, niños; no corran tanto, que el «Portales» se basta para defender su pellejo!

Un coro de carcajadas brutales celebró sus vanidosas expresiones y sirvió de desahogo a esos hombres rudos, aún enardecidos por el combate. Ellos, por su parte, se sentían orgullosos de su jefe y se miraban en él como en un espejo. En la primera acción de importancia quedaba comprobado cómo el riguroso veterano había logrado cohesionar a esa masa de hombres levantiscos y sin ley que se le entregara para organizar con ellos un «batallón de castigo». García tuvo la certidumbre entonces de que lo seguirían sin una vacilación hasta donde él quisiera llevarlos.

Esa noche, cuando todo el ejército ya estuvo acampado en La Legua, el general Bulnes reunió una Junta de Guerra en las ruinas de la que fuera una pequeña capilla y ordenó al coronel Wood que repitiera sus informes ante todos los comandantes.

—Mi impresión —dijo éste— es que el general Nieto desea retirarse con las tropas peruanas hasta Jauja, donde están a la expectativa las divisiones avanzadas del Ejército de Bolivia. En tanto que el general Orbegoso, más exaltado y menos militar, prefiere quedarse en Lima y defenderla. Obediente a este pensamiento, ha apostado a todas las fuerzas de que dispone detrás de los tapiales que encierran a la capital por el costado que nosotros enfrentamos, especialmente en torno al camino que entra a ella por la llamada Portada del Callao.

—A propósito del Callao —interrumpió el general De la Cruz—, creo que éste es el momento de que realicemos un ataque sobre ese puerto y nos apoderemos de sus fortalezas y muelles. En esa forma tendríamos la retaguardia limpia y una salida al mar, si sufrimos algún contraste.

—En realidad, sería muy aconsejable —aceptó Bulnes—, pero si lo hacemos anulamos toda posibilidad de un arreglo pacífico. —Como se alzaran algunas voces argumentando que, después de lo ocurrido en la tarde, todo deseo de paz era absurdo, las acalló de modo imperativo—. ¡Comandantes, hay algo que ustedes ignoran! Cuando ustedes avanzaban hacia este caserío se me presentó el

general Francisco Vidal, jefe de la fracción peruana del norte, y me propuso agotar sus esfuerzos para conciliarnos con los jefes militares de Lima. El general Vidal me causó la impresión de ser un soldado sano y de grandes ideales; es quizás el único que comprende que para derrotar a Santa Cruz es preciso contar con nuestro ejército. Me prometió discutir con los generales Nieto y Orbegoso, para persuadirlos de no continuar luchando contra nosotros.

—¡Falsedades, mi general!… ¡Es un engaño más!… ¡Sería ingenuo confiar en él! —vociferaron varios jefes desde distintos ángulos, pero el carácter explosivo de Bulnes los redujo de inmediato al silencio.

—¡Basta, comandantes! —tronó—. Les recuerdo que soy el General en Jefe y que no soporto la indisciplina. Opinarán cuando yo los autorice ¿comprendido? —Hizo una pausa y prosiguió más calmado—: No atacaremos el Callao, porque no deseo agravar los hechos y porque no me parece conveniente dividir nuestro ejército estando frente al enemigo. En consecuencia, esperaremos a saber los resultados de la gestión del general Vidal, pero no mucho tiempo, sólo dos días. Al cabo de ese plazo, avanzaremos sobre Lima y ante sus murallas intentaremos un último avenimiento enviando un parlamentario con la postrera proposición de paz. Eso es todo. Pueden retirarse a descansar.

El grupo de jefes abandonó la capilla ordenadamente, pero el general retuvo a Carlos Wood cuando se disponía a hacerlo.

—Necesito que me dé una explicación más detallada de las posiciones que ocupan las fuerzas peruanas en los suburbios de Lima, coronel.

Wood sacó un papel en que había esbozado un plano a grandes rasgos y fue haciéndole su exposición:

—El grueso de la defensa está en torno a la Portada del Callao, que es un ancho pórtico abierto en la muralla que encierra a Lima por este lado. Los fusileros están parapetados a todo lo largo de ese muro.

—¿Frente a esa Portada, el campo está abierto?

—No, mi general. La carretera que emboca en esa Portada está encajonada entre gruesos tapiales hasta una distancia de tres cuadras, más o menos. Y, lógicamente, esos murallones están llenos

de soldados. Avanzar por allí será como meterse en un cuello de botella, mi general.

—Hum —aprobó Bulnes, contrariado—. ¿Y por qué otra parte se puede entrar en la ciudad?

—Por la Portada de Guías, que existe más al sur. Pero está también defendida. Sé que han emplazado allí al cuerpo de policía, llamado «Batallón de Serenos».

—Es de suponer que se trata de fuerzas menos poderosas…

—Naturalmente. Los jefes militares suponen que, de atacar, lo haremos por la Portada del Callao.

—¡Ahá, eso está bien! —sonrió con astucia Bulnes—. Entonces aguardaremos los dos días dichos y, si no nos llega una respuesta del general Vidal, cargaremos por la Portada de Guías. ¿Qué le parece, coronel?

Wood se encogió de hombros, omitiendo su opinión, pero en cambio dijo:

—Permítame una advertencia, mi general. Temo que en las filas de la «Columna Peruana» se nos han filtrado espías. Guarde usted en secreto su determinación hasta el momento de ponerla en práctica.

Bulnes lo contempló con el ceño fruncido, sin saber si enojarse o reír, y terminó optando por lo último:

—Gracias por el consejo, coronel. Váyase a descansar tranquilo, que no acostumbro pregonar mis planes como una damisela coqueta —y dejó escapar un ronroneo, que pretendía ser risa, pero amedrentaba—. Buenas noches, coronel.

—Buenas noches, mi general.

El plazo se respetó religiosamente, aunque la tropa no lograra comprender su motivación. E incluso, al terminar las cuarenta y ocho horas, los comandantes comenzaban a mostrar una impaciente irritación, en especial el rústico comandante García, que no se avenía con esas «blanduras», como las calificaba. Además, en su batallón se estaban produciendo problemas; y en busca de solución se dirigió a caballo al tolderío donde acampaba el «Carampangue». El comandante Jerónimo Valenzuela había dispuesto las tiendas en círculo, con tres grandes fogatas encendidas en el interior, como lo hacia en la Araucanía. Y mientras sus soldados dormían, él tomaba mate en un calabazo, cuando García detuvo su caballo a pocos

pasos y le habló sin desmontarse:

—¡Eh, tú, mono viejo! ¿Ya no saludas a las visitas?

—¡Hola, García! —le respondió el jefe del «Carampangue», sacándose la bombilla de entre los labios—. ¿Dónde dejaste la picana con que ensartas mapuches?

—Ya quisiera usarla aquí, si me dejaran —gruñó el veterano—. Pero el general se entretiene en pláticas con los enemigos, como si estuviéramos en un salón y no en este pudridero, donde no hay ni agua que no esté podrida. Dime, Jerónimo, ¿podrías convidarme un poco de agua buena para mis hombres?

—No tengo ni para que se enjuaguen la lengua mis carampangues, viejo —rió Valenzuela, y volvió a chupetear su mate con parsimonia.

—¡Mierda sobre mierda! —profirió su amigo, rascándose la nuca con fastidio—. ¿Y hasta cuándo vamos a estar aquí? Ya terminaron los dos días que fijó mi general para sus arreglos galanos con los pendejos que tenemos al frente. Mañana no sé si habrá rancho para mis portales y están tan sedientos que no me extrañaría que se estén bebiendo hasta los meados.

—Pues, allá al frente —rió socarronamente Valenzuela, señalando hacia Lima— tienes agua y vino de sobra. No hay que ir a buscarlos.

Interrumpió su bronco cacareo el son de una corneta tocada en sordina en el centro del campamento donde estaba enclavada la gran carpa del General en Jefe. García tendió el oído y reconoció la «Llamada de comandantes».

—A lo mejor… —aventuró con cautela—. ¡A lo mejor es el anuncio de que avanzamos! —apreció entusiasmado—. ¡Vamos allá, mono viejo! —Y giró su caballo para dirigirse a donde surgía el toque.

Valenzuela dejó su calabazo en la entrada de su tienda y lo siguió a grandes zancadas, protestando por la prisa de su compañero:

—Espérame, hombre, que yo voy de infante. ¿Tan apurado estás por entrar a Lima?

El general Bulnes estaba al centro de su tienda frente a un plano de Lima y sus alrededores clavado en un improvisado atril y alumbrado por dos humeantes lámparas de carburo, que hacían un

ruido parejo, como de aire soplado con una caña dentro de un cuenco con agua. Con uno de sus índices gruesos y peludos en el lomo de las falanges, iba señalando puntos en el plano a medida que explicaba su plan:

—Nos desviaremos cautelosamente hacia la Chacra de Palao, esta marcada con rojo, y enfrentaremos la Portada de Guías. Cuando estemos ante ese pórtico, la avanzada se detendrá y dará paso a un parlamentario mío, que será el coronel Tomás Sutcliffe, que está comisionado para entregar cartas a los generales Orbegoso, Nieto y Vidal. Si aceptan las condiciones que en ellas les propongo, acamparemos en la Chacra de Palao. Si las rechazan, penetraremos en Lima a fuerza de bayonetas. ¿Entendido? Bien. El orden de marcha será el siguiente: de exploración, una patrulla de lanceros mandada por el coronel Plasencia; de vanguardia, una mitad del «Cazadores» a caballo y dos compañías de infantería, estas últimas a las órdenes del general Castilla y el coronel Deustúa. Luego irá la artillería, al mando del coronel Marcos Maturana; enseguida, la primera división, mandada por el general José María de la Cruz y encabezada por los batallones «Portales» y «Carampangue»; a continuación, la caballería, guiada por el coronel Fernando Baquedano, el capitán Lerzundi y el mayor Hinojosa; detrás, el Estado Mayor. Y en la retaguardia, la segunda división y la reserva, bajo el mando del coronel Pedro Godoy. ¿Ha entendido cada jefe la colocación de su unidad? —Como todos respondieran afirmativamente, concluyó—: Bien. Emprenderemos la marcha dentro de media hora exacta. ¡Alisten a sus soldados, señores jefes, y buena suerte!

Con cautela y más en silencio que de costumbre, la columna chilena fue reptando por entre los cañaverales ribereños del Rímac. Todas las chacras próximas a la capital estaban abandonadas y silenciosas. Sin embargo, a medida que se pronunciaba la luz del amanecer, los soldados adivinaban que en los grupos de árboles y en las ondulaciones de las lomas había muchos ojos espiándolos. Con la sensación de estar constantemente bajo la observación de ocultos enemigos, llegaron hasta la Chacra de Palao. Desde allí ya se divisaban las torres de la opulenta Lima.

Entre el ejército expedicionario y las murallas de la capital del antiguo virreinato se extendía un llano pedregoso surcado de zanjas

barrosas, y en el último trecho antes de llegar a la Portada de Guías se abría, como única ruta, un callejón de piso disparejo, formado por un tapial antiguo a la derecha y las laderas pizarrosas y verticales de unas lomas, a la izquierda.

Cuando el «Portales» pisó el llano pedregoso ya los cazadores que iban de avanzada habían penetrado en el desfiladero e inmediatamente detrás de ellos iba introduciéndose la artillería, cuyas cureñas llenaban de polvo y ruido el estrecho pasadizo.

Manuel García meneó la cabeza con ademán desaprobatorio al observar la distribución del avance. —Mala idea tuvo mi general al meter a la artillería delante de la infantería, capitán Guarda —comentó a su ayudante.

—¿Por qué, mi comandante?

—Sigue usted tan topo como antes. ¿No se da cuenta de que, si algo le ocurre a la vanguardia, nosotros estaremos impedidos de correr a ayudarla? ¿Cómo podríamos pasar por encima de los cañones que van copando por completo el callejón?

—Es verdad —reconoció el joven oficial—. Confiemos en que no se le ocurrirá al enemigo atacar a la vanguardia antes que la artillería nos deje franco el paso.

—¡Confiemos, bah!… Es usted un tonto, ayudante. Precisamente, si los jefes peruanos se dan cuenta de que detrás de la vanguardia va la artillería cerrando el paso a la infantería, lo primero que harán será atacarla. Tendrían que ser ciegos para no tentarse.

Estaba Guarda insinuando la idea de alterar la marcha en columna y formar la tropa en hilera simple, para que pudiera pasar a la carrera por un costado de la artillería, en caso de urgencia, cuando las bardas de las murallas de Lima se coronaron de fogonazos y el aire se estremeció con el ruido de las descargas de fusilería.

—¿Ve usted como los generales peruanos no son tontos, ayudante? —saltó García—. Han comprendido al momento que ésta es su oportunidad y están capando a nuestra vanguardia. —Alzado sobre los estribos, se volvió a sus hombres y gritó a todo pulmón—: ¡Formación en dos hileras simples separadas! ¡Avanzar a la carrera por los costados de la artillería!

Su orden fue repitiéndose hacia la cola de la columna y las

compañías comenzaban a organizarse en la forma prescrita, cuando llegó galopando apegado al muro el coronel Wood y, casi sin detenerse, gritó al comandante García:

—¡Apegue toda su tropa al paredón del cerro, para que pase la caballería! —Y siguió corriendo hacia la cabeza de la artillería.

—¡Recostarse contra el cerro! —vociferó García, y dio el ejemplo apegando su caballo a la ladera.

Sus hombres le obedecieron con la mayor prisa, a pesar de que ardían de ansias de correr hacia adelante para prestar ayuda a la vanguardia, cuya suerte adivinaban por la gran profusión de descargas que se oían surgiendo de la muralla de Lima. En verdad, los cazadores habían caído en una trampa. Cuando avanzaban por el callejón que embocaba en la Portada de Guías, centenares de montoneros, francotiradores y los fusileros del «Batallón de Serenos» sorpresivamente abrieron fuego sobre ellos. Estaban en todas partes: detrás del tapial, sobre la muralla de Lima, en las ramas de los árboles, en los techos de las casas vecinas a la Portada de Guías, y disparaban sin cesar sobre los cazadores del coronel Deustúa. Éstos, desplegados en guerrilla a la francesa, muy diseminados, se defendían desesperadamente, confiados en que les vendría un pronto refuerzo. Pero transcurrían los minutos y la ansiada ayuda no se hacia presente. El coronel Marcos Maturana, enloquecido por creerse culpable, pese a que hacía azotar en forma bárbara a las mulas que arrastraban los cañones, seguía obstruyendo el paso con su unidad.

Los valientes cazadores del coronel Deustúa iban cayendo raleados por las balas y, para colmo de su desventura, se abrió la Portada de Guías y un torrente de jinetes se vació al galope tendido en el callejón, abalanzándose contra ellos, con sus lanzas y sables enristrados. En cuestión de segundos iban a ser arrollados. Pero en ese instante preciso la artillería llegaba a un ensanche del desfiladero y, apretujándose en ese espacio, dejaba libre el camino. La caballería chilena, cazadores y lanceros, que aguardaba con exasperación esa maniobra, pasó como una tromba, con sus hombres chivateando involuntariamente al estilo indio.

El choque fue formidable. Las lanzas y los sables se quebraban en los feroces tajos que se repartían de ambos bandos. Pero la caballería peruana había sido cogida por sorpresa y, al cabo de un

cuarto de hora, volvió grupas y se refugió de nuevo en la ciudad. Los jinetes chilenos se disponían a perseguirlos, mas la artillería del general Nieto, apostada sobre la muralla y las colinas laterales, comenzó a vomitar fuego sobre ellos. Tuvieron que detenerse y durante un par de minutos, que se hicieron eternos, quedaron también bajo la metralla de la infantería peruana, que los fusilaba desde la Portada y por encima del tapial. Parecían irresolutos, revolviendo sus caballos y observando cómo muchos de sus compañeros eran tumbados igual que monigotes desde sus monturas. En ese momento crispante, el general José María de la Cruz llegó a escape junto al comandante García y le vociferó, dominando el estruendo:

—¡Cargue con su batallón por el flanco izquierdo y despeje de enemigos el tapial y la muralla de Lima!

Los infantes saltaron como impelidos por un resorte y, envueltos por el polvo que habían levantado los caballos en la refriega, entraron al campo de batalla. Por su parte, los del «Carampangue» recibieron la orden de avanzar por el flanco derecho y limpiar el otro costado de la franja en que se luchaba.

—¡Premio para el batallón que traspase primero las murallas y llegue hasta el Rímac! —alcanzó a gritarles el general De la Cruz cuando los carampangues se abalanzaban como potros desbocados.

El comandante García iba señalando con su sable los lugares del tapial donde se concentraba mayor número de fusileros y sus hombres saltaban al muro de adobes, corrían equilibrándose en él, disparaban y luego se dejaban caer, como lanzas vivas, con sus bayonetas en ristre, sobre los enemigos. Algunos disparaban contra los que estaban en los techos y dispersos en las colinas, y a saltos iban avanzando hacia la Portada de Guías.

—¡Adelante, adelante! —los azuzaba García, galopando apegado al tapial y descargando sablazos sobre las cabezas que se asomaban para disparar—. ¡Hacia la muralla! —gritó, cuando estaban a una cincuentena de varas y sus soldados ya no tenían tiempo para recargar sus fusiles—. ¡A degüello, muchachos, a degüello! —Era el grito de guerra de La Frontera de Arauco que se escapaba de sus labios sin advertirlo y al que los veteranos que existían en su batallón estaban más acostumbrados.

El asalto se hizo entonces con una impetuosidad feroz. Igual que

en una competencia de exterminio, los dos batallones se abalanzaron sobre la Portada, el «Portales» por la izquierda, el «Carampangue» por la derecha. Nada podía detenerlos. Tintos en sangre y delirantes de coraje, llegaron hasta la muralla. En una ancha plazuela abierta detrás de ella, las baterías peruanas hacían fuego sin descanso para impedirles traspasar la Portada de Guías.

—¡Mi comandante García —lo previno el mayor Tocornal, viéndolo dirigir su caballo hacia el pórtico—, adentro están los cañones enemigos, nos harán pedazos!

—Los cañones disparan sólo hacia el frente, mayor —le replicó el veterano sin detenerse—. Que los soldados corran apegados a la muralla y estarán fuera de su ángulo de tiro. Llegando junto al pórtico, la primera compañía trepará sobre ella y abatirá a los sirvientes de las baterías. Las demás entrarán detrás de mí, a la carrera, por la famosa Portada. ¡A la carga, mis heroicos infantes! ¡A Lima!

Fue un asalto de acróbatas. Los soldados, ayudándose unos a otros, prestándose las manos como estribos y los hombros como escaleras, saltaban sobre la muralla y desde allí fusilaban a los sirvientes de los cañones. Igual maniobra efectuaban los carampangues en el otro tramo del muro, más allá del pórtico, y la plazuela de los artilleros peruanos recibía una granizada de balas. Después vino la carga general. Carampangues y portales confundidos se abalanzaron por la ancha Portada y penetraron aullando al interior de la ciudad. Saltando por sobre los cañones ya silenciados, desnucando a culatazos a los últimos sirvientes, desbordaron incontenibles en la calle que se les abría al frente. Corriendo y disparando sobre todo ser viviente que alcanzaban a divisar, llegaron hasta la orilla del río Rímac, cuyo único puente se veía a una cuadra de distancia, protegido por una nueva barrera de cañones y repleto de soldados del ejército de línea.

Los comandantes García y Valenzuela, de acuerdo por simple instinto y experiencia, galoparon de un lado a otro, cruzándose por delante de sus hombres, hasta que los detuvieron. Era suicida lanzar dos batallones contra aquella enorme masa de adversarios. Además, la orden recibida era de llegar solamente hasta el río. Habían cumplido y los dos cuerpos de infantería se movilizaron contemplándose cara a cara con los adversarios.

El general Bulnes recibió la noticia de la victoria en la Portada de Guías de boca del coronel Sutcliffe y, sin manifestar entusiasmo, sino más bien meditabundo, expresó:

—Ya todo es inevitable. No queda otro remedio que posesionarnos de la ciudad. Coronel Sutcliffe, transmita al coronel Godoy que avance con la segunda división, se apodere del puente, limpie de enemigos las calles y se posesione enteramente de Lima. Está cayendo la tarde. El asalto debe completarse antes que cierre la noche. En la Plaza Mayor me reuniré con todos los jefes a las ocho. ¡Ordene la carga definitiva, coronel Sutcliffe!

—¡A su orden, mi general!

Sutcliffe galopó en sentido contrario al que llevaba la columna, gritando al pasar junto a cada compañía:

—¡A la carga la segunda división!… ¡A la carga!… ¡A tomarse Lima!…

A las ocho y media de la noche, el grueso del Ejército Restaurador se encontraba estacionado en la Plaza Mayor y algunos batallones patrullaban las calles de la ciudad, sumida en un silencio de pánico. Con la victoria en la Portada de Guías la capital del Perú quedaba prisionera del ejército chileno.

Aquella batalla vino a demostrar a los jefes peruanos el empuje temerario y suicida de las tropas que se habían arriesgado a enfrentar y lamentaron no haber querido aceptar las condiciones de paz que les intentara proponer el general Bulnes; y más aún cuando éste hizo clavar en todos los lugares destacados la siguiente proclama:

> *«Estoy entre vosotros, después del triunfo que ayer obtuvo el ejército bajo mi mando sobre las tropas que condujo al combate la más inaudita alevosía. Mi corazón no puede gozarse con una victoria lograda a costa de la sangre de los peruanos que, por un extravío fatal, pelearon contra sus amigos y defensores. Bien pronto conoceréis los documentos que atestiguarán al Perú y al mundo entero que he hecho cuantos sacrificios pueden hacerse para evitar la cruenta escena de que este desventurado pueblo fue testigo. Me situé a media legua de los muros de esta capital dispuesto a repetir mis ardientes deseos de entablar unas negociaciones que los intereses del Perú y de Chile reclamaban*

imperiosamente; pero por una fatalidad, de que vuestros gobernantes serán responsables hasta ante el mismo cielo, se trabó la lid, partiendo los primeros tiros de las filas que defendían la plaza. Limeños: habéis presenciado la conducta de mis soldados en los momentos del triunfo; habéis visto a esos mismos soldados que la impostura os pintaba como una horda de frenéticos bandidos. Os protesto solemnemente que no tendré la menor intervención en vuestros destinos. Sois libres de elegir a vuestros gobernantes».

Aquel mismo día, 22 de agosto, el ejército chileno desfilaba en perfecto orden ante los limeños y abandonaba la ciudad, para establecer su campamento en la vecina quinta Santa Beatriz. De inmediato, el general Bulnes hizo convocar a una reunión en la Prefectura de Lima, bajo la presidencia del prefecto Rodríguez Piedras, para que se procediera a designar un Presidente Provisional. Ese cargo le correspondía al general Orbegoso, pero había desaparecido después de la batalla y se ignoraba su escondite. Le fue ofrecido entonces al Vicepresidente, don Manuel Salazar y Baquijano, conde de Vista Florida, quien lo rechazó valerosamente:

—Prefiero el destierro al gobierno —declaró.

Reunidos de nuevo los vecinos y las corporaciones, se procedió a elegir Presidente al Gran Mariscal don Agustín Gamarra, que ya antes había ocupado la primera magistratura del Perú y que llegaba acompañando al Ejército Restaurador.

Normalizado el Gobierno, el general Bulnes sólo pensó en impedir que las tropas vencidas en la Portada de Guías pudieran cohesionarse nuevamente y engrosar las guarniciones enemigas cercanas. Para discutir este asunto reunió en Santa Beatriz a sus principales jefes, además de algunos de los agentes secretos que enviara con el periodista José Antolín Rodulfo hacía varias semanas.

—Estos señores me informan que el general Vidal huyó con las tropas a su mando hacia Huaylas —dijo a los militares—. Pero antes de partir, convencido de su error al presentarnos batalla junto al general Nieto, me ha hecho comunicar que está dispuesto a sumarse a nuestras fuerzas tan pronto nos encontremos en el norte.

—No son las tropas del general Vidal las que deben

preocuparnos, mi general, sino las del general Nieto, que huyeron al Callao —le observó el general De la Cruz.

—Lo sé. El coronel Wood, que comandó las patrullas de posesión después de la batalla de la Portada, me informó que el general Nieto consiguió retirarse hacia ese puerto con el batallón «Arequipa» intacto.

—Y en las horas siguientes, más y más soldados han continuado desbandándose hacia la costa —acotó el comandante García.

—Eso es lo que pretendo impedir —dijo Bulnes, dirigiéndose a todos los jefes.

—Debimos habernos apoderado de esa plaza fortificada antes de asaltar Lima —porfió García, meneando la cabeza con ademán desaprobatorio.

—Fue un error mío y lo reconozco —aceptó el general—. Pero ahora, en vez de lamentarlo, debemos aminorar sus consecuencias. Para lo cual he pensado interceptar el camino al Callao, estableciendo tropas en Baquijano, en la proximidad de las fortalezas chalacas. Simultáneamente, mandaré otros batallones hacia el norte, a fin de que impidan que los dispersos se unan a las tropas adversarias que están en esa región y algunos batallones más saldrán hacia la sierra, remontando el cajón del río Rímac, para cerrar el paso a los prófugos que intenten incorporarse a las fuerzas bolivianas que el general Santa Cruz tiene en Jauja y Tarma bajo las órdenes de los generales Otero, Morán y Miller.

Todos los jefes iban tomando notas de las medidas que les exponía el general Bulnes, menos Manuel García, que seguía con una idea fija incrustada en el cerebro.

—Mientras no obliguemos a rendirse a la guarnición del Callao, nuestro ejército tendrá que mantenerse inmóvil en Lima, mi general. El enemigo que dejaríamos atrás, fuerte ya en más de mil doscientos hombres, podría crecer y tornarse demasiado peligroso.

A Manuel Bulnes comenzaba a fastidiarle la insistencia del jefe del «Portales», pero se veía obligado a reconocer que tenía razón. No obstante, su modo de replicarle denotaba su molestia:

—Los batallones que enviaremos a sitiar el Callao tendrán como deber primordial mantenerse alerta para aprovechar la más leve oportunidad que les den los defensores del Callao para lanzarse al asalto de los fuertes.

—Es una empresa casi imposible —terció el general De la Cruz —. Esos fuertes son inexpugnables.

—Por eso mismo, porque sé que es difícil, se la encomendaré a usted, general, y bajo su mando pondré los batallones más intrépidos.

—¿Cuáles? —quiso saber De la Cruz.

Los comandantes se miraron entre ellos, de reojo; bien sabían lo riesgoso de la empresa. Pero el General en Jefe los señaló sin vacilaciones:

—El «Portales», el «Carampangue», el «Valparaíso», el «Aconcagua», el «Carabineros de La Frontera» y dos piezas de artillería.

Cuando menos, los comandantes de los dos primeros cuerpos mencionados demostraron una franca satisfacción. Los demás acataron la orden sin manifestar sus impresiones. Manuel Bulnes prosiguió:

—Al norte partirá el general Castilla con una sección de la «Columna Peruana» y hacia el interior marcharán los coroneles Torrico y Plasencia con tropas mixtas, chilenas y peruanas, yendo el coronel Frisancho al frente del resto de la «Columna Peruana». Subirán a la sierra por San Pedro Mama hasta Matucana, limpiando esa región de guerrilleros y montoneros. Creo que con ese despliegue conseguiremos que los fugitivos no puedan engrosar las diversas fracciones enemigas. Eso es todo, señores jefes, pueden retirarse.

El grupo de militares abandonaba el amplio vestíbulo de la quinta Santa Beatriz, cuando el general Bulnes hizo una seña a los coroneles Sutcliffe y Wood, indicándoles que se quedaran con él.

—Deseo encomendarles una misión especial y que requiere de mucho tino —les dijo en voz baja—. Todo hace suponer que el general Orbegoso se encuentra escondido en Lima, seguramente en casa de alguna familia importante. Para nosotros sería ventajosísimo encontrarlo y hacerlo prisionero. Si llegáramos a tenerlo en nuestro poder, tal vez lograríamos convencerlo de que es saludable para él prestarnos su colaboración y unificar en torno de nosotros a las tropas peruanas.

—¿Posee usted algún dato que nos facilite iniciar la investigación de su paradero, mi general?

Bulnes meneó la cabeza negativamente, pero se dirigió al escritorio, de donde levantó un papel en que había algunos renglones escritos. Leyendo las anotaciones, dijo:

—Después de la batalla de la Portada de Guías se le vio cruzar la ciudad acompañado por dos oficiales. Iban al galope hacia el barrio de Malambo, que está al otro lado del río. Tomen ustedes. En esta hoja que me proporcionó uno de los agentes que envié a Lima hace unas semanas, aparece una lista de las casas de los principales parientes y amigos del general Orbegoso. Investiguen las que existen en Malambo y vigílenlas con precaución. No deseo que se proceda con violencia ni que se allane ninguna de ellas, si previamente no adquieren la seguridad de que allí está el prófugo. Pidan los hombres que necesiten al comandante Valenzuela, del «Carampangue». Espero una información de ustedes lo antes posible.

Los dos coroneles dejaron el recinto con manifiesta preocupación. Cuando salían al ancho corredor, refrescado por frondosas enredaderas, Sutcliffe resumió los pensamientos de ambos:

—¡Buen clavo nos ha metido el general: encontrar a un hombre dentro de una ciudad enemiga! Es como hallar a un pez determinado en medio del océano.

—Es que éste es un pez bastante notorio, mi querido Tomás —rió Wood—. Creo que lo encontraremos. Pero lo primero es despojarnos de los uniformes y vestirnos de civil, de acuerdo con la moda imperante en Lima. Y lo segundo es lanzarnos de cabeza a los barrios más aristocráticos de esta hermosa ciudad. Conozco una dama inglesa que tiene una magnífica pensión a orillas del Rímac, antes de la entrada al barrio de Malambo. Allí estableceremos nuestro cuartel general.

Sutcliffe asintió con un ademán y descendieron al jardín de la elegante mansión. Allí se encontraba un oficial, que era el encargado de la custodia de la quinta.

—Mayor Suárez, ¿qué batallón monta la gran guardia en torno al campamento esta noche? —le consultó Sutcliffe.

—El «Portales», mi coronel —fue la respuesta.

Los dos altos jefes siguieron caminando en dirección a una pequeña casa anexa al recinto principal, donde se les había

asignado alojamiento.

—El comandante García nos dará el pase para cruzar las líneas de centinelas sin que se divulgue demasiado nuestra misión —reflexionó Sutcliffe—. Este campamento debe de estar repleto de espías, mi querido Carlos.

—Procedamos con orden —le respondió éste—. Consigamos primero ropas de civil y enseguida iremos a conversar con el comandante García.

Una hora más tarde, los coroneles exploraban en la oscuridad los contornos de la quinta Santa Beatriz, en busca del jefe del «Portales». Éste había tomado tantas precauciones que los centinelas les surgían, de repente, de entre las sombras y les aplicaban sus bayonetas al pecho. Tras varias sorpresas parecidas, consiguieron encontrar al jefe de la guardia, que era el sargento Tránsito Moscoso. Éste tenía una vaga idea sobre el paradero de su comandante: lo habían llamado hacía poco rato por un incidente ocurrido en el segundo anillo de centinelas, el más distante del centro de la quinta. Él mismo se prestó a servirles de guía y fueron sorteando bosquecillos en dirección al oeste. Pero una vez más brotaron frente a ellos dos soldados que de un salto les interceptaron el paso:

—¡Alto! ¿Quién vive?

—Sargento Moscoso, de la segunda compañía. ¿Dónde está mi comandante García?

—Pasó hacia el puesto de la derecha, mi sargento —le informó uno de los centinelas, agregando con malicia—: Se había armado no sé qué pelotera allá. Lo único que oímos fueron los gritos de una mujer que parecía que se estaba comiendo vivos a los centinelas…

—Vamos allá —lo interrumpió Sutcliffe—. Guíenos, sargento.

Volvieron a ponerse en marcha, ahora sobre tierra arenosa, propia de las proximidades del litoral. De pronto, Moscoso rezongó con su turbio vozarrón:

—¡Una mujer! Estos pobres huasos sacados de los campos pa traerlos a la guerra viven soñando con mujeres. Si hubiéramos venido soldados de línea no más, como debió ser…

—¿Acaso los soldados de línea no piensan en mujeres, sargento? —bromeó Wood.

—Claro, pus; pero cuando las teñimos delante, vivitas y

coleando. No andamos viendo visiones como éstos. ¡Bah, gritos de mujeres en medio de la noche y…!

El mentís le vino en el instante mismo, porque de más allá de unas matas surgieron las voces exasperadas de una mujer.

—Le digo que soy más chilena que el mote con huesillos, mi comandante —protestaba—. Y estos trapos con que estoy vestida son peruanos, porque llevo muchos años viviendo en este país y me acaban de tener presa.

—¡Conque visiones, sargento, eh! —cuchicheó Wood, riéndose de Moscoso—. A mí me parece que esa mujer está bastante viva.

—¡Me con…! —exclamó el suboficial, atónito—. Entonces era cierto. Contornearon rápidamente la mata y se encontraron con el espectáculo del comandante García, con un farol en alto, alumbrando a una mujer de pequeña estatura, vestida pobremente y engallada ante él. Los dos centinelas del puesto, embargados por la discusión que sostenía su jefe, no vinieron a darse cuenta de los recién llegados hasta que los tuvieron al lado.

—¿Quién vive? —gritó entonces uno, adelantando su fusil.

—Sargento Tránsito Moscoso, de la segunda comp…

—¿Qué diantres viene a hacer aquí el guarisapo? —estalló García, volviéndose bruscamente.

—¡Chis!, mi comandante, a uno lo ordenan, pus —se defendió Moscoso—. Estos dos señores son coroneles y tienen galones pa mandar.

García levantó el farol y envió el haz de luz sobre los aparecidos.

—¿Quiénes son estos civiles? —inquirió, desconfiado.

—Sutcliffe y Wood —le respondió el primero, adelantándose.

García se cuadró de mala gana, embarazado por el hecho de que lo descubrieran en su discusión con la mujer.

—¡A sus órdenes, mis coroneles! ¿Qué necesitan por aquí?

—Vamos a cumplir una misión en Lima y necesitamos un pase suyo para cruzar sus líneas.

La mujer, que había acallado sus protestas, volvió a la carga entonces, pero dirigiéndose esta vez a los dos coroneles:

—Estos señores tienen que ser más educados y abiertos de mollera que usted, comandante; así es que deje que les explique…

—¡A callar! —la intentó silenciar García con un gruñido feroz; y explicó a sus superiores—: Perdónenme, pero esta condenada fiera

me tiene loco. Se puso a gritar y me tiene revuelta la guardia.

—¡Meh que no! —saltó la mujer—. ¿Y cómo no voy a gritar, pus, mis señores, si este viejo barbón no me quiere dejar pasar a ver al general chileno?

—¡Silencio, mala pécora! —le lanzó por lo bajo el comandante.

—¡Tu abuela, viejo chivo! —le replicó la afectada.

García estaba atragantado por la furia y tartamudeando pretendió deshacerse de sus incómodos espectadores:

—¡Pasen…, pasen, mis coroneles, y déjenme entenderme con esta chola deslenguada!

—¿Chola yo?… —La calificación hizo crisparse a la mujer, amagando su propósito de abalanzarse sobre el militar, y tal vez lo hubiera hecho de no intervenir Sutcliffe.

—¡Basta ya! —pronunció secamente—. ¿Quién es esta mujer y cómo llegó aquí?

El comandante tuvo que controlarse y responder con mesura:

—La pillaron mis centinelas cuando trataba de filtrarse por entre los puestos de guardias. Dice llamarse Candelaria Pérez y ser chilena.

—Me llamo Candelaria Pérez, pa servir a sus mercés —afirmó la aludida con ademán enfático—; y si he *venío* a este campamento es porque sé muchas cosas que pueden servir al general Bulnes.

—¿Cómo puede probar que es chilena? —siguió interrogándola Sutcliffe, y ella arriscó la nariz en un gesto de profundo asombro a tiempo que enarcaba los brazos como gallina clueca que se dispone a atacar a un intruso.

—¿Probar que soy chilena?… ¿Yo?… Pues, sepa que nací en la *mesmita* Chimba, al otro *lao* del Mapocho, y que mi *paire* era chacarero en La Cañadilla.

—Las peruanas también pueden haber vivido en Santiago —intercaló García de mal modo.

—¡Por la grandísima…! —exclamó la mujer, y se tragó el final de su grosería por respeto a los coroneles, a quienes dijo enseguida recalcando sus palabras—: Me van a hacer el favor, sus *mercés*, de ir a decirle al general Bulnes que soy chilena, chilena, ¿me *comprienden*?, que he vivido muchos años en el Callao y que estoy aguantando a este viejo chancho que ven aquí sólo porque…

—¡Chola mugrienta! —La diestra de García se alzaba para

descargarle una palmada en la cabeza, pero se la cazó en el aire el coronel Sutcliffe, quien observó riendo:

—¡Alto, comandante! La palabra «chancho» no se emplea más que en Chile. ¿Qué es lo que usted puede contar al general, Candelaria Pérez?

—Todo lo que pasa en el Callao —respondió ella con un amplio ademán de los brazos, como si rasara una mesa—. Tuve allá una fonda durante diez años y conozco el Callao y los fuertes como si fueran mi cama.

—Y lo habrán sido muchas veces —acotó, rencoroso, el comandante.

—¡Y claro que lo fueron! —le replicó Candelaria con voz ronca y quebrada—. Y las casamatas del puerto también. Si no lo cree, mire. —Con ademán patético se arremangó la pollera y exhibió sus tobillos. En ambos se marcaban sanguinolentas las huellas características de los grilletes de fierro—. ¿Sabe por qué me encarcelaron y me encadenaron a un muro? ¡Por ser chilena! Por ayudar a mis compatriotas cuando los obligaron a abandonar el Callao en veinticuatro horas, dejando todo lo que les pertenecía. Y otra vez cuando me descubrieron llevando informaciones al contraalmirante García del Postigo, embarcada en un bote y vestida de pescador.

Los coroneles y el comandante se habían quedado mudos, contemplando con asombro y admiración a la pequeña mujer. Fue Carlos Wood el primero en comprender el valor de los servicios que ella podía prestar, pero quiso saber más detalles.

—¿Usted llevaba noticias a nuestros buques? —le inquirió.

—Sí. ¿Tampoco va a creerme? Pues, sepa que, cuando una de las sirvientas de mi fonda…, que se llamaba «Fonda La Chilena», para que se entere…, me denunció y me pillaron en un bote que me prestaba un capitán norteamericano, me metieron presa en el mismo calabozo en que estaban encerrados ladrones y criminales y me encadenaron con grillos a la muralla pa que no pudiera defenderme de las ofensas de los cholos.

—¿Eso hicieron con una mujer chilena? —bufó el comandante García, ya totalmente partidario de su cautiva.

—¡Eso y más! —concluyó Candelaria Pérez, trémula por el furor que le provocaba el amargo recuerdo—. Me pusieron en capilla, me

sacaron entre soldados hasta un banquillo y me tocaron tambores, pa que yo creyera que me iban a fusilar… ¡Oh, créanme, soy más chilena que *toos ustés* juntos! Me puso en libertá el jefe del Callao, un tal coronel Guarda, hace cuatro días. Y me vine *p'acá* anoche, justito cuando llegaba el general Orbegoso al Callao. Wood y Sutcliffe se sacudieron por obra de la sorpresa. No imaginaban que el personaje que buscaban pudiera haber pasado al puerto.

—Lo vide con estos mesmos ojos, mis señores —les confirmó Candelaria Pérez—. Llegó y le corrieron balas desde uno de los fuertes, porque no lo reconocieron; y después lo agarró una ola en la playa y casi se lo llevó. Lo sacaron medio *ahogao* y lo metieron al fuerte Independencia.

Ya no podían caber dudas sobre la identidad de la mujer, ni menos sobre la utilidad de sus servicios. El coronel Wood se hizo de inmediato responsable de ella.

—Esta mujer va con nosotros donde el general Bulnes, comandante —dijo a García en tono de orden, y éste la acató cuadrándose apresuradamente y dirigiéndose enseguida con cierta turbación a la mencionada:

—Puede pasar, ¡es claro que puede pasar! Y perdóneme, señora. ¿Cómo podía yo saber que…, bueno, que andaría una chilena por estos andurriales?

Candelaria Pérez sonrió con aire picaresco y perdonador, y entonces pudo observarse que su rostro anguloso y sus ojos chispeantes adquirían un innegable atractivo.

—Vamos, mujer; venga con nosotros —le dijo Wood, y le señaló el camino de regreso a la quinta Santa Beatriz—. ¿Cómo dijo que es su nombre? —le preguntó mientras se alejaban.

—Candelaria Pérez, *pa* servir a sus mercés —repitió vigorosamente ella, y eso fue lo último que alcanzó a oír el comandante García, que estaba atontado, como un oso plantado sobre los piernas abiertas.

—¡Habráse visto: una mujer aquí! —se dijo en forma sentenciosa —. Mientras más vive uno, más tiene que ver. —Y percatándose de que los centinelas lo contemplaban con sonrisillas burlonas, los fulminó con una mirada fiera—. ¡Ésa sí que es una verdadera mujer, huemules! Y ustedes, dale que no, ¡dale que no! ¡Pedazos de bestias!

Minutos más tarde, luego que los coroneles narraron la incidencia al general Bulnes, Candelaria Pérez le relató su vida a grandes rasgos, sin amilanarse ante el alto personaje:

—Me vine de Chile como sirvienta de un matrimonio holandés, que instaló en el Callao un café, por allá por 1833, señor general. Después…, bueno…, después tuve un amor con un gringo y él me instaló una fonda en el puerto. La bautizamos «La Chilena». Y era un gusto ver cómo *toos* los días llegaban los compatriotas a hacer tertulia en nuestro comedor. No había navegante que no pasara a tomarse un traguito con la Candelaria Pérez. Después, el inglés se tuvo que volver a su patria. Cosas de la vida. Y me dejó de regalo la fonda. Y *hei* he *estao* durante los últimos cinco años trabajando, ayudando a los amigos…, hasta que se aparecieron los «Serenos de la Guarnición» con la noticia de que el ejército chileno había *desembarcao* en Ancón y que el general Orbegoso le declaraba la guerra. Se me vino encima una poblada de cholos, me incendiaron la fonda y hasta los ladrillos del suelo se llevaron.

—Siquiera le dejaron la vida, señora —la consoló Bulnes.

—Por ellos, me la hubieran *quitao* también, mi general. Pero en el Callao tengo muchos amigos, ingleses, compatriotas del que fue mío… Ellos me ayudaron a escapar. Entonces fue que me hice el juramento de ayudar en too lo que me fuera posible para que el ejército chileno entrara en el Callao y en Lima y les retorciera el cogote a los que me rompieron too. Por eso vine aquí en cuanto me dejaron en liberté, señor; pa ofrecerle mis servicios.

El general Bulnes estaba profundamente impresionado por la animosidad de su interlocutora, pero no encontraba asidero a su ofrecimiento.

—Usted es mujer… —le observó, titubeante.

—Soy más fuerte que muchos hombres, mi general —se jactó ella, riendo en forma que le descubría una doble hilera de dientes agudos y amarillos, como los de un gato montés—. Si hubiera visto *usté* cómo sacaba a empellones a los que se me insolentaban en la fonda. Y manejo el cuchillo, aprenderé a usar el fusil y pa andar…, viera que soy *andaora*, como una mula, mi general. Yo sé que *pueo* servirles mucho —agregó, tranquilizada por las carcajadas con que los jefes celebraban sus ocurrencias—. Me conozco el Callao de cabo a rabo, no hay recoveco de los fuertes en que no haya *estao*. Y

como a mi fonda venía mucha gente de mar, me sé la bahía completa y tengo muchos amigos entre los contrabandistas y los marineros de los buques extranjeros que vienen cada cierto tiempo. Puedo ayudarlo muchísimo, mi general.

Bulnes aquilataba fácilmente cuánta verdad había en la aseveración de la mujer, pero no encontraba la forma de enfrentar el asunto. No era fácil que el ejército tomara la responsabilidad de enrolar a una mujer en sus filas; nunca se había presentado el caso. Pero ella misma fue quien le dio la solución.

—Cuando me vestía de pescador y le llevaba noticias al contraalmirante García del Postigo, *naiden* imaginaba que era mujer. Agora, me hace usted dar un uniforme viejo, más o menos chicón, y le aseguro que paso por *soldao*. Le apuesto que *naiden* se va a dar cuenta. Seré el soldado Pérez, eso es too. ¿No quiere usted tomarse el Callao?

—Sí…

—Pues, *naiden* le va a poder guiar a sus *soldaos* como yo, mi general. *Pueo* indicarles *toos* los puntos débiles de los fuertes, sé hasta dónde alcanzan los tiros de los cañones, cuántos hombres hay en cada fortificación, por dónde se puede atacar en lanchas, y, lo más principal, tengo amigos que pueden esconder a sus agentes secretos cuando tengan que meterse al puerto.

Bulnes se sobó el mentón rasurado, al borde de decidirse, y dirigió una mirada de consulta a Wood y Sutcliffe. Como en sus rostros observara una expresión afirmativa, hizo un último sondeo a la mujer:

—¿Está resuelta a todo, a ser un soldado como cualquier otro?

—¡El *soldao* Candelario Pérez, mi general!

La forma voluntariosa con que ella entrechocó sus tacos y alteró el género de su nombre terminó de convencer al general.

—Está bien —aceptó—. Mañana precisamente tienen que movilizarse hacia el Callao los batallones «Carampangue», «Valparaíso», «Portales» y «Colchagua». Usted les servirá de guía, bajo las órdenes directas del general José María de la Cruz.

—¿A qué batallón voy a pertenecer, mi general?

—¿A qué batallón?… —Otra vez Bulnes se sintió vacilar, pero, después de pensarlo un poco, resolvió sonriendo vanidosamente—: Pues, al mío, al que siempre comandé en Arauco: el

«Carampangue».

Candelaria Pérez volvió a cuadrarse, llevándose esta vez la diestra al borde del peinado, y su cuerpo erguido y nervioso parecía el de un soldado, de un joven y pequeño soldado.

—Coronel Sutcliffe —finalizó el general—, comunique al comandante Jerónimo Valenzuela que acabo de incorporar a su batallón a un nuevo recluta: Candelaria Pérez. Éste le servirá de guía en el avance sobre el Callao.

—A su orden, mi general. Se lo comunicaré de inmediato.

—Buenas noches, señores. Buenas noches, soldado Pérez.

—Buenas noches, mi general. —Hasta la voz de la mujer cambiaba en ese instante: sonó metálica, vigorosa, semejante a las de muchos soldados nerviosos.

La división mandada por el general José María de la Cruz marchó hacia el Callao en la noche del 24 de agosto. A la cabeza de la columna iba el «Carampangue» y en la retaguardia el «Portales» y en las cuatro unidades destinadas al bloqueo y posible asalto del puerto no se oía otro tema de conversación que la inusitada incorporación al «Carampangue» de una mujer, enrolada bajo el nombre de Candelario Pérez. Todos ansiaban conocerla y se hacían las más variadas conjeturas sobre su apariencia y su carácter. Ella, por su parte, no hizo ningún intento de ocultar su sexo. Se la veía marchar en la cabeza de la formación, cerca del general De la Cruz, con el largo cabello anudado en un voluminoso moño sobre el cual equilibraba jocosamente su quepis de soldado.

La división se instaló esa misma noche en Baquijano, caserío miserable enclavado en las proximidades de la costa; nadie conocía exactamente el alcance de los cañones de los fuertes del Callao ni el peligro que podía representar para los batallones parapetarse dentro del pueblo mismo. Formando un círculo en un terreno descampado, oculto a las miradas de los centinelas de los fuertes por una ondulación del terreno, la división instaló su vivac con toda clase de precauciones. El general De la Cruz dejó reposar a los soldados, pero reunió en el rancho que escogió para su alojamiento a todos

los comandantes. Levemente nerviosos por los alertas de los centinelas y por el clima pesado y húmedo, discutieron un plan de campaña. Todos estaban de acuerdo en que la posición que habían ocupado era pésima; estaban rodeados por pantanos pestilentes y el suelo arcilloso se mantenía encharcado por el agua de las lloviznas, que se descargaban en los momentos menos esperados, y por la camanchaca del mar que los envolvía casi permanentemente.

Candelaria Pérez, cumpliendo con su oficio de guía, había advertido a su comandante Valenzuela desde el instante mismo en que se estableció el vivac que tres días que permanecieran allí bastarían para que la mitad de la tropa enfermara de fiebres palúdicas, endémicas en esa zona. Y, por cierto, los jefes, aun dentro de la casucha en que estaban reunidos, sentían flotar en el aire, como una neblina letal, los miasmas mefíticos.

—Pasar la noche aquí, lo acepto —gruñó Manuel García, venteando la atmósfera como un perro receloso—. Pero establecernos para bloquear el puerto desde este lugar, es suicida.

Los otros tres comandantes aprobaron con parecidas razones y el general De la Cruz tuvo que rendirse ante la evidencia, pero tampoco se atrevía a aventurarse a penetrar en el Callao.

—Hagamos la prueba, mi general —lo instó Valenzuela, a quien Candelaria Pérez le había asegurado que podía guiar a la división hasta el pueblo sin que se percataran los defensores de los fuertes. Estos se hallaban situados a la orilla del mar, y el caserío, algo separado hacia el interior. También cabía la posibilidad de que los cañones fuesen fijos y enfocados hacia el océano, incapacitados, por tanto, de dominar el pueblo. De ser así, no les sería difícil apoderarse de las casas de los suburbios edificadas junto al camino a Lima e implantar un bloqueo más efectivo y soportable para los soldados. El plan del comandante Valenzuela fue apoyado por todos sus compañeros y al general De la Cruz no le quedó otra salida que aceptarlo.

—Está bien —dijo—. Intentaremos penetrar al caserío exterior y situarnos en él. Pero no arriesgaremos la división completa en esta que no será sino una operación de sondeo. Bastará con que la tentativa la realicen dos de los batallones.

—Dos batallones para una empresa de tanteo son demasiados hombres, mi general —le objetó García—. Si no va a ser más que

eso, arriesguemos nada más que dos compañías y veamos qué pasa. Si ellas logran penetrar en el pueblo sin mucho riesgo, las seguirán nuestros batallones.

—Tiene razón; es más prudente —aprobó el general, y de inmediato saltó el comandante Valenzuela ofreciendo que esas compañías fueran de su batallón «Carampangue».

—¿Y por qué no del «Portales», que es mejor batallón? —le opuso García, enrabiado porque su camarada tratara siempre de anticipársele.

—¿Mejor que el «Carampangue»?… —intentó protestar Valenzuela, con las orejas enrojecidas por lo que juzgó una ofensa; pero el general De la Cruz conocía de sobra el viejo antagonismo de los dos tercos veteranos y no los dejó discutir.

—La decisión me pertenece, señores. Irá una compañía de cada batallón.

—¡Pues, yo encabezaré la mía! —gruñó el jefe del «Portales».

—¡Y yo la de mi batallón! —porfió Valenzuela.

Se contemplaron como si fueran enconados enemigos, pero el general no les hizo caso, sino que sacó su reloj y miró la hora.

—Son las cuatro de la madrugada —dijo, y calculó—: Como es invierno a las seis todavía está oscuro. Será una buena hora para nuestro intento. El coronel Pablo Silva, como jefe del Estado Mayor, irá acompañándome.

—¿Cómo? ¿Va usted también, mi general? —le inquirió García, pensando en que era imprudente que se expusiera el jefe de la división en una empresa de poca envergadura.

—Naturalmente —le respondió De la Cruz—. Debo observar qué posibilidades tenemos de asaltar los fuertes del Callao, para evitarnos el desgaste de un bloqueo. Comandantes García y Valenzuela, dejen descansar una hora más a sus hombres. A las cinco y media nos pondremos en marcha. ¡Ah, comandante Valenzuela! —recordó en último momento—, y no deje de llevar a ese…, eh…, a esa…, ya no sé ni cómo llamarla…, al soldado Candelaria Pérez.

La camanchaca envolvía todo en una masa algodonosa, sin permitir ver las estrellas ni siquiera la costra del terreno, de modo que caminaban a ciegas, entregados a seguir los pasos de Candelaria

Pérez, que avanzaba adelante de todos, con pasmosa seguridad.

—¿Estaremos cerca ya, mi comandante? —preguntó un sargento de extraordinaria estatura y de espaldas tan anchas que la mochila se le veía como un parche sobre los omóplatos, caminando junto a Valenzuela.

—Sí, sargento Colipí —le respondió su jefe, y señaló con la diestra unas moles obscuras que apenas se entreveían a la distancia, frente a ellos—. Me acaba de decir la Candelaria que ésos son los castillos del puerto. Calculo que ahora vamos a descender a las calles, pero antes tendremos que cruzar una ladera pelada, de poca pendiente, en cuyo trayecto estaremos expuestos a que nos divisen desde las fortalezas. Una luz o el simple reflejo de los fusiles o de las bayonetas pueden delatarnos. Corra la voz entre los soldados de que los oculten detrás del compañero que llevan delante.

—¡Entendido, mi comandante!

La compañía del «Portales», que iba en segundo lugar, marchaba más ignorante todavía. Pero su comandante había adiestrado sus ojos, durante años, en la obscuridad de las selvas de la Araucanía y no tardó en descubrir las siluetas de los fuertes. Minutos después vino a confirmárselo un enviado de la vanguardia. Entonces, en voz baja, llamó a su lado al subteniente Lorenzo Ruiz, al cual había decidido llevarlo cerca en todas las acciones.

—Mira, muchacho —le cuchicheó—. Esos son los famosos castillos del Callao. Grábate bien en la mollera la posición que ocupan. Acaba de estar conmigo un mensajero de ese macaco de Valenzuela para informarme que los más altos, a la derecha, son los más temibles. Y por esta vez tiene razón. Observa esas rayas negras que se elevan en lo alto de los bastiones. Son cañones, sin duda, y si alcanzamos a verlos es porque son inmensos y deben escupir fuego como dragones.

Un soldado se acercaba trotando en sentido contrario a la columna y se emparejó a García al reconocerlo por sus charreteras.

—¡Atención, mi comandante —le comunicó en voz baja—, prevención del Comando en Jefe! Mi general De la Cruz le advierte que vamos a bajar la cuesta a la carrera, para entrar a las calles del pueblo antes que aclare.

—Comprendido. Así nos exponemos menos a que nos vean. ¡Capitán Guarda! —llamó en sordina—. Informe a la compañía que

vamos a avanzar a la carrera. Que los hombres corran agachados, tratando de hacer el menor ruido posible y cubriendo los fusiles con el cuerpo para que no despidan reflejos.

—¡A su orden, mi comandante! —se oyó responder al ayudante en medio de la neblina.

—Entonces…, ¡adelante, al trote…, maar!

García comenzó a trotar sujetando la vaina de su sable con la mano izquierda, pero a los pocos pasos se volvió al subteniente Ruiz y lo llamó:

—Lorenzo. No te separes de mi lado, mijo. Tenemos que cumplir lo prometido a tu madre.

—Está bien, padre —le respondió el muchacho—. Estaré siempre junto a usted.

La compañía progresaba con un ruido sordo, igual que un cortejo de fantasmas. Por la inclinación del suelo, comprobaban que iban descendiendo suavemente y muy pronto sombras bajas les indicaron que se aproximaban a las primeras casas del pueblo. Pero entre ellos y aquellas manchas no se recortaban las formas de los soldados del «Carampangue», lo que hizo comprender a García que Valenzuela se le había adelantado, como de costumbre.

—¡Ellos, los favoritos! —masculló, exasperado—. ¡Siempre los han de mandar adelante!

No pudo seguir rezongando, porque el estampido de tres o cuatro disparos lo impulsó a detenerse.

—¡Compañía…, alto! —ordenó sin alzar mucho la voz, y se quedó expectante.

Los tiros habían brotado en la entrada del pueblo y, sin embargo, no parecían haber despertado la alarma en los fuertes.

—¡Silencio todo el mundo! —ordenó hacia sus hombres, y en un susurro comentó con el subteniente Ruiz—: Ahora vamos a saber si tienen cañones vueltos hacia el interior y cuál es su alcance.

Los segundos corrían, exasperantes, sin que ruido alguno volviera a romper el silencio del opaco amanecer.

—¿Dónde diablos se habrán metido los del «Carampangue»? —dejó escapar al cabo de un rato de estar con el oído tenso, denotando su preocupación por sus compañeros.

—Seguramente eliminaron a cuchillo a los centinelas que los sorprendieron y ahora estarán avanzando por las calles —le insinuó

Ruiz. Pero nuevos disparos vinieron a demostrarles que la situación era diferente. Sin duda, habían encontrado resistencia.

—¿Avanzamos para prestarles ayuda, mi comandante? —se acercó a preguntarle el ayudante Guarda.

—No, esperemos. Son muy pocos los que se les oponen. El peligro verdadero no está allí —pronosticó el comandante, y su mirada espiaba los bastiones de los fuertes tratando de perforar la obscuridad, ahora más pálida—. ¿Por qué no dan señales de vida los castillos? —se preguntaba—. ¿Será que no tienen cañones hacia este…?

El resto de su interrogación se perdió en el repentino estrépito, que estremeció la atmósfera como si reventara un volcán. E igual que la llamarada de una erupción, los paveses de los fuertes se iluminaron de rojo anaranjado.

—¡A tierra todos! —vociferó García, echándose de bruces—. ¡Protegerse en los repliegues del terreno!

Los hombres de la compañía se tumbaron lo mismo que una hilera de naipes y apegaron las cabezas al suelo al sentir pasar sobre ellos el zumbido y la ventolera de grandes proyectiles.

—Los cañones deben de ser giratorios, mi comandante —aventuró el capitán Guarda, tendido junto a su jefe—. Por eso demoraron en volverlos hacia acá.

—¡Y qué cañones! —bufó García casi con admiración—. Las balas pasaron como carretas por encima de nosotros. Deben de ser de quinientas o de mil libras cada una. Si nos pillan de día aquí, nos mandan al infierno en cinco segundos.

Una segunda andanada, más recia que la anterior, estremeció el aire y entonces sí escucharon cómo se estrellaban los proyectiles detrás de ellos, esparciendo tierra y cascajos en todas direcciones.

—¿Qué habrá sido de los carampangues, mi comandante? —se atrevió a inquirir el capitán Guarda en un instante en que se silenció el ensordecedor estrépito.

—Deben de estar cagados de susto en las calles del pueblo —comentó crudamente el jefe—. No les va a quedar otra solución que retroceder a todo escape. Seguramente ya deben de estarse abriendo las poternas de los fuertes para vaciar en las calles a grandes masas de fusileros, con el fin de que exploren cuántos somos los asaltantes.

Otra vez el estruendo de los cañones cubrió sus voces. Con las

cabezas hundidas en el suelo, sintieron entonces cómo les caían encima terrones y piedrecillas. Era un síntoma amedrentante: los artilleros estaban afinando la puntería, adivinaban que el grueso de los atacantes se encontraba en la cuesta.

—En unos minutos más los proyectiles barrerán este sitio y no escapará viva ni una hormiga, mi comandante —lo previno Guarda —. ¿Avanzamos o nos retiramos?

—¡Nos aguantamos aquí, ayudante! ¡Que los soldados se peguen a la tierra como si fueran sapos! No podemos retirarnos sin saber qué ha sido de mi general De la Cruz y de los carampangues.

La siguiente descarga de las baterías chalacas cubrió de tierra y piedras a la compañía y arrancó más de un grito sofocado entre sus hombres. El comandante se puso de pie escupiendo polvo y avanzó unos pasos manoteando para despejar el aire ante sus ojos. Al terminar el tronar había creído oír el característico ruido de los calamorros de unos soldados corriendo. En efecto, en la muy tenue claridad que iba venciendo a la noche, distinguió los bultos de numerosos hombres acercándose a saltos. Eran los del «Carampangue». Ascendían sin disparar, indicio de que no eran perseguidos.

—¡Compañía…, retirada! —gritó a todo pulmón García, con el propósito de que también lo oyeran los recién llegados—. ¡Desplegarse para ofrecer menos blanco! ¡A la carrera, hasta ponerse fuera del alcance de los cañones…, maaar!

Pero él se mantuvo en su sitio en espera del general De la Cruz y aún tuvo humor para comentar con el subteniente Ruiz, que se mantenía a su lado:

—¡Mira al comandante Valenzuela! ¡Corre como un potrillo, a pesar de su cara de caballo viejo!

—Pronto estará usted corriendo como él, padre —se burló el subteniente, recibiendo en cambio un empellón que lo obligó a ponerse en movimiento.

—¡A callar, mocoso! ¡Dale a las piernas! ¡Galopa a mi lado, porque esas mierdas están disparando con balas de verdad!

Las dos compañías regresaron al campamento de Baquijano en estado lamentable de extenuación y suciedad. Su intento no sólo había sido un fracaso, sino que les demostraba la inexpugnabilidad del Callao.

—Es inútil, comandantes —resumió el general De la Cruz con desaliento cuando logró reunir a los jefes, pronunciada ya la aurora —. Tendríamos que disponer de todo nuestro ejército y de muchas más baterías que las que disponemos para poder asaltar esas fortificaciones. Tendremos que limitarnos a bloquear el Callao, tendiendo un cerco extenso más allá del alcance de sus cañones.

Los jefes guardaron un silencio elocuente. Todos sabían que estacionar a la división en ese lugar les acarrearía consecuencias funestas, pero ninguno podía ofrecer una solución mejor.

—Estamos obligados a mantener el asedio permanente del puerto —les recordó el general a modo de justificación—. Trataremos de reducir al mínimo los peligros del clima y los pantanos, pero no podemos renunciar a nuestra misión. La haremos más soportable tendiendo una doble hilera de soldados, en semicírculo, rodeando el puerto. Los extremos de ese semicírculo se apoyarán en la costa a ambos lados del Callao. Y por el mar mantendrá el bloqueo nuestra escuadra. Así permaneceremos hasta que la guarnición de los fuertes se rinda.

—¿Y por qué habría de rendirse, mi general? —quiso saber García con aire de duda.

—Porque los privaremos de todo suministro de víveres y especialmente de agua.

El general De la Cruz había sostenido largas conversaciones con Candelaria Pérez y de sus labios supo que las fortificaciones se surtían de agua por medio de anchas acequias que corrían a tajo abierto a través del pueblo. Aunque cegarlas ofrecería grandes dificultades, era preciso hacerlo. Nuevamente hubo una pugna entre los comandantes del «Carampangue» y del «Portales» para obtener esa peligrosa misión para sus hombres.

—No, comandantes —les rebatió De la Cruz—, lo harán patrullas especializadas que entrarán en la noche al pueblo e inutilizarán esas acequias echándoles salitre.

—Eso exigirá repetir diariamente la operación —le advirtió el comandante del «Valparaíso», y el general suspiró muy hondo antes de responder:

—Sí. Habrá que arriesgarse noche tras noche.

—Lo harán mis carampangues —saltó Valenzuela.

—¡Condenación! —irrumpió García—. ¿Acaso mis portales

no?…

—¡Basta, señores! —tuvo que atajarlos De la Cruz, cansado—. Yo determinaré quiénes harán esa operación. Lo único que deseo es que nuestra inmovilidad en esta región tan insalubre sea provechosa… Entiéndanlo. Si conseguimos cortarles los víveres y el agua tendrán que rendirse. Todo será cuestión de esperar algún tiempo.

«¡Algún tiempo! —pensó García y resopló con fatalismo—. Vamos a quedarnos clavados en esta tierra igual que en los fuertes de Arauco. Pasarán semanas, meses… ¡Maldita sea!».

Su vaticinio se fue cumpliendo en forma inexorable. La tarea de privar de víveres y agua a las fortificaciones, además de riesgosa, parecía estéril. Pasaban las semanas y la vida en el interior del Callao no se alteraba en absoluto y, en cambio, los soldados chilenos se iban debilitando a simple vista. Cuando ya estaban por enterarse dos meses de enervante espera, el extremo de la línea de asedio que tocaba la costa por el sur del Callao logró ponerse al habla con el bergantín «Aquiles», lo que significó un doble alivio para los sitiadores.

—Ese buque podrá retirar a los enfermos graves —señaló García.

—Y también llevar y traer correspondencia, mi comandante —le apuntó su ayudante Guarda—. Precisamente dentro de una hora vendrán a recoger nuestras cartas para llevarlas al buque. ¿No desea usted enviar una, mi comandante?

—Por supuesto. Tengo una esposa en Santiago —dijo García, y el recuerdo de ella le entristeció el rostro—. ¿Qué será de mi Magdalena? Es posible que hasta me crea muerto. —Se palpó la barba suavemente, como ella lo hiciera aquella vez que se la recortó, y sintió compasión de sí mismo. Cabello, patillas y barba eran una sola pelambrera enmarañada e hirsuta—. No se imaginará que estoy muerto de aburrimiento, de asco por este clima infame, por las enfermedades de los soldados, por esta inercia insoportable.

—Perdón, mi comandante —lo interrumpió Guarda—, pero si deseamos enviar cartas a Chile, tenemos que ponernos a escribirlas ahora mismo.

—Sí, ayudante, sí —le respondió García, todavía un poco ausente—. Cuando termine de redactar la suya, venga a buscar la mía, por favor.

Su mesa fue un cajón vacío con desleídos letreros en inglés y chino que indicaban que había contenido té; su silla, una banqueta con asiento de totora trenzada; su caligrafía, tortuosa y difícil, propia de su mano habituada a labores rudas.

«Mi inolvidable Magdalena —la encabezó con emoción—. Por fin puedo escribirte y decirte por ésta que no te abandono en mi recuerdo, a pesar de la perra vida que estamos llevando. Desplegados en torno al Callao, desde hace dos meses nos estamos enfermando todos de mugre y de fiebre. Viviendo y durmiendo sobre pantanos, hemos visto disminuir la resistencia de los soldados y aniquilarse poco a poco la fuerza de nuestro ejército. El clima infernal ha tumbado ya a más de mil doscientos hombres, los que llenan varios hospitales de campaña, que hemos tenido que ir habilitando a medida que ellos caen enfermos. Ver marchar a mi batallón me da rabia y espanto; todos los hombres están demacrados y verdosos. Mi general José María de la Cruz terminó con una fiebre intermitente tan recia que tuvo que dejar el mando de nuestra división en manos del coronel Pablo Silva. Éste ha realizado unas bonitas hazañas, guiado por una mujer extraordinaria que se ha incorporado al ejército y a quien, por su valor, dicen que se le va a conceder grado. Pero ya todo el mundo la llama “la sargento Candelaria”. Esta notable mujer, más soldado que todos los soldados del ejército, contagia con su coraje a los oficiales y clases y se introduce con ellos, en las noches, al Callao. Despreciando el peligro, inutiliza las fuentes de agua con salitre, roba alimentos, convence a soldados peruanos para que deserten de los fuertes, y desarrolla tal actividad que hasta dos coroneles que trabajan con ella no pueden seguirla. Los coroneles Wood y Sutcliffe, experimentados agentes de nuestras fuerzas, le profesan una admiración sin límites.

»Hace tres días, la sargento Candelaria Pérez entró al Callao al frente de una patrulla mandada por el propio coronel Pablo Silva, y, ensoberbecida por la visión de los fuertes, arrastró a los hombres hasta el pie de los muros y, trepada sobre una carreta, desafió a gritos a los defensores a salir a combatir fuera de las murallas. Fue tal el efecto de su audacia que los enemigos ni siquiera pensaron en disparar sobre ella. Las hazañas de esta mujer han constituido el único atractivo del exasperante bloqueo que mantenemos y los

comentarlos sobre ellas en las tertulias del campamento han servido para aliviar en parte la pesada depresión que embarga a los soldados.

»Nada de lo que se creyó posible se ha realizado. Los generales peruanos apenas han podido reclutar un batallón de quinientos hombres. La posesión de Lima no sirve sino para mantener al ejército anclado en el centro del país. Entretanto, el general Santa Cruz ha venido descolgando a sus tropas bolivianas y las concentró en su totalidad en Tarma y Jauja. Se rumorea que ha tenido el atrevimiento de bajar batallones hasta Santa Eulalia y Matucana, es decir, a unas pocas leguas de Lima, dentro del cajón del Rímac. Y nadie ignora que viene con siete u ocho mil soldados bien pertrechados. El día en que se abalance será grave para nosotros; apenas podremos oponerle unos tres mil hombres, ya que tenemos enfermos mil doscientos y unos ochocientos ocupados en sostener este condenado bloqueo del Callao, cuya guarnición, al menor descuido, nos apuñalará por la espalda. ¿Y a qué hablar del pueblo limeño? El general Bulnes ni el Presidente Gamarra supieron conquistarse sus simpatías. Es lógico, no creen en ideales internacionales y defienden su patria. Cuando se produzcan las batallas, nos degollarán donde nos encuentren. Esta es la situación, mi querida esposa. Si el general Bulnes no despierta y nos saca de Lima o lanza un zarpazo desesperado para desbaratar los planes magistrales de ese diabólico general Santa Cruz, la guerra está perdida para Chile. Te lo comunico sin amargura, fríamente, para que no te pille de sorpresa ese posible resultado. Pero, en todo caso, recuerda que tu hijo está bien, siempre a mi lado, y que ambos te enviamos nuestro afecto. Teniente coronel Manuel García».

El comandante no quiso volver a escribir en la semana siguiente; sentía escrúpulos de alarmar más a su esposa contándole cómo se iban agravando las circunstancias. Las avanzadas del general Santa Cruz, formadas por guerrillas numerosas, bien armadas y conocedoras de los laberínticos senderos de la sierra, mandadas por un exgeneral del ejército de Simón Bolívar, el mariscal Miller, seguían descendiendo hacia Lima por dos rutas: la de La Oroya a Matucana y la de Tarma a Santa Eulalia, con la intención de atrapar a los chilenos entre las fauces de una tenaza. Eran las encargadas de preparar el camino a las tropas regulares de Bolivia. El general

Bulnes, presintiendo la inminencia de un ataque formidable, se dispuso a desbaratar a las guerrillas del mariscal Miller mediante un golpe sorpresivo, que denotaba su alarma.

—Coronel —dijo a Sutcliffe, a quien desprendiera de las tropas bloqueadoras del Callao, al igual que a Wood—, organice usted una expedición basada en la compañía de cazadores del «Colchagua», agregándole la «Columna Peruana», que comanda ahora el coronel Frisancho. Esta fuerza, escoltada por doce lanceros a caballo y mandada por los coroneles peruanos Torrico y Plasencia, irá hasta Matucana y exterminará a esas guerrillas en el sitio en que la topen. La persecución ha de ser sin límites. ¿Comprendido?

—Sí, mi general. ¿Cuándo debe partir la expedición?

—Cuanto antes, coronel. Mañana al alba.

—¡A su orden, mi general!

Fue un nuevo fracaso agregado a los anteriores. La columna expedicionaria regresó, extenuada, el 12 de septiembre. Había marchado casi sin descanso durante diez días, persiguiendo a guerrilleros que se desaparecían como fantasmas. Tres nombres se escuchaban en todas partes, incitando a los pobladores del cajón del Rímac a enrolarse en las montoneras. Eran los de los caudillos Rayo, Jiménez y Remolina. La patrulla chilena sólo logró dar alcance a la del primero y, después de encerrarla en la hacienda Santa Clara, la exterminó hombre por hombre, con rabiosa saña. Este escarmiento produjo la desaparición de las demás montoneras y la expedición se estacionó dos días en Matucana. Luego regresó a Lima, dejando de guarnición en este pueblucho al coronel Frisancho con sesenta soldados peruanos.

No habían pasado, sin embargo, veinticuatro horas desde el reingreso de la columna a la capital, cuando el coronel Wood se hizo presente en el despacho del general Bulnes empujando ante él a un campesino de la región. Lo había aprisionado en el camino de Chaclacayo, y como, amedrentado por la figura del general, se obstinara en no hablar, el coronel se quitó su ancho cinturón de cuero y lo blandió como látigo.

—Si no deseas que vuelva a sucederte lo que te ocurrió en el camino, vas a repetir al momento lo que me revelaste. ¡Vamos, habla!

El labriego miró al amenazante cinturón y al rostro resuelto del

coronel y declaró con voz insegura:

—El general Santa Cruz baja con todas sus tropas desde Tarma, mi señor.

—Se ha resuelto a caer sobre nosotros —comentó sombríamente Bulnes—. ¿Por cuál camino viene?

—Por el de Matucana, señor —le especificó el campesino—. Yo vi las avanzadas. Viene primero el mariscal Miller con quinientos guerrilleros y después el general Otero con cuatro compañías de cazadores montados de los batallones «Pichincha» y «Arequipa» y con los batallones «2.º y 4.º de Infantería». —Aunque asustado, el hombre no pudo ocultar una levísima mueca de burla al calificarlas —: Son las mejores tropas de Bolivia.

A Bulnes y a Wood se les hizo presente simultáneamente la situación en que iba a encontrarse el coronel Frisancho con sus sesenta soldados en Matucana. Iban a ser aplastados por Miller y sus montoneros o por Otero y sus tropas regulares. Era preciso salvarlos y, al mismo tiempo, cerrar el paso a las avanzadas del general Otero.

—¡Coronel Wood! —le ordenó el General en Jefe nerviosamente —, disponga que el comandante Sessé apreste en el acto a su batallón «Santiago» y parta con él a marchas forzadas hacia Matucana. —Su preocupación era tan intensa que gritó a Wood, a tiempo que éste se alejaba—: ¡Que el «Santiago» parta antes de una hora, coronel!

Espoleados por la ansiedad, los soldados del «Santiago» emprendieron la marcha hacia la sierra en la misma noche del 12 de septiembre. Ciertos de que del apoyo que ellos le prestaran dependía la salvación de la columna de Frisancho, forzaban su propia capacidad en el duro ascenso, encabezados por el comandante José María Sessé, el veterano coronel español José Antonio Plasencia y el coronel Wood. Cerraban la retaguardia el coronel Torrico y algunos oficiales peruanos leales. En total, sumaban doscientos doce hombres, de los cuales una docena no más eran jinetes.

Trepando con gran esfuerzo por la quebrada del río Rímac, llegaron el 14 a Chaclacayo y el 15 a San Pedro Mama; el 16 se habían encumbrado ya profundamente en la sierra y alcanzaban el caserío de Surco, en donde el batallón se detuvo unas horas a

descansar; plazo que se aprovechó para enviar espías en todas direcciones, en especial hacia Matucana, pueblo hundido en una hondonada entre las primeras cumbres de la alta sierra.

El coronel Wood, que se encargó de explorar en esa dirección, regresó al caer la noche con sus jinetes y rindió su informe a los coroneles Plasencia y Torrico y al comandante Sessé en un rancho que ocupaban esos jefes para alojar.

—Matucana está en calma y ocupado por los mil indios que usualmente lo habitan —comenzó diciendo—. Pero nos enteramos de algo más tranquilizador. La columna del coronel Frisancho se encuentra en perfectas condiciones en el pueblo y ha conseguido incorporar a sus filas a gran parte de los montoneros de Jiménez. Habiéndose firmado un pacto de ayuda, la montonera acampa junto a un puente del río, al fondo del pueblo y sobre el camino que va a San Mateo.

Sus auditores dejaron escapar un resoplido de alivio. Estaban casi seguros de que no alcanzarían a auxiliar a la columna de Frisancho. Pero Wood había hablado con él, comunicándole que la columna de refuerzo estaría en Matucana al día siguiente al alba.

—¡Magnífico! —aprobó el comandante Sessé—. Partiremos antes del amanecer y, ya sin prisa, iremos a juntarnos con ellos. Entonces podremos dar un descanso a la tropa y celebrar el 18 de septiembre todos reunidos. ¿Acaso no recuerdan que mañana es 17? —les observó riendo—. En consecuencia, pasado mañana es el aniversario patrio de Chile. Por el momento, señores, podemos aflojar un poco la tensión nerviosa; el peligro ha pasado.

—¿Habrá pasado? —reflexionó dudosamente Wood—. ¡Hum, sospecho que los recovecos de estas serranías están repletos de soldados escondidos!

—Cuando menos, esta noche podemos descansar —razonó el coronel Plasencia—. Bebamos un largo trago de aguardiente y durmamos.

Pocas veces la quemante y alcohólica bebida les había caído tan bien y durmieron como troncos tumbados en la tierra.

A la mañana siguiente se estableció el contacto de las dos columnas en el pueblo de Matucana. Era éste un conglomerado de casuchas de cañas y barro, escalonadas en los contornos de una hondonada pequeña que excavó el río en su eterno despeñarse por

el estrecho cajón que lo encauzaba desde las cumbres. Sólo en el centro del poblado, junto a las aguas turbias y violentas, existían tres o cuatro casas de adobe y una pobre iglesia, antigua y sólida, aislada en medio de un llanito liso y reseco.

Los soldados se diseminaron confiadamente en torno a ella para reposar a la sombra de sus muros y hasta los piquetes apostados como centinelas en puntos altos se dejaron amodorrar por la siesta. Pero dos hombres se mantuvieron alerta. Expertos en toda clase de guerras, sabedores del valor que tiene la desconfianza cuando se está en territorio enemigo, ambos salieron, cada uno por su cuenta, y vagaron disimuladamente por el pueblo y sus alrededores. Al caer la tarde, en forma casi simultánea, entraron los dos a la casa parroquial, donde se había cobijado el comandante Sessé. El primero en hacerlo fue el coronel Wood, quien se encuclilló junto a la manta en que descansaba el jefe del «Santiago».

—No acierto a explicarme cómo el coronel Frisancho aceptó un pacto con el montonero Jiménez —discurrió con el ceño fruncido—. Acabo de rondar el campamento que éste tiene junto al puente y me bastó observar la catadura de su gente para que me entrara el recelo. Pedí hablar con Jiménez y me respondieron que no estaba en el campamento, porque había ido a vigilar a la cumbre del cerro que domina el camino a San Mateo.

Sessé se incorporó en su manta y avanzó el cuerpo hacia su interlocutor, dando la impresión de que las frases de éste acababan de resolverle una duda que lo preocupaba.

—Yo crucé con Jiménez unas palabras esta mañana, mi coronel —dijo con vehemencia—, y al igual que a usted, me entró una enorme desconfianza. Tiene un modo de mirar turbio que refleja la embriaguez y la infamia.

—Además, esa ubicación que ha ocupado con sus hombres es sumamente sospechosa —agregó Wood—: sobre el puente que cruza el río y empalma con el camino a la sierra. Es decir, la única vía por donde podrían llegar nuestros enemigos. Mi estimado Sessé, apostaría mi cabeza a que el tal Jiménez pactó una alianza con el coronel Frisancho por orden del propio comando boliviano. Es un caballo de Troya que tenemos dentro del pueblo.

El comandante del «Santiago» se había puesto de pie y su rostro reflejaba una profunda preocupación. Proponía a Wood obligar al

montonero a retirarse del puente, cuando unos golpes discretos sobre la puerta lo interrumpieron. Era el coronel Plasencia que llegaba. Su semblante estaba igualmente alterado.

—Vengo de hacer un reconocimiento y les traigo noticias desconcertantes —les declaró con acento misterioso, agregando enseguida—: Este poblado es un tarro de pólvora que puede explotar en cualquier momento.

—¿Lo dice usted por la presencia de Jiménez? —le indagó Sessé.

—No sólo por eso, que ya es grave; sino porque estamos siendo embotellados astutamente. —Como sus interlocutores lo contemplaran expectantes, aclaró—: Ustedes saben que soy español. Pues bien, esta tarde entré a un tambo que hay en el pueblo con el pretexto de beber un vaso de caña. En realidad, lo hacía por escuchar las conversaciones de los parroquianos. Para mi sorpresa, adentro estaba un vendedor español, uno de esos buhoneros que van de pueblo en pueblo vendiendo baratijas a los indios. Y a poco de oírme hablar, se dio cuenta de que era compatriota suyo y se me acercó con disimulo. Entablamos conversación y, apelando a nuestra común nacionalidad, le sonsaqué noticias que me confesó había pensado revelarme. La principal es que el ejército enemigo no está en Tarma, como todos suponíamos, sino en Chicla, es decir, aquí mismo, apenas unas leguas más arriba de San Mateo.

El coronel Wood y el comandante Sessé se quedaron alelados y comentaron entre ellos que en un par de horas el enemigo podía caer sobre Matucana y obligarlos a una retirada muy difícil.

—Si esas tropas son las avanzadas del Ejército boliviano, ya podemos considerarlas mucho más numerosas que las nuestras —resumió Wood.

—Abísmense, señores —dijo el coronel Plasencia, cogiéndolos de los hombros para acercar a él sus cabezas—. Son nada menos que las tropas que escoltan al general Francisco de Paula Otero: cuatro compañías de cazadores a caballo de los batallones bolivianos 2.º y 4.º y, además, los batallones peruanos «Pichincha» y «Arequipa».

—Eso nos obliga a retirarnos —reconoció Sessé, quien se quedó sorprendido al ver que el militar español meneaba pesarosamente la cabeza.

—Es posible que ya no podamos hacerlo, señores —declaró.

—¿Por qué no, coronel Plasencia? —quiso saber Wood.

—Porque, según mi informante, el general Otero está enterado de todos nuestros movimientos y lo que persigue es acorralarnos. Ha ordenado que el mariscal Miller y sus montoneras bajen por otros senderos de la montaña, paralelos a éste, para colocarse en Carampoma, entre Matucana y Lima, frente a San Pedro Mama, por donde deberemos obligadamente pasar en caso de retirada o de derrota.

Los tres altos jefes se quedaron paralizados, sin que ninguno acertara a encontrar una solución. Lo único que les bullía en el cerebro era la convicción de que se encontraban a punto de quedar encerrados en aquella hondonada con forma de embudo.

—¿Qué podemos hacer, señores coroneles? —les preguntó Sessé por último—. La orden que recibí del General en Jefe es de mantenernos en este punto para interferir el descenso del Ejército boliviano, en caso de que intente bajar a Lima.

—Pues, si es así, no tenemos otro remedio que aguantarnos aquí y enviar un mensajero a Lima, para advertir al comando cuál es la verdadera situación. Además, ya ofreció usted a los soldados celebrar dignamente el 18 de septiembre, mañana. No podríamos defraudarlos por un simple temor.

—Perdería todo prestigio ante ellos —razonó Sessé, y comenzó a pasearse por la mísera habitación, denotando sentirse muy desorientado. Pero por fin se resolvió a aceptar la propuesta del coronel Wood—. Enviaré al momento un mensajero a Lima y ordenaré a mi segundo que vaya con el coronel Frisancho hasta el tolderío del guerrillero Jiménez y le exija trasladar su campamento al lado opuesto del pueblo esta noche misma. Es duro e impolítico, pero tengo que hacerlo.

—Es forzoso colocar un vigía más allá del puente, en lo alto del cerro Chacaguara, que domina el camino a San Mateo —le indicó Plasencia—. Y redoblar la guardia en torno al pueblo.

—Tomadas estas precauciones, no podrán cogernos de sorpresa —afirmó Sessé—. Por lo tanto, cumpliremos con los soldados celebrando el 18 de septiembre con una misa en esta iglesia y una retreta en la plaza del frente. Además, para demostrar que estamos bien armados, haré que se disparen salvas nutridas en honor de la bandera y en memoria de los soldados del «Santiago» caídos en esta campaña.

—Ojalá nos dejen hacer ese festejo en tranquilidad, comandante —dijo Wood con reticencia—. Pero no sé por qué presiento que van a escoger precisamente ese día.

—Harían mal —le replicó Sessé sonriendo, recuperada ya su seguridad—. Porque el solo hecho de estar celebrando su aniversario patrio, dará mayor ímpetu a mis soldados. No seamos pesimistas, coroneles. Mandaré a pedir refuerzos esta misma noche y nos mantendremos en Matucana aun cuando venga el Ejército boliviano completo con el propia Santa Cruz a la cabeza.

Fue aquélla una noche intranquila para los conductores del destacamento. Reinaba un silencio impresionante y la atmósfera primaveral, más límpida que en parte alguna en esa altura de la sierra, permitía el esplendor máximo de las estrellas, destacando las aristas puntiagudas de los montes igual que torreones fantasmagóricos dominando el embudo en que se hallaba el pueblo. La cinta del camino a La Oroya blanqueaba hasta perderse en un portezuelo alto.

El comandante Sessé mantuvo nidos de centinelas en todo el rededor, pero los retiró al alba, dejando sólo uno en el cerro Chacaguara y otro sobre una cantera que dominaba el camino a Lima.

Muy temprano, los componentes del destacamento comenzaron a prepararse para celebrar su aniversario patrio. Alegremente se asearon en un remanso del río e hicieron pequeños remiendos a sus uniformes para presentarse mejor. El comandante Sessé había prevenido el día anterior al capellán de Matucana para que oficiara la misa, pero éste demoró mucho, porque había trasladado los ornamentos y los vasos sagrados a una hacienda vecina, para tenerlos a salvo en caso de una escaramuza. En tanto iba en una mula a buscarlos, los soldados formaron en la plaza y el subteniente Barros Morán procedió a proporcionarles los elementos para que hicieran las salvas de homenaje con tiros de fogueo. Se hallaba en esta operación, cuando el coronel Wood, que no había cesado un momento de girar en torno al pueblo observando los alrededores, regresó a la plaza y desmontó junto a él.

—¿Todos los soldados del «Santiago» van a tener sus fusiles cargados con tiros a fogueo? —le consultó, inquieto.

—Sí, mi coronel —le respondió el joven oficial—. No van a

hacer salvas con balas de guerra.

Wood meneó la cabeza en forma desaprobatoria; le parecía una enorme imprudencia estando los enemigos tan cerca, pero ya casi todos los hombres habían cargado sus fusiles con pólvora y tapones de estopa y los aprensaban con las baquetas.

—¿Y los sesenta del comandante Frisancho? —le preguntó, viéndolos descansar flojamente en una de las aceras del costado de la plaza.

—Esos no. No podemos exigirles que rindan honores a nuestra bandera siendo ellos peruanos, ¿no le parece, mi coronel? Sólo van a actuar como espectadores.

—Bien —aprobó Wood, suspirando algo aliviado—. Pero me voy a permitir moverlos de la posición en que están. Diga usted al comandante Sessé que pediré al coronel Torrico que tome el mando de la columna de Frisancho y la aposte en la calle principal, de modo que tengan franco el paso hacia el puente.

—¡A su orden, mi coronel!

El oficio religioso pudo comenzar poco antes de las doce. Los soldados, formados en dos filas enfrentadas ante la puerta abierta de la capilla, lo seguían con respetuoso recogimiento. Pero los coroneles Plasencia y Wood estaban visiblemente nerviosos. El primero, como buen español y por ende muy religioso, estaba arrodillado dentro del templo, pero muy cerca de la puerta; el otro se había quedado afuera y, despreocupado de la ceremonia, cada cierto rato levantaba un anteojo de campaña y observaba al centinela erguido en la cumbre del cerro Chacaguara vigilando el camino a San Mateo. Fue con profundo alivio que el coronel vio finalizar la misa y a los oficiales abandonar la capilla para dar comienzo a las salvas en la plazuela. Pero en el mismo instante en que el comandante Sessé salía del templo, Wood reparó en que el vigía del cerro ya no estaba en su puesto. Nerviosamente lo buscó con su anteojo por la ladera, mas tampoco lo vio. Entonces corrió a su caballo y galopó sin demostrar su alarma por la calle central hacia el puente, donde estaba el puesto central de centinelas. No había llegado a él cuando un corneta lanzó el toque de alarma y varios hombres de la avanzadilla reingresaron al pueblo gritando:

—¡Alas armas!… ¡Alas armas!… ¡Vienen los enemigos!…

El coronel detuvo a uno para preguntarle por dónde venían.

—¡Por el camino de San Mateo, mi coronel! ¡Se trata de una numerosa columna de infantería apoyada por caballería! ¡Vienen ahí no más, mi coronel, a menos de un cuarto de legua!

Wood giró su caballo y lo lanzó a todo escape hacia la plazuela, deteniéndose apenas unos segundos en mitad de la calle central para prevenir al coronel Torrico:

—¡Corra con la «Columna Peruana» a tomar posiciones defensivas en el puente donde está la avanzada! Las suyas son las únicas tropas que tienen sus fusiles cargados. Defienda la entrada al pueblo el tiempo necesario para que los demás soldados vacíen sus fusiles de los fogueos y los recarguen con balas de guerra.

—¡Perfectamente, coronel Wood!

La «Columna Peruana» partió a la carrera hacia el puente, mientras Wood continuaba hacia la plazuela.

—¿Qué ocurre, mi coronel? —le salió al encuentro el comandante Sessé, quien al enterarse de que se les venían encima tropas bolivianas muy numerosas, se volvió en el acto hacia sus hombres—. ¡Compañías, disparar todos al instante las balas a fogueo y recargar sus fusiles rápidamente! ¡El enemigo nos ataca por el oriente!

Pareció una festividad de Año Nuevo por la cantidad de disparos que se hicieron al aire sin orden ni concierto. Los fogonazos sonaban como fuegos de artificio.

—La columna de Torrico apenas podrá resistir unos minutos en el puente y será arrasada por la masa de los enemigos. Si son más numerosos que nosotros nos será difícil batirlos dentro del pueblo mismo —opinó el coronel Plasencia, que se les incorporaba.

—Hay que contenerlos en el puente —fue el parecer de Wood, pero la operación no alcanzó a ponerse en práctica; ya los adversarios asomaban en el portezuelo del camino a San Mateo y lanzaban a su caballería como un alud en dirección al puente. La carga, sin duda, iba a arrollar a la avanzadilla y a los sesenta hombres de Torrico. Había que resignarse a darlos por perdidos. Así lo comprendieron los jefes y lo demostró la orden que dio el comandante Sessé a sus hombres, que ya terminaban de cargar sus fusiles:

—¡Batallón «Santiago», calar bayonetas! ¡Tomar posiciones a todo lo largo de la calle central! ¡Libertad de acción! ¡Tenemos que

contener a esa caballería!

Los hombres se abalanzaron como una masa compacta en la dirección indicada y se fueron diseminando astutamente en los quicios de las puertas, en las aristas de los paredones y sobre los muros bajos.

El coronel Plasencia, adiestrado para otro tipo de guerra, los contemplaba atónito y horrorizado.

—¡Es una locura! —gritó tratando de disuadir a Sessé—. ¿Qué pueden hacer los infantes contra una caballería que carga al galope?

—¡Contenerla!… ¡Tumbar a los jinetes!… ¡Confundir a la caballada! ¡Romper su avance! —fue lo último que dijo Sessé antes de lanzarse en pos de sus hombres.

—¡Es una temeridad suicida! —observó Plasencia a Wood, pero éste se limitó a responderle:

—No conoce usted el empuje y la astucia del soldado chileno, coronel. Vamos y verá usted cómo resisten el choque de la caballería.

Ya el estruendo de la balacera penetraba en el pueblo cuando tomaron la calle principal y ambos jefes desmontaron para ofrecer menos blanco. Pero ambos, antes de descabalgar, habían alcanzado a darse cuenta de que la caballería boliviana arrollaba a la columna de Torrico, pasaba sobre sus escasos sobrevivientes y penetraba en la calle central. Mas el cruce del angosto puente y la breve lucha con sus defensores desordenaron su formación y ya no era una masa compacta la que se abalanzaba sobre los infantes del «Santiago». Estos los recibieron con una descarga cerrada que llenó la calle de humo, el que se hizo más denso por su mezcla con el polvo que levantaban los caballos. El comandante Sessé los contemplaba parapetado tras un árbol y trataba de medir su poderío. Si las líneas del «Santiago» resistían el choque, esos jinetes estaban perdidos, los infantes los envolverían como un enjambre de avispas. Fue un momento en que se le suspendió la respiración. Sus compañías, tras las dos primeras descargas, no volvieron a preocuparse de las balas. Abandonando sus refugios, saltaron al centro de la calle y formaron una barrera de cuatro filas, tres varas más atrás una de la otra, abarcando todo el ancho de la vía. Fue una verdadera muralla de puntas de acero la que enfrentó a los pechos de los caballos. Y vino el choque. El primer grupo de bestias se estrelló como un ancho

ariete contra las filas de infantes, logrando romper las dos primeras. Pero éstas se abrieron elásticamente y, pasado el primer envión, se cerraron como un anillo sobre los atacantes. En cambio, las filas tercera y cuarta resistieron a pie firme la avalancha; sus sables y bayonetas se hundían profundo en las carnes de los caballos y de los jinetes.

—¡Resistieron! —gritó enardecido Wood a su compañero Plasencia—. ¡Ahora actuamos nosotros también, coronel; antes que llegue la infantería boliviana! ¡Es la hora del sable! ¡A la carga, amigo mío!

Ambos jefes se introdujeron en el feroz entrevero repartiendo sablazos a diestro y siniestro, pinchando y tajando a los jinetes hasta derribarlos de sus cabalgaduras.

La batalla se desarrollaba con una ferocidad terrible por ambos bandos. Los chilenos, enfebrecidos por el grito de «¡Viva el 18 de septiembre!», oponían sus filosas bayonetas a las lanzas de los jinetes bolivianos y, saltando como demonios en torno de ellos, los arrancaban de sus monturas y los clavaban contra el suelo. Viéndose masacrados por aquella infantería tan movediza e inmisericorde, conservaron poco tiempo los arrestos. Antes que cayera la mitad de ellos, volvieron bridas y se retiraron por la misma calle que les permitiera el acceso. Pero su propia infantería ya entraba, a su turno, y detuvo su avance al ver a su caballería retornar al galope desordenado. Sus filas se abrieron por el centro para dejar pasar a los jinetes y volvieron a cerrarse rápidamente, oponiendo a los chilenos una valla de fusiles. Las dos compañías del «Santiago» vacilaron un instante al contemplar a esa nueva fracción de antagonistas que les hacía frente. El comandante Sessé levantó los brazos para contener a su gente y durante algunos segundos los contendores pudieron mirarse las caras en un silencio impregnado de humo y polvo. Pero fue otro factor, inesperado, el que atizó de nuevo la batalla. En la retaguardia de los chilenos, desde detrás de la capilla, resonó una cerrada descarga de fusilería. Eran los montoneros de Jiménez, que, traicionando el pacto convenido con el comandante Frisancho, atacaban por la espalda a los chilenos.

—¡Estamos encerrados entre dos fuegos! —dejó escapar entre dientes el coronel Plasencia, cada vez más desconcertado por aquel estilo de guerra—. No tenemos salida.

—¡Pues, nos la abriremos a fuerza de bayonetas! —porfió el comandante Sessé, desfigurado por el sudor, el polvo y la sangre que le había salpicado—. ¡Segunda compañía, media vuelta! ¡Vista a la iglesia, a la carga, mar! ¡Coronel Plasencia, tome el mando de esa compañía y combata a esos traidores!

La situación de los doscientos doce soldados del «Santiago» era desesperada, estaban encerrados dentro de la calle polvorienta, taponada en ambos extremos por fuerzas enemigas. Obedeciendo a la orden de Sessé, ambas compañías se situaron espalda contra espalda, dispuestas, en el primer momento, a defenderse así, aunque fueran cayendo sus hombres uno a uno. Y durante quince minutos aproximadamente la calle fue un infierno, en que las balas zumbaban como abejas en una colmena. Pero poco a poco fueron manifestándose el mejor adiestramiento militar y la puntería más certera de los infantes acorralados. La primera en ceder fue la guerrilla de Jiménez. Raleada por las bajas sufridas, empezó a abandonar el pórtico de la capilla, en que se había parapetado, y contorneándola, comenzó a escurrirse por los costados del viejo edificio. Esa creciente debilidad fue captada al momento por el coronel Plasencia, quien transfirió el mando de la mitad de su compañía al coronel Wood y se dispuso a perseguir a los montoneros con la otra mitad.

—Manténgase aquí de reserva, para reforzar a la fracción de Sessé o a la mía, según las vea debilitarse —le dijo apresuradamente, y se abalanzó a paso vivo, pero con cautela, sobre la guerrilla en retirada.

El coronel Wood concentró a su media compañía frente al atrio del templo y, ordenándoles disparar con calma y seguridad cada vez que distinguieran a un enemigo aislado, sacó su anteojo de campaña y, apoyado en la arista esquinera del edificio, se puso a observar las dos acciones con flema británica. Presumía que, si una de las fracciones atacantes cejaba en su empeño, la otra no tardaría en amilanarse y emprender la retirada.

—¿Nosotros no peleamos, mi coronel? —se acercó a preguntarle un sargento, muy extrañado.

—No —le respondió—, nos reservamos para la carga final. Diga a los soldados que aprovechen para cargar sus fusiles y tomar un respiro.

No alcanzaron a pasar más allá de diez minutos cuando, de súbito, de entre la masa que formaba la compañía de Sessé surgió el galvanizante *pizzicato* del toque «A la carga» brotando de una corneta. Wood enfocó hacia allá su anteojo y contemplo cómo la primera compañía comenzaba a avanzar hacia el puente, sin romper su cohesión. Era indicio seguro de que la infantería del general Otero estaba cediendo.

—Se les está dando vuelta la tortilla a los que pretendieron pillarnos por sorpresa, mi coronel —le comentó sardónicamente el sargento—. Creyeron que iban a pasar sobre nosotros a la primera carga y ahora se les hacen pocas las patas pa retirarse. Y ya sabe *usté*, mi coronel Wood, cuando en las tropas bolivianas cede el oficial, nadie detiene al soldado. ¡Mírelos cómo aflojan!

La afirmación del sargento no estaba errada. El avance de la compañía de Sessé era lento pero incontenible. Progresando paso a paso, iba empujando hacia el puente a los bolivianos.

Entretanto, la media compañía del coronel Plasencia había conseguido poner en franca fuga a la montonera de Jiménez y entonces fue cuando el pronóstico del coronel Wood se cumplió. Apenas los guerrilleros fueron visibles en el linde del pueblo corriendo desalados hacia las montañas, el pánico prendió en la fuerza que se oponía al comandante Sessé y se produjo el desbande. Inútiles eran los gritos del general Otero, que corría en su caballo de un lado a otro, tratando de contener la fuga de su tropa. Los soldados se le escabullían al interior de las casas, huían hacia el puente o se lanzaban a cruzar a saltos la quebrada del río para encontrar la salvación en los montes de la otra ribera. Ese era el momento esperado por el coronel Wood. Sacando su media compañía al medio de la plazuela, le indicó las filas enemigas ya rotas.

—¡A ellos, muchachos! ¡Una sola carga y hacemos pedazos a los que aún resisten! ¡A la carga, soldados del «Santiago»!

El ataque de esa media compañía, descansada, fue decisivo. Los restos de la línea boliviana no pudieron resistir y se rompieron caóticamente. Los soldados y oficiales ya sólo pensaron en escapar de aquella avalancha que se les venía encima y corrieron hacia el puente y la quebrada, arrojando de paso sus armas. El propio general Otero, viendo perdidos sus esfuerzos, picó espuelas y se

alejó atravesando el puente, seguido apenas por medio centenar de sus hombres. En pocos minutos, los chilenos eran dueños de la situación y ocupaban el puente, por el oriente, y la plazuela, por el poniente.

Jadeantes, sucios, con los uniformes rotos en diversas partes, se reunieron en la mitad de la calle el coronel Plasencia, el comandante Sessé y el sargento que escoltara al coronel Wood en su carga final. Aunque sus rostros todavía aparecían alterados por la exaltación, sonreían con orgullo.

—Los reventamos, mis coroneles —les comentó el sargento con natural simpleza—. ¿Y ahora por qué no los perseguimos?

—Una persecución sin caballería no sirve para nada, sargento —le sentenció Sessé—. Además, tenemos que limpiar el pueblo; esta acción no ha terminado ni mucho menos. Los adversarios, con tal de hurtarles el cuerpo a nuestras balas, se han amparado en todas las casas. Hay más dentro de ellas que los que huyen por el otro lado del río y por los cerros.

—Pues, los sacamos como a los conejos, mi comandante —propuso socarronamente el suboficial—: les echamos humo primero y les metemos balas después.

Los dos jefes rieron, pero, por supuesto, no siguieron su consejo. En lugar de eso, Plasencia regresó a la plazuela para tomar el mando de la segunda compañía, en tanto que Sessé se dirigía al puente a recuperar el de la primera. Habían acordado dividirse el pueblo y revisar cada uno las casas de la mitad que le correspondió.

—Soldados —dijo Sessé a los suyos—, vamos ahora a hacer el camino al revés para repasar el planchado y que esta calle quede tan limpia y lisa como las perneras de un pantalón de parada. La primera mitad irá provocando a los francotiradores. Debe haber muchos. Cabeza que vean asomarse en los techos o las ventanas, si no aparece con los brazos en alto, ¡bala con ella! La segunda mitad entrará a las casas, una por una, y sacará a la calle la todo bicho viviente que encuentre dentro. ¿Entendido?

—¡Entendido, mi comandante! —le respondió un coro de cien voces. Comenzó la maniobra de limpieza y cada diez o veinte varas se iba confirmando la aseveración del comandante Sessé. Eran muchos los vencidos que estaban refugiados en las casas. Algunos salían espontáneamente a la calle, con los brazos en alto; otros

asomaban sobre los techos de barro y clamaban se les perdonara la vida. Pero también, de súbito, zumbaban las balas por el aire y picoteaban el suelo junto a los soldados. Entonces comenzaba la cacería del o de los francotiradores hasta exterminarlos. El sargento de la segunda compañía que estuviera junto a Wood en la refriega era irrefrenable, se hallaba enardecido y su único instinto era el de matar. Impaciente, marchaba solo por el centro de la calle disparando sobre cualquier objeto que viera moverse. Alcanzó a dar muerte a varios hombres apostados sobre los techos, pero en el momento en que disparaba sobre el último, gritando:

—¡Me lo cargué! —de una ventana de la casa de enfrente salió un tiro que lo cogió en mitad del pecho, matándolo al instante.

Cinco hombres se lanzaron como potros contra la puerta de la casa en cuestión y durante unos minutos se oyeron repetidos los estampidos de sus fusiles.

—¡Tomen precauciones, muchachos! —gritó, amargado, el comandante Sessé—. Esta gente seguirá resistiendo casa por casa y habrá que ir eliminándolos de a uno. ¡Vamos, adelante!

Cuatro horas duró la limpieza del pueblo de Matucana. Comenzaba a obscurecer cuando se extinguieron los últimos disparos y el grueso de las compañías del «Santiago» y los escasos sobrevivientes de la columna del coronel Torrico se reunieron en la plazuela de la capilla, rodeando a un crecido pelotón de prisioneros. Cansados, pero satisfechos de verse vivos, los soldados se tumbaron a reposar, después de establecer las guardias de rutina. Había terminado la batalla, y mientras el corneta tocaba «Queda», el comandante Sessé recibió el informe de la batalla en la casa cural. El capitán Lerzundi fue el encargado de rendírselo. El enemigo había dejado cincuenta y un muertos y treinta prisioneros, además de mil doscientos fusiles, capotes, banderolas, cornetas y otros arreos de guerra.

—¿Cuántas son las bajas nuestras, capitán? —quiso saber Sessé.

—Dos oficiales: el teniente de la legión peruana Martín Bernabé y el subteniente de la compañía de cazadores Francisco Javier Barros Morán.

—¿Cómo? —exclamó, impresionado, el comandante—. ¿Barros Morán murió? —Como el capitán hiciera un gesto afirmativo, lamentó—: ¡Qué pena! Su madre, doña Mercedes Morán de Barros,

me lo recomendó mucho al salir de Santiago. En fin, tendré que escribirle yo mismo dándole la triste noticia. ¿Cuántas bajas entre la tropa?

—Un sargento y nueve soldados del «Santiago» y cuatro de la «Columna Peruana». Heridos: tres oficiales y veinticinco hombres de tropa.

—Redacte el parte, capitán, y lo enviaremos al momento a Lima.

—¡A su orden, mi comandante! ¿Orden del día para mañana?

—Levantar campamento a las siete y marchar hacia Carampoma. Nuestros informes nos indican que el mariscal Miller está apostado en ese lugar para cortarnos la retirada después de nuestra derrota. Pero como no fuimos nosotros los vencidos, vamos a ir a darle la gran sorpresa al mariscal en su posición frente a San Pedro Mama. Creo que batiremos fácilmente a Miller y enseguida podremos regresar a Lima. Con la lección que acabamos de darles, me parece que los bolivianos no volverán tan pronto por estos lados.

Entretanto, en el Cuartel General en la quinta Santa Beatriz, el general Bulnes, abrumado por la aniquilante situación que soportaban las tropas de la división del general De la Cruz en el Callao, recibía el primer mensaje que le enviara el comandante Sessé, en el que le participaba que se disponía a enfrentarse con un enemigo muy numeroso en Matucana. Inmediatamente, y temiendo por la suerte de aquella columna del «Santiago», hizo acudir a su presencia a los coroneles Pedro Godoy y Tomás Sutcliffe, para ordenarles ir en auxilio de ese destacamento.

—Tomen ustedes el batallón «Valdivia» y el «Carabineros de La Frontera» completos y diríjanse a marchas forzadas a Matucana. Ojalá lleguen a tiempo para salvar a los santiaguinos. De todos modos, una vez que ustedes se hayan enseñoreado de la situación, retornen de inmediato a Lima con todos los sobrevivientes.

—Perdón, mi general —le objetó Sutcliffe—. ¿No tenía usted el propósito de retener, a todo trance, ese camino de la sierra, por donde está obligado a pasar el Ejército boliviano para bajar a Lima?

Manuel Bulnes hizo un ademán de desagrado y reconoció con abatimiento:

—Era mi intención, coronel Sutcliffe, pero he cambiado de idea. Es estéril seguir manteniéndonos en Lima. Nuestro ejército se está

aniquilando tontamente en el clima infernal del Callao, sin que el asedio conduzca a nada y sin que avancemos un paso en esta guerra.

—Pero si abandonamos Lima, ¿adónde iremos a proseguir la contienda? —le arguyó Godoy.

—¡Al norte, coronel! —le repuso Bulnes, repitiendo con mayor énfasis—: ¡Al norte! Estoy esperando noticias del general Lafuente, que viajó hacia allá para obtener un pronunciamiento del general Vidal y de todos los pueblos en favor nuestro. Sus cartas son alentadoras y confío en que, por fin, podremos contar con el auxilio de los peruanos de esa zona. Por eso es que no deseo distanciar a mis tropas de la capital, a fin de poder salir con ellas en cuanto pueda hacerlo. Eso explica mi orden de que se traigan ustedes a todos los soldados que tenemos en la sierra.

Pero los coroneles Godoy y Sutcliffe, con su poderoso destacamento, no alcanzaron a llegar a Matucana. Se encontraban ya a dos leguas de San Pedro Mama cuando los sorprendieron furiosas descargas de fusilería provenientes de ese pueblo.

—Seguramente, son los restos de la columna del «Santiago» que han bajado defendiéndose desde Matucana —dedujo Sutcliffe, después de escuchar unos instantes—. ¡Pobres compañeros, deben venir diezmados!

—¡Atención, comandantes! —gritó en el acto el coronel Godoy, dirigiéndose a los jefes del «Valdivia» y del escuadrón de carabineros—. ¡Forzar la marcha! ¡Los del «Santiago» están batiéndose en San Pedro Mama! ¡Vamos a auxiliarlos!

La caballería del «Carabineros de La Frontera» se adelantó rápidamente en tanto que los infantes la seguían al trote. Pero la senda era escabrosa y difícil, remontándose sobre cerros ásperos y quebradas profundas. Más de una hora tardó la caballería en atravesar aquellas dos leguas de serranía y durante todo ese tiempo se oyó el incesante retumbar de las descargas de fusilería.

—Nuestros pobres compañeros deben de estar en una situación desesperada —comentó con amargura Sutcliffe—. Su resistencia es heroica. Hace más de una hora que disparan. Deben de quedar muy pocos vivos.

Como si sus pesarosas reflexiones hubiesen tenido un poder mágico, no bien las hubo pronunciado cesaron los estampidos y no

volvió a oírse ni un solo tiro más.

—La resistencia ha terminado —exclamó con tono agorero Sutcliffe—. Pero cuando menos vengaremos a nuestros infortunados compañeros. ¿Cuánto falta para llegar a ese condenado pueblo?

—Estamos llegando, mi coronel —le informó uno de los baqueanos, señalándole unas pobres construcciones bajas que comenzaban a divisarse desde la loma que trasmontaban.

Sutcliffe se disponía a ordenar una carga al galope, cuando del pueblo se elevó nítido el son de una corneta en el toque de «Prevención»; y ése era un toque propio del Ejército chileno. Boquiabiertos, a poco andar, los jefes del destacamento vieron cómo se interponían, en el centro del camino que empalmaba con la calleja principal del pueblo, varios pelotones de soldados y todos ellos llevaban también uniformes chilenos.

—¡Gran Dios! ¿Cómo es posible? —exclamó Sutcliffe, y ordenó nerviosamente a un carabinero que llevaba al lado—: ¡Levante bien alto su banderola! Que vean que es el tricolor de Chile.

En respuesta, los hombres que estaban en el camino izaron asimismo a gran altura una bandera chilena.

Godoy y Sutcliffe no podían dar crédito a lo que veían. Suponían muertos a todos los del «Santiago» y he ahí que se les aparecían como vencedores, posesionados de San Pedro Mama y, en consecuencia, también de Matucana.

—¡Por la vida, es increíble! —profirió Godoy con entusiasmo—. Sutcliffe, adelántese conmigo, que me consume la impaciencia por saber cómo lograron hacerlo ¡Comandante Burgos, tome el mando! ¡Vamos, Sutcliffe, galope!

El comandante Sessé, el más joven de los veteranos de la guerra de la Araucanía, no podía cesar de reír, pese a que su destacamento había sufrido numerosas bajas. Pero, considerando que había sostenido dos batallas consecutivas, el precio era demasiado bajo. Instalado en el centro de la plaza de San Pedro Mama, sin que hombre alguno se preocupara de los cadáveres, ni siquiera de los heridos que dejara el enemigo, reía apretándose el vientre, mientras narraba los hechos a los coroneles Godoy y Sutcliffe:

—Volvimos en contra de ellos la trampa que nos habían armado a nosotros, mis amigos. El mariscal Miller pensaba atraparnos cuando pasáramos el puente de Santa Eulalia, suponiéndonos

derrotados y en fuga desde Matucana. Había escondido su montonera en los pajonales ribereños y nos aguardaba. Pero nosotros no veníamos derrotados ni tampoco ignorantes de su estratagema. Sabedores de ella, llegamos de noche a San Pedro Mama y sólo hicimos pasar a la columna del coronel Torrico el puente. En la obscuridad, engañado por ese cebo, Miller lanzó precipitadamente sus tropas montoneras hacia el puente y cargó. Era lo que esperábamos y nos dejamos caer como fieras sobre ellos.

—Luchamos algo así como una hora en torno al puente —terció el coronel Wood, que se había acercado, irreconocible por la suciedad—. Los montoneros de Miller se defendieron con bravura al darse cuenta del engaño, pero no pudieron resistirnos. Con una carga a la bayoneta limpiamos el puente y era impresionante ver cómo los bolivianos preferían arrojarse al abismo por sobre las barandas antes de enfrentar los aceros de nuestros hombres.

—Puedo asegurarles que acabamos definitivamente con las montoneras del mariscal Miller —concluyó Sessé, con legítimo orgullo—. Los sobrevivientes de ella deben de estar todavía corriendo por la sierra. De modo que pueden ustedes informar a mi general Bulnes que hemos despejado el camino a las montañas y que el general Santa Cruz vacilará bastante antes de arriesgarse a bajar por él a Lima. Ahora, si usted, mi coronel Godoy, me deja alguna tropa de refuerzo, creo que…

—No, no —lo interrumpió Godoy—. Lo felicito, comandante Sessé, pero tenemos una orden categórica, la de regresar todos juntos a Lima. Parece que vamos a abandonar la capital.

El General en Jefe del Ejército Restaurador sumó sus felicitaciones al comandante Sessé y a los integrantes de las dos compañías del «Santiago» por la habilidad y el valor que demostraron en las acciones de guerra de Matucana y San Pedro Mama y envió un informe al Presidente de la República de Chile, general Prieto, ensalzando el heroísmo de esos hombres y recomendándolos para futuros ascensos. Todas estas manifestaciones, salvo la carta al Presidente, las realizó públicamente en el campamento de la quinta Santa Beatriz y enseguida reunió en su despacho a todos los comandantes para participarles dos noticias que acababa de recibir y que lo llenaban

de júbilo. Hacía unas tres horas había llegado al campamento un emisario enviado por el general Lafuente, trayéndole un doble mensaje. El primero era que el general Vidal, por fin, se plegaba con todo su ejército, establecido en Huaylas, al destacamento explorador que escoltaba al general Castilla, jefe de la «Columna Peruana».

—Y el segundo mensaje es mucho más impresionante aún, señores jefes —concluyó Bulnes, muy ufano—. Me comunica el general Lafuente que, con fecha 17 de septiembre el Estado Nor-Perú proclamó su independencia de la Confederación y se declara francamente aliado de nuestro Ejército Restaurador. Gracias a esta feliz circunstancia, señores, podemos confiar en que tenemos un aliado poderoso y un refugio donde afirmarnos para combatir con mayor fiereza al déspota Santa Cruz. En consecuencia, nuestro ejército ya puede dejar Lima e ir a reorganizarse y robustecerse en los pueblos del norte, tal vez en Huacho o en Huaylas, en donde lo acrecentaremos con las fuerzas del general Vidal y las del Estado Nor-Perú.

6

El pronunciamiento del general Vidal y de los pueblos del norte del Perú en favor del ejército chileno provocó un súbito cambio en los planes del general Bulnes. Ahora le era posible sacar a sus fuerzas de la perjudicial inmovilidad en que se encontraban en Lima y el Callao, para llevarlas a reponerse al norte.

Durante los últimos días de septiembre, las escaramuzas entre la división del general De la Cruz y los defensores del Callao habían sido diarias y estériles. Auxiliados clandestinamente por los buques extranjeros, los sitiados conseguían violar sin trabajo el bloqueo que tantas bajas causaba a los chilenos, forzados a una vida de campaña sobre pantanos que albergaban las fiebres más traicioneras.

Pero, por otra parte, la noticia de la victoria en Matucana llegaba a Chile y provocaba una reacción popular enaltecedora para el Ejército Restaurador. La señora Mercedes Moran de Barros, madre del subteniente Francisco Javier Barros Moran, muerto en esa acción, se presentó ante el Presidente Prieto y con un gesto de heroína-mártir, de enorme efecto psicológico entre el pueblo, le ofreció los servicios militares de los cuatro hijos varones que le restaban. Su ejemplo despertó una incontenible oleada de patriotismo y todos los pueblos y aldeas se disputaron el derecho de enviar nuevos reclutas a luchar en territorio extranjero. En Valparaíso y Santiago se reunieron ochocientos hombres en menos de una semana, los que fueron embarcados a toda prisa. Y en ese mismo buque viajó también el señor Mariano Egaña, que llevaba la misión secreta de convencer al general Bulnes de que no arriesgara al ejército en batallas

desventajosas, prefiriendo pactar y aun renunciar a la prolongación de la guerra, si comprendía que Santa Cruz podía envolverlo con fuerzas ostensiblemente más poderosas.

La comunicación del viaje de esos refuerzos y la promesa de que pronto se le enviarían mil doscientos hombres más llegó al general Bulnes cuando estaba resuelto a trasladar sus tropas a la provincia de Ancash, más propiamente al Callejón de Huaylas, donde permanecían juntos los nuevos aliados: los generales Vidal y Lafuente. Pero lo que, en verdad, terminó de afincarlo en su determinación fue una carta del coronel Urriola, comandante del «Colchagua», que con el «Portales» y el «Carampangue» mantenían el sitio del Callao. La misiva, llevada por el comandante Manuel García, que acudía a Lima haciendo uso de la licencia semanal que el Alto Mando se vio obligado a otorgar a todos los oficiales, a fin de que pudieran soportar las fiebres y otros males a que estaban expuestos en los insalubres alrededores del Callao, reflejaba los pensamientos de todos los comandantes sitiadores.

«Deseo mucho que usted medite la impotencia a que vamos caminando para abrir la campaña, para que la remedie sin pararse en medios —le expresaba en su torpe lenguaje de soldado—. Según mi modo de entender, juzgo que hemos venido a defender el honor nacional y mi opinión es que con las puntas de las bayonetas saquemos los recursos necesarios y marchemos hacia el enemigo, dando al diablo a Orbegoso y sus castillos del Callao, a Lima y su Gamarra. Esto debe hacerse pronto, so pena de que nos llegue a nosotros. Venciendo a Santa Cruz, todos rendirán la cerviz, y si no lo hacemos, volveremos a tener otro 21…».

Se refería al fracaso de la campaña del general José de San Martín el año 1821 y su comparación con la situación en que se hallaba el Ejército Restaurador era cuerda.

—Cada día perdemos más hombres que si estuviéramos combatiendo, mi general —resumió el comandante García, enflaquecido y torvo.

Bien sabía el jefe de la expedición cuánta verdad encerraban esas palabras. Día tras día había ido viendo llenarse los hospitales, pero no encontraba una solución al problema.

—¿Por qué no atacamos de una vez por todas al general Santa Cruz donde se encuentre o abandonamos Lima y vamos a

establecernos en otro lugar más saludable? —le propuso el comandante del «Portales», sin ocultar su exasperación.

Bulnes volteó el rostro y lo miró con fastidio. Todos eran presas de una irritación constante, él con mayor razón por su responsabilidad.

—¿Cree acaso que podríamos subir a la sierra a buscar a Santa Cruz? —gruñó—. Si ha cruzado la frontera boliviana, debe disponer de unos siete u ocho mil soldados bien descansados. Nosotros apenas podríamos atacarlo con unos tres mil. Y no podemos dejar a Lima sin guarnición, ni al Callao con una fuerza que sujete a los sitiados. De lo contrario, nos apuñalarán por la espalda. Y de seguro la población de Lima se levantará también y nos degollará la retaguardia, nos aislará del mar, cerrándonos toda vía de escape. Esa es la situación, García.

—¿Y entonces qué haremos? Mi batallón está convertido en una enfermería, mi general.

Bulnes se encaminó nerviosamente a una carta geográfica del sector norte del Perú que tenía clavada en una pared y señaló un punto con el dedo.

—Nos trasladaremos al norte y levantaremos nuestro campamento dentro del Callejón de Huaylas. Allí el clima es benévolo, hay pastos y víveres y los habitantes de sus aldeas se han declarado aliados nuestros.

García se acercó también al mapa y examinó con detención el lugar. Se trataba de un valle longitudinal perfectamente encajonado entre una alta sierra llamada Montañas Negras, paralela a la costa, y la cordillera de los Andes, señalada en la carta con el nombre de Cordillera Blanca.

—¿Y por qué estima usted, mi general, que el enemigo habría de seguirnos hacia ese valle? —quiso saber.

—Porque Santa Cruz tendrá que afrontar las mismas calamidades que estamos soportando nosotros. Sus soldados son hombres de alturas y no podrán sufrir el clima de esta región. Antes que verlos aniquilarse aquí, el general Santa Cruz optará por lanzarlos al combate, buscándonos en el norte. Para sacar adelante su causa necesita exterminarnos.

El comandante García pareció dejarse convencer, pero no lo estaba. Sin embargo, la ocasión no era adecuada para seguir

discutiendo, más aún cuando el general resolvió convocar a una Junta de Guerra para esa noche, en la que propondría un debate sobre el posible retiro al Callejón de Huaylas.

Contrariamente a lo que pensaba García, los otros altos jefes del ejército juzgaron aceptable el plan y no hubo inconvenientes para estudiar sus detalles. De pie ante el mapa clavado en el muro, el general Bulnes fue precisando:

—Los enfermos más graves serán transportados a la playa de Chorrillos, aquí, al lado de Lima, y embarcados de inmediato. Los que puedan caminar por sus pies apoyándose en los carros de bagajes serán embarcados en Ancón, y el ejército completo se hará a la mar en la bahía de Chancay.

—¿En qué fecha se procederá a iniciar la operación, mi general? —le consultó el coronel Sutcliffe, siempre pendiente de la exactitud en los hechos.

—Tan pronto la escuadra del contraalmirante García del Postigo haya anclado frente a esos tres puertos coronel.

—¿Y cuál ha de ser el punto de desembarco del ejército y de reunión de todos los buques en el norte, general? —le inquirió el general De la Cruz, convaleciente todavía de las fiebres.

Bulnes indicó un punto situado en el límite norte del litoral de la provincia de Lima.

—El puerto de Huacho, general. Frente a él, hacia el interior, nace el Callejón de Huaylas.

La Junta de Guerra estaba por disolverse, faltando sólo que los jefes tomaran anotaciones de los datos geográficos correspondientes a las diferentes zonas en que deberían actuar, cuando uno de los ayudantes se hizo presente en el despacho y habló en forma confidencial con el General en Jefe. Este impuso silencio, alzando los brazos, cuando concluyó de escucharlo y dijo teatralmente:

—Acaba de ingresar a este campamento un soldado del «Cazadores» que cayó prisionero del montonero Rayo hace una semana. Logró fugarse hoy y, aunque muy debilitado por la marcha que ha hecho desde Matucana, nos trae una información de extraordinaria gravedad.

Los jefes se observaron con inquietud entre ellos y esperaron a que el general se resolviera a comunicársela. Bulnes se mostraba realmente abrumado. Dijo por fin:

—El general Santa Cruz cruzó la frontera boliviana con su ejército, trasmontó la sierra y se encuentra ahora en Tarma, junto a sus avanzadas; es decir, con todas sus fuerzas.

—Perdón, mi general —lo corrigió el ayudante—. Pero no sólo es así, sino que ya atravesó el alto valle del río Mantaro, ascendió la cordillera por La Oroya, la pasó por el boquete de Antícona y se descuelga lentamente hacia Lima por el camino de Santa Eulalia.

Todos los jefes chilenos y más aún los de la «Columna Peruana», que conocían muy bien las distancias y el territorio, quedaron aplastados por la noticia por la sensación de su impotencia y por la nueva muestra de habilidad que les presentaba el general Santa Cruz. El astuto zorro serrano se encontraba ya a una docena de leguas de Lima.

—Señores —expresó gravemente Bulnes cuando se acallaron algo los comentarios—, si todo esto es efectivo, ya no alcanzamos a retirarnos de la capital. No dispondríamos de tiempo para organizar un traslado hasta la costa y un embarco ordenado de las tropas.

—Entonces… ¿esperaremos aquí al enemigo, mi general? —inquirió el comandante García, hastiado de tanto cambio y dilaciones.

—Sí —le contestó el interpelado con acento opaco—. Tendremos que escoger un sitio ventajoso donde presentarle batalla. —Y como sus subalternos demostraran un entusiasmo irreflexivo, los acalló sobreponiendo su voz a las de ellos—. Pero no vamos a proceder a tontas y a locas. Ese cazador puede haber oído mal el informe, o juzgado en forma errada. Y aun cuando fuese cierta su comunicación, no estamos en condiciones de planificar nada sin averiguar previamente a cuánto ascienden las tropas de Santa Cruz. ¡Señores, pido voluntarios que se arriesguen a trepar a la sierra para confirmar la información!

—Tienen que ser hombres que la conozcan, mi general —dijo el coronel Wood—. Yo la he recorrido bien.

—También yo —terció Sutcliffe.

Bulnes escondió una sonrisa astuta tras de su espeso bigote, denotando que desde el primer momento pensó en ellos.

—Gracias, coroneles. Necesitaba voluntarios; la empresa es terriblemente riesgosa.

Varios otros se apresuraron a ofrecerse para realizarla, pero los

rechazó con amabilidad. Bastaría con los dos coroneles y un par de suboficiales audaces y fuertes para secundarlos y apoyarlos en los casos de peligro.

Manuel García adelantó unos pasos y manifestó con orgullosa jactancia:

—Traje conmigo desde el Callao al hombre más fuerte y capaz de todo el ejército: mi sargento Tránsito Moscoso, de la segunda compañía del «Portales».

No había terminado de proponerlo, cuando ya estaba a su lado el comandante Jerónimo Valenzuela, engallado como un potrillo.

—Hay otro más fuerte y ladino, comandante García —le expresó desafiante—: mi sargento Juan Colipí, de la primera compañía del «Carampangue», hijo de mi gran amigo el cacique Colipí, llamado «la primera lanza de Arauco».

La competencia de orgullos de los dos rústicos veteranos provocó un estallido de carcajadas entre los concurrentes, pero ambos seguían mirándose con fiereza igual que los antagonistas dentro de una gallera.

—¡Pues, yo me llevo conmigo a Juan Colipí, la primera lanza de Arauco! —proclamó, riendo, Sutcliffe.

—¡Y yo al sargento Tránsito Moscoso, el as de bastos del batallón «Portales»! —exclamó Wood, entusiasmado.

—Veremos cuál les sirve más, coroneles —gruñó, despectivo, García, y volvió la espalda a su compañero y rival Valenzuela.

—Partan lo antes posible —urgió Bulnes a los designados—. Deben llegar hasta Santa Eulalia, ver lo que hay allí; luego, filtrarse por las líneas enemigas hasta el propio campamento central del general Santa Cruz y averiguar exactamente cuántos hombres trae y cuáles son sus planes.

—¡A su orden, mi general! —le respondieron ambos jefes, y abandonaron el despacho para ir a hacer sus aprestos.

Los cuatro jinetes que abandonaron Lima al atardecer del día siguiente y tomaron el viejo camino que, ribereando el Rímac, ascendía en línea recta hacia la sierra, parecían un grupo formado por dos propietarios de haciendas con sus criados o dos jefes montoneros seguidos por sus guardaespaldas. La búsqueda de las ropas adecuadas les había ocupado el día completo. Sutcliffe y Wood vestían como plantadores o viñateros de la región de Surco:

pantalones anchos de pana embutidos en bolas cortas de poca vuelta, chaquetas cazadoras y sombreros alones. Los sargentos iban a pantorrilla desnuda, calzados con ojotas, con pantalones de burda bayeta hasta la rodilla, camisa y ponchos a rayas de colores; sus cabezas las llevaban cubiertas con gorros de lana provistos de orejeras, al estilo de los mestizos. Tránsito Moscoso se reía de sí mismo al verse con esas vestiduras; en cambio, el sargento Colipí las portaba con una solemnidad propia de su sangre india. Los cuatro iban armados como bandidos, aunque disimulaban sus sables, puñales y rifles bajo las haldas de sus mantas.

Hombres de hierro los cuatro, criados sobre lomos de caballos, fueron trasponiendo los obstáculos con extraordinaria velocidad. Pasado el caserío terminal de Chosica, lanzaron sus animales a trepar resueltamente por la ladera montañosa hasta ubicarse sobre una cumbre. Allí se detuvieron, batidos por el viento, y, formados en una hilera sus caballos, trazaron el plan que debían seguir.

—Estamos ya próximos a San Pedro Mama —discurrió Wood—. Al pie de este cerro se bifurca el camino en dos sendas que ascienden hacia los pueblos del valle del Mantaro. Uno, que va hacia la izquierda, cruza el río y toma por Santa Eulalia. El otro, a la derecha, sigue por Malucana hasta San Mateo, Chicla, Casapalca y, cruzando la cordillera por el paso de Antícona, desciende a La Oroya y llega por fin a Tarma. El camino de Santa Eulalia da un rodeo pasando por Carampoma, Corpacancha, el río Pari y desciende asimismo al valle del Mantaro para concluir en Tarma.

El conocimiento del territorio que exhibía el coronel Wood era cabal. Las que acababa de describir eran las dos sendas que podían seguir las tropas bolivianas para descender a Lima. Y, lógicamente, para recorrerlas les era preciso separarse.

—Tú, Sutcliffe, tomarás el camino de Malucana, escoltado por el sargento Colipí —indicó Wood—. Yo y el sargento Moscoso iremos por el de Santa Eulalia.

—Entendido, mi coronel —aprobó sonoramente Moscoso, con su marcado acento huaso.

—Ambos grupos nos demoraremos más o menos el mismo tiempo en ir hasta Tarma y regresar —siguió calculando Wood—; es decir, unos cinco días.

—Si tenemos suerte —acotó Sutcliffe sonriendo.

—La suerte se la fabrica el guerrero —sentenció Juan Colipí—. Galopar con el ojo alerta y el dedo en el gatillo. Disparar siempre antes que los otros, sin esperar provocación. Matar a todo el que se ponga por delante y esconderse si se presentan grupos muy numerosos.

Los dos coroneles acogieron con una carcajada la táctica del araucano y Moscoso la aprobó a su modo.

—Puede ir usted tranquilo, mi coronel Sutcliffe —dijo—; que con el fusil, con el sable o con las puras manos, yo mando al otro mundo al que se nos atraviese por delante.

—Está bien, basta ya —los apremió Wood—. Ya lo saben: en cinco días más nos reuniremos aquí, en esta misma cumbre, frente a San Pedro Mama.

—De acuerdo —aceptó Sutcliffe—. Juan Colipí y yo estaremos aquí en ese plazo. Si no podemos hacerlo los dos, cuando menos uno llegará.

—Yo me lo traigo aunque sea al hombro, mi coronel —afirmó gravemente el indio.

—Y yo no lo dejo a usted, mi coronel Wood, ni muerto —aseguró por su parte el sargento Moscoso.

Los dos jefes sonrieron ante la entereza de sus acompañantes y se estrecharon las manos deseándose suerte.

—Hasta la vista, Carlos —dijo Sutcliffe, y se volvió hacia Moscoso en el momento de torcer las brida—. Le recomiendo a su coronel, sargento.

—Vuelvo con él, aunque me venga sujetando las tripas con una mano —fue la respuesta del suboficial cuando ya los caballos se ponían en marcha y los dos grupos se separaban.

Minutos más tarde desaparecían en el panorama montañoso, reseco, proyectado contra las cumbres graníticas de la sierra.

En Lima, siguiendo las instrucciones del general Bulnes, el comandante Manuel García y el general peruano Torrico recorrían los terrenos de los alrededores de la ciudad buscando un lugar apropiado para resistir el posible ataque del ejército de Santa Cruz con algunas posibilidades de éxito. Después de muchos vagabundeos y de estudiar palmo a palmo el llano donde se asienta la capital, ambos jefes creyeron haber encontrado el lugar más

aparente para una batalla.

—Es un amplio potrero vecino a la Chacra de Quiroz, al este de Lima —le informó García—. Se trata de un terreno liso en que se pueden apostar batallones entre las arboledas que lo circundan. En caso de que deban soportar una batalla, podrán defenderse largamente incluso contra cargas de caballería.

El general Bulnes asintió y trazó un círculo en la carta geográfica demarcando el punto. En su fuero interno, no pensaba colocar tropas en la Chacra de Quiroz para que se trabaran en una batalla contra los bolivianos. No, su intención era fingir ante el pueblo de Lima que el Ejército Restaurador estaba dispuesto a resistir contra las fuerzas de Santa Cruz en la entrada de la capital. Pero su verdadero propósito era el de emplazar el grueso de su ejército en las alturas de Aznapuquio, en la retaguardia de Lima. La historia y su propia experiencia le indicaban que ésa era la única posición en que podía combatir al ejército enemigo con esperanzas de éxito. Basado en este convencimiento, había enviado al general José María de la Cruz con dos compañías del «Valparaíso» a levantar improvisadas fortificaciones en ese sitio y en su libreta de órdenes estaba anotada la movilización de la mayor parte de los batallones a ese lugar para dos días más tarde. Lo único que lo hacía vacilar respecto a la fecha de esa definitiva maniobra era la falta de noticias de los cuatro hombres que enviara a espiar en las líneas enemigas. Y estaba en cierto modo alarmado porque ya habían transcurrido seis días desde que partieran y su compromiso era el de retornar en cinco.

—¿Qué les habrá impedido regresar? —dejó escapar en cierto momento en que se hallaba con el comandante García, delatando su preocupación. El veterano se encogió de hombros sin alterarse y respondió con su ruda filosofía:

—Es la guerra, mi general; sólo eso: la guerra. ¿Qué cuesta eliminar a cuatro hombres, por hábiles que sean? Pero es cierto que no podemos darlos simplemente por muertos, así como si fueran moscas, y también necesitamos conocer los informes que fueron a recoger. Cuanto hagamos sin saber qué fuerzas trae el enemigo, no sirve para nada. De modo que concédame su autorización e iré con mi batallón a recorrer el camino hasta Santa Eulalia.

El General en Jefe reconoció que era preciso hacer esa

exploración, pero se opuso a retirar al «Portales» del asedio del Callao, comisionando en cambio al coronel Plasencia para que penetrara, por espacio de tres días, en el territorio indicado, con fuerzas suficientes.

El 2 de noviembre, muy de madrugada, partió el coronel José Antonio Plasencia al frente del batallón «Valdivia», la legión peruana y cincuenta jinetes del escuadrón de carabineros. La dirección que tomaron fue la de San Pedro Mama. En el caserío de Vitarte el coronel dejo a la legión peruana con la misión de protegerles una posible retirada y prosiguió ascendiendo con el resto de su tropa hasta Huanchihuaylas. En este punto supo que un poco más al norte acampaban las montoneras de Rayo, que habían venido a recoger todo el ganado vacuno de la región. Dejando en Huanchihuaylas al «Valdivia», sin su compañía de cazadores, continuó ascendiendo con éstos y los carabineros, en busca de la montonera, a la que sorprendió en pleno vivac. La poderosa carga de los jinetes chilenos diezmó y desbandó a los montoneros, que dejaron herido en el campo a su jefe, el hasta entonces inatrapable Rayo.

El destacamento del coronel Plasencia se apoderó de más de mil vacunos que había acorralado la montonera y se dispuso a regresar a Huanchihuaylas. Pero en los momentos en que la columna volvía grupas, el alerta de uno de los batidores hizo que todos volvieran las cabezas hacia la cumbre de uno de los cerros que encajonaban el camino. En lo alto se divisaban tres jinetes que agitaban los brazos para llamarles la atención. El jefe del destacamento tuvo la corazonada de que podían ser los desaparecidos coroneles Sutcliffe y Wood y de inmediato destacó al mayor Gómez para que, desprendiendo diez de sus cazadores, treparan hasta la cima del cerro.

Pero los tres hombres que habían distinguido desde el bajo eran en realidad cuatro, sólo que uno de ellos estaba tendido en tierra envuelto en una manta. Este último era el coronel Wood, gravemente herido en un hombro. La apariencia de los cuatro exploradores indicaba a las claras las duras pruebas a que se habían visto sometidos.

—Llegamos a San Pedro Mama, de regreso de Tarma, sin haber tenido más que cuatro encuentros en el camino, mayor Gómez —

informó Sutcliffe, jadeante por el cansancio—. Por fortuna este compañero, el sargento Colipí, resultó ser tan buen soldado como me lo habían dicho y pudimos salir adelante sin un rasguño. Pero al quinto día, cuando arribamos a esta cumbre sobre San Pedro Mama, el coronel Wood y el sargento Moscoso no aparecieron. No me resolví a marcharme sin esperarlos. La situación está muy grave en esta zona.

—Tan grave que los balazos zumban a cada rato entre los cerros —acotó el araucano—. No sé si los enemigos se balean entre sí o combaten a los bandidos que infestan la región.

—A nosotros nos cayeron encima, por sorpresa, como diez de esos bandidos, mi mayor —le informó a su turno Moscoso—. No eran soldados. Y en medio de la refriega, cuando nos íbamos abriendo paso, uno de esos salvajes le asestó un sablazo en el hombro a mi coronel Wood. ¡Ay, Diosito santo, si yo creí que me lo abría en cruz! Por fortuna, mi coronel tiene piernas de fierro y no cayó del caballo. Así es que *huasqueándoselo* con una mano y sableando con la otra, conseguí abrir una trocha entre los atacantes y lo saqué del entrevero.

—Si no hubiera sido por la resistencia del sargento Moscoso, no estaría contando la historia —apuntó Wood, débilmente, desde el suelo.

—Así llegaron a este sitio al sexto día —completó Sutcliffe—; con mi amigo Wood desvanecido, cruzado sobre su caballo, y el sargento cuidándolo. Y como si esto fuera poco, cuando recién nos habíamos juntado y estábamos limpiándole la herida a Carlos, se apareció la montonera de Rayo arreando el ganado. Tuvimos que dejar los caballos más abajo y escondernos tras unos riscos. El sargento Moscoso se echó a su coronel al hombro y lo subió hasta arriba. Y en ese escondite estuvimos un día completo, sin atrevernos a mover un dedo para que no nos descubrieran los montoneros. Y qué alegría fue ver cómo ustedes los exterminaron.

Esa había sido la dramática aventura de los cuatro exploradores. El mayor Gómez les proporcionó caballos y el sargento Moscoso, levantando a Wood como si no tuviera peso, lo ahorcajó en el arzón del suyo, para llevarlo sujetando desde la espalda. Durante el descenso para reunirse con el grueso del destacamento, el mayor Gómez pudo enterarse de las averiguaciones que hicieran los

exploradores. En efecto, el general Santa Cruz había llegado a Tarma trayendo consigo siete mil seiscientos soldados.

El coronel Plasencia, informado minutos más tarde, no pudo ocultar su inquietud, pero se tranquilizó un tanto al escuchar de labios de Sutcliffe que el Protector no podría bajar a Lima, cuando menos, hasta una semana más tarde.

—Ha llegado con sus tropas y su caballería deshechas, por el penoso cruce de la sierra. Está obligado a hacer herrar nuevamente a todas sus cabalgaduras.

Ese retardo en el avance del general Santa Cruz daba el tiempo necesario al ejército chileno para abandonar Lima y embarcarse rumbo al norte.

En efecto, a las cinco de la tarde del 8 de noviembre las fuerzas chilenas comenzaban a dejar Lima. Desfilando en silencio, las tropas cruzaron las calles bajo las miradas burlonas de los limeños. El general Bulnes cerraba la marcha cabalgando cabizbajo y hosco. En la capital peruana sólo quedaron el general Castilla al mando del batallón «Valdivia» y el segundo escuadrón del «Cazadores», con la misión de proteger la retirada de los soldados rezagados. La división del general José María de la Cruz levantó el sitio del Callao a las doce del día y marchó igualmente hacia el puerto de Chancay, donde esperaban los buques de la escuadra.

Pero en la medianoche de aquel mismo día, el general Bulnes regresó con sus ayudantes a la capital y se encaminó hasta la plaza donde vivaqueaba el «Valdivia». Sin desmontar de su caballo, inquirió del general Castilla si había habido alguna novedad.

—No, señor general —le respondió éste con semblante atormentado—. El pueblo nos ha rodeado durante toda la tarde, pero sin atreverse a molestarnos. Tan sólo la chiquillería ha estado cantando sin cesar una copla que, de tanto oírla, ya me sé de memoria.

—¿Qué copla, general Castilla? —le preguntó Bulnes con mal gesto.

El general peruano la repitió en voz baja y con amargura:

—«Sobre estos muros, sobre estas torres, lamento y lloro, de noche y día, de los peruanos la sangre ilustre que el araucano derramó en Guías».

Bulnes no hizo comentarios, pero comprendía cuán doloroso era

para su aliado Castilla el reproche que sus compatriotas le hacían mediante esa copla. Prefirió ignorarla y se limitó a preguntar a su interlocutor:

—¿No se han tenido noticias del acercamiento del Supremo Protector boliviano?

—Toda la tarde, desde las ventanas, de los techos, de los palacios, de entre la multitud, han estado gritándonos que ya llega, que viene en camino.

Bulnes agachó varias veces la cabeza aceptando esa posibilidad y, con expresión sombría, resolvió:

—Ya nada más tenemos que hacer aquí. Nos vamos. Pero volveremos pronto. Dé la orden de partir. Iremos directo a Chancay y nos embarcaremos hacia el norte.

Protegido por la caballería, que se movía silenciosamente en medio de la noche, el ejército se retiró hacia la costa. Desde las ocho los bagajes e impedimentas habían estado siendo embarcados ya en Ancón. El coronel Marcos Maturana mantenía desde temprano emplazados los cañones de su artillería, de manera que cubrían toda la zona próxima a la playa, y los sirvientes estaban con el ojo apegado a las miras, atentos a repeler cualquier aparición de las tropas bolivianas. Pero nada de eso ocurrió. Durante los días 9 y 10 de noviembre los batallones siguieron embarcándose sin descuidar las precauciones, porque si el enemigo se presentaba en esos momentos, los chilenos podían darse por perdidos. Se cumpliría en ellos aquel axioma militar que afirma que es empresa relativamente fácil exterminar a un ejército cuando tiene a la mitad de sus efectivos en buques y la otra en tierra. Este temor mantenía también a la caballería en movimiento continuo, ya fuera rondando la playa o internándose hasta los valles de Copacabana y Aznapuquio y a una fracción de lanceros y cazadores, bajo el mando del general Castilla, espiando desde las lomas de Chacra de Cerro la posible aparición de los bolivianos.

Por fin, el 11 de noviembre, estaban ya a bordo de los buques toda la artillería y la infantería, en tanto que la caballería, puesta entonces bajo la conducción del general De la Cruz, emprendía marcha por tierra hacia Chancay, desde donde continuaría hasta el puerto de Huacho, lugar de desembarco y concentración de todo el ejército.

Pero antes que los buques levaran anclas, el general Castilla, situado sobre una loma con una escolta de quince cazadores, contempló la entrada al valle de Copacabana de la totalidad del ejército del mariscal Santa Cruz. El caudillo boliviano, al divisar las siluetas de los jinetes chilenos sobre la cumbre, ordenó un ostentoso despliegue de sus batallones, con sus banderas y estandartes, ofreciendo un espectáculo lleno de colorido, digno de un emperador incásico. Pero, en lugar de encauzar sus fuerzas hacia Ancón, las hizo evolucionar igual que en un desfile de gala, terminando por inmovilizarlas en el valle. Encorajinado por esa vanidosa exhibición, el general Castilla hizo descender, con gran temeridad, a sus jinetes hasta una distancia muy corta, pero su desafío no encontró eco alguno; el mariscal simplemente lo ignoró. ¿Por qué no ordenó atacar a ese pelotón, por qué no lo hizo tampoco sobre la totalidad de la caballería chilena, que estaba en Ancón? Esa era la interrogante que el general Bulnes se formulaba aquella noche mientras la flota llevaba a sus hombres hacia el norte; mas, por mucho que se devanaba los sesos buscando una respuesta, no se le ocurría ninguna.

—¿Me permite aventurar una suposición, mi general? —le rogó el coronel Wood, que lo acompañaba en su cámara con Plasencia y Sutcliffe—. A mi entender, no atacó porque es de una habilidad diabólica, sobrenatural, me arriesgaría a calificarla. Estuve en Lima hasta el último momento, en compañía de mi amigo Sutcliffe, que puede confirmar lo que voy a decir. Juntos presenciamos la entrada del Supremo Protector a la capital.

—Que fue apoteósica, me han informado —intercaló Bulnes.

—No tanto, mi general —le rebatió Wood con cansancio, y cedió la palabra a su compañero, pues la herida de su hombro volvía a martirizarlo y el asunto lo habían debatido a fondo con Sutcliffe.

—En efecto, aunque se la organizó para que fuera propia de la recepción a un rey victorioso, no lo fue tanto. Más de doscientos personajes importantes de Lima —recordó al General en Jefe— prefirieron abandonar sus casas y sus bienes, poniéndose a salvo bajo el amparo de nuestras banderas. A éstos hay que sumar los partidarios de Orbegoso. Usted sabe que los peruanos del centro son, antes que santacrucistas, orbegosistas. Por mandato de su jefe peruano aceptaron al caudillo boliviano. Pues bien, éste acaba de

despojar de todo mando al general Orbegoso, quien se ha visto forzado a refugiarse en una fragata francesa para salvar la vida.

—¿Es verdad eso? —Bulnes no conseguía habituarse a las sorpresas que le estaban proporcionando continuamente los dos coroneles sajones.

—Tan grave resolución del Protector le restó simpatía de casi todo el pueblo limeño. Ese fue un factor que lo cohibió de atacarnos. Pero hay otro. Y es que en La Paz se rebeló en contra suya el general Ballivián y estuvo en un tris de derrocarlo. Es un síntoma peligroso de que el trono de Santa Cruz empieza a agrietarse y él sabe interpretarlo. Y el tercer factor, el más determinante quizás, es que Santa Cruz posee un espléndido servicio de espionaje en Santiago y por su intermedio se ha enterado de que el Presidente Prieto está alarmado, que preferiría cualquier solución pacífica a continuar en esta guerra.

—¿Cómo lo sabe usted, coronel? —Bulnes se había puesto de pie y lo enfrentaba con la dureza de un juez. Sutcliffe sonrió y también lo hizo Wood, quien se encargó de responderle:

—Porque también tenemos un buen servicio de inteligencia en Santiago, señor.

—¡Vamos! Explíquense ustedes en serio —les insistió el general, muy receloso—. He recibido unas cartas muy confidenciales, que ustedes tendrían que haber leído para conocer lo que afirman.

Sutcliffe midió sólo entonces la acusación velada que encerraba la protesta del general y se apresuró a aclarar:

—No tema usted, señor. Carlos Wood ni yo cometeríamos jamás la bajeza de violar la más insignificante carta ajena, mucho menos el correo secreto del Presidente de Chile.

—Pero entonces, ¿cómo están ustedes enterados de los temores actuales del general Prieto?

—Por intermedio de mi esposa —le aclaró cansadamente Wood —. Ella, usted la conoce, doña Dolores Díaz de Arellano, es amiga íntima de doña Josefa Bulnes, esposa del Presidente y tía de usted, mi general.

—¡Oh, qué calamidad! —profirió con fastidio Bulnes, relajando la tensión de sus nervios—. ¡Esta tía Josefa tan parlanchina que ha de ser!

El coronel Plasencia sintió que la alarma que lo poseía se iba

transformando en hilaridad, pero se esforzó en no dejarla traslucir. En cambio, dijo:

—Todo está bien, pero el coronel Sutcliffe dejó a medias su explicación sobre la causa que movió al Protector a no atacarnos en Ancón.

—Yo se la concluiré, si mi amigo me permite —intervino Wood, acomodándose el brazo en el cabestrillo—. Teniendo el general Santa Cruz en contra suya el sentir de los limeños y estando temeroso de una posible revuelta en La Paz, ¿no es mucho más conveniente para él tender un puente de plata al enemigo y tratar de concertar la paz con él, en lugar de embarcarse en una guerra que podría conducirlo a un fracaso?

—¡Hum! —aprobó Bulnes—. Y según esa teoría, el general boliviano nos hará nuevas proposiciones de paz, ¿no es así?

—Y muy pronto, si el ojo no me engaña, mi general —sonrió de modo enigmático su interlocutor, volviendo a sumir en la perplejidad a Bulnes.

—¿Qué quiere usted decir con eso de «si el ojo no me engaña», señor clarividente?

—Que justamente hace una hora y media, cuando zarpábamos de Ancón, divisé mar adentro a un buque de guerra, uno que conozco por haber estado a su bordo, la fragata «President», de la Real Armada Británica; la que ahora mismo, si se asoman por un ojo de buey, verán navegar paralelamente hacia el norte.

El general Bulnes no se movió de su sitio. Hacía poco rato el comandante del buque le había proporcionado la información. En cambio, su rostro seguía expectante los razonamientos de Wood, que deducía como quien arma un rompecabezas:

—O mucho me equivoco o en esa fragata navega en estos momento un representante del Protector Santa Cruz, que no valdría la pena que fuera otro menos importante que el propio Belford Wilson, cónsul general de Gran Bretaña en el Perú, que ya sabemos es un franco partidario del jefe de la Confederación.

—¡Gran Dios, coronel! ¡Si usted parece un brujo! —fue lo único que atinó a exclamar el general.

La agudísima reflexión del coronel resultó exacta punto por punto. El 13 de noviembre, cuando aún el Ejército Restaurador no desembarcaba en Huacho, fondeó en esa bahía la fragata

«President» y el cónsul general de Gran Bretaña, Belford Wilson, transbordó a la fragata «Confederación», en que navegaban el general Bulnes y don Mariano Egaña, plenipotenciario de Chile. Su misión fue la de presentarles una proposición de paz, patrocinada por el general Bernardo
O'Higgins
desde su exilio en la hacienda Montalván y aprobada por el mariscal Santa Cruz. Esta nueva oferta de pacto establecía como condiciones previas la retirada del ejército chileno a su territorio y la del boliviano más allá de su frontera en el río Desaguadero. Sólo después de efectuadas estas operaciones, los gobiernos de los Estados Nor y
Sur-Perú
resolverían sobre la continuación o rechazo del régimen confederado.

Pero los jefes chilenos conocían ya sobradamente que esos gobiernos eran títeres impuestos por el Protector y sus instrumentos ciegos, lo que convertía aquel pacto en una burda estratagema para mantener la Confederación, con las ambiciones de conquista territorial que involucraba. En consecuencia, tras muy escasas discusiones, fue rechazado de plano por el señor Egaña y el general Bulnes. Fracasado en su intento, el cónsul Wilson volvió a hacerse a la mar en la fragata «President».

En la noche del 15 de noviembre, en el rústico alojamiento escogido por el General en Jefe en el puerto de Huacho, se analizó en Junta de Guerra el panorama general que se ofrecía al Ejército Restaurador.

—La proposición de paz que se nos acaba de hacer nos permite entrever el pensamiento del jefe boliviano —dijo Bulnes, igual que si fuera discurriendo para sí mismo—. Si no nos atacó en Ancón, tampoco lo hará ahora que comienza la estación de las lluvias en esta región. Preferirá replegar sus tropas a Jauja o Tarma, para descansarlas y aumentarlas. Tendría que ser un inepto, cosa de que dista mucho, para dejarlas en Lima, donde el clima las desgastaría. Es seguro que las sacará de la capital. Pero a cualquier parte que las lleve, nos dará unos meses de tregua, tiempo que emplearemos en reposar nuestros propios batallones y crear algunos cuerpos peruanos. La vida en el departamento de Ancash, más propiamente

en Huaylas, nos proporcionará todos los medios para hacerlo. El callejón tiene un clima bastante parecido al de Chile y produce víveres en gran cantidad. Los enfermos se repondrán y la abundancia de pasto fortalecerá a nuestra caballería.

El comandante García lo escuchaba con el escepticismo de quien oye divagar a alguien que, por cansancio, está algo fuera de sus sentidos. Lo oía mentar un valle poco menos que prodigioso y, en cambio, estaban en un puerto sucio, caluroso, insalubre y desamparado.

—¿Cómo vamos a distribuirnos, mi general? —lo interrumpió—. ¿En la costa o en el valle?

—En el valle, comandante. El coronel Godoy va a explicarles cuáles serán las posiciones de los respectivos batallones.

El ayudante general del Estado Mayor desplegó un mapa y lo tendió sobre la mesa, haciendo señas con ambas manos a los comandantes para que aproximaran sus cabezas.

—Los enfermos serán trasladados por mar a Trujillo, que está en el departamento de La Libertad —dijo, señalando un punto al norte —. La «Columna Peruana» irá también a esa zona y tratará de formar, en base a su tropa, otros batallones reclutados en el terreno, hasta enterar el número de tres mil hombres, como me ha dicho el general Vidal que se puede lograr.

El comandante Jerónimo Valenzuela agitó su gran cabeza con aire escéptico, pero se limitó a chasquear los labios con fastidio. El coronel, sin percibir la duda que despertaba en los jefes, proseguía:

—Nuestro ejército penetrará en el Callejón de Huaylas, llamado así por los lugareños por su forma alargada entre la cadena montañosa de la cordillera de los Andes y las Montañas Negras. Los batallones veteranos ocuparán posiciones en el pueblo de Chiquián, que es la puerta de entrada al callejón, por el sur, y deberán ser, en consecuencia, los que primero reciban el choque de los enemigos. Los demás cuerpos se irán escalonando en los pueblos siguientes, hacia el norte, en el orden que indico: Recuay, Huaraz, Carhuaz, Yungay y Corongo, que es la última población y la que cierra la salida del callejón por el norte.

—Una vez establecidos nuestros campamentos en estos pueblos que se eslabonan a orillas del río Santa, que corre por el fondo del callejón, nos prepararemos para resistir un ataque definitivo del

ejército del general Santa Cruz —siguió explicando el general Bulnes—. El plan es el siguiente: Chile nos enviará un refuerzo de dos mil hombres, que será desembarcado en Arica más o menos a fines de febrero próximo. A ese contingente sumaremos los tres mil reclutas peruanos del departamento de La Libertad, a los que trasladaremos también a Arica. ¿Van ustedes entendiéndome? Esos cinco mil hombres amenazarán al ejército de Santa Cruz por el sur, con la intención de forzarlo a dividir sus fuerzas. Si es que no lo consiguen en el primer intento, volveremos a embarcarlos y los haremos bajar a tierra en alguna bahía inmediatamente al sur del Callao. Su misión, en este caso, será amagar a las tropas bolivianas por su retaguardia, mientras nuestro ejército, abandonando el Callejón de Huaylas, los ataca de frente, desde el norte. En esta forma, encerraremos al ejercito enemigo entre dos divisiones, de cinco mil hombres cada una. ¿Está comprendido?

—Perfectamente, mi general.

La única voz que disintió fue la del comandante García. Se lo veía resentido, decepcionado, amargo.

—¿De modo que la definición se postergará hasta febrero del año próximo, en el mejor de los casos? —reflexionó. Y como el general hiciera un gesto afirmativo, concluyó, hastiado—: Estamos a mediados de noviembre. Tendremos que esperar, cuando menos, tres meses metidos en el Callejón de Huaylas.

—Espero que a todos nos hará muy bien, comandante —le dijo Bulnes, casi como una justificación—; en particular a los muchos enfermos de su batallón.

—Lo único difícil es el cruce de las Montañas Negras para entrar en el valle —les advirtió el coronel Plasencia, que hiciera una campaña con San Martín en esa región—. Son montes fragosos y abruptos en los que impera la puna, especialmente en la cuesta llamada La Marca. ¡Uff, sólo de recordarla se me produce dolor de cabeza! Allí brotan del suelo emanaciones de antimonio que aprietan los huesos del cráneo, provocan náuseas y hemorragias por boca y narices.

—¡Qué perspectiva, eh, comandante Valenzuela! —comentó García con su compañero, sabedor de que sus batallones serían los primeros en cruzarla. Pero peor fue su impresión al oír el agregado que hizo Plasencia a su descripción:

—Luego, en el descenso al interior del Callejón de Huaylas, existen pantanos que despiden emanaciones pútridas, que enferman a hombres y bestias.

—Y en los caseríos del interior se producen brotes de viruela —añadió el coronel Wood, gozándose en las caras de espanto que ponían los comandantes.

—¡Puff!… —bufaron no sólo ellos, sino también los de otros batallones, pero el coronel Plasencia se apresuró a tranquilizarlos:

—Aparte de esos inconvenientes, la vida es tolerable y sana, señores, y el panorama sumamente hermoso y plácido.

El general Bulnes interrumpió la plática, urgido por la prisa en salir de Huacho.

—Se dará a cada comandante una carta geográfica de la zona, a fin de que la conozcan en todos sus detalles. Solicítenla al ayudante general del Estado Mayor, coronel Godoy. La distribución de las unidades se comenzará mañana, ateniéndonos al siguiente orden. Coronel Godoy, haga el favor de indicarlo.

El ayudante general se inclinó sobre la carta geográfica y fue indicando las posiciones futuras. La primera división, bajo el mando del coronel Torrico, ocuparía el pueblo de Chiquián, entrada al Callejón de Huaylas, por el sur. La formarían el «Portales», el «Carampangue» y cincuenta del «Carabineros de La Frontera». El segundo escalón lo establecería el «Valparaíso» en el pueblo de Recuay, sirviendo de enlace entre la retaguardia y la vanguardia, que con el grueso del ejército establecería el Cuartel General en el siguiente poblado de Huaraz. El «Aconcagua» se estacionaría más al norte, en Carhuaz; cincuenta del «Cazadores a Caballo» en Yungay y los escuadrones «Carabineros de La Frontera» y «Granaderos» en Caraz.

—Falta aún algo —agregó Bulnes—. El general Vidal, nuestro aliado, con cuarenta jinetes del «Cazadores a Caballo», veinticinco del «Carabineros de La Frontera» y veinte cazadores de la «Columna Peruana», vigilará la costa manteniéndose en constante movimiento por la franja extendida entre el litoral y las Montañas Negras. Eso es todo, señores jefes. Recojan sus cartas geográficas y apresten sus respectivas unidades para ir a ocupar las posiciones que se les han señalado.

El grupo de comandantes abandonó la humilde morada de la

reunión y se diseminó por el puerto, dirigiéndose a sus respectivos campamentos. Sólo Valenzuela y García se quedaron algo rezagados y el segundo sacó una moneda y se dispuso a lanzarla al aire.

—¿Qué te parece si decidimos al cara o cruz cuál de nuestros batallones encabeza la marcha hacia Chiquián, eh, mono viejo? —le propuso.

—Acepto, viejo gruñón. Pero te advierto que lo importante no es quién lleve la cabeza en la columna, sino cuál batallón es el que se luce más en las batallas. ¡Lánzala al aire! Pido cara.

La moneda saltó dando volteretas y cayó al suelo mostrando la efigie estampada en uno de sus lados. Había ganado Valenzuela.

—¡Mierda sobre mierda! —gruñó García, y se marchó sin preocuparse de recoger el centavo.

El batallón «Portales» marchaba lentamente por un sendero cubierto de cascajos y de múltiples curvas, que ascendía en forma paulatina hacia el nordeste. El progreso era difícil y los soldados tenían la impresión de que sus mochilas se les iban poniendo cada vez más pesadas. Avanzaban un poco encorvados hacia tierra y jadeando, primer indicio de que el aire de la altura les iba siendo insubstancial. Sin volver la cabeza, el comandante García se ceñía por el ritmo de esas respiraciones para calcular el efecto que el ascenso iba causando a sus hombres. Todavía aspiraban el aire con regularidad y sin ese desgarramiento quejumbroso que antecede a la puna o soroche. Podían, pues, seguir caminando.

Iba preocupado por esas reflexiones, cuando un jinete emparejó su caballo al suyo. Se trataba del coronel Sutcliffe que se dirigía hacia las avanzadas.

—¡Hola, mi coronel! ¿Va usted también destinado a la primera división? —lo interrogó García.

—No, estoy agregado al Estado Mayor. Llevo informaciones al coronel Torrico —le respondió Sutcliffe.

—Ah, el coronel Torrico va más adelante, junto con el «Carampangue» —dijo García, y rumió entre dientes—: Ese macaco de Valenzuela me ganó el encabezamiento de la columna.

—Pues, alégrese, comandante —lo congratuló el coronel—. Mire que vengo a advertir al coronel Torrico que esta zona está infestada de montoneros que obedecen a un tal Revilla, sujeto muy audaz y

resbaloso como un zorro.

—Ojalá ese Revilla le pegue un lanzazo en el culo al comandante Valenzuela.

Sutcliffe lanzó una alegre carcajada y palmeteó a García en un hombro.

—¡Ah, son ustedes los mejores amigos y, al mismo tiempo, los peores rivales en el Ejército! Bueno, prosigo. ¿Cómo van sus hombres?

El comandante espió de reojo a los de su primera compañía e hizo un gesto vago.

—No se me ha apunado ninguno todavía, pero temo que se me van a empezar a entumir. Allá, arriba, en esas cumbres que tenemos que trasmontar, debe hacer más frío que en una tumba y los pobres muchachos llevan nada más que su uniforme de brin y una manta delgada.

—Pues, mantenga la marcha, mantenga la marcha. No les permita detenerse por nada del mundo. La parte alta de esa cuesta que divisamos es lugar de puna y es allí donde brotan las emanaciones de antimonio. Crúcela rápido y baje al momento al Callejón de Huaylas. Hasta la vista, comandante.

Apenas el coronel picó espuelas a su caballo, García se volvió hacia sus hombres y les dijo en alta voz, aunque levemente compungido:

—¡Ya lo oyeron, muchachos! No podemos disminuir la marcha hasta bajar al otro lado de estas condenadas montañas. No quiero que se les tuerza la boca, como a las viejas materas, por causa de ese anti… anti no sé cuánto.

—Nos vamos a poner a tiritar ligerito, mi comandante — refunfuñó el sargento Gumera, sin mirar sino el suelo donde asentaba los pies.

—¡Pues, se aguantan, qué carajo! ¡Y muerden el barbiquejo para que no les suenen los dientes! ¡Al que le oiga castañetear cualquiera cosa, más que no sean sus putañeros cojones, lo hago entrar en calor a rebencazos! ¡Más vivo el paso, qué mierda! Que esos macacos del «Carampangue» nos van dejando atrás. ¡Er, dos!… ¡Er, dos!…

Le dolía volverlos a tratar como cuando se los entregaron para instruirlos, igual que una banda de forajidos, pero habría sido

contraproducente compadecerlos, era demasiado dura la prueba que iban a tener que cumplir.

Eso lo pensaba el comandante García considerando sólo las dificultades del territorio que debería cruzar; muy lejos de su mente estaba el sospechar que otro factor imprevisto convertiría esa prueba en algo realmente sobrehumano. Ese factor era el Supremo Protector de la Confederación.

Sentado en el trono dorado del Palacio de Pizarro, en Lima, que los soberbios virreyes del Perú jamás aceptaron fuese menos lujoso que el del propio rey de España, el general Andrés Santa Cruz pensaba. Solitario, incomunicado de todos sus consejeros y ayudantes, como era su costumbre, pesaba el insospechado giro que tomaba la situación bélica que había provocado. Su servicio de espionaje en Chile funcionaba como máquina perfecta manteniéndolo informado hasta de las más secretas resoluciones adoptadas por el Gobierno de esa república. Así pudo enterarse de que estaba adiestrando un contingente de dos mil hombres más, equipados con armas nuevas. Y que el general Gamarra, al que odiaba como a un descastado, procuraba reclutar otros tres mil peruanos en el departamento de La Libertad. Si se daba tregua al Ejército Restaurador, llegaría a contar con diez mil hombres. Eso significaba la derrota en cualquier campo que los enfrentara. Y además estaba ese traidor del general Ballivián, que a hurtadillas, en La Paz, buscaba la ocasión de asomar las garras y despojarlo del gobierno. Si los chilenos desembarcaban sus refuerzos en Arica, como le habían informado era cu plan, Ballivián se sublevaría de inmediato y lo apuñalaría por la espalda. El gran cuadro de su ejército atacado por tres direcciones se presentaba claro en su enigmático cerebro y no le ofrecía sino una solución: una gran victoria sobre los chilenos le permitiría recuperar su prestigio ante los bolivianos, doblegar a los peruanos rebeldes y expulsar a los invasores. Por fortuna para él, guerrero de montaña, el Ejército Restaurador se iba introduciendo incautamente en el Callejón de Huaylas, grieta abierta entre las Montañas Negras y la Cordillera Blanca, las «jircas» sagradas de sus antepasados. Allí sus dioses lo ayudarían a exterminarlo igual que a reses encerradas en un corral.

Sin aspavientos, inmutable su rostro de ojos oblicuos, llamó al general Francisco de Paula Otero y le ordenó con voz monocorde:

—Atacaremos al ejército chileno inmediatamente. Disponga que nuestras fuerzas rompan la marcha sobre Huaylas en el acto.

El general Otero hubiese deseado atreverse a rebatirlo, a expresarle que las tropas venían extenuadas, que era preciso renovar la caballada y que eso exigía algún tiempo. Como si adivinara sus reticencias, el Protector le inquirió, siempre ausentes sus pupilas de esfinge:

—¿Cuánto tardará en poner en camino nuestro ejército?

—Tres días, Excelencia —fue el plazo mayor que se arriesgó a pedirle Otero.

—Bien. Mientras tanto, partirán los batallones 1.º y 2.º de Bolivia, con un escuadrón de caballería, con la misión de ocupar a cualquier precio el pueblo de Chiquián, después que se hayan encerrado en el Callejón de Huaylas los invasores.

—Sí, Excelencia.

Con certera astucia, el mariscal Santa Cruz se disponía a colocar un tapón en la entrada sur del angosto valle de Huaylas. Después, pretendía hacer lo mismo en Corongo, su única salida por el norte.

Entretanto, la marcha del ejército chileno a través de las Montañas Negras resultaba aniquiladora. La puna de la altura, el frío penetrante de las cumbres y las emanaciones tóxicas de antimonio superficial de aquella sierra, desgastaron intensamente a los soldados. Cuando los batallones «Portales», «Carampangue» y medio escuadrón del «Carabineros de La Frontera» consiguieron llegar, por fin, a Chiquián, donde debían mantenerse de centinelas vigilando la entrada del callejón, más de la mitad de sus efectivos iban enfermos. Hasta el coronel Torrico, que mandaba la división, siendo peruano y conocedor de esa zona, hubo de ser transportado en angarillas durante las últimas leguas.

Sin embargo, el general Bulnes no se alarmaba; proseguía distribuyendo lentamente sus destacamentos a lo largo del callejón, confiado en que las tropas bolivianas no se moverían de Lima, dándole cuando menos tres meses para que sus hombres se recuperaran y para que los refuerzos enviados desde Chile desembarcaran en Arica. Entonces, sólo entonces, estaría en disposición de tomar la iniciativa y buscar al Protector y a su ejército en donde estuvieran.

Cegado por esta confianza, siguió marchando por las orillas del

río Santa; dejó al «Valparaíso» en Recuay, al Estado Mayor con el «Colchagua», la artillería, el «Santiago» y el «Lanceros» en Huaraz; al «Aconcagua» en la aldea de Carhuaz, al escuadrón de «Cazadores a Caballo» en Yungay y al «Carabineros de La Frontera» y el «Granaderos» en Caraz. Por obra de esta maniobra, el ejército formaba una larga cadena de eslabones separados extendida por el fondo del Callejón de Huaylas.

Al lado oeste de las Montañas Negras, en la franja de playas paralela al callejón, patrullaba el general Vidal con sus jinetes desde Supe hasta el puerto de Santa, en donde se estableció el general Agustín Gamarra con la «Columna Peruana».

Este desplazamiento general, eficaz para el reposo del ejército, no lo era para el caso de ser atacado; pero nadie imaginaba que el general Santa Cruz habría de tentar batallas en ese lugar. Por espías, deliberadamente mal informados, se sabía que había caído enfermo de gravedad y se hallaba encerrado en el Palacio de Pizarro, en la capital; y todo el Alto Mando chileno, así como también el de los peruanos aliados, se dejó engañar.

La primera noticia de esta nueva magistral burla del Supremo Protector la recibió el general Vidal mientras patrullaba con sus jinetes por los alrededores de Supe. En un día de perfecta tranquilidad, el 4 de diciembre, vio avanzar a galope tendido a un soldado que venía por el camino costero del sur. Éste gritaba ya antes de detener su caballo:

—¡El Ejército boliviano se apoderó de Huara, mi general!

El destacamento de Vidal se inmovilizó, afectado por la sorpresa y un mal disimulado temor, que se acrecentaba con las voces y aspavientos del recién llegado.

—¡Los bolivianos han llegado a Huara y se han apoderado del pueblo! —insistía en gritar alocadamente.

—¡Venga acá y deme su mensaje con sosiego, hombre! —lo acalló Vidal en forma imperiosa, observando que el nerviosismo comenzaba a hacer presa entre sus hombres—. ¿Qué fue del teniente Moreno, que comandaba su patrulla?

—Lo tomaron prisionero, señor general. Le repito: los bolivianos cayeron por sorpresa sobre Huaura y nos envolvieron. Llegaron por centenares en magníficas caballerías. Se trata nada menos que del grueso del ejército del mariscal Santa Cruz.

—¡El mariscal Santa Cruz!… —Un coro de voces repitió el nombre del temido Protector y los soldados se aglomeraron en torno al general Vidal, que tampoco las tenía todas consigo, pero trataba de dominarse. Para él, caer en las manos de Santa Cruz significaba la muerte segura.

—¡Explíquese bien, soldado! —lo conminó, nervioso—. Su patrulla estaba compuesta de diez hombres y el teniente Moreno. ¿Qué fue de los demás?

—Sólo unos pocos logramos huir, mi general. Estábamos recolectando caballos, como usted nos ordenó. Se nos habían unido el capitán Buendía y el teniente Boseta. Ellos cayeron prisioneros en cuanto comenzó la balacera. Los bolivianos aparecieron a galope tendido y nos balearon. No había forma de resistirles. Yo alcancé a ver a unos pocos compañeros que huían también.

—Pero ¿está usted seguro de que eran soldados del Ejército de Bolivia?

—Completamente, señor general. Estuve escondido en un pajar y los pude observar bien. Llevaban uniforme del Ejército de Línea de Bolivia y entre los que los dirigían iban varios jefes de la escolta protectoral y el propio general Morán. A éste lo oí hablar cuando arrestaron al subprefecto Delgado. Le exigía que le revelara dónde estaba escondido el exprefecto de Lima, un tal señor Gassols.

La mención de ese apellido disipó todas las dudas del general Vidal; un soldado raso de su destacamento no podía saber que el exprefecto se llamaba Gassols.

—¡Gran Dios! —exclamó en un susurro—. Van a sorprender completamente al Ejército Restaurador si no le enviamos pronto aviso.

—Los oí también que se pavoneaban que mañana mismo se tomarían la plaza de Chiquián, señor general —concluyó su informe el fugitivo, confirmando el fundamento de los temores de Vidal. Era la ruta más adecuada para apoderarse del Callejón de Huaylas.

Sin embargo, comprendía que no estaba ya en situación de prevenir al coronel Torrico, que ocupaba ese pueblo con los batallones «Portales» y «Carampangue»; los bolivianos tenían que haber copado todos los caminos que conducían a Chiquián. La única posibilidad de hacerles llegar un aviso radicaba en cabalgar desesperadamente por la costa hasta Huarmey y, desde ese puerto,

cruzar las Montañas Negras y llevar la información al núcleo de tropas que los chilenos tenían en el punto más al norte del Callejón de Huaylas. Era un recurso muy poco eficaz, por cierto; exigía subir hacia el norte, penetrar en el callejón y volver al sur por el interior de éste; una operación que podía demorar varios días. Cabía sí la esperanza de que los jefes bolivianos postergaran su ataque a Chiquián para reposar a sus tropas, pero… El general Vidal no confiaba mucho en esa posibilidad; la infantería boliviana tenía fama por su extraordinaria movilidad. No obstante, de todos modos, emprendió una loca cabalgata hacia el norte.

Como lo imaginara el jefe peruano encargado de patrullar el litoral, los jefes chilenos no albergaban ni la más leve sospecha de que el ejército de Santa Cruz pudiera aparecerse repentinamente. El general Bulnes había establecido su Cuartel General en Huaraz y recién se preocupaba de pensar en un sistema de enlace entre las diversas fracciones del ejército extendidas a lo largo del callejón. Y los batallones seguían estirándose más y más, alejándose de la retaguardia que había quedado de vigilancia en Chiquián. Y ni siquiera los jefes de esta retaguardia, el coronel Torrico y los comandantes Valenzuela y García, tenían razón alguna para temer un ataque inmediato. Tanto era así, que estos dos últimos se habían establecido en una mísera choza india y se dedicaban a remendar sus maltratados uniformes, ambos dejando descansar sus pies dentro de sendos baldes con agua.

—¡Hum —bromeó García, con cierta nostalgia—, si me viera mi esposa en esta situación, no sé si le daría pena o risa, mi viejo Jerónimo! Los comandantes del «Carampangue» y del «Portales» compartiendo esta miserable pocilga. Ni cuando peleábamos contra los indios en Arauco, ¿verdad, Valenzuela?

—¡Qué curioso volver a encontrarnos en otra guerra, Manuel! —reflexionó su amigo—. Pero yo siempre al mando de mi «Carampangue» y tú…, ¿qué hiciste con tu pretencioso «1.º de Infantería»?

—No me hables de mi antiguo batallón —le gruñó García—. Sabes que me duele recordarlo. Por lo demás, mi batallón «Portales» es ya casi tan bueno como mi «1.º de Infantería de Chile». Con unas dos o tres buenas batallas lo haré tan perfecto como el otro; diez veces superior a tu cacareado «Carampangue», por supuesto.

Se aprestaban para renovar su sempiterna discusión, cuando los interrumpieron unos apresurados golpes en la puerta de la casucha. Ambos jefes apenas alcanzaron a proferir unas palabrotas de protesta y ya tenían cuadrado al frente de ellos al capitán Guarda.

—¡Comandantes, el coronel Torrico los necesita al momento, con toda urgencia, en el Cuartel General!

—¿Qué ocurre, Guarda? —quiso saber su jefe al observarlo muy alterado.

—Acaba de llegar el exprefecto de Lima, un señor Gassols, medio muerto de extenuación, trayendo la más desconcertante noticia desde Huaura.

—¿Qué noticia? —Valenzuela había sacado los pies del balde y los embutía, mojados, dentro de sus botas.

—¡Que el Ejército de Bolivia ha llegado sorpresivamente y se apoderó de Huaura!

Una tremenda exclamación brotó de los labios de los dos veteranos y, con la misma rapidez que exigían a sus soldados, se calzaron, desarremangaron los pantalones y se calaron guerrera y quepis. Cinco minutos más tarde estaban escuchando, estupefactos, las revelaciones del exprefecto Gassols, que aparecía derrengado por haber cruzado a pie y solo las Montañas Negras. Había estado toda una tarde escondido en la torre de la iglesia de Huaura, y a medianoche, ayudado por el párroco, pudo ponerse en camino, realizando una proeza que sólo un profundo conocedor de la zona habría sido capaz de cumplir.

—Comprendí que, de no hacerlo, todo este ejército perecía —dijo—. Es el Ejército de Bolivia completo el que viene, señores; lo escuché desde mi escondite. A Huaura llegó nada más que la mitad, pero el resto está ya en Cajatambo, sólo quince leguas al sur de este pueblo.

—¿Pudo enterarse usted de cuántos soldados vienen desde Cajatambo? —le inquirió el coronel Torrico.

El señor Gassols afirmó, con un desalentado movimiento de la cabeza:

—Los oí vanagloriarse de ello: son dos mil quinientos.

Un suave silbido se escapó de los labios de García y Valenzuela al mismo tiempo. No eran necesarias muchas palabras para interpretar su impresión. Tenían en Chiquián mil doscientos, pero

unos seiscientos estaban repartidos por los caseríos próximos. Y de esos seiscientos un tercio estaba enfermo, muchos otros sin calzado y la totalidad exhaustos.

—No podemos resistirnos en nuestra situación actual —determinó Torrico, sombríamente—. Tenemos que replegarnos sobre Recuay, donde nos reforzaremos con el batallón «Valparaíso».

Pero el señor Gassols rechazó su plan con semblante angustiado.

—Les darán alcance con facilidad, coronel Torrico. Traen un espléndido ganado; los mismos caballos que el almirante Blanco le vendió a Santa Cruz.

—¡Habráse visto! —bufó García, pero no expresó la maldición que tuvo a flor de labios—. ¿Qué sacamos con llorar sobre la leche derramada? —exclamó en cambio.

—Nos replegaremos defendiéndonos como podamos por el desfiladero que conduce a Recuay —insistió Torrico—. Comandantes, dispongan que sus batallones estén en marcha antes de una hora.

—¿Sin confirmar antes si, efectivamente, son tantos los bolivianos que llegan? —le objetó Valenzuela.

—Tiene razón —admitió Torrico—. Enviaremos una partida exploradora hacia Cajatambo. Necesito un hombre experto y astuto para que practique la exploración, con no más de diez hombres.

—¡El capitán Domingo Rodríguez, de mi batallón! —salto García, simultáneamente con Valenzuela, que proponía:

—¡El subteniente Juan Colipí, recién ascendido!

El coronel Torrico observó a los dos fieros comandantes, engallados uno frente al otro, y se dirigió a García con suavidad, para no herir su vanidad:

—Es preferible no arriesgar capitanes en una simple empresa de exploración. Irá el subteniente Colipí con diez soldados.

—Pues, entonces cuatro soldados y un sargento los aportará mi batallón —porfió García, provocando una mueca burlona de su eterno rival.

—¿El sargento Tránsito Moscoso, orgullo del «Portales»?

—¡Sí, mi sargento Moscoso! ¿Y qué?…

—Basta, basta. No perdamos tiempo en discusiones, comandantes —los apaciguó Torrico—. Parta la patrulla, en buenos caballos, y tome la ruta de Pacllón, Ticllos, Copa y Mangas, hasta

Cajatambo. Al regreso, nos darán alcance en el desfiladero que va a Recuay.

El piquete de caballería compuesto por hombres del «Portales» y del «Carampangue» cabalgó rápido hacia el sur, despertando ecos en los pueblos que, misteriosamente, habían quedado vacíos, denotándose que sus pobladores habían recibido aviso de que esas tierras serían arrasadas por la guerra. Pacllón, Ticllos, Mangas…, los caseríos indígenas iban quedando atrás, envueltos en el polvo que levantaba la cabalgata. El pelotón acababa de abandonar este último poblado y asomaba sobre la cuenca en cuyo fondo yacía el caserío de Gorgorillo, cuando el subteniente Colipí frenó violentamente su animal y, con un gesto imperioso, hizo retroceder a sus compañeros.

—¡Allá abajo hay un ejército! —les comunicó en voz baja—. Permanezcan todos aquí, al reparo del lomo del cerro y con los fusiles amartillados. ¡Sargento Moscoso, pie a tierra y acompáñame a «catear» en Gorgorillo!

Los dos gigantescos soldados se deslizaron sin ruido por los flancos de sus caballos y se tumbaron de vientre sobre la tierra. Colipí comenzó a avanzar reptando como un gran lagarto y al asomar al borde se quitó el quepis y lo dejó a un lado.

—¡Maldita sea mi suerte! —gruñía Moscoso, siguiéndolo; y como el sable se le enredaba entre las piernas, se lo quitó junto con el cinturón y lo abandonó en tierra—. ¡Y yo que pensé que, después de salir de Arauco, no volvería a andar como gusano!

Ambos hombres estaban ya al borde superior de la depresión y asomaban los ojos al nivel de la tierra.

—¡Chitas que hay soldaos, Colipí! —no pudo menos que exclamar Moscoso observando la gran masa de jinetes e infantes que llenaba la aldea encajada en la hondonada—. ¿Cuántos crees que serán?

Los ojos oblicuos y brillantes como filos de obsidiana del araucano abarcaban el panorama con la instintiva experiencia de una fiera.

—Unos quinientos allá abajo —repuso lacónicamente, pero avanzando la mandíbula señaló con ella el otro costado de la cuenca—. Mira allá.

Por un sendero ancho, que bajaba de las cumbres, se veían

culebrear largas filas de soldados. Eran más batallones que llegaban y bajaban a la hondonada.

—Pa mí que es esa *mitá* del ejército que *mentó* el señor Gassols —le cuchicheó Moscoso.

—Una avanzada muy grande —reconoció Colipí, y enseguida, sin que se alterara un músculo de su rostro, añadió—: Sargento, tenemos que agarrar un prisionero pa preguntarle cosas.

Moscoso lo miró pensando en que se había vuelto loco, pero el indio estaba inmutable.

—¿No te atreves? —le insistió.

—¡Chis que no! ¡Claro que me atrevo, pero…!

—Espera aquí. —Colipí reptó hacia atrás igual que un alacrán y se puso al habla con el resto de la patrulla—. Espérennos aquí un rato, no más de diez minutos. Si en ese tiempo no volvemos, regresen a Chiquián y comuniquen a mi comandante Valenzuela que el Ejército boliviano está en Gorgorillo.

Volvió a arrastrarse por el suelo y se emparejó a Moscoso. Con parsimonia se quitó el terciado y el sable, conservando sólo un cuchillo embutido en la pretina del pantalón.

—Vamos, sargento. Nos iremos escondiendo en los matorrales, como los de mi raza cuando atacaban a la tuya.

Medio se incorporó y empezó a avanzar sobre los codos y las rodillas. A ratos se levantaba algo más y corría en cuclillas buscando la protección de los arbustos y las matas. Moscoso lo seguía con dificultad, mascullando:

—¡Espérate, condenado, que yo no soy araucano!

Los diez minutos se cumplieron con exceso y los ansiosos patrulleros seguían aguardando inmóviles sobre sus caballos. Estaban irresolutos y con los oídos tendidos hacia el embudo que se abría frente a ellos, del cual no brotaba ningún ruido delator: disparos que significaran que los habían descubierto, voces ni carreras. El cabo que quedara al mando dijo, por fin, en voz baja:

—¿Qué le vamos a hacer? Tenemos que irnos, compañeros. Al subteniente y al sargento los deben de haber carneado allá abajo.

Pero uno de los soldados más jóvenes le hizo una apresurada seña negativa con una mano y se deslizó por el flanco de su caballo y a gatas fue a asomarse al borde del filo de tierra.

—¡Hei vienen, mi cabo! —reveló enseguida en un susurro, y

regresó junto al grupo—. Mi subteniente Colipí se trae un cuico al hombro, fijesé.

En efecto, casi al instante aparecieron los dos exploradores avanzando agazapados y el oficial araucano cargaba sobre su espalda a un hombre desvanecido. Tránsito Moscoso llegó jadeando por el ascenso, pero sofocado de risa.

—Mi subte agarró del gañote a este pajarito y casi le corta el resuello pa siempre —les comunicó—. Pero está vivo todavía el muy indino. A ver, cabo Retamales, hágale hueco pa cruzárselo sobre el arzón.

Tomándolo con una mano del pescuezo y con la otra del trasero de los pantalones, el fornido sargento quitó al cautivo de la espalda de Colipí y alzándolo sin aparente esfuerzo lo colocó doblado sobre el cuello del caballo del cabo.

—¡Vamos ahora! —ordenó el subteniente—. *Galopiaremos* una legua y nos detendremos pa hacerle unas preguntas a este *endeviduo*.

Montó sobre su bestia y la giró en dirección a Chiquián, oyendo a Moscoso que comentaba con sus vecinos:

—¡Chitas el *apretoncito* que le pegó mi subte cuando lo agarró por la *esparda*! Ni yo lo habría *aguantao*.

—¡Piquete, al trote, mar!

Se alejaron cautelosamente, guiando a sus animales sobre el terreno pastoso para evitar el ruido de los cascos, hasta que llegaron a un lugar protegido, que a Colipí le pareció fuera de peligro de ser descubierto. Allí desmontaron y Moscoso se encargó de hacer volver en sí al prisionero. Pero aunque lo remeció y le derramó agua en el rostro, éste seguía inconsciente. Le tomó la nuca entonces con una mano y con la otra comenzó a golpearle las mejillas.

—¡Ya, pus, dormilón, vuelve en tu ánima, hombre! —A los golpes, el boliviano se quejó primero y luego trató de hurtar la cabeza—. *Paré* que está *dispertando*, mi subteniente.

—Terminemos de amarrarlo, porque tendremos que dejarlo tumbado aquí, pa que no nos estorbe —determinó Colipí, y ayudó al cabo que había comenzado la operación hacía un momento.

Al sentir la presión de las cuerdas en brazos y piernas el cautivo terminó de volver en sí y contempló, aterrado, al grupo de hombres inclinados sobre él.

—Pa que no se nos ponga malito, no más, mi amigo —chanceó Moscoso, apretando el nudo final—. Y agora que está hecho un lulo, vamos a platicar un poquito, ¿no?

—¿Qué van a hacer conmigo, compadres? —les preguntó con voz temblorosa el hombre.

—¿*Compaires*, eh? —comentó el sargento, e imitando el acento ceceante del boliviano, le dijo en forma maligna—: Puis, vamos a tener que sepultar a un *compaire*, si no vas hablando ligerito, ligerito, eh.

El subteniente Colipí hincó una rodilla en tierra y aproximó su rostro para no tener que hablar en voz alta.

—¿Cuántos hombres trae el ejército que está en Gorgorillo? —le inquirió, y como el cautivo, paralizado por el espanto, no le respondiera al punto, con un ademán brusco sacó su cuchillo del cinto y se lo apuntó a la garganta—. ¿Vas a hablar?

—¡Sí, sí, puis! Hay seiscientos soldados, compadre.

—¿Y más atrás?

—Vienen todos los batallones de la segunda división, puis.

—¿Y la primera división?

—Los jefes decían que viene por la cuesta de Ocros en dirección a Chiquián, oficial.

—¿De modo que todo el ejército se dirige a Chiquián, aunque por dos caminos? ¿Es así?

—No, puis, oficial. El batallón «Ayacucho» y un escuadrón de caballería no irán a Chiquián, sino que lo flanquearán y pasarán de largo hasta el despeñadero que baja a Recuay, para apostarse a media ladera y cortar el paso a las tropas chilenas cuando se replieguen sabré ese pueblo.

—¡Habráse visto! —exclamó Moscoso—. Conque dos batallones se esconden a medio camino pa cazarnos a la pasá, mientras el ejército empuja de frente sobre la guarnición de Chiquián. ¡Ah, grandísimos guanacos!

—¿Cuántos hombres en total vienen por esta zona desde Cajatambo? —quiso saber por último Colipí, y como el hombre vacilara, le hundió la punta del cuchillo en el cuello.

—¡Ay, Diosito santo! Unos dos mil quinientos, oficial.

Juan Colipí se puso de pie con premura. Ya sabía cuanto necesitaba y la urgencia de llevar aceleradamente el informe.

—¡A caballo todo el mundo! —ordenó, y trepó al suyo de un salto. Pero Moscoso no lo imitó, sino que se quedó mirando al prisionero tumbado junto a una gran piedra.

—¿Y vamos a dejar a este hombrecito, solito aquí, con la boquita abierta pa contarles a sus compañeros que nos vio y nos palabreamos? ¿No sería mejor cortarle el resuello pa siempre?

—¡A caballo, Moscoso! —lo urgió el araucano—. Déjalo ahí, no somos asesinos. Ya lo recogerán los suyos, pero no tan pronto. ¡Vamos!

Los once jinetes galoparon por la alta meseta, que a ratos se embutía en desfiladeros y en otros ondulaba en colinas que semejaban enormes olas amarillentas. Al cabo de una media hora de carrera, el oficial araucano, que cabalgaba silencioso y preocupado, levantó la diestra y todos se detuvieron.

—Óiganme todos —dijo—. Unas cinco leguas más al norte cruzamos por un puente colgante, ¿lo recuerdan? —Como sus hombres asintieran, aclaró—: Es el del río Liadla. Ahí nos vamos a detener.

—¿Y pa qué, me pregunto yo? —intervino Moscoso.

—Pa contener a los enemigos y dar tiempo a que nuestra división abandone Chiquián y se repliegue a Recuay —determinó simplemente Colipí.

Los miembros de la patrulla lo contemplaron sin poder dar crédito a lo que acababa de decir. Pretender que once hombres resistieran a los seiscientos que estaban de avanzada en Gorgorillo les parecía un disparate.

—¡Chis, *estái* loco, Colipí! —saltó Moscoso—. ¿Nosotros once vamos a aguantar a toa la vanguardia boliviana? Son como…

—¡Tenemos que hacerlo! Si no la detenemos unas horas, pasarán hasta Chiquián y cogerán a nuestros batallones por sorpresa. He *pensao* que en el puente del Liadla los podemos sujetar un tiempo. ¡Hay que atreverse! ¿Comprendido? —Sus diez compañeros volvieron a afirmar con un movimiento de cabeza—. Mandaremos a un hombre para que informe al coronel Torrico y los restantes nos esconderemos en el puente y *hei* aguantaremos hasta que no podamos más, lo menos cuatro horas.

—¡Cuatro horas! —silbó entre dientes Moscoso—. Vamos a ver si alguno de nosotros queda vivo después de cuatro horas. Pero

¿qué le vamos a hacer? —rió—. Es la suerte del *sordao*.

Comenzaba a obscurecer aquel 16 de diciembre cuando la patrulla llegó al puente del Liadla. Era éste un puentecillo fabricado al estilo indio, con cuatro gruesos cables de cáñamo trenzado amarrados a otras tantas estacas hundidas en ambas orillas y sobre los cuales se habían atado mediante rejos de cuero tablones transversales apegados uno al otro, formando un pasadizo de no más de dos varas de ancho. El puente oscilaba sobre el ancho tajo del río a una altura impresionante. Nadie se hubiera arriesgado a vadear aquel torrente y no existía bajada al bullicioso cauce; y el ancho del puente no permitía ni siquiera el paso de dos jinetes al mismo tiempo. Esos factores eran los que consideró el astuto araucano para tomar su resolución y en ellos basaba su remotísima posibilidad de éxito. Después de mandar a un soldado a todo escape a Chiquián, distribuyó a sus nueve hombres entre los mamelones de tierra que sobresalían en la orilla norte del río y allí esperaron, en silencio, sin fumar, inmóviles sobre el suelo tapizado de granito pulverizado y lijoso.

Serían las once de la noche cuando oyeron en la orilla sur, al otro lado del puente, el ruido característico de una gran masa de caballos acercándose lentamente.

—¡Hei vienen, Colipí! —susurró Moscoso asomando la punta de la cabeza por encima del promontorio.

El subteniente hizo un gesto apenas perceptible. Sus oídos de indio habían captado el ruido bastante antes. Se asomó también y observó el panorama. Muy baja, a su espalda, brillaba una luna menguante. Eso era favorable. Les permitiría ver algo y, en cambio, ellos quedarían en sombras. Dejándose resbalar detrás del mamelón, hizo señas a sus hombres de que se le acercaran.

—Tenemos que proceder con calma y seguridad —les cuchicheó —. Vamos a dejar que los primeros entren al puente y empiecen a cruzarlo. Cuando ya estén unos veinte en él, dispararemos todos sobre los primeros, simultáneamente, apuntándoles a las cabezas para matarlos al tiro. ¿Quién tiene buena puntería? —El cabo Retamales se le acercó más—. Bien. Usté disparará al pecho del caballo que venga adelante. Tiene que venir uno. Debe *usté* matarlo al momento, no herirlo, porque una bestia herida corre pa adelante y permitiría que los infantes lo siguieran protegidos por su cuerpo.

¿Entendido?

—Lo dejo seco al primer balazo —prometió el cabo en sordina.

Los ruidos se oían más cercanos, distinguiéndose ya algunas voces de mando. Colipí abrió los brazos indicando a sus hombres que se desparramaran y tomaran posiciones y se tumbó con los ojos al nivel superior del promontorio. A su lado tendió su lanza y su sable y poco a poco fue asomando el cañón de su fusil.

—¡Atención! —se oyó ordenar en la otra orilla—. Primer escuadrón, de a uno en fondo, entrar al puente.

Los soldados chilenos fueron colocando sus fusiles a ras de tierra. Cada uno conocía su blanco. Colipí dispararía sobre el primer hombre, Moscoso sobre el segundo y tres más sobre el tercero, el cuarto y el caballo de adelante. La otra mitad de la patrulla estaba destinada a la segunda descarga, a fin de dar tiempo a sus compañeros a recargar sus fusiles. En esa forma sucesiva podrían mantener un fuego casi continuo.

Ya se oían los cascos de un caballo y el golpeteo de las ojotas de cuero de los infantes sobre las tablas del puente. Colipí los observaba avanzar, inmóvil, como si formara parte de la tierra misma. El puente estaba tomando un leve vaivén por el peso de los seres que lo iban pisando. Los segundos corrían suspendiendo la respiración de los patrulleros y el subteniente no daba la orden. Por fin, la luna alumbró bastante la mancha clara del caballo sobre el que avanzaba el primer batidor. Era el momento preciso.

—¡Apunten! —musitó secamente el araucano, y enseguida—: ¡Fuego!

Todo ocurrió con una espectacularidad teatral. El silencio de la noche se rompió como si hubiese estallado un polvorín, y al mismo tiempo se elevó el relincho atroz del caballo alcanzado en pleno corazón, mezclado con los gritos de dolor de los soldados heridos. La confusión fue instantánea. La bestia moribunda cayó atravesada en el puente, coceando al aire y enredando sus patas en las cuerdas de los pasamanos, hasta que quedó inmóvil obstaculizando el paso. Los infantes que la seguían cayeron también, dos dando volteretas por sobre la baranda de cuerdas y precipitándose al abismo, otros retorciéndose en las tablas trasversales. Los demás retrocedieron atropelladamente, descontrolados por la sorpresa, empujando a los que venían más atrás y creando una revoltura caótica en la orilla.

Pero el desconcierto duró apenas un instante. No terminaban los cinco fusileros que acababan de disparar de recargar sus armas, cuando una descarga múltiple estalló al otro lado del río y los proyectiles picotearon el terreno en torno a los chilenos.

—¡Carajo, me llenaron los ojos de tierra esos condenados! —barbotó Moscoso escupiendo, a tiempo que apisonaba la carga de su fusil con la baqueta.

—¡Escondan las cabezas! —los apremió Colipí—. No volveremos a disparar hasta que entren de nuevo al puente. Es la única forma de entretenerlos unas horas.

La numerosa tropa boliviana comenzaba a sobreponerse a la sorpresa y las voces de mando la iban ordenando en la ribera opuesta. Pero aún disparaban sin concierto, cubriendo una enorme área del terreno del frente con sus proyectiles. Las balas zumbaban por centenares segando los pajonales y rebotando en las piedras redondas de la orilla.

—¡Chitas que tienen harto plomo esos macacos! —comentó Moscoso, escondiendo la cabeza entre los hombros—. No van a dejar tallo parao.

—¡Nadie se mueva! ¡Que no nos localicen! —cuchicheaba Colipí —. ¡Déjenlos disparar! Ojalá una bala loca no voltee a uno de nosotros. Esperemos a que intenten otra vez entrar al puente.

—¡Cómo llueve, niños! —chanceaba Moscoso, incorregible—. Esconder la cabeza. No sea que les caiga un goterón de ésos encima.

Con las mejillas pegadas al suelo esperaron el segundo avance, que no podía tardar en producirse. Fácil les era imaginar con qué nerviosidad estarían deliberando los jefes enemigos, perplejos por el inesperado obstáculo que venía a interrumpir el curso del plan matemáticamente trazado por el mariscal Santa Cruz. Lo deducían de la forma desordenada en que los soldados seguían disparando al azar. Esta situación se mantuvo alrededor de quince minutos y de improviso cesó el fuego, como obedeciendo a una orden.

—Una de dos —reflexionó lacónicamente Colipí—: o han estudiado una forma más sensata de intentar el cruce o suponen que nos escapamos después de las primeras descargas.

—Me tinca que es lo segundo —opinó el cabo Retamales—. ¿Qué otra forma de atravesar el puente van a descubrir, sino pasándolo, a la carrera, al trote o al paso?

—Puede ser —admitió el subteniente, y se deslizó sobre el vientre hasta asomarse por sobre el montículo que le servía de protección. No tuvo que espiar mucho para darse cuenta de que la aseveración del cabo era cierta. Unos diez soldados se aproximaron con toda cautela al comienzo del puente. Colipí se dejó resbalar hacia abajo.

—Hei vienen —comunicó a sus compañeros en voz baja—. Creen que nos hemos ido, pero avanzan tanteando. Tenemos que dejarlos entrar hasta la mitad del puente, para no errar los tiros. Prepárense y no disparen hasta que yo lo haga.

Los diez hombres reptaron hasta el lomo de los montículos que los ocultaban y aguardaron en inmovilidad absoluta. Podían ver a la luz de la luna con qué sigilo y temor iban pisando los travesaños los enemigos, así como también imaginaban cuántos fusiles estarían apuntados sobre el lugar en que ellos se encontraban, dispuestos a disparar sobre sus fogonazos. Los exploradores bolivianos parecían adquirir confianza a medida que se internaban en el pasadizo colgante sin que se oyera un ruido ni se observara movimiento alguno en el lado de los chilenos. Colipí los dejó acercarse aun más y cuchicheó a sus hombres:

—Ahora disparamos todos juntos y nos dejamos rodar detrás de los mamelones. ¡Atención…, fuego!

Fue como tirar al blanco. Los enemigos estaban a no más de cincuenta varas y formaban una hilera seguida. Los diez proyectiles los cogieron un poco por un flanco. Unos saltaron aventados por los tiros que les dieron de lleno, otros cayeron al abismo descontrolados por el pánico y sólo dos o tres retrocedieron alocadamente a la orilla de donde provenían. Pero al mismo tiempo, sus compañeros, distribuidos a lo largo del río, descargaron una granizada impresionante de metralla sobre el lugar donde se habían encendido los fogonazos de los chilenos. Todos éstos debieron ser acribillados allí, de no haber seguido la táctica ordenada por el subteniente araucano. Tan pronto descargaron sus fusiles, se echaron a rodar por detrás de los montículos y, ovillados tras sus pequeñas protecciones, sintieron estrellarse a pulgadas de sus cuerpos y silbar sobre sus cabellos los centenares de proyectiles. Fue entonces cuando, por casualidad, necesitado de recoger su fusil que se le quedara arriba de su montículo, uno de los chilenos trepó y

asomó apenas hasta las cejas y miró al puente. Dos de los hombres que parecieron huir, regresaban a todo escape, agazapados, sintiéndose protegidos por la cortina de balas de sus compañeros.

—¡Mi subteniente —gritó entonces el soldado—, vienen dos *pa* este *lao*!

—Si cruzan, se nos vienen todos los demás encima —razonó al punto el araucano—. Moscoso, tenemos que sablearlos cuando aparezcan en esta punta del puente. Prepárate. Tendrán que cesar el fuego pa no matar a sus propios hombres.

Fue exacto. La balacera se interrumpió al unísono. Fue como una señal. Colipí y Moscoso saltaron fuera de sus parapetos y corrieron las pocas varas de extensión de la plazoleta que servía de cabezal al puente, justamente cuando los dos enemigos salían de él. Estos, tal vez, creyeron ser más rápidos y, en cambio, fueron tomados por sorpresa. Las formas gigantescas de los dos chilenos surgieron ante ellos y sus espantables sables curvos centellearon a la luz de la luna y cayeron sobre sus cuellos con energía formidable. No alcanzó a ser un encuentro, apenas una aparición de segundos de duración y los dos bolivianos cayeron descabezados.

—¡Al suelo, sargento! —ordenó Colipí en sordina—. Van a barrer esta plazoleta —y los dos hombres se mimetizaron con la tierra, sobre la cual rodaron de costado buscando el amparo de los montículos. Todo fue tan rápido que cuando las descargas picotearon la cabecera del puente, ya los atacantes estaban jadeando detrás de sus parapetos.

—¡Puff, me hundí de hocico en el polvo! —resopló Moscoso—. ¿Te metieron bala, Colipí?

—Nos tumbamos a tiempo, sargento. Pero no sé hasta cuándo vamos a poder repetir la pruebita. Ahora seguramente van a intentar cruzar en mayor número. Ya deben sospechar que somos pocos.

—Me paré que están boquiabiertos, mi subteniente —opinó un fusilero—. Oiga *usté* cómo gastan balas por no dejar.

En efecto, la fuerza enemiga no dejaba ni un pedazo de terreno sin acribillar con sus proyectiles, en una amplia extensión. Pero se advertía que ya muchos los habían localizado por el relumbrón de sus fogonazos y el sitio en que se hallaban era el más baleado.

—Van a seguir disparando sobre este sitio con la esperanza de

eliminarnos a ciegas —reflexionó Colipí—, y puede ocurrir. ¿A qué engañarnos? Pero, cuando lancen otro grupo al puente, tendrán que cesar el fuego. Entonces nos echaremos a rodar unas cincuenta varas a la izquierda, por el costado del río, hasta encontrar otros parapetos. Desde allá dominaremos la plazoleta por el otro lado. Pero ahora mantengan agachadas las cabezas y esperemos.

Durante quince minutos más el plomo de los bolivianos silbó sobre los diez hombres incrustados a la tierra y de pronto las descargas comenzaron a ralear.

—¡Ahora! —ordenó el araucano—. Cuando se apague el último disparo gateamos todos *pa'l* otro lado de la plazoleta. ¿Listos? ¡Ya!

Como piedras rodantes, a gatas unos, agazapados otros, cambiaron de lugar sorteando los peñascos y los matorrales. Eran unos bultos que apenas sobresalían del terreno disparejo y, por tanto, muy difíciles de percibir desde la otra orilla. Acezando igual que fuelles se tumbaron en sus nuevas posiciones y buscaron parapetos cercanos unos de otros que les permitieran mantenerse al habla.

El subteniente, protegido ahora por una roca, se asomó por un costado. Sus pupilas de hombre primitivo le permitieron distinguir lo que otros no hubieran visto. Los soldados enemigos se habían distribuido ordenadamente en dos alas, a ambos lados del cabezal del puente, y esperaban.

«Comienzan a pensar con la cabeza —se dijo el indio—. Van a concentrar sus tiros sobre la plazoleta de este lado mientras lanzan por el puente a sus hombres más corredores».

Volvió a esconderse tras la roca y comentó a Moscoso:

—Ahora va a comenzar lo bueno, sargento. —Añadiendo algo más alto—: ¡Desenvainar los sables, muchachos, y mantenerlos en tierra junto a las piernas! Van a cruzar cubiertos por el fuego de sus dos alas. Los dejaremos avanzar hasta el centro y entonces dispararemos. Tengan por seguro que vendrán a la carrera y que se nos pasarán muchos. De modo que a ésos tendremos que eliminarlos a puro sable. ¿Entendido? Disparo, salto adelante, dos o tres sablazos y salto atrás para volver a protegernos, recargar los fusiles y repetir la maniobra hasta donde podamos.

—¡Guachi —previno una voz a un par de varas—, ahí se meten al puente ya!

Todos asomaron un ojo por encima o un costado de sus amparos. Los que entraban al puente eran unos treinta. Aunque eliminaran a diez con sus tiros, siempre les vendrían veinte encima, les hizo ver Moscoso.

—No todos cargarán; algunos tendrán miedo y retrocederán —razonó Colipí—. ¡Atención, que ya vienen por la mitad… y empiezan a correr! ¡Apunten bien!… ¡Fuego!

La descarga tumbó a los primeros, pero no llegaron a más de seis, y los demás siguieron corriendo más rápido. No obstante, de manera inexplicable, unos pocos se fueron rezagando a medida que se aproximaban a la plazoleta. Y, por su parte, algunos de los chilenos lograron recargar malamente sus fusiles y volvieron a dispararles. Eso terminó de contener a los rezagados, que retrocedieron a la carrera, e hizo vacilar a los más resueltos. Fueron esos instantes los que aprovecharon los patrulleros. Dejando los fusiles, cogieron sus sables y saltaron fuera de los escondites. Corrían agazapados, para esquivar las balas que empezaban a surgir de las alas enemigas, hasta que asentaron pie en la planicie de la plazoleta. Allí, desplegados en abanico, recibieron a los adversarios. Éstos, obligados a avanzar en parejas por la angostura del puente, se entorpecían e iban saliendo uno tras otro. Por otra parte, la obscuridad les impedía aquilatar su desventaja, factor que volcaron a su favor los chilenos. Sus largos sables curvos describieron silbantes círculos en el aire y cayeron con ferocidad implacable sobre ellos, destrozándoles los cráneos, tronchándoles los brazos, abriéndoles horribles desgarrones. El subteniente Colipí, plantado su gigantesco cuerpo en el cabezal del puente, hería como una máquina, y a pocos pasos de él el sargento Moscoso, no menos hercúleo, combatía rugiendo igual que fiera. Pronto la plazoleta estuvo cubierta por un montón de bolivianos que se debatían agónicos. El resto se apelotonó en el puente y concluyó por diseminarse hacia atrás, y el araucano y Moscoso corrieron tras ellos sableándoles las espaldas. En esta macabra persecución se arriesgaron hasta un tercio del puente y luego regresaron encorvados para ofrecer menos bulto a las balas enemigas que comenzaron a lloverles encima y con un formidable salto final se arrojaron de cabeza entre las grandes piedras de la orilla.

—¡Puff! Buena faena hicimos, Colipí —bufó Moscoso, agitando

la cabeza para sacudirse la tierra, y buscó a sus compañeros en los contornos—. ¿Estamos todos?

—Sí —le respondió el cabo Retamales desde un montón de riscos—, pero bandearon al *soldao* Mascarena, mi sargento. Lo arrastramos hasta acá mientras ustedes hacían la última carga.

Colipí gateó hasta el sitio de donde hablaba el cabo y se inclinó sobre el herido.

—¿Qué tiene?

—Le metieron una bala en la *esparda*, mi subteniente.

—¡Qué mierda! —se oyó barbotar a Moscoso desde su refugio—. Una bala en los pulmones no tiene vuelta.

—¡Cállate! —El oficial araucano apegaba lo más que podía su rostro al del herido y se lo palpaba con una mano. Estertoraba ya y la sangre le brotaba a pujos por la boca. Pronto encorvó el pecho y vomitó un último chorro de sangre. Después, nada.

—Ya estiró la pata, mi subteniente —dijo en voz baja el cabo, y cuidadosamente le cruzó los brazos sobre el pecho y le cubrió el rostro con el quepis.

—¡Pobre compañero! —fue el único responso que alguien pronunció. Enseguida hubo que preocuparse de dos soldados que estaban heridos. Uno tenía un lanzazo en una pierna y el otro un tajo de sable en el hombro izquierdo.

—No se preocupe, mi subteniente —dijeron ambos—. Todavía podemos seguir peleando.

Colipí se sentó con la espalda apoyada en una roca y reflexionó de modo que sus compañeros alcanzaran a oírlo:

—Vamos quedando nueve, pero hemos detenido al enemigo como una hora. Si nos van matando de a uno por… —Se interrumpió y agregó muy serio—: Con tres horas que duremos todavía, alcanzará a llegar nuestro mensaje al coronel Torrico y nuestros batallones tendrán tiempo para replegarse hacia Recuay.

—Si nos van matando a razón de uno por hora, alcanzamos a durar hasta mañana, pues, Colipí —bromeó como siempre Moscoso, pero dejó de reír al momento, porque otra vez comenzaba la balacera desde la otra orilla. Los nueve patrulleros, incluidos los dos heridos, reptaron hasta lo alto de sus parapetos para continuar su desesperada resistencia.

Entretanto, la división del coronel Torrico había abandonado

Chiquián antes del alba, no por temor a un ataque, sino por proporcionar un campamento más salubre a los batallones en la Laguna del río Santa. Descendía lentamente por un sendero angosto azotado por el viento frígido de la sierra, que traspasaba los delgados uniformes de brin de los soldados, haciéndolos marchar encogidos igual que si formaran una procesión de ancianos. En la cabeza de la columna iban el coronel Torrico, los guías, el exprefecto de Lima, señor Gassols, y los comandantes del «Portales» y del «Carampangue». No era fácil conducir a más de mil soldados por aquel sendero de mulas, retorcido en continuas curvas y con un precipicio permanente a un costado. Sin embargo, los jefes iban comentando con serenidad los informes que les trajera el señor Gassols y sus consecuencias inevitables.

—Buena sorpresa se va a llevar el general Bulnes cuando lo informemos de que el mariscal Santa Cruz resolvió dejar Lima y se ha aparecido de improviso en las cercanías del Callejón de Huaylas —reflexionaba Torrico.

—Todos los planes del Comando en Jefe se van al diablo —dijo con una risilla el comandante Valenzuela—. Ya no se podrá esperar a que lleguen los refuerzos de Chile o a que el Presidente Agustín Gamarra forme un ejército de tres mil peruanos en el departamento de La Libertad.

—Tendremos que arreglárnosla solitos —acotó García en tono zumbón—. Combatir a los bolivianos aquí mismo y sin más que los tres mil hombres que tenemos dispersos en todo el callejón.

—Sería un suicidio colectivo —le replicó con entonación sombría el coronel Torrico—. Nuestras tropas están cansadas, mal alimentadas, sin uniformes adecuados, con las armas gastadas por la campaña… Y el mariscal Santa Cruz traerá lo menos seis o siete mil hombres frescos y bien armados.

Una voz que corría a lo largo de la columna acercándose a la cabeza les fue siendo cada vez más audible:

—¡Coronel Torrico! —llamaba en la obscuridad, y las hileras de sóidados hacían un esguince hacia el paredón del cerro para dejar paso al caballo del que buscaba al coronel y al de otro hombre que lo seguía.

Aprovechando un pequeño espacio liso, que se abría como un mirador al borde del sendero, Torrico se salió de la columna y se

detuvo allí junto con los comandantes Valenzuela y García. El que llegaba era el coronel Tomás Sutcliffe, y su acompañante, el mensajero de la patrulla de Juan Colipí.

Después que Sutcliffe le explicó en breves palabras cómo encontró en Chiquián al mensajero y lo trajo consigo para hacerle más fácil el encuentro con él, Torrico inquirió ansiosamente al patrullero:

—¿Cuál es el mensaje del subteniente Colipí?

—Que el ejército enemigo está en Gorgorillo, mi coronel. Esa fracción trae más de dos mil quinientos soldados. Mi subteniente Colipí cogió un prisionero y por él nos enteramos de que, desde Supe, el mariscal Santa Cruz hace avanzar al mismo tiempo a otros tres mil hombres.

Los jefes chilenos se quedaron alelados. Suponían que tendrían que enfrentarse con un ejército superior al propio, pero no de cinco mil quinientos, que fácilmente podrían subir de seis mil con las reclutas en el propio Huaylas.

—Nos retiramos muy a tiempo de Chiquián —suspiró Torrico, pero el mensajero se apresuró a privarlo de su alivio.

—La retirada guarda un peligro muy grande, mi coronel —dijo —. El prisionero que tomó mi subteniente Colipí confesó que la otra parte del ejército boliviano, la que viene por la sierra mandada por el general Morán, desprendió de sus filas al batallón «Ayacucho» y a un escuadrón de caballería para que se adelante por las cumbres y se aposte en un desfiladero que domina a este camino.

—¿Pretenden cortarnos? —exclamó Valenzuela.

—Esa es la intención, mi comandante. Los batallones que les mencioné deben caer sobre esta columna sorpresivamente en mitad del trayecto a Recuay, para impedirle juntarse con el «Valparaíso», que está en ese pueblo.

Los jefes contemplaron las gibas monumentales de las dos cadenas montañosas que bordeaban el angosto valle y no pudieron evitar impresionarse. Recortadas vagamente en silueta a la leve luminosidad de la aurora que se anunciaba, se veían misteriosas y veteadas por infinitos quiebros amedrentantes. Por cualquiera de ellos podía descolgarse en el momento menos pensado el ejército de Morán.

—Mi misión era traerle este aviso, mi coronel —concluyó el

mensajero— y decirle, al mismo tiempo, que mi subteniente Colipí va a tratar de detener a la avanzada enemiga, cuando menos, por tres horas, para que esta división alcance a dejar atrás todos los desfiladeros.

Esta parte final del mensaje dejó de tal modo atónitos a los jefes, que parecieron no haber entendido bien, y García inquirió con una mueca de estupor:

—¿El subteniente Colipí con su sola patrulla va a intentar detener a toda la vanguardia enemiga?

—¿Dónde piensa realizar esa locura? —preguntó a su vez Valenzuela.

—En el puente del río Liadla, mi comandante. Allá lo dejé parapetado con los nueve compañeros —fue la simple respuesta.

—¡Eso es absurdo! —estalló Torrico—. ¿Cómo podrían diez hombres contener a una fuerza que debe ser de centenares de soldados?

—¡Combatiendo, mi coronel! —le replicó Valenzuela con irreflexivo entusiasmo—. Conozco a Colipí. Es el soldado más astuto de este ejército. Debe de haber entrevisto una posibilidad de éxito. Seguramente el puente es muy estrecho…

—Los soldados enemigos sólo pueden pasar de a dos en fondo.

—¡Lo suponía! —afirmó el jefe del «Carampangue»—. Colipí detendrá a los adversarios las tres horas que se propuso. Defenderá el puente del Liadla mientras quede un hombre vivo en su patrulla.

—Y lo acompaña mi sargento Moscoso, que es el mejor soldado de mi batallón —le corroboró el comandante García, contagiado por el ardor de su amigo—. Resistirán mientras vivan.

El mensajero tenía aún algo más que agregar y lo hizo aprovechando la estupefacción que enmudeció al coronel Torrico.

—Mi subteniente dijo que, después de resistir esas tres horas, se retiraría del puente y buscaría refugio cerca del pueblo de Ticllos, para seguir espiando el avance enemigo. Y si quedaba alguno vivo en la patrulla, ése tendría la misión de alcanzar a esta división y traerle el parte detallado.

—¡Ése es Juan Colipí, señores! —proclamó apasionadamente Valenzuela—. La mejor lanza de Arauco en otra época, el mejor soldado de este ejército ahora.

—Bravos soldados todos los de esa patrulla —tartamudeaba el

coronel Torrico—. Los haremos condecorar…, sí, condecorar, en caso de que salven vivos. Pero ahora hagamos útil el sacrificio de esos hombres. Forcemos la marcha hasta que dejemos atrás estos peligrosos desfiladeros.

Los jefes de batallones volvieron a ocupar sus lugares y la columna apresuró su andar, al mismo tiempo que numerosos batidores galoparon adelante a fin de descubrir toda posible sorpresa.

El comandante García cabalgaba al frente de su batallón aguzando su mirada tendida sobre las montañas, ya más visibles por la acentuación del alba, cuando se le emparejó el señor Gassols, que venía de hablar con el coronel Torrico.

—Lamento enfriar su confianza, comandante —le dijo con aire compungido—, pero considero que el sacrificio de esos hombres en el Liadla es estéril.

—¿Por qué, señor? —le indagó García con disgusto.

—Porque ese río tiene otro puente un poco más hacia el oriente. Si esa patrulla consigue retardar a la vanguardia boliviana en el puente bajo, el batallón «Ayacucho» y la caballería habrán pasado de todos modos al alto de la sierra por el otro.

—¿Debo entender entonces, señor Gassols, que esas fuerzas pueden estar ya escondidas esperándonos en algún punto estratégico?

—Seguro, comandante. Recuerde que la infantería boliviana es la más veloz de América, en especial cuando marcha por las alturas.

—Esto debemos discutirlo con los demás jefes. Reunámonos con ellos, señor Gassols.

Los dos hombres condujeron sus caballos a un costado de la columna y galoparon hasta juntarse con Torrico y su Estado Mayor, llevando consigo a Valenzuela y al jefe del «Carabineros de La Frontera», que habían recogido a la pasada. Examinada la peligrosa situación, se determinó formar un cuerpo avanzado, constituido por una compañía, el que debería ir explorando las montañas a media altura de las laderas.

—Ese cuerpo avanzado irá seguramente al sacrificio —insistió Gassols, pero nadie le hizo caso. Por el contrario, García se adelantó a ofrecer una compañía de su batallón y otro tanto hizo Valenzuela.

—Los soldados del «Carampangue» son más veteranos —

argumentó. A lo que García opuso:

—Los del «Portales» son más bravos; no les temen ni a Dios ni al diablo.

—Yo decidiré, comandantes —los acalló Torrico—. En realidad, el «Carampangue» es un cuerpo más fogueado. El «Portales» es relativamente nuevo. En consecuencia, irá una compañía del primero. Y basta de discusiones, que no podemos perder tiempo.

Sin embargo, antes de separarse, el cazurro Valenzuela aún tuvo oportunidad de burlarse de su eterno rival.

—Ya te lo he dicho, viejo gruñón —le zumbó—: a tu batallón le falta mucho todavía. —Y se apresuró a apartarse de un salto para evitar el puntapié que le lanzaba su émulo, junto con un:

—¡Grandísimo badulaque!

Juan Colipí cumplió su promesa aquella noche inolvidable. No sólo durante tres horas, sino por espacio de cuatro horas y media, el cacique, hijo y nieto de guerreros, acompañado por hombres que fueron muriendo sin miedo, silenciosamente, hasta quedar reducidos a cinco y uno de ellos herido, mantuvo el dominio sobre el puente del Liadla contra innumerables enemigos, y quizás habría podido seguir resistiendo hasta la aurora de no habérseles acabado las municiones y quebrado las lanzas y los sables. La última carga la repelieron empleando los fusiles vacíos a modo de mazas, y hubiera sido, más que una temeridad, una estúpida jactancia permanecer más tiempo allí. La aurora primaveral comenzaba a insinuarse y la luz sería su perdición. Debía, pues, abandonar aquel sitio que durante la noche había sido un rincón del infierno. Los enemigos, agotados también, y sobre todo desconcertados, cesaron su fuego por unos momentos, justamente los que necesitaban los chilenos para desaparecer.

—¿Pueden todos caminar hasta los caballos? —preguntó Colipí, y se acercó al soldado Bastías, que yacía en el suelo con un proyectil incrustado en una cadera—. A éste me lo llevo yo a la espalda.

Como los tres restantes afirmaran con un gesto mudo, tomó al herido de las axilas, y, ayudado por Moscoso, se lo cargó con sumo cuidado sobre el hombro izquierdo.

—Muchachos —cuchicheó nerviosamente—, tenemos que levantarnos de golpe y correr por entre los matorrales hasta el recodo del camino donde dejamos los caballos. ¿Están listos? Bien.

¡Ahora entonces!

Los cuatro hombres corrieron como escarabajos por la ladera ribereña del río, disimulándose entre los macizos de matorrales y tras las acumulaciones de riscos. En las primeras cincuenta varas nadie pareció percatarse de su fuga, pero después algún centinela los distinguió y comenzaron a chisporrotear los disparos, ralos primero, más compactos después. Sin embargo, ya los patrulleros llegaban al lomo de la depresión y se echaban a rodar al otro lado. Allí estaban, por fortuna, los caballos. Diez, pero ya sólo precisaban cuatro. Colipí cruzó al herido sobre el cuello del que él iba a ocupar y montó de un salto.

—¡Agárrate de las crines, Bastías! —recomendó al herido, y vuelto apenas a sus hombres, los urgió—: ¡Al galope, muchachos! ¡Tratemos de llegar a Ticllos!

Se alejaron en alocada carrera, imaginando cómo los enemigos estarían abalanzándose al puente del Liadla y qué furia sentirían cuando se dieran cuenta de que habían sido contenidos por un simple puñado de hombres. Galopaban sonriendo con fiereza, pero sin pensar en momento alguno que habían cumplido una proeza increíble.

Entretanto, el cuerpo expedicionario del coronel Torrico seguía alargándose como una hilera de hormigas por entre los ciclópeos tajos de la sierra, equilibrándose en comisas suspendidas sobre abismos o cruzando desfiladeros estrechos de paredones altos como catedrales. Se dirigían hacia Recuay, en donde podrían reforzarse con el batallón «Valparaíso» y ofrecer una resistencia positiva a los enemigos que presentían iban movilizándose paralelamente a ellos, pero por el filo de las cumbres. Ya sabían que la hazaña del subteniente Colipí y su patrulla había sido estéril y que el batallón boliviano «Ayacucho» y un escuadrón de caballería altiplánica pugnaban por adelantárseles y caerles encima en un portezuelo adecuado.

Jadeantes y tropezando a cada instante por obra del cansancio, los portales, carampangues y carabineros avanzaban obstinadamente, confiados en los batidores del «Carampangue» que iban explorando los desfiladeros, las quebradas y los despeñaderos, ofreciéndose como cebo a los enemigos a fin de hacerlos delatarse.

Faltaban apenas dos leguas para que llegaran al nivel de la

Laguna del Santa, cuando en el filo superior de un farellón de roca pizarreña se vio asomar a la segunda compañía del «Carampangue», que, mandada por el capitán Guillermo Nieto, había trepado al perfil de las cimas para ir protegiendo a la columna. En este destacamento de cincuenta infantes y seis lanceros a caballo formaba la

mujer-soldado

Candelaria Pérez. Vestida con un raído uniforme, que le quedaba algo grande, caminaba junto al caballo de su capitán, con el fusil presto entre las manos.

—Si el batallón «Ayacucho» ha de bajar desde la sierra, como aseguró el mensajero del subteniente Colipí —iba diciendo el capitán—, tiene que descolgarse por este lado del desfiladero, en cuyo fondo marcha nuestra división.

—Y nosotros lo veremos acercarse y podremos contenerlo hasta dar tiempo a que la división salga del tajo —aseguró, impertérrita, la soldado Pérez.

—¡Dios te guarde la confianza, Candelaria! —rió el oficial—. El batallón «Ayacucho» debe de tener a lo menos mil hombres y caballería y nosotros somos apenas cincuenta y seis.

—¡Bah! —La mujer se encogió de hombros—. Colipí sujetó a toda una vanguardia con sólo diez hombres. ¿Por qué nosotros no podríamos sujetar a un batallón?

De pronto, el sargento que iba en la descubierta a unas cien varas de distancia levantó un brazo y regresó al trote de su caballo. El destacamento se había detenido a su ademán, y esperaba.

—¡Mi capitán Nieto, me conque tenemos cerca a los enemigos! —le participó, girando la cabeza a todos lados para otear los perfiles de los cerros—. Hace rato que estoy por creer que oigo un ruido apagado como el eco del pataleo de muchos caballos.

—¡Atención, silencio todos y escuchemos! —ordenó el oficial, y el destacamento pareció petrificarse. Al cabo de un rato de escuchar aguzando los oídos, varios hombres hicieron signos afirmativos.

—¿No le decía yo, mi capitán? —expresó el sargento—. Ese ruido que viene no sé de dónde es de una caballada en marcha.

No les cabía duda, pero no les era posible precisar en qué dirección sonaba. La oquedad del desfiladero y los farellones de las montañas producían ecos engañosos que los hacían oírlo a ratos en

una dirección y luego en otra.

—El retumbar de las montañas nos despista a todos —admitió finalmente el capitán—. No queda otra solución que mandar un piquete de exploradores a que observen la zona desde una altura.

—Si *usté* quiere, mi capitán —se ofreció el sargento Tapia—, yo subo a aquella loma negra con una escuadra y echo una mirá pa toos laos.

—Sí, es lo mejor. Vaya, sargento Tapia.

—Déjeme que los acompañe, mi capitán —terció Candelaria Pérez—. Tengo mejor vista que todos.

—Está bien, soldado Pérez. Puede ir, y cuídese.

Pero apenas los ocho soldados, el sargento y la mujer desaparecieron trepando por un angosto sendero, el capitán Nieto comprendió que había cometido un error; debió haber enviado a los seis lanceros a caballo, que podían realizar la exploración más eficazmente.

—Cabo Gómez —llamó al que los encabezaba—, alcáncenlos ustedes seis y acompáñenlos en la misión.

—¡A su orden, mi capitán!

Los jinetes lanzaron sus cabalgaduras por el sendero y desaparecieron por igual tras un montículo. El destacamento prosiguió entonces su marcha cautelosa por el borde superior del desfiladero, divisando en ocasiones, abajo, en el fondo, a la división del coronel Torrico. Este lento compás de vigilancia se mantuvo durante bastante rato cumpliendo la monótona rutina de escudriñar las cumbres, examinar con los anteojos de campaña las quebraduras de las laderas casi verticales, destacar hombres a observar detrás de las aglomeraciones de rocas, hasta que el capitán Nieto reparó en que había pasado más de media hora desde que se separara el grupo explorador del sargento Tapia. ¿Por qué tardaba tanto en regresar? Además, no era prudente dejarlo atrás.

—¡Destacamento, atención…, alto! —ordenó alzando la diestra, y sus cuarenta y un hombres se inmovilizaron, adivinando la preocupación de su jefe. Éste oteaba hacia todos lados pensando en qué medida adoptar, cuando a lo lejos, por su derecha, se oyeron numerosos disparos. No eran descargas uniformes, sino un alboroto de estampidos desordenados, característicos de una escaramuza repentina e irregular. Por la dirección de donde provenían, no

quedaba duda de que tenían relación con la patrulla.

—¡Mi sargento Tapia se ha agarrado a balazos con el enemigo! —exclamó un soldado cerca de él.

—¡No puede ser! Tendría que estar loco y Tapia es muy equilibrado —razonó el capitán—. Si hubiera topado a los bolivianos, se habría apresurado a regresar aquí para comunicármelo. No lanzaría a sus ocho infantes y seis lanceros contra una fuerza superior.

—¿Y entonces qué son esas balas?

El jefe del destacamento dejó sin respuesta la pregunta, pero en su mente se encendió una desagradable sospecha. En la escuadra del sargento Tapia iban dos soldados, Cereceda y Bascuñán, un par de bellacos que ya habían intentado amotinarse en el campamento de Chiquián. Ellos eran seguramente los causantes de aquella balacera.

—¡Vamos allá a escape! —profirió Nieto, rabioso por verse obligado a interrumpir su misión por una causa tan execrable—. ¡Rompan filas y corramos todos hacia donde suenan los disparos! ¡Síganme, carrera, mar!…

Mientras hacía ascender a saltos a su caballo por la ladera montañosa para asomar más pronto a la meseta superior, iba pensando en que, de ser cierto lo del motín, haría pasar por las armas a los dos bribones en el sitio mismo.

No tardaron muchos minutos en alcanzar el nivel de la meseta y, en tanto el capitán la recorría con la vista, sus infantes llegaron a su lado y uno de ellos descubrió al momento lo que buscaba. Señalando con un brazo, gritó:

—¡Allá está la patrulla; allá, en el centro del llanito!

El capitán Nieto siguió la dirección indicada y comprobó su veracidad, pero, al mismo tiempo, se dio cuenta de que no había ningún enemigo a la vista. Se había producido el motín que él imaginara. Ardiendo de ira, resolvió cumplir al instante lo que se había propuesto: fusilar a los que lo promovieron.

—¡Síganme a la carrera! —gritó, picando espuelas a su caballo —. Yo me adelanto.

Pese al esfuerzo que había exigido anteriormente a su cabalgadura, cruzó al galope largo la meseta y fue a detenerla con estrépito de cascos junto al pequeño grupo que formaba la patrulla.

Con la idea fija del motín, sus ojos no repararon sino en el espectáculo que ésta ofrecía. Varios hombres estaban tumbados en el suelo y el sargento Tapia yacía de costado con un hombro empapado en sangre.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó, furioso, sacando su pistola de la cartuchera—. ¿Un motín, verdad? Y han herido al sargento Tapia.

La soldado Candelaria Pérez, que estaba en cuclillas junto al herido, se enderezó como impulsada por un resorte y lo enfrentó con el rostro ceñudo.

—¿Qué está usted diciendo, mi capitán?

—¡Silencio, Candelaria! ¿Dónde están esos bribones de Cereceda y Bascuñán?

Sus ojos furibundos y la mira de su pistola los buscaban entre el grupo y, con gran sorpresa suya, los vieron incorporarse del suelo donde reposaban extenuados y cuadrarse ante él en actitud pasiva.

—¡A su orden, mi capitán! —respondieron con la fórmula acostumbrada.

—¡Conque cumplieron ustedes sus deseos! —barbotó, apuntándoles—. Pues, yo ahora voy a cumplir el mío, haciéndolos fusilar al momento.

Cegado por la ira, no advertía el estupor que causaba su amenaza entre los demás y fue muy sorpresivo para él ver saltar a Candelaria Pérez y cubrir con su cuerpo a los hombres amenazados, a tiempo que vociferaba engrifada como una gata montesa:

—¡Epale, mi capitán, hasta aquí no más llegamos! «¡Mis polleras las debías tener tú y yo tus pantalones! ¿Querrías que nos hubiéramos dejado carnear por esos cobardes?».

—¡Soldado Pérez!… —rugió el capitán, descontrolado por aquella actitud de indisciplina. Pero la mujer proseguía sin amilanarse:

—¡En lugar de felicitar a estos valientes por la increíble acción que acaban de realizar, llegas hablando de fusilarlos! ¡Me cago entonces en tus galones, capitán!

El oficial se quedó atónito. Bajó su pistola y miró a los hombres con los ojos desencajados.

—Pero entonces, ¿qué ha pasado aquí?

El sargento Tapia se incorporó sobre un codo e hizo un esfuerzo por levantarse, a tiempo que se explicaba:

—Nos topamos de sopetón con un piquete de caballería boliviana, mi capitán. Era la avanzada del batallón «Ayacucho», unos cincuenta jinetes. Se nos plantaron delante y nos intimaron la rendición. Como no contestáramos, empezaron a burlarse de nosotros.

—¿Habría aceptado usted que nos quedáramos con las inmundicias que nos gritaban? —terció Candelaria.

—El soldado Pérez fue quien decidió las cosas, mi capitán —siguió aclarando el sargento—. Lanzó un grito de repente y cargó a ciegas con la bayoneta en ristre. Los demás no tuvimos más que seguirla. Los lanceros metieron sus seis caballos como una catapulta en medio del pelotón enemigo y comenzaron a repartir sablazos; nosotros llegamos detrasito y ¡zas, nos introdujimos entre ellos abriéndoles las barrigas que daba gusto!

Candelaria Pérez reía a mandíbula batiente, solazándose con el recuerdo del entrevero que acababan de librar.

—Fue tan tremenda la batahola que se armó, que ellos no podían saber quiénes eran amigos y quiénes enemigos. Usted sabe que yo uso el fusil sólo al comienzo y después lo dejo pa emplear este machetito —y blandió en el aire un cuchillo largo o una espada corta de doble filo, que relumbraba siniestramente por entre los cuajarones de sangre que aún tenía su ancha hoja—. Me metía por debajo de la panza de los caballos y ¡pim, pam!, iba echándoles afuera las tripas.

En medio de las carcajadas con que sus compañeros de patrulla celebraban la temeraria estratagema de Candelaria, el sargento Tapia concluyó su explicación:

—Yo no sé cómo terminó todo de repente, mi capitán. El caso fue que al poco rato los jinetes enemigos, incapaces de reorganizarse, recogieron las riendas a sus caballos y arrancaron a escape por el mismo lado por donde vinieron. Y mire allí, cuántos quedaron tumbados, abiertos como corderos.

Sólo entonces el capitán Nieto vino a advertir que el pequeño grupo estaba en el centro de un ancho campo donde se veían numerosos caballos muertos o agonizantes y unos cuantos soldados enemigos ya difuntos. Su observación lo llevó a distinguir que en

ese momento se acercaba un infante corriendo ladera abajo desde una loma próxima.

—Es el cabo Cárcamo, al que mandé a mirar para dónde iban escapando los jinetes enemigos. El capitán Nieto, que era un sentimental y a quien la guerra había tornado mucho más sensible, se dio cuenta de que le estaba temblando la barbilla.

—Perdónenme… —tartamudeó—. Sinceramente, les pido perdón. Pero compréndanme: la responsabilidad de velar porque la división cruce hasta Recuay sin riesgos me tiene nervioso.

—Está perdonado, mi capitán —decía Candelaria, riendo con cierto enternecimiento; y los ojos de sus compañeros expresaban lo mismo.

El infante que corría desde la loma estaba llegando en ese momento.

—¡Mi capitán Nieto! —gritó al reconocerlo, y en su voz vibraba un delirante entusiasmo—. ¡Mi capitán Nieto, eran los del batallón «Ayacucho»!

—¿Está allí ese batallón boliviano? —saltó el oficial, alarmado.

—Estaba, mi capitán —lo tranquilizó el soldado, riendo con aspavientos—. Pero cuando su avanzada de caballería regresó a donde se encontraba el grueso del batallón, toditos dieron media vuelta y se alejaron hacia el sur.

Un griterío ensordecedor surgió del destacamento chileno. Todos sus componentes comprendían lo que significaba el regreso al sur del principal batallón enemigo.

—¿Está seguro de que era el «Ayacucho» completo? —le indagó el capitán, demacrado por la impresión.

—Con infantería, caballería y too lo demás, mi capitán. Como mil hombres. Los vide discutir un ratito, me parece, y después se devolvieron por donde habían llegado.

Guillermo Nieto sintió como que el corazón le iba a estallar dentro del pecho. La acción de la cual le tocaba ser accidentalmente protagonista era tan increíble, tan inverosímil, como nunca había oído se produjera en guerra alguna.

Con la voz quebrada, pero tratando de gritar su entusiasmo, expresó:

—¡Muchachos, Candelaria…, ustedes acaban de salvar a la división chilena que va cruzando por el camino hacia Recuay! ¡Lo

sabrá el Comando en Jefe, lo sabrá el general Bulnes, lo sabrá Chile entero!…

La temeraria arremetida de la escuadra del sargento Tapia y de Candelaria Pérez salvó efectivamente a la división del coronel Torrico. Gracias a la inexplicable retirada del batallón «Ayacucho», que, según se supo, mandaba entonces el coronel Espino, los batallones «Portales» y «Carampangue» y el escuadrón «Carabineros de La Frontera» pudieron pasar ilesos todos los sitios de peligro y entrar finalmente al caserío de Recuay, donde estaba acantonado el «Valparaíso».

Luego, con su retaguardia siempre amagada por francotiradores enemigos, prosiguieron su marcha por el fondo del Callejón de Huaylas y, a las doce de la noche del 19 de diciembre de 1838, entraban al pueblo de Huaraz, sede principal del general Bulnes y de la división central del ejército.

El coronel Torrico pasó de inmediato al alojamiento del General en Jefe y le informó sobre las incidencias de su repliegue, relatándole las hazañas del subteniente Colipí y sus diez compañeros en el puente del Liadla y la de Candelaria Pérez en los desfiladeros. La conclusión de su informe fue:

—El subteniente Colipí, que había quedado cortado en Ticllos, se nos reunió anoche en Uchuhuanuco, después de hacer una arriesgadísima cruzada por entre las líneas enemigas.

—Esos hombres no pueden quedar sin recompensa, coronel Torrico —expresó Bulnes, entusiasmado—. Mañana, ante las dos divisiones formadas en la plaza, los condecoraré. El subteniente Colipí será ascendido a teniente, y sus hombres, al igual que él, tendrán derecho a usar un parche de honor cosido a la manga izquierda. Este parche dirá: «A los once del puente de Liaclla».

—¿Y esa extraordinaria mujer, el soldado Candelaria Pérez, mi general? —le inquirió con ansiedad Torrico.

Bulnes se sobó el mentón con aire irresoluto.

—Es una mujer…, resulta difícil recompensarla —razonó, pero pareció resolverse de golpe—. Mas la guerra y su valor admiten excepciones. ¡Candelaria Pérez recibirá los galones de sargento! Hágalo comunicar a todo el ejército para que mañana los vean recibir sus recompensas. Y ahora, preocupémonos de las batallas que se nos vienen encima. Esta misma noche celebraremos una

Junta de Guerra. Que los ayudantes convoquen a todos los generales y comandantes aquí, dentro de dos horas.

La Junta de Guerra de aquella noche fue confusa y alborotada, a pesar del respeto que imponía el general Bulnes. Todos los jefes estaban acordes en que el mariscal Santa Cruz los obligaría a presentarle una batalla definitiva a corto plazo y dentro del Callejón de Huaylas. Pero nadie podía adivinar en qué lugar. Y la desventaja del Ejército Restaurador en ese momento era insubsanable: tres mil hombres contra seis o siete mil del adversario. ¿Cuál podía ser la solución? El general Bulnes propuso una:

—Mandar pedir al Presidente Gamarra, que está al norte, en Santa, que nos envíe a todos los reclutas peruanos que haya logrado enrolar, y también, y esto es cruel pero ineludible, que nos mande a los convalecientes y heridos chilenos que aún puedan cargar un fusil.

Pero sobre las condiciones y el lugar en que el mariscal Santa Cruz les presentaría batalla ninguno se arriesgaba a aventurar una opinión precisa. El general José María de la Cruz pensaba que el caudillo boliviano sólo pretendía pasar desde Chiquián al lado oriental de los Andes y, marchando paralelamente al Callejón de Huaylas, penetrar en él por el portezuelo de Chacas, para cortar las líneas chilenas y separar las divisiones establecidas en Huaraz de la caballería acampada en Yungay. Atacándolas así, por separado, las aniquilaría con facilidad.

En cambio, el coronel Torrico imaginaba que el jefe boliviano, desde Chiquián, ascendería por fuera del callejón hasta más al norte, para cerrarles la salida del valle en el pueblo de Corongo, cortando así las comunicaciones del ejército con el mar y la escuadra; en resumen, dejándolo encerrado dentro del callejón para que se aniquilara por falta de recursos.

Pero el coronel Plasencia objetaba las dos opiniones. Había enviado en reconocimiento hacia el sur a los coroneles Sutcliffe y Wood y éstos avistaron a las tropas bolivianas avanzando por el propio interior del Callejón de Huaylas, en dirección a Recuay. En consecuencia, el ataque del mariscal sería directo, como un émbolo que penetra por un tubo.

—Esa es también mi opinión —declaró el general Bulnes—. El jefe enemigo desea decidir la guerra en una batalla definitiva y nos

busca de frente. Si es así, cara a cara y en terreno despejado, estaremos perdidos, señores, la sola caballería boliviana nos hará trizas, pasando sobre nosotros. En mi opinión nuestra única posibilidad de éxito radica en recibirlo en un campo previamente fortificado y calculando que su altura, posición e inaccesibilidad nos den ventajas evidentes.

En vista de la urgencia y de que ningún otro jefe podía ofrecer una solución mejor, se dejó establecida la propuesta por el General en Jefe. Pero el segundo paso a dar era la ubicación del lugar que sería preciso fortificar a toda prisa. El coronel Plasencia, conocedor de la zona, sugirió uno: el llano de San Miguel, situado a media legua al norte del río Ancash, afluente del Santa.

—Esa planicie está en la ribera oriental de este último río —especificó—. Fortificada y protegida por el cauce de esos dos torrentes, sólo es vulnerable por un lado. Y dentro de ella podrán jugar nuestra artillería, nuestra caballería y, por último, la infantería.

No existiendo otro plan más autorizado, se lo aceptó de inmediato y se comisionó a los coroneles Sutcliffe y Wood para que levantaran un croquis detallado del llano de San Miguel. No obstante, al hacerse cargo de tal misión, el coronel Wood hizo una breve advertencia:

—Hace dos días el coronel Sutcliffe y yo recorrimos la región y dibujamos un cerro que bien podría ofrecer mejores condiciones defensivas.

—¿Cuál, coronel? —le inquirió Bulnes.

—Uno que los lugareños llaman Pan de Azúcar. Está vecino al pueblo de Yungay y tiene la forma exacta de un cono. Su cumbre y laderas dominan por completo el valle. Tropas de selección ubicadas en lo alto podrían batir a todos los enemigos que se aproximaran.

—El Pan de Azúcar, señores —le rebatió el coronel Plasencia—, sólo sirve para impedir el paso por el valle, pero no para definir una batalla entre dos ejércitos. La caballería quedaría descartada por completo.

El general Bulnes terminó por fastidiarse con la prolongada discusión y le puso punto final ordenando a los coroneles dibujantes que le trajeran al día siguiente croquis de ambos lugares, a fin de

estudiarlos y decidir hacia cuál de ellos debería atraerse al ejército del general Santa Cruz.

Mientras se realizaban estos nerviosos preparativos, el Presidente Agustín Gamarra satisfizo las peticiones del general Bulnes con la mayor celeridad. Sacó de sus lechos a quinientos soldados chilenos enfermos en el hospital de Santa y los envió al Callejón de Huaylas. Tras ellos marchó él mismo encabezando a mil reclutas peruanos, los que cargaban cien mil cartuchos y balas para fusil y cañón. Estos refuerzos que descendieron a marchas forzadas hasta Yungay elevaron al Ejército Restaurador a cinco mil hombres.

El comando chileno se extrañaba, sin embargo, de que el Ejercito boliviano permaneciera inmovilizado en Recuay. No podía saber que esto obedecía a que sus jefes esperaban la llegada al Callejón de Huaylas del Supremo Protector Santa Cruz. Éste, por causa de haber estado enfermo en Lima, retardó su presentación en el valle hasta comienzos de enero de 1839, en que asomó en Chiquián escoltado por la División Armansa, compuesta por los mejores batallones de la Guardia Boliviana y la caballería y parque de artillería del altiplano. Este retardo hasta el 3 de enero dio tiempo al coronel Plasencia para fortificar el llano de San Miguel y al general José María de la Cruz para destruir todos los caminos laterales que bajaban al Callejón de Huaylas desde la cordillera de los Andes y desde las Montañas Negras. Ese mismo día, el general Bulnes, informado del avance del ejército protectoral desde Chiquián, ordenó el repliegue de sus fuerzas sobre el llano de San Miguel. La primera división, al mando del general De la Cruz y formada por los batallones «Aconcagua», «Santiago» y «Valparaíso», fue la primera en dejar Huaraz. La siguió la segunda división, compuesta por el «Carampangue», el «Valdivia» y el «Portales». En Huaraz quedó solamente un grupo del Estado Mayor, junto a los generales Bulnes y Castilla y el coronel Torrico.

Comenzaba a obscurecer cuando los infantes del «Portales» fueron perdiendo de vista el pueblo. El comandante García marchaba al frente con expresión hosca y meditabunda, y a su lado cabalgaba su ayudante Guarda, nervioso por la actitud de su jefe.

—¿Cuándo llegaremos a San Miguel, mi comandante? —le preguntó, tanteando un camino que lo condujera a saber qué le ocurría al veterano.

—Calculo que mañana al mediodía —gruñó éste—, aunque preferiría no llegar nunca.

—¿Por qué dice eso, mi comandante?

—Porque nunca fui partidario de combatir anclado en un sitio, ayudante. Además, lo que me han contado los coroneles Wood y Sutcliffe me ha puesto la carne de gallina.

—¿Algo anda mal, señor?

El comandante arriscó la nariz igual que si algo oliera a podrido y miró alternativamente hacia las dos cordilleras que encajonaban al callejón.

—Según ellos, y ésa es también mi opinión, estamos jodidos, ayudante. ¿Entiende eso? Aquí huele a mierda que da miedo. ¿Se fijó en los pelotones de soldados que anduvieron todos estos días por las montañas? Eran nuestros zapadores. ¿Y sabe usted qué estaban haciendo?

El capitán Guarda hizo un gesto afirmativo y contestó con simpleza:

—Cortando todos los caminos que dan entrada a este callejón.

—¿Qué dan entrada? ¡Puah! —García emitió una áspera carcajada—. Entrada y salida también, pollo. Mi general De la Cruz ha tratado de impedir que los enemigos entren al valle por los costados, pero, sin quererlo ni pensarlo, ha cortado igualmente toda salida a los vencidos. ¿Y si ésos fuéramos nosotros, eh? Si la chamusquina nos quemara el culo, ¿por dónde emprendemos una retirada estratégica, en caso de que nos quiebren en el primer encuentro y nos persigan después?

—¡Por la vida!… —dejó escapar el oficial, captando sólo entonces el peligro.

—Y esto de que las divisiones vayan marchando tan distanciadas tampoco está en mis libros, ayudante. Suponga usted que los bolivianos nos carguen ahora, esta misma noche. ¿Qué hacemos? ¿Cómo reúne el general sus fuerzas rápidamente? La primera división nos lleva horas de ventaja y nosotros estamos a otras tantas del Estado Mayor, que quedó en Huaraz.

—¿Y mi general Bulnes no se ha dado cuenta de esos inconvenientes?

—¡Qué preguntas tan estúpidas hace usted, mocito! ¿Cómo quiere que lo sepa si no estoy metido dentro de la cabeza del

general? Lo único que sé es que Bulnes llevaba dos días y dos noches sin apearse del caballo y que, cuando nuestra división iba a dejar Huaraz, se tumbó en su catre de campaña y se quedó dormido como una piedra. ¡Ojalá no lo pillen durmiendo los enemigos!

Pero, aunque expresar ese temor aparecía en ese momento como un disparate, no estaba lejos de concretarse. A esa misma hora del crepúsculo, una avanzada boliviana capturaba a la patrulla exploradora comandada por el capitán Funes, del «Aconcagua». El oficial era llevado a presencia del mariscal Santa Cruz y, presionado con descarnadas amenazas de tormento, terminaba por revelar la situación del Ejército Restaurador:

—La caballería chilena está en Yungay. La primera división se encamina hacia el llano de San Miguel y la segunda la sigue a bastante distancia. En Huaraz han quedado sólo el Estado Mayor y el general Bulnes.

—¡Ahá! —exclamó sordamente el mariscal, denotando su satisfacción en el brillo de sus ojos de obsidiana—. Ya lo han oído, señores —dijo dirigiéndose a sus generales—: el jefe enemigo está en Huaraz sólo con su Estado Mayor y sus divisiones marchan hacia San Miguel muy separadas una de la otra. Creo que es nuestra mejor oportunidad para capturar al general Bulnes, destrozar a la segunda división y luego repetir la operación con la primera, que marcha más adelante. —Una sonrisa cruel distendió su ancha boca de labios delgados como un arco—: Será como irnos engullendo a una serpiente mordisqueándola desde la cola. ¡General Morán, lance a todo nuestro ejército al trote sobre Huaraz! Si no se detienen en ningún momento, pueden caer sobre ese pueblo a las dos de la madrugada.

Los jefes bolivianos abandonaron el lugar de la reunión y su caudillo quedó con su sonrisa rígida estampada en los labios, mientras murmuraba jocosamente, dirigiéndose al prisionero:

—Creo que vamos a hacer pasar a su general de un buen sueño a una mala pesadilla, oficial.

El general Manuel Bulnes, el «Protegido de la Suerte», como llegó a llamársele, parecía abandonado por su buena estrella aquella noche. Agotado por la campaña, dormía con un sueño pesado como plomo en una de las sucias habitaciones del cuartel de Huaraz. Los informes que le proporcionaran sus exploradores y espías le habían

dado la confianza de que el ejército protectoral estaba en Recuay, después de una fatigosísima jornada desde las alturas de Chiquián. Esperanzado en que el mariscal Santa Cruz lo detendría allí para dar un natural descanso a las tropas, se arriesgó a quedarse reposando él también, sin más compañía que la de los miembros de su Estado Mayor y su escolta de lanceros.

Sus ayudantes se pasearon aquella noche hasta avanzadas horas por el cuartel solitario. Eran ellos el coronel Carlos Wood, el teniente coronel Miguel
O'Carrol,
el capitán peruano Francisco Antonio Pérez y los capitanes chilenos José Manuel Lecaros y Santiago Amengual, este último recién incorporado al batallón «Portales».

A las once de la noche el capitán Amengual asomó su alta y desgarbada figura en la puerta del cuartel y encontró allí al coronel Wood, sentado sobre una piedra y dibujando a carboncillo bajo la luz de un farol de sebo.

—¿Quiere quedarse ciego, mi coronel? —le preguntó, enarcando las cejas sobre su aguzada nariz—. Es la primera vez que veo a un pintor dibujando de noche.

El coronel volvió un tanto el rostro y lo miró sonriéndole con malicia.

—La luz de la luna da una apariencia impresionante a esta plaza, capitán. Obsérvela usted.

Santiago Amengual fue paseando su mirada gris sobre el panorama que ofrecía el pueblo. Estaba ubicado en el centro de un llano yermo y encerrado entre cuatro muros altos perforados por ventanas redondas, que se abrían a unas cinco varas del suelo. Parecía una antigua fortaleza española, especialmente porque las habitaciones formaban una hilera en el segundo piso.

—Los muros, en la parte baja, tienen troneras para disparar por ellas —le explicó Wood—. Este pueblo fue antes un fuerte. Repare usted en que hasta la iglesia en ruinas, al otro lado de la plaza, tiene también troneras para asomar las bocas de pequeños cañones.

Mientras iba dando esta pausada explicación, trazaba las últimas líneas de su dibujo y lo terminó con un rápido zigzagueo del carboncillo en el ángulo inferior derecho. Era su firma.

—Ya está, capitán —dijo, satisfecho—. Más adelante, si salgo

vivo de esta guerra, haré de este boceto un cuadro pintado en óleos grises y negros.

—Le ha quedado fantástico, mi coronel —reconoció Amengual, observando el dibujo con admiración. Pero Wood rió restándole importancia y se puso de pie.

—¿Mi general sigue durmiendo? —Como el capitán asintiera, le inquirió—: ¿Se renovaron los centinelas?

—Sí. Mi comandante O'Carrol se preocupó de eso. ¿Por qué no descansa usted también?

—Voy a hacerlo —bostezó Wood, y esbozó un movimiento de penetrar en el cuartel, pero se detuvo en el vano del pórtico—. ¡Ah, capitán Amengual! Mientras dibujaba, me fijé en la cumbre de aquel cerrillo que domina el camino a Recuay. Creo que es un espléndido lugar para colocar un centinela. Desde allá podrá vigilar, en una larga distancia, el camino por donde podrían venir los enemigos. Sírvase colocar uno en ese punto.

—A su orden, mi coronel. Lo haré al instante.

El capitán Amengual fue personalmente a despertar a uno de los lanceros de la escolta y le ordenó trepar a caballo al cerrillo que dominaba el pueblo por el sur. Después que lo vio partir, se detuvo un instante junto al soberbio potro que el Presidente Prieto había mandado al general Bulnes desde Chile, como recompensa por la victoria de Matucana, y viéndolo ensillado, lo llevó de la brida al zaguán del cuartel para ordenar que se le quitaran la montura y los arreos. El sargento de guardia iba a cumplir su indicación, cuando un prolongado grito les llegó desde lo alto, rebotando en las laderas de las montañas:

—¡Alerta! ¡El Ejército boliviano!

El capitán y el sargento salieron a saltos hasta la plaza. A la luz de la luna, se divisaba al centinela del cerro agitando los brazos y luego descendiendo a todo galope, sin dejar de repetir su grito de alarma:

—¡El Ejército boliviano está llegando!… ¡Vienen los bolivianos!… ¡Van a entrar al pueblo!

El capitán Amengual se quedó sobrecogido unos segundos, pero reaccionó al momento:

—¡Sargento, que el corneta toque la alarma! ¡Yo iré a despertar a mi general Bulnes!

El oficial penetró como un bólido en el cuartel, gritando a todo pulmón los nombres del general Bulnes y del general Castilla y anunciando, sobre la carrera, que los enemigos estaban entrando al pueblo. Cuando llegaba frente a la puerta del alojamiento del General en Jefe, ésta se abrió de golpe y apareció Bulnes colocándose la guerrera.

—¿Qué grita usted, capitán?

—¡Hay que abandonar Huaraz al momento, mi general! ¡Los bolivianos están entrando en él!

Bulnes midió el peligro en una fracción de segundo. Si se trataba del ejército enemigo completo, apenas tendrían tiempo de huir.

—¡Mi caballo, capitán Amengual!

—Está ensillado a la entrada del cuartel. Monte y sálvese, mi general. Usted es el que importa.

Despertados por el toque de alarma que repetía con insistencia el corneta, los miembros del Estado Mayor y los lanceros corrían por el patio en dirección a la pesebrera donde habían dejado sus cabalgaduras.

—¡Todo el mundo a caballo y salgamos al galope por el camino a Carhuaz! —les gritó Bulnes, pasando por entre ellos en busca del suyo.

Ponía el pie en el estribo cuando llegó galopando desenfrenadamente el centinela que bajaba del cerro y, sin desmontar, insistió en su aviso:

—Mi general, los bolivianos están ya en el pueblo. Sus avanzadas penetraron en la primera calle.

—¿Son muchos, soldado?

—Parece que es todo el ejército, mi general. Vi millares desde el cerro.

Los escasos ocupantes del cuartel se le reunían en esos momentos en el zaguán y Bulnes los fue identificando de una rápida ojeada. Estaban todos montados.

—¡Mi general, salga usted adelante! —le sugirió Wood—. Nosotros lo cubriremos.

—¡Afuera todos! ¡Al galope hacia Carhuaz! —ordenó el general, y picó espuelas a su potro, encabezando la estampida.

En esos precisos momentos en que Bulnes, llevando junto a su estribo al general Castilla, salía por el lado norte de Huaraz, las

columnas bolivianas entraban por el sur. Y hubo un momento en que en el cuadrilátero de la plaza central estuvieron de un lado los lanceros chilenos que cubrían la retirada de sus jefes y del otro las avanzadas bolivianas. Sólo el manto de la obscuridad salvó al general y a sus colaboradores.

Aquella noche el Supremo Protector de la Confederación, establecido en el cuartel y rodeado por su numeroso ejército, escribía a Lima pleno de soberbia satisfacción:

«El mayor cuidado del enemigo en su fuga ha sido romper todos los puentes que dan pasos precisos al río de este callejón, que hoy es caudaloso, y sólo así ha podido en alguna manera detener la activa persecución de nuestras columnas. Mañana lo seguiremos hasta obligarlo a aceptar una batalla que rehúsa o a que aumente su desorganización, si continúa huyendo».

Protegido por los cuerpos de sus ayudantes y de los lanceros, que formaban una muralla detrás de él, Bulnes galopó todo el resto de la noche hacia Carhuaz. El excesivo peso del general y el cansancio de las cabalgaduras retardaran, sin embargo, la marcha y el pelotón llegó a ese caserío entrada la mañana y cuando ya el último batallón de retaguardia, que era el «Portales», lo había abandonado. Dando apenas un breve respiro a las bestias, el general y su escolta prosiguieron la carrera tras su ejército.

Por su parte, el Supremo Protector aceleraba también la persecución. Confiado en la extraordinaria capacidad de marcha de sus tropas altiplánicas, las lanzó al camino a las ocho de la mañana, entregando la descubierta a las compañías de cazadores a caballo de sus batallones. Estas entraron al galope tendido a Carhuaz, poco después que lo abandonaran Bulnes y su escolta.

Ignorante de este hecho, el mariscal Santa Cruz iba combinando un plan de ataque con sus generales, mientras su ejército avanzaba.

—Usted, general De la Guarda, cargará por el costado izquierdo del enemigo con las compañías de cazadores de su división —les exponía—. Usted, general Guilarte, atacará por la derecha con tres compañías de la División Herrera. Y usted, general Morán, avanzará por el centro con todo el resto del ejército.

—¿Dónde cree usted que alcanzaremos al enemigo, Excelencia? —le indagó el general Morán.

El mariscal insinuó su fría sonrisa despectiva y contestó con los

ojos entrecerrados:

—En Carhuaz o poco más allá. Ya estamos pisándole los talones a su retaguardia. Y sus divisiones van muy separadas una de la otra.

En efecto, las fuerzas bolivianas iban alcanzando a la retaguardia chilena. El propio general Bulnes pudo comprobarlo desde una cumbre situada un poco al norte de Carhuaz, en donde se detuvo acompañado sólo por el general Castilla. Respirando con dificultad por el esfuerzo que exigía a su corpulencia la vertiginosa cabalgata, adquirió la certeza de que no podría retirarse mucho más al norte. La caballería boliviana les daría alcance inexorablemente. En consecuencia, era preferible hacerle frente en algún sitio donde pudieran defenderse con ventaja mientras hacían volver a la carrera a los batallones «Portales», «Valdivia» y «Carampangue», que no les llevaban más de media legua de ventaja.

—El único sitio donde nos podríamos defender, general —le dijo Castilla, después de observar el panorama de los contornos—, es el paso del río Buin. Está a un cuarto de legua más adelante —y se lo señaló con un brazo. A la distancia mencionada se divisaba un puente estrecho, construido con largos troncos como pilares sobre los cuales se asentaban anchos tablones rústicamente labrados. Este viejo puente estaba tendido sobre una ancha grieta abierta en la montaña, profunda y de paredes verticales, por cuyo fondo se despeñaba un raudo torrente—. Nadie puede vadearlo en esta época —concluyó el general Castilla—. Por lo tanto, toda nuestra acción se concentrará en defender el puente.

—Pues, lo defenderemos —afirmó Bulnes, y emprendiendo el galope cerro abajo para incorporarse a su breve escolta, agregó—: Ordenaré al coronel Wood que alcance al batallón «Portales» y diga a su comandante que vuelva a marcha forzada hasta el puente del Buin. Después lo harán el «Valdivia» y el «Carampangue».

Como complemento de la dramática escena que parecía aproximarse, el cielo comenzó a cubrirse de nubarrones negros que parecían desprenderse o emanar de las ásperas cumbres de la sierra.

—Va a desencadenarse una de nuestras tremendas tormentas estivales —presagió el general peruano sobre la carrera.

—¡Es la única calamidad que nos faltaba! —barbotó Bulnes, espoleando más fuertemente a su caballo, a riesgo de rodar con él.

Cuando el coronel Wood alcanzó al «Portales» los soldados del

batallón ya iban marchando encorvados, con la copa del quepis contra el viento, que soplaba cada vez más huracanado. La tempestad se anunciaba ya sobre los picachos de los Andes con truenos apagados, que iban adquiriendo cada vez mayor sonoridad, y con el cabrilleo de los primeros rayos que rebotaban muy lejos sobre las cumbres. Desde el fondo del callejón se presentía pasar el temporal por alto, de un cordón cordillerano al otro de la costa. Tan sólo el viento había bajado ya y corría por el valle como un chiflón dentro de la galería de una mina.

El comandante García iba maldiciendo las tácticas y estratagemas modernas, como él las calificaba, que lo obligaban a sacrificar a su tropa en una marcha tan exasperante como la que realizaba. Si de él hubiera dependido, aquí mismo, en alguna quebrada o tras el amparo de un morrillo, habría detenido a su batallón para enfrentar a los invisibles enemigos a cualquier costo. No cabía en sus principios la actitud del perseguido. Pero sujeto a las órdenes de un comando superior, sin la libertad de que había gozado en la época en que combatía en la Araucanía, se sentía como un ciego marchando por el angosto callejón.

Su desconcierto y malestar fueron mayores cuando le dio alcance el coronel Wood, que llegó galopando como un fantasma en medio de la borrasca.

—¡Media vuelta, capitán García! —le gritó casi sin detenerse—. ¡Orden del General en Jefe! Su batallón tiene que retroceder a cerrar el paso al puente del río Buin. Los bolivianos vienen alcanzándolo. ¡Rápido, media vuelta y al puente!

El comandante García no alcanzó a preguntar nada, mucho menos a oponer una objeción. ¿Cómo decirle al coronel Wood, que ya se alejaba en busca del batallón «Valdivia», que era casi criminal obligar a sus mil doscientos hombres, cansados y decepcionados, a regresar al puente por el que pasaran hacía poco menos de una hora, para hacerse fuertes en él en contra de los seis o siete mil soldados del astuto caudillo boliviano? No le quedó otra solución que dar la orden:

—¡Batallón, media vuelta! ¡Al puente del Buin, carrera…, maaar!

Cuando los soldados del maltrecho batallón llegaron jadeantes al puente de madera del Buin, la tormenta se había desatado. Los

truenos parecían rebotar contra la campana del cielo y una cascada de agua incesante se volcaba sobre sus cabezas. La lluvia a ratos se transformaba en granizo, para volver enseguida a vaciarse como una catarata que impedía la visión. Los hombres llegaron al cabezal del puente cubriendo con el pecho las fornituras y el cerrojo de los fusiles, en un intento de mantenerlos secos. Estacionados en el borde de la grieta con paredes casi verticales, oían deslizarse las aguas por el profundo cauce con un mugido bullicioso. Sobre aquel caos de espumas se tendía el puente de tablones mal unidos y sin baranda. El comandante García lo había examinado horas antes y sabía que en ambos extremos el sendero montañés aparecía y desaparecía entre dos desfiladeros rocosos. Sólo en la ribera sur se abría una pequeña planicie en la que podrían moverse los tres batallones, cuando se juntaran. Pero por el puente no podían pasar más de tres hombres al mismo tiempo. Sin embargo, sabiendo a lo que se exponía, indujo al «Portales» a que comenzara a cruzarlo. Pero en aquel mismo momento la caballería boliviana hacía su aparición en lo alto de la cuesta, por el sur, y abría fuego de inmediato.

Afortunadamente, llegaban entonces, en enloquecido repliegue, los batallones «Carampangue» y «Valdivia».

—¡Que el «Valdivia» se despliegue en guerrillas por la ribera y cubra con sus fuegos al «Portales» y al «Carampangue» mientras cruzan! —ordenó el general Bulnes desde el extremo norte del puente.

El comandante Pedro Gómez cumplió la orden con la escasa eficiencia que le permitían la penumbra y la lluvia y sus hombres se apostaron entre los guijarros y el barro en la orilla del norte.

El capitán Santiago Amengual, convertido por exigencias del momento en oficial de enlace, hizo desprender de los dos batallones que trataban de cruzar el puente la mitad de la mejor de sus compañías, a fin de que más tarde, si era preciso, protegieran al «Valdivia», cuando se viera obligado a atravesar el río para ir a reforzar a los dos anteriores. Estas dos mitades eran las destinadas al sacrificio, las que debían adelantarse a sus propias unidades y hacerse fuertes en la planicie donde asentaba sus primeros machones de troncos la vieja vía construida muchos años atrás por manos de indios.

Los comandantes Valenzuela y García acataron la orden sin que la lluvia permitiera ver las muecas de desaprobación con que la obedecían.

—Perfectamente, capitán Amengual —gritó Valenzuela en medio del estruendo de la tempestad—. Avanzaré una mitad de la compañía del teniente Colipí, pero la mandaré yo mismo.

Igual actitud adoptó el comandante García cuando supo que, tan pronto terminara de cruzar el destacamento del «Carampangue», debía adelantar una mitad de su mejor compañía hasta la otra orilla.

—Comprendido, capitán —dijo con terquedad—. Mando a la mitad de mi tercera compañía, pero la conduzco personalmente.

Las dos fracciones trotaban agazapadas por la vía de tablones tendida sobre el río cuando la avanzada boliviana asomó las bocas de varios cañones que trataba de emplazar en lo alto, sobre el borde de la quebrada que encajonaba al río en su centro, y atolondradamente empezaba a apuntarlos sobre el puente.

El comandante García les lanzó una ojeada a través de la lluvia y pensó de inmediato que con un par de tiros certeros podían cortar el puente y precipitar al abismo a todos los carampangues y portales que lo iban atravesando.

—¡Viejo Valenzuela —gritó a su antiguo camarada—, mira, quieren convertir a nuestros hombres en mariposas a punta de cañonazos!

—¡Ya los veo, compadre García! —le respondió el aludido desde la distancia.

El jefe del «Portales» detuvo entonces a su media compañía en el centro de la frágil pasarela tendida sobre el cajón y volviéndose a los hombres que la componían les ordenó:

—¡Muchachos, hay que voltear a todos los artilleros que se disponen a disparar esos cañones! ¡Tenemos que impedir que se acerquen a las piezas! ¡Apunten y fuego a discreción!

Los soldados, traspasados ya los límites del temor, se plantaron en medio del puente y comenzaron a disparar sobre los soldados enemigos que se divisaban en la ceja del cerro pugnando por colocar sus piezas en la posición más adecuada.

Como la media compañía del «Carampangue» realizaba en ese momento igual maniobra, fueron más de un centenar de proyectiles

los que se concentraron sobre los artilleros bolivianos aventándolos por los aires. La pausa que siguió después de la atronadora descarga dio tiempo a las dos medias compañías para llegar a la plazoleta de la ribera opuesta.

—¿Terminaron de pasar tus carampangues, viejo Valenzuela? —preguntó jadeante el jefe del «Portales» a su camarada, al topárselo de súbito en la penumbrosa claridad que dejaba pasar la intensa lluvia.

—Sí, hombre, y aquí estoy yo para defender a los tuyos, a fin de que vengan a cobijarse bajo las alas del «Carampangue».

—¡Macaco porfiado —le gruñó García—, ahora vamos a ver cuáles son mejores, si tus carampangues o mis portales!

El pintoresco diálogo fue interrumpido repentinamente por el detonar de numerosos cañones, emplazados en otro lugar. El comandante García alzó la cabeza y lanzó una soez palabrota al comprobar que los enemigos los habían engañado estableciendo baterías en un sitio diferente al anterior. Y su furor se volcó contra sus hombres.

—¿Cómo es esto, mentecatos? ¡Dejaron ustedes que esos bellacos emplazaran cañones de todos modos! —Y observando a su lado al sargento Moscoso, que se aprestaba a disparar, le arrebató su fusil de un tirón—. ¡Dame eso, badulaque! —Y apuntando el arma de que acababa de apoderarse hacia la altura, gritó a sus subalternos—: ¡Hagan bien los puntos y disparen al mismo tiempo que yo sobre los sirvientes de esas piezas! ¡Atención…, apunten… fuego!

La ráfaga de fusilería volvió a eliminar a los artilleros bolivianos.

—¡Así se hace, muchachos! —vociferó García—. ¡Ahora, que se busquen nuevos sirvientes! Y atentos, soldados, que ninguno se acerque a esos cañones.

Ya las dos medias compañías se habían distribuido en la estrecha plazoleta, buscando cada hombre la mejor defensa que encontró para parapetarse tras ella. El puente quedaba expedito para que lo cruzaran los tres batallones.

—¡Mi general Bulnes, ya está libre el paso! —gritó García, y, buscando refugio tras unas altas rocas, llamó a su lado a los componentes de su media compañía.

—¡Ahora, hijos míos, a pelear junto a su comandante!

Defendidos por el batallón «Valdivia», los núcleos principales del «Carampangue» y el «Portales» intentaron atravesar la vía suspendida, para desplegarse en la ribera opuesta, abriendo fuego de inmediato sobre la gran masa de enemigos que coronaba el borde de la quebrada.

Pero al observar este movimiento de avance, el general boliviano De la Guarda lanzó en descenso hacia el río al batallón «Pichincha» y a un núcleo de su caballería.

García y su ayudante Guarda advirtieron en el acto el peligro que corrían y se resolvieron a adelantarse para quebrantar sus líneas y despejar el campo en torno a la plazoleta. Pero esa misma idea había brotado en el cerebro del comandante Valenzuela y lanzaba a su media compañía exploradora, bajo el mando del teniente Colipí, en defensa de la posición. No obstante, era demasiado abrumadora la superioridad numérica de los bolivianos y se vio que los carampangues no podrían resistir el choque solos.

—¡Hay que ir a apoyar a los primos, muchachos! —vociferó García. Y dejando a su ayudante Guarda defendiendo la entrada del puente con sólo diez hombres, se lanzó a la carga con los soldados que estaban al alcance de su voz.

El choque de los bolivianos contra el semicírculo constituido por los chilenos en el rededor de la plazoleta fue formidable, semejando a una tropilla de potros que se estrella contra un muro. En la confusión que formaban los infantes defendiéndose a bayonetazos y los jinetes que les caían encima repartiéndoles sablazos, se encontraron momentáneamente los dos viejos comandantes.

—¿Y tú qué haces aquí, badulaque? —gritó con frenesí García, repartiendo estocadas a diestro y siniestro.

—¡Vengo para que mis carampangues les muestren a tus portales cómo se pelea, viejo gruñón! —le respondió Valenzuela, a tiempo que se defendía de un boliviano que intentaba derribarlo a pechazos de su caballo.

—¡Arriba mis portales, denle duro al sable! —vociferaba el veterano, esquivando golpes y repartiendo tajos.

—¡Ala carga, mis carampangues! —rugía, a su turno, Valenzuela, después de derribar al jinete que lo atacaba—. ¡Sigan al teniente Colipí!… ¡Mira, compadre García, cómo corta cabezas el

cacique! ¡Eso es pelear! —Y sus carcajadas sobrepasaban al estrépito metálico de las bayonetas y sables que se entrechocaban.

—¡Y mira tú a mi sargento Moscoso cómo se defiende de ese gigantón que le ha aferrado su fusil! —le señaló García, mostrando a su suboficial predilecto, que en ese momento forcejeaba con un enemigo de una corpulencia semejante a la suya, al que terminó por arrebatarle su arma, destrozándole el cráneo de un culatazo.

Pero la refriega era tan apretada dentro del estrecho espacio, que en un momento inesperado un infante boliviano surgió detrás del jefe del «Portales» con su bayoneta en alto lista para traspasarlo.

—¡Cuidado, García! —alcanzó a gritarle Valenzuela; pero, viendo a su camarada inerme ante el peligro, dio un salto y, a riesgo de su propia vida, se agazapó bajo los brazos del adversario y lo atravesó con su sable por el vientre.

—Gracias, mi viejo —le dijo García rápidamente—. Te debo la vida. Y ahora, hermanito, aquí los dos, espalda contra espalda, vamos a demostrarles a estos cuicos cómo son de bravos los carampangues y los portales.

—¡Así se habla, mi viejo querido: los carampangues y los portales! —le respondió Valenzuela, y, apegando su espalda a la de su camarada, formó con él un remolino de sablazos que alcanzaba a cuantos se ponían al alcance de las hojas tintas en sangre.

La batalla del puente del Buin fue la primera en que parte del Ejército Restaurador conoció el poderío de las fuerzas del general Santa Cruz. Durante dos horas, aturdidos por la pavorosa tormenta de verano, cegados por la lluvia que caía en cataratas, ensordecidos por el tronar de los cañones que competían en bullicio con los truenos del cielo, los soldados de ambos bandos dieron pruebas de un coraje sobrehumano al no desbandarse y huir de aquel remedo del infierno.

Los bolivianos no se retiraron de la orilla sur del río Buin, porque la consecución de aquella victoria les significaba el triunfo definitivo, la eliminación del General en Jefe chileno y de sus tres batallones más valiosos. Por su lado, los chilenos resolvieron sacrificarse todos allí, atenidos al mismo convencimiento. Si eran derrotados en el puente del Buin, sería exterminada la mejor fuerza de su ejército y el resto caería fácilmente vencido. Esa batalla era la clave de la guerra. Comenzada a las cinco de la tarde, habría de

durar hasta entrada la noche.

Jamás en la historia guerrera de Chile se vio a tres batallones defenderse como lo hicieron el «Portales», el «Carampangue» y el «Valdivia», y en especial las dos medias compañías mandadas por los comandantes García y Valenzuela, destacándose en ellas, por su salvaje heroísmo, el teniente Colipí y los sargentos Tránsito Moscoso y José Segundo Robles.

A las dos horas de combate desesperado, aquellos hombres no podían ya contener el ataque cada vez más denso de las tropas bolivianas mandadas por el general De la Guarda. El general Bulnes, en la orilla opuesta, se desesperaba temiendo que sus tres batallones desaparecieran aplastados por la avalancha de los enemigos.

—Si no llegan pronto el «Valparaíso» y el «Colchagua», que iban camino a Yungay, estamos perdidos, general De la Cruz —dijo, desesperado, a su segundo en el mando—. Esas dos medias compañías que luchan al otro lado del río, cerrando el acceso al puente, no podrán mantenerse mucho más. Ya han rechazado cinco cargas que les ha hecho el enemigo; deben de estar muy diezmadas.

—Lo están, ciertamente lo están —admitió De la Cruz—. Me he aproximado hace un momento al cabezal del puente y he tenido que amenazar al capitán Nieto, que ha tomado el mando del grueso del «Carampangue», pues estaba resuelto a cruzar el puente bajo la cortina de balas, para ir en auxilio de la media compañía que dirige el comandante Valenzuela.

—¡Oh, esos testarudos comandantes del «Portales» y el «Carampangue», que por una vanidosa competencia determinaron dirigir personalmente la carga de sus avanzadas! Ambos pueden morir.

—Ya nadie conseguiría obligarlos a recruzar el puente y ampararse en las filas de sus respectivos batallones —razonó De la Cruz—. Saldrán adelante con sus compañías o perecerán con ellas. Los seguí a los dos con mis anteojos cuando soportaban la última carga. Estaban juntos, luchando codo a codo, defendiéndose mutuamente. Y juraría que gozan peleando, porque me pareció que reían o gritaban. Y junto a ellos estaba ese gigante araucano, el teniente Colipí, blandiendo un sable largo como un hachón, con el que destrozaba enemigos como si fueran de papel.

—¡Mis bravos veteranos de Arauco! —rememoró, emocionado,

el general Bulnes—. Los tres guerrearon conmigo en La Frontera de Arauco. Si salimos con bien de esta batalla, juro que sabré recompensarlos.

Fue en ese momento cuando la estrella del general Bulnes pareció volver a resplandecer. El batallón «Valparaíso» regresaba por fin. La noticia la trajo el coronel Wood, que lo había alcanzado cuando iba a tres leguas de distancia.

—¡Espléndido! —alcanzó a exclamar el jefe, pero de inmediato calculó que, si se hallaban a tres leguas, demorarían cuando menos hora y media en recorrerlas, por mucho que corrieran. No obstante, hizo que sus ayudantes repartieran la noticia entre la tropa, a fin de que les infundiera alguna esperanza. Pero no eran los batallones que mantenía al lado norte del río los que lo angustiaban, sino las dos medias compañías que seguían resistiendo en la orilla opuesta. Con toda su alma deseaba lanzar a la división completa al otro lado, pero comprendía que era equivalente a embotellarla en el estrecho espacio de la plazoleta y que detrás del borde superior de la quebrada debía estar el general Moran con la mitad del ejército protectoral, es decir, dos mil quinientos hombres, cuando menos, los que se descolgarían instantáneamente sobre ella, cuando fuera cruzando el puente. No tenía, pues, más remedio que mantenerla donde estaba cubriendo a los portales y carampangues con sus disparos por sobre el río e impidiendo por ese medio que el enemigo vaciara fuerzas concentradas a la plazoleta.

Confiaba en poder prolongar esta situación hasta que llegara el «Valparaíso», primero, y otros batallones enseguida, pero no contó con que al jefe boliviano lo alarmaba y exasperaba esa prolongación. Así fue como, a las dos horas y media de combate, el general Morán desprendió súbitamente a una gran masa de su caballería desde lo alto de la quebrada hacia la planicie que daba entrada al puente.

Dándose cuenta de que las dos medias compañías apostadas en ese lugar iban a ser deshechas por los jinetes enemigos, el general Bulnes se resolvió a reforzarlas, aunque con cierta cautela.

—Coronel Wood —dijo a éste por tenerlo a su lado—, ordene al capitán Guillermo Nieto, que comanda provisionalmente al «Carampangue», que haga cruzar a dos compañías más a la otra orilla, en caso de que los destacamentos de Valenzuela y García

flaqueen y comiencen a ser arrollados.

Pero los veteranos a las órdenes de sus dos viejos comandantes parecían agigantarse ante el peligro y obedecían las órdenes con precisión matemática.

El sendero por donde descendía el escuadrón boliviano era angosto y culebreante, no permitiéndole un asalto vertiginoso. Esto dio tiempo a los soldados para formarse en dos hileras en semicírculo y esperar el choque con orden y sangre fría.

—La primera descarga a la cabeza de los caballos —les gritó García—. Hay que desorganizarles el asalto, tumbar muchas bestias, enloquecerlas, para que ellas mismas aminoren y estorben la fuerza del choque.

Cuando ya los primeros caballos asentaban pie en el comienzo de la plazoleta, una de las filas de soldados hincó una rodilla en tierra, a fin de que la trasera apuntara por sobre sus cabezas. Los dos comandantes estaban juntos, en el centro donde se unían las medias compañías. Ambos levantaron sus sables al mismo tiempo que ordenaban:

—¡Atención…, apunten…, fuego!

La descarga de la cincuentena de fusiles, pues ya no eran más los soldados sobrevivientes, logró derribar a muchos de los caballos que avanzaban en primer plano, y éstos, al caer tumbados, con sus revolcones y pataleos agónicos, provocaron un caótico obstáculo para los jinetes que venían detrás. Entretanto los carampangues recargaban aprisa sus fusiles y volvían a disparar, dando tiempo para que lo hicieran también los portales y aumentando la barrera de cuerpos que se amontonaban en la desembocadura del sendero y el comienzo de la plazoleta. Era la vieja táctica que Valenzuela y García habían aprendido en las tierras de Arauco, cuando debían defenderse de las «malocas» indias. Y al ver que, una vez más, surtía efecto, los comandantes reían salvajemente, haciéndose muecas uno al otro.

—¡Los paramos, viejo macaco! —gritó García a su camarada—. ¡Ahora, una carga al antiguo estilo y los desbaratamos! ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo, García! —le respondió Valenzuela, blandiendo su sable—. ¡Vamos sobre ellos! —Y volviéndose a sus hombres, los electrizó con la feroz orden que imperó en Arauco—: ¡A degüello,

muchachos!… ¡A degüello!

La velocidad de la carga a la bayoneta de las dos medias compañías desconcertó una vez más al enemigo. Entre la revoltura que formaban los caballos muertos y heridos y los jinetes desmontados, el resto de la caballería se veía estrechada en la angostura del sendero, dificultada de moverse con soltura e incapacitada de retroceder por la presión de las bestias que bajaban detrás. Los portales y carampangues, al igual que lobos rabiosos, saltaban sobre los cuerpos caídos, se filtraban entre los jinetes y, protegidos por el humo de la pólvora, se dedicaban en especial a rasgar los vientres de los animales, para anarquizar la carga. Los soldados más fuertes atrapaban a los enemigos de las piernas y los atraían al suelo o simplemente los sacaban de sus monturas ensartados en sus largas bayonetas y sables. Su resolución suicida, su temeridad que sobrepasaba ya todo sentido del temor, salvó otra vez a los defensores del puente.

La caballería boliviana, trastornada por completo, volvió grupas en cuanto se despejó el sendero a sus espaldas y se remontó al alto borde de la quebrada tras el cual esperaba el grueso del ejército comandado por el general Morán. Las dos medias compañías chilenas se replegaron a la orilla del barranco cubiertas por el techo de balas que tendían sobre ellas sus compañeros desde la ribera opuesta.

—Túmbense, muchachos, y descansen —jadeó el comandante García—. Nos dejarán un respiro antes de atreverse a cargar de nuevo. —E incapaz de sostenerse sobre sus piernas, se dejó desplomar sobre el duro suelo.

Junto a él se tendió el sargento Tránsito Moscoso, que parecía un mendigo salido de una carnicería, tan en jirones y empapado en sangre se encontraba su uniforme. Sin embargo, aún tuvo alientos para preocuparse de su comandante y, observando que en su diestra crispada mantenía todavía el chongo de su sable, se lo quitó con respetuoso afecto.

—Tome el mío, mi comandante —le dijo—. El suyo ya no sirve ni pa carnear un chiporro. Yo me las arreglaré con la bayoneta.

Manuel García estaba tan extenuado que ni siquiera abrió los ojos, limitándose a recibir el arma de su sargento en la mano abierta.

—La otra mitad del sable se me quedó metida entre las costillas de uno del «Cazadores de Junín» —fue lo único que murmuró.

Pero, aunque sentía la necesidad imperiosa de dormir con el cuerpo apegado a la tierra, no le iba a ser posible cumplir su deseo todavía. Como un costal de papas cayó a su lado el comandante Valenzuela, igualmente agotado, mas sin perder su socarronería.

—¡Hola, mi viejo orangután! —musitó, resoplando de agotamiento—. ¿Cómo has salido de esta prueba?

—Sin una arruga, trompeta —le respondió García, abriendo un ojo con dificultad—. ¿Y tú, perdiste muchos carampangues?

—¡Eh! ¿No me vengas a decir que sólo yo he perdido hombres? —protestó Valenzuela—. ¿Cuántos portales dejaste con la panza al cielo?

Los dos callaron y permanecieron con las cabezas prendidas a la tierra, respirando penosamente. Al cabo de un rato, García declaró con acento apesadumbrado:

—Veinte o treinta. ¡Pobrecitos!

—Yo también tengo muchas bajas en mis filas —reconoció el jefe del «Carampangue» con ronca voz. Sin embargo, proclamó, ufano—: Pero ninguno de los enemigos puso un pie en el puente. No los dejé acercarse ni a cincuenta varas del cabezal.

—Eso es lo importante, mi viejo; eso es lo importante —musitó García, igual que si hablara dormido—. Pero si nos hacen otra carga como la reciente, nos liquidan. Vamos quedando muy pocos.

Jerónimo Valenzuela asintió con un gruñido. No le veía término al desesperado esfuerzo que estaban realizando.

—¿Hasta cuándo tendremos que mantener el puente? —preguntó con un extraño acento casi infantil, y cerró los ojos sin esperar contestación. No obstante, su camarada repuso, con el morro tangente a la tierra:

—¿Para qué pensarlo? El general Bulnes lo habrá calculado. Nosotros cumplimos aquí, como mulas en la noria, y nada más. Ordenes son órdenes, mi viejo.

Guardaron silencio un largo rato, las mentes vacías, los músculos sin control. Después, Valenzuela dijo como rememorando un jirón de imágenes:

—El teniente Colipí ha quebrado más de cuatro fusiles. Carga a la bayoneta primero y después los emplea como mazas para

reventar cabezas.

—Es bravo tu indio —reconoció García—. Y todos tus carampangues también.

Imaginándose perdidos, incapaces ya de ofrecer la menor resistencia, podían ser sinceros y Valenzuela murmuró con un asomo de sonrisa, propia de quien desea hacerse perdonar una falta:

—Si he de serte franco, Manuel, tus portales se portan como unos veteranos; ni más ni menos que tus antiguos infantes del «1.º de Infantería».

—Son buenos, ¿verdad? —sonrió beatíficamente García—. Gracias, Jerónimo.

El comandante Valenzuela se estaba quedando dormido por obra del cansancio y se le deshilvanaban las ideas, pero aún tuvo lucidez para comprometerse con jactancia:

—A la próxima carga, salgo yo primero con mis carampangues, viejo gorila, ¿eh? —Y enseguida quedó yerto como un leño.

García lo observó afectuosamente a través de los párpados pesados y vio que el sargento Moscoso los estaba mirando con la expresión de un perro grande y fiel.

—¿Quiere pitar un poco, sargento? —le preguntó hurgándose el bolsillo en que llevaba el tabaco y varios cigarros ya liados.

—Gracias, mi comandante —le aceptó el suboficial recibiéndole uno, pero no dejó pasar la oportunidad para intercalar una de sus habituales socarronerías—: ¿Se acuerda que una vez, en el cuartel, me acható un pucho en la boca por estar fumando en la guardia?

García se encogió de hombros; sentía una dulce languidez que lo arrastraba a perdonarlo todo.

—Cuando se ha cumplido bien, la disciplina puede relajarse un poco —declaró—. Ande, pite un cigarrito.

El sargento tardó un tanto en hablar y cuando lo hizo vibraba un dejo de melancolía en su voz:

—No puedo, mi comandante —le confesó, exhibiéndole su diestra bañada en sangre—. ¿No ve? Me volaron el dedo gordo de un sablazo.

García salió de golpe de su sopor y se incorporó bruscamente, con los ojos espantados.

—¡Trae acá esa mano, pedazo de bruto! —protestó dolorido; y examinándole la herida, refunfuñó iracundo—. ¡Pero qué animal!

¿Cómo no habías dicho nada? —Y sacando su pañuelo le vendó la mano con fuerza para impedir que siguiera escurriéndole la sangre. Después encendió un cigarro y se lo encajó en la boca al sargento y, tendidos ambos de espaldas, se quedó dormido mirándolo pitar con la mano izquierda.

Era absurdo, pero no podía evitarlo; como tampoco pudo impedirlo Valenzuela. El cansancio, la penumbra del crepúsculo, todo impelía al sueño y habían llegado ya a un límite en que no importaban el peligro de los enemigos ni la inclemencia de la lluvia. Dormían simplemente porque no tenían fuerzas para seguir despiertos. Estaban en el filo de la vida y de la muerte.

Pero los más jóvenes aún guardaban reservas y pocos minutos después, nunca supo cuántos, su ayudante, el capitán Guarda, vino a sacudirlo de un hombro.

—Ha cesado de llover, mi comandante —le susurró con apremio —, y la infantería enemiga se está desplegando en abanico en la cresta de la quebrada. Parece que van a descolgarse desplegados en una ancha extensión y nos envolverán.

El jefe del «Portales» se incorporó con presteza y espió en la dirección que le señalaba el capitán. No estaba equivocado.

—Era lo que debieron haber hecho hace muchas horas — admitió con filosófica resignación—. Si bajan desplegados en esa forma, nos hacen cisco. ¡En fin!…

Pero el general Bulnes también estaba atento a la maniobra de los enemigos y sufría al comprobar su impotencia. No tenía derecho a arriesgar a la mitad de su ejército por acudir en ayuda de los heroicos defensores del otro extremo del puente. Lo único que le era dable hacer consistía en concentrar al resto de sus batallones en la salida de éste y continuar allí la resistencia.

La infantería enemiga comenzaba a descender desde el nivel superior de la hoya del río, como una ancha marejada, disparando ordenadamente, cuando un toque de corneta se oyó, apagado, a sus espaldas, proviniendo del norte. El general De la Cruz, que lo acompañaba, dejó escapar con trémula emoción:

—¡Por la Santísima Virgen, es el «Valparaíso» que llega por fin!

La aparición de la unidad porteña fue providencial, jamás tan bien venida. La infantería enemiga, que ya se despeñaba sobre los soldados que seguían defendiendo el puente, se detuvo al ver surgir

al nuevo batallón a la carrera por el camino de Yungay. Aquella pausa dio tiempo al comando chileno para abrir calle al «Valparaíso» y, cuando los infantes adversarios bajaron a la planicie del río, el batallón de refresco cruzó el puente y, adelantándose por entre los sobrevivientes de las medias compañías de García y Valenzuela, afrontó el choque de los bolivianos.

Durante unos minutos, en la plazoleta se produjo una confusa carnicería. Los cañones de ambos bandos enmudecieron, atentos sus sirvientes a contemplar aquella lucha titánica. Pero, finalmente, como si se cortara una cuerda, la línea altiplánica cedió y el «Valparaíso» surgió compacto igual que una cuña de hierro en la retaguardia de los atacantes, los que retrogradaron con presteza hacia la ladera del barranco, única forma de evitar su exterminio. Los infantes del puerto quedaron dueños de toda la plazoleta y se apresuraron a reforzar la guardia impenetrable que había mantenido el cabezal del puente.

Una larga pausa se produjo entonces en la cuenca del Buin, durante la cual ingresó al campo chileno el batallón «Colchagua», que acudía tras el «Valparaíso».

El mariscal Santa Cruz, exasperado, organizó entonces una nueva carga, con un número mucho mayor de infantes, la cual fue repelida, con resultados horriblemente sangrientos. Ya a esa hora terminaba el día y la obscuridad se iba adueñando del campo. El general Bulnes ordenó el retorno de sus tropas avanzadas y el «Valparaíso» repasó el puente, seguido por las medias compañías del «Carampangue» y del «Portales», que, por fin, abandonaban el terreno que habían defendido durante cuatro horas y media y en el cual dejaban inertes para siempre más del cincuenta por ciento de sus veteranos. Cerraban el repliegue el comandante García y el sargento Moscoso, pero en último término, sin importarle las balas locas que aún cruzaban el aire, venía quedándose atrás el teniente Colipí.

—¡Colipí, lo van a acribillar! —le gritó el jefe del «Portales»—. Todavía la cresta de la quebrada está coronada de enemigos.

—¡Hay que cortarles el paso definitivamente! —le respondió el araucano—. De lo contrario, no nos dejarán llegar hasta Yungay, donde está el grueso del ejército.

Sólo entonces el comandante García se dio cuenta de las

intenciones del fornido teniente. Éste había sacado de su cinturón un cartucho de pólvora aprensada y, arrodillado en el puente, le colocaba una larga mecha.

—¡Atención, muchachos, a la carrera, despejar el puente! —advirtió a todo pulmón el comandante a sus hombres rezagados, comprendiendo que el indio lo iba a hacer volar, y él y Moscoso echaron a correr hasta pisar tierra firme, donde los contuvo el general Bulnes, con rostro interrogante y contrariado.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué se ha quedado atrás ese oficial? Lo van a fusilar sin remedio.

García volvió la cabeza y oprimió nerviosamente un brazo del general. Colipí venía corriendo como una liebre, a saltos, ondulando en su retirada, para esquivar las balas.

—¿No lo adivina, mi general? —exclamó García—. Ese indio tiene el cuero de fierro, parece que le rebotan las balas. ¡Por la vida, cómo le menudean los trabucazos!

Bulnes parecía hipnotizado y sus pupilas iban de la mecha que ardía chisporroteando al atlético indio que se acercaba al ribazo y que, cuando estaba ya a una distancia de cinco o seis varas, se lanzó por los aires como nadador que se arroja al mar y cayó rodando en la tierra donde se encontraba su ejército. Simultáneamente, la carga de pólvora hacía explosión y el centro del puente volaba desmenuzado, inclinándose luego ambos extremos sobre el abismo en el cual cayeron, uno tras otro, como cuerpos muertos.

Un griterío ensordecedor, de alivio, de entusiasmo y de admiración, surgió de la masa de soldados chilenos celebrando la nueva hazaña del teniente Colipí. Pero éste, levantándose del suelo y sacudiéndose el destrozado uniforme, simplemente se cuadró ante el general Bulnes y le dijo:

—Ahora podemos seguir tranquilos hacia Yungay, mi general.

El General en Jefe le posó una mano sobre un hombro y lo remeció con afecto; no tenía palabras para demostrarle su reconocimiento. Además, estaba impresionado y muy triste. Sus ojos no podían separarse de la otra orilla donde se veían amontonados los cadáveres de sus hombres. Calculó que sumaban una gran cantidad y sólo mucho después, cuando se practicó el recuento en Yungay, vino a saber que el «Carampangue», el «Portales» y el «Valdivia» habían tenido noventa y tres muertos y doscientos veinte

heridos. Era un golpe brutal para esas unidades.

A las once de la noche, la división abandonó la orilla del río Buin y al amanecer llegaba, extenuada, a Yungay. Ese mismo día, en la tarde, después que los soldados descansaron, el general Bulnes ordenó formar a todo el ejército en el centro del rústico caserío y pidió al coronel Sutcliffe que leyera en alta voz una proclama que había escrito de su puño y letra.

«Soldados del ejército unido —comenzaba ésta—, vuestros compañeros de la reserva han vencido ayer en el puente del Buin. Tenían en contra de sí la superioridad del número, la de las armas, la posición y hasta los elementos; pero todo lo han superado con heroica constancia y con su acostumbrado valor. Gracias les sean dadas por la patria. Soldados, ya no se dirá de vosotros que no sabéis ganar triunfos…».

La proclama continuaba con un sincero elogio a las tropas por sus esfuerzos y su disciplina, y concluía diciendo:

«Soldados, os anuncio un próximo triunfo. El será grande y glorioso como es vuestro valor. Otro esfuerzo de vuestra parte y desaparecerá de este suelo precioso la detestada Confederación. Sabéis que he participado siempre de vuestros riesgos y privaciones y os daré, como hasta aquí, el ejemplo, conduciéndoos a la victoria. ¡Viva Chile!

»Soldados, el General en Jefe, testigo de la brillante comportación de los batallones “Carampangue”, “Valdivia” y “Portales” en la acción del puente del Buin, ha acordado a los individuos de tropa que se distinguieron en ella particularmente un Escudo de Ventaja, con el goce de la pensión del primer premio, cuyo escudo será de paño encarnado, figura oval, orlado con un cordón de seda amarilla y en su centro la inscripción: “Se distinguió entre los valientes del puente del Buin”; y a los oficiales el mismo escudo, bordado con hilo de oro, sin el goce de la pensión».

Al día siguiente, los comandantes Valenzuela y García se toparon en la plaza de Yungay. Habían recibido el privilegio de que se les entregaran y cosieran en sus guerreras los dos primeros escudos confeccionados a toda prisa. Ambos se contemplaron con la socarronería de siempre y el jefe del «Carampangue» no pudo evitar decir una cuchufleta a su amigo:

—¡Hum, qué bien luces con el parche de los valientes del puente

del Buin, viejo gorila!

A lo que García respondió:

—Y tú, macaco testarudo. Si pareces una damisela con una flor encarnada en una de las tetas.

Los dos estallaron en carcajadas y se abrazaron jubilosamente. Ambos estaban felices de verse vivos, a pesar de todo.

7

La victoria del puente del Buin dio al Ejército Restaurador la noción de su verdadera fuerza y lo ensoberbeció. Aquel parche encarnado cosido en algunas guerreras pasó a ser la divisa más ansiada por los soldados; todos los batallones esperaban que se les diera la oportunidad de demostrar que sus hombres eran tan aguerridos y heroicos como los que se lucieron en el río. Y en tanto, los que lucían el preciado parche al pecho comenzaron a ser llamados con un nombre genérico, sinónimo de valiente; se los llamó «los del Buin» o «los buines». Aquella batalla había dado nacimiento a una clase escogida de soldados, ejemplo para la infantería chilena. Englobados en un solo bloque por aquel distintivo, los batallones «Portales» y «Carampangue», especialmente, se hermanaron aún más y en todas las acciones posteriores marcharon siempre juntos o uno en pos del otro. Así nació «la hermandad del Buin».

Pero allí no había terminado la guerra, por mucho que el Ejército Restaurador se sintiera ya más seguro de obtener la victoria. El mariscal Santa Cruz conservaba intacta una fuerza de seis mil quinientos soldados y se hallaba estacionado en Carhuaz, con sus espías atisbando sin cesar los movimientos chilenos.

Por su parte, el Ejército Restaurador se estableció pronto en el llano de San Miguel, fortificado por el Estado Mayor con el propósito de dar allí la batalla decisiva. El Presidente Provisional, don Agustín Gamarra, también había acudido con los reclutas y la caballería peruanos y en la noche del 7 de enero llegaban además a la concentración los coroneles Raygada y Frisancho con el

escuadrón «Cazadores del Perú». En esta forma, se logró en la hacienda San Miguel la reunión total del Ejército Restaurador. Ya podían sus jefes esperar confiadamente a que el Supremo Protector llegara a darles el asalto definitivo. Pero comenzaron a pasar los días y el mariscal Santa Cruz no atacó ni se movió de Carhuaz. La tensión de la espera terminó por exasperar a peruanos y chilenos. ¿Por qué el general enemigo no avanzaba hacia San Miguel?

La respuesta la dio el coronel Wood junto con un golpe propinado sobre la mesa en que comía con los comandantes García y Valenzuela:

—Porque el general Santa Cruz no es ningún imbécil; y nosotros, en cambio, hemos procedido como si lo fuéramos.

Los veteranos lo miraron con expresiones ofendidas, a tiempo que entraba al cuarto el coronel Sutcliffe y se quedaba escuchando sus réplicas.

—Mucho lo estimo a usted, coronel Wood —advirtió García—, pero no puedo admitir que un ayudante del General en Jefe diga de él que es un imbécil.

—Y yo le recuerdo que está hablando con dos de los comandantes que combatieron en el Buin y que no procedieron como imbéciles —lo recriminó Valenzuela.

Pero Wood los apaciguó con su ademán sereno y señorial.

—No desconozco el valor de ustedes y la magnitud de su victoria en el Buin —les dijo—, pero nadie puede ignorar tampoco que al meter nuestro ejército en este Callejón de Huaylas lo hemos introducido en una botella y al atraer al ejército protectoral sobre nosotros, le hemos puesto el corcho.

—Y el que salga de esta botella tendrá que ser muy corajudo —terció Sutcliffe, riendo de buena gana.

—¡Saldremos nosotros! —porfió García—. ¿Verdad, compadre Valenzuela? Si me dan la orden con mi «Portales», yo…

—¡Y yo con mi «Carampangue»! —le corroboró su camarada.

—¿Y por dónde se abrirían paso ustedes, comandantes? —les inquirió intencionadamente Wood—. ¿Por dónde, si el general De la Cruz cortó todos los caminos que permiten salir del callejón?

—Saldremos por el norte —aventuró García.

—¿Hacia el departamento de La Libertad? ¿Para qué, si esa zona tiene muchos menos recursos que este valle?

—¿Entonces para qué diablos vamos a irnos de aquí? —gruñó Valenzuela, desconcertado por una discusión que sobrepasaba sus luces.

—Porque ya hemos ido entregando el callejón, poco a poco, a los enemigos, mi estimado comandante —le aclaró Wood—. ¿Acaso no se dan cuenta ustedes de que, con el propósito de atraer al general Santa Cruz hasta San Miguel, le hemos cedido casi íntegramente el territorio de Huaylas? Y no sólo eso: talamos los campos, matamos los animales, es decir, destruimos todo cuanto pudiera servir al enemigo.

—Era forzoso obligar al Protector a atacarnos —porfió García.

—No lo obligamos a nada —le rebatió Sutcliffe con desaliento—. El recibe suministros desde su retaguardia; tiene la cola de su ejército fuera de esta botella en que nosotros nos hemos encerrado.

Los dos comandantes se contemplaron, perplejos, sin comprender; hasta que Valenzuela expresó su estupor en una reflexión:

—Entonces…, ¿si lo desea, no nos ataca?

—¡Hum! —afirmó Sutcliffe—. ¿Y entonces qué pasa, eh?

—Que nos morimos de hambre en este callejón del diablo —dijo sordamente el jefe del «Carampangue».

—Pregunté en la intendencia para cuántos días nos quedan víveres de los que trajimos de Lima y me contestaron que sólo para diez más. Esa es la triste verdad, amigos.

García infló el pecho y golpeó varias veces con el puño sobre la mesa.

—¡Pues, nos abriremos paso por sobre el ejército de ese mañoso de Santa Cruz! —profirió desatinadamente, y se quedó estupefacto al oír que Wood corroboraba su afirmación, pero invirtiendo su sentido.

—¡Eso es lo que él quiere! ¡Eso mismo! ¡Obligarnos a atacarlo en el punto que él eligió y que está haciendo fortificar! ¡En Yungay! ¿Me escuchan, comandantes? Sus ingenieros están levantando muros y excavando trincheras entre el pueblo de Yungay y el río Ancash. Los observé anoche por mis propios ojos. Trabajan sin cesar.

El general Bulnes también había recibido el inquietante aviso y se hallaba desconcertado. Disponía de diez días para definir el

resultado de la guerra. Porque la batalla que se avecinaba debía ser la decisiva: ahí estaba en Carhuaz el mariscal Santa Cruz con sus seis mil quinientos soldados y preparaba su campo de operaciones en Yungay. No avanzaría contra San Miguel y ellos, los aliados del Ejército Restaurador, disponían de víveres sólo para diez días. Sin hallar recurso que oponer a la astuta estratagema del caudillo boliviano, consultó con el Presidente Gamarra y éste le respondió sin vacilaciones:

—Tenemos que sacar a nuestro ejército por el norte del callejón y embarcarlo en el puerto de Santa para llevarlo al departamento de La Libertad. Allá lo reorganizaremos y volveremos a la lucha.

Pero no, una nueva retirada y otro reembarco eran inaceptables para el jefe chileno. Serían vergonzosos. Imaginaba que los pueblos del Perú y de Chile los juzgarían unos cobardes. Y aunque se devanaba los sesos, no encontraba una solución aceptable.

Dos días más tarde, un emisario enviado por el comandante de la flota anclada en Santa le trajo periódicos de Lima y La Paz publicados una quincena atrás. En ellos el mariscal Santa Cruz declaraba enfáticamente que el 24 de enero ya habría aniquilado al Ejército Restaurador y regresado a Lima. Era entonces 12 de enero. Al día siguiente, el coronel Sutcliffe regresó de una exploración que acababa de practicar por las laderas que dominaban al pueblo de Yungay y le traía la noticia que lo obligaría a resolverse.

—El general Santa Cruz ha avanzado ya todo su ejército hasta Yungay y lo tiene parapetado en las fortificaciones que levantaron sus ingenieros.

Bulnes se mordió los labios y miró con desaliento los cañones que el coronel Marcos Maturana emplazara en el llano de San Miguel. Ya eran inútiles, del todo ineficaces; el ejército enemigo no se pondría jamás a tiro de ellos.

—Tendremos que asaltarlo nosotros en las posiciones que ha tomado en Yungay —determinó Bulnes con voz sorda.

Esa noche llamó reservadamente a los coroneles Wood y Sutcliffe a su alojamiento y les encomendó una misión secreta y peligrosa.

—Nos quedan víveres apenas para seis días más —les confió—. Estoy obligado a combatir antes que expire ese plazo. Pero, para poder hacerlo, necesito que ustedes realicen un trabajo semejante al

que hicieron en otras ocasiones: aproximarse a las posiciones enemigas, penetrar en ellas si les es posible, y dibujar croquis detallados de sus defensas. Ellos nos servirán de base para estructurar un plan de ataque en el Consejo de Guerra que efectuaré el día 17. Partan lo antes posible.

La misión fue cumplida, sin que nadie conociera sus riesgos y alternativas, pero en el Consejo de Guerra estuvo presente sólo el coronel Carlos Wood. Se lo veía entristecido y sin ánimos. Depositó todos los dibujos sobre la mesa central y dijo a los altos jefes:

—Aquí tienen ustedes dibujada toda la zona en que han tomado posiciones las fuerzas enemigas. Los croquis que delinean la región desde este campamento hasta el río Ancash fueron trazados por mí; los que muestran la zona que sigue desde el Ancash hasta Yungay lo fueron por mi compañero el coronel Tomás Sutcliffe.

Aunque extrañado por el tono apesadumbrado del coronel y por la ausencia de su compañero, el general Bulnes guardó su interrogante para más tarde, limitándose a solicitar a Wood que explicara los dibujos.

—Como ustedes saben —comenzó éste, inclinado sobre un mapa general—, el Callejón de Huaylas nos lleva como un pasadizo hasta Yungay, que está dos leguas al sur de nuestro campamento. En ese espacio existen los siguientes obstáculos que nuestros soldados deberán vencer: primero, dos cerros, que se levantan semejando dos conos dentro del callejón. Ellos son el Punyan, que es bajo y accesible, y el Pan de Azúcar, algo más alto, escarpado y de laderas casi verticales. Detrás de ellos, corre en sentido transversal el río Ancash, cortando el callejón. Es un río de escaso caudal, pero de cauce muy hondo. En su orilla sur se extiende una planicie de unas dieciséis cuadras hasta el pueblo de Yungay. Ella tiene que ser forzosamente el campo donde culminen las dos o tres batallas que será preciso dar.

Los jefes analizaron con sumo cuidado los cuatro croquis que yacían en la mesa y discutieron sobre ellos un rato. Fue el general José María de la Cruz el primero en requerir más detalles sobre el primer obstáculo que tendrían que vencer.

—El cerro Punyan —repitió Wood como un autómata—. Sobre él se encuentra trepada una compañía del batallón 1.º de Bolivia, bajo el mando de un capitán de apellido Peña. Esta se haya

enlazada con la guarnición del Pan de Azúcar por otra compañía del mismo batallón y en la cumbre de este segundo cerro están emplazadas tres compañías más, provistas de baterías de campaña y mandadas por el general Quiroz.

—Comprendido —dijo De la Cruz, y anotó en un papel: «Cinco compañías en la primera línea».

—Todas las cuales deberán replegarse a la cumbre del Pan de Azúcar una vez comenzada la refriega —agregó Wood—. Y desalojarlas de allí es casi imposible.

—¿Por qué, coronel? —se oyó una voz preguntar.

—El Pan de Azúcar es prácticamente inescalable para hombres que deberán cargar su equipo y armas, al mismo tiempo que sufrirán, durante todo el ascenso, el fuego graneado de cinco compañías bien parapetadas en una plazoleta que se ha construido en la cumbre. Además, desde la ribera sur del río Ancash, la artillería boliviana estará sembrando sus proyectiles sobre las laderas del cerro.

El general Bulnes emitió un gruñido, dando a entender que descartaba la posibilidad de tomarse el Pan de Azúcar, aun cuando varios jefes se pronunciaron en favor de eliminar a los defensores de esa posición, ya que dejar a esa fuerza enemiga en la retaguardia significaba arriesgarse a que les cortara la retirada en un caso de apremio, colocando al Ejército Restaurador entre dos fuegos.

—Sobrepasado el Pan de Azúcar, ya sea asaltándolo o flanqueándolo —continuó Wood con acento impersonal—, nuestras tropas encontrarán el río Ancash, tendrán que bajar a su profundo cauce y repechar la orilla opuesta. Y allí, señores, los enemigos han levantado un parapeto de piedras y barro de dos varas de alto. Tras él está escondido el grueso del ejército, que, según mi investigación, se desplegará en una doble hilera. Y más atrás aún, en el llano de dieciséis cuadras que ya mencioné, se moverá una caballería de seiscientos jinetes. Por último, estará la infantería de reserva estacionada en el lindero del pueblo de Yungay. Eso es cuanto puedo informarles.

Un pesado silencio siguió a las palabras del coronel Wood. Los jefes peruanos y chilenos no se atrevían a proponer plan alguno. Una interrogación común los embargaba a todos: «¿Podremos hacerlo? Ellos son seis mil quinientos, nosotros menos de cinco

mil».

El general Bulnes recogió los croquis y se los entregó al jefe de su Estado Mayor.

—Estúdielos detenidamente y mañana indicará usted a los comandantes qué papel asumirán sus respectivos batallones en la batalla. Porque la daremos, señores. La daremos el 20 de enero.

El grupo de altos jefes abandonó el recinto en que se hallaban reunidos intercambiando opiniones en voz baja. Wood los imitaba, aunque en silencio, cuando el general Bulnes lo retuvo de un brazo, a tiempo que escogía uno de los dibujos de entre los que portaba el jefe del Estado Mayor.

—Coronel, un momento, por favor —le dijo, exhibiéndole el plano—. Me fijé en algo que se ve en este croquis. Dígame, ¿qué significa este círculo café obscuro trazado sobre el río Ancash?

Carlos Wood se mordió los labios y le respondió con profundo pesar:

—No pertenece al dibujo, mi general. Es…, es una gota de sangre del coronel Sutcliffe. Fue herido cuando terminaba de trazar este plano.

El general en jefe lo contempló con espanto y, conociendo la estrecha amistad que unía a los dos coroneles, lo tomó de los hombros y le inquirió con ansiedad:

—¿Herido Sutcliffe?… ¿Y…?

—Logré cargarlo de regreso al campamento, mi general —musitó Wood con acento estrangulado—. Tiene la garganta atravesada por una bala. Si salva la vida, quedará mudo para siempre.

El general Bulnes dejó caer los brazos y agachó la cabeza con intensa pesadumbre. Pero fue el jefe del Estado Mayor quien expresó el dolor que los embargaba.

—¡Pobre coronel Sutcliffe! —murmuró, y contemplando el plano, añadió con expresión agorera—: ¡Una mancha de sangre sobre el río Ancash! ¡Mal augurio!

—Mucha sangre chilena se derramará sobre el Pan de Azúcar y el río Ancash, señores generales —sentenció Wood—, mucha sangre.

El vivac del Ejército Restaurador parecía envuelto en una atmósfera extraña durante los tres días que siguieron. Los soldados

participaban de una nerviosidad e impaciencia muy notorias. Todos sabían que estaban al borde de una decisión final. Patrullas de caballería rondaban día y noche en torno al campamento listas para prevenir una sorpresa. Pero ésta no se produjo. El 19 en la tarde, el ejército fue formado por orden del general Bulnes, quien, jinete en el soberbio potro que le obsequiara el Gobierno de Chile, arengó brevemente a la tropa:

—Soldados: el general Santa Cruz prometió al pueblo de Lima volver vencedor el día 24 de enero. Estando por cumplirse ese plazo, quiero ponerlo mañana en situación de cumplir su promesa. Mañana nos pondremos en marcha a las cinco de la madrugada y asaltaremos sus posiciones en Yungay. ¡Y venceremos, soldados, venceremos!

Comenzaba a levantarse el sol cuando el ejército se puso en marcha. Las bandas de los batallones iban ejecutando el Himno Nacional y los soldados se sentían inflamados de ardor bélico. Todos los enfermos que pudieron abandonar el hospital de campaña se unieron a la larga columna. Afirmándose en sus compañeros o usando el fusil como muleta, marcharon también.

A la cabeza de las fuerzas iba el general Bulnes, emparejado por el Presidente Provisional del Perú, general Agustín Gamarra, quien lucía un bicornio azul con plumas y una larga capa escarlata guarnecida con franjas de oro, que había pertenecido a los últimos virreyes.

A las ocho de la mañana se adelantó el batallón «Aconcagua», mandado por el coronel Pablo Silva, y ahuyentó fácilmente a las dos compañías bolivianas que coronaban el cerro Punyan. Obedeciendo éstas el plan del mariscal Santa Cruz, retrogradaron al sur y se treparon al Pan de Azúcar, para reforzar a las tropas del general Quiroz. Entonces el Ejército Restaurador se detuvo, enfrentando al que había de ser su primer campo de batalla.

El General en Jefe hizo acudir a su presencia a los comandantes y repasó sus planes en forma lacónica. Luego se dirigió al comandante del «Carampangue»:

—Comandante Jerónimo Valenzuela, a usted le toca en suerte ser quien encabece el asalto al Pan de Azúcar —le dijo, y le estrechó la mano—. Guiará usted a una columna de cuatrocientos infantes, compuesta por una compañía de cazadores de su batallón, otra de

cazadores del «Santiago», una tercera del «Valparaíso» y la sexta compañía del «Cazadores del Perú».

—Comprendido, mi general.

Bulnes sacó su reloj del bolsillo superior de su guerrera y observó los punteros; faltaban veinte minutos para las nueve de la mañana.

—A las nueve en punto iniciará usted su avance. Forme su columna, comandante.

El comandante Valenzuela se hallaba inmóvil sobre su caballo esperando que los correspondientes jefes de las compañías que le habían sido asignadas formaran en su columna, cuando se le acercó Manuel García a desearle suerte.

—Hubiera deseado llevar una compañía de tu «Portales», mi viejo gruñón —le manifestó Valenzuela—. Pero no ha sido posible. En verdad siempre he querido mandar por una vez siquiera a los hombres tuyos.

—Yo iré detrás de ti, compadre Valenzuela —le sonrió García—. Mi batallón encabeza la primera división, la que deberá deslizarse a la carrera por un costado del valle hasta el río Ancash, tan pronto tú despejes el cerro Pan de Azúcar. Nos veremos al otro lado, en la orilla del río.

—O no nos veremos más, mi viejo querido —le acotó Valenzuela con una mueca angustiada, extraña en su semblante siempre alegre —. ¡En fin, es la suerte del soldado!

Se disponían a despedirse cuando se introdujo entre los caballos de ambos la figura delgada y nerviosa de Candelaria Pérez, que los saludó llevándose la mano al quepis con un ademán rápido que denotaba su alteración.

—Con permiso, mis comandantes —les dijo, pero se dirigió a Valenzuela—: Yo siempre he pertenecido a la compañía del capitán Guillermo Nieto, que es la que representa al «Carampangue» en este asalto, y ahora me niegan el derecho a ir con ella.

—Es usted mujer —le replicó el jefe, pero ella se irguió como un gallo de la pasión.

—¡Soy sargento, mi comandante! Y siempre he demostrado que valgo tanto como cualquier soldado. Solicito que se me deje ir. — Como Valenzuela pareciera indeciso, considerando la dificultad de la empresa, insistió con un acento en que vibraba una nota

sentimental—: Se lo suplico, mi comandante. Usted quizás no lo sepa…, el capitán Guillermo Nieto y yo… nos amamos, don Jerónimo. Nunca nos hemos separado.

Los dos viejos comandantes se quedaron pasmados ante la confesión, y, sin poderlo evitar, se sintieron embargados por una extraña emoción.

—Déjala ir, Jerónimo —abogó García, carraspeando para disimular sus sentimientos—. De lo contrario, es capaz de lanzarse sola a trepar ese cerro condenado, detrás de tus carampangues.

El comandante Valenzuela contempló desde lo alto a la menuda y valerosa mujer y la saludó con la mano en el quepis, pausadamente.

—Autorizada, sargento Candelaria. Vaya usted con su capitán Nieto.

—Gracias, mi comandante —contestó ella, y escapó con su conocida agilidad para ir a incorporarse a su columna. Era la primera vez que los comandantes advertían en sus movimientos ademanes femeninos.

—¡Quién lo hubiera creído! —comentó García—. ¡La sargento Candelaria, enamorada!

Eran las nueve en punto y un corneta hizo sonar el toque inicial del ataque.

—Es la señal —dijo Valenzuela, y extendió su diestra a García—. Adiós, mi viejo compañero. Dame un apretón fuerte, que no sé por qué tengo un mal presentimiento.

García le oprimió los hombros con ambas manos y lo palmeó vigorosamente.

—Deséchalo, bellaco. No le gustaste a la huesuda en Arauco, menos se tentará contigo ahora que estás más viejo y feo. —Pero no podía ocultar su emoción y la voz se le quebró—: Hasta la vista, Jerónimo.

—Adiós, hermano.

Valenzuela giró bruscamente su caballo y fue a ponerse al frente de su destacamento. Minutos más tarde, las cuatro compañías de cazadores se desplegaban en torno al cerro Pan de Azúcar, envolviéndolo, y aguardaban la orden de iniciar el asalto. Jerónimo Valenzuela miró un instante hacia la cumbre y luego bajó su sable con un ademán tajante. Y en ese segundo se produjo algo

imprevisto y sobrecogedor: el coronel peruano Juan Antonio Ugarteche, que actuaba como su segundo, afirmó su pistola en la nuca de la mula que montaba y disparó gritando:

—Si soy vencido, no quiero huir. Y si vencedor, tendré muchas mulas.

Valenzuela elevó la empuñadura de su sable y lo besó en la cruz. Después lanzó un largo grito:

—¡A la carga, muchachos, y que Dios nos proteja!

Las cornetas y tambores de las compañías comenzaron a atronar con el crispante *pizzicato* del toque correspondiente y los hombres se abalanzaron hacia el cerro.

Clavando las bayonetas en la ladera áspera y empinada, comenzaron a trepar como arañas. Hundiendo las uñas en la tierra, ayudándose unos a otros, rodando y volviendo a subir, fueron escalando los primeros tramos. Desde lo alto, quinientos cincuenta fusileros enemigos derramaban sobre ellos chorros de balas y echaban a rodar enormes piedras que caían con estrépito abriendo anchas brechas en las filas chilenas. El soldado que era herido o el que daba una mala pisada resbalaba hasta el plano. Pero si lograba asentar pie, apuntaba su fusil hacia lo alto y desprendía un cuerpo del gajo de defensores, el que caía dando tumbos hasta el fondo.

La compañía del «Carampangue» era la que realizaba más rápidos progresos. Al frente de ella, el comandante Valenzuela animaba a sus hombres con grandes gritos, que se perdían en el estrépito, pero a los soldados les bastaban sus gestos para seguirlo. Detrás de él, a su derecha, como un ángel de la guarda, iba el gigantesco cacique Colipí y a su izquierda el capitán Guillermo Nieto acompañado por la sargento Candelaria. Jamás, en ningún otro campo de batalla, quedó demostrada con tanta fiereza la formidable energía guerrera del soldado chileno. Durante treinta minutos ascendieron sin descanso, viendo ralear sus filas a medida que se acercaban a la cumbre. Sin embargo, ninguno se detuvo. Por fin, llegaron a una ancha cornisa natural abierta cincuenta varas más abajo del parapeto de piedras que envolvía la cima. En ese punto el comandante Valenzuela se volvió a sus hombres enarbolando el sable, y les gritó:

—¡Un último esfuerzo, soldados, ya estamos llegando! —Y volviéndose al capitán Nieto, le ordenó especialmente—: ¡Aliente la

subida del «Carampangue»; ya es la hora decisiva!

El joven oficial elevó en alto su fusil y profirió un alarido inarticulado señalando la cumbre a los miembros de su compañía. Sólo fue posible entenderle:

—¡Por el honor del «Carampangue», al asalto final!

Envuelto en el chivateo delirante de sus soldados, reanudó el ascenso, llevando a su costado a la animosa sargento.

—¡No te separes, Candelaria! —le decía—. ¡Empuña firme la bayoneta y sigue subiendo amparada por mi cuer…! —Un grito sordo cortó su frase y, doblándose por la cintura, cayó de cara al suelo, con el pecho atravesado por un grueso proyectil.

La sargento exhaló un gemido desgarrador, que parecía brotarle de las entrañas, y se dejó caer de rodillas junto al moribundo.

—¡Guillermo!… ¡Guillermo!… —imploraba, sujetándole la cabeza entre sus manos.

—¡Sigue…, sigue subiendo, mujer! —fue lo último que alcanzó a decir el capitán Nieto y con un vómito de sangre se le fue la vida.

Candelaria Pérez, con los ojos desencajados, lo remecía alocadamente, igual que si buscara arrebatárselo a la muerte que ya se lo había llevado. Sus roncos lamentos llamaron la atención del teniente Colipí, quien con un par de saltos estuvo a su lado y la levantó de un brazo.

—¡Sargento Candelaria, no te detengas! —la apremió imperioso —. ¡Van a matarte!

La mujer recogió su fusil y miró al indio, sofocada por rabioso llanto.

—¡Mataron a mi capitán! —exclamaba desesperada—. ¡Lo mataron, Colipí!

—Ya lo sé. Lo vi caer —le respondió el araucano, y señalando con su bayoneta hacia el borde del parapeto que estaba sobre ellos, le mostró a un soldado mestizo que los observaba riendo salvajemente—. ¡Ése fue! ¡Ese que se asoma sobre la pirca!

—¿Ése? —Las pupilas de Candelaria ardían como brasas clavadas en el hombre que reía y sus manos se crisparon en el guardamonte de su fusil—. ¡Pues, ni aunque lo haga añicos me pagará este dolor! —E inclinándose sobre el capitán Nieto, le rozó la frente con la punta de los dedos y le musitó—: Adiós, Guillermo. Voy a vengarte y después volveré por ti.

Enseguida, irguiéndose frenética, se abalanzó cerro arriba, azuzando a sus compañeros con voces que no parecían humanas:

—¡Adelante, carampangues! ¡A degüello…, a degüello!

Iba sola, desprendida del grupo, ciega de furor, sin ver nada más que al hombre que había matado a su amado capitán. Sus compañeros no soportaron verla arriesgarse de ese modo y apresuraron su ascenso para protegerla con sus propios cuerpos. El comandante Valenzuela fue incapaz de seguirlos con igual agilidad y se vio sobrepasado por ellos.

—¡Corre, teniente Colipí! —pidió entonces al araucano, que no se separaba de su lado—. ¡Encabézalos tú, que eres más fuerte y…!

Dos proyectiles le habían perforado el vientre y, aunque trató de mantenerse en pie, se le doblaron las rodillas y cayó hecho un ovillo. El cacique estuvo en un segundo a su lado y lo cubrió con su cuerpo, tratando de comprobar la gravedad de sus heridas.

—¡Mi comandante! ¿Dónde le dieron, mi comandante?

Pero Jerónimo Valenzuela sabía por experiencia que nadie salva con el vientre destrozado. Sentía cómo la sangre le brotaba a chorros, empapando el suelo. Retorciéndose de dolor, dio sus últimas órdenes:

—Que el sargento mayor Andrés Olivares tome el mando. ¡Grítaselo, Colipí!

El araucano levantó el rostro y, divisando al oficial mencionado a cierta distancia, le transmitió la orden y volvió a preocuparse de su jefe herido.

—Mi comandante, déjeme que lo cargue en hombros y lo lleve a la cumbre. No se me muera, por Dios. Tiene usted que ver. Nuestros hombres han llegado arriba, ya están saltando el parapeto y cargan. ¡Tiene usted que ver la victoria!

Valenzuela ya estaba quedándose laxo y, perdida la sensibilidad del dolor, sonreía con una extraña dulzura.

—Ya no, mi fiel Colipí… No veo…, me estoy muriendo…, sigue tú y auxilia a los débiles. Si cae Olivares, toma el mando.

El teniente Colipí estaba con una rodilla en tierra junto a él cubriéndolo siempre. Pero se habían quedado solos, ya todas las compañías asaltantes luchaban dentro de la posición fortificada.

—Ya no hay mando, señor —le dijo—. Cada uno piensa solamente en matar o morir. Si usted no ve, yo iré contándole, mi comandante. —Hablaba con el rostro vuelto hacia la cumbre, en donde podía ver el desarrollo de la acción, y su voz era suave y cariñosa, igual que si narrara un cuento a un niño, aunque su cuento era terrible—: La sargento Candelaria cayó sobre el boliviano que le mató a su capitán y lo descuartizó a bayonetazos. Ahora lucha con dos o tres al mismo tiempo. Los demás combaten con los fusiles cogidos del cañón y machacan sesos, los esparcen por toda la cumbre…

—Es la victoria…, la victoria —musitó Valenzuela, sonriendo con los ojos cerrados, y luego agregó algo que acentuó su sonrisa—: Mi «Carampangue» es mejor que tu «Portales», compadre García.

Colipí no se resignaba a verlo morir y dejarlo allí, pero el comandante aún tuvo fuerzas para darle una última orden:

—Sigue combatiendo, Colipí… A la vuelta, después de la batalla, me recoges y me entregas al comandante García. Adiós, primera lanza…

Había muerto, y el indio, hasta entonces siempre imperturbable, reflejó en su rostro una mezcla de angustia y de furor que daba miedo.

—¡Mi comandante de tantos años! —exclamó, e irguiéndose con los dos brazos sosteniendo su fusil en alto, profirió un alarido—: ¡Malditos sean los que lo mataron! ¡Cien de ustedes voy a cobrar por esta vida!… ¡Cien de ustedes! —continuó gritando mientras reanudaba el ascenso a la cumbre.

Cuando los restos de las cuatro compañías saltaron dentro de la plazoleta del Pan de Azúcar, no eran seres humanos, sino fieras sedientas de sangre. En aquel reducto quedaban aún quinientos enemigos de los quinientos cincuenta que formaban su primitiva guarnición. ¡Ni uno solo libró con vida! Las cinco compañías del general Quiroz fueron destrozadas, incluso él mismo, que cayó tratando valerosamente de organizar a sus tropas en desbande. Los últimos sobrevivientes trataron de huir en cualquier forma y se lanzaban al vacío, prefiriendo aquella muerte a caer en manos de los chilenos. Unos pocos intentaron descolgarse por la pendiente opuesta del cerro, pero fueron aplastados con las mismas grandes piedras que ellos habían acumulado o fusilados en la huida. A las

diez de la mañana, una hora después de iniciado el asalto, en la cumbre del Pan de Azúcar ondeaba la bandera chilena, clavada por el sargento del «Valparaíso» José Segundo Alegría, y se agitaba una rabiosa masa humana que ya no encontraba a quién matar.

El Ejército Restaurador, detenido a pie firme en mitad del Callejón de Huaylas, había contemplado con escalofríos la horripilante hazaña del destacamento del comandante Jerónimo Valenzuela. Cuando sus cuatro compañías coronaron la cumbre del Pan de Azúcar, a todos les pareció que el montículo chorreaba sangre por sus laderas, tan visible había sido la matanza realizada arriba. Con el corazón apretado por el presentimiento, el comandante García había seguido las alternativas del asalto con sus anteojos de campaña; observaba, en especial, el avance de su entrañable amigo el comandante Valenzuela. Pero en la caótica confusión del asalto lo perdió de vista y no volvió a encontrarlo en la masa arremolinada que se juntó en la cima. Con una inquietud honda en el alma, siguió avanzando cautelosamente con su batallón, que cumplía la orden de flanquear el Pan de Azúcar para estar presto a cruzar el río a la carrera y caer sobre la segunda línea fortificada de los enemigos al sur del Ancash. Paralelo al «Portales» marchaba el resto del «Carampangue», comandado por su segundo jefe.

Pero, al finalizar el desastre del Pan de Azúcar, el Supremo Protector Santa Cruz, en un intento desesperado de salvar algunos de sus hombres de aquella carnicería, envió al batallón 4.º de infantería, dividido en dos secciones. Mas el movimiento fue observado por el general Bulnes, quien mandó contra él al batallón «Colchagua». Su comandante, el coronel Urriola, lo hizo avanzar agazapado y esconderse en unos espesos matorrales. Cuando el 4.º de infantes boliviano asomó en el sendero al norte del río, los colchagüinos surgieron en forma sorpresiva de sus escondites y descargaron sobre ellos todos sus fusiles, tumbando a un tercio de sus hombres. Pero ésas eran de las tropas bolivianas de selección. Sin amilanarse, saltaron por sobre los cadáveres de sus compañeros y avanzaron impertérritos, al trote firme, bayonetas en ristre. El «Colchagua», cogido de frente, sintió crujir y trizarse sus líneas. Fue entonces cuando el general Bulnes envió al coronel Wood en busca de la columna del «Portales» que se acercaba lentamente.

—¡Comandante García, cargue con su batallón en auxilio del «Colchagua», que está siendo batido! —gritó el coronel desde su caballo alzado en los cuartos traseros—. ¡La acción está en esta orilla del río Ancash! ¡Cargue rápido o el «Colchagua» se pierde!

Manuel García blandió su sable en el aire y el corneta de órdenes lanzó el toque de «A la carga».

Los soldados del 4.º de infantería boliviana eran ciertamente unos bravos veteranos. Estaban destrozando al «Colchagua» cuando les cayeron por ambos flancos las cinco compañías del «Portales», encabezadas por su encorajinado jefe. El choque fue brutal. Los portales, exaltados por el asalto del Pan de Azúcar que habían visto realizar a sus émulos, deseaban lucir también su poderío. La reciedumbre de su ataque fue tal que, arrollando a sus enemigos hasta el barranco del río Ancash, cayeron revueltos con ellos en el fondo fangoso, siguieron atropellándolos y matándolos dentro del agua y subieron el paredón de la otra orilla perforándoles las espaldas, machacándoles los huesos, hasta llegar en confuso y sangriento montón al propio parapeto de piedras y troncos de la primera línea enemiga.

Tan alocado había sido aquel ataque que no podían pensar en retener el terreno dominado. Repelidos por todos los batallones bolivianos que se parapetaban detrás de la fortificación, podían ser exterminados en cualquier momento. El comandante dio, en consecuencia, la orden de retirada, y retrocediendo, en dura defensa contra balas y aceros, volvieron a cruzar el cauce del Ancash y se tumbaron en la orilla del norte. En un brevísimo instante de tregua llegó junto al comandante García el coronel Wood y tendiéndose a su lado le gritó, para hacerse oír sobre los estampidos:

—¡Comandante García!, tome usted también el mando de los restos del «Carampangue» y condúzcalos al combate como si fueran parte de su propio batallón.

El veterano comprendió al momento que se había cumplido su temor, pero no quiso aceptarlo.

—¡No! —exclamó—. ¿Y mi compadre, el comandante Valenzuela? ¿Qué ha sido de Jerónimo, mi coronel Wood?

—No lo sabemos, pero un soldado que descendió del Pan de Azúcar lo vio caer.

García se oprimió las sienes con los puños y hundió el rostro en

el suelo, musitando para sí:

—¡Jerónimo muerto! ¡No puede ser!… Valenzuela salvó de todos los ataques indios en doce años de guerra en Arauco.

—¡No sabemos qué ha sido de él, ya le digo! —le insistió Wood con rudeza para hacerlo reaccionar—. Pero, entretanto, tome usted el mando del «Carampangue» y conduzca a los dos batallones en el asalto frontal que se va a dar en este instante. La batalla hay que definirla ahora. Cargará la infantería en su totalidad, apoyada por la artillería del coronel Maturana. Al «Portales» y al «Carampangue» les corresponde la avanzada sobre el centro de las fortificaciones bolivianas. Es la responsabilidad de la batalla, ¿me comprende? — Como García asintiera con un movimiento de cabeza, se puso de pie y le advirtió—: Atento al toque de cargar, comandante, y buena suerte —y se alejó a la carrera.

Manuel García se incorporó sobre un codo y observó el terreno que se extendía en suave declive desde el borde del río hacia el norte. Allí estaban apegados a la tierra los infantes de los dos batallones.

—¡Soldados del «Carampangue», por ausencia del comandante Valenzuela, tomo el mando yo! El General en Jefe me honra que lo haga. Vean en mí solamente un reflejo de vuestro propio jefe. —Y poniéndose en pie de un salto, a tiempo que atronaban las cornetas, les gritó con renovado brío—: ¡En nombre del comandante Valenzuela y de la patria, adelante, «Carampangue»! ¡A la carga, «Portales»!

Fue una carrera de rivales que ya no compiten pensando en alcanzar la gloria, sino rindiendo un desgarrado homenaje a sus muertos. El primero en lanzarse al cauce del Ancash fue el «Carampangue», o lo que restaba de él, y en pos de él salló el «Portales». Luego bajaron y volvieron a subir por la otra orilla el «Colchagua», el «Aconcagua», el «Valdivia», el «Cazadores del Perú» y una mitad del «Huaylas», de reciente formación.

Pero la línea boliviana tenía mil cien varas de ancho y seis mil cien hombres se escudaban tras el parapeto de piedra y barro, o sea, seis hombres defendían cada vara, tres codo a codo y otros tantos detrás, como reserva. Las ráfagas de sus fusiles eran como una raya continua de proyectiles que cortaban a los chilenos a la altura de los pechos; no quedaba una cuarta de aire libre de ellos. Los infantes de

García no pudieron seguir y se aplastaron en las rugosidades de la tierra o detrás de los cadáveres de sus propios compañeros, que cayeron antes que ellos.

Por su parte, los cañones estremecían la atmósfera con sus estampidos y sus gruesas balas pasaban ululando por sobre las cabezas. Afortunadamente las enemigas cruzaban por alto; en cambio, las disparadas por las baterías del coronel Maturana daban de lleno en el parapeto de los adversarios, arrancándole trozos igual que si fueran tarascadas.

Aquella situación se prolongó por espacio de cuatro horas y media sin otra alternativa que la acumulación de cuerpos inertes y destrozados que cubrían a la infantería chilena como una trinchera macabra.

El Presidente Provisional del Perú, general Gamarra, demasiado visible por la capa escarlata que lo cubría, se desesperaba en la orilla opuesta del Ancash porfiando por lanzarse personalmente a un ataque enloquecido.

—¡Déjeme abalanzarme con la otra mitad de mi batallón «Huaylas», general! —exigía a Bulnes—. Y cargue usted con su reserva. La desventaja en que se debate la heroica infantería no puede prolongarse mucho más. Va a ser exterminada por el enemigo.

Pero el General en Jefe no se lo permitió. Cubierto con su manto rojo atraería de inmediato sobre él todas las punterías. Y de caer muerto en el combate, Perú quedaría sin gobernante y no faltaría quien afirmase que los chilenos lo habían eliminado para disponer de su puesto.

—Yo soy el General en Jefe —tuvo que recordarle ante su insistencia en ofrecer su vida— y tengo toda la responsabilidad, Excelencia. Por lo tanto, guardándole el respeto que le debo, le prohíbo participar en la batalla. Comprenda mi situación y retírese. Le prometo hacer una carga en ayuda de mi infantería.

El general Gamarra no encontró argumentos para obstinarse en su valerosa ofrenda y se retiró de la línea de peligro, apesadumbrado y con los nervios tensos, impotente para contener el ardor bélico que lo poseía.

Como lo prometiera, el general Bulnes galopó hasta el ala derecha de su línea, donde se hallaba estacionada la caballería bajo

el mando del comandante Fernando Baquedano. Gritándole, para ser oído sobre el retumbar de los cañones, le ordenó cargar por un flanco con sus jinetes sobre las líneas enemigas.

Pero, aunque la caballería chilena avanzó al galope largo hacia el río Ancash, la maniobra parecía ser tardía. En esos instantes mismos las tropas del «Portales», muy diezmadas, empezaban a ceder en forma notoria. Se las veía retroceder agazapadas, disparando con desesperación. E igualmente lo hacían las del «Carampangue». Observado este repliegue por los jefes adversarios se dio una orden de corneta y la infantería boliviana fue saltando por sobre el parapeto para ultimar a los extenuados hombres de García en su repliegue.

Bulnes creyó entonces que sus batallones predilectos perecían sin remedio y, perdido el control, lanzó al batallón «Valparaíso» en socorro de los portales y carampangues, y él mismo, exponiéndose a los millares de proyectiles que rasgaban el aire, fue galopando frente a las otras unidades, manteniendo al coronel Wood junto a su estribo.

—¡Batallón «Santiago», a la carga tras de mí! —fue la última orden que alcanzó a dar antes que el vocerío enardecido de todos los soldados del resto de su ejército cubriera definitivamente sus palabras. Por su parte, el Presidente Gamarra tampoco pudo contenerse y, arrojando lejos su capa escarlata, se colocó al frente de la mitad del batallón «Huaylas» y lo azuzó con desesperado brío al combate.

El avance del «Valparaíso», que saltó el río en unos segundos, devolvió los ánimos a los portales y carampangues, quienes hundieron los tacos en la tierra y contuvieron durante unos minutos a los infantes bolivianos que saltaban la pirca de piedras. Pero el mariscal Santa Cruz seguía la acción como un magistral estratega, y, al observar la nueva avalancha de antagonistas que cruzaba el río, hizo surgir a la caballería del coronel Urdinanea por el flanco derecho. Esta asomó por un costado del parapeto y progresó al trote corto hacia el centro de la batalla, espiando el momento adecuado para arrollar a los chilenos. Mas la oportunidad no se le presentaba. Habiendo entrado en combate los demás batallones del Ejército Restaurador, fue tal la confusión de cuerpos que luchaban que, durante media hora, la caballería no pudo intervenir, so pena de

aplastar a sus propios compatriotas.

En aquel lapso, el general Bulnes recruzó el río hacia el norte y galopando paralelamente a su ribera, fue en busca de la caballería que comandaba el coronel Fernando Baquedano. Éste, al igual que el boliviano Urdinanea en la derecha, estacionaba a sus jinetes en el flanco izquierdo, sin poder lanzarlos a la refriega, en la que se exterminaban confundidos los infantes de ambos bandos.

—¡Coronel Baquedano! —le gritó Bulnes desde la orilla opuesta —, vuelva acá con su primer escuadrón y, cruzando el río otra vez, cargue contra la caballería enemiga. Mientras usted sacrifica a ese destacamento, los otros cuatro escuadrones encontrarán la ocasión propicia para intervenir por este flanco.

El coronel Baquedano cumplió la orden con la mayor rapidez, comprendiendo que la batalla estaba por definirse en favor de los bolivianos. La infantería chilena se hallaba deshecha; el ataque frontal de todos los batallones enemigos la había destrozado. Y de súbito, obedeciendo a una orden perfectamente estudiada por el mariscal Santa Cruz, los infantes de toda su línea se retiraron en forma sorpresiva del campo de batalla, dejando solos a los chilenos en la faja de terreno tendida entre el río y el parapeto. Era la maniobra preparada para dar a la caballería de Urdinanea su oportunidad de atacar. Tan pronto vio el terreno libre, el jefe de ella vociferó una orden y la caballada se precipitó encima de los sobrevivientes del «Portales» y del «Carampangue» a galope tendido. Pero cuando el exterminio parecía inminente, surgido igual que por obra de un milagro, el escuadrón del coronel Fernando Baquedano se cruzó de por medio y recibió el choque de la caballería protectoral. Durante quince minutos, los escasos jinetes chilenos ofrecieron resistencia luchando como fieras, pero fueron aniquilados por el enorme número de los enemigos. El coronel Baquedano, herido profundamente en un hombro, regresó a la orilla del río, manteniéndose apenas sobre su caballo.

Fue entonces cuando sus cuatro escuadrones restantes, ubicados en el extremo opuesto del campo de batalla, observaron también el paso franco ante ellos y el segundo comandante los lanzó al ataque, en línea recta sobre la caballería enemiga.

—¡A partirla por el centro!… ¡A romper sus líneas y penetrar hasta el propio cuartel del mariscal Santa Cruz! —iba gritando con

el sable en alto, mientras su cabalgadura galopaba sin freno—. ¡Escuadrones, a degüello!

Una, dos, tres veces cargó la caballería chilena y otras tantas fue rechazada por la boliviana. La masacre de hombres y caballos era espeluznante. Por último, el coronel Baquedano, despreocupándose de su propio desangre, encabezó una cuarta carga y los cazadores y lanceros se fueron sobre la jinetada adversaria al galope desbocado.

Aquella carga fue tan frenética y enloquecida, que la masa de caballos, por el solo empuje de sus pechos, abrió una gran brecha en las filas bolivianas. Tajando con sus sables y ensartando con sus lanzas a diestro y siniestro, atropellando a los desmontados y pisoteando a los caídos, los jinetes chilenos hicieron una matanza atroz, no sólo en las líneas de la caballería adversaria, sino que pasaron sobre la infantería, saltaron el parapeto, cayeron sobre la reserva y, poseídos por su frenético ardor, llegaron hasta el propio Cuartel General del mariscal Santa Cruz. Luego se revolvieron contra los flancos y prosiguieron masacrando a los batallones enemigos, que ya, desconcertados y aterrados por aquella avalancha, únicamente pensaban en arrojar las armas y replegarse al amparo de los cerros. La caballería, abierta en dos alas, galopó en un intento de envolverlos.

Fue entonces cuando ocurrió el milagro de la resurrección de los infantes de Chile. Hasta la estrecha área donde se apiñaban el comandante García y los escasos sobrevivientes del «Portales» y del «Carampangue» llegó, cruzando el río, un indio tambaleante, con el pecho desnudo surcado de tajos que manaban sangre y portando, sentado sobre su hombro izquierdo, el cadáver del comandante Valenzuela, al cual mantenía erecto apuntalándolo con uno de sus brazos de una axila. Sin palabras, cruzó frente a sus compañeros, que lo vieron llegar como a un fantasma o como a un dios ancestral del lejano Arauco. Era el teniente Juan Colipí, que, fiel a su palabra, llevaba a su comandante muerto a presenciar la batalla.

—¡Jerónimo!… —exhaló en un alarido ronco el comandante García, y, abandonando el reparo de una pequeña zanja donde se protegía, corrió a colocarse junto al araucano, que avanzaba impertérrito hacia el frente enemigo—. ¡Carampangues y portales —gritó enseguida salvajemente—, aquí veis el cuerpo inanimado de nuestro amigo y vuestro comandante! ¡Aquéllos lo mataron! ¡Hay

que vengarlo! ¡Hagamos un último esfuerzo y vamos a liquidarlos!

Por una nueva vez esgrimió su sable en el aire, sin reparar en que estaba quebrado en la mitad, y cargó, siguiendo al araucano y gritando sin cesar:

—¡Batallones «Portales» y «Carampangue», adelante, a morir!

Corriendo agazapados como lobos, con las bayonetas enrojecidas de sangre, los dos batallones entraron en medio de la batalla en que se revolvían animales y soldados. Acuchillando sin misericordia, perdida ya toda noción de humanidad, convertidos en meros instrumentos de muerte, fueron aniquilando a los desorganizados restos de las unidades enemigas. El gigantesco Colipí corría al par que ellos, sin defenderse, portando sobre su hombro el cuerpo exánime del comandante Valenzuela, igual que si fuera un estandarte o un símbolo del exterminio.

A las cuatro y media de la tarde, el mariscal Santa Cruz reunía a su alrededor sólo a un montón de heridos y a unos pocos oficiales aterrados. Montando presuroso en su caballo, gritó al general Herrera, que, cerca de él, aún pugnaba por reorganizar la defensa:

—¡General Herrera, trasládese a Chile y acepte la paz que el Gobierno de esa república desee imponer!

—¡General Santa Cruz, vuelva usted! —intentó retenerlo el valeroso jefe boliviano, pero era inútil, el Supremo Protector galopaba enloquecido hacia el sur.

Presas del pánico, los sobrevivientes del ejército protectoral emprendían la fuga también, perseguidos enconadamente por los jinetes de la expedición restauradora. El campo de Yungay quedaba regado de sangre y cubierto de cadáveres en toda su extensión. Y el general Bulnes allí mismo, recién extinguido el detonar de los últimos cañones, redactaba su parte de victoria:

«¡Viva Chile! Sobre el campo de batalla, en que he vencido completamente al enemigo, en fuerza de seis mil hombres mandados por el propio Santa Cruz, sólo tengo tiempo para decir a Vuestra Señoría que la Confederación ha quedado disuelta de hecho en cinco horas de combate reñidísimo y sangriento y que los valientes que tengo el honor de mandar y cuyo heroísmo no alcanza ejemplo, han arrancado al enemigo de posiciones casi inaccesibles, arrebatándole su artillería, parque y todo. A esta hora, que son las cuatro de la tarde, se continúa la persecución de los poquísimos

que, alrededor de sus generales, huyen en varias direcciones».

Y una hora más tarde, mientras los cornetas sobrevivientes de los diversos batallones lanzaban desde las cumbres de los cerros próximos el toque de «llamada», el General en Jefe, rodeado por el resto de sus hombres, masa humana extenuada, desgarrada en sus uniformes y en sus carnes, así como también por los centenares de heridos que yacían incapaces de mantenerse en pie y por los innumerables muertos, a los que se había alineado respetuosamente sobre la tierra acribillada por los proyectiles, lanzó su dramática proclama de victoria:

«Soldados de Chile: Habéis luchado contra posiciones inexpugnables, vencido las elevaciones más escarpadas y pisado sobre las nubes para tomarlas. Habéis hecho más que vuestro deber y sobrepasado todas mis esperanzas. El golpe mortal a la Confederación está dado; el estandarte protectoral, las banderas de su guardia y cien trofeos más se hallan hoy en nuestro poder. Y el Perú respira por fin, y la América toda, libre de inquietudes y zozobras, os saluda como a los campeones de su independencia. ¡Viva Chile!».

Allí terminó la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana.

Mil cuatrocientos muertos y mil cien prisioneros dejó el mariscal Santa Cruz solamente en el campo de Yungay. Después, el Ejército Restaurador subió a la sierra y montó guardia en ella, arma al brazo, asistiendo desde la distancia al derrumbe del Supremo Protector.

Éste, huyendo como un proscrito, intentó regresar a Bolivia, pero en el camino supo que se habían rebelado contra él los generales Velasco y Ballivián, en La Paz, y tuvo que seguir huyendo en dirección a Arequipa y la costa, consiguiendo, por fin, embarcarse subrepticiamente, como un criminal, en la fragata británica «Samarang», que lo trasladó a Guayaquil. Así murieron sus ambiciones de alcanzar la dignidad de soberano inca del sur de América o de virrey del Pacífico austral.

A mediados de junio, los batallones chilenos comenzaron a abandonar el Perú, después de dejar consolidado el gobierno del Presidente Agustín Gamarra, fraternal y desinteresadamente, sin

esperar recompensa alguna por el sacrificio de las vidas de millares de sus soldados, que quedaron sepultados en tierras peruanas. El 11 de julio desembarcaban aquellos primeros en Valparaíso y eran recibidos con entusiasmo delirante. Pero el grueso del ejército no abandonó las costas del Perú hasta el 19 de octubre, encabezado siempre por el general Manuel Bulnes. Y el 18 de diciembre de 1839, después de tres años de campañas, las tropas victoriosas, con grandes vacíos en sus filas, entraban triunfalmente a Santiago, pasando bajo arcos de flores y siendo aclamadas por el pueblo entero, mientras las bandas de músicos acompasaban el desfile de los héroes con una marcha compuesta en esos días en homenaje a la última batalla: el «Himno de Yungay».

Por el centro de la Alameda, al frente de los restos de su veterano batallón «Portales» y también de los sobrevivientes del «Carampangue», el comandante Manuel García erguía sobre su caballo su cuerpo fornido, severo el rostro barbado y requemado por el sol del Perú. A su vera, llevado del freno por el titán araucano Juan Colipí, marchaba un caballo sin jinete portando sobre su montura el uniforme desgarrado y el quepis del comandante Jerónimo Valenzuela. Tras ellos, serenos y marciales, desfilaban los fogueados veteranos de ambos batallones, «los del Buin», como se los denominaba en el Ejército.

De súbito, de entre la multitud que les formaba calle, se desprendió una mujer y, cruzando sola el espacio descubierto, fue a apoyar sus manos en una de las rodillas del comandante García.

—¡Manuel! —lo llamó enternecida—. ¡Manuel! —repitió con lágrimas en los ojos.

Era su esposa Magdalena. El fiero comandante sintió que un nudo le apretaba la garganta y no supo sino mirarla, pero ella dejaba desbordarse, en cálidas frases, su alivio y alegría al verlo regresar vivo.

—¡Mi querido Manuel, gracias doy al Señor por haberte traído sano y salvo!… ¡Mi adorado Manuel!

El comandante se inclinó un tanto hacia ella y le deslizó en unas palabras apenas audibles su profunda emoción:

—¡Oh mi dulce Magdalena!… ¡Mi inolvidable Magdalena! — Pero observando que sus soldados marchaban solos, sin que nadie se atreviera a acercarse para demostrarles su afecto, y cohibido por

la cálida emoción con que la multitud lo contemplaba, carraspeó y trató de recuperar su severa compostura—. Mujer, no te prendas de mi pierna, por favor. Repara en que soy el comandante del «Portales» —le susurró, pero no era capaz de contener sus sentimientos y la voz se le quebraba—. ¡Caramba, Magdalena, que me vas a hacer lloriquear delante de mis hombres! Retírate, por caridad, retírate. Después del desfile nos veremos.

Pero su esposa caminaba abrazada a su bota y negó con un enérgico movimiento de cabeza:

—No, Manuel; ya no te dejo nunca más.

—Entonces camina a mi lado —aceptó el veterano con la voz enronquecida—, pero sin hablar, sin lágrimas, sin debilidades. Es una orden, querida, y tú sabes: órdenes son órdenes.

La señora alzó su rostro lloroso hacia él y le sonrió con un guiño afectuoso.

—Está bien, mi querido comandante; obedezco.

De este modo siguieron marchando por entre la multitud que los saludaba con sus pañuelos y pequeños banderines, que pronunciaba a gritos algunos nombres, a medida que iban siendo reconocidos los oficiales y soldados. El comandante García se sentía transportado a una esfera más alta, que agudizaba su sensibilidad; estaba bebiendo hasta el deleite las mieles de la gloria, pero al mismo tiempo lo taladraba un dolor profundo, el recuerdo de su camarada Jerónimo Valenzuela, que no regresó, y el de los centenares de sus hombres, sus muchachos, que quedaron silenciosos, alineados bajo la tierra hermana. Pensando en ellos, se volvió hacia las filas de los soldados que lo seguían y dijo a su mujer, con orgullo, con patética ufanía:

—¡Míralos, Magdalena, contémplalos! Son mis buines, mis infantes inmortales. Iguales o tal vez mejores que los de mi recordado «1.º de Infantería» de 1810. ¡Mejores, sí, sin duda mejores, querida mía! ¡Mis buines! —proclamó casi en un grito, levantada la frente hacia el cielo—. ¡Los valientes del puente del Buin y de Yungay!

Volvió la paz. El Ejército Restaurador fue disuelto y los soldados

de los batallones «Portales» y «Carampangue» se distribuyeron en los cuerpos regulares o regresaron a sus pueblos. El comandante Manuel García no vio cumplido su anhelo de comandar un batallón de línea, y un tanto decepcionado, se retiró al sur del país, a vivir de la agricultura en las cercanías de La Frontera de Arauco, en la que transcurrieran muchos años de su vida solitaria, pero a la cual retornaba en afectuosa compañía y en paz consigo mismo. Allá rehízo su existencia y en la placidez del ambiente campesino dispuso de doce años para reflexionar sobre la guerra, para rememorar las feroces batallas en que cayeron tantos amigos y enemigos, enemigos accidentales por un malhadado curso del destino de los pueblos. Y embargado por un filosófico pesar, se propuso borrar de su mente las victorias, las condecoraciones, las proclamas de gloria, recordando sólo las virtudes humanas de los hombres que se sacrificaron de buena fe, con elevados corazones, en aras de la seguridad de sus respectivas patrias.

Pero doce años más tarde, en abril de 1851, inesperadamente se detuvo un coche en la entrada de su finca y minutos más tarde dos caballeros fueron introducidos al salón por Magdalena. Manuel García se levantó del sillón en que se hallaba y se encaminó a saludarlos. Sólo entonces, al verlos a la clara luz que entraba por las ventanas, los reconoció y no pudo sofocar una exclamación de sorpresa.

—¡Gran Dios, mi coronel Wood, mi coronel Sutcliffe! —Y arrastrado por el hábito de toda una vida, se cuadró ante ellos.

—No, no, mi estimado amigo García —protestó Carlos Wood, estirándole la mano con una sonrisa—. Ya no estamos en el Ejército.

El veterano le estrechó la diestra calurosamente y luego se volvió a Sutcliffe, que sonreía también, pero silencioso. García sintió como un golpe sobre el corazón al recordar que aquel valiente había quedado mudo para siempre. Era otra víctima de la guerra. Lo abrazó entonces con el más sincero afecto y, mientras lo tenía contra su pecho, hizo un esfuerzo para disimular su emoción.

—Por todos los santos, ¿a qué debo esta espléndida sorpresa, mis coroneles? —exclamó, invitándolos a sentarse.

—A que hemos venido a traerle una noticia que repara algo que siempre a Sutcliffe y a mí nos pareció injusto.

García meneó la cabeza suavemente, mientras contemplaba a su

esposa con cariño.

—Nadie ha cometido injusticia alguna conmigo, coronel Wood —repuso—. Bastante me ha dado la vida al concederme la paz de que disfruto ahora junto a mi Magdalena.

El coronel Sutcliffe hizo un ademán aprobatorio y posó una mano sobre el hombro del veterano, indicándole con un gesto que su compañero le iba a hablar.

—Escuche, comandante —dijo Wood—. Don Manuel Bulnes ha sido designado de nuevo General en Jefe del Ejército chileno y tiene la intención, el propósito decidido, de volver a colocarlo en el pie que le corresponde. Para eso necesita reorganizar al batallón que bajo las órdenes suyas se cubrió de gloria.

—¡Mi «Portales»! —murmuró García ensoñadoramente.

—Sí, el «Portales», que por Decreto Supremo del 23 de abril de este año ha sido incorporado al Ejército bajo el título y condición de «Batallón de Infantería 1.º de Línea» y con el nombre de «Buin».

El comandante García no fue capaz de mantenerse sentado. De pie frente a los dos antiguos coroneles, sintió que renacía dentro de su pecho el viejo anhelo de toda su vida y dejó escapar en un murmullo, igual que si paladease el nombre:

—¡«Batallón de Infantería 1.º de Línea, Buin»!

—Su Excelencia el Presidente de la República, don Manuel Montt —prosiguió Wood—, por especial sugerencia del general Manuel Bulnes, nos ha comisionado para venir ante usted a solicitarle que abandone su retiro y que se reincorpore a las filas, con el grado de coronel del Ejército de Línea y como comandante del batallón «Buin». ¿Acepta usted, coronel García?

El veterano no era capaz de responder. En su espíritu combatían intensamente su antiguo anhelo y sus nuevos conceptos de paz. Moviéndose con pesadez de un lado a otro del salón, reflexionaba en voz baja, atormentado e indeciso:

—¿Ser comandante otra vez de mi batallón «Portales»?… ¿Ser comandante del ahora «1.º de Línea Buin»?… No sé…, no sé, señores. Actualmente vivo en paz, entregado al cuidado de mi familia y de mi tierra. Además, he desterrado para siempre el principio de la guerra como solución de los asuntos internacionales.

—Las Fuerzas Armadas de una nación, organizadas y dirigidas con serenidad, alejan las posibilidades de la guerra, son garantías de

la paz —le argumentó Wood—. Es con este objeto que el general Bulnes llama ahora a su lado a los hombres que vivieron la guerra y que, por haberla sufrido, poseerán siempre la fuerza para evitarla.

—Si así fuera… —murmuró García, comenzando a iluminársele las pupilas.

—Así será —le aseguró Wood, y Tomás Sutcliffe lo confirmó con una inclinación de cabeza.

Magdalena se acercó entonces a su esposo y lo tomó cariñosamente de un brazo.

—Manuel —le dijo con suavidad—, siempre fui la mujer de un soldado. Creo que no he podido acostumbrarme a ser la de un agricultor. Y tú, cuando hablas dormido, das órdenes a un invisible batallón. No, no puede torcer su destino, coronel García.

El viejo soldado se volvió hacia ella y la contempló con asombro, a tiempo que su semblante iba reflejando su regocijo interior.

—Magdalena, ¿tú desearías que yo volviera al Ejército?

—Sí, a cumplir tus sueños —le respondió ella, sonriendo—. Serás el coronel Manuel García, comandante del «Batallón de Infantería 1.º de Línea Buin».

El veterano se pasó disimuladamente el dorso de la diestra sobre los ojos e hizo una mueca un tanto pueril, a tiempo que amparaba bajo un brazo a su mujer.

—Gracias, querida, gracias —musitó, y componiendo la voz, dijo a sus interlocutores—: ¡Coroneles, a sus órdenes! Acepto el honroso cargo de la comandancia del «Buin».

Los dos antiguos coroneles, olvidados de sus vestimentas de civiles, entrechocaron sus tacos y lo saludaron llevándose las diestras extendidas a las sienes.

—¡Bien venido a las filas del Ejército de Línea, coronel García! —expresó calurosamente Wood.

Y el fogueado veterano, desprendiéndose de su esposa, se cuadró también ante ellos, pero se dirigió a Tomás Sutcliffe y le manifestó con la solemnidad de quien pronuncia un juramento:

—Mi coronel Sutcliffe, comprometo ante usted mi palabra de soldado y de chileno que empeñaré todas mis energías y las fuerzas de mi espíritu para tratar de hacer del «Batallón de Infantería 1.º de Línea, Buin» una unidad militar que sepa honrar con su conducta la

memoria de los soldados que cayeron a mi lado combatiendo en aquellas inolvidables jornadas del puente del Buin y de Yungay.

JORGE INOSTROSA CUEVAS, escritor chileno, (Iquique, región de Tarapacá; 30 de marzo de 1919 - Santiago; 5 de enero de 1975)

Nació en Iquique, en 1919, de padre abogado y madre profesora. Estudiante pobre, pues su padre muere cuando él tiene 3 años, se las ingenia en el Internado Barros Arana para obtener unos pesos escribiendo las cartas de amor de sus compañeros. Es la primera señal de su vocación de escritor.

Ya bachiller, ingresa al Instituto Pedagógico a estudiar matemática e historia. Quiere ser profesor, como su madre. Pero ésta enferma y queda hemipléjica, por lo que él y sus cinco hermanos deben abandonar los estudios para ganarse la vida.

Hace toda clase de trabajos: kinesiológo, camionero, retratista… Y tras la muerte de su madre empieza a recorrer los pueblos ofreciendo retratos al pastel, para los que tiene gran facilidad. «Aprovechaba esto», cuenta el propio Inostrosa, «para realizar uno de mis mayores anhelos. Les contaba largas historias, cuentos, anécdotas arregladas por mí, que yo había aprendido rebuscando en la Historia de Chile». Era agnóstico, carrerista y amante del boxeo. A fines de la década de 1930, conoció en San Bernardo a Violeta Wood, con quien se casó y tuvo dos hijas: Verónica y Francisca

Javiera.

Más tarde ingresa a la Agencia Havas como reportero y luego a la radio Cooperativa Vitalicia, primero como sonidista, pronto como libretista de radioteatros, y después como director de éstos.

En Radio Corporación, creó y transmitió *El Gran Teatro de la Historia* con una compañía de actores que bajo su dirección y con sus libretos dio vida a episodios de la historia de Chile y a sus héroes en radioteatros.

En esa radioemisora en 1948, estrenó su obra *Adiós al Séptimo de Línea*, uno de los programas más exitosos de la radiofonía chilena. Posteriormente, fue convertida en la novela homónima e inspiró una historieta, creación de Isidro Arteaga en 1960, una pieza musical, el álbum ¡*Al 7.º de Línea*! del grupo Los Cuatro Cuartos en 1966, y una serie de televisión en 2010.

Aunque el programa fue un éxito, tres años después de su transmisión Inostrosa estaba en mala situación económica. Siguió entonces el consejo de un amigo: «¿Por qué no llevas tus libretos a Zig-Zag y propones transformarlos en novela?».

El enorme éxito de la obra detonó definitivamente al talentoso escritor que había en Inostrosa. En 1955 publicó su libro más conocido, *Adiós al Séptimo de Línea*, una novela en cinco tomos —*La frontera en llamas, Las cruces del desierto, Los infantes de bronce, Los batallones olvidados y El regreso de los inmortales*— basada en el guión para radioteatro que se había transmitido con mucho éxito en la radiofonía chilena a fines de los años 1940. Siguieron las novelas históricas *Hidalgos del mar, Prat y Grau* (1959), *El corregidor de Calicanto* (1960), *La justicia de los Maurelio* (1961), *Los Húsares trágicos* (1965), *Bajo las banderas del Libertador* (1966) y ¡*Se las echó el Buin*! (1970). A las que hay que agregar los volúmenes de relatos históricos *El rescatado por Dios* (1962), *Fantasmas y retratos de la tradición* (1963) y *Huella de siglos* (1966), ademas de *Siempre una mujer* (minibiografías, 1974) y *El ministro Portales* (1976).

Para facilitarle las investigaciones que se propuso hacer cuando

escribió la biografía de Simón Bolívar (*Bajo las banderas del Libertador*), el gobierno de Chile le dio un cargo diplómatico en Colombia y Venezuela.

Jorge Inostrosa falleció de un accidente vascular a los 56 años en Santiago el 5 de enero de 1975.

Según señaló *El Mercurio* el día de su muerte, *Adiós al Séptimo de Línea* vendió «más de cinco millones de ejemplares, con lo cual el libro constituyó uno de los más grandes best-sellers de la historia literaria del país». Diversos medios de prensa han estimado el número total de copias vendidas entre cinco y siete millones.

Jorge Inostrosa Cuevas dejó un legado importante en la literatura chilena, siendo reconocido por su contribución a la divulgación histórica y su capacidad para acercar la historia al público de una manera entretenida y agradable. Su trabajo sigue siendo valorado y apreciado hasta la actualidad.

OBRAS:

Adiós al Séptimo de Línea, 5 tomos, 1955.

Bajo Las Banderas del Libertador,3 tomos, 1959.

Hidalgos del Mar, Prat y Grau, 1959.

El Corregidor de Calicanto, 1960.

La justicia de los Maurelio, 1961.

El Rescatado por Dios, 1962.

Fantasmas y Retratos de la Tradición, 1963.

Los Húsares Trágicos, 4 tomos, 1965.

Huella de Siglos, 1966

¡Se las echó el Buin!, 1970.

Pueblo de los Techos Negros, Madrid, 1971.

Hotu, el oceánico, Madrid, 1971.

Siempre Una Mujer, 1974.

El Ministro Portales, póstuma, 1976.